
Sin compromiso
Laimie Scott


Sin compromiso
Laimie Scott

No te pierdas la divertida, actual y adictiva segunda entrega de la serie romántica «Bolonia» de Laimie Scott. En ocasiones no vemos que lo que nos falta ha estado siempre a nuestro lado.

Gabriela anda en busca de un nuevo talento para su editorial. Decide acudir a la Feria del Libro de Bolonia en busca de esa nueva figura del romance New Adult: Stefania Lambertti. En Bolonia se reencontrará con Giorgio, compañero de fatigas en la facultad.

El propio Giorgio se ha preguntado durante todos estos años el porqué de que entre Gabi y ella no surgiera nunca la chispa del amor, ¿acaso tenían miedo a estropear su relación de amistad? Pero Giorgio trabaja en la competencia que pretende hacerse también con los libros de Stefania Lambertti. Comienza entonces una lucha de intereses por ver quien consigue a la joven promesa de la literatura italiana.

Y lo que en un principio fueron buenos gestos, miradas largas y algún que otro escarceo sexual, terminará por desencadenar una batalla en el campo de los negocios que afectará a la relación de ambos. Sin embargo, cuando todo indica que Giorgio va a llevarse el gato al agua, renuncia al logro, porque comprende que hay algo más importante para él que una escritora con futuro.

Laimie Scott

Sin compromiso

Bolonia - 2

ePub r1.0

Titivillus 17.10.2024

Título original: *Sin compromiso*
Laimie Scott, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Ni la ausencia, ni el tiempo son nada cuando se ama.
Alfred de Musset, (1810-1857).
Poeta francés.

Capítulo 1

Gabriella miraba de manera fija y enigmática la pantalla de su portátil. Sus ojos apenas si eran visibles, ya que los mantenía entrecerrados. Asentía de manera lenta y se mordía el labio inferior sin variar su postura, hasta que emitió un gruñido y se recostó sobre su sillón de cuero. Pero en ningún momento apartó su atención de la pantalla o, mejor dicho, del contenido que aparecía en esta. Garabateó algo sobre un folio antes de llevarse el bolígrafo a su boca para mordisquearlo. Su concentración ni siquiera se vio interrumpida por el repiqueteo en la puerta abierta del despacho. Gabriella solía dejarla así para que sus visitas supieran si estaba o no, o bien, ocupada hablando por el teléfono o con alguna persona. De ese modo se ahorraba tener que andar pidiendo a la gente que entrara, o incluso levantarse ella a abrir. No alzó la mirada en dirección hacia Silvia, su ayudante, monísima ella con su vestido veraniego de flores y sus sandalias de cuña a juego, acercándose a la mesa.

—¿Tienes un minuto? —Le preguntó contemplando a Gabriella, quien asintió emitiendo un nuevo sonido gutural que daba a entender a Silvia que podía atenderla. Eso sí, sin mirarla—. Venía a comentarte lo de la próxima feria del libro que se celebra en un par de días, aquí, en Bolonia.

—Sí, no soy ajena a las noticias que está generando. Dime, ¿de qué se trata?

—Es sobre si la editorial contará con algunos de sus más reconocidos escritores, bueno, escritoras en este caso.

Gabriella permaneció en silencio unos segundos. Fue entonces cuando se permitió hacer un leve movimiento con sus ojos hacia Silvia.

—Imagino que Melina y alguien más. Hablaré con ella más tarde. No te preocupes.

—Es por prepararlo todo. La organización ya nos ha asignado el *stand* en el que nos ubicaremos.

—¿Qué más?

—Por el gesto que pones y la manera de responderme, deduzco que no te hace mucha gracia asistir. Eso y que estás liada con vete tú a saber qué. —Silvia hizo un gesto con el mentón hacia el portátil de Gabriella y luego entornó la mirada hacia esta, quien resoplaba en ese preciso momento.

—No, no, al contrario. Creo que es una oportunidad muy buena para acercar a los lectores a sus autores y, de paso, intentar captar nuevos escritores.

—Sí, este año hay un gran revuelo por la presencia de Estefanía Lambertti.

—Ya, precisamente estaba leyendo sobre ella en la Red —le confesó señalando con el bolígrafo hacia la pantalla.

—Una chica joven que ha comenzado a colgar su historia por capítulos en una red social. Y que se ha convertido en una auténtica locura. No solo en cuanto a seguidores, sino a popularidad.

—Interesante.

—La gente joven la adora.

—Historias para adolescentes.

—Pero de amor, no lo olvides. Y créeme si te confieso que sabe cómo llegar a todos ellos con sus historias. —Había un toque de admiración hacia la escritora por parte de Silvia, pero también de saber de qué estaba hablando.

—Pareces bastante puesta en ella y en su novela. —Dedujo Gabriella entornando la mirada hacia Silvia—. ¿La has leído?

—Por supuesto.

—Vaya, no sabía que te gustara la novela romántica para chavales —le dijo con un toque de ironía y, hasta cierto punto, rechazo por este género.

—Me gusta la buena literatura en general. Y no hago ascos a ningún género; ni tan siquiera a la *New Adult*. Género del que la editorial no se ha hecho eco.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres que incorporemos la novela romántica para chavales a nuestra editorial? —Gabriella formuló la pregunta con cierta incredulidad. No había concebido esa posibilidad porque pensaba que la novela romántica era para gente adulta. Y nunca se le había pasado por la cabeza publicar historias de amor para adolescentes con las hormonas por las nubes.

—Hay buenas historias en ese campo y conocidos autores.

—Lo sé, lo sé. Pero… no estoy convencida del todo sobre si sería una buena idea incorporar el género *New Adult* a nuestro catálogo. No creo que tenga mucha aceptación, la verdad. Esas historias de jovencitos que viven su primer amor en el instituto y que solo piensan

en el sexo —resumió poniendo los ojos como platos.

—Para empezar te diré que no todas las historias tratan sobre adolescentes de esos a los que acabas de referirte. Algunas se centran en la universidad. Y no piensan solo en el sexo. Pero, ya puestas, ¿en qué pensabas tú cuando estabas en la facultad? Supongo que habría algún compañero o más de uno que te hiciera tilín, ¿no?

—¿Qué tiene que ver lo que yo hiciera en mis años de facultad con estas historias?, —preguntó Gabriella tratando de apartar la atención de Silvia de su vida privada durante los años que pasó en la universidad.

—Pues que muchas historias son el fiel reflejo de esos años. Oye, ¿por qué no lees la novela de Estefanía y después valoras si en verdad merece la pena charlar con ella?

—No sé. Tengo mis dudas al respecto.

—Deberías leerla. Y formarte una idea rápida de ella y de sus posibles historias antes de que la feria del libro comience. Ah, y, por cierto, si tú no te lanzas a por ella, tus competidores lo harán. Luego no me digas que no te lo advertí. —Silvia le guiñó un ojo y la apuntó con un dedo antes de marcharse.

Gabriella permaneció con la mirada perdida, meditando lo que su ayudante y buena amiga Silvia acababa de contarle en relación a Estefanía Lambertti. ¿Merecía la pena leer su novela? ¿Una historia de jóvenes en busca de su primer amor? ¿Su primera experiencia sexual? Gabriella resopló ante aquella perspectiva que se le planteaba. ¿Debería hacer caso a Silvia y leer la historia de esa chica que había saltado a la primera página de los suplementos literarios? Dejó a un lado la entrevista que había concedido a un blog y tecleó su nombre en un buscador. Gabriella se quedó asombrada de la cantidad de entradas que tenía. Se centró en buscar su novela, que parecía haberse convertido en un referente de la moda literaria para jóvenes. *Muchos besos y ningún te quiero*, el título le pareció original, aunque, teniendo en cuenta al público al que iba dirigido, era normal. Los jóvenes no terminaban por comprometerse a esas edades. Por ese motivo ella tenía sus reticencias a esta clase de novela. No habría un compromiso como en las novelas adultas. Aunque suponía que contaría con los ingredientes de la novela romántica tradicional y que al final chico y chica acabarían juntos.

Gabriella leyó la sinopsis y algunos de los cientos de comentarios que los lectores habían dejado a la autora. Pero Gabriella no iba a dejarse sorprender por eso. No. Ni tampoco por las palabras de Silvia. Ella tendría su propia opinión una vez que se hubiera leído la historia. Después de todo, ¿qué tenía que perder?

Giorgio tecleaba de manera distraída cuando su jefe lo llamó.

—Giorgio.

Este levantó la mirada del teclado justo cuando Giulio desaparecía en el interior del despacho después de haberle hecho un gesto con su mano para que lo siguiera. Cuando Giorgio entró, Giulio estaba sentado detrás de su mesa, revolviendo algunos papeles como si buscara alguno en concreto. Tras unos segundos le tendió uno en cuestión.

—Echa un vistazo.

Giorgio hizo lo que le pedía y se sentó con el folio en la mano. Se trataba de una noticia referente a la próxima feria del libro de Bolonia, que comenzaría en unos días. Pero el titular se hacía eco de una joven: Estefanía Lambertti.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Estefanía Lambertti estará presente en la feria del libro.

—Ya lo leo.

—Bien, quiero que consigas una reunión con ella para tratar ciertos aspectos literarios. Por cierto, ¿cómo es posible que, siendo un experto en encontrar a nuevos talentos dentro de la literatura, esta chica se te haya colado?

—Estefanía Lambertti escribe en las redes sociales —le dijo sin demasiado interés en ello.

—Exacto. Pero quiero que dé el salto al mundo editorial.

—¿Con nosotros?, —preguntó un Giorgio algo escéptico mientras Giulio asentía convencido de esa posibilidad.

—Antes de que otras editoriales se nos adelanten, ¿comprendes?

—Sí, pero esta chica, por lo que leo aquí, escribe novela romántica para jóvenes.

—*New Adult* para ser más concretos.

—Ya, vale. ¿Quieres empezar a publicar novelas para adolescentes? —La pregunta de Giorgio hizo ver a su editor y amigo que no las tenía todas consigo. Vamos, que no lo veía nada claro.

—¿Por qué no? Es un género en auge en los últimos años. Si echas un vistazo a los catálogos de otras editoriales, te darás cuenta de que todas tienen títulos relacionados con ese género.

—Pero no estamos seguros de que vayamos a tener éxito.

—Necesitamos abrir nuevas puertas. Buscar una escritora que contrarreste las ventas de Melina Ambrossio. Su última novela lleva ocho semanas entre los cinco más vendidos de novela romántica para adultos.

—Pues fíchala. —Le sugirió Giorgio con total naturalidad, encogiéndose de hombros.

—Ya, claro. Lo ves sencillo. Pues ya que lo sugieres, a lo mejor podrías quedar con ella y hacérselo saber. Melina no dejará tirada a su amiga y editora Gabriella Sorrenti. —Le aseguró agitando la mano en el aire delante de Giorgio, quien acababa de quedarse inmóvil—. ¿Qué sucede? ¿Por qué te has quedado callado y me miras de esa manera que parece que te haya insultado?

—¿Cómo has dicho que se llama la amiga de Melina?

—¿La editora?, —preguntó Giulio mientras observaba a su amigo asentir con interés—. Gabriella.

—El apellido —le instó Giorgio con urgencia mientras chasqueaba los dedos.

—Sorrenti. ¿Por qué? ¿Te suena?

Giorgio permaneció en silencio unos segundos y después se recostó contra el respaldo del asiento con una sonrisa. ¿Era ella? ¿Se trataba de su compañera de la facultad?

—Creo conocerla. Sí, es posible que fuéramos compañeros en la universidad. En la misma clase —murmuró Giorgio recordándola como si la estuviera viendo en ese momento. Pero no solo los recuerdos de ella físicamente los asaltaron, sino que también ciertos sentimientos que había tenido hacia ella y que nunca le confesó.

—Pues a lo mejor podrías quedar con ella y, de paso, pedirle que nos traspase a Melina. —Le sugirió entre risas.

—Hablas como un presidente de un club de fútbol.

—Y a Melina, ¿no la conocerás también?

—No demasiado. Era la mejor amiga de Gaby en la universidad. Desconocía que se dedicara a escribir.

—¿Gaby has dicho? —Giulio frunció el ceño al escuchar a Giorgio referirse a ella de esa manera.

—Sí, era cómo la llamábamos. Diminutivo de Gabriella. No sabía que después de todo hubiera montado una editorial. La hacía más en otro tipo de negocio —le confesó con gesto pensativo.

—¿No lo sabías? ¿Qué pasa, que no has mantenido el contacto con ella?

—No, he estado algo desconectado de mis amistades de la universidad. Y luego está el tiempo que he pasado en España trabajando. No, no he vuelto a verla desde hace algunos años.

—Bueno, da igual. Eso es cosa tuya. A mí lo que me interesa es la otra chica.

—Sí, ya lo has dejado claro.

—Quiero que contactes con ella y hagas tu trabajo. Hasta ahora no me has presentado nada.

—Es porque ningún escritor nuevo ha conseguido captar mi

atención. Eso es todo —se disculpó Giorgio.

—Bien, pues ya puedes ponerte las pilas con esta joven. Por lo pronto, harías bien en leer su novela. Para que no vayas a hablar con ella y no tengas ni idea de lo que escribe.

—Hecho. No te preocupes. Me sumergiré en historia de adolescentes en busca de su primer amor y deseosos de escarceos sexuales. —Le aseguró levantándose para marcharse.

—Menos coñas, Giorgio. Tómatelo en serio. Es tu trabajo descubrir nuevos talentos, de manera que ya puedes empezar con Estefanía.

—Ya, ¿y si después no funciona? Ya me entiendes, que no venda la cantidad de ejemplares que tienes previsto. —Le sugirió volviéndose hacia Giulio, a quien aquella opinión no le gustó lo más mínimo.

—Tú consigue que Estefanía Lambertti acceda a entregarnos su próximo manuscrito. Para eso te pago.

Giorgio sonrió, pero no dijo una sola palabra más. Su amigo tenía razón: le pagaba para encontrar nuevos talentos en el campo de la literatura, no para dar opiniones acerca de si esas historias se venderían. ¿Quería a esa nueva promesa de la novela romántica para chavales? Pues se la conseguiría.

Se dirigió a su mesa pensando no en la nueva promesa de la novela romántica para jóvenes, sino en Gabriella. ¿Dueña de una editorial? La verdad era que había perdido todo contacto con ella. Y aunque en ocasiones se le había venido a la mente por algún motivo, nunca le había dado por llamarla. Ni siquiera sabía que seguía en Bolonia. Esperaba poderla volver a ver durante la feria del libro que estaba a punto de comenzar. Pero por lo pronto tecleó su nombre en un buscador. Sentía un cosquilleo en todo el cuerpo por encontrar una fotografía suya, aunque fuera en la red y de algunos años. La primera opción le llevó a la página de la editorial. Hizo clic en el enlace y apareció el rostro de Gabriella casi tan atractiva como él la recordaba. Y se dijo que casi porque sin duda que ahora estaba imponente, con el pelo algo más corto que cuando estudiaban, pero su mirada y su tímida sonrisa le recordaron aquellos días. Giorgio sacudió la cabeza y resopló. ¿Qué pensaría ella de él cuando se encontraran? Porque él estaba convencido de que así sería. De eso se iba a encargar él. Pero antes tenía trabajo por hacer. De manera que buscó a Estefanía Lambertti y su obra *Demasiados besos y ningún te quiero*. Giorgio sonrió al leer el título. Original y fresco. Divertido. Le echó un vistazo a la sinopsis y frunció el ceño cuando descubrió que no se trataba de una historia de adolescentes, sino, más bien, de estudiantes de carrera universitaria. Bueno, a lo mejor no estaba tan mal como él creía. E incluso podría compararla con su propia experiencia.

Gabriella se pasó por el café de Marco, donde estaba segura de que encontraría a Melina. Necesitaba comentarle un par de cosas acerca de la feria del libro y, de paso, saber qué estaba escribiendo. Empujó la puerta del café, ahora más tranquilo que por las noches, y divisó a su amiga sentada en una mesa junto a su portátil. Marco servía en una de ellas mientras su hermana Claudia se movía detrás de la barra como pez en el agua.

—Hola —dijo al cruzarse con Marco.

—Si vienes buscándola, ahí la tienes —le dijo señalando a Melina —. ¿Qué quieres tomar?

—Imaginé que estaba aquí. Y no me he equivocado cuando la he visto al entrar en el café. Gracias de todas formas. Un capuchino me vendría bien. Hola, Claudia —la saludó levantando la mano hacia ella.

—Hey, Gaby, ¿cómo va todo?

—Bien, a ver qué me cuenta mi escritora favorita.

Melina apartó la mirada del portátil para ver a su amiga dirigirse a la mesa. Gabriella se quitó la chaqueta, apartó la silla y la dejó sobre esta junto al bolso.

—Dichosos los ojos. —Le lanzó a modo de presentación.

—¿Por qué lo dices? Sabes que paso mi tiempo escribiendo aquí, en el café. Además, te he escuchado decírselo a Marco.

—Ya, bueno, en parte tienes razón. Lo que sucede es que estoy bastante liada con todo este asunto de la feria del libro, ya sabes.

—Sí, claro. Estoy más que puesta en ella.

—Me alegro porque vas a ser parte activa.

—Supongo. ¿Quieres que firme ejemplares?

—Por supuesto. No vas a escaparte ahora que tienes nueva historia en el mercado. ¿Puedo saber en qué andas metida? Aunque tan solo sea una idea aproximada, claro. No te voy a pedir una sinopsis detallada y, mucho menos, un borrador.

Melina frunció sus labios mientras observaba a Marco servirle el capuchino a Gabriella.

—Estaba considerando la posibilidad de escribir una historia *New Adult*. ¿Qué opinas?

—¿*New Adult*? Estás de coña, ¿no? —Le preguntó mirándola de manera fija y sin saber si se estaba burlando de ella.

—Pues no. Lo digo en serio, tras ver que es un género en auge y que suelo leer con frecuencia.

—¿Quién, tú? ¿Lees novelas de adolescentes? —Gabriella se estaba quedando a cuadros con su amiga y escritora más valorada por la crítica.

—Sí, con frecuencia. Lo último que he leído ha sido *Demasiados*

besos y ningún te quiero, de Estefanía Lambertti. La autora de moda entre el público lector más joven de novela romántica.

—Y no tanto. —Le aseguró Gabriella frunciendo sus labios—. ¿En serio que la has leído? —Gabriella puso los ojos como platos al escuchar a su amiga.

—Sí. Y es buena. Deberías ficharla para tu editorial. Es un consejo de amiga, que conste. No de escritora.

—Sí, se me ha pasado por la cabeza hacerlo.

—Estará por la feria según he leído en las redes sociales y en su blog.

—¿No me digas? ¿Has decidido ponerte al día en ese tema? —El tono jocoso de Gabriella provocó una falsa sonrisa en Melina. Todavía recordaba las puyas que le había lanzado por estar al tanto de lo que sus lectoras decían de ella cuando había decidido desaparecer del panorama literario.

—Sabes que estuve atravesando un mal momento y que lo dejé todo de lado.

—Ya, y ahora has regresado con renovadas fuerzas, ¿eh? —Gabriella movió sus cejas con celeridad arriba y abajo.

—Si ya lo sabes, ¿para qué tengo que decirte que Marco es una pieza importante en mi vida? ¿Y tú qué? Sigues haciendo de las tuyas.

Gabriella puso los ojos en blanco y resopló.

—Ahora mismo no tengo ni tiempo ni ganas de buscar a alguien. De manera que, como no caiga del cielo… —Gabriella contempló a Melina con los ojos como platos.

—En fin. Y de la feria, ¿qué querías comentarme?

—Un momento, ¿hablas en serio de la nueva historia? ¿Una trama para jóvenes?

Melina se limitó a asentir, convencida de que así sería.

—Quiero manejar diversos registros, situaciones, tramas… Ya sabes, no me cierro a la novela histórica o contemporánea para adultos.

—¿Y si te pegas el batacazo?

—¿Por qué? Tengo un nombre reconocido dentro del género romántico. ¿Por qué no habría de funcionar? —Melina se encogió de hombros sin entender a qué venía aquella sugerencia de su editora y amiga.

—Dices bien que tienes un nombre del panorama literario romántico, pero como escritora de romances históricos y contemporáneos. No para jovencitos. Es un cambio arriesgado. No como Estefanía Lambertti, quien se ha decantado desde el primer momento por ese género.

Melina se mordisqueó el labio en un gesto pensativo. Entrecerró los ojos y asintió.

—Haremos una cosa. Escribiré un borrador de una novela *New Adult*. Te la lees y se la entregas a Silvia, por ejemplo, para que nos de su opinión. Pero no le digas que la he escrito yo, ¿de acuerdo?

—Silvia también ha leído a Estefanía —la interrumpió Gabriella con un tono que parecía decepcionarla.

—En ese caso… —Melina esbozó una sonrisa.

—¿Y qué harás si no le gusta?

—Nada. Te entregaré una novela para adultos poco tiempo después y solucionado.

—¿Qué pasa? ¿Qué ya la tienes más o menos pensada? ¿Te vas a enchufar a escribir sin parar o qué?

—Tú tranquila. Haremos eso.

—Como tú quieras. Tú eres la que te la juegas. Pero quiero otro manuscrito tuyo si la *New Adult* no nos convence. —Le dejó claro Gabriella mirándola de manera fija y hasta amenazante.

—No tienes que preocuparte por eso.

—Confío en ti, ya lo sabes. Y antes de que se me olvide, que es para lo que he venido a verte, tienes que estar presente un par de días en la feria para relacionarte con tus lectoras.

—Sí, no hay problema. Además, sabes que me gusta interactuar con ellas. Disfruto escuchando sus consejos, sus preferencias y demás.

—En ese caso, ya te diré qué días son. Todavía estamos trabajando en ello. Ahora te voy a dejar con tu historia para jóvenes —le recordó antes de apurar su capuchino, y Melina sonrió—. *Ciao*, Claudia.

—¿Te marchas ya?

—Sí, tengo que seguir programando lo de la feria del libro. ¿Cómo marcha todo?

—Como siempre, el trabajo no falta en el café, como puedes ver.

—Eso está bien. ¿Y tu chico?

—Oh, Giuliano está en el periódico. Supongo que lo veré después.

—Te dejo. *Ciao*, Marco.

—Pero ¿cómo? ¿Te marchas? —Le preguntó, sorprendido por la rapidez con la que se había tomado el capuchino.

—Sí, ya he acordado con Melina lo de su nueva historia y lo de la feria del libro. Por cierto, ha convertido tu café en su oficina —le advirtió con un toque irónico.

—¿Qué le vamos a hacer?, —dijo cruzando los brazos y mirándola ensimismado—. No es cuestión de echarla, ¿no crees?

—Nooooo, deja que escriba aquí si es donde encuentra su inspiración. Bueno, te dejo. *Ciao*.

—*Ciao*, Gabriella.

Marco se quedó contemplándola mientras abandonaba el café. A continuación, se dirigió hasta Melina.

—¿Poniéndote las pilas? —Le preguntó haciendo un gesto hacia la puerta por la que acababa de marcharse Gabriella.

—Oh, no. No te creas. Tengo todo bajo control.

—¿Qué le ha parecido tu proyecto de novela para jóvenes? —Marco la contempló formando un arco con sus cejas.

—Ummm, tiene sus reservas. Cree que es mejor que me centre en la novela romántica para adultos. Ya sabes, lo que he venido haciendo hasta ahora.

—Es lógico. Ten en cuenta que tu fama como escritora de novela romántica se debe a tus historias par adultos. Es un riesgo que cambien así porque sí.

—Oh, vamos. No es para tanto. No seas aguafiestas tú también. He acordado que, si no les gusta, volveré a la novela tradicional par adultos. No pasa nada. Además, me ha confesado que tiene intención de hablar con Estefanía Lambertti.

—La chica que ha saltado a la fama en las redes sociales con su novela por capítulos…

—Esa misma.

—Ya, pero entiende que esa tal Estefanía ha comenzado su andadura en la novela romántica definiendo su género: *New Adult*. Pero tú, en cambio…

—Eres igualito que Gabriella. La verdad, tal vez deberíais haberos conocido y haber formado una pareja. —Le lanzó con un deje burlón y de fastidio.

—Eso hubiera sido imposible porque los polos iguales se repelen. Y tú y yo nos atraemos porque somos completamente opuestos —le recordó sonriendo de manera enigmática—. A mí no me gustaba la novela romántica. Y tú eres escritora de dicho género. Dime si no existe una oposición mayor a esta, y en cambio, estamos juntos.

Melina lo vio regresar al trabajo con un guiño. Marco tenía toda la razón. Eran completamente diferentes en cuanto a gustos, pero ello no quitaba que se hubieran sentido atraídos desde el primer momento. Tal vez debería sucederle algo así a Gabriella.

Capítulo 2

Giorgio permanecía absorto en la lectura de la novela de Estefanía, la escritora novel que su jefe quería incluir en el catálogo de escritores de la editorial. La verdad era que, aunque en un primer momento se había mostrado algo reticente ante dicha tarea, en ese instante, en el que ya había leído los tres primeros capítulos, debía admitir que la chica sabía enganchar. Una trama sencilla, unos personajes bien identificados y definidos y una prosa ágil, fresca, pensada para sus lectores. Podía tener su cabida en la editorial, aunque a él ese género literario no le llamara mucho la atención. Había estado buceando en la red en busca de información sobre Estefanía Lambertti. Se trataba de una chica de veinte años, de Verona. Estudiante de Humanidades allí en Bolonia, amante de los libros y de los gatos. Una chica simple, de aspecto simpático por las fotografías que había podido ver de ella. Pelo corto y moreno. Ojos oscuros y una sonrisa de anuncio de dentífrico. Podría triunfar entre el público de su edad, de eso él estaba convencido.

Giorgio decidió darse un descanso y ponerse con el otro asunto que lo traía de cabeza: Gabriella. Sí. No había pasado por alto la conversación con Giulio al respecto de lo que había logrado ella. Tener su propia editorial y, además, a la reina italiana del romance: Melina Ambrossio. Giorgio desconocía que Gabriella hubiera tenido la idea de montar un editorial. No recordaba haberla escuchado comentar algo semejante durante sus años en la facultad. Sin duda que lo había sorprendido. Pensar en esos días le hizo regresar a revivir ciertos momentos en los que él se había sentido atrapado en su personalidad. En su determinación y su fuerza de voluntad. Y si lo pensaba con detenimiento aquella historia suya se parecía a la que estaba leyendo. Después de todo, no le estaba viniendo nada mal, se dijo con una sonrisa. ¿Qué esperaba qué sucediera cuando se vieran en la feria del libro? Porque si él tenía claro algo, era que no vacilaría en encontrarse con ella.

Gabriella permanecía tumbada en el sofá, en una postura lo bastante

cómoda como para leer en su *e-reader* la novela de Estefanía. No era de recibo que tanto Melina como Silvia la conocieran y la hubieran leído, y ella no. Y más si tenía la intención de hablar con ella para hacerle una oferta por sus próximas novelas. Por ese motivo, lo menos que podía hacer era saber qué y cómo escribía aquella chica y por qué había causado ese revuelo en las redes sociales con aquella historia de universitarios. Después de haberse leído los cinco primeros capítulos, creía estarlo entendiendo. Las vivencias de sus personajes se asemejaban a las que ella había vivido cuando tuvo la misma edad. Sí, lo cierto era que, en algún que otro momento, ella se veía reflejada en la vida de la protagonista Elisa. Gabriella esbozó una media sonrisa irónica al fijarse en el protagonista masculino: el mejor amigo de Elisa, que, por cierto, estaba enamorado de ella desde primero. «¿Por qué coño no se lo dice? ¿A qué está esperando?», se preguntaba Gabriella algo decepcionada por ese comportamiento, pero, al mismo tiempo, deseosa de saber si acabaría haciéndolo. Ello la incitaba a leer y leer sin detenerse siquiera, hasta que la noche dio paso a la madrugada y hubo de retirarse, pero entonces recordó el momento en el que había trasladado la ficción de la novela a su propia experiencia y recordó a su mejor amigo en la facultad: Giorgio. Siempre habían permanecido juntos. Hasta el punto de que los demás compañeros creían que eran pareja o que terminarían por acabar siéndolo. Pero entonces la carrera había concluido y se separaron sin que nada de esto hubiera sucedido. Perdieron el contacto con el paso del tiempo y nunca más supo de él. Esos pensamientos la devolvieron a la historia de Estefanía: no le sucedería a Giorgio lo que a la protagonista de la novela, ¿verdad? Esto era, ¿no se habría pasado cinco años de carrera enamorado de ella sin atreverse a decírselo? Gabriella sacudió la cabeza sin poder creerlo. No eran más que estúpidas suposiciones que nunca llegaría a saber si habían sido ciertas.

Se levantó algo más temprano que lo habitual. En parte porque no había podido dejar de pensar en la novela. Sentía la necesidad de retomarla cuanto antes, esto era, desayunando. Pero al mismo tiempo porque existían similitudes con sus propias vivencia universitarias. ¿Por qué, después de los años transcurridos y leyendo una novela de universitarios, su mejor amigo en aquellos días le venía a la mente? ¿Por qué creía que lo identificaba con el personaje de una novela romántica para jóvenes? Aquello era de locos si se paraba a pensarlo de manera detenida.

Y aunque todo le parecía algo absurdo, no pudo evitar sentir la curiosidad de saber dónde estaba Giorgio. ¿Qué había sido de él? De manera que se conectó en el portátil dispuesta a rastrear las redes

sociales. Pero, de repente, se detuvo. Sus dedos permanecieron suspendidos sobre el teclado sin que parecieran dispuestos a caer sobre las teclas. Gabriella se quedó con la mirada perdida en el vacío, mordisqueándose el labio. ¿Tanto le interesaba saberlo? ¿Qué más le daba? Con toda probabilidad, él estaría casado y con una familia. Viviría feliz y contento. ¿A qué venía indagar a esas alturas en su vida?

—¿Qué puede importarme lo que haya hecho o dejado de hacer? La verdad, no voy a inmiscuirme en su vida privada.

Gabriella bajó la tapa del portátil y se centró en acabar el desayuno y salir de casa hacia la editorial que tenía que dirigir. Faltaba un día para el comienzo de la feria del libro. Ese era en ese momento mismo su principal interés.

Giorgio se había reunido con una vieja amistad de sus años como estudiante en Bolonia.

—Sandra Marchisio, sigues tan bonita como en nuestros años de la facultad. Dime, ¿cómo lo haces? Prometo no revelar tu secreto.

—Siempre tan adulador —le dijo, con una sonrisa, la mujer de pelo castaño y ojos color café—. ¿Estás aquí, en Bolonia?

—Por ahora sí. Aunque la mayor parte del tiempo he estado en España.

—¿Y por qué has vuelto?

—Porque me ofrecieron un buen empleo y un buen sueldo. —Le respondió con total naturalidad.

—Siempre tan directo. ¿Para qué editorial trabajas? No estarás con Gaby, ¿verdad? ¿Sabes que montó una editorial, *Essenza de Donna*, y que cuenta con Melina Ambrossio como escritora estrella? —Le preguntó mirándolo con inusitada curiosidad por saber qué tenía que decir.

—No, no trabajo para Gabriella. Me enteré de que había creado una editorial hace más bien poco. Pensé que cuando lo comentaba en la facultad, iba de coña. Pero ya ves…

—¿Y tú? No me has respondido.

—Lo hago para *Tempesta*.

—Uhhhh, la editorial que rivaliza con Gaby. No creo que le siente nada bien si se entera.

—No lo sabía. Bueno, yo me dedico a hacer mi trabajo. No entiendo de rivalidades entre editoriales.

—Ya, pues ándate con cuidado o Gaby no te volverá a hablar. Y, hombre, después del buen rollito que tuvisteis durante los años de la carrera… —Giorgio sonrió ante el tono que acababa de darle Sandra —. Oye, no hace falta que me lo digas si no quieres, pero… entre

Gaby y tú, ¿qué sucedió? Porque ninguno de los que estábamos a vuestro alrededor nos tragamos lo de compañeros y amigos, sin nada más —le confesó en voz baja, acercándose más a él.

Giorgio la contempló intrigado. ¿A qué venía aquel interés en ese momento, después de los años? Cierto que todos habían supuesto que entre Gabriella y él había habido algo más que cafés y fotocopias, pero él no confesaría a nadie que así sucedió. Dejaría el misterio para los demás, mientras él pensaba con cierta lástima en aquellos años en los que no se había lanzado a por Gabriella.

—¿Todavía seguís con aquello? ¡Hace más de cinco años que terminamos la carrera!

—Sí, es cierto. Pero debes reconocer que lo vuestro daba que hablar.

—Pues que siga dándolo, ¿no crees?

Sandra se quedó pensativa. Entrecerró sus ojos y asintió.

—¿Y qué intenciones tienes en esta feria?

—No lo sé, si te digo la verdad. La editorial quiere contar con Estefanía Lambertti. Tendré que ver dónde para y charlar con ella para ver si la convenzo de que tenga una entrevista con el editor.

—Ah, sí. La joven escritora novel de la que todos hablan. Pues llévate por cuenta de que no serás el único que le tire los tejos, en sentido profesional, claro. Bueno, si te interesa como ligue…

—No, no me interesa como tal. Solo es trabajo —afirmó Giorgio.

—Claro, olvidaba que a ti solo te interesa quien tú y yo sabemos. Bueno, en ese aspecto no tienes de qué preocuparte. —Le lanzó cogiendo la taza para beber café y contemplar a Giorgio por encima de esta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque la editorial de Gaby no se dedica a publicar literatura romántica para jóvenes lectoras. Por eso te lo digo, de otra forma, tendrías un inconveniente, ¿no crees? —Sandra le dedicó una sonrisa irónica que dejó paralizado a Giorgio.

—Sí, es una suerte que ella se centre más en la romántica para adultos.

—De lo contrario tendríais que pelearos por captar a la joven promesa de las letras italianas. Eso sin contar con que alguna otra editorial andará detrás de ella.

Giorgio se mordió el labio, asintió y dejó su mirada perdida en el vacío. La ocurrencia de Sandra acababa de dejarlo sin capacidad de reacción. ¿Y si en el último momento Gabriella decidiera fichar a Estefanía para su editorial? Debería echar un vistazo a su línea editorial, no fuera a ser que se llevara una sorpresa de última hora.

También repasaría algunas notas sobre Estefanía antes de conocerla en persona.

—Bueno, como bien señalas, no hay de qué preocuparse, puesto que la línea editorial de Gabriella no contempla el género *New Adult*. —Le aseguró Giorgio esperando por su propio bien que así fuera. No pretendía que, en el caso de que se volvieran a ver, la rivalidad fuera un elemento para ello. No.

Gabriella estaba nerviosa. ¿Acaso lo estaba por una nueva edición de la feria del libro de Bolonia? Pues claro que no. Todos los años, su editorial acudía al *stand* que la organización le señalaba y allí desplegaba la práctica totalidad de su catálogo, prestando mayor atención a las últimas novedades. De manera que no entendía por qué se sentía así. Además, Melina le había confirmado su asistencia, al igual que otros autores, para firmar libros a sus lectores, hacerse *selfies* e intercambiar opiniones. A lo mejor estaba así por la conversación mantenida con Melina días atrás y su intención de trabajar en la novela *New Adult*. ¿O tenía algo que ver con el hecho de haber concluido la novela de Estefanía Lambertti y que esta le hubiera hecho recordar ciertos aspectos de sus años en la universidad? Tal vez se encontraba en esos días del mes tan esenciales para una mujer. Fuera lo que fuera, tenía un ligero presentimiento de que algo iba a suceder.

Giorgio se encontraba ya en el *stand* de la editorial charlando con Giulio. Este esperaba que ese año las ventas fueran buenas. El clima acompañaba y confiaba en que la gente se animara a salir y darse una vuelta por la feria.

—¿Has visto a Estefanía? —Le preguntó haciendo un gesto con la cabeza en dirección hacia el *stand* donde acababa de llegar rodeada de varias decenas de incondicionales.

Giorgio se limitó a asentir.

—¿Terminaste su novela?

—Sí, claro.

—¿Y qué te ha parecido? Dime la verdad —le exigió Giulio señalando a Giorgio con un dedo y mirándolo de manera amenazadora —. No quiero medias tintas.

Giorgio sonrió.

—Es buena. Muy buena. Que no sea un género que a mí me atraiga no me impide reconocer una buena historia.

Giulio esbozó una sonrisa de complacencia.

—En ese caso, tienes trabajo por hacer.

—Lo sé, pero dejemos que se pase el furor que ha causado su aparición en el *stand*. No tengo intención de abrirme camino entre todos esos jóvenes.

—Lo dejo a tu elección, pero hoy mismo quiero saber algo sobre sus intenciones. Y si estaría interesada en nuestra editorial.

—Ten en cuenta que son varias las que están aquí presentes y que no dejarán escapar la oportunidad de intentar captarla. Por cierto, no sé si te habrás parado a pensar que tal vez prefiera convertirse en una autora independiente, ya sabes, que no depende de ninguna editorial. Te lo recuerdo para que no te lleves una sorpresa llegado el caso.

—Bah, imposible. Estoy seguro de que se muere de ganas por entrar a formar parte de una editorial como la nuestra. Ya lo verás. Bien, te dejo que te des una vuelta por la feria y que contactes con ella cuando te venga en gana. Pero quiero resultados, no lo olvides —le recordó Giulio palmeando a Giorgio en el hombro; este se limitó a asentir.

Giorgio se alejó del *stand* de *Tempesta* y comenzó a recorrer el resto que había concentrados en la Piazza Maggiore, flanqueados por el Palazzo Comunale, el del Podestá. —Con su famosa Fontana del Nettuno— y, por último, la iglesia de San Petronio. La gente comenzaba a recorrer los *stands* de la feria, se acercaba aquí y allá; echaba un vistazo a los libros, preguntaba por otros en cuestión o compraban. También había gente que indagaba por el horario en el que cierto escritor estaría allí para firmar ejemplares.

Gabriella charlaba de manera animada con Silvia mientras ambas echaban un vistazo a la distribución de los libros desplegados en el puesto de la editorial.

—Creo que ha quedado perfecto. La distribución por géneros está bastante clara ¿no?, —dijo Silvia sin apartar la mirada de estos mientras Gabriella fruncía sus labios y asentía.

—Tienes razón. Romántica actual, histórica…

—Lo nuevo de Melina está en primera línea, con el horario en el que ella estará presente. ¿Lo sabe ya?

—Tengo que llamarla para contárselo. Pero, vamos, no habrá ningún problema. No me preocupa.

—Entonces, ¿qué es lo que en verdad te preocupa?

La pregunta de Silvia hizo que Gabriella la contemplara con los ojos abiertos como platos y las cejas por encima de estos formando un arco bien definido y que mostraba a las claras su sorpresa.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque te noto algo inquieta. Y no creo que sea por la feria en sí misma. Porque ya no somos unas novatas, sino que llevamos algunos años acudiendo y nos ha ido bastante bien. No, es por algo distinto.

Gabriella frunció los labios en una mueca de desaprobación.

—Pues no, no estoy nada inquieta por la feria. Ni por nada en

particular.

Silvia entornó la mirada hacia su amiga y jefa y asintió.

—Lo que tú digas, pero que sepas que a mí no me las das. Entonces, dejamos así la distribución, ¿verdad?

Pero la respuesta de Gabriella no llegó. En ese momento, algo o, mejor dicho, alguien acababa de captar su atención por completo, lo que hizo que su cuerpo se tensara primero y que después experimentara un escalofrío prolongado. ¡Giorgio estaba paseando justo en frente del *stand* de su editorial! Estada convencida de que acabaría por verla cuando se girara.

—¿Puedo saber a qué viene esa expresión? —Silvia mantenía su atención fija en su amiga. Luego siguió la dirección de su vista hasta descubrir al objetivo de su intensa mirada—. ¿Es por ese tío?

Gabriella deslizó el nudo que en ese instante le impedía respirar con total normalidad. Entrecerró los ojos sin apartar su atención de Giorgio. ¿Qué diablos hacía allí? ¿Y qué estaba pasando? Desde que se había puesto a leer la novela de Estefanía sobre los universitarios, su vida parecía estar dando un cambio. Sí, porque en algunos pasajes de esta se había sentido identificada con la protagonista y había asociado al Giorgio con el de la novela. Pero ¿por qué? Y ahora Giorgio estaba…

Él se detuvo de repente frente al *stand*, pero su mirada no se quedó fija en este, sino en la mujer que en ese momento le devolvía la mirada con… ¿curiosidad? Giorgio sintió una repentina sensación de hambre. Una indecisión que no sabía a qué diablos venía. Allí, frente a él, más bonita de lo que él recordaba, se encontraba la mujer de la que se había pasado enamorado gran parte de su carrera. Y a la que nunca se atrevió a confesárselo.

Silvia movió la cabeza en ambas direcciones. De Gabriella a Giorgio y viceversa. Quedaba claro que ambos se conocían. Ella se apartó y dejó vía libre para que aquel atractivo hombre se acercara hasta Gabriella con una media sonrisa y cierto titubeo. Por su parte, Gabriella se humedecía los labios y parecía algo nerviosa. Y cuando él se detuvo a escasos pasos de ella, Gabriella tensó el cuerpo porque pensaba que las piernas no le responderían.

—Gaby.

—Hola, Giorgio. ¿Cómo tú por aquí? —Gabriella no sabía qué preguntarle, de manera que algo casual la ayudaría a salir del paso—. Por cierto, esta es Silvia, mi ayudante. Este es Giorgio. Fuimos compañeros en la facultad. —Gabriella lo observó de forma detenida mientras él saludaba a Silvia. No lo recordaba tan interesante como en ese instante en el que lo tenía en frente.

—Es un placer.

—Lo mismo digo —murmuró Silvia mordisqueándose el labio y entrecerrando sus ojos para seguir observando lo que allí sucedía. ¿Compañeros de facultad? Ummm, por la manera de mirarse ambos, Silvia pensaba que entre ellos pudo haber algo más que una simple amistad—. Si me disculpáis, voy a seguir colocando lo libros. —Silvia se situó detrás del mostrador del *stand*, fingiendo hacerlo, pero en realidad no perdía detalles de su jefa y aquella repentina sorpresa en forma de chico atractivo.

—¿Trabajas en la feria? —Giorgio no iba a descubrir sus cartas ante ella. No quería revelarle que sabía por Giulio a qué se dedicaba y todo eso. No. Prefería que fuera ella quien le contara lo que había hecho durante los años que hacía que no se veían. De esa manera intentaría pasar mayor tiempo con ella.

—Sí… Bueno… —Gabriella titubeaba en su explicación. La verdad era que no comprendía qué le estaba sucediendo—. Soy la dueña de la editorial *Essenza de Donna* —le confesó volviéndose hacia el *stand* y, de ese modo, escapar por un breve instante de la mirada de él.

—Vaya, ¿en serio? —Giorgio cruzó los brazos y entornó la mirada hacia ella, con curiosidad, con intensidad, fascinado por su presencia, por su atractivo.

—Sí. Era uno de mis sueños.

—Y veo que lo has realizado. —Giorgio hizo un gesto hacia el puesto—. La verdad es que pocos te creían en aquellos días cuando asegurabas que los cumplirías.

—Tú sí lo hiciste —murmuró Gabriella con una sonrisa, recordando aquellos días en los que él le había asegurado una y otra vez que ella conseguiría todo lo que se propusiera.

Giorgio le devolvió la sonrisa, abrió los ojos como platos y se balanceó sobre sus pies.

—Verás, me gustaría invitarte a tomar un café o a comer para, de ese modo, ponernos al día. Pero dado que eres la editora y recordando cómo eras en la facultad para pirarte alguna clase… —Giorgio tomó aire antes de proseguir con su invitación, algo que él no tenía nada claro que ella aceptara—. Supongo que no tendrás un rato para ello.

Gabriella se sintió turbada por aquella inesperada invitación por parte de él. Se limitó a sonreír ante su comentario.

—No es que haya cambiado mucho en ese sentido. Ahora tengo que dirigir una editorial, y eso lleva tiempo.

—Lo comprendo.

—Y ahora, con el comienzo de la feria… —Gabriella cogió aire sin saber si el que se lo quitaba era el trabajo o Giorgio contemplándola

de aquella manera tan particular y que la ponía inquieta.

—Sí, es lógico que estés atareada. Bueno, no quiero entretenerte y…

—Podríamos comer. —Gabriella no supo por qué lo había dicho, pero algo la había empujado a hacerlo. Contempló el rostro de Giorgio algo más relajado, más sonriente. No sabría explicar lo que había percibido en él, pero le gustó.

—De acuerdo. Prometo no robarte más tiempo del necesario. —Giorgio alzo las manos delante de ella—. ¿A qué hora quieres que pase a recogerte?

Gabriella frunció los labios. Luego echó un vistazo a su reloj.

—¿A las dos?

—A la hora que tú me digas.

—Pero ¿y tú? ¿Te viene bien? ¿No te estropearé tus planes? —Le preguntó confundida por aquella invitación, pero más porque pensó que aquello sonaba a disculpa.

—Mis planes están saliendo mejor de lo que esperaba. —Le aseguró posando su mano en el brazo de Gabriella de una manera cordial que a ella le produjo una tranquilidad pasmosa. Aquel gesto parecía relajarla.

—En ese caso, te espero.

Giorgio asintió.

—*Ciao*, Silvia. —Levantó la mano hacia esta, que le devolvió el saludo con una amplia sonrisa.

Gabriella lo vio alejarse mientras no podía evitar sonreír y sentir el calor invadirla sin motivo aparente. ¿Qué había sucedido? No entendía por qué él volvía a aparecer en su vida después de años. Era como si algo o alguien se hubiera empeñado en decirle algo. Primero, la novela de Estefanía le había recordado sus años de estudiante en la universidad y, sin poderlo remediar, pensar en el mismo hombre que se alejaba echando un vistazo a los diversos *stands* repartidos por la plaza. Y, de repente, él aparecía y quedaban a comer. ¿Cómo explicar todo lo que le estaba sucediendo? Decidió aparcar a Giorgio para más tarde y volcarse en la feria, pero cuando se volvió hacia el puesto, la sonrisa reveladora y la mirada de curiosidad de Silvia le indicaron que no iba a escapar del recuerdo de Giorgio así como así.

—¿Desde cuándo cuentas con tíos así entre tus amistades? Pensaba que tú solo vivías para la editorial. —Gabriella no pareció hacerle caso a aquel comentario. Fingía estar revisando las novelas de Melina—. Vale, no quieres contestarme. Al menos podrías decirme si está solo, aunque, a juzgar por las miraditas que te ha echado, dudo que esté con alguien.

Entonces sí, Gabriella levantó la mirada hacia Silvia. Las últimas palabras la habían aguijoneado como si de una avispa se tratase. Se quedó mirando a su amiga, meditando en ese comentario. ¿Miraditas?

—A ver, Giorgio y yo fuimos compañeros en la facultad —comenzó contándole para que la dejara tranquila o si no, Gabriella temía que Silvia no pararía hasta saber la verdad.

—De eso os conocéis. Ya vale, ¿y? —La expresión del rostro de Silvia le hizo saber a Gabriella que no estaba por la labor de dejarla en paz. Quería saber si entre Giorgio y ella hubo algo más.

—¿Y qué? ¿Quieres saber si fuimos pareja?

La respuesta quedó en suspenso cuando un par de chicas se detuvieron en el *stand* para comprar la última novela de Melina.

—¿A qué hora estará la autora firmando?, —preguntó una de ellas.

—Esta tarde. Entre las cinco y las ocho estará en nuestro *stand*. De todas maneras, si no podéis pasaros hoy, pasado mañana volverá a estar, solo que esta vez será por la mañana. Entre las diez y las dos —respondió Silvia mientras Gabriella recopilaba la información sobre Giorgio y ella en la facultad.

Lo cierto era que entre ellos no había habido nada. Ni siquiera un simple beso. Pero, por otra parte, ella siempre tuvo la sensación de que entre ellos había algo, pero había sido como si ninguno hubiera querido dar ese paso al frente. Ella siempre pensó que era por no arriesgarse a que la amistad pudiera verse afectada.

—¿Y bien? ¿Qué me estabas contando de Giorgio y de ti en al facultad? —Silvia volvió a la carga, lo que provocó la sonrisa en Gabriella.

—Tú eres de las que no abandonan, ¿eh?

—No cuando mi amiga y jefa tiene a un tío tan apetecible escondido en la manga. A ver, ¿qué hubo entre vosotros? ¿Algún rollito universitario como los que relata Estefanía Lambertti en su novela? ¡Venga, suéltalo!

—No sucedió nada. —Había un toque de sorpresa y de incredulidad en sus palabras. Pero también una pizca de decepción, tal vez, porque no sucedió.

—¡Venga ya! No me puedo creer que no tuvieras nada con él. ¿No era tu tipo? ¿O tú el de él?

—Teníamos una muy buena amistad.

—¿Con sexo? —Silvia arqueó con suspicacia una ceja.

—Sin sexo. Nunca nos acostamos —le confesó algo cabreada, tal vez porque en realidad no había sucedido. Gabriella se mordisqueaba el pulgar mientras su mirada quedaba suspendida en el vacío por unos segundos en los que se hacía esa pregunta—. Compartíamos el tiempo

en la biblioteca, en la cafetería…

—¡Ohhhhh, qué emocionante!

—Estaba más volcada en la carrera que en salir con los tíos.

—Vaya, ¿no irás a decirme ahora que no lo has hecho? —Silvia puso los ojos como platos al escucharla confesar a Gabriella.

—¿De qué coño está hablando? Si tú me has conocido a algún que otro ligue.

—Sí, en eso te doy la razón. Pero ¿y qué pasó con Giorgio? ¿No surgió la chispa? ¿No era el momento?

Gabriella se quedó callada. Meditaba la respuesta que más se acercaba a esas dos preguntas. Sacudió la cabeza.

—No surgió. Creo que valorábamos la amistad que teníamos por encima de enrollarnos —le confesó sintiendo algo de melancolía porque tal vez había perdido la oportunidad de conocerlo a fondo.

—Quizás ahora sí sea el momento. A lo mejor la vida te da una nueva oportunidad para saber por qué entonces no surgió nada. —Silvia se alejó para atender a más clientes, mientras Gabriella se quedaba pensativa.

«¿Una segunda oportunidad? ¿Para qué? Si no surgió entonces, no tiene sentido pensar que ahora, después de cinco años, nos volvamos a encontrar y sea porque estamos predestinados», pensó sacudiendo la cabeza, sin querer darle más vueltas.

—Me parezco a las protagonistas de las historias de Melina —se dijo riendo, sin poder controlarse—. Por cierto, antes de que se me olvide. He quedado con él para comer. Cerramos hasta las cinco, que vendrá Melina y… —Gabriella dejó de hablar cuando percibió el gesto risueño de Silvia.

—Luego me dirás que es algo puntual. Pero… De acuerdo, cerramos y me voy a comer hasta que venga Melina. No te esperaré. —Le guiñó un ojo con complicidad.

—No es lo que tú imaginas. De manera que déjalo. Centrémonos en la firma de libros de Melina, y luego en intentar hablar con Estefanía Lambertti —le pidió sintiendo el calor en su rostro.

¿Qué tonterías estaba diciendo Silvia? ¿De dónde se sacaba que la presencia de Giorgio podía representar para ella una nueva oportunidad con él? ¡Pero si nunca habían tenido nada! Ni esperaba que surgiera después de los años. Ella se debía a su trabajo, no tenía tiempo para una relación que le absorbiera la mayor parte del tiempo. Comería con Giorgio, charlarían de los años compartidos en la universidad, contarían anécdotas y después hablarían de cómo les había ido en la vida y tal, y se acabó. Giorgio volvería a su trabajo, a su vida, y ella permanecería en la suya. Nada más. Ella no era la

protagonista de una de las novelas de Melina. Ni mucho menos de Estefanía Lambertti, aunque leer su obra le hubiera hecho remontarse años atrás y revivir situaciones que, aunque no había olvidado del todo, si creía que estaban difusas.

Capítulo 3

*E*ncontrarse con Gaby había dejado una sonrisa permanente en el rostro a Giorgio. No podía sacársela de su mente. Claro que tampoco él parecía querer hacerlo porque no dejaba de pensar en el pasado y en que el paso del tiempo había acentuado su atractivo, sin duda. Y no se trataba de que él hubiera estado enamorado de ella durante años. No. No podía creer que hubiera conseguido que ella aceptara su invitación para comer. Pero debería tener cuidado porque hablarían de sus respectivas vidas, y esto incluía el trabajo. No podía decirle que estaba interesado en Estefanía Lambertti ni que trabajaba para la editorial *Tempesta*. Suponía que, de hacerlo, ella lo consideraría la competencia y, por tanto, no querría saber nada él. Claro que tal vez ir de frente sería lo mejor, aunque le ocultaría el tema de Estefanía. No quería empezar con mal pie cuando había vuelto a dar con ella. Durante años se mantuvo en silencio con respecto a lo que sentía. Pero en ese momento…

El corrillo de gente que se agolpaba sobre el *stand* de la organización captó su atención. De manera lenta se fue acercando mientras observaba las decenas de jóvenes que hacían cola con encuadernaciones de la novela de Estefanía en la mano. Al parecer, algunos se habían molestado en imprimirla para que ella se la firmara. Giorgio se detuvo a escasos pasos de todo aquel gentío, meditando si las explicaciones de Giulio, al respecto de que podía ser todo un bombazo ficharla para la editorial, no serían ciertas. Sonrió divertido y se aproximó para ver de cerca a la escritora.

Estefanía estaba sentada a una mesa en la que firmaba fotografías, camisetas, impresiones en papel de su novela, se hacia fotos mientras sus fans la agasajaban. Giorgio se fijó con atención en ella. Una muchacha resultona, con su pelo moreno, corto y que ella situaba detrás de sus orejas con asiduidad. Ojos azules o verdes, dependiendo de cómo mirara. O tal vez era la luz. Una tez blanca y una sonrisa agradable. Una circonita brillaba en la aleta de su nariz. Camiseta de manga corta en un tono claro que dejaba entrever un tatuaje en el

reverso de su muñeca. Vaqueros y zapatillas de deporte; una manera informal y cercana a su público lector. Manejaba la situación con soltura, como si estuviera acostumbrada a hacerlo todos los días.

—¿Qué coño haces tú aquí? —La pregunta hizo que Giorgio desviara la atención de la joven escritora para quedarse fija en el rostro de uno de los supuestos organizadores de la feria.

—¿Fredo? Joder, ¿no me digas que andas metido en este mundillo?

—Exacto. Formo parte del equipo de la organización de la feria. Pero, oye, ¿cuánto hace que no nos vemos? ¿Desde la facultad?

—No, recuerdo habernos visto después.

—¿Qué haces por aquí? ¿Te interesa la literatura para jóvenes? —Fredo hizo un gesto con el mentón hacia Estefanía.

—Estoy dándome una vuelta por la feria en busca de nuevos talentos —le dijo haciendo lo mismo.

—Sí, ya recuerdo… Me comentaste que te habías convertido en una especie de agente literario.

—Mejor digamos que me encargo de captar nuevos talentos para las editoriales —le aclaró con una sonrisa cínica.

—¿Vas por libre o representas a alguna editorial?

—Ahora mismo estoy en la nómina de *Tempesta*. Pero he tenido temporadas de ir por libre. Los de *Tempesta* tienen mucho interés en ficharla —le dijo levantando las cejas en dirección hacia Estefanía.

—Todos las quieren. Sin duda que se ha convertido en un fenómeno por el que todas las editoriales van a pujar como si se tratase de una subasta. —Le aseguró mirando a su amigo, a quien no pareció afectarle aquellas palabras, puesto que sabía que así sería.

—¿Todas? —Giorgio lanzó la pregunta para ver hasta dónde llegaban esas palabras.

«¿También *Essenza de Donna*?», pensó con un cierto malestar por que pudiera ser así.

—Al menos todas las que han acudido a la feria han mostrado su interés por captarla. Pero ya sabes… Después hay que sentarse y ver qué le ofrecen. Por ahora, ella se deja querer, ya me entiendes.

—Supongo entonces que todos los representantes habrán pasado por aquí. —Dedujo Giorgio jugando su baza sin mostrar sus cartas.

Fredo le mostró las tarjetas de visita que habían ido depositando las editoriales en la mesa de la autora para que ella les echara un vistazo. Giorgio las cogió y comenzó a pasarlas una por una, buscando la de Gabriella. Y cuando la encontró, el corazón se le detuvo. Se quedó mirándola como si fuera algo desconocido para él, pero no lo era.

—¿Te sucede algo con nuestra querida Gaby? —Le preguntó Fredo

sonriendo y mirando de refilón a Giorgio.

—No. No me extraña nada que tenga interés en tener a Estefanía en su editorial. Junto con Melina Ambrossio haría una buena pareja.

—Sí, sin duda que harían una pareja fuerte. La reina del romane para adultos. Y la joven promesa de la *New Adult* italiana. ¿Has visto a Gaby? Está en la feria.

—Sí, vengo del *stand* de su editorial.

—¿No te has planteado trabajar para ella? —Le preguntó con cierto interés Fredo.

—No sabe a qué me dedico.

Fredo apretó los labios hasta que estos fueron una delgada línea. Asintió de manera leve en repetidas ocasiones.

—Pero ¿por qué no? Apuesto a que ella estaría más que dispuesta a tenerte en su plantilla en cuanto lo sepa. Entre vosotros siempre hubo un rollo especial. —Fredo entrecerró los ojos y dejó su mirada suspendida en el rostro de su amigo a la espera de que este se dignara a confesarle, después de los años, lo que todos habían sospechado de ellos dos.

—¿Puedes darle esta tarjeta de mi parte? Tiene mi número de móvil al reverso —le comentó desviándose de la pregunta de su amigo en torno a Gabriella.

—Claro. Espero verte algún rato más por aquí. Tomarnos algo. Por los viejos tiempos.

—Sí, andaré por aquí estos días. De manera que cuando tengas libre…

—De acuerdo.

—No te olvides de darle mi tarjeta —le recordó señalando a la joven escritora que permanecía ajena a lo que sucedía.

Se alejó de Fredo para seguir inspeccionando los *stands* de la feria. Tal vez pudiera encontrar algún escritor más que ofrecer a *Tempesta*. Una mínima parte de su trabajo estaba hecho, había entregado su tarjeta a la escritora. Ahora esperaría a que ella lo llamara. Bien ese mismo día o al siguiente. Según el programa de la feria, ella volvería dos días después, lo que le daba margen para maniobrar. Y, de paso, conocer el interés de Gaby en la joven escritora. Era cierto lo que decían a este respecto las dos personas que conocían el tema. Si Gaby conseguía tener en la misma editorial a Melina y a Estefanía, sin duda que sería un golpe de efecto. Claro que… todavía no tenía a Estefanía. Y él esperaba conseguirla cuanto antes para *Tempesta*.

Llegada la hora, Gabriella se sintió un poco nerviosa por volver a ver a Giorgio. Pensaba que después del primer encuentro todo sería más sencillo, pero ahora tenía la ligera sensación de todo lo contrario. ¿Por

qué había quedado con él? O, mejor dicho, ¿por qué le había sugerido quedar a comer? Lo contempló caminando hacia ella, con aplomo y con seguridad, ocultando su mirada tras unas gafas de sol que se quitó en cuanto llegó hasta ella. Le regaló una sonrisa que hizo que Gabriella arqueara sus cejas y abriera sus ojos con expectación.

—¿Lista?

Giorgio no podía quitarse de la cabeza ver la tarjeta de la editorial de ella entre las que se le habían ofrecido a Estefanía Lambertti. Debería averiguar hasta qué punto era importante para ella contar con la escritora. ¿Y si, llegado el caso, él se la arrebataba?

—Sí, un segundo. —Gabriella se volvió hacia el *stand* donde quedaba una de las empleadas. Al final había decidido no cerrar y llamar a Mónica para que las cubriera mientras Silvia y ella iban a comer. Luego llegaría el momento de Melina. Pensar en ello hacía que se olvidara de lo que Giorgio le suscitaba en ese momento. Se volvió de forma brusca y se vio tropezando con él.

Giorgio la sujetó y la acomodó con sus manos de una manera formal. No se demoró mucho tiempo en el cuerpo de ella. Se limitó a sonreír mientras el rostro de Gabriella se encendía.

—¡Ups! Disculpa mi torpeza, pero llevo un día de locos.

—Tal vez deberías relajarte un poco. —Le sugirió él entornando la mirada hacia ella en busca de una chispa de complicidad con él.

—Si fuera tan sencillo… —suspiró Gabriella mientras caminaban por la vía Rizzoli en dirección a las dos torres, la de Asinelli y Garisenda—. ¿Dónde vamos? No puedo alejarme demasiado, Melina llegará a las cinco para firmar ejemplares en el *stand* —le advirtió presa de cierta inseguridad por si no llegaba a tiempo. Giorgio se rio —. Te hace gracia, ¿eh?

—Me río porque no has cambiado, Gaby. —Le aseguró deteniéndose frente a ella, con una mirada de cariño y admiración.

Gabriella se olvidó de sus risas cuando la llamó por su diminutivo. No entendía el motivo, pero le había resultado agradable que lo hiciera.

—¿Y tú?

—En algunos aspectos. ¿Prefieres comer fuera o dentro? —Le preguntó señalando las mesas libres que quedaban en la calle.

—Podemos quedarnos en la calle. El tiempo acompaña. —No esperaba sentir la mano de él sobre su espalda como si la estuviera guiando hacia la mesa. Se sentó recuperando el aire, mirando a Giorgio con intriga. ¿Qué había sido de él desde que terminaron la universidad? ¿Dónde había parado, ya que por Bolonia no lo había vuelto a ver?—. ¿Por qué has accedido a comer conmigo? ¿No tienes

nada mejor que hacer? —Le lanzó bajando la mirada hacia la carta del menú y, de ese modo, evitar el gesto de asombro de él. Ella no esperaba que él siguiera contemplándola cuando ella cerró la carta y hubo elegido lo que comería. El calor invadió su cuerpo. Los nervios le apretaron el estómago como si de un corsé se tratara—. ¿Por qué te has quedado mirándome de esa forma?

—Porque no deja de sorprenderme que me preguntes si no tengo nada mejor que hacer que comer contigo. Por eso mismo —le explicó sin apartar su mirada de los labios de ella, que ahora se humedecía de manera espontánea.

—Supongo que tendrás un trabajo, una familia, unos quehaceres… —se excusó enumerando una lista de suposiciones a las que ella deseaba poner respuesta.

Giorgio sonrió. Se recostó contra el respaldo de mimbre de la silla y aguardó a que les tomaran nota.

—Mis quehaceres, como tú los llamas, forman parte de mi trabajo. Y dado que es la hora de comer, ¿por qué no dejarlos para más tarde y disfrutar de la comida en compañía de una vieja amiga de la facultad? —Giorgio se encogió de hombros sin saber qué más explicaciones esperaba ella.

—En ese caso, ¿en qué trabajas? —Gaby esperó a que el camarero terminara de servirle el vino para coger la copa.

—Representante de escritores. —Le respondió, cogió la copa y la elevó para brindar con Gaby. Pero ella se había quedado quieta al escucharlo decir aquello. Abrió los ojos de manera que parecía que fueran a salírsele de las órbitas—. Será mejor que brindemos o se me caerá la copa. Por tu éxitos al frente de la editorial.

—¿Cómo que eres un representante de escritores? ¿Eres un agente literario? —Gabriella sacudió la cabeza, observándolo con la copa en alto.

—Si no bebes, no se cumplirá el deseo. Y créeme que nada me complacería más que alcanzarás más de los que ya tienes.

Gabriella se llevó el borde de la copa a los labios y bebió. Lo necesitaba. Si la aparición de Giorgio había sido toda una inesperada sorpresa, no menos lo era enterarse de que era un agente literario.

—¿Trabajas como *free-lance*?

—Sí, algo así. Me dedico a buscar talentos. Bueno, ya sé que tú decidiste montar tu editorial y que te marcha fenomenal.

Gabriella hizo un mohín como si no estuviera de acuerdo con su afirmación.

—Hay de todo. No te creas que todo es de color de rosa.

—Como en todas partes y en todas las profesiones. Pero tienes a

Melina Ambrossio en tu editorial, que acaba de sacar su nueva historia y ya se ha colocado entre los cinco más vendidos.

—Sí, Melina es un seguro, por ahora. Pero ya sabes que el mercado literario oscila bastante. Tú tienes que saberlo, que estás metido en este mundillo.

—Sí, estoy al tanto de lo que se mueve. Ahora triunfa la joven escritora Estefanía Lambertti. —Giorgio lo dejó caer de pasada para ver cómo reaccionaba Gabriella.

—¿No serás, por casualidad, su representante? —Le preguntó Gabriella de repente, mientras hundía su tenedor en la ensalada y se quedaba mirando a Giorgio de manera fija—. Porque de serlo, ahora mismo te haría una oferta. —Giorgio no pudo evitar reírse.

—¿No puedes dejar el trabajo siquiera mientras comemos? —Le preguntó mientras la mirada de Gabriella chispeaba de emoción. Giorgio no podía apartar su atención de ella. Aunque no pretendía ser descarado a la hora de mirarla—. No, no soy su representante. Mi cometido es buscar nuevos talentos literarios que después ofrezco a las editoriales. No represento a esos autores. Yo solo los ofrezco cuando veo un potencial en ellos. Luego es la editorial la que tiene la última palabra.

—Ummm, suena interesante. Y dime, ¿has logrado descubrir alguno en esta feria? —Gabriella se quedó contemplando el rostro de él, con especial interés en sus palabras.

Giorgio permaneció en silencio, sopesando la respuesta que debería darle. ¿Confesarle que la editorial con la que estaba iba tras Estefanía Lambertti?

—Por ahora estoy contemplando varias posibilidades.

—Vaya, eso está bien. ¿Alguno que merezca la pena nombrar?

—No, por el momento no. Solo son algunas posibilidades. Nada más. Nada serio. Además, la feria del libro acaba de empezar. Hay dos semanas por delante para descubrir a nuevos autores.

—Sí, tienes razón. En estos días de feria hay que aprovechar a firmar nuevos escritores y a consagrar a los que ya tengo. Por eso, esta tarde, Melina estará en el *stand* firmando libros. Y después está el tema de Estefanía…

—Sigues siendo la misma, ya te lo he dicho. ¿Nunca te das un respiro, Gaby? —La interrumpió él en cuanto escuchó el nombre de la joven escritora. No quería tocar ese tema por el momento.

—Pocos y contados. La editorial era mi sueño y tú lo sabías —le dijo con toda intención mientras lo miraba con persistencia y lo señalaba con el dedo.

—Tuve el privilegio de conocer tus sueños, aunque no tenía claro

del todo que montaras una editorial —le aclaró recordando la infinidad de horas que habían compartido charlando de lo que harían una vez que se hubieran licenciado. Gaby, montar una editorial, mientras él no lo tenía claro. Tan solo que le habría gustado seguirla dónde ella fuera.

—Pues ahora tengo que mantenerlos vivos. Y eso requiere muchas horas y muchos sacrificios.

—Presiento que no te has casado y mucho menos has formado una familia.

—No tengo tiempo para relaciones, Giorgio. No puedo…

—Tampoco lo tenías en el pasado —precisó él, lo que provocó el silencio entre ambos mientras ninguno parecía dispuesto a apartar la mirada del otro.

—¿Y tú? Antes no me has respondido —precisó ella cuando vio el gesto de confusión en el rostro de él.

—No he encontrado la persona idónea. Así de simple.

—Eso suena muy literario. Muy de las novelas de Melina —le aclaró sonriendo—. ¿Qué te parece Estefanía Lambertti? ¿Has leído su obra? —Gabriella prefería hablar del trabajo a hacerlo del pasado en el que ellos dos habían sido los protagonistas principales. Y, por otro lado, le picaba la curiosidad por saber qué pensaba él de la joven escritora. No le había confesado de una manera abierta que él estuviera interesado en ella. Pero Gabriella no iba a descartar esa posibilidad de buenas a primeras.

Giorgio apretó los labios y bajó la mirada hasta el plato a medio terminar. Debería medir sus comentarios al respecto de la joven escritora. Reconocía que haber visto la tarjeta de su editorial entre las que tenía Estefanía Lambertti había sido como recibir un golpe en el estómago. Pero ¿por qué no le sorprendía pese a lo que pensara Giulio sobre que la editorial de Gaby no trabajaba ese género?

—Parece haberse convertido en una revelación en las redes sociales.

Gabriella arqueó las cejas ante aquella opinión tan general. Esperaba algo más de él, dado su trabajo.

—Por tu comentario, deduzco que no te ha llamado demasiado la atención. ¿Es eso cierto? ¿No la tienes en tu agenda de futuros talentos literarios?

Giorgio inspiró, se recostó contra el respaldo de la silla y, cruzando los brazos, entrecerró los ojos y los dirigió hacia Gabriella.

—¿Y a ti? ¿Ha despertado tu interés?

Gabriella sonrió.

—No estamos hablando de lo que a mí me parece. Pero ya que

preguntas, te daré mi opinión después de haber leído su historia.

Giorgio entornó la mirada e intentó poner su máxima atención en las palabras de ella. Cosa algo complicada si la miraba con detenimiento y dejaba que su perfume, su presencia y los recuerdos del pasado lo atraparan.

—¿La has leído? —Había un toque de sorpresa y expectación en la pregunta de Giorgio.

—Sí, por recomendación de Melina y de Silvia. Al parecer, ellas sí lo han hecho y me han sugerido que la considere como una futura escritora de la editorial.

—Si ella quiere —matizó Giorgio.

—Claro, siempre y cuando ella quiera formar parte de *Essenza de Donna*.

—Creía que tu editorial solo publicaba novelas para adultos —le recordó Giorgio deseoso por saber qué la había motivado a dar ese paso, aparte de lo que pudieran recomendarle Melina y Silvia. Aunque ese habría sido un asunto menor.

—Cierto, pero creo que ha llegado el momento de abrirla a nuevos escritores y géneros. No podemos quedarnos anclados en lo mismo. El público necesita nuevos horizontes.

—Melina tiene mucho éxito. Leí su última novela.

—¿En serio? —Gabriella arqueó sus cejas, tal vez sorprendida por aquella confesión.

—Alguien que se dedica a buscar nuevos talentos debe estar abierto a todos los géneros —le recordó sonriendo—. Además, Melina es una autora consagrada que nunca decepciona.

—Sí, en eso tienes toda la razón. Aunque me costó convencerla para que dejara su retiro y volviera a escribir. —La comida avanzaba de manera agradable, relajada y, casi sin darse cuenta de esto, Gabriella estaba cogiendo su taza de café expreso para beber el último sorbito que le restaba. El tiempo había volado en compañía de Giorgio. De una manera impredecible.

—Sí, me di cuenta de que estuvo algún tiempo alejada del panorama literario.

—Asuntos personales. Le dio por tomarse un año sabático.

Giorgio apretó los labios y asintió. Se habían vuelto a reencontrar después de cinco años, los que habían transcurrido desde que finalizaron sus estudios en la universidad. Y a pesar del tiempo, él seguía sintiendo ese ligero cosquilleo cuando estaba con ella. Pero ¿cómo era eso posible? Ya no tenía dieciocho años ni estaba en la facultad. ¿Por qué seguía experimentándolo?

—¿Estás en Bolonia o es una cuestión de paso por la feria?

—La verdad es que he venido a echar un vistazo a la feria. Hay buenas propuestas, lo reconozco.

—Pero ninguna te atrae —matizó Gabriella señalando a Giorgio con el dedo.

—A ver, no todo vale hoy en día. Pero también reconozco que mi opinión no tiene que ser la única ni la mejor. Yo presento a un autor o autora a la editorial como posible incorporación, pero la última palabra la tiene el consejo editorial, como ya te he explicado. Supongo que tú harás lo mismo. Acabas de contarme que Melina y Silvia te habían recomendado que leyeras a Estefanía Lambertti. Pero la última palabra la tendrás tú.

—Eso es. Lo hice para formarme mi propia opinión. Agradezco las de ellas, pero también quiero tener la mía propia.

—¿Y en este caso coincidís las tres?

—Sí, de manera plena. Espero poder charlar con Estefanía para hacerle una oferta para su próxima novela.

Giorgio apretó los labios y asintió. Permaneció en silencio, meditando esa respuesta.

—¿Y si no la consigues? Ten en cuenta que casi todas las editoriales quieren hacerse con ella…

Gabriella se encogió de hombros.

—Siempre tendrá las puertas abiertas. No soy tan estúpida como para cerrárselas y que al día de mañana pueda llamar a estas. Nunca descarto una segunda oportunidad. —Le aseguró cogiendo aire y echando un vistazo al reloj—. Siento decirte que…

—Sé lo que vas a decirme. Pero todavía resta algo más de media hora para que Melina comience a firmar ejemplares.

—Esto… Pero sería conveniente ir caminando de vuelta a la feria. No quiero llegar tarde.

—Siempre tan perfeccionista. —Giorgio levantó la mano hacia la camarera para que le trajera la cuenta. Luego se fijó en Gabriella y en cómo parecía estar buscando el dinero para pagar.

—Si estás pensando en pagar, olvídalo —le dijo Gabriella con un toque sereno y serio—. Te dije que te invitaba a comer y tú aceptaste. No soy una mujer chapada a la antigua que espera que la inviten a comer. Y siempre cumplo mi palabra.

Giorgio sonrió.

—Soy consciente de que eres una mujer libre, autosuficiente, sin compromisos sentimentales y con una editorial que dirigir.

—Así es y así espero seguir por mucho tiempo.

—Me alegra saber que lo tienes todo tan claro. No obstante, si tienes tiempo y quieres, podríamos volver a quedar. De ese modo

estaríamos en paz. —Le sugirió Giorgio desviando su atención hacia la camarera a la que Gabriella entregaba su tarjeta de crédito y la acompañaba al interior del restaurante.

Gabriella se mordió el labio con gesto pensativo. ¿Volver a quedar con él? La pregunta no se hizo esperar. No así su respuesta. Por el momento no quería pensarlo. Vale, que había sido toda una sorpresa por su parte invitarlo a comer, pero ello no la obligaba a que él tuviera la opción de devolvérsela, ¿no? ¿O tal vez sí? Lo que ella tenía claro era que él volvería a pasar por el *stand* de su editorial para saludarla o charlar. Todo aquello que estaba sucediendo en torno a ellos dos no dejaba de asombrarla. Cinco años sin saber nada de él y, de la noche a la mañana, una serie de situaciones y de coincidencias hacían que Giorgio volviera a aparecer en su vida. ¿Por qué?

—¿Vamos? —Giorgio se sobresaltó al escuchar la voz de ella, pero más todavía cuando su mano se situó en su espalda de una manera normal. Había estado dándole vueltas a la cabeza a lo que ella le inspiraba y lo había pillado desprevenido cuando regresó de pagar la cuenta.

Gabriella no fue ajena al leve sobresalto que su aparición le había provocado.

—Oh, sí, sí. Seguro que Melina está ya allí. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí. Me recuerdo que era tu mejor amiga fuera de la facultad. Es curioso que después de todo hayáis acabado trabajando juntas. La vida da muchas vueltas.

—Es curioso, sí. Lo cierto es que nunca pensé que ella pudiera llegar a convertirse en la escritora que es hoy en día.

—Sin duda que sois dos mujeres con éxito —le confesó con un gesto de admiración por este hecho que enorgulleció a Gabriella.

Melina y Silvia charlaban de manera animada esperando la llegada de Gabriella.

—Me dijo que estaría aquí con tiempo suficiente para tu firma de ejemplares. —Le contó Silvia—. Lo que pasa es que casi seguro que está a gusto comiendo con su compañero de la facultad. —Silvia movió sus cejas arriba y abajo de manera veloz, dando a entender a Melina lo que pensaba de esa cita.

—¿A quién te refieres?

—A Giorgio. Tú debes conocerlo si estabais juntas por entonces…

—¡Giorgio!

—Me ha contado que era su mejor compañero. Ya sabes, con el que se tomaba los cafés cuando se piraba. O con quien iba a la biblioteca.

—Sí, ya me acuerdo de él. Eran inseparables en aquellos días.

—Sí, pero no hubo nada más, ¿no? Porque ella asegura que no se liaron, y mira que él está bien. —Le aseguró Silvia con la mirada entornada hacia Melina.

—Sí, pasaban juntos mucho tiempo por lo que ella me contaba. Pero que yo sepa no se liaron en los cinco años. O, si lo hicieron, lo ocultaron muy bien porque yo no me enteré. Eso sí, todos sus compañeros que conocí y con los que hablé en alguna ocasión creían que sí había algo entre ellos.

—¿Y tú qué crees?

Melina cogió aire antes de expulsarlo.

—No sé. Gaby es muy suya.

—Ya lo sé, con la disculpa de tener que sacar adelante la editorial creo que está dejando escapar algún que otro tren. Oye pero ¿tú crees que Giorgio le gustaba?

—Algo hubo. Mira, ahí vienen. La verdad es que siguen haciendo muy buena pareja. No sé por qué la cosa no ha cuajado.

Gabriella sonrió al ver el gesto de sorpresa y complicidad en Melina.

—Vaya, ya estás aquí. ¿Te acuerdas de Giorgio?

—Por supuesto —asintió Melina sin abandonar la sonrisa irónica —. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—En parte se debe a que he estado en España una larga temporada. Ya sé que te has convertido en una escritora de éxito.

—Sí, gracias a nuestra amiga en común. —Le aseguró echando el brazo por encima de los hombros de Gabriella para atraerla hacia ella. Esta se vio sorprendida y lo único que pudo hacer fue sonreír.

—Y solo te pedí que me enviaras una de tus historias. No hice más. El mérito es tuyo por haber conseguido tener tantos lectores.

—¿Piensas quedarte a la firma? —Le preguntó Melina deseando saber qué haría y, de paso, qué pensaría Gaby de tenerlo allí, cerca de ella.

El sonido del móvil de Giorgio pareció ser la respuesta que Melina esperaba.

—Disculpadme.

Las tres mujeres lo vieron alejarse del *stand* para tener cierta intimidad.

—¿Cómo coño has acabado comiendo con él? —Melina susurró la pregunta a su amiga, deseosa por saber qué había sucedido.

—Pasó por aquí y… —Gabriella se limitó a sonreír y a encogerse de hombros, ya que no sabía qué decirle a Melina.

—Ya, y te invitó a comer. Bien, ¿y? ¿Qué tal te ha ido con tu inseparable compañero de la facultad? —Melina formó un arco de

expectación con sus cejas al tiempo que Silvia se acercaba para escuchar lo que Gabriella tuviera a bien que contarles.

—Yo lo invité —les confesó con un gesto de culpabilidad por haberlo hecho, que despertó infinidades de preguntas y conjeturas en sus dos amigas.

Giorgio deslizó el dedo por la pantalla de su móvil para responder a la llamada. El número que aparecía no lo tenía en su agenda, lo que significaba que podía tratarse de cualquiera.

—Dígame.

—*¿Giorgio Ferrara?*

Una voz de chica preguntó por él. Giorgio frunció el ceño.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—*Estefanía Lambertti*.

El nombre paralizó la lengua de Giorgio. Dejó la mirada suspendida en el vacío e inspiró hondo tratando de no mirar a Gabriella en ningún momento.

—Encantado, Estefanía. ¿Qué querías? —Giorgio pasó a tutearla dado lo joven que era.

—*Tengo en mi mano tu tarjeta de visita. Por lo que veo, representas a la editorial Tempesta*.

—Sí, así es. Trabajo para ellos en la búsqueda de nuevos talentos.

—*Por ese motivo has dejado tu tarjeta*.

—Exacto. Porque la editorial estaría interesada en charlar contigo. Le gustaría que pasaras a formar parte de su catálogo.

Giorgio no escuchó nada al otro lado de la línea. Todo indicaba que la joven Estefanía se lo estaba pensando. Bueno, eso era algo que le competía única y exclusivamente a ella.

—*Podemos quedar para conocernos y tratar el tema en persona. Yo no tengo nada que hacer el resto de la tarde. Si te viene bien…*

—Me parece bien. —Giorgio se giró en dirección a Gabriella que, para su sorpresa, lo estaba contemplando en ese preciso instante. Ella se limitó a sonreír de manera tímida, la había pillado mirándolo como en las ocasiones en las que lo había hecho cuando estaban en clase o en la biblioteca, años atrás. Por un instante, él se olvidó de Estefanía y de que parecía estar esperando a que él le dijera cómo quedarían—. Bien, pasaré por el *stand* de la organización en cinco minutos, si estás todavía allí.

—*De acuerdo. Aquí te espero*.

Giorgio cortó la llamada y jugueteó con su móvil durante unos segundos, sin querer volver su atención hacia el lugar donde estaba Gabriella. ¿Por qué comenzaba a sentirse algo culpable por lo que estaba haciendo? No había querido confesarle que su trabajo principal

en esos días de feria era conseguir a Estefanía Lambertti, la joven escritora de moda a la que Gabriella intentaba contratar.

Giorgio se acercó a Gaby intentando que su rostro no reflejara las emociones encontradas que sentía en ese preciso instante. Su trabajo y su mejor amiga aparecían enfrentados. ¿A cuál de los dos tendría que traicionar? Uno de los dos perdería.

—Siento tener que marcharme. —Le anunció sin más preámbulos para no tener que retrasar más el momento.

—¿Una llamada de trabajo? —Le preguntó ella con los ojos entrecerrados, sin poder dejar de contemplarlo.

—Sí. He quedado para tratar un asunto con un autor.

Gabriella apretó los labios y asintió. ¿Por qué en ese momento comenzaba a sentir una sensación de vacío porque él se marchara? Se le había ocurrido que tal vez él pudiera quedarse más tiempo y seguir charlando, mientras Melina firmaba ejemplares de su última novela.

—Te dejo mi tarjeta por si necesitas algo o quieres que volvamos a vernos. A mí te aseguro que me encantaría. Es más, recuerda que te debo una invitación.

Gabriella no supo decir si fue la manera en la que él la contempló o bien su manera de dirigirse a ella. Pero hubo algo que la calentó por dentro. Que pareció tocarle alguna fibra en su interior porque no era normal que sus dedos temblaran y se mostraran algo torpes mientras cogía la tarjeta de visita.

—Sí, es posible —asintió queriendo recomponerse del mal trago que estaba acusando.

—Cuando quieras o tengas tiempo. —Giorgio hizo un gesto hacia la cola de lectores que querían tener un ejemplar firmado por Melina.

—Sí, bueno. Ya sabes cómo es esto.

—No renuncies a lo demás por tu editorial, Gaby. —Giorgio se acercó a ella de manera peligrosa para susurrarle aquella opinión. Y cuando sus miradas se encontraron, Giorgio hizo verdaderos esfuerzos por no inclinarse sobre ella y besarla como sentía deseos de hacerlo desde hacía más de cinco años.

Gabriella se humedeció los labios y se los mordisqueó nerviosa, esperando que él no llevara a cabo sus intenciones. Ella había creído percibir el deseo de él por besarla. Pero él se apartó en el último momento. ¿Qué le sucedía con ella? Todavía podía recordar y contar con los dedos de sus manos las veces en las que ambos se habían quedado contemplándose como si fueran únicos. Como si ese beso fuera a producirse. Pero siempre alguno de los dos, o ambos, se había echado atrás en el último momento.

Giorgio llevaba mucho tiempo haciéndose la misma pregunta. ¿Por

qué no podía dar el último paso y besarla? ¿Qué importancia tenía que ella se apartara, lo rechazara o le cruzara la cara? De ese modo le quedaría claro lo que llevaba queriendo saber.

Gabriella lo vio alejarse. Suspiró cuando se dio cuenta de que verlo había conseguido transformar su día. Sí, porque si en un principio ella había tenido ciertas reservas por todo lo que estaba sucediendo, después de comer con él y pasar el tiempo charlando como lo que eran, dos viejas amistades, se había quedado con ganas de más.

—Si no te conociera diría que sientes que se tenga que marchar —le comentó Silvia a su lado.

Gabriella trató de disimular sus sensaciones. Pero era cierto que su repentina marcha no le había sentado tan bien como ella había supuesto en un principio. En un primer instante consideró que lo mejor era no quedar con él o que la comida sucediera de manera rápida para no prolongar su compañía. Pero después de haber pasado juntos aquellas horas, su visión de la situación había variado hasta el punto de que había deseado pasar más tiempo con él.

—No sé a qué demonios te refieres, pero ten en cuenta que ambos tenemos que trabajar.

—Sí, lo entiendo. Dime, ¿qué tal te ha ido con él?

Gabriella quiso centrarse en la cola de lectoras deseosas por tener un ejemplar firmado por Melina.

—Bien, hemos comido en un ambiente distendido y cordial. Charlando de todo en general.

—¿Incluidas las relaciones de pareja? —Silvia arqueó su ceja derecha con suspicacia—. Dime, ¿está viendo a alguien?

Gabriella lanzó una mirada de recelo hacia Silvia. Pero en su interior sucedió algo que no llegaba a comprender y era que no le había hecho gracia aquella sugerencia.

—¿Por qué? ¿Acaso estás pensando en tirarle los tejos? Pues no sé si la tiene. No se lo he preguntado porque no creí que fuera necesario —le comentó algo furiosa consigo misma por sentirse tan extraña.

—Oye, ¿te ha sentado bien la comida?

—A mí sí. ¡Me ha sentado de puta madre! —Le aseguró sonriendo con sarcasmo.

—¿Por qué coño te molesta que te pregunte por Giorgio? ¿Es que ha sucedido algo que te ha molestado y no quieres contarme? —Silvia entornó la mirada hacia Gabriella.

—No, no ha sucedido nada. No te preocupes.

—Que sepas que estás algo… irascible. Y no sé si ver a tu amigo ha tenido algo que ver o estás con la camisa al revés.

—Es por todo este jaleo de la feria. Créeme. —Le aseguró

contemplándola algo más tranquila. «La feria y Giorgio», matizó para ella misma—. Será mejor que nos centremos en Melina, ¿sí?

Silvia no se atrevió a añadir nada más al respecto porque no quería comprometer a Gabriella. Pero estaba segura de que su estado tenía que ver con Giorgio y la comida. ¿Qué coño le sucedía a Gaby?

Capítulo 4

Giorgio fue hasta el *stand* de la organización para buscar a Estefanía, como habían quedado. Sin duda que era una chica con gancho entre los más jóvenes, ya que no podían dar dos pasos seguidos sin que alguno se acercara a ella para hacerse una foto, un *selfie* o que le firmara.

—¿Cómo llevas todo esto? Que te paren cada dos por tres para hacerse una foto o para que les firmes en cualquier lugar: cuaderno, una gorra… ¿No te agobia?

Estefanía sonrió abiertamente al tiempo que sus ojos brillaban. A Giorgio le dio la impresión de que ella disfrutaba con todo lo que le estaba sucediendo.

—No. Me debo a ellos. Son los que leen mis historias. Me siguen en las redes sociales, me apoyan. Siento que se los debo. Además, soy consciente de que hacerme una foto o firmarles algo los hace felices por un momento.

—Ya, claro. Te entiendo.

Llegaron al *Café Della Letteratura*. Estefanía observaba la decoración hecha a base de estanterías repletas de libros, rostros de famosos escritores y todo un decorado relacionado con ese arte.

—No conocía este sitio —dijo después de recorrerlo con su mirada.

Marco acudió a tomarles nota.

—Yo tampoco, si te soy sincero. Pero sin duda creo que es el lugar idóneo para tratar este asunto —matizó Giorgio observando a la joven escritora pedir un café solo—. Que sean dos, por favor.

Giorgio hubiera preferido alejarse algo más de la plaza porque no pretendía que Gabriella pudiera verlo en compañía de Estefanía. Cada vez que fijaba su atención en ella trataba de no pensar en Gaby y en que ella estaba interesada en contratarla. Pero al momento desechaba ese pensamiento diciéndose a sí mismo que aquello era trabajo. Y cada uno de los dos desempeñaba el suyo lo mejor que sabía. Gaby tendría su oportunidad para convencer a la joven escritora para que formara parte de su editorial.

—Bueno, tú dirás. ¿Por qué querías que nos viéramos? —Estefanía se mostró directa y muy segura de su situación y de sus palabras. No le gustaba perder el tiempo cuando se trataba de trabajo.

—Eres directa, ¿eh?

—Sí, me gusta que, cuando me van a hacer una propuesta, la persona en cuestión no se ande por las ramas.

—Bien, en ese caso… Mi trabajo consiste en encontrar nuevos talentos dentro del panorama literario.

—¿Y has pensado en mí? —Le preguntó interrumpiéndolo.

—Más bien, la editorial para la que estoy trabajado en este momento. *Tempesta* me ha encargado que te presente una propuesta de publicación.

—¿Has leído mi novela o te lanzas así de buenas a primeras?

—Suelo leer todas y cada una de las obras de aquellos autores que considero que pueden publicarse en una editorial.

—De manera que te la has leído —apuntó ella mientras Giorgio asentía—. ¿Y qué opinión te merece?

—Es una buena historia.

Estefanía chasqueó la lengua y sonrió.

—Ya. Eso es algo muy general.

—Lo sé.

—¿Y? —Estefanía arqueó sus cejas con expectación.

—Me ha parecido muy realista, apropiada para los lectores cuyas edades están entre las mismas que los protagonistas. A ver, no es el tipo de novela que yo compraría, porque la *New Adult* no es uno de mis géneros preferidos.

—¿Y cuáles son? Si andas en busca de talentos, tendrás que leer de todo.

—No tengo un género favorito definido.

—Pero acabas de decirme que la clase de historias que yo puedo crear no las comprarías.

—Ya, pero mi trabajo no consiste en comprar o vender tu novela, sino descubrir si tú puedes llegar alto; o si ni siquiera levantarás el vuelo. ¿Lo comprendes?

—Sí. Vienes a decirme que tú solo te fijas en si la historia tiene gancho. Si merece la pena, ¿no? —Estefanía arqueó una ceja con suspicacia, mirándolo con atención.

—Exacto.

—Eres franco. —Estefanía sonrió y se movió en la silla, ¿incómoda por su sinceridad?

—Tengo que serlo. Leo novelas de todos los géneros. Recibo decenas de manuscritos al día. No puedo andar engañando a la gente.

Pero que conste que es mi punto de vista. No es el único ni el mejor —matizó levantando un dedo ante ella para dejarlo claro.

—¿Los lees todos?

—Te he dicho que sí. No puedo arriesgarme a dejar alguno sin leer y que después se convierta en la revelación del año, de igual manera que tú.

Estefanía entrecerró los ojos.

—¿No irás a decirme ahora que estás interesado en mí por lo que comentan en las redes sociales, en ciertos blogs y en algunas páginas de literatura romántica juvenil? Que soy la revelación del año en el género *New Adult*.

—En parte así es. Tienes tirón entre el público lector adolescente. Si a ello le añadimos una buena trama, debo confesar que es la primera vez que leo una historia romántica de universitarios.

—¿Debo sentirme halagada?

—Depende de ti. Tu historia me ha gustado.

—Pero no te ha entusiasmado —precisó ella al ver el gesto de distracción de él.

—Ya te he dicho que no es el tipo de novela que compraría. Pero ello no significa nada. Hay cientos de obras que pasan los filtros y después no enganchan. Y nadie sabe el motivo. Que te esté soltando este rollo que, por otro lado, imagino que conoces, no significa que te vayas a convertir en la nueva Nora Roberts.

—¡Ya quisiera! Descuida, tengo los pies en el suelo. —Le rebatió algo molesta por ese matiz.

—Me alegra saberlo. Entonces, ¿qué opinas? ¿Estás interesada en escuchar la opinión del editor de *Tempesta*? —Giorgio permaneció con la mirada fija en ella. Una parte de él esperaba que ella se echara atrás. Que le dijera que no tenía interés en escucharlos. Esa parte de él que en ese momento pensaba en Gaby.

—No pierdo nada. —Le respondió con un gesto risueño—. Siempre tengo tiempo para echarme atrás, ¿no? Además, tengo varias ofertas sobre la mesa e incluso puedo autopublicar mis novelas —le aclaró con naturalidad, pero dándose cierta importancia al mismo tiempo.

—Estás en tu derecho. ¿Cuándo te viene bien quedar con el editor?

—Hoy no. Quiero marcharme a casa. El día está siendo agotador.

—De acuerdo.

—Pasado mañana tengo que volver a la feria. Entonces podemos vernos.

Giorgio asintió complacido por aquella fecha. Eso le daba tiempo a él para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—En ese caso… —Giorgio se levantó de la silla para irse. Por ese

momento le era suficiente y no quería que alguien cercano a Gaby pudiera verlo en compañía de la joven autora. Se sentía algo culpable por no habérselo dicho sabiendo que ella estaba interesada en contratarla. ¿Cómo se lo tomaría cuando lo supiera? Giorgio resopló —. Ha sido un placer. Estás invitada al café. —Caminó hacia la barra para pagar.

—Sí, bien. Nos veremos pasado mañana.

Estefanía se despidió de Giorgio y se quedó un rato más en el *Café Della Letteratura*, un lugar entrañable en el centro de Bolonia.

Giorgio se alejó sin pensar en lo siguiente que iba a hacer. Aunque sin duda lo primero era llamar a Giulio para informarle de la situación, y luego… El sonido de su móvil lo alejó de sus planes. Por suerte para él no tendría que llamarlo, pues era quien lo hacía.

—Dime, Giulio.

—*¿Has logrado hablar con la joven escritora*? —Giorgio notaba una mezcla de nerviosismo e impaciencia en la voz de su amigo y jefe.

—Sí, acabo de despedirme de ella en este momento.

—*¿Y qué te ha dicho? ¿Firmará con nosotros?*

—He acordado una nueva entrevista con ella pasado mañana, aquí, en le feria del libro. Ella tiene que estar para firmar… de manera que será tu oportunidad para convencerla. Mi parte del trabajo está hecha.

—*Pero ¿qué te ha parecido? ¿Firmará?*

Giorgio sonrió.

—No hay nada seguro, te lo advierto. Es la impresión que me ha transmitido. Me ha dejado claro que tiene otras ofertas.

—*Ya… claro. —Giorgio percibió el cambio en el tono de Giulio. La expectación había dejado paso a cierta cautela e incluso decepción*.

—Es lo que esperabas, ¿no? Que tuvieras más ofertas —le aclaró con total cordialidad.

—*Sí, sí, por supuesto. Bueno, veremos qué sucede pasado mañana. Buen trabajo*.

—Sí, vale. Ya hablamos.

Giorgio guardó su móvil y se olvidó de todo aquel asunto de la joven escritora. Su papel había concluido. Había hablado con Estefanía Lambertti para concertar una reunión con Giulio, el editor de *Tempesta*. Entonces era cosa suya que ella aceptara entrar a formar parte de la editorial. Y, mientras tanto, él seguiría buscando nuevos talentos de los que se dejaban ver por la feria del libro. Asistiría a algún que otro encuentro de jóvenes escritores y de algunos ya consagrados. Nunca se sabía dónde podía encontrar un diamante en bruto.

Estefanía dejo el café con una nueva sonrisa bailando en sus labios. La

feria no podía haber arrancado mejor. Decenas de lectores deseando fotografiarse con ella, contarle sus impresiones acerca de su novela. Y luego, el taco de tarjetas de visita de casi todas las editoriales italianas que buscaban ficharla como si de una gran estrella del *Calcio* se tratara. Aquello era más de lo que había imaginado en un principio. Se sentía feliz por las atenciones que había recibido. No cabía en sí misma de alegría. Una sensación que quería compartir con su chico. Le envió un WhatsApp para verlo y contarle cómo le había ido en su primer día en la feria. Solo le había faltado que él hubiera estado allí, a su lado.

Gabriella resopló aliviada cuando terminó la jornada de la feria. El ajetreo que había habido ese segundo día de firma de ejemplares de Melina había conseguido distraerla de sus pensamientos en torno a Giorgio. Claro que tampoco entendía por qué narices tenía que andar pensando en él a cada momento; la verdad. En ese instante lo que quería era acabar de recoger, cerrar el *stand* de la editorial y marcharse a casa a darse un baño relajante. Después ya vería cómo había ido el día en cuanto a ventas, aunque no tendría que hacer muchos números después de tener a Melina firmando durante tres horas.

—Creo que nos merecemos tomar algo —comentó Melina con efusividad, mirando a sus dos compañeras de editorial.

—Yo prefiero irme a casa y darme un baño relajante de espuma con aroma a sales —se aventuró a comentar Gaby lanzando una fugaz mirada a su amiga.

—Oh, venga ya, Gaby. Eso puedes hacerlo después. Es más, podríamos ir a ver a Marco. ¿Qué dices, Silvia?

—Por mí perfecto. No tengo ni pizca de ganas de meterme en casa.

—Venga, Gaby, no seas aguafiestas. Así, de paso, nos cuentas qué tal te fue con Giorgio el otro día. —Le lanzó Melina arqueando sus cejas con toda intención.

Gabriella frunció el ceño. No estaba con muchas ganas de revelar lo que había experimentado en compañía de Giorgio, la verdad. Prefería guardárselo para ella misma. Sacudió la cabeza dejando clara su intención al respecto.

—¿A qué viene ese gesto?, —preguntó Melina cuando percibió cierta reticencia de su amiga a charlar sobre ese tema.

—Viene a que nuestra querida editora no va a soltar prenda al respecto de su breve escapada con su amigo de la facultad —anunció Silvia con autoridad, sabiendo lo que decía.

—¿Qué pretendéis saber?, —preguntó una Gabriella algo incómoda ante las miradas fijas de las dos mujeres.

—Qué piensas de haberlo visto después de los años, por ejemplo. —Le respondió Melina con total normalidad, como si fuera lo más normal del mundo.

—Nada. Estuvimos comiendo y recordando los viejos tiempos; lo típico en estos casos cuado coincides con alguien a quien no ves en años.

Melina entornó la mirada hacia su amiga como dándole a entender que no le creía del todo. Que esperaba que le contara algo más de lo sucedido. Que no terminaba de creerse que entre ellos no hubiera sucedido nada. Por eso, Gabriella abrió los ojos como platos y la miró sin entender su gesto.

—¿Qué? ¿Por qué entornas la mirada cómo si esperaras algo?

—No sé, chica. Tú misma, pero es que me resulta tan sorprendente.

—A mí también me sorprendió encontrarme con él, qué quieres que te diga.

«Y más todavía que se me ocurriera proponerle *yo* que comiéramos juntos».

—A mí eso… Pasa que es poco habitual en ti. Pero lo que me choca es que… —Melina entrecerró los ojos y se mordisqueó el labio—. ¡Joder, os pasasteis la carrera tonteando, eso según tú! —Precisó Melina recordando aquellos años en los que eran amigas y salían a divertirse por ahí. Había sido en alguna de aquellas ocasiones en las que Gabriella le dejó entrever que Giorgio le gustaba, pero que no terminaba de verlo claro.

—¿Tonteando? Éramos compañeros de la facultad. ¿A eso llamas tú tontear? —Gabriella sentía el calor invadir su cuerpo si recordaba aquellos días y, sobre todo, ese mediodía que habían compartido.

—Yo no sé si tonteabais o no, pero sí es cierto que entre vosotros dos había un buen rollo —precisó Silvia interviniendo en la conversación—. Y lo que sucedió entre vosotros pues queda ahí. Mira, pensándolo bien, podrías escribir algo así, Melina. Aunque creo que ya lo he leído en las páginas de Estefanía Lambertti. Supongo que si lo has leído, Gaby, te habrá traído recuerdos.

Gabriella se sintió algo cortada ante aquella deducción de Silvia. Claro que se había sentido identificada en algunos pasajes de la novela, por no decir que lo hacía de manera casi total con su protagonista.

—Sí, la he leído —dijo de forma cortante, seca y algo fría, cerrando el *stand* de la editorial. Tardó en volverse hacia sus amigas, demorándose en la cerradura, y cuando lo hizo, no dio más explicaciones al respecto, sino que cambió de tema—. Por cierto, Estefanía Lambertti no me ha llamado ni ha pasado por aquí —dijo

con un leve tono de reproche.

La verdad era que Gabriella no estaba cabreada con la joven escritora, sino con ella misma porque no era capaz de capear el temporal que sus dos queridas amigas habían iniciado. Aquella especie de interrogatorio al que la estaban sometiendo en torno a Giorgio la estaba afectando más de la cuenta. Por eso se cabreaba.

—Bueno, ten en cuenta que estos primeros días estará bastante solicitada. Es la novedad. Dale tiempo —le comentó Silvia buscando calmar a Gabriella.

—Es una nueva estrella. Todos quieren hacerse fotos y *selfies* con ella. Y apuesto a que no eres la única interesada en atraerla a tu editorial —añadió Melina haciendo ver a su amiga que no lo tendría fácil—. Bueno, ¿vamos a ver a Marco o qué, chicas? Yo necesito distraerme un rato.

Gabriella suspiró, relajó los hombros y se dio por derrotada en ese aspecto.

—Está bien. Vosotras ganáis.

—Yo ya había dicho que sí —apuntó Silvia.

—En ese caso… Vámonos antes de que la jefa se eche atrás en el último instante —añadió Melina con una sonrisa cínica que Gabriella pasó por alto—. Además, un poco de diversión no le hace mal. Y le ayudará a centrarse en otros aspectos y dejar a un lado a Giorgio.

—¿Pretendes entrar aquí? Esto es un café. —Giorgio se detuvo con gesto extrañado a escasos pasos de la entrada del *Cafe della Leterattura*. Luego lanzó una mirada de extrañeza a su acompañante.

—Por el día y la tarde es un café donde pasar un rato agradable. Pero por la noche…

Giorgio fue recibido por una atmósfera que en nada tenía que ver con lo que él había conocido cuando estuvo allí mismo con Estefanía Lambertti. Se quedó clavado en la entrada, dejó que su mirada recorriera el local y se acostumbrara a la penumbra que reinaba.

—¿Sorprendido? —Le preguntó su compañía de esa noche, sonriendo divertida al ver su expresión.

—Más que eso. Sin duda que no es lo que me esperaba encontrar. ¿Desde cuándo vienes aquí?

—Desde que lo descubrí hace ya algún tiempo. Anda, vente conmigo. —Ella deslizó el brazo por debajo del de Giorgio y casi tuvo que arrastrarlo hasta la barra donde los atendió Claudia con su peculiar aspecto—. ¿Sigues tomando *Gin* Tonic?

—No, he cambiado la tónica por el limón.

—De acuerdo. Lo probaré. —Le aseguró volviéndose hacia Claudia para que les sirviera—. Me contabas que te reuniste con Estefanía

Lambertti. ¿Qué tal ha ido?

Giorgio se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? Ha sido una primera toma de contacto, nada más. Se reunirá con Giulio para, si llega el caso, concretar un acuerdo.

—Eso está bien, ¿no?

—Eso no es nada y lo sabes, Lucía. —Le rebatió Giorgio sacudiendo la cabeza—. Puede echarse atrás en cualquier momento. Me aseguró que incluso podría autopublicarse en una de esas plataformas literarias que existen.

—No lo creo. Parece una chica con los pies en el suelo.

—Ya, pero no somos la única editorial que va tras ella —apuntó señalando a Lucía con un dedo.

—¿Y qué esperabas? Apuesto a que tendrá un montón de ofertas sobre la mesa, incluida la de mi hermana —le recordó ella con una sonrisa y un movimiento de cejas.

—Soy consciente de ello —asintió antes de echar un trago a su bebida y fijarse en el magnético brillo de los ojos de Lucía—. Por cierto, estuve con Gaby en la feria. Me invitó a comer.

Lucía frunció el ceño como si no le hubiera entendido. O tal vez le pareciera extraño escuchar a Giorgio hablar de ella.

—¿Mi hermana?

—Esa misma. La editora de *Essenza de Donna* —ironizó Giorgio con una sonrisa cínica.

—¿Y qué tal la encontraste? —Había un toque irónico en el tono que Lucía había empleado para referirse a ella.

Giorgio apretó los labios y se limitó a encogerse de hombros.

—Bien.

—¿Solo bien? —Lucía entornó la mirada hacia Giorgio y pareció estar esperando alguna explicación más por su parte.

—¿Qué más quieres que te diga? ¡Es tu hermana, coño!

—Venga, Giorgio, que los dos sabemos lo que había entre vosotros —se burló Lucía dándole unos toques en el pecho.

—No hubo nada y lo sabes, Lucía. Éramos buenos compañeros de facultad y mejores amigos, creo asegurar.

—Sí, sí, sí —repitió Lucía de manera monótona—. Pero la amistad que tenías con mi hermana no era la misma que conmigo. —Lucía le guiñó un ojo en complicidad.

—Contigo salía más de fiesta que con ella; no te lo niego. Gaby solo pensaba en estudiar, sacar muy buenas notas y ya está. Ya lo sabes. No tiene nada que ver contigo.

—Espero que sea en el buen sentido de la palabra —bromeó Lucía

—. Por cierto, volviendo a Estefanía Lambertti, ¿le has comentado a mi hermana que vas detrás de ella? —Lucía se mordisqueó el labio esperando la aclaración de él.

—Según lo has dicho, parece que quiero llevármela a la cama.

—Bueno, no hablaba en ese sentido. Pero… tú verás… No obstante, no te pega. Te va más Gaby. —Le aseguró guiñándole un ojo con complicidad.

—Ya. —Giorgio chasqueó la lengua y sonrió.

—En serio, ¿no sabe nada?

—No, no le he comentado nada al respecto. Tampoco creo que haga falta.

—Ya, pero, conociéndola, no estaría de más que lo hicieras. Es decir que la editorial *Tempesta*, para la que trabajas ahora, anda detrás de Estefanía.

—Pero, como bien dices, es la editorial para la que trabajo la que quiere contratar a Estefanía. *Yo* no tengo ningún interés en ello. Me pagan para hacer mi trabajo, que consiste en presentar nuevos talentos a la editorial.

—Gaby me comentó el otro día que va a intentar tener a Estefanía en su editorial. Necesita darle un empujón ahora que Melina ha vuelto a asentarse entre los más vendidos.

—Pues que le haga una oferta y que sea para el mejor. ¿Qué quieres que diga? —Giorgio miró a Lucía sin saber qué podía hacer. Ya había pensado en esa posibilidad que ella le planteaba, pero al final había acabado por desecharla porque a él no le incumbía.

—Bueno, y de lo otro, ¿qué? ¿Cuándo vas a confesarle a mi hermana que llevas pillado por ella desde la facultad? Eres un poco lento, ¿no crees? —Lucía esbozó una sonrisa y movió sus pestañas de manera coqueta.

Giorgio abrió la boca para decir algo, pero pareció pensárselo dos veces. Justo en ese momento Estefanía Lambertti se dirigía hacia él para saludarlo. La mirada de sorpresa de Lucía pareció decirlo todo. «Ohhhh, ¿la joven escritora viene a saludar a Giorgio?», se preguntó Lucía mordisqueándose el labio y adoptando una pose de interés con sus ojos entrecerrados.

—Vaya, qué sorpresa encontrarte aquí —le dijo Estefanía mirando a Lucía y apartándose de Giorgio al pensar que tal vez fuera su pareja.

—La verdad es que ha sido cosa de ella —aclaró Giorgio señalando a la hermana de Gabriella—. ¿Qué tal va todo?

Estefanía resopló.

—Puedes hacerte una idea.

—Sí, puede llegar a ser agotador, pero si es lo que quieres… —

Giorgio arqueó las cejas—. Por cierto, no te olvides de la reunión con el editor de *Tempesta*. Si estás interesada, claro.

—No, descuida. No lo haré. ¿Y tú? ¿Relajándote?

—Sí, tomando algo con una amiga. Por cierto, es Lucía. Ella es…

—La joven escritora de la que todos hablan. —Se adelantó Lucía antes de que la propia Estefanía se presentara—. Encantada.

—Mucho gusto. En fin, solo quería saludarte. Vuelvo con mis amigas —le dijo Estefanía antes de girarse para marcharse.

—No vemos. *Ciao*.

—*Ciao*.

Giorgio experimentaba la mirada fija de Lucía en él. Pero él no pareció darle la menor importancia después de todo. No había hecho nada mal que él supiera.

—¿Y tú qué? ¿Qué tal el trabajo?

Las tres chicas llegaron en ese momento al *Café della Letteratura*. El local estaba bastante animado dada la cantidad de gente. Se abrieron paso hacia la barra entre un bosque de cuerpos y fue entonces cuando se percataron de que Giorgio estaba allí con la hermana de Gaby. Esta sonrió y asintió cuando se quedó frente a los dos.

—No sé por qué no me extraña veros juntos —les dijo Gaby con un toque irónico que arrancó las carcajadas de Lucía.

—Ya. Pues tal vez deberías ser tú la que estuviera con él. Al fin y al cabo, los dos erais compañeros de clase en la facultad. —La puya de Lucía pretendía dar de lleno en su hermana en un intento por hacerla reaccionar.

—Exacto. Fuimos compañeros. Pasado. No en el presente —le aclaró con una sonrisa irónica, controlando a Giorgio por el rabillo del ojo.

—Pero supongo que la amistad no se pierde con el paso del tiempo, ¿no? Si no, ¿por qué comiste con él el otro día, eh? —Lucía arqueó las cejas, cogió el vaso para beber y observar con detenimiento la expresión del rostro de su hermana.

—No pasa nada porque me haya ido a comer con Giorgio, ¿no? ¿Y vosotros, cuándo habéis quedado? —La pregunta se la hizo a ambos mientras se los quedaba mirando con suspicacia. ¿Estaban juntos? Su hermana nunca le había insinuado siquiera que Giorgio le gustase. Ni los había visto nunca en una actitud que diera a entender que tenían algo. Salvo que congeniaban bastante en cuanto a salir de fiesta.

—Oh, pasó a verme por el hospital. Así que le pedí que me esperara, que ya terminaba mi turno, y decidimos venir a tomarnos algo y ponernos al día —le dijo Lucía sin demasiado interés en el tema —. Ya que estás tú aquí, yo me abro.

—¿Cómo que te marchas?, —explotó, indignada, Gabriella mirando a su hermana como si fuera a fulminarla.

—Lo dicho. Me voy, Gaby, que necesito pillar la cama. Acabo de salir de guardia hace cosa de… —Lucía lanzó una rápida mirada al reloj—. Una hora y media, te lo he dicho. Me ha gustado verte, Giorgio. Tendremos que repetir. —Lucía quería irse cuanto antes, a ver si Giorgio y Gabriella se ponían al día y dejaban de jugar al despiste entre ellos.

—Sí, claro. Cuando quieras, Lucía.

—*Ciao*, hermanita.

Giorgio y Gabriella la contemplaron saludar a Silvia y a Melina antes de encaminarse hacia la puerta del local. Luego, ambos se quedaron callados, mirándose de cerca, de manera fija e insistente, esperando a ver cuál de los dos rompía el hielo. Gabriella se humedeció los labios. Sentía la sensación de vacío en el estómago, las manos se le habían humedecido y la respiración ganaba velocidad. Se aclaró la voz.

—Siempre pensé que acabaríais juntos, mi hermana y tú. —Le aseguró lanzando un vistazo hacia la puerta por ver si Lucía se había marchado ya.

—Tú hermana es demasiado inquieta para mi gusto.

—Sí, en eso tienes razón. No es de atarse a una relación. Es más de…

—Vivir la vida según le viene. Sin preguntarse qué sucederá mañana.

—Pero reconoce que, siempre que quedábamos, vosotros dos parecíais inseparables —le recordó, sonriendo irónica, al pensar en aquellos días no tan lejanos.

—Ya. Siempre hemos congeniado, pero en el plano de la diversión. Lucía sabe que no es mi tipo. Ni yo el suyo, por supuesto.

—¿Y quién te atrae? —La curiosidad pudo con ella. Gabriella había formulado la cuestión sin ser consciente. Era cierto que lo había pensado desde que se vieron.

—Ten, te he pedido una copa —la interrumpió Melina, lo que provocó una especie de tiempo muerto entre Gabriella y Giorgio, que ella agradeció. Interesarse por la vida sentimental de su amigo no le parecía una buena idea. Demasiado directa, y eso que ella no tenía interés en formar parte de esta. Gabriella bebió con el propósito de calmarse.

—¿Dónde te has metido durante estos años?

Giorgio se dio cuenta de cómo ella había cambiado el tema de la conversación. Sonrió. Le parecía bien que quisiera saber de su vida

durante los últimos cinco años.

—Estuve aquí y allí hasta que me marché a España. Allí he pasado unos años hasta que he decidido regresar, ya te lo conté.

—¿Has vuelto a Bolonia para quedarte o piensas volverte a marchar? —Gabriella entornó la mirada con un gesto de curiosidad. Y Giorgio vaciló durante unos segundos como si no supiera qué respuesta darle. Le apetecía quedarse allí, en Bolonia, siempre y cuando las cosas le marcharan bien. Y entre estas estaba *ella*.

—No lo he pensado. Por ahora estoy aquí. Tengo trabajo y no siento las ganas de volverme a ir.

—¿Con qué editorial estabas? No recuerdo…

—Creo que no te lo dije.

—En ese caso…

Giorgio inspiró.

—Estoy colaborando con *Tempesta*.

—Vaya, una de las más fuertes del mercado —ironizó con una sonrisa que llamó la atención de Giorgio.

—Sí, es una de las más importantes del país.

—Intentó que Melina firmara con ellos —le comentó con un toque de fastidio. La mirada de Gabriella pareció ensombrecerse por un momento.

—No lo sabía. De todas maneras, Melina está a gusto contigo. —Le aseguró él haciendo un gesto con el mentón hacia ella. La contempló charlar de manera animada con Silvia.

—Ya, y dime, ¿tienes pensado seguir con ellos por mucho tiempo?

—Si quieres que trabaje para ti solo tienes que pedírmelo. —Le susurró acercándose a ella más de lo permitido. El perfume fresco y floral de Gaby lo atrajo sin remisión. Giorgio tenía la impresión de que podía rozar sus mejillas con los labios de un momento a otro.

Gabriella acusó la presencia tan cercana de él. Su aliento sobre su rostro cuando se acercó a hablar con ella. Sus cuerpos rozándose de manera casual, debido a la gente que había en ese momento en el café. La música que te obligaba a hablar acortando las distancias… Gabriella deslizó el nudo formado en su garganta y el ligero temblor de piernas hizo el resto. Levantó la mirada hacia él y percibió la calidez de su tímida sonrisa. Su mirada descendió hasta sus labios y se quedó fija en ellos durante unos segundos en los que Gabriella creía estar agonizando por sentirlos de una vez.

Giorgio experimentó la sacudida propia del deseo incontrolable. Quería besar a Gabriella. Hacerle ver que durante todos aquellos años ella había sido su más preciado sueño, su anhelo. La vio sonreír.

—¿Tú y yo? ¿Trabajando juntos? —Grabriella intentó modular el

tono de su voz. Aplacar el estado de nervios en el que Giorgio la había vuelto a sumir y al que no lograba acostumbrarse.

—Como en los viejos tiempos. Siempre formamos un buen equipo en la facultad.

—Aquellos eran otros tiempos. Ahora es distinto —le dijo con firmeza mientras parecía que la magia del momento compartido escasos segundos antes se había evaporado como las burbujas de su copa—. Además, tú tienes contrato con *Tempesta*. Nunca trataría de arrebatarle a alguien de su plantilla. —Le aseguró con sorna, recordando su maniobra para captar a Melina—. Ya lo sabes.

—No me debo a nadie, Gaby. Mañana mismo puedo ir a ver a Giulio y decirle que lo dejo.

Gabriella tenía que inventarse alguna excusa para alejarlo de ella. Su repentina aparición no estaba haciendo más que complicar sus días, ya de por sí algo liados con la feria del libro. Lo que menos necesitaba era que su compañero de la facultad regresara para recordarle lo que ella había dejado escapar, más preocupada por su carrera en la facultad y sus perspectivas de futuro.

—No necesito a alguien que busque nuevos talentos literarios —le dijo con seguridad, con el aplomo necesario para hacer frente a Giorgio. Tal vez había sonado algo fría y directa en su tono, pero esperaba que a él le quedara claro. Quería mantenerlo alejado. No podía permitirle acercarse más.

Él se quedó parado. Gabriella parecía tenerlo todo muy claro, como siempre. Y asintió sin decir nada.

—En ese caso, no insistiré más. Creo que es hora de que me marche a casa. El día ha sido largo y mañana tengo que madrugar para hacer trámites.

Las palabras de él sacudieron el interior de Gabriella. Fue como un golpe seco que la dejó paralizada. Sin ninguna capacidad de reaccionar.

—Me ha gustado volver a verte. Y si necesitas algo, o quieres quedar otro día a comer… Te debo una.

—Lo tendré en cuenta. Pero ya sabes que estos días… —Gabriella no quería prometerle nada porque no estaba segura de si era una buena idea volver a verse.

—Sí, son una completa locura. Debes aprovechar a tope. Despídeme de las chicas. —Giorgio le guiñó un ojo y, dejando el vaso sobre la barra, enfiló hacia la salida con la sensación de haber retrocedido cinco años. A cualquiera de las noches en las que había salido por ahí y siempre regresaba con la misma sensación de vacío. Había pasado el tiempo, pero nada parecía haber cambiado entre

ellos. Nada.

Gabriella permaneció pensativa, mordiéndose el labio y contemplando a Giorgio marcharse. Cerró los ojos por unos segundos en los que trató de relajarse y que las pulsaciones recuperaran su ritmo normal. ¿Por qué, pese a haberse mostrado fuerte y decidida para alejar a Giorgio, en ese instante se sentía mal? ¿Por qué tenía la impresión de haberse mostrado demasiado dura con él?

—No me puedo creer que hayas permitido que Giorgio se marche solo a casa.

Gabriella abrió los ojos de golpe y a punto estuvo de tirarse por encima el contenido de su copa. El tono sugerente de Melina susurrando cerca de ella la había situado al borde del síncope. Se volvió hacia su amiga con la mano en el pecho, como si pretendiera detener los latidos de su corazón, ya de por sí agitados si pensaba en Giorgio.

—Has estado a punto de que me dé algo. —Le aseguró a una Melina que la contemplaba con una sonrisa divertida por verla de aquella guisa.

—Ja, venga ya. Yo solo te he dado mi opinión sobre lo que acabo de contemplar. Nada más.

—Pero estaba… yo…

—Estabas pensando en por qué narices lo habías permitido. Estabas pensando por qué no has salido detrás de él a retenerlo. —Le resumió una Melina que contemplaba a Gaby, al igual que Silvia, preguntándose si había hecho lo correcto esa noche.

—Vaya, ahora parece que sabes lo que pienso y…

—Estabais a puntito de caramelo. Reconócelo. —Melina sonrió y le guiñó un ojo, y Gabriella que se quedó con la boca abierta, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—Melina está en lo cierto. Habéis estado a esto de sellar vuestras bocas —le refirió Silvia acercando el pulgar al índice, pero sin rozarse.

—No es cierto. No íbamos a besarnos. ¿De dónde os habéis sacado semejante majadería?

Silvia y Melina se miraron y asintieron con total convicción. Y luego, ambas a Gabriella.

—¿De qué va todo esto? ¿Es un complot contra mí o qué?

—No es ningún complot. Lo que sucede es que pareces la única que no te enteras de lo que sucede a tu alrededor —precisó Melina señalándola con un dedo—. Eso es lo que te pasa.

—¿Qué sabrás tú?

—Oh, pues, por lo pronto, que a Giorgio le gustas. —Le aseguró de manera clara, convincente y contundente.

Gabriella abrió los ojos como platos y se quedó parada. Tenía la impresión de que le habían sacado la sangre de su cuerpo. Entrecerró los ojos sin apartar la atención de sus dos amigas y comenzó a sacudir la cabeza, rechazando semejante locura.

—Eso que dices no tiene ni pies ni cabeza.

—Pues yo creo que es una realidad muy latente —apuntó Silvia—. Gaby, él lleva enamorado de ti desde la facultad. ¡Joder, solo había que escucharlo hablar de ti o fijarse en cómo te miraba cuando salíamos en grupo! O cuando nos encontrábamos alguna noche con él. En serio, él siente algo por ti. Ya lo verás.

—¿Y por qué diablos no me lo dijo? Que no. Que no estoy en una de tus novelas —aseguró mirando a Melina con determinación.

—Tal vez no en una de las mías, pero ¿leíste la de Estefanía Lambertti? ¿No te ha recordado a alguien? Me refiero a los personajes… —aclaró con una sonrisa, cruzándose de brazos—. En serio, deberías prestar más atención a las señales que se manifiestan a tu alrededor. Voy a ver a Marco.

Gabriella y Silvia permanecieron en silencio durante unos segundos. Gaby se mordisqueaba el labio en clara actitud pensativa. Con los ojos entrecerrados evitaba mirar a su amiga y compañera de trabajo. ¿En serio debía creer lo que Melina y Silvia aseguraban? ¿Por qué? ¿Y desde cuándo lo habían percibido ellas? Lo de que Giorgio estuviera por ella. No podía negarles que tras leer a Estefanía Lambertti había tenido la misma sensación de que aquella trama le resultaba bastante familiar, pero solo era una coincidencia. Nada más. Pura y simple ficción. Levantó la mirada hacia Silvia.

—¿Tú también lo crees?

Silvia se limitó a asentir con total convencimiento pese a la cara de temor que Gaby había mostrado en el momento de formular la pregunta.

Gabriella puso los ojos en blanco, resoplando, sin terminar de creer aquella locura.

—Estáis para que os encierren a las dos.

—Ya, pero ¿te has parado a pensar que sea cierto y que Giorgio estuviera enamorado de ti desde la facultad? —Silvia arqueó sus cejas y abrió los ojos al máximo.

—Vale, te repito que no me lo creo. Lo hubiera notado en todo el tiempo que pasamos juntos.

—¿Cómo ibas a fijarte en ello si estabas metida de lleno en la carrera y en tus futuros planes para montar una editorial? Por favor, Gaby. —Silvia gesticuló con sus brazos—. No lo habrías creído ni aunque él se te hubiera declarado. Claro que, por otra parte, ¿cómo

coño iba a hacerlo si veía lo mismo que los demás?

—Quería sacar la carrera en los años que me había marcado. Y después quería…

—Sí, tener tu vida planificada de principio a fin. Todo organizado como si de una agenda se tratara. Y te perdiste tantas cosas…

Gaby se quedó pensativa. Aquella afirmación tan rotunda y esclarecedora de Silvia acababa de dejarla tocada. ¿En serio la veían de esa manera? Cierto que había trabajado mucho y duro para levantar la editorial y no tener que depender de un hombre, ni en el plano laboral, ni sentimental. Le iba bien así. ¿Por qué demonios iba a cambiarlo en ese momento? ¿Solo porque un antiguo compañero de la facultad volviera a aparecer en su vida? No, que ella supiera.

Capítulo 5

Giorgio acudió a la reunión que Giulio y Estefanía tendrían ese día en la feria del libro. No se había dejado ver por esta después de despedirse de Gabriella hacía dos noches. No quería verla. No pretendía causarle ningún contratiempo. Le había ofrecido su colaboración como agente que buscara nuevos talentos para su editorial, incluida la muchacha que ahora charlaba con Giulio, pero Gabriella la había desechado. De manera que había pensado que, ya que Giulio ya tenía lo que quería, él dejaría de colaborar con *Tempesta*. Tal vez se marchara de Bolonia otra vez en busca de nuevas oportunidades. Gaby seguía siendo la misma. Centrada en su trabajo, de manera que, ¿qué sentido tendría decirle lo que llevaba sintiendo por ella durante tanto tiempo? Y eso que la otra noche, por un momento, había pensado que podría suceder. Que acabarían besándose y exponiendo de manera abierta lo que cada uno sentía. Pero tal vez le faltó el valor necesario para cruzar la línea con ella. O tal vez percibió que ella no estaba por la labor. ¿Qué más daba?

—Estas son las condiciones que te ofrece la editorial y que espero sean de tu agrado, —Giulio las había resumido y sonreía a la espera de que Estefanía se pronunciara.

Giorgio contemplaba a la muchacha sin pensar en nada. Había cerrado su mente a cualquier pensamiento en torno a ella o a Gabriella.

—Bueno, me parecen bastante buenas, y…

—No vas a encontrar condiciones mejores que las que te ofrece *Tempesta*. Créeme —le dijo Giulio seguro de ello, o tal vez fuera un farol para que ella se decidiera.

—Suena tentador, aunque he de pensarlo. —Le rebatió ella con normalidad y con un toque de seguridad que captó la atención de Giorgio. Al parecer, la muchacha tenía los pies en el suelo y no iba a dejarse engatusar de una manera sencilla—. Estoy abierta a escuchar más propuestas. La de *Tempesta* no es la única, *signore*.

Giorgio asintió con una leve sonrisa bailando en sus labios. Desvió

su atención por un instante para alejarse de aquella reunión, cuando su mirada se cruzó con la de Gabriella.

Ella lo vio de manera casual. Iba a tomarse el café de media mañana cuando, al pasar cerca del *stand* de Ediciones *Tempesta*, vio a Giorgio allí, de pie, observando a Estefanía Lambertti charlando con Giulio. Por un segundo, sus miradas se encontraron y Gaby sintió la rabia apoderarse de ella. ¿Por qué no le había comentado que tendría una reunión con Estefanía Lambertti para intentar que esta entrara a formar parte de *Tempesta*? ¿Y ese era, según sus amigas, el mismo que se suponía que estaba enamorado de ella? ¿Cómo podía si ni siquiera podía confiar en ella?

—¿Estás bien? ¿Qué sucede? —Las preguntas de Melina casi carecieron de sentido en ese momento para Gabriella.

—Ahí tienes a mi Romeo —le dijo haciendo un gesto con el mentón hacia Giorgio para que Melina lo viera—. Reunido con Estefanía Lambertti.

—¿Y? ¿Cuál es el problema?

—Le pregunté por su trabajo y por los escritores con los que pensaba hablar y no me comentó nada de que estuviera tras ella.

—Es su trabajo. No sé por qué te pones así.

—Porque podría haber confiado en mí y decirme que *Tempesta* iba detrás de la joven promesa de las letras italianas. ¿Tanto le costaba? Y luego tiene el descaro de decirme que podría trabajar para mí —concluyó apartando su atención de Giorgio.

—Pero ¿tú te has visto?

—Sí, me veo todas las mañanas en el espejo antes de salir de casa. ¿Por qué lo preguntas? —Le rebatió una Gabriella que sentía bullir su sangre.

—Eres una borde, perdona que te diga. No tienes razón.

—¿Cómo que…? ¿Aceptas que no me comentara nada acerca de la oferta de *Tempesta* a Estefanía? —Gabriella se quedó con la boca abierta, mirando a Melina sin poder creer que estuviera hablando en serio.

—Y, de paso, que también te contara lo que iban a ofrecerle, ¿no?, —ironizó Melina entrando en el café. Había conseguido que al menos se alejara de allí.

—No. Tan solo que, cuando yo le comenté lo de Estefanía, él…

—No está obligado y lo sabes —la interrumpió Melina, que comenzaba a cabrearse con su amiga—. El hecho de que esté colaborando con la editorial *Tempesta* puede obligarlo a no decir nada a nadie de su trabajo. Es posible que haya firmado una cláusula de confidencialidad al respecto de los escritores con los que tiene en

mente contactar. Yo creo que estás sacando las cosas de quicio, Gaby. De todas maneras, creo que tu reacción no tiene que ver con que Giorgio no te comentara nada al respecto de sus planes de trabajo.

Gabriella se quedó con boca abierta, mirando a su amiga como si no la entendiera.

—¿Qué quieres decir?

—Creo, más bien, que, desde que Giorgio apareció, tú estás a la defensiva. Y más después de lo que Silvia y yo te comentamos la otra noche.

Gabriella se quedó contemplando al camarero mientras les servía los cafés que habían pedido. Luego, entrecerró los ojos y entrelazó sus dedos para dejar las manos juntas sobre la mesa.

—¿Me estás diciendo que mi reacción tiene que ver con él? —Gabriella arqueó una ceja con suspicacia, y Melina se limitó a encogerse de hombros, haciéndole ver que no tenía nada más que añadir o aclarar.

—A ver, es una apreciación. Nada más.

—Nada más. Vale.

—No creo que Giorgio tenga que darte descuentos de su trabajo solo porque fueseis compañeros en la facultad. Esa es mi opinión. Hay una cosa que se llama secreto profesional.

—Vale, pero podía haber sido todo un detalle decirme que estaba interesado en Estefanía Lambertti.

—Según lo cuentas, parece que quiera tirársela —le aclaró Melina con una sonrisa cínica.

—Por mí puede acostarse con quien le dé la gana —expresó Gabriella echa una furia.

—Ya, vale. Mira, lo que debes hacer es hablar con Estefanía, plantearle tus condiciones de publicación y punto. Que ella decida.

Gabriella emitió un gruñido de desaprobación ante aquella propuesta. No estaba del todo segura de sí debería hacerlo.

—Y tú, ¿qué tal llevas tu próxima novela?

El cambio de tema sorprendió a Melina, no lo esperaba, pero casi agradeció que su amiga y editora se centrara en otro asunto que no fuera Giorgio. Total, para lo que iba a servirle. Melina estaba convencida de que más pronto o más tarde, Gaby volvería a darle vueltas al tema en su cabecita.

—A ver, ¿ya me estás pidiendo la siguiente historia? —Melina entornó la mirada hacia Gaby y empleó un tono de no creerle. Pero el asentimiento de Gaby no le dejó dudas.

—¿No pretenderás pasarte otro año sabático? Te recuerdo que ya tuve que sacarte de tu ostracismo para que te pusieras a escribir. De

manera que no me vengas con alguna excusa.

Melina silbó.

—Vaya, sí que te ha cabreado lo de Giorgio. Conmigo no lo pagues, ¿quieres?, —comentó mientras Gabriella parecía dispuesta a contraatacar con el tema, pero Melina no la dejó—. Te confesaré que estoy escribiendo a buen ritmo.

—Pues ya es algo, porque pasarte las mañanas en el café de tu chico…

—No creas que me distrae tanto. Además, él está trabajando, no lo olvides.

—Vale, entonces, ¿cuándo podrás entregarme el nuevo manuscrito?

Melina frunció los labios adoptando un gesto pensativo.

—No me irás a poner fecha de entrega…

—No me tientes… Si me prometes que estará para al menos dentro de seis meses…

—Estará para entonces. Descuida.

—Espero que me sorprendas como la otra vez.

—Tú si que me estás sorprendiendo. —Le aseguró Melina sonriendo con sorna.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Nada, cosas mías. Anda, vámonos, que tengo que escribir. Y, por favor, no pases por delante del *stand* de *Tempesta*, ¿sí? No quiero que hagas algo de lo que te arrepentirás después.

Gaby inspiró hondo y puso los ojos en blanco.

—No creo que me arrepienta de decirle cuatro cosas a Giorgio.

Melina la contempló caminar hacia la puerta del café con paso presuroso y la rabia flotando todavía a su alrededor. Pero ella estaba convencida de que lo que menos le apetecía a su amiga era echarle en cara nada a Giorgio, bueno, tal vez sí después de todo. Pero de lo que estaba segura era de que Gaby estaba en estado de *shock* desde que él volvió a su vida. Melina y Silvia eran conscientes de que lo que le sucedía a su amiga era muy simple: estaba enamorada de Giorgio desde hacía años, pero no había querido reconocerlo en ningún momento. Así de sencillo. Y eso mismo le sucedía a él. Lo que nunca habían entendido Silvia y ella era por qué narices no se habían enrollado en el pasado. Confiaba en que en ese momento, después del paso de los años, los dos se dieran cuenta de que estaban comportándose como críos.

Giorgio y Giulio se despidieron de Estefanía cuando esta consideró que todo en relación a *Tempesta* estaba claro. Había quedado en llamar a Giorgio para darle una respuesta.

—¿Qué opinas? ¿La ves convencida de entrar en nuestro proyecto? —Giulio estaba nervioso por ese aspecto. Sin duda que era lo que más ansiaba.

—No lo sé. —Le respondió más preocupado por lo que Gabriella pudiera pensar de él. Ella lo había visto en compañía de la joven escritora y, a juzgar por la mirada que le había lanzado, y por el semblante de su rostro, estaba molesta con él. ¿Se debía a que no se lo había contado? Había pensado hacerlo durante la comida, pero al final lo dejó pasar. Y allí estaban las consecuencias.

—Confío en que sí acepte y quitársela a *Essenza de Donna*. —Aquel comentario atrajo la atención de Giorgio.

—¿Estás diciéndome que lo haces para que la editorial no la tenga? ¿De qué va todo esto, Giulio? —Giorgio cruzó los brazos y frunció el ceño mirando a su amigo.

—Oh, vamos. Son negocios. Gabriella ya tiene a Melina, la reina italiana del romance. Estaría bien que nosotros tuviéramos a la promesa de la *New Adult*, ¿no crees? De ese modo, las fuerzas estarían equilibradas.

—No me puedo creer que lo estés haciendo por evitar que Gabriella pueda quedarse con ella —exclamó Giorgio, molesto con aquel descubrimiento que no le agradó en nada—. ¿Qué es esto? ¿Una competición?

—Reconoce que ella tiene unas ventas increíbles con Melina.

—Sí, lo sé. Y también que intentaste quitársela, no lo olvides.

—Solo le hice una oferta… que ella rechazó.

—Y ahora pretendes evitar que Estefanía Lambertti pueda acabar firmando con Gaby. —Giorgio entornó la mirada hacia Giulio sin terminar de creer que todo aquello fuera por una especie de revancha.

—Yo no estoy evitando nada. He hecho mi oferta y punto. Ahora decide la escritora. Por cierto, ¿hay algún autor o autora que merezca la pena? —Le preguntó echando un vistazo a los papeles esparcidos por el *stand* de la editorial para evitar mirar de manera directa a Giorgio.

Este permanecía en silencio pensando en lo que Giulio acababa de contarle y que en nada tenía que ver con lo que él pensaba. Pero eso no le importaba lo más mínimo a Giulio.

—Por ahora no. Si me necesitas, llámame.

—Y tú, si lo hace Estefanía —le recordó con ansias de que sucediera.

—Descuida.

Giorgio dejó el *stand* de la editorial *Tempesta* con cara de pocos amigos. Solo tenía clara una cosa, y era que no quedaría a mal con

Gaby por una cuestión de envidia o revancha. Que Gaby contara con Melina en su editorial no significaba que Giulio pretendiera que ella no consiguiera a Estefanía Lambertti. ¿Hacía todo eso para evitar que la joven escritora pudiera irse a *Essenza de Donna*? ¿Era ese el verdadero motivo? Giorgio sacudió la cabeza sin terminar de creerlo, pero lo había escuchado por boca de Giulio.

Gabriella parecía algo más tranquila con el paso de los días. Había dejado a un lado a Giorgio, al que, por cierto, no había vuelto a ver. ¿Se había marchado otra vez de Bolonia? Aquella incertidumbre por no saber de él parecía afectarla a pesar de que ella se dijera a sí misma que era lo mejor que podía sucederle: no volverlo a ver. Tenía una editorial que dirigir y la feria avanzaba hacia el ecuador de sus días. Las ventas iban viento en popa y la gente parecía responder a lo que *Essenza de Donna* tenía que ofrecerles. Por otro lado, estaba expectante porque por fin había conseguido sacar tiempo para charlar con Estefanía Lambertti y exponerle su propuesta de publicación. Prefería no pensar en las demás ofertas, que sabía que existían, y centrarse en convencerla para que aceptara publicar con ella.

Encontró a Estefanía junto a la Fontana del Nettuno. Cuando ella vio acercarse a Gaby, pensó que sería la editora con la que había quedado. No la conocía en persona, pero había buscado alguna que otra fotografía suya para hacerse una idea de ella.

—Estefanía, soy Gabriella, la editora de *Essenza de Donna*.

—Encantada, tenía la intuición de que eras tú porque venías directa hacia mí.

—¿Damos un paseo o prefieres ir a un sitio tranquilo en el que podamos charlar?

—Prefiero un sitio tranquilo. Conozco un café aquí cerca que guarda relación con la literatura.

—Me parece perfecto. Vayamos.

Entraron en el café de Marco, quien le sonrió agradecido por su visita.

—Admite que estás convirtiendo mi café en tu lugar preferido. —Le aseguró esté cuando vio entrar a Gaby—. Si buscas a mi chica, ya sabes dónde está.

—No, esta vez no vengo a verla a ella. —Le aseguró levantando la mirada hacia Melina, quien, al verla en compañía de Estefanía, se limitó a saludarla, pero sin acercarse. No quería inmiscuirse en aquella conversación ni que su aparición pudiera influir en la decisión de Estefanía, que ella lo viera como una jugada para que aceptara firmar con *Essenza de Donna*.

Estefanía se volvió hacia Melina y la contempló con los ojos como

platos.

—Esa es Melina Ambrossio.

—Sí, viene aquí a escribir.

—No lo sabía.

—Pues ahora ya lo sabes.

—Me encanta cómo escribe. Soy una de sus más fervientes admiradoras. Tengo todas sus obras.

—Sí, Melina sabe cómo enganchar a sus lectoras y que no dejen la novela hasta que no la terminan. Esa es ella. Bien, vamos a lo que nos ha traído aquí —le dijo cuando Marco terminó de servirles los cafés.

—Adelante, te escucho.

—No voy a andarme por las ramas porque no es lo mío, de manera que seré franca y directa contigo. —Le anunció adoptando una pose firme, seria y profesional. Esa era la imagen que quería transmitirle desde el primer momento.

—Te lo agradezco, de verdad.

—En ese caso, quiero que publiques tu siguiente novela con nosotros. He leído la que has ido colgando por capítulos en una red social y, aparte de que me ha enganchado…

—¿Lo dices en serio? Te lo pregunto porque son varios los que me hacen la pelota para que me quede con ellos —la interrumpió Estefanía con una sonrisa irónica.

—Yo no voy a halagarte en vano, Estefanía. He leído tu novela y he visto potencial en tu escritura. En tu manera de transmitir sentimientos, algo importante. Y en *Essenza de Donna* nos hemos planteado abrir las puertas a las novelas para lectores entre los dieciocho y los veintipocos. Lo que es la *New Adult*, ya que pensamos que no hay demasiada oferta para ellos. Historias en las que pueden sentirse identificados con los personajes. Tú mejor que nadie debes saberlo, puesto que has escrito una.

—Sí, tienes razón. No hay demasiadas escritoras que se dediquen a este género.

—Por ese motivo y otros que puedo enumerarte, si así lo deseas, me gustaría hacerte una oferta para tu próxima novela. Porque… supongo que habrá más después del éxito que has obtenido con esta. —Gabriella entornó la mirada hacia Estefanía.

Ella abrió los ojos como platos y resopló.

—La verdad es que sí. Quiero que haya más.

—¿Pero? Presiento que no lo tienes claro.

—No, no se trata de ello. Es por… —Estefanía se mordió el labio en señal de nervios y se preguntaba si airear sus asuntos personales ayudaría en algo—. La verdad es que es lo que más deseo, poder llegar

a ser la mitad de buena que ella —le confesó haciendo un gesto con el mentón hacia Melina, quien seguía tecleando en su portátil.

—Puedes llegar a serlo si te lo propones. El camino es largo y el trabajo, duro, pero se puede lograr. Hay que hacer sacrificios, no voy a engañarte. Si quieres, puedes preguntarle a Melina. Estoy segura de que ella responderá a todas tus dudas. Como te decía, el camino es largo, pero el resultado merece la pena.

—Lo sé. Ya me he dado cuenta con esta primera historia.

—Bien, entonces, ¿cuál es el inconveniente? Puedes preguntarme todo lo que quieras.

—Es más la aceptación de los que me rodean. Lo de escribir novela *New Adult* no lo ven como algo que merezca la pena.

—Bueno… Puedo asegurarte que aquí hay alguien que también pensaba de esa manera en un principio. Hasta que se enamoró de cierta escritora y ahora son inseparables. —Le susurró, le guiñó un ojo y le hizo una señal con el pulgar hacia Marco.

Estefanía abrió la boca para decir algo al tiempo que dirigía la mirada hacia este primero, y a Melina después.

—No sé si mi chico sería capaz de cambiar de parecer.

—Dale tiempo.

—Bueno, creo que me he desviado del tema por el que hemos quedado —rectificó, de inmediato, Estefanía—. ¿Cuál es tu propuesta?

Gaby abrió el portafolio que llevaba con ella y le entregó un par de folios.

—Este es un contrato tipo. Puedes echarle un vistazo y hacerme todas las preguntas que consideres oportunas.

Estefanía lo leyó en silencio mientras ella bebía su café solo con hielo y lanzaba fugaces miradas por la ventana a la gente que paseaba. Por unos segundos se mantuvo abstraída de todo, consiguiendo dejar su mente en blanco.

—Vale, todo está correcto.

—¿No tienes ninguna pregunta?

—No te preocupes. Todo está muy claro. —Le aseguró devolviéndole el contrato a Gaby con una sonrisa.

—En ese caso…, ¿qué opinas? —Gabriella cruzó sus manos sobre la mesa y observó a la joven escritora con atención. Había buscado su perfil en las redes sociales y había leído todo lo que había disponible sobre ella. Cursaba Periodismo allí, en Bolonia. Lectora empedernida, como cabía esperar en alguien que buscaba ser periodista y escritora. Le encantaba la novela romántica, pero la que iba dirigida a gente de su edad, entre los dieciocho y los veinticinco.

—Bueno, debo decir que me agrada tu interés por publicar mis

historias, y más en una editorial donde se encuentra mi escritora preferida —le comentó haciendo un gesto hacia Melina, quien había desviado su atención de la pantalla y la dirigía hacia ella. Por un segundo, sus miradas se cruzaron y Melina le sonrió.

—Soy consciente de que tendrás otras ofertas y que querrás valorarlas. Por eso, entiendo que necesites tiempo. Pero me gustaría que me respondieras tanto si aceptas como si no, ¿de acuerdo?

Estefanía asintió algo extrañada por aquella petición. ¿Aunque la rechazara?

—Claro.

—Más que nada por hacerme una idea del catálogo de publicaciones de la editorial para el próximo año. Te agradecería saber a qué atenerme; por si debo incluirte.

—De acuerdo.

—Si no tienes nada más que comentarme o hay algo que quieras saber.

—No, tengo todo muy claro. —Le aseguró levantándose de la silla para marcharse—. Si me disculpas, tengo cosas que hacer. Y he quedado.

—Por supuesto. Llámame con lo que sea, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, y muchas gracias por tu interés.

Gabriella la contempló salir del café y alejarse. Melina se acercó a su mesa y se sentó frente a su amiga.

—¿Y bien? ¿Qué tal ha ido?

—Como esperaba. No tenía dudas. Debe tenerlo muy claro. Que sepas que te admira —le confesó señalando a Melina con el dedo.

—Oh, bueno, pues a ver si compartimos editora.

—Le he pedido que me avise con su respuesta, sea la que sea. Para hacerme una idea si debo pedirte más novelas en un año —bromeó Gaby arqueando sus cejas y abriendo sus ojos como platos.

—¡Ni lo sueñes!, —protestó Melina extendiendo sus brazos con las palmas abierta como si tratara de detener a Gabriella.

—Ya veremos. En fin, te dejo trabajar, que yo voy a darme una vuelta por la plaza.

—No irás a ver a quién tú y yo sabemos.

—Descuida, hace días que no lo veo por la feria. Y tampoco tengo intención de buscarlo, y menos llamarlo. Sé buena.

Gabriella abandonó el café, segura de sus palabras. No iba a llamar a Giorgio. Primero, porque no tenía la necesidad de hacerlo y, segundo, porque no le había hecho gracia que no le hubiera comentado que *Tempesta* estaba tras Estefanía. Cierto que todas las editoriales, o algunas, desearían tenerla, pero después de la amistad

que los había unido en el pasado, que no se lo hubiera contado no le parecía justo.
Estefanía tenía la sensación de flotar. Sí. En un par de días había recibido varias ofertas de publicación para su próxima novela. Y algunas de ellas provenían de editoriales consagradas, lo que las convertía dichas en algo especial. Tenía que decantarse por alguna y lo más pronto posible, no fuera a ser que al final se echaran atrás. Quería consultarlo con Pietro, su chico, a ver qué le parecían. Y aunque él no era muy dado a que se dedicara a escribir novelas para jóvenes adultos, esperaba que al menos sí mostrara más interés. Habían quedado en verse en su casa y hacia allí caminaba Estefanía pensando cuál de las editoriales le convenía más.

Pietro la recibió con un beso que le dejó una sensación inmejorable.

—A ver, dime, ¿qué es eso tan importante que tenías que comentarme?

A Estefanía le gustó el entusiasmo que derrochaba Pietro.

—Tengo varias ofertas para publicar la novela, bueno, mejor dicho, las siguientes novelas. Mira. —Estefanía le mostró las tarjetas de visitas y algunos de los contratos tipo que había recibido. Pero su entusiasmo inicial pareció irse diluyendo a medida que contemplaba el rostro de Pietro.

—Ah, se trataba de eso —le comentó sin demasiada ilusión, lo que dejó a Estefanía con la sensación de derrota.

—¿Qué esperabas que fuera?

—No sé, cualquier otra cosa. No imaginaba que vinieras a verme para comentarte que te han hecho alguna que otra oferta por tu novelita.

A Estefanía no le hizo gracia la manera en la que se había referido a su historia. Sabía que Pietro no era muy dado a leer y que en ningún momento se había mostrado entusiasmado con aquella oportunidad que le brindaban a ella.

—Al menos podrías mostrar un poco más de entusiasmo. Para decir lo que has dicho, podrías haberte ahorrado el comentario —le espetó, airada con él, porque sentía que en ningún momento la apoyaba.

—Vamos, Estefi, sabes que te apoyo, pero no le veo…

—¿Qué? ¿Alguna vez has pensado en lo que me gusta hacer? Yo te responderé:
NO
.

—No es cierto. Me preocupo por ti. —Pietro la rodeó por la cintura para atraerla hacia él, pero Estefanía se apartó—. Pero lo de escribir

historias de amor para críos…

—¿Lo ves?

—¿Qué se supone que tengo que ver?

—La manera en la que haces referencia a esta clase de novelas. No son historias para críos.

—Venga ya, has escrito una novelita para adolescentes.

—Si ni siquiera te la has leído, ¿cómo puedes catalogarla como tal? —Estefanía entrecerró los ojos y lanzó una mirada furiosa a Pietro.

—Bueno, sí, reconozco que no la he leído. No he tenido tiempo. Pero lo haré. Te lo prometo.

—Ni de coña vas a hacerlo. Tú solo lees *La Gazetta Dello Sport*, y dentro de esta, todo lo relacionado con el fútbol —le recordó adoptando una pose y un tono lo más irónico posible—. De manera que no puedes decirme que es una historia para chavales.

—¿Y qué problema hay si no es la literatura que me gusta? Si escribieras novelas policíacas o *thriller*, pues sí me llamaría más la atención. Pero ¿historias de amor? ¿Quién se las cree? —El gesto de desgana e incredulidad de él terminaron con la paciencia de Estefanía.

Ella resopló y recogió los contratos expuestos sobre la mesa del salón. Los devolvió a la carpeta. Hizo lo mismo con las tarjetas de visita, que guardó en su bolso. Lanzó una última mirada a Pietro con el dolor abriéndose paso en su interior. Sacudió la cabeza.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo.

—¿Cómo? ¿Qué… qué quieres decir?

—Lo que has oído. No me gusta perder el tiempo, de manera que no hace falta que me des tu opinión al respecto de nada que tenga que ver conmigo. Ya me basto yo sola.

—¿Te marchas? Pero…

—Me marcho. Sí. Es mejor que lo haga ahora antes de que sea demasiado tarde. Que te vaya bien —le dijo mirándolo una última vez antes de dirigirse a la puerta—. Y no te molestes en llamarme ni en buscarme.

—Estefanía, espera. No puedes irte así. ¿Estás diciendo que se terminó?

La respuesta de ella fue un claro portazo. Uno que no solo cerraba el piso que Pietro compartía con otros compañeros, sino a su historia con él. No podía seguir con alguien que no mostraba ningún tipo de interés en sus proyectos. Que no estaba ahí cuando lo necesitaba. Por ese motivo y otros, Estefanía decidió cerrar aquel libro de su vida y comenzar otro. Uno que iniciaría eligiendo la editorial que más le convenía para llevar a cabo su proyecto más ambicioso.

Capítulo 6

Gabriella caminaba centrada en su móvil y en los WhatsApp pendientes de leer. Acababa de cerrar el *stand* de la editorial en la feria y en ese momento se dirigía a casa de su hermana. Lucía la había llamado para cenar y, de paso, cotillear un poco acerca de Giorgio. Gabriella solo pensaba en descansar después de una agotadora jornada e incluso se quedaría a dormir en casa de su hermana. Estaba contestando a su hermana cuando, al levantar la mirada del móvil para cruzar la calle, vio a Giorgio que iba hacia ella. Por un instante sintió una opresión en el pecho que se fue transformando en una sensación de cabreo mayúsculo. Hizo ademán de pasar de largo o de cruzar por otra calle, pero al final se mantuvo firme en su camino. No huiría de él. Ella no había hecho nada después de todo.

Cuando Giorgio vio a Gabriella cruzar la calle hacia él, se detuvo a esperarla. Tenía muy presente que ella lo había visto en compañía de Giulio y de Estefanía hacía ya unos cuantos días. Desde entonces no había vuelto a verla porque no se había pasado por la feria.

—Hola, ¿qué tal?

—Adiós. —Le lanzó Gabriella sin pararse junto a él. No tenía ni pizca de ganas de hablar con él. Llevaba días sin verlo y la verdad era que le iba de lujo.

Giorgio la vio alejarse. Su desplante acababa de dejarlo sin capacidad de reacción. Pero tras unos segundos en los que pareció estar aturdido, salió en pos de ella hasta situarse justo delante para obligarla a detenerse.

—Estás en mitad de mi camino —le espetó furiosa, dirigiéndole una mirada fría.

—Y pienso seguir estándolo hasta que no me digas qué te pasa. ¿A qué ha venido tu saludo tan borde? —Le preguntó él intuyendo que parte de culpa se la achacaría a él.

—Creía que éramos amigos. Que nos contábamos todo, o, al menos, eso hacíamos en la facultad. —Le respondió sin poder dejar de ser irónica.

Giorgio apretó los labios, echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—Pues claro que seguimos siendo…

—¡Y una mierda, tío! Me ocultaste que ibas a negociar con Estefanía Lambertti. Cosa que yo sí te comenté —exclamó furiosa consigo misma por haberlo hecho.

—¿Qué importancia tiene? Sabes al igual que yo que a Estefanía van a lloverle las ofertas para su próxima novela. ¿Tanto te ha molestado que no te dijera que *Tempesta* estaba tras ella?

—La tenía. Para mí sí la tenía por la amistad que teníamos desde hace años.

—¿Estás diciéndome que ya no me consideras tu amigo? —Le preguntó acercándose de una manera peligrosa, la justa para que su perfume le hiciera pensar en ella como la mujer de la que llevaba enamorado tantos años.

—No es de amigos ocultarse cosas. —Le rebatió sin perderle la mirada, sin ser consciente de lo cerca que estaban sus rostros. Gabriella se estaba dejando arrastrar por su enojo contra él. Pero, al hacerlo, sus bocas habían quedado tan cerca que si a alguien le diera por empujarla, ella acabaría entre los brazos de Giorgio, con los labios sellados.

—Es trabajo, Gaby. ¡*Per favore*! Yo también sabía que tú estabas interesada en Estefanía y no me lo tomé mal.

—Porque te lo dije. De todas maneras, tú no eres un editor, sino alguien que se dedica a buscar nuevos talentos. ¿Qué más te da quién se quede con Estefanía después de todo? —Gabriella arqueó una ceja con suspicacia.

—Te dije que estaría dispuesto a trabajar para ti.

—¡Ja! Mientras negociabas a mis espaldas con Estefanía para *Tempesta*.

—Era mi trabajo. ¿Qué querías que hiciera?

—Tengo prisa. He quedado. —Gabriella hizo ademán de irse, pero él la retuvo.

—No te marches de este modo, por favor. —Giorgio la sujetó por los brazos, entornando la mirada hacia Gabriella.

Esta sintió la sacudida en su cuerpo producida por la mezcla de sensaciones que experimentaba una vez más. La mirada sincera de él, la leve caricia de sus manos sobre su piel desnuda, que estaba causándole estragos, por culpa de su vestido de tirantes tan veraniego. ¿Qué le pasaba en ese momento? Quería apartarse de él, o tal vez alejarlo de un empujón, pero en vez de eso, estaba parada con la mirada fija en el rostro de Giorgio.

—¿Qué puedo hacer para que no me odies?

Gabriella cerró los ojos y sacudió la cabeza. No entendía qué demonios le sucedía.

—No te odio, solo que… —balbuceó cuando no supo cómo explicarle lo que había sentido cuando lo vio en el *stand* de *Tempesta* junto a Giulio y a Estefanía Lambertti—. Estoy algo decepcionada. Eso es todo. Esperaba que me lo hubieras contado, nada más. No habría pasado nada, ¿no? Ahora es mejor que me marche o llegaré tarde a casa de mi hermana. Me está esperando para cenar.

—Lo siento, Gaby. No pensé que te afectara tanto, la verdad. Dime, ¿has hecho tu oferta a Estefanía?

Gabriella sonrió irónica.

—¿No pensarás que voy a contarte las cláusulas del contrato?

—No. No voy a preguntarte por ellas. Ni me interesan.

—En ese caso, tengo que irme —le repitió en un nuevo intento por alejarse de él. Esa vez, Giorgio no impidió que se marchara, pero no dejó de contemplarla de aquella manera tan reveladora y que a Gabriella le produjo un sobresalto.

Las palabras de Silvia y de Melina al respecto de lo que él podía sentir por ella la golpearon con fuerza y de manera reiterada. Gabriella prefirió no decir nada más y continuar su camino, pero con la sensación de que había algo que se le escapa. Algo que había estado ahí todo este tiempo, desde que coincidieron en la facultad y que en ese instante parecía regresar. ¿Qué sentía por Giorgio? ¿Por qué, pese a que se había sentido decepcionada con su gesto en el tema de Estefanía Lambertti, después de todo, su ira se había diluido debido al cariño que le tenía?

Giorgio la acompañó con la mirada hasta que ella se perdió a lo lejos mezclándose con el resto de la gente. Esbozó una tímida sonrisa y sacudió la cabeza intentando buscar una explicación a ello. Al final, tampoco había sido para tanto, ¿no? Había pensado contárselo, pero él creyó que Gaby se cabrearía o algo parecido. Sin embargo, había sido todo lo contrario. Lo que en ese momento centraba su atención era otro asunto. Intentar arreglar lo de Estefanía, y creía que tenía la solución.

Gabriella apareció en el apartamento de su hermana con una sensación de desconcierto. Algo que no pasó por alto para Lucía.

—¿A qué viene esa cara?

—¿Cuál?

—La que traes. ¿Qué ha sucedido? ¿Una mala tarde en la feria?

Gabriella entró al apartamento de su hermana sin abrir la boca. Colgó el bolsito sobre la silla y se dejó caer en el sofá con la mirada ausente.

—Eh, estoy aquí. —Lucía se plantó delante de su hermana agitando las manos para llamar su atención.

—Ya lo sé.

—Vale, es que te he preguntado qué te sucede y has pasado de mí. Y que conste que no es que quiera meterme en tu vida…, pero… bueno…

—Me he encontrado con Giorgio según venía a verte. —Le soltó levantando la mirada hacia su hermana.

—Joderrrrrr. ¿Y qué ha pasado?

—Nada. Le he preguntado por Estefanía y su trabajo en *Tempesta*, y por qué coño no me dijo que iba a reunirse con ella. ¿Cómo ha podido ser tan cabrón de no hacerlo después de los años compartidos en la facultad y de nuestra amistad? Era lo menos, ¿no? ¿Qué hay para cenar? ¿*Pizza*? ¿Pasta? ¿Una ensalada de esas tuyas para conservar la línea? —Gabriella se levantó del sofá, dio una palmadita a su hermana en el rostro y caminó hacia la cocina.

Lucía permaneció callada, atónita, y sin poder reaccionar ante el torbellino de palabras de su hermana. Tardó unos segundos en reaccionar y seguirla hasta la cocina.

—Te habrás quedado a gusto. —Dedujo Lucía con ironía, cruzando los brazos sobre el pecho—. Pero, escucha, ¿de qué va todo esto que acabas de soltarme? Tengo la impresión de haberme perdido un par de capítulos de lo vuestro.

Gabriella frunció los labios.

—Es posible, ya que no te conté que él tenía pensado entrevistarse con la misma escritora que yo.

—¿Y te has cabreado por esa gilipollez?

—Era lo menos que podía haberme contado una vez que yo le confesé los planes que tenía.

—Pues no lo entiendo —aseguró Lucía encogiéndose de hombros —. A ver, no creo que él esté obligado a hacerlo, ¿o sí? Vale que tú consideres que debiera por la amistad que os une desde la facultad. Pero nada más. No tiene obligación. ¿Quieres que hagamos una ensalada César o la prefieres con *mozzarella*?

—Me es indiferente. ¿Tú también crees que he actuado de manera exagerada?

—Veo que no he sido la única por tu manera de referirte a otras personas. Y sí, creo que exageras, Gaby. Además, los negocios son los negocios.

—Ya, de manera que… Es igual. No merece la pena volver sobre ello otra vez. Ya he aclarado la situación con él.

—¿Y ahora? ¿Qué va a pasar? Una vez que le has soltado todo lo

que había acumulado.

—¿Es que tiene que pasar algo más?

—No lo sé. Dímelo tú, ya que eres parte implicada en el tema. A ver, según lo veo yo, ambos trabajáis en el mismo sector, pero para editoriales distintas. Es normal que choquéis. De todas maneras, lo que podrías hacerle es una suculenta oferta que él no pueda rechazar y problema resuelto. Que trabaje para ti. —Lucía se llevó un tomate *cherry* a la boca y se concentró en preparar la ensalada.

—Ni de coña.

—Pues no veo el motivo de tu negación. ¡Qué quieres que te diga!

—Ni hablar. Y después de esto, menos.

—Tu comportamiento de cerrarte en banda es impropio de ti. Y no hace sino confirmar que tu problema con Giorgio es otro, y lo sabes. —Lucía pasó por detrás de Gaby, a la que palmeó en el hombro con toda intención mientras ella boqueaba como un pez fuera del agua—. Hazme caso y piensa detenidamente en Giorgio y en ti. Busca cuál es la causa de esa discordia, ¿querrás? Pero para encontrarla te aconsejo que te centres en los años de carrera —le aclaró guiñándole un ojo en complicidad.

—No empieces tú también con esas chorradas, ¿quieres? —Gaby la apuntó con el dedo y frunció el ceño.

—De manera que, otra vez, no soy la única —exclamó con gesto divertido—. Vaya, vaya, al final vamos a tener razón todos menos *tú*. De verdad, ¿no te sientes atraída por Giorgio ni siquiera un poco? —Lucía arqueó sus cejas con expectación, esperando la respuesta de su hermana.

Gaby abrió la boca para rebatirle, pero en el último momento pareció quedarse sin palabras, lo cual provocó una sonrisa pícara en Lucía.

—¿Lo ves? Ese es el problema. Tensión sexual sin resolver. Si te lo hubieras tirado en la facultad, ahora no estarías así.

Gabriella apoyó las manos sobre la encimera, entrecerró sus ojos y sacudió la cabeza sin poder creer que ese fuera el problema que tenía con Giorgio. ¡No! ¡No podía tratarse de eso! Se negaba a aceptarlo porque no era cierto. Ella no sentía… Ella no… Ella… Gaby relajó los hombros al mismo tiempo que resoplaba.

—Pero ¿tú te estás escuchando? De manera que, según tú, todo se resume en que debería haberme acostado con él en la facultad.

—Creo que lo que te sucede tiene más bien que ver con algo que guardas y que ni siquiera te has parado a pensar que existe. A ver, una no se tira cinco años de carrera tonteando con su compañero y al final nada. ¿Cenamos? —Le preguntó Lucía señalando la ensalada

terminada de componer.

—Eres increíble. —Le soltó sonriendo y sacudiendo la cabeza sin poder creer que su hermana le saliera con esas ahora.

—Gracias por el cumplido, pero yo que tú me lo haría mirar. No te he dicho nada que no sea cierto. A ti te tira Giorgio, pero no quieres admitirlo.

Gabriella entrecerró los ojos y se mordisqueó el labio. ¿En serio su hermana pensaba que todo se resumía en una cuestión de sexo y sentimientos? ¿Giorgio y ella? Gabriella arqueó las cejas en señal de incomprensión o de incredulidad y se dispuso a cenar y a sacar de su cabeza a Giorgio.

—Oye, ¿tu invitación a cenar es para restregarme por la cara a Giorgio y mis años de facultad?

Lucía se encogió de hombros y estalló en carcajadas ante la sorprendente mirada de su hermana. Estaba convencida de que Gabriella y Giorgio habían compartido algo más que apuntes en los años de estudiantes.

Estefanía tenía entre sus dedos la tarjeta de visita de Giorgio. Le daba vueltas y vueltas pensando si debería llamarlo para preguntarle por algunas cuestiones. Y, la verdad, prefería tratar con él a hacerlo con el editor. Por otra parte, tenía que decidirse y darle un empujón a su recientemente inaugurada carrera literaria. ¿Por qué no? Además, acababa de romper con su novio, pero eso era algo que no le preocupaba en demasía, ya que él no se había preocupado por ella. De manera que una nueva vida se abría ante sus ojos. Seguiría con sus dos últimos años en la facultad, que compaginaría con la escritura y su empleo a tiempo parcial en una pizzería. Sí, se organizaría para poder con todo. De manera que marcó el número que aparecía en la tarjeta y esperó a escuchar la voz de Giorgio.

Cuando comenzó a sonar su móvil, Giorgio tuvo la ligera esperanza de que pudiera tratarse de Gabriella. Pero lo descartó de inmediato porque, después de la manera en la que se habían despedido, no creía que ella lo llamara para arreglarlo.

—¿Diga?

—Buenas tardes, Giorgio. Disculpa que te moleste. Soy Estefanía Lambertti y me preguntaba si podríamos vernos un momento para que me aclararas un par de cuestiones con respecto a la oferta de Tempesta.

—Bueno, la verdad es que yo no soy el editor, que es quien puede resolverte cualquier duda.

—Lo sé, pero preferiría comentártelo a ti.

Giorgio frunció el ceño y asintió pensando que no tenía nada que hacer y que aquella entrevista le venía cómo caída del cielo.

—Por supuesto. Veré sí puedo serte de ayuda. ¿Nos vemos en veinte minutos en Fontana del Nettuno? —Le preguntó echando un vistazo a su reloj.

—*Perfecto. Nos vemos allí.*

Giorgio colgó la llamada y se quedó pensando en lo que podría querer Estefanía. Acababa de llegar a su apartamento después de su breve encuentro con Gabriela. Iba a centrarse en buscar un nuevo empleo por Internet para alejarse de Bolonia lo antes posible. Gabriela poco menos que lo odiaba. Y, además, iba a dejar *Tempesta*. No le había hecho ningún gracia la conversación que había tenido con Giulio, en la que este le confesaba que conseguir que Estefanía firmara con *Tempesta* era para que Gabriella no la consiguiera. Una cuestión de revancha. Tal vez de envidia porque ella tenía a Melina.

Llegó a la Fontana del Nettuno, pero vio que Estefanía no había llegado todavía. Por el camino le había estado dando vueltas a esa idea que cada vez cobraba más fuerza y de la que estaba completamente seguro: se marcharía de allí.

Estefanía apareció en la plaza de Bolonia y caminó en dirección a la fontana procedente desde la Vía

dell'Independenza

. Tal vez la avenida más importante de Bolonia, ya que conectaba la estación del tren con el mismo centro. Por el camino se fijó en el Museo de Historia Medieval y en la iglesia de San Pedro. La entrada a la plaza siempre estaba llena de gente, pero más todavía esos días de la feria del libro. Encontró a Giorgio apoyado en la fontana, con los brazos cruzados y un gesto pensativo en su rostro que cambió al verla.

—¿Qué tal?

—Bien. Oye, gracias por poder quedar. No estaba segura de si te parecía una buena idea o no. A lo mejor tienes cosas que hacer y te estoy robando el tiempo.

Giorgio sonrió ante aquel despliegue de sinceridad.

—Nada más lejos de la realidad. No te preocupes, no me quitas tiempo. Acababa de llegar a casa y no sabía qué hacer.

Las palabras de Giorgio causaron una impresión diferente a la que Estefanía esperaba encontrar en él. Pero lo que no esperaba era lo que minutos después él le contaba sentados en una terraza tomando cervezas.

—Pero… ¿por qué me estás contando esto? Se supone que tú trabajas en *Tempesta*. Tú viniste a por mí para que tuviera una charla informal con el editor. Y ahora me aseguras que… —Estefanía se quedó con la boca abierta sin ser capaz de reaccionar.

—Lo que acabo de contarte es lo que yo haría si quieres triunfar en

la literatura. De ti depende que aceptes mi consejo o no. Es posible que no me encuentre aquí para verlo, aunque sin duda acabaré enterándome dado mi trabajo.

—¿Por qué lo haces? —Estefanía entornó la mirada, llena de curiosidad por aquel repentino giro de los acontecimientos.

Giorgio inspiró hondo.

—Digamos que es lo que considero justo en este caso. En serio, conozco este mundo desde hace algunos años y, aunque creía haberlo visto todo, no deja de sorprenderme. Si firmas con *Tempesta*, no despegarás del suelo. —Le aseguró mirándola de manera fija a los ojos a la vez que asentía—. De ti depende.

—¿Y si lo hago con *Essenza de Donna*? —La picardía se perfiló no solo en el tono de aquella cuestión, sino también en la sonrisa de Estefanía.

—Te aseguro que podrás llegar lejos. Tal vez llegues a convertirse en una escritora del renombre de Melina Ambrossio.

—¿Conoces a la editora?

—¿A Gabriella? Sí, nos conocemos desde hace algunos años y te puedo asegurar que es de las mejores profesionales que he visto.

—¿Y por qué no trabajas tú para ella?

Giorgio sonrió.

—Porque tal vez no haya llegado mi momento.

—Pero ¿has pensado hacerlo?

Giorgio resopló. ¿Trabajar con Gaby? Sí, era sin duda una cuenta pendiente que le gustaría cobrarse cuanto antes, pero ella no lo aceptaría después de lo que había hecho. Y apostaba a que tampoco le haría gracia lo que estaba haciendo en ese momento. Pero ella era su mayor anhelo. Lo había sido durante cinco largos años y, a pesar del tiempo, él no había dejado de pensar en ella de esa manera.

—No lo sé. Tal vez algún día. No sé si me conviene pasarme al enemigo. —Le aseguró riendo.

—Pero tú me estás proponiendo a mí que haga algo parecido. ¿Qué sucederá cuando tu jefe se entere? —La chispa de la curiosidad le podía a Estefanía.

—Me da exactamente igual lo que piense. —Le aseguró, asintiendo, convencido de que así era. No quería tratar con gente como Giulio, que solo buscaban causar el mayor daño a los demás sin importarle nada las consecuencias.

—En el fondo, presiento que hay algo más que no vas a contarme —se aventuró a decirle Estefanía mirando a Giorgio con inusitada curiosidad—. Algo que tiene que ver con Gabriella, la editora.

—Ya te he dicho que la conozco y que me parece que saldrías

ganando si acabaras publicando con ella.

Estefanía meditaba acerca de aquella situación tan inesperada como irreal. ¿Qué capítulo se había perdido? Porque seguía estando convencida de que entre Giorgio y Gabriella había algo, o lo hubo en el pasado y por ese motivo él le pedía que aceptara su oferta de publicación, y no la de la editorial para la que él trabajaba. Sin duda que podría ser el argumento de su próxima novela.

—Está bien. Pensaré en lo que me has contado y llamaré a Gabriella.

—No le digas que nos hemos visto, ¿querrás? Prefiero que todo quede entre nosotros.

Estefanía permaneció con los labios entreabiertos, como si fuera a replicarle, pero prefirió limitarse a asentir sin más. Aquella última petición por parte de él venía a reforzar la teoría de que entre ellos hubo algo en el pasado. Tal vez una relación que no terminó bien, o que ni siquiera comenzó. Su comportamiento había despertado su curiosidad.

—Tienes mi palabra. No le comentaré nada a Gabriella.

—Pues si lo tienes claro, no la hagas esperar —le pidió antes de apurar su cerveza y sacar un billete de diez euros para pagar cuando vio la intención de Estefanía—. Ni se te ocurra.

—Pero yo he sido la que te ha llamado para poder vernos…

—Me siento pagado con que aceptes la oferta de Gabriella. En serio. Ya me invitarás cuando seas una escritora de renombre. Ha sido un placer, Estefanía. Seguiré tu carrera, aunque sea desde la distancia.

—Gracias.

Estefanía se quedó clavada en el sitio, con los labios entreabiertos como si fuera replicar algo más. Pero al final se limitó a sacudir la cabeza y a preguntarse por qué diablos lo hacía. ¿Qué interés tenía él en que ella firmara con una editorial para la que él mismo no trabajaba? Lo vio alejarse después de haberse despedido y buscó la tarjeta de Gabriella, la editora de *Essenza de Donna*.

Giorgio se encaminó de vuelta a su casa con la sensación de haber cumplido con parte de su cometido. Tratar de hacerle ver a Estefanía que su mejor opción era firmar con Gabriella y no con Giulio. Estaba convencido de ello. Tan solo le faltaba llevar a cabo la otra mitad de su plan. Hablar con Giulio y decirle que lo dejaba. Que no seguiría trabajando para él como buscador de nuevos talentos literarios. Después… Después arreglaría algunos asuntos y pensaría qué hacer. Lo primero que se le había pasado por la cabeza era largarse de allí pese a que le gustaría quedarse en Bolonia una temporada. Pero no estaba convencido de si sería lo más acertado una vez que se

despidiera de su actual empleo. Por otra parte, ya había tenido bastante con Gabriella. Las cosas entre ellos no parecían arreglarse. No había nada que hacer. Todo parecía indicar que sus intentos por acercarse a ella eran inútiles.

Gabriella se quedó a dormir en casa de su hermana porque se les había hecho tarde charlando después de cenar. No habían vuelto a comentar nada al respecto de Giorgio, sino que se había ceñido a charlar de ropa, de las vacaciones que se avecinaban o de sus padres. Nada de temas sentimentales. Pero cuando Gabriella se fue a dormir, lo que menos esperaba era que cada vez que intentaba conciliar el sueño, sus pensamientos se dirigieran hacia Giorgio y a todo lo sucedido entre ellos desde que se habían vuelto a ver. Pero en lo que más incidía su mente era sin duda en la conversación mantenida con su hermana. ¿Tensión sexual sin resolver? Por favor, nunca consideró a Giorgio como un tío al que tirarse. ¡Era su mejor amigo y su compañero de clase! Y aunque en alguna ocasión ella misma se lo había planteado, nunca hubiera dado ese paso. No quería estropear lo que había entre ellos. Además, él tampoco se había mostrado interesado en ella en ningún momento, por mucho que su hermana le dijera que se habían pasado tonteando cinco años. ¿Y qué? Eso no significa nada. O, al menos, nunca lo fue para ella.

Capítulo 7

Giorgio acudió temprano a las oficinas de la editorial para comunicar su decisión a Giulio. No quería dilatar esa situación porque no era justo para ninguno de lo afectados.

Cuando Giulio lo vio aparecer, dejó de hablar con la persona con la que estaba haciéndolo para salir a su encuentro con gesto de ansiedad.

—No sé nada de ti desde hace días —le recriminó—. ¿Qué ha sucedido con Estefanía Lambertti? ¿Te ha llamado?

Giorgio contempló a su amigo y jefe. Sacudió la cabeza sin reflejar ningún sentimiento en su rostro, ningún gesto que pudiera indicarle lo que iba a contarle.

—No, no sé nada de ella. De todas maneras, yo ya cumplí con mi parte. Te conseguí una entrevista con ella. El resto dependía de ti, de lo que tuvieras que ofrecerle.

—Ya, entonces no te ha llamado.

—Acabo de decirte que no. Y si llegara a hacerlo, la derivaré a ti para que seas tú quien trate el tema con ella.

—Sí, bueno, al fin y al cabo, soy yo el que debe tratar con ella, pero me lo parece o estás…

—Lo dejo, Giulio. —Le soltó sin más preámbulos.

Este se quedó con los ojos abiertos como platos, tratando de asimilar lo que Giorgio acababa de decirle. Dio un paso atrás y lo contempló con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo que lo dejas? ¿A qué coño te refieres?

—Me refiero a que dejo la editorial. A eso aludo, a que no seguiré en *Tempesta*.

—¿Tienes otra oferta mejor? ¿De quién? Te la igualo.

Giorgio sonrió con cinismo.

—No se trata de dinero, ni ninguna editorial me ha hecho una oferta para irme con ella. Se trata más bien de que voy a dejarlo por una temporada, eso es todo.

—Pero…

—Te he conseguido una entrevista con Estefanía Lambertti…

—La cual no ha dado señales de vida desde entonces —lo interrumpió Giulio molesto con la joven escritora.

—Dale tiempo. Es joven y todo lo que le está sucediendo no estaba en sus planes, estoy seguro.

—Sí tú lo dices. —Le aseguró de mala gana—. Pero ¿por qué lo dejas?

Giorgio cogió aire.

—Necesito alejarme de todo esto.

Giorgio no iba a comentarle nada de lo que le había sucedido con Gaby. Ni tampoco que no le parecieron acertadas las declaraciones de él al respecto de ella y de su editorial. Contratar a Estefanía Lambertti se debía única y exclusivamente a una *vendetta* porque la editorial de Gabriella se había quedado con Melina. Poco o nada le importaba a Giulio la joven promesa de la novela romántica para jóvenes. Por ese motivo le había sugerido a Estefanía que aceptara la oferta de Gaby. Porque pensaba que con Giulio su carrera ni siquiera llegaría a despegar.

—Pero si es lo que mejor haces.

—Sí, pero ya te digo que llevo tiempo sin descansar, sin vacaciones, y ahora que termina la feria del libro de Bolonia y que no tengo a ningún escritor en ciernes, prefiero retirarme. Entiéndelo.

—¿Es por ella? ¿Por Gabriella? —Giulio entornó la mirada con una sonrisa cínica. Intuía que algo tenía que ver ella en la repentina marcha de su amigo en común.

—Tal vez. Aunque tiene más que ver con lo laboral que lo personal.

—Veo que lo tienes muy claro. De manera que… Si ese es tu deseo. Pero si vuelves házmelo saber, ¿querrás?

—Claro.

Giorgio era consciente de que ese momento no se produciría nunca. No volvería a confiar en Giulio después de escucharlo hablar de ciertos aspectos. No. No le entregaría a una escritora como Estefanía, la cual tenía talento y las cosas muy claras. Era mejor para ella que acabara en manos de Gabriella. Ella sí sabría cómo sacarle partido. Lo había hecho con Melina. Y en cuanto a ellos dos… Giorgio prefirió no darle más vueltas a ese tema.

—Te deseo buena suerte con lo que hagas —le dijo estrechando la mano de Giorgio.

—Veremos. Suerte con la editorial.

Gabriella estaba en su despacho revisando el balance de cómo había ido la feria del libro. Hacía ya algunos días que había concluido y tocaba sacar conclusiones. Silvia, su ayudante, permanecía expectante

contemplando a Gabriella revisar una y otra vez las ventas de cada ejemplar.

—Una vez más, Melina logró acaparar toda la atención de la feria.

—Tuvieron que venir a buscar más libros porque se habían agotado —recordó Silvia con orgullo porque Melina siguiera siendo la reina italiana de la novela romántica, pese a que hacía poco menos de un año que lo había retomado.

—Sí, ya veo. ¡Quién se lo diría pese a haber estado alejada de la escritura durante tanto tiempo! Ya se lo dije.

—Melina es un seguro para la editorial.

—Sí, de eso no te quepa duda.

—Ahora, a ver qué sucede con Estefanía Lambertti. —Silvia arqueó las cejas y puso los ojos como platos mientras Gabriella hacía un mohín que parecía darle a entender a su ayudante que no las tenía todas consigo.

—La feria ha concluido y no he tenido noticias suyas. No lo sé… La oferta de *Tempesta* seguramente sea más fuerte que la nuestra. Y el prestigio de publicar con una editorial grande. Nosotros somos una pequeña que goza del respeto de los lectores. Tampoco me obsesiono con tener a Estefanía en la plantilla de escritoras.

—¿Has visto a Giorgio? —La pregunta hizo que Gabriella fulminara con la mirada a Silvia—. ¿Qué pasa? ¿Qué he dicho para que me mires como si fueras a fusilarme?

—No, no lo he vuelto a ver. Ni tengo intención de hacerlo ni quiero. —Le dejó claro con un tono enérgico y cortante.

—Me ha quedado claro. Bueno, si no tienes nada más para mí, seguiré con mi trabajo de cierre de la feria.

—Vale.

Una vez a solas, Gabriella se reclinó contra el respaldo de su sillón y cruzó una pierna por encima de la otra. Dejó su atención suspendida en el vacío y su mente en blanco. Estaba abstraída de todo. Relajada. Hasta que Giorgio había ido a romper su tranquilidad. ¿En serio no quería volver a verlo? ¡No! No después de lo que había hecho. Y estaba segura de que a esas horas Estefanía ya había firmado con *Tempesta*, y todo gracias a las maquinaciones de… Gabriella cerró sus manos con fuerza y apretó los dientes. Sí, apostaba a que… El sonido de su móvil hizo que reaccionara y que dejara ese tema para otra ocasión. O, mejor, que lo olvidara de una vez por todas. Contempló la pantalla de su teléfono con extrañeza porque no le sonaba el número.

—¿Diga?

—¿*Gabriella*?

—Sí, yo soy. ¿Quién eres?

—Soy Estefanía Lambertti.

Escuchar aquel nombre hizo que Gabriella se incorporara y que se apoyara sobre la mesa. Sintió un ligero temblor en la mano que sujetaba el móvil y se aferró a este con fuerza para que no se le cayera. ¿Estefanía Lambertti la llamaba? ¿Qué quería?

—Dime. —Gabriella trató de mostrarse relajada como lo había estado hacía treinta segundos. Justo antes de recibir la llamada.

—¿Podríamos quedar para vernos? Me pediste que te llamara cuando lo tuviera claro, tanto para aceptar tu oferta como para rechazarla. Y, la verdad, preferiría darte mi respuesta en persona, explicándote los motivos de mi decisión.

Gabriella no respondió de inmediato, sino que se tomó unos segundos para asimilar aquella invitación. Bueno, lo cierto era que si iba a rechazarla podría decírselo justo en ese momento. De ese modo comenzaría a planificar el año próximo en cuanto a publicaciones.

—Sí, lo recuerdo. ¿Vernos? Bueno, también puedes decirme por teléfono qué decisión has tomado. —Gabriella adoptó un tono casual y desenfadado.

—Preferiría quedar y hablarlo con calma, ya te he dicho.

Gabriella arqueó las cejas. ¿Con calma?

—Está bien. Podemos quedar en una *trattoria, Julieta*. ¿La conoces?

—Sí.

—Te espero allí en media hora más o menos. ¿Te viene bien?

—Perfecto.

—Pues ya está. Ahora nos vemos. *Ciao*.

—Ciao, ciao.

Gabriella dejó su móvil sobre la mesa con sumo cuidado, al tiempo que se mordisqueaba el labio y pensaba en aquel inesperado giro del destino. Hacía unos minutos pensaba que Estefanía no daría señales de vida porque estaba segura de que habría aceptado la oferta de *Tempesta* gracias al encanto de Giorgio. Y entonces… ¿Habría sucedido algo que desconocía? Pues claro que sí. De lo contrario, conocería el motivo por el que Estefanía quería verla. Y esta le había asegurado que quería tratarlo en persona.

Cuando Gabriella llegó a la *trattoria*, Estefanía ya se encontraba allí. Aquel gesto la sorprendió, ya que no esperaba que se presentara tan pronto. ¿Tendría prisa por contarle su decisión? Intentó descifrar los pensamientos de la joven escritora fijándose en el gesto de su rostro. Pero este no le transmitió nada.

—¿Cómo estás? ¿Llevas mucho tiempo esperando? Disculpa, pero tenía que cerrar unas cosas de la feria. Vamos a ver a Giulia para que nos de una mesa —le dijo entrando en el local en el que su amiga se

movía entre mesas.

—¡Hey! ¡Qué alegría verte, chica!, —exclamó Giulia mirando a Gaby con una amplia sonrisa.

—Lo mismo digo. Verás, ¿tienes una mesa para dos?

Giulia lanzó una mirada rápida a Estefanía y asintió.

—Siempre tengo alguna. Venid.

—Esta es Estefanía, una futura promesa de la novela romántica para jóvenes. Y que espero que pronto pase a formar parte de la editorial —le comentó dejando que Giulia la contemplara. Gabriella se preguntó a qué había venido su comentario acerca de que le gustaría que Estefanía formara parte de *Essenza de Donna*. La joven escritora ya conocía su interés y, además, ya habría tomado una decisión que Gabriella pensaba respetar, aunque no fuera la que ella esperaba—. Vaya, pues espero que esa relación se confirme aquí, en mi *trattoria*. —Les aseguró dejando los menús sobre la mesa.

—Ya veremos —asintió Estefanía tomando asiento.

—Giulia, Melina y yo nos conocemos desde el instituto. Siempre que puedo vengo a comer aquí, de ese modo me entero de cómo le marchan las cosas.

—De manera que conocías a Melina antes de que se convirtiera en la escritora que es hoy en día. —Estefanía parecía fascinada por este hecho.

—Así es.

—¿Y cómo acabó en la editorial?

Gaby sonrió ante ese comentario.

—Bueno, la llamé para comentárselo. Sabía que ella escribía y le ofrecí que se apuntara a este proyecto. Y aunque en un principio ella se mostró remisa… Ya ves el resultado.

Giulia apareció para tomar nota de los platos, lo que dejó en suspense la conversación por unos minutos. Cuando se alejó con el pedido, fue el turno de Gabriella.

—¿Por qué publicar tus historias en una web?

—Quería ver la aceptación que tenían.

—Y seguro que ha sido mayor de lo que esperabas, ¿me equivoco? —Gabriella arqueó una ceja.

—Sin duda. No pensaba que mi historia se convirtiera en todo un fenómeno literario entre las lectoras. —Estefanía puso los ojos como platos ante esa respuesta—. No había imaginado nada parecido. Ni en mis más optimistas sueños.

—Bueno, uno nunca sabe cómo va a funcionar su novela. O si lo hará. Puedo asegurarte que nadie lo sabe.

—Las de Melina funcionan muy bien.

—Sí, pero al principio teníamos nuestras dudas, claro. Comenzábamos en este mundo de la literatura y el futuro se abría ante nosotros como un territorio inexplorado. Lo de Melina fue algo inesperado que, novela tras novela, se ha ido asentando en una carrera literaria que no parece tener fin.

—Ella lo hace tan sencillo… Me refiero a sus historias. Una las lee y se da cuenta de que son como la vida misma. Personajes de carne y hueso; situaciones cotidianas que cualquiera de nosotros podemos vivir en un momento determinado. Reacciones tan humanas que cualquiera puede tener. Creo que en eso radica la aceptación de las historias de Melina.

—Tienes razón. Pero tú tampoco lo haces mal. Ya te comenté que leí tu historia antes de tener nuestro primer contacto. —Estefanía sonrió, asintiendo—. Mira, no me voy a andar por las ramas porque no es lo mío. No te digo esto para atraerte a mi editorial, porque la última palabra es tuya. Es verdad. Tienes potencial para convertirte en una escritora que despunte en el género *New Adult*.

Gaby se quedó callada mirando a Estefanía de manera fija a los ojos. No la estaba engañando porque no era lo suyo. Para eso ya estaban *otros*. Pensar en ello hizo que sus pensamientos regresaran una vez más a Giorgio. Gaby frunció el ceño y sacudió la cabeza desechando esa idea.

—Agradezco tu sinceridad. Alguien me comentó que, si quería triunfar en este mundo, debería aceptar tu oferta. Y creo que no estaba mal encaminado.

Gabriella contempló a Estefanía con inusitado interés por lo que acababa de referirle.

—Vaya, pues agradezco esas palabras a quien te lo dijo. ¿Y tú qué opinas?

Una vez más, la conversación quedó en suspenso ante la aparición de Giulia.

—A ver, chicas, os dejo por aquí la *lasagna al fungi*, y por aquí, la *pizza quattro formaggi* —interrumpió Giulia trayendo los dos platos—. ¿Todo bien?

—Perfecto, como de costumbre, Giulia. —Le aseguró Gabriella lanzando una mirada a su amiga, y luego a Estefanía para que emitiera su veredicto.

—Debo decir que está muy rico. Es de lo mejor que he comido, de verdad. —Le aseguró sin perder la mirada de Giulia.

—Muchas gracias, chicas. Os dejo que disfrutéis del resto. Cualquier cosa, llamadme.

Durante unos segundos, ninguna de las dos apuntó nada más al

tema de la conversación, sino que se limitaron a probar sus respectivos platos.

—Giulia se ha rodeado de excelentes cocineros.

—No había venido antes aquí, pero te aseguro que desde ahora lo tendré en cuenta.

—No es que lo diga porque Giulia sea amiga mía, sino porque la elaboración de los platos es exquisita.

Volvieron a callarse hasta que el tema que las había reunido allí salió de nuevo.

—Estaba a la espera de que me comentaras qué te parece mi trato contigo. Y quiero que seas sincera y que no te dejes llevar por comentarios de terceros, aunque siempre son de agradecer —matizó Gaby experimentando una efusiva ola de calor que se acentuó en su rostro.

—De las editoriales que se han interesado por mí, sin duda que la tuya es la que más valoro; en muchos aspectos.

—Gracias.

—Por eso quería quedar contigo a solas, para tratarlo de una manera personal. No me parecía acertado hacer una llamada para confirmarte mi interés en formar parte de *Essenza de Donna* —le dijo finalmente mientras Gabriella parecía incapaz de esconder su alegría por ello.

—¿Significa que formarás parte de la pequeña familia de la editorial? —Corroboró mirando a la joven escritora mordisqueándose el labio inferior.

—Es la mejor opción que tengo. —Le aseguró con total convicción —. De las ofertas recibidas es la que más me convence, si te soy sincera.

Gabriella se quedó callada, pensando en lo que eso significaba. ¿Qué habría sucedido con Giorgio y su oferta? ¡Pero ¿qué coño hacía pensando en él otra vez?! Giorgio no tenía nada que ver con ella. Todo había terminado, y ella… había ganado. Una sonrisa de satisfacción bailó en sus labios en ese momento en el que pensaba que había conseguido que Estefanía Lambertti firmara con ella después de todo. Bueno, lo sentía por Giorgio y sus esfuerzos por conseguir que la joven, que estaba sentada frente a ella, firmara con *Tempesta*.

—En fin, creo que esta noticia se merece un brindis. —Gabriella levantó su copa para entrechocarla con la de Estefanía—. De inmediato nos pondremos con tu novela. Quiero que entre en el catálogo de publicaciones de este año. Sería buena idea lanzarla en la campaña navideña.

—¿Tan pronto? —Estefanía pareció atacada por aquella repentina

noticia. Y Gabriella se limitó a sonreír.

—Si nos ponemos a trabajar en ella desde mañana mismo, podremos tenerla. Hará falta revisarla y demás, pero puede estar lista para esas fechas. Eso sí, deberás retirarla de las redes sociales lo antes posible. De ese modo tendremos vía libre para trabajar con ella.

—Si tú lo dices. Tú eres la editora y la que sabe cómo funciona todo. Haré lo que me pides hoy mismo. Sin duda que él tenía razón —murmuró Estefanía recordando por un breve instante la entrevista con Giorgio.

Aquel comentario no pasó desapercibido para Gabriella. Entornó su mirada hacia Estefanía, con inusitada atención y expectación.

—¿Él? ¿De quién hablas? ¿De la misma persona que te habló de nuestra forma de trabajar en la editorial?

—El mismo —asintió Estefanía con una tenue sonrisa de picardía. ¿Qué sucedía entre ellos dos? ¿Por qué alguien que trabajaba para la competencia de *Essenza de Donna* lo haría?

—Me alegra saber que hay gente que sabe reconocer nuestro trabajo.

—Sí, tal vez lo conozcas.

—¿Quién es?

—Tengo aquí su tarjeta. —Estefanía la buscó en su bolso ante la atenta mirada de Gabriella que, de repente, había sentido un ligero escalofrío recorriendo su espalda hasta erizarle el pelo de la nuca. Aunque Estefanía le había prometido a Giorgio que no revelaría su fuente, la curiosidad la podía, como buena escritora—. Ten.

Gabriella deslizó el nudo que acababa de formarse en su garganta cuando cogió la tarjeta de visita. Y cuando su vista recorrió el nombre impreso, no pudo evitar dejar escapar un leve suspiro. Durante unos segundos, su mirada se quedó suspendida en el nombre de Giorgio mientras el pulso parecía ir ganando velocidad de manera incontrolada. ¿Había sido él quien le había recomendado a Estefanía firmar con ella? ¿Por qué? ¿Qué diablos pretendía con esa jugada? ¿Se había echado atrás *Tempesta*?

—De manera que fue él… quien… te recomendó que aceptaras mi oferta de publicación. —Gabriella no terminaba de creerlo. Era tan surrealista. Tan incomprensible.

—Eso es. ¿Lo conoces? Ya sé que me estoy metiendo donde no me llaman. —Le dejó claro levantando las manos delante de ella para aclarar su pregunta.

Gabriella permaneció callada durante unos segundos en los que su mente parecía haberse fundido y ya no era capaz de pensar en nada. Cogió aire y asintió de manera lenta.

—Fuimos juntos a la facultad.

—Ah, entonces ahora está más claro. Pero me choca que él trabaje para otra editorial y que…

—Sí, que te recomiende que aceptes mi oferta. No sé qué puede haberle sucedido. En cualquier caso, no es algo que me competa en absoluto. Lo que me interesa es que estés de acuerdo con mi propuesta de publicación. Lo que suceda fuera de esta no me interesa —le aclaró Gabriella queriendo creer que en verdad así lo haría. Que no indagaría en lo que podía haber sucedido. Aunque, por otra parte, tampoco le hacía mucha gracia que él fuera a inmiscuirse en su trabajo de la forma en que lo acababa de hacer. Tenía la impresión de que Giorgio tiraba la toalla, pero ¿no se debía a Giulio y a su editorial?

La comida transcurrió de manera apacible pese a que Gabriella acusó aquel golpe de Giorgio. E incluso le costó parecer dichosa por haber logrado que Estefanía entrara a formar parte de su editorial.

—¿Qué tal todo? ¿Ha ido bien la comida?, —preguntó Giulia despidiéndose de ambas.

—Ya lo creo. Ha sido provechosa en todos los sentidos —apuntó Gabriella mirando a su nueva y flamante adquisición.

—La verdad es que todo estaba muy bueno. Y la comida ha sido más que provechosa —asintió Estefanía, feliz por lograr uno de sus objetivos.

—Espero verte más a menudo. Hacía mucho que no venías. ¿Cómo está Melina y compañía?

—Como siempre. Haciendo de las suyas.

—Eso significa que va por buen camino. Chicas, gracias por venir. Tengo que seguir. Me alegro de conocerte, Estefanía, y mucha suerte.

—Gracias. Igualmente.

Se despidieron prometiéndose verse al día siguiente para firmar el contrato de edición de su novela. Y cuando Gabriella se quedó a solas, una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios. La satisfacción del deber cumplido iluminó su rostro e hinchó su pecho. Sin embargo, había un pequeño resquicio que no hacía de su logro algo completo. La renuncia de Giorgio a negociar con Estefanía. ¿Por qué? La curiosidad la pudo y no consiguió dejar al margen ese asunto. Necesitaba saber la verdad de lo sucedido. Quería saberlo. De primera mano. Y para ello debería acudir a la única persona que podría explicarle la verdad. Esperaba encontrarlo en su casa y aclararlo. Con ese firme propósito, encaminó sus pasos hacia allí mientras dejaba que un ligero cosquilleo la invadiera por completo.

Giorgio echaba un vistazo a su cuenta de correo pensando en cómo todo había cambiado en tan poco tiempo. Le había comunicado a

Giulio su renuncia para seguir trabajando en *Tempesta*. Había aconsejado a Estefanía que aceptara la oferta de Gaby para publicar con su editorial. Había renunciado a ella, ya que no iba a volver a verla. Ni tan siquiera iba a llamarla o a pasarse por las oficinas de *Essenza de Donna* para despedirse.

Leía un mensaje de una amiga suya de Verona, en donde le preguntaba por su asistencia al congreso de novela. Giorgio frunció los labios en una mueca de desconcierto. No sabía si era una buena idea aceptar tal invitación viniendo de Sandra. Pero tuvo que dejarlo pasar porque el timbre de la puerta estaba sonando, y de una manera que parecía que la persona que lo tocaba tenía prisa porque le abriera. ¿Quién coño podía ser a esas horas? ¿Y llamando como un desenfrenado? Giorgio casi corrió a la puerta para abrirla, con cara de mala leche, y decirle cuatro cosas al que lo estaba haciendo.

—¿Puedo saber a qué cojones viene tanta prisa? Vas a… —Giorgio se quedó mudo de repente cuando, al abrir la puerta, se encontró con la cara de circunstancia de Gabriella—. Joder… Gaby. —Logró murmurar cuando pareció reaccionar del cabreo que tenía—. ¿Qué te sucede para que casi me quemes el timbre? —La miró con el ceño fruncido y una expresión de desconcierto total mientras ella ni siquiera había abierto la boca para responderle.

Gabriella se había quedado tan impactada por la reacción de Giorgio que no sabía si echarse a reír, cruzarle la cara por todo lo que había hecho o quedarse allí contemplándolo.

—¿Qué haces aquí? —Giorgio adoptó una pose un tanto más calmada después de la tempestad que había surgido al abrir la puerta. Se apartó a un lado para que ella pasara.

Gabriella receló de su invitación, pues no sabía si le convendría pasar adentro después de su comportamiento con ella unos segundos antes.

—Si vas a mostrar el talante de hace dos minutos, puedo decirte a lo que he venido desde aquí, a riesgo de que me arranques la cabeza. —Le aseguró con un deje burlón.

Giorgio cogió aire y pareció entonar el *mea culpa*.

—No, claro. Disculpa mi comportamiento, pero reconoce que has estado a punto de quemarme el timbre.

—Tal vez sea lo que te mereces. —Le rebatió lanzándole una mirada de rabia. Pasó por su lado hacia el interior del apartamento.

Giorgio notó que sus cuerpos se rozaban de manera leve. Cerró la puerta tras de sí y la siguió al interior. No pudo evitar quedarse mirándola como si no la hubiera visto hasta ese momento. Estaba… Mejor se guardó para sí mismo el calificativo que iba a darle a Gaby.

Solo era consciente de que su inesperada presencia allí acababa de descolocarlo por completo.

Gabriella se volvió hacia él para encararlo y solventar lo antes posible la situación. Pero al hacerlo se encontró con la mirada de él entornada hacia ella, contemplándola de una manera cálida, dulce y, hasta cierto punto, llena de cariño. Fue entonces cuando Gaby sintió la repentina sacudida en su interior y tuvo la impresión de que su enfado con él podría comenzar a derretirse como el hielo al sol.

—¿Qué haces aquí? Oh, disculpa, ponte cómoda. ¿Quieres tomar algo? —Giorgio pretendía que ella permaneciera allí el mayor tiempo posible. No quería que se marchara de repente, no cuando había ido a verlo.

—No, no quiero nada. Me marcharé en cuanto me respondas a una cuestión muy sencilla. —Le dejó claro empleando un tono de voz que alertó a Giorgio.

—Bien, tú dirás.

—¿Por qué coño le has dicho a Estefanía que acepte mi oferta? —Gabriella se acercó más y se encaró con él sin ser consciente de que la distancia entre ellos se había acortado de manera notable. Sentía el pulso acelerado y el calor adueñarse de toda ella mientras él se limitaba a contemplarla sin inmutarse. Estaba muy cabreada con él.

Giorgio apretó los labios y asintió.

—Porque considero que es lo mejor que Estefanía puede hacer. —Le aseguró sin mover un solo músculo, ni pestañear siquiera, porque en ese preciso instante estaba contemplando a Gabriella de una manera que nunca había considerado. Bueno, sí lo había hecho: sintiendo la necesidad de besarla de una vez por todas.

Ella, por su parte, se quedó en blanco ante esa respuesta. No esperaba que él fuera tan sincero. Pensaba que él le daría largas con alguna excusa. No sabía cómo enfrentarlo, sobre todo si la observaba de aquella manera tan firme y determinante.

—Pero… ¿por qué? Tú trabajas para *Tempesta*…

—Trabajaba —interrumpió Giorgio, lo que dejó a Gabriella todavía más sorprendida.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Ya no trabajo para *Tempesta*.

—Pero… ¿Has recibido una oferta mejor? —Gabriella arqueó una ceja con expectación ante la respuesta que él pudiera ofrecerle.

—En realidad, no he recibido ninguna. No me marcho por dinero, si es lo que quieres saber.

—No me interesa saberlo, la verdad. Es por eso por lo que le has pedido a Estefanía que acepte mi oferta. Porque tú te marchas —le

aclaró tratando de volverse fría y distanciarse de él.

—Le he sugerido que acepte tu oferta porque considero que es la mejor opción que tiene si quiere llegar a ser alguien dentro del panorama literario.

—Te agradezco tus palabras, pero no tendrías que haber hecho nada. Tengo la impresión de que me has ayudado porque tal vez pensabas que Estefanía se decantaría por *Tempesta* —le comentó con una mezcla de ironía y mal humor.

—Ese es tu problema. Creer en el motivo por el que lo he hecho. Pero te aseguro que no tiene nada que ver con lo que tú dices.

—Ya, bueno —ironizó arqueando sus cejas.

—Por tu comportamiento y tu presencia aquí, no hay duda de que has hablado con Estefanía.

—¿Quién si no me habría comentado tu jugada? —Gabriella cruzó los brazos bajo sus pechos y elevó su ceja en señal de escepticismo.

—¿Ya ha firmado?

—¿A qué viene tanto interés? Tú ya no trabajas para ninguna editorial. Por cierto, ¿se lo has dicho a Giulio?

—Que lo dejaba, sí. Lo de Estefanía me lo guardo para mí.

—¿Y si lo averigua?

Giorgio se encogió de hombros sin darle ninguna trascendencia. Solo le interesaba el hecho de saber que Estefanía Lambertti había firmado con la editorial de Gabriella. Eso era lo que le importaba.

—No le doy el más mínimo interés. Es posible que, cuando se entere, si llega el caso, yo no esté aquí.

—¿Te marchas? —Había un toque de nerviosismo y temor en la pregunta de Gabriella. Un ligero sobresalto que no pasó desapercibido para él, quien esbozó una tímida sonrisa.

—Estaba leyendo mis correos cuando te dedicaste a culpar al timbre de la puerta de tu rabia por lo que yo había hecho. Por lo pronto, tengo una invitación para ir a Verona, al festival de novela romántica. A lo mejor me surge algo estando allí. De lo contrario, me marcharé a España, tal vez.

—Pero… —Ella se quedó sin capacidad de reacción ante la decisión tan firme de él. Parecía tenerlo todo muy claro.

—No tengo nada que me ate aquí en Bolonia, Gaby. —Giorgio bajó el tono de su voz al mismo tiempo que buscaba su reflejo en la mirada de ella.

Gabriella se humedeció los labios, fruto de los nervios. Llevaba días sin verlo y lo agradecía, pero en el fondo lo hacía porque sabía que él estaba en Bolonia. Pero en ese momento, en el que él pensaba marcharse, ella tenía la impresión de que se estaba engañando con

respecto a él.

—Pero… siempre puedes…

—Gaby, ¿alguna vez te dije lo fascinante que me pareces? —Giorgio se había inclinado de manera lenta sobre el rostro de ella, pero dejando el espacio necesario para no intimidarla y que saliera huyendo.

—¿Qué?

—Lo que has escuchado.

—Sí, pero ¿a qué viene ahora esto? Estamos hablando de libros, de trabajo y de que estás pensado marcharte de Bolonia, y tú me sueltas que… ¡qué te parezco fascinante! ¿Se puede saber a qué viene esa gilipollez? —Gabriella no era consciente de su estado de nervios. En realidad, no lo era de nada de lo que estaba sucediendo. No había ido allí para que él le dijera lo que le parecía.

—Viene a que ya es hora de que sepas algo —comenzó diciéndole enmarcando su rostro entre las manos sin que ella se apartara—. La verdad, no tengo nada que perder por decirte que llevo con ganas de besarte desde la facultad, y creo que si no sales huyendo ahora mismo por la puerta, entenderé que no te importará que lo haga.

—Yo… —Gabriella estaba en estado de *shock*. No era capaz de reaccionar ante aquella situación tan inesperada. Deslizó el nudo que le impedía decir una sola palabra más, se humedeció los labios y se dijo a sí misma que ya nada tenía sentido. Nada excepto que él la besara de una vez por todas porque sentía que agonizaba esperando a que su boca se apoderara de la suya.

Giorgio se inclinó despacio para rozar aquellos labios que durante años lo habían traído loco. Un leve roce al principio que, poco a poco, se volvió en un beso más intenso, apasionado, mientras los gemidos y las respiraciones se entremezclaban en una sola. Giorgio sintió que ella se aferraba a él y que su cuerpo se apretaba contra el suyo como si buscara algo. La lengua de Gabriella se adentró con decisión en su boca para profundizar el beso al mismo tiempo que la excitación iba en aumento y ninguno parecía tener la intención de detenerla.

El bolso de Gabriella se deslizó por el hombro junto con el tirante de su vestido. Las manos de Giorgio recorrieron la piel desnuda de sus brazos, lo que la erizó con cada caricia. La respiración de ella se agitó en demasía cuando el deseo comenzó a descender desde sus pechos hacia sus muslos. Estaba correspondiendo a su beso de una manera que no podía imaginar, de la que no era consciente. ¡Estaba besando a Giorgio y, si no lo detenía, acabaría en la cama con él! Lo que todas le decían se estaba cumpliendo. ¡La tensión sexual no resuelta años atrás, cuando ambos estaban en la facultad, como le había dicho su

hermana! De repente, se apartó de él. Lo miró con los ojos entrecerrados y sacudiendo la cabeza para hacerle ver que aquello no podía ser. Que no tenía sentido. Pero…

—¿Sucede algo?

—Sucede que no debería haber pasado. —Gabriella permanecía con los labios entreabiertos, sintiendo una especie de taquicardia en su interior—. Tú y yo… —Ella sacudió la cabeza sin poder creer que hubiera sucedido.

—Es algo tarde para lamentarse, ¿no crees?

—No, no lo es. Porque si permito que me toques, sé cómo acabaremos.

—Y no es lo que deseas. —Había un toque de decepción en Giorgio al escucharla decirlo—. Soy consciente de ello, Gaby. Y créeme que lo siento.

—No puedo… No quiero tener una relación ahora. No quiero un compromiso en mi vida. No. Me debo a la editorial, comprende —le dijo a modo de disculpa para no tener nada que ver con él a nivel emocional.

—Entiendo. Siempre has tenido tus predilecciones. En la facultad eran los estudios, y ahora tu editorial.

Gabriella recogió el bolso que permanecía en el suelo y, con este en la mano, caminó hacia la puerta sin que Giorgio la retuviera ni un solo segundo más. ¿Qué sentido tenía hacerlo? Todo parecía estar más que claro entre ellos. Por mucho que lo intentara, al final ella levantaría una y mil paredes para evitar que él se acercara. Siempre había sido así en la facultad.

—Lo siento.

—No, no lo sientas, Gaby. No hay motivo para hacerlo.

Se sentía extraña en su interior porque una parte de ella pensaba que estaba dejando escapar un tren que no volvería a pasar para que ella se subiera. Pero… ¡Joder, sentía aprecio por Giorgio de los años compartidos en la universidad! Pero…

«El aprecio no besa de la manera en que lo has hecho tú». La diablilla apareció sobre su hombro para recordarle lo que acababa de hacer.

Gabriella sacudió la cabeza, lanzando una última mirada a Giorgio, antes de salir por la puerta de su apartamento. Y Giorgio tuvo la impresión de que aquella historia se cerraba con aquel portazo. Se quedó en el sitio donde ella lo había dejado y contempló el vacío que había dejado con su marcha. Suspiró, pasándose la mano por el pelo, como si aquel simple gesto lograra aclararlo. Luego regresó al sofá y retomó la lectura de sus correos. Le había dicho a Gabriella que no

había nada ni nadie que lo retuviera en Bolonia, con la esperanza de que ella le dijera lo contrario. Pero al final él había tenido, y tenía, razón. Y más después de lo sucedido hacía cinco minutos. Se marcharía cuanto antes.

Gabriella deambuló por las calles de una Bolonia que en ese instante no le parecía tan llamativa ni tan llena de vida como ella la conocía. Giorgio la había sacado de sus casillas no una ni dos, sino tres veces. Le había entregado en bandeja a Estefanía Lambertti, le había confesado que le parecía fascinante y, por último, la había besado como ningún hombre lo había hecho. Y ella misma había correspondido a su beso porque, en el fondo, lo ansiaba. Sí, ¿a quién quería engañar? Sus amigas y su propia hermana lo tenían claro con respecto a ellos dos, pero ¿por qué ella no? ¿Por su trabajo?

«¡Venga ya, pero si él puede trabajar para ti sin ningún problema!», le recordó la diablilla que volvía a posarse en su hombro, con cara de mala.

Esa excusa podría haberle servido con otras parejas con las que había estado, pero no con Giorgio. Él había sido su mejor amigo en la facultad, su confidente, su hombro en el que apoyarse y llorar. ¡Joder, y él había estado deseando darle un beso cinco años! ¿Cómo había podido aguantar? ¿Por qué no la había mandado a paseo cuando ella iba a contarle sus líos de chicos? Gabriella detuvo sus pasos y cerró los ojos imaginando la situación. No podía creer que Giorgio hubiera estado enamorado de ella durante aquellos años y no se lo hubiera dicho.

—¿Por qué? —Se preguntó en un susurro, dejando la mirada perdida a lo lejos, donde la gente comenzaba a salir esa noche entre risas, abrazos y besos. Algo que ella acababa de rechazar.

Capítulo 8

—¿*M*e estás diciendo que Giorgio te besó? —Lucía boqueaba como un pez fuera del agua y contemplaba a su hermana con los ojos abiertos como platos.

—Sí.

—¿Y tú qué hiciste? —Lucía entornaba la mirada hacia Gaby sospechando lo que había sucedido.

Gabriella permaneció callada, con la mirada ausente, como si no tuviera la más mínima intención de confesarle lo sucedido. Cogió aire y se enfrentó a los ojos intrigantes de su hermana.

—Pues… ¿qué se suponía que tenía que hacer?

—Lo besaste —respondió Lucía de manera tajante.

—Sí. —Gabriella bajó la vista con un sentimiento de culpa reflejada en ella, mientras su respuesta había sido un simple susurro.

Lucía emitió un sonido gutural que venía a confirmar sus sospechas. Observó a su hermana con atención, esperando que le diera una explicación al respecto de lo sucedido. No iba a conformarse con las migajas que Gaby le había dado.

—¿Y después? ¿Qué sucedió? Porque no me trago que solo os limitarais a besaros —le aclaró con un deje burlón.

—Me marché de su apartamento —pronunció deslizando el nudo que le apretaba la garganta y que le impedía hablar con claridad. Y más si recordaba la escena. Pero era inevitable no hacerlo una y otra vez mientras las palabras de él repicaban en su mente.

—¡¿Cómo que te marchaste de su apartamento?! ¡¿Te lías con Giorgio y te largas?!, —exclamó Lucía incorporándose del sofá y contemplando a su hermana como si estuviera pirada—. Pero…

—Me confesó que llevaba tiempo esperando la oportunidad de hacerlo. Que desde la facultad…

—¿Lo ves? No será porque no te comenté que entre vosotros había química, una tensión sexual no resuelta. Debiste tirártelo cuando erais compañeros en la facultad.

—¿Vuelves otra vez con ese tema?

—No es volver. Es reconocer la realidad de una vez por todas, Gaby. Giorgio y tú erais la comidilla de todos vuestros compañeros y amigos. Todos pensábamos que estabais liados, pero que lo llevabais en secreto para que ninguno de nosotros lo supiera y pudiéramos vacilaros. Teníais un *feeling* especial que todos veíamos, menos tú al parecer. —Lucía arqueó sus cejas y sonrió a su hermana para hacerle ver lo equivocada que estaba.

—Que quisiera besarme no significa nada.

—¿Nada? Venga ya. Te confiesa que llevaba desde la facultad con ganas de besarte y tú aseguras que no hay nada. *Per favore*, han pasado tres años desde que acabasteis la carrera. ¡Ocho años para darte un beso y tú aseguras que no es nada! ¿Qué tío espera tanto? Y te lo confiesa, ojo —matizó Lucía esgrimiendo un dedo delante de Gaby.

—Vale, lo que tú digas.

—Giorgio no te ha olvidado en todo este tiempo. Por cierto, ¿qué le has dicho?

Gabriella sintió la mirada inquisidora de su hermana, que esperaba su respuesta, la cual estaba convencida de que no le iba a gustar.

—Que no quería tener una relación, si es eso lo que intentas averiguar. Lo primero es afianzar la editorial, ya lo sabes.

Lucía sacudió la cabeza sin terminar de creer que su hermana lo hubiera vuelto a hacer.

—De nuevo huyes.

—Yo no estoy huyendo —protestó, con energía, Gaby, cerrando las manos en puños y apretándolas contra los costados.

—¿Qué sientes por él? Gaby, mírame y dime que no sientes nada por Giorgio —le urgió a hacerlo buscando su mirada de manera incesante, pero Gabriella no parecía dispuesta a darle esa satisfacción.

Gaby sentía el pulso ir ganando velocidad como si alguien estuviera pisando el acelerador de su corazón. Se plantó delante de su hermana con las manos apoyadas en las caderas y resopló.

—¿Qué importancia tiene lo que sienta o deje de sentir por él? No voy a cambiar mi vida por un beso.

Lucía se mordisqueó el labio al mismo tiempo que sacudía la cabeza.

—¿Ni siquiera vas a intentarlo? ¿Y si es tu alma gemela? ¿El hombre destinado para ti?

—Pareces Melina. —Le soltó recordando a su amiga—. Vamos, Lucía, no estamos hablando de una novela romántica como las que ella escribe. ¡Qué alma gemela ni medias naranjas!

—Pues creo recordar que tú le decías lo mismo a ella cuando

fuisteis a Florencia al festival de novela romántica. —Lucía frunció el ceño e hizo un mohín con los labios.

—Uhhh, ahora que lo mencionas. Tengo que preparar todo para el nuevo congreso. Con todo este lío de la feria del libro y de Estefanía Lambertti se me ha pasado. Por cierto, tengo que comentárselo por si quiere asistir en calidad de nueva escritora de *Essenza de Donna*, y también a Melina.

—¿Has logrado que Estefanía firme?

—Por ese motivo ha surgido todo este lío con Giorgio. Le sugirió que firmara conmigo en vez de con *Tempesta* porque considera que yo lo haré mejor que Giulio. ¿Cómo lo ves?

Lucía sonrió con toda intención.

—Lo veo como un gesto de alguien que siente algo más que una amistad, Gaby. Y de alguien que te conoce y sabe cómo eres. Es todo un detalle.

Gabriella resopló al escuchar a su hermana incidir en lo mismo.

—Giorgio y yo mantuvimos una relación de compañeros y amigos muy buena. Y no quiero que eso se acabe por querer saber qué sucederá si empezamos como pareja. —Le aseguró una Gabriella que por primera vez había adoptado un rictus serio—. No quiero joder una amistad por un polvo. Espero que lo entiendas.

Lucía asintió en silencio. Tal vez Gabriella tuviera razón después de todo y no fuera conveniente forzar la situación. A veces, hacerlo suponía una decepción, o un desastre mayor.

—Tal vez, después de todo, tengas razón. Bueno, háblame de tu flamante fichaje para la editorial. Estefanía Lambertti promete ser la nueva Melina en el campo de la novela romántica para jóvenes —le dijo entusiasmada por ese nuevo logro de su hermana, aunque hubiera recibido un empujoncito por parte de Giorgio para lograrlo.

Gabriella sonrió, pero su sonrisa no estaba cargada del entusiasmo que ella esperaba. Parecía que le había salido porque debía hacerlo y no porque lo sintiera. Solo esperaba que el nuevo festival de novela romántica la mantuviera ocupada la mayor parte del tiempo. De esa manera no le daría vueltas a lo sucedido con Giorgio y si había hecho lo correcto.

Giorgio seguía en Bolonia. No había decidido todavía si se marcharía y a qué lugar. Regresar a España era una posibilidad que había considerado. ¿Qué mejor lugar para poner kilómetros de separación con Gabriella? Estaba seguro de que si permanecía en la ciudad italiana, se acabarían por encontrar y la situación podría resultar algo tensa después de lo sucedido entre ellos. Él no iba a insistir con ella. Ella le había dejado claro que no tenía la más mínima intención de

intentarlo con él; y eso se lo había dicho la misma mujer que se había entregado en el beso que compartieron. ¿Cómo era posible? Seguía considerando esa posibilidad cuando sonó la melodía de su móvil.

—¿Diga?

—*Giorgio, soy Sandra*.

—Ya sé por qué me llamas —le dijo cerrando los ojos y llevando su mano a la frente—. Se me pasó responder a tu correo.

—*Pensaba que pasabas de mí. No te preocupes, ya sé que andas liado con la feria del libro de tu ciudad. Tranquilo*.

—No, eso nunca, Sandra. Nunca te haría de menos. Ya te dije que asistiría al festival de novela romántica de Verona.

—*Soy consciente de ello. Por eso te llamaba, para informarte que te he reservado habitación en el mismo hotel en el que se celebra el evento. Como ya te comenté, este año será en Verona*.

—No tenías que… Gracias, te debo una.

—*Con que me invites a cenar y me cuentes cómo te va, me doy por satisfecha*.

—Cuenta con ello. Estaré en Verona en unos días. No te preocupes. ¿Todo bien?

—*Lo bien que podía marchar. Ya sabes, con mucho jaleo. Bueno, ya nos pondremos al día cuando estés aquí. Solo quería confirmar que vendrías*.

—Por supuesto. Allí estaré.

—*Ciao*.

—*Ciao, ciao*.

Giorgio se quedó contemplando el móvil con una sonrisa. Se le había pasado el asunto del festival de literatura romántica de Verona. Con todo el jaleo de la feria del libro, el tema de Estefanía Lambertti y Gabriella. Pero entonces Sandra lo había llamado para recordárselo, más le valía ponerse a ello. Sabía que acudirían decenas de escritoras tanto consagradas o noveles a las que… Un momento. Giorgio se detuvo en sus pensamientos. ¿Qué importancia podían tener para él si ya no trabajaba para ninguna editorial? Bueno, bien pensado, le daría la opción de asistir al evento como un espectador más. Sin tener que preocuparse por el trabajo. Incluso entre las editoriales que acudían podía encontrar… Volvió a detenerse en sus pensamientos cuando comenzó a pensar en editoriales y editoras. Gabriella estaría allí. Sí. Casi seguro que acudiría y ese año con más motivo porque acababa de llegar a un acuerdo con Estefanía Lambertti. Ese hecho no le importó porque, aunque coincidieran en algún momento, él no insistiría en lo sucedido hacia unos días. Todo estaba claro, de manera que acudiría a Verona, la ciudad de Julieta, al evento literario más reconocido.

Gabriella había acordado con Estefanía que fuera al festival de novela de Verona. La joven escritora ya había decidido acudir antes siquiera que Gabriella se lo propusiera. Sería un buen reclamo. En ese momento iba a proponérselo a Melina. Ella no le había comentado nada al respecto, pero estaba segura de que acudiría. Quedaron en el café de Marco, como era habitual, ya que Melina lo había convertido en su propia oficina.

Cuando Gabriella empujó la puerta del café, no encontró a Melina sentada al teclado de su portátil, sino en la propia barra, echando un vistazo al *Corriere della Sera*. Parecía relajada y despreocupada. Y cuando se acercó a ella, Melina se limitó a mirarla de los pies a la cabeza sin comprender qué hacía allí tan temprano.

—Hola, ¿te has caído de la cama?

—Son las nueve. Es una hora prudencial para empezar a trabajar, ¿no crees?

—¿No irá con segundas, verdad? —Melina arqueó su ceja derecha y empleó un tono algo irónico.

—Pues claro que no. No voy a decirte cuándo debes ponerte a escribir. Eso lo decides tú. Hablaba por mí.

—Hola, Gabriella, ¿un café? —Marco interrumpió la conversación entre ambas.

—No, gracias. Acabo de desayunar. ¿Y Claudia?, —preguntó echando un vistazo al local en busca de su hermana.

—Todavía no ha llegado. Se le habrán…

El sonido de la puerta captó la atención de los tres para fijar su atención en Claudia, que llegaba en ese momento.

—¿Por qué me miráis? Ya sé que llego un poco tarde —les dijo paseando su mirada por sus rostros.

—No te preocupes, no voy a echarte la bronca. ¿Se te pegaron las sábanas?

—Ummm, anoche me acosté tarde.

—¿Mucha fiesta con tus amigas?

—Lo normal. Tampoco es que desfasáramos, ya me conoces.

—Sí, sí. Yo creo que sí te conozco —ironizó Marco con una sonrisa socarrona, observando a su hermana desaparecer hacia el cuarto que empleaba para dejar sus cosas.

—¿Qué tal lo lleva?, —preguntó Melina en voz baja cuando Claudia se marchó.

—Bien. Lo cierto es que mi hermana es como es. Y eso nada ni nadie va a cambiarla. No le gusta atarse a una relación.

—¿Qué pasa?, —preguntó Gabriella fuera de juego—. No me entero de nada.

—Su hermana y Giuliano lo dejaron hace unos meses.

—Vaya, pensaba que seguían juntos.

—Diferentes horarios, trabajos, situaciones. Claudia vive la noche y Giuliano es más de estar en casa. Me sabe mal que lo suyo no haya dado para más, pero… —Marco se encogió de hombros y arqueó sus cejas antes de volver al trabajo tras la barra, a la espera de que su hermana apareciera.

—En fin, he venido a comentarte lo del festival de novela romántica de Verona. No sé si te has enterado por la prensa, ya que, como tú vives en tu mundo *happy*… *happy*. —Gabriella mostró su ironía en todo su esplendor con una sonrisa algo mordaz y significativa.

—Ah, sí. Claro que me he enterado. Me han llegado tropecientas invitaciones por las redes sociales.

—Entonces no tengo más que decirte, salvo que espero que vayas.

—Sí, claro, contaba con ello. ¿Por qué no iba a hacerlo? —Melina miró a Gabriella con una expresión de enfado fingido.

—Oh, en ningún momento lo he dudado. Ya sé que desde que estás con Marco te has aplicado a tu carrera literaria otra vez. —Gabriella le guiñó un ojo en complicidad.

—¿Y tú con Giorgio? ¿Hemos avanzado algo? —Melina lanzó una mirada de reojo a su amiga sin perder de vista la página del periódico.

—No entiendo tu pregunta.

—Pues ya sabes, si ha habido algún acercamiento. —Melina sonrió con intención mientras movía sus cejas de manera acelerada.

Gabriella se quedó muda. No sabía si debía seguir aireando su vida personal. Ya lo había hecho con su hermana. Suspiró resignada.

—Más bien ha sucedido un distanciamiento total. Anda, vamos a la mesa, no tengo ganas de contarte mi vida aquí, de pie en la barra. Marco, ahora sí te acepto un café —le comentó mientras Marco asentía.

—Sentaros donde queráis. Ahora te lo llevo.

—A ver, ¿qué es eso del distanciamiento total? —Melina se quedó contemplando a su amiga, con el ceño fruncido y una expresión de no entender nada.

Gabriella apretó los labios y sacudió la cabeza, contrariada por todo lo que había sucedido con Giorgio.

—Besé a Giorgio. —La confesión de Gabriella dejó a Melina helada, como si de una estatua se tratara. Miró a su amiga y editora con los ojos como platos, sin ser capaz de pestañear siquiera.

—Vale, ¿y?

—A continuación, me marché de su apartamento.

—¿Y él qué hizo?

—No lo sé. Pero, vamos, supongo que quedarse en su apartamento. Detrás de mí no salió, si es lo que te estás preguntando —le aclaró esgrimiendo un dedo ante Melina.

—Pero ¿cómo es eso de que os besáis y tú te marchas? Hay algo que no encaja.

—Hay muchas cosas, no solo una. Vale que lo besé o, mejor dicho, fue él quien lo hizo, pero yo correspondí a su beso.

—Bueno, eso es porque en el fondo lo estabas deseando, ¿no? No entiendo cuál es el problema.

—No debí hacerlo. Eso es lo que me sucede —le comentó con gesto de preocupación.

—Eso mismo me decía yo misma cuando, después de estarme acostando con Marco durante un mes, él me confesó que se estaba enamorando de mí, ¿te acuerdas?

—Perfectamente. Porque coincidió con el viaje a Florencia por el congreso de novela. Estabas insoportable —matizó Gabriella recordando aquel fin de semana en la capital de la Toscana.

—Sí, bien. Tienes razón. Pues eso mismo te está sucediendo a ti ahora. Te gusta Giorgio, es más, podría apostar a que te gustaba en la universidad.

—Piensas igual que mi hermana.

—Es que es la verdad. Ya te lo hemos dicho. ¿Y qué vas a hacer?

—Nada porque no tengo interés en experimentar nada con Giorgio, no sé si me entiendes. No quiero iniciar algo en lo que no creo.

Melina permaneció en silencio mordisqueándose los labios.

—¿Crees que es lo más idóneo?

—Pues sí. Claro que lo es. Si lo hago es por ese motivo. ¿Por qué?

—Porque yo también era reacia a iniciar una relación con Marco y…

—Lo tuyo con Marco era diferente —la interrumpió Gabriella, molesta con aquel comentario.

—¿Diferente? ¿En qué sentido? Porque por lo que a mí respecta no quería saber nada de él.

—Llevabas tiempo durmiendo con él en tu cama. Y yo te repetía que esta era para ti solita. Pero yo todavía no he invitado a Giorgio a la mía.

—Pero piensas hacerlo. —El rostro de Gabriella se contrajo en una mueca de clara confusión—. Porque dices «todavía», luego das a entender que pudiera haber una posibilidad.

—¡Ni de coña!, —protestó, enérgica, Gabriella.

—Yo que tú…

—¡No! No voy a tener nada con Giorgio. —Melina comenzó a reírse a carcajadas ante la cara de estupefacción que tenía Gabriella—. ¿De qué narices te ríes?

—De ti.

—Ah, muy bien. ¡De puta madre!, —exclamó Gabriella con furia, mirando a Melina como si fuera a arrojarle los restos del café a su propia cara.

—Me río porque me recuerdas a las protagonistas de mis novelas. Y, en cierto modo, a mí misma cuando decía lo mismo de Marco. Bueno, que conste que lo hago de buen rollo. En serio, Gaby, no puedes asegurar al cien por cien que no vas a hacer o no hacer algo. Ahora piensas que entre Giorgio y tú no puede haber nada. De acuerdo. Pero, tal vez el destino tenga otro guión escrito para ti.

—Pues en el mío, Giorgio no aparece. —Le dejó claro poniendo los ojos como platos.

—¿Te has parado a pensar que seguramente él esté en Verona? Te aviso para que luego no te caiga de sorpresa.

—¿Por qué habría de estar?, —le espetó Gabriella, ofuscada por aquella sugerencia de Melina.

—¿Cómo que por qué? Porque es un cazatalentos. Apuesto a que se dejará caer por allí para ver a las nuevas escritoras que anden en busca de una editorial. Por eso.

—Tampoco tiene por qué afectarme. Es más, a lo mejor ni nos vemos.

Melina apretó los labios y asintió, lo que dejó a su amiga tranquila al respecto de ese tema. Sabía que en ese instante nada de lo que le dijera tendría sentido. Gabriella se comportaba de la misma manera que había hecho ella con Marco. Por el momento la dejaría tranquila. El tiempo le daría o quitaría la razón, solo era cuestión de esperar.

—Bueno, hablando de Verona y de su festival de novela romántica, ya te he dicho que asistiré. Supongo que irá Estefanía Lambertti.

—Tengo que comentárselo. Imagino que lo hará. Me agradaría mucho anunciar que forma parte de la editorial.

—Sí, lo imagino. He visto el programa y parece bastante variado. Mesas redondas, ponencias, firmas de libros, presentaciones, charlas con los autores…

—Sí, no hay duda de que será todo un éxito.

—Y, además, en Verona. La ciudad de Romeo y Julieta —le recordó una Melina juguetona esbozando una sonrisa de complicidad con Gaby.

—Tengo que marcharme a cerrar varios asuntos respecto del festival. —Le anunció levantándose de la silla como un resorte, de

repente, o, más bien, en cuanto la escuchó referirse a Romeo y Julieta.

Melina se quedó contemplándola como si acabaran de pincharla. Intuía que no le había hecho nada de gracia la conversación sobre Giorgio y ella.

—Vale, te veo en… ¿Verona?

—Sí, ya te llamo y quedamos para ir, ya que me confirmas que asistirás. Despídeme de Marco y de su hermana —le pidió señalando a los dos que en ese momento estaban bastante liados. Caminó hacia la puerta y salió a la calle donde el aire consiguió calmar su estado de nervios. No estaba segura de si haber hablado con Melina había sido buena idea porque le había hecho recordar a Giorgio, y eso no le había hecho ninguna gracia. Tenía clara una cosa, no iba a ceder ante sus impulsos hacia él. De acuerdo que ambos podían coincidir en algún momento del festival, pero eso no significaba que fuera a suceder lo que en el apartamento de él.

Giorgio viajó a Verona con antelación para tener algún día libre para charlar con Sandra y, de paso, recorrer las calles de la ciudad una vez más. Hacía mucho que no iba, y eso que era un lugar que él añoraba por el encanto que desplegaba en sus más emblemáticas calles y plazas. Pese a estar cerca de Bolonia, él siempre parecía encontrar una excusa para no ir. ¿Tal vez el motivo caminaba en ese instante hacia él con una radiante sonrisa bailando en sus labios?

Giorgio estaba sentado en la terraza de la Piazza Bra, contemplando el majestuoso anfiteatro: el Arena de Verona, donde tenían lugar las representaciones musicales más importantes. Pero cuando Sandra apareció en su campo de visión, Giorgio no pudo evitar centrarse en ella y en su atractivo. Sí, a pesar del tiempo que hacía que no la veía, ella conservaba ese toque fresco y juvenil en su rostro. Esa chispa en su mirada que hacía que la persona que la contemplaba se sintiera hechizada. Giorgio recordó ciertos momentos compartidos junto a ella que invadieron su mente como fogonazos.

—El tiempo pasa, pero tú sigues igual que cuando nos conocimos —le dijo nada más ella estuvo a su altura, y le dio dos besos.

—Siempre se te ha dado bien adular a las mujeres. —Le rebatió Sandra con una sonrisa pícara—. Claro que tú estás…

Giorgio arqueó las cejas con expectación.

—No me dejes mal.

—Sigues con ese aire de tímido seductor. Ese toque que siempre has mantenido.

—¿Seductor?

—Sí, reconoce que eres la clase de hombre que sabe seducir a una mujer con su personalidad, con su carácter pausado y comedido.

Giorgio frunció los labios y asintió.

—Desconocía que tuvieras esa visión de mí. Pero gracias.

Sandra sonrió con un toque de melancolía. Desvió la mirada porque contemplar a Giorgio de manera directa le dejaba un poso de desilusión porque, aunque habían compartido buenos momentos, él nunca llegó a enamorarse de ella.

—¿Qué tal te va con *Tempesta*? —Sandra prefería hablar de temas profesionales a los personales. No quería averiguar de buenas a primeras si Giorgio estaba con alguna mujer; a pesar que sentía la urgente necesidad de saberlo. Entornó la mirada hacia él, esperando su repuesta.

Giorgio se reclinó contra el respaldo de la silla y sonrió.

—Lo he dejado —respondió de manera clara y concisa mientras Sandra abría los ojos y el vaso se quedaba a medio camino de sus labios—. No me gustaron ciertas cosas que sucedieron.

—Eso significa que ahora estás libre. ¿Sin trabajo? —Sandra entornó la mirada hacia él para observarlo asentir despacio—. ¿Y qué piensas hacer?

—Por ahora, asistir al evento literario que hay aquí, en Verona. Después, ya veré. Ofertas nunca me han faltado —explicó Giorgio alzando las manos en señal de advertencia.

—Sí, supongo que ya tendrás alguna que otra.

—Tal vez vuelva a irme a España. —Giorgio se lo dijo sin pararse a pensar en Gaby. Hacía días que había aparcado ese tema toda vez que ella le había dejado claro que no quería saber nada de él. De manera que lo mejor podría ser poner tierra de por medio. No quería intentar ganar una guerra en la que estaba en inferioridad. Si Gaby no quería reconocer la atracción que existía entre los dos, él no tenía muchas esperanzas. Tal vez, esos días en Verona la hicieran recapacitar, porque estaba seguro de que ella acudiría, y más después de conseguir que Estefanía Lambertti aceptara su oferta.

—¿Por qué? ¿No te encuentras a gusto en tu casa?

—No, no se trata de eso. Sino de darle un nuevo giro a mi vida.

—¿Cuántos le has dado ya? He perdido el número de las veces que lo has dicho. —Le aseguró con una sonrisa risueña e irónica a la vez.

Giorgio resopló.

—Tienes razón. Pero se trata de que no consigo encontrar…

—La pieza que termina el *puzzle* —lo interrumpió Sandra con un tono que se asemejó a un susurro, frunciendo sus labios en un gesto de melancolía.

—Debe ser eso lo que falla.

—Dime, ¿qué necesitas para terminar el rompecabezas de tu vida?

—Sandra inclinó su cuerpo hacia delante, consciente del atractivo que poseía Giorgio y de las repentinas y enormes ganas de besarlo. Sí, aunque ella sabía que él no iría mucho más allá de un beso, tal vez podrían compartir la cama las noches que él permaneciera en Verona, pero nada más—. ¿Una mujer?

Giorgio apretó los labios y contempló a Sandra sin parpadear, preguntándose por qué no era ella. ¿Por qué no sentía por Sandra lo mismo que por Gaby? Era consciente de que la mujer que en ese mismo instante lo contemplaba seguía sintiendo algo por él. Y no se trataba de ser presuntuoso ni nada parecido. Podía leerlo en su forma de mirarlo, de dirigirse a él con un sencillo gesto, en cómo modulaba sus palabras.

—¿Qué mujer podría soportarme? —Giorgio sonrió al tiempo que arqueaba su ceja con suspicacia—. Sabes que soy…

—Sé cómo eres —lo interrumpió, consciente de que el tiempo que había pasado a su lado le había servido para darse cuenta de la persona que era Giorgio.

Este asintió y volvió a apretar los labios en un gesto de *mea culpa*.

—¿Y tú? ¿Cómo te marchan las cosas? Imagino que sigues en la empresa de publicidad. —Giorgio cambió el tema de la conversación porque no quería adentrarse en algo tan íntimo y personal como lo era su experiencia con las mujeres y, en especial con ella. No pretendía hacerle daño. No más del que le había causado en su día cuando le confesó que no estaba enamorado de ella.

Sandra inspiró, con el nudo apretando su garganta.

—Sí, ahí sigo.

—Y todavía te queda tiempo para organizar eventos literarios.

—Sirve para mantenerme ocupada el mayor tiempo posible. —«Y no pensar en ti y en lo cabrón que fuiste en su momento».

—¿No has formado una familia?

—No. ¿Acaso estás interesado? —La suspicacia impregnó la pregunta de Sandra mientras en sus labios bailaba una sonrisa cínica.

—No te estoy preguntando eso.

—Pero yo sí. Ahora mismo estoy libre como un taxi. Igual que tú, en el sentido profesional. Claro. Ya que en lo personal no sé si tienes algo con alguien. —Sandra se anticipó a aclarar su comentario al ver el gesto de su rostro.

—No.

Sandra sintió una especie de alivio al escucharlo decir aquello. Pero tampoco cambiaba en demasía la situación porque o mucho había cambiado Giorgio en todo ese tiempo, o todo permanecería igual entre ellos.

—Sabes que contaremos con más de cien escritoras de todo el país. —Sandra volvió a aferrarse al tema profesional para no pensar en Giorgio y ella.

—Sin duda que es una buena cifra.

—Sí, y lo mismo podría decirse de las editoriales. Por cierto, ¿qué harás si ves a Giulio?

—Saludarlo, si él quiere. Que haya decidido dejar de colaborar con él no significa que tengamos que dejar de ser amigos. Al menos por mi parte —matizó Giorgio.

—Imagino que sabrás que la joven promesa de las letras italianas ha firmado con *Essenza de Donna*.

—¿Te refieres a Estefanía Lambertti?

—¿Conoces a otra?

—Lo sé. Yo mismo la animé a que lo hiciera.

El rostro de Sandra reflejó la esperada sorpresa.

—Pero tú estabas con *Tempesta*. ¿Por qué lo hiciste?

—Tal vez porque, en el fondo, me gusta que las cosas se hagan como es debido. No me agradan los engaños. Ni las malas artes.

—Soy consciente de ello —asintió ella sintiendo el escalofrío reptando por su espalda hasta erizarle el vello de la nuca—. Bueno, si necesitas algo, házmelo saber. Como te dije, te he reservado una habitación en el Palazzo Victoria.

—En pleno centro histórico —exclamó Giorgio con inusitada expectación.

—Sí, hemos preferido hacerlo en un lugar céntrico, pensando en todas aquellas personas que vienen de fuera. De ese modo no tienen que andar buscando un hotel por toda Verona, aunque esta no sea una ciudad muy grande. Te dejo el programa para que le eches un vistazo y me cuentes —le dijo entregándole un tríptico.

Giorgio asintió y le echó un breve vistazo al folleto.

—Claro. Esta noche, ¿no? —La proposición sorprendió a Sandra de tal manera que se vio incapaz de moverse o de decir algo—. Te debo una cena por reservarme una habitación. Tú me lo recordaste el otro día cuando me llamaste. Y ahora más que nunca si tenemos en cuenta el hotel.

Sandra entreabrió los labios para tomar aire porque sin suda que aquella invitación acababa de robarle el que le quedaba.

—La verdad es que no…

—Insisto —le dijo Giorgio sujetándola por la muñeca con determinación, pero también con delicadeza, entornando la mirada hacia ella.

Sandra sintió el pálpito en su pecho al ver el gesto de él. Su

mirada, su leve caricia sobre su muñeca, todo él era… «Maldita fuera, ¿por qué no puede funcionar entre nosotros?», se preguntó enrabietada con todo aquello. Pensó que podría comportarse como alguien normal en presencia de él. Que no quedaba nada del pasado y que lo vería como a un buen amigo que estaba de paso en la ciudad. Pero todos aquellos pensamientos acababan de irse al traste con una sola mirada.

Sandra se rindió ante la evidencia consciente de que no ganaría aquella batalla, ni mucho menos la guerra con Giorgio. Pero al menos se daría una tregua esa noche.

—De acuerdo. De ese modo me comentas qué te parece el programa del evento. Ahora te dejo para que te instales —le dijo lanzando una mirada a la maleta de él, apoyada sobre una de las sillas vacías de la terraza.

—Llámame cuando termines todo.

Sandra asintió antes de volverse, para alejarse de él al tiempo que no era capaz de dejar la mente en blanco o pensar en algo que no fuera Giorgio.

Este la acompañó con su mirada hasta que enfiló la vía Mazzini y desapareció. Llamó al camarero para que le cobrara y, tras coger su maleta, se dirigió al hotel para registrarse. Después le echaría un vistazo al programa del evento para tener algo de qué hablar con Sandra. No quería que sus respectivas vidas personales fueran el tema de conversación de esa noche. Y menos que se pusieran a hablar de por qué lo suyo no había funcionado.

Capítulo 9

*G*aby y Melina llegaron a Verona cuando el sol comenzaba a ponerse detrás del Arena, como si de una postal se tratara. Se dirigieron al hotel para registrarse y poder salir por ahí a cenar. Se encontraban en el mostrador de recepción recibiendo la llave de la habitación, cuando, al despedirse, Gaby se tropezó con alguien que caminaba en dirección a la salida.

—Lo siento…

—Gaby —murmuró Giorgio cuando reconoció a la persona con la que había tropezado. Por unos segundos nada tuvo sentido. El mundo se detuvo en el vestíbulo en aquel preciso instante en el que los dos se contemplaron de manera fija y expectante.

—No te hacía aquí… Quiero decir, en el mismo hotel que… Bueno, eso… que…

Giorgio se aguantó la sonrisa al verla balbucear de aquella manera.

Gabriella se quedó cortada e indefensa porque sin duda que no esperaba encontrarse con él. Y menos verlo tan atractivo con el pelo mojado y revuelto, las mangas de la camisa subidas hasta los codos y ese aire de tímido seductor.

—He venido al congreso de novela romántica y dado que conozco a la organizadora…

—¿A Sandra? —Gaby entrecerró los ojos al hacer la pregunta y sin poder evitar un punzada de celos por ese hecho.

—Sí, nos conocemos de hace algunos años. ¿Y tú?

—Sí, hemos colaborado en alguna que otra ocasión… por temas de novela romántica, como supondrás. Bueno, yo imagino que nos veremos por aquí. —Gaby quería escapar de la presencia de Giorgio cuanto antes, y todo porque sentía un calor en todo su cuerpo que parecía que fuera a estallar en llamas de un momento a otro. ¡Maldita fuera, ¿por qué nadie le había prevenido de este suceso?! Vio a Giorgio despedirse de Melina y luego caminar hacia la salida del hotel mientras su pecho retumbaba sin encontrar sentido a ello.

Melina había sido testigo de todo. Se acercó con paso lento a su

amiga, que parecía estar perdida en sus pensamientos, una especie de trance del que tenía que sacarla.

—¿Subimos a la habitación o prefieres que nos tomemos algo en la cafetería primero?

Gaby pareció no escucharla porque no le dio respuesta. Seguía pensando en Giorgio, en su manera de mirarla, de hacer que su pulso se acelerara hasta que pensara que iba a darle un infarto allí mismo, en el vestíbulo del hotel. De manera lenta, sacudió la cabeza como si volviera en sí. Lanzó una mirada fugaz a Melina, quien seguía esperando una contestación.

—¿Por qué narices he tenido que encontrarme con él?, —preguntó mirándola, en busca de su respuesta. Melina cogió aire y abrió la boca para responder, pero Gaby se anticipó—. Y te lo advierto: no me vengas con gilipolleces de esas que salen en tus novelas.

—Déjame recordarte que eras tú la que el año pasado me buscabas para que siguiera escribiendo esas gilipolleces.

—Pero es ficción —le advirtió cabreada consigo misma por el patético espectáculo que acababa de dar, según ella.

—Ficción que puede estar basada en la realidad. O bien, esta ser transportada a las páginas de un libro. Como lo prefieras, pero lo que yo acabo de presenciar aquí mismo hace un momento…

—Mejor te lo quedas para ti. —Gaby fulminó a Melina con su mirada cuando se disponía a darle su punto de vista.

—Como quieras, pero las pruebas están ahí y nada ni nadie va a demostrarme lo contrario. Debiste liarte con Giorgio en la facultad. Ah, no, que ya lo hiciste en su piso la otra noche —recordó una Melina irónica buscando la reacción de su amiga.

Gaby resopló abrumada por las pruebas en su contra.

—¿Vas a restregármelo cada dos por tres?

—No hace falta. Lo hará Giorgio cada vez que aparezca por aquí. —Le aseguró guiñándole un ojo con complicidad—. Y ahora me subo a la habitación a dejar la maleta. Si quieres, podemos salir por Verona y tomar algo. Siempre y cuando no te importe encontrarte con Giorgio. Verona no es muy grande…

—Da gracias que no decida rescindir tu contrato con la editorial —le advirtió señalándola con un dedo como si la acusara.

—Bueeeeno, siempre puedo hablar con Giorgio para que me busque acomodo en otra. ¿No crees? Anda, vamos —le dijo tirando de su maleta mientras con la otra mano lo hacía del brazo de Gaby, quien no parecía muy convencida.

¿Por qué coño había tenido que aparecer Giorgio en ese preciso instante? De acuerdo que era lógico que acudiera al congreso de

novela, pero ¿que se alojara en el mismo hotel que ella? Y que se tropezara con él nada más poner un pie en el vestíbulo… Esperaba no coincidir en demasiadas ocasiones con él.

Giorgio dejó el hotel con una sensación placentera. Sí, porque sin pretenderlo se había encontrado con Gaby o, mejor dicho, *ella* lo encontró a él al abalanzarse de manera literal, sobre él. Pero lo que más le había impactado había sido verla vacilar en sus explicaciones. Sin duda que no esperaba encontrarse con él, y ese hecho parecía haber trastocado en algo sus planes. De igual modo que los suyos propios. Sí, porque no esperaba que ella se mostrara tan… aturdida al verlo. No era la reacción que él esperaba de ella después de la última vez que se vieron, en la que la besó. ¿Qué haría durante el fin de semana que duraba el festival? ¿Intentarlo una vez más o dejar que todo terminara en la ciudad de Romeo y Julieta?

Cuando vio aparecer a Sandra arreglada para la cena, Giorgio sonrió. Sí, porque aquella situación sí que era digna de una novela.

—Buenas noches, disculpa que aparezca en vaqueros, pero no traje mucha más ropa —le dijo haciendo alusión a lo elegante y llamativa que iba Sandra con su vestido rojo de tirantes a juego con el leve rubor de sus mejillas—. Lo digo por lo… elegante que vas.

—No digas tonterías. Es un vestido como otro cualquiera. Y tú estás perfecto en vaqueros y camisa. Bueno, ¿vamos? —Le indicó con la mano hacia una *trattoria* cerca del hotel.

—¿Todo listo para mañana? —Giorgio prefirió adentrarse en el terreno profesional y dejar los cumplidos aparte. No iba a ligar con Sandra a pesar de lo que hubo entre ellos tiempo atrás.

—Solo resta recibir a los ponentes y a los asistentes. Espero que sea un gran fin de semana de literatura y romance.

—Sin duda. Te conozco y sé lo meticulosa que eres en tu trabajo. —Giorgio se detuvo frente a la puerta de la *trattoria* y levantó la vista hacia el rótulo—. Umm, La sonrisa de Julieta. Sabía que me traerías aquí.

—No tiene nada que ver con la que tú recuerdas. Ahora es Chiara, la hija del antiguo propietario, quien la regenta junto a su pareja. Un inglés que decidió dejarlo todo para establecerse aquí.

—Imagino que el balcón seguirá. —Dedujo un Giorgio divertido ante ese hecho, pero deseando que fuera otra mujer la que cenara con él esa noche.

—Por supuesto. ¿Qué sería de *La sonrisa de Julieta* sin su famoso balcón? —Sandra arqueó sus cejas en señal de sorpresa porque él hiciera esa pregunta.

Gabriella y Melina paseaban por una de las calles más emblemáticas

de Verona, la de la casa de Julieta. La gente no paraba de hacerse fotos en su entrada ni de sonreír y comentar cosas acerca del amor y de la tradición de la estatua que había en el patio de esta.

—Julieta y sus amores —comentó Gaby con una sonrisa muy elocuente—. Un reclamo para la ciudad.

—Y para los que nos dedicamos a contar historias de amor, no lo olvides —precisó Melina con naturalidad, captando toda la atención de Gaby.

—¿Me estás diciendo que tú te has basado en Julieta y en su casa para alguna de tus novelas? —Gabriella permanecía atónita mirando a su amiga como si acabara de contarle un gran secreto.

—Pues claro. Siempre busco escenarios y tradiciones como esta para documentarme. Y la casa de Julieta en Verona es uno de ellos.

—No lo he reconocido en ninguna de tus historias.

—Porque es en la que estoy inmersa ahora.

—¿Tu nueva historia?

—*Síp*, pensando que veníamos a Verona, ciudad de Romeo y Julieta, me dije: ¿por qué no escribo algo que tenga relación con todo ello? Y ahí estoy. Metida en un romance ambientado en esta ciudad y con la tradición de Julieta de fondo.

—¿Pero no pensabas escribir una historia al estilo de Estefanía? De universitarios…

—¿Por qué no puede suceder aquí?

Gaby permanecía en silencio, expectante, escuchando las explicaciones de su amiga y escritora. No podía creer que lo estuviera diciendo en serio. Pero así parecía. Sacudió la cabeza con la boca abierta como si fuera a decir algo, sin embargo, decidió no expresar ni una palabra.

—Por cierto, hay una *trattoria* llamada *La sonrisa de Julieta* con un balcón al que la gente sube para escenificar su famosa escena —le explicó sonriendo.

—Y tú vas a escenificarla en tu nueva historia —precisó Gabriella entrecerrando sus ojos y frunciendo los labios.

—Sí, ¿por qué no? Dime, ¿no te gustaría que ello sucediera?

Gabriella sacudió la cabeza.

—No.

—Pero eres una incondicional de la novela romántica…

—Sí, no te lo discuto. Me gusta leer ese género.

—Y eres dueña de una de las editoriales de más prestigio del país y especializada en ese género.

—Sí, también es verdad. Me estás poniendo de los nervios porque no sé a dónde quieres ir a parar.

—A que no puedo creerme que no te resulte llamativo el tema de Julieta, el balcón, la escena de su tragedia.

—Que me guste la ficción romántica no significa que crea en lo que esta relata.

—¿Cómo coño puedes decir eso?, —preguntó Melina cabreada con su amiga.

—Puedo y lo hago. Es ficción. No existe ese amor. Tú misma estabas destrozada el año pasado porque tu ex se largó a Milán sin decirte ni pío. ¿Te acuerdas de…?

—Me acuerdo.

—Y precisamente fuiste tú la que puso el grito en el cielo y salió de la cama de Marco, como un gato lo hace del agua, cuando él te confesó que se estaba enamorando de ti.

—Cierto, también. ¿Y no fuiste tú la que me dio la chapa con el tema de Marco durante nuestro viaje a Florencia? ¿No eras tú la que me decía que debía darle una oportunidad al amor? —El rostro de Gaby iba cambiando de color a medida que Melina disparaba las preguntas. Y el calor iba *in crescendo* dentro de su cuerpo hasta hacerse visible en su rostro—. Pues aplícatelo con Giorgio de una puta vez, ¿quieres? O te quedarás para vestir santos.

Gabriella se quedó pasmada ante aquellas acusaciones que en parte eran ciertas. Ella había sido la que había atosigado a Melina con respecto a su relación con Marco. La que había insistido en que le diera una oportunidad y todo eso. Y en ese momento, aquello se volvía en su contra como si de un boomerang se tratara. Era la misma situación que un año atrás, pero con ella como protagonista.

—En serio, Gaby, párate a pensar en lo que de verdad sientes por Giorgio. Y cuando lo hagas, no te pongas excusas y recuerda esta tarde cuando él ha aparecido en el vestíbulo del hotel. Balbuceabas delante de él. Por no decirte que tu mirada te delataba. Piensa en el motivo por el que saliste huyendo de su casa cuando os besasteis. ¿No quieres sentirte así todos los días cuando te bese o cuando te mire?

Por primera vez, Gabriella relajó los hombros, resopló y contempló a su amiga con una media sonrisa cargada de melancolía. Tal vez, después de todo, ella también había estado enamorada de Giorgio desde la facultad, pero no había querido reconocerlo. Se había ocultado detrás de sus estudios y, luego, de su editorial, ¿qué sería lo siguiente?

La cena entre Giorgio y Sandra avanzaba de forma cordial, sin que ninguno de ellos hubiera tocado el tema tabú, por así decirlo. Su pasada relación no había llegado a buen fin. Y todo porque Giorgio ya hacía tiempo que había elegido a su pareja ideal, pero esta seguía sin

querer verlo.

—¿Tienes pensado quedarte mucho tiempo en Verona? —Sandra levantó la mirada de la porción de tiramisú que había en su plato y se centró en la expresión del rostro de Giorgio.

—Por el momento, lo que dure el festival. Luego, ya veré. —Le respondió sin darle demasiada importancia a ese hecho.

—Sigues igual que siempre, me refiero a que no te atas a un lugar en concreto.

—Tengo mi casa en Bolonia, pero no me importa marcharme a otra ciudad. Ya sabes que he estado en España durante algunos años.

—¿Por qué has vuelto?

—Porque allí no tenía más que hacer, nada más que demostrar, y pensé que era un buen momento para regresar a casa. Giulio me ofreció un puesto en *Tempesta* y no lo rechacé.

—Sí, pero ahora ya no trabajas para su editorial —matizó Sandra entrecerrando sus ojos como si lo estuviera estudiando. ¿Qué podía hacer para que él se quedara con ella allí, en Verona?

—Bueno, en eso tienes razón.

—¿O tienes algo que no me quieres contar?

Giorgio sonrió.

—Por ahora no hay nada. Aunque estoy barajando algunas posibilidades, como *Essenza de Donna*.

—Apuntas muy alto, ¿no? Lo digo porque tiene a Melina y, ahora, a Estefanía Lambertti, y en ambos casos ha sido la propia Gabriella la que consiguió atarlas. —Sandra arqueó sus cejas en clara alusión a que no iban a necesitarlo. Pero le sorprendió la sonrisa cínica que en ese momento esgrimía Giorgio—. ¿A qué viene esa sonrisa? ¿No me crees?

—Soy consciente del prestigio de Gabriella al frente de su editorial y que ha conseguido situarla entre las punteras del panorama literario. Pero creo que tengo posibilidades. Y aunque tenga a Melina y ahora haya firmado con Estefanía Lambertti, siempre puedo encontrarle más escritoras que pueden alcanzar un nivel óptimo. No me subestimes. —Le aseguró guiñándole un ojo en complicidad.

—Si tú lo dices… Conozco a Gabriella y sé la clase de mujer que es.

«Yo también», asintió Giorgio en su mente.

—Tampoco es algo que me urja. Puede que le ofrezca mis servicios durante estos días, o tal vez lo deje estar. Por cierto, es algo tarde. —Le anunció echando un vistazo al reloj—. Mañana hay que madrugar y será un día ajetreado. Debería regresar al hotel.

Sandra tuvo la impresión de que acababan de echarle un cubo de agua helada por encima. Tenía esperanzas de que Giorgio y ella

pasaran la noche y disfrutaran de los encantos nocturnos de Verona. Pero a juzgar por el gesto de él, eso no iba a suceder. Lo vio pagar la cuenta y acompañarla hasta la salida.

—¿Pretendes marcharte tan temprano al hotel? —El tono sugerente de Sandra y su mirada entornada hacia él hicieron que Giorgio cogiera aire y que la mirara con detenimiento. «¿Todavía sigue colgada por mí? ¿Por qué?», se preguntaba Giorgio sin lograr entenderlo.

—Sí, es lo que pretendo. Hemos cenado, he disfrutado de tu compañía, pero es hora de retirarme. —Le aseguró observando el semblante de ella y como parecía ir cambiando a medida que él se explicaba. No, no iba a invitarla a tomar algo ni nada por el estilo. ¡Joder, sería muy sencillo llevarla a la cama esa misma noche y, luego, ¿qué?! No estaba enamorado de ella. No le haría esa putada porque la respetaba y la quería como amiga. Nada más.

—En ese caso… —Sandra sintió como la decepción se adueñaba de su voluntad y que era incapaz de expresarse. Tan solo un susurro salió de su boca.

—Te veré mañana en el festival —le dijo Giorgio contemplándola apretar los labios en un gesto de disgusto, enfado o desilusión. Pero se dijo a sí mismo que era lo mejor para ambos. Él solo tenía una mujer en mente y no iba a cambiarla después de haberla vuelto a ver. Lo que tenía claro era que intentaría llegar a su corazón en esos días en Verona, antes de decirle adiós para siempre.

Gabriella llevaba despierta un buen rato cuando la luz del amanecer comenzó a filtrarse a través de las cortinas de la habitación. Si era sincera con ella misma, apenas si había podido pegar ojo la pasada noche. Todo lo que estaba sucediendo la estaba trastocando, ¡y de qué manera! La verdad era que a ella no le estaba haciendo ninguna gracia; y menos el que los demás la estuvieran aburriendo todo el santo día con que entre Giorgio y ella existía una química sexual. «¡Pues claro que la hay!», se dijo incorporándose en la cama como un resorte al que hubiera presionado un botón. Se quedó sentada con la respiración agitada y los ojos abiertos como platos del susto que le había producido semejante conclusión. Se pasó las manos por el pelo como si ese gesto significara algo o la hiciera pensar diferente.

—Joder —murmuró para después mordisquearse el labio con gesto de preocupación o de asombro. No podía negar que, cuando se habían besado en casa de Giorgio, ella no lo rechazó, y no solo eso, sino, que en cierto modo, lo deseó. Había anhelado ese beso para saber si era cierto lo que todos le decían. Solo por eso. ¿O lo había hecho porque en realidad ella también lo había deseado? Pero lo que no esperaba

era escucharle decir que se había pasado los cinco años de carrera deseando hacerlo. ¿Cómo había sido posible? Se quedó con la mirada fija en el vacío sin darse cuenta de que Melina la estaba contemplando desde su propia cama.

—¿Qué pasa por tu cabecita a estas horas de la mañana?

—Oh, nada, no… no pensaba en nada… —respondió con un respingo por lo inesperado de la pregunta de Melina. Sacudió la cabeza y se quedó mirándola—. Deberíamos bajar a desayunar. No quiero llegar tarde a la inauguración del festival. Y antes quiero charlar con Estefanía.

—¿Y con Giorgio? —La pregunta de Melina hizo que Gaby se detuviera en mitad de la habitación, camino del cuarto de baño. Se volvió hacia su amiga, con el ceño fruncido y una mirada de incomprensión.

—No tengo nada que hablar con él. —Le respondió en un tono seco, frío y cortante como el acero. Luego se volvió hacia el baño, donde se encerró para darse una ducha. No tenía ella bastante con mortificarse con Giorgio como para que Melina fuera a tocarle las narices. No, no y no. No iba a permitírselo.

Giorgio caminaba hacia el comedor para desayunar cuando alguien lo tocó en el brazo. Se volvió para encontrarse con Estefanía Lambertti y su risueña sonrisa.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien, estaba seguro de que te vería por aquí. Voy a desayunar, si te apetece acompañarme, podemos hablar de cómo te van las cosas —le dijo haciendo un gesto con la mano hacia el comedor para que ella lo siguiera o no.

—Sí, yo también bajaba a ello. No quiero llegar tarde a la presentación del festival.

Entraron en el comedor y, tras sentarse a una mesa con sus respectivos desayunos, Estefanía se quedó mirando a Giorgio con excesiva curiosidad. En su mente revoloteaba una pregunta a la que llevaba tiempo dándole vueltas desde que había hablado con Gabriella.

—Te hice caso y acepté la oferta de *Essenza de Donna* —le comentó a modo de introducción para lo que quería preguntarle.

—Me alegro de que lo hicieras. Ya te dije que era la mejor opción y que no te arrepentirás.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por la amistad que te une con Gabriella? —Estefanía desvió su mirada hacia la tostada sobre la que untaba mantequilla. Quería parece casual, no forzada ni demasiado interesada en la relación que ambos tuvieran o hubieran tenido en el pasado.

—Conozco a Gabriella desde la facultad —comenzó explicándole a la vez que Estefanía fijaba su atención en él y la mano reposaba sobre el asa de la taza sin saber sin debería cogerla o no—. Sé la clase de persona que es. A nivel profesional no he conocido a otra como ella, o podría decir que hay pocas como ella.

—¿Tu jefe en *Tempesta* no lo es? —Estefanía permanecía asombrada, sin capacidad de reacción porque sin duda que aquello no lo esperaba.

—Prefiero no hablar de mi exjefe. Ya no trabajo para él.

—Entonces… Lo de sugerirme que… —Estefanía se sentía cada vez más sorprendida.

—Te recomendé a Gabriella porque es tu mejor opción. —«Y porque se lo debía, de algún modo».

Estefanía cogió aire y abrió los ojos como platos. Todo aquello comenzaba a superarla. ¿Cuándo había conocido a alguien que le hiciera el trabajo a la competencia?

—Gabriella lo sabe. Que tú me recomendaste que aceptara su propuesta editorial.

Giorgio apretó los labios y se limitó a asentir. Él también lo sabía. Pero no iba a contárselo a Estefanía. No quería darle más detalles de los necesarios. En ese momento contempló a Gaby entrar en el comedor, acompañada de Melina. Por un instante, sus miradas se cruzaron. Giorgio se limitó a asentir a modo de saludo, pero Estefanía fue más allá al llamar la atención de Gabriella con la mano.

—Podéis sentaros aquí.

Giorgio aguantó la sonrisa de manera estoica, Melina no podía creer lo que estaba sucediendo y miraba a Gaby esperando su reacción. Y esta, por su parte, se encontraba en la disyuntiva de largarse a otra mesa, cosa que parecería de mal educación, o bien aceptar la invitación de Estefanía y compartir la mesa con ella y con Giorgio. Lo cierto era que no quería empezar con mal pie con su reciente fichaje, de manera que cogió aire y, con la mejor de sus sonrisas, caminó con decisión hacia la mesa bajo la atenta mirada de Giorgio.

Cuando este la vio acercarse tuvo la sensación de que el desayuno que acababa de tomar le había bajado a los pies porque sentía un repentino vacío en el estómago.

—A Giorgio ya lo conoces —dijo Estefanía cuando Gabriella se acercó a la mesa.

—Sí, le estaba contando a Estefanía que fuimos compañeros en la facultad —anunció él manteniendo su atención fija en Gaby, quien se limitó a asentir.

—Así es. Si me disculpáis, voy por un café y algo para desayunar. Se hace tarde.

Ni Giorgio ni Estefanía dijeron nada más. Pero Gabriella sí lo hizo en cuanto se alejó de la mesa en compañía de Melina.

—¿Por qué?

—Perdona, ¿a qué te refieres? ¿A encontrarte con Giorgio?

—Es una casualidad que baje a desayunar y me lo encuentre charlando con Estefanía.

—Bueno, es algo normal, ¿no? Se conocen de la feria del libro de Bolonia. Y parece que entre ambos hay buena sintonía.

—Ya.

—Deberías calmarte. Estamos en un festival de novela. Disfruta de estos días… Si eres capaz —le apuntó ahogando su sonrisa irónica mientras Gabriella la fulminaba con la mirada.

—No quiero que hagas más comentarios ni alusiones a Giorgio, o te rechazaré tu próxima novela.

Melina sonrió primero, luego estalló en carcajadas, lo que enervó a Gabriella.

—Vale, lo que tú digas.

Volvieron a la mesa, pero, para alivio de Gabriella, Giorgio no le prestó demasiada atención, ya que estaba enfrascado en la conversación con Estefanía. Eso le dio opción a estudiarlo y fijarse en que esa mañana no se había afeitado, pero ese aspecto no le restaba ni un solo ápice de su atractivo. Gabriella se mordisqueó el labio observándolo charlar con Estefanía, hasta que volvió la atención a ella. Fue entonces cuando la mano de Gabriella casi dejó caer la tostada que sostenía. Consiguió rehacerse y controlar la situación. Melina, que no perdía detalle, se mordió los carrillos ahogando su risa por ese hecho. «Y luego dice que no siente nada por Giorgio y no sé qué más gilipolleces», pensó.

—Melina, he visto que no vas a intervenir en ningún panel. ¿Por qué? —La pregunta la hizo Estefanía, interesada en saber de la escritora que admiraba. Le había resultado raro que su nombre no figurara entre las ponentes del festival dada su categoría.

Giorgio procuraba no ser descarado mirando a Gabriella, pero debía reconocer que le resultaba complicado al tenerla sentada justo en frente. Ella, por su parte, le lanzaba alguna que otra mirada, pero que se debían al hecho de que su atención fuera de Melina a Estefanía que porque en verdad estuviera interesada en él.

—Sí, es verdad. No voy a intervenir.

—No será porque no se lo dije —apuntó Gabriella mirando a su amiga y escritora superventas—. Pero se cerró en banda.

—No tengo nada nuevo que contar a mis lectoras —dijo Melina sin mucho interés.

—Pero acabas de sacar novela…

—Y está inmersa en la creación de otra —intervino Gaby con una sonrisa irónica, haciendo ver a Estefanía que su admirada Melina era algo desinteresada en cuanto a sus lectoras.

—¿Y de qué trata? —El entusiasmo que mostraba Estefanía contrastaba un poco con la dejadez de Melina. Y todo ello sucedía bajo la atenta mirada de Giorgio, quien escuchaba con atención.

Melina lanzó una mirada traidora a su amiga.

—Histórica. Esta vez, me he decantado por un romance ambientado en esta ciudad, te lo digo antes de que me lo preguntes.

—Pensaba que me habías dicho que era *New Adult* —le corrigió Gabriela recordando su conversación de la tarde anterior en la casa de Julieta.

—¿Te dije eso? No, bueno, en realidad estoy con una histórica —rectificó mirando a Gabriela—. Las historias de universitarios se las dejamos a Estefanía.

—Vaya, a mí la trama histórica me atrae, pero no veo capaz de escribir nada por ahora.

—Lo tuyo es la *New Adult* —apuntó Melina—. Que, por cierto, se te da genial.

—¿Has leído mi novela? —Había un toque de incertidumbre y nerviosismo en la pregunta de Estefanía al enterarse de que una de las escritoras a las que admiraba hubiera leído su historia.

—Claro. Sentía curiosidad por saber cómo escribías, y debo decirte que me has sorprendido de manera grata. No solo me gusta conocer en persona a mis compañeras escritoras, también su manera de escribir.

El gesto de incredulidad se acentuó en el rostro de Estefanía, quien contemplaba a Melina no solo con admiración sino también con un toque de orgullo porque esta le hubiera dicho aquello. Mantuvo los ojos abiertos como platos, al igual que la boca, ajena a las sonrisas de los demás.

—Creo que deberíamos ir yendo hacia el salón donde tendrá lugar el festival —anunció Gabriella, rompiendo el momento mágico en el que Estefanía se encontraba.

Giorgio la contempló levantarse de la mesa y, por un breve instante, sus miradas volvieron a cruzarse. Gabriella arqueó sus cejas a modo de despedida antes de volverse hacia la puerta del comedor.

—¿Tú no vienes? —La pregunta de Estefanía dejó pensativo a Giorgio. Este, por su parte, seguía observando a Gabriella.

—No tengo prisa. Ir yendo. Seguro que más tarde entraré.

Giorgio prefería permanecer un rato a solas. No pretendía atosigar a Gabriella, bajo ningún concepto. Se limitaría a escuchar las diversas opiniones de los asistentes y a intercambiar opiniones con la gente que conocía. Cuando se quedó solo en la mesa, sonrió al recordar las miradas de Gaby, como la llamaba cariñosamente, ciertos gestos que denotaban nerviosismo ante su presencia. ¡Maldita fuera, ¿por qué era tan terca?! Entre ellos había química. Se habían besado y, de no ser porque ella había salido huyendo en el último momento, Giorgio estaba seguro de que habrían terminado acostándose. La había sentido entregarse en aquel beso; rendirse ante la maldita evidencia, pero ¿qué faltaba para que aceptara la realidad existente entre ellos? Giorgio suspiró resignado, con la mirada fija en su taza de café vacía, como si estuviera leyendo los posos. De repente, se irguió, se levantó de la mesa y salió del comedor para asistir a la inauguración del festival sin esperar que sucediera nada fuera de lo normal.

Capítulo 10

*E*l salón estaba bastante concurrido cuando Gabriella, Melina y Estefanía entraron. Gabriella había conseguido sacudirse los nervios que la presencia de Giorgio le había provocado. Cogió aire y esbozó la mejor de sus sonrisas para saludar a Sandra.

—Vaya entrada, Gaby, escoltada por tus dos grandes estrellas —le dijo lanzando una mirada a Melina y Estefanía.

—¿Cómo estás? Aquí están mi escritora estrella y la que dentro de poco lo será —dijo haciendo alusión a Estefanía, quien en ese instante sentía su ego por las nubes y sin haber hecho nada todavía con la editorial.

—Celebro veros a las tres. Enhorabuena por ese contrato firmado con *Essenza de Donna*, Estefanía —comentó Sandra refiriéndose a esta.

—Gracias.

—Y a ti, Melina, ¿por qué tanto tiempo alejada de la escritura?

—Ya ves… Una, que no se siente inspirada. Eso es todo. Pero prometo dar guerra pronto —aseguró lanzando una mirada a Gabriella antes de que esta dijera algo más, como había sucedido durante el desayuno.

—Celebro escuchar eso. Bueno, pasad a recoged vuestras acreditaciones. No os entretengo más.

—¿A qué ha venido ese tono para explicarle a Sandra que estabas trabajando en otra historia?

—¿Tono? No sé a qué te refieres, la verdad. Y si lo he dicho ha sido porque estaba segura de que Sandra querría saberlo. Nada más. ¿Recogemos nuestras acreditaciones y buscamos sitio?

En el momento en el que Melina se acercó a la mesa para recoger la suya, Estefanía pudo comprobar hasta qué punto llegaba el reconocimiento de esta. No había dado dos pasos cuando varias de las asistentes al evento se acercaron a ella para pedirle autógrafos, hacerse fotos y comentarle demás entresijos de sus novelas.

—Vete preparando porque… —Gabriella se dirigió a Estefanía, pero no pudo concluir su explicación porque la joven también estaba

rodeada de varias chicas. Sacudió la cabeza y caminó para recoger su acreditación y dejar a las dos escritoras en compañía de sus lectoras.

Después de saludar a varias conocidas del ámbito literario, se volvió de manera inusitada hacia la puerta y pareció buscar a alguien con su mirada. ¿A quién?

—Tengo que darte la enhorabuena. —Una voz masculina captó su atención y la hizo volverse.

Gabriella no se había preparado para ese momento, más preocupada por Giorgio. Giulio, editor de *Tempesta* le tendía la mano al tiempo que le sonreía.

—Gracias.

—Debo decirte que, en parte, me ha sorprendido.

—Sí, a mí también. —«Si supieras cuánto».

—¿De verdad?

—Consideraba que Estefanía se decantaría por una editorial como la tuya, con más años de experiencia —lo alabó Gabriella, que sabía que así era. No estaba segura de haber conseguido que Estefanía aceptara su oferta de no ser por la jugada de Giorgio. En ese caso, debería darle las gracias, aunque no lo había hecho ante él. Todo lo contrario. Le había echado en cara su comportamiento. Como si la considerara incapaz de lograrlo.

—Gracias por tus palabras, pero ya da igual. De todas maneras, no sé que coño me está pasando —le comentó con cierto tono de lamento.

—¿Por qué? ¿Algún contratiempo más? Oye, que seamos rivales en el sentido del trabajo y que cada uno defienda lo suyo no quita para que dejemos la amistad a un lado —le confesó entornando la mirada hacia el rostro de Giulio, que reflejaba cierto pesar.

—Lo sé, lo sé. Pero no creo que puedas hacer nada para revertir esta situación. Fíjate que, después de enterarme de que Estefanía había aceptado tu oferta de publicación, Giorgio presentó su renuncia a seguir trabajando para mí. Espero verlo por aquí y tratar de convencerlo de que no se marche a España y pueda seguir…

—Un momento. ¿Has dicho que se marcha a España? —Ella le hizo la pregunta conociendo la respuesta, ya que Giorgio le había comentado algo de eso estando en su piso. Pero no pensó que lo dijera en serio, sino, más bien, como un arrebato de ira porque ella no estuviera dispuesta a intentarlo con él después de haberse besado. No creía que lo dijera en serio.

—Eso me comentó. Y ya sabes cómo es. Tú compartiste cinco años en la facultad con él…

—Sí, pero…

—Bueno, dejemos a Giorgio a un lado y centrémonos en el festival. Es la hora.

Gabriella se limitó a sonreír de manera tímida y asintió sin poder dejar de pensar en que Giorgio hablaba en serio con lo de marcharse. ¿Por qué iba a decir una cosa y hacer lo contrario? ¿Y a ella qué más le daba? Le había dejado claro que no pretendía tener nada con él. Que la editorial lo era todo para ella. Pero al verlo aparecer en el umbral de la puerta del salón saludando a unas y a otras; intercambiando palabras; sonriendo y dando besos a diestro y siniestro, mostrándose tan encantador como ella siempre lo había recordado, tuvo la impresión de que se estaba perdiendo algo.

—Vaya, vaya, por fin estás aquí —le dijo Sandra al verlo aparecer—. Pensaba que te lo habías pensado mejor y que no vendrías.

—Eso nunca, ya te lo dije.

—Bueno, espero que disfrutes del festival. Recoge tu acreditación —le pidió señalando la mesa por la que tenía que pasar.

Giorgio se despidió de Sandra y caminó en busca de su acreditación, consciente de que Gabriela estaba allí cerca, observándolo por encima del hombro de la persona con la que estaba charlando. Sonrió de manera tímida antes de dirigirse a las dos mujeres encargadas de entregar las acreditaciones.

Gabriella no entendía por qué no podía dejar de mirarlo. Giorgio centró su atención en la acreditación antes de levantar la mirada de esta y fijarse en ella. Se había quedado sola delante de él, como si buscara a alguien. No podía evitar desearla ni tampoco quería dejar de hacerlo. ¿Podría llegar el día en el que se alejaría de ella de una manera definitiva?

—¿Sabes que tu querido Giulio anda por aquí?

—Soy consciente de ello.

—Se ha acercado para felicitarme por mi reciente logro. —Gabriella empleó un tono cargado de ironía para referirse a la jugada que Giorgio había llevado a cabo.

—Entiendo. No tiene por qué saber lo sucedido. Hice lo que me pareció más justo, ya te lo dije. —La miró de manera fija e intensa a los ojos para no perder detalle de su reacción.

Gabriella hizo esfuerzos para deslizar el nudo en su garganta.

—No voy a decírselo, como puedes suponer. También me ha comentado que has dejado de trabajar para *Tempesta*.

—Eso también lo sabías. Y que puedes contar con mis servicios, bueno, la editorial, si así lo deseas. No soy caro. —Giorgio esbozó una sonrisa que derritió un poco más la capa de hielo bajo la que Gabriella escondía su corazón.

—No creo que…

—Sí, sí. Ya sé lo que vas a decirme. Pero tenía que insistir en ello.

—¿Por qué tanto interés en mí? Durante cinco años no diste ninguna prueba de ello.

—Durante cinco años permanecí a tu lado enamorándome poco a poco, Gaby. Pero tú… ¿Qué se suponía que debía decirte o hacer cuando percibía que no tenías interés en mí? ¿Quieres que te cuente cómo me sentía cuando me contabas las putadas que te hacían los tíos con los que salías?

—Podrías haber…

—Podría haber hecho muchas cosas, sí. Entre ellas, contarte lo que sentía por ti. Bueno, pues ya lo he hecho, Gaby. Después de siete años, te lo he dicho.

—Este no es el lugar para hablar de nosotros. Ni tampoco es el momento, Giorgio. —Por primera vez, Gabriella se había referido a Giorgio y a ella con un «nosotros», lo cual no dejaba de ser llamativo.

—Estoy de acuerdo. En otro momento y en otro lugar. ¿Tal vez después de que termine la jornada de hoy? —Giorgio arqueó sus cejas en señal de expectación y de, por qué no, esperanza. La contempló mordisquearse el labio, como si dudara. Y no se lo discutía, pero todo era más claro en ese instante para él. ¿Lo sería para ella?

—Sí, después de terminar aquí podemos quedar.

—Te tomo la palabra. Además, te debo una invitación.

Gabriella sonrió ante su insistencia. Asintió y, tras apretar con cariño su mano y mirarlo con ternura, se alejó de él con el calor en su pecho.

Giorgio la vio irse para ocupar asiento junto a Melina y Estefanía. ¿Qué sentía Gaby por él? Porque si se aferraba al beso que habían compartido en su apartamento…

—Vaya, mira a quién tenemos aquí.

—Giulio.

—¿A ver, explícame eso de que lo dejas? —Le susurró para no molestar al resto de asistentes.

—No hay nada que explicar. Todo está muy claro.

—¿Y qué cojones haces aquí? Si no piensas seguir con la captación de nuevos talentos…

—Cumplir con mis compromisos. Te dejo. —Giorgio se alejó de Giulio y buscó un asiento libre para escuchar a Sandra hacer la introducción al festival. No obstante, su cabeza estaba en otra parte. Oía a su amiga y expareja, pero su mirada estaba fija en Gabriella, sentada algunas filas por delante de él. Cinco años siendo compañeros en la facultad y ella nunca se dio cuenta de lo que él sentía, por favor.

¿Cómo había sido posible? ¿Tan malo era para hacerle ver a una chica que le gustaba? Sin duda que su declaración había sido directa y sin rodeos. Y estaba dispuesto a aclararle a Gabriella todas las dudas que le surgieran.

Su atención en ella aumentó cuando, a medida que avanzaba el festival y caía la tarde, llegó el turno de las editoras. Gabriella se levantó de su asiento entre las asistentes, para caminar hacia la mesa de ponentes junto con algunos colegas de profesión, entre ellos, Giulio. Y cuando se sentó y sus miradas se encontraron, Giorgio percibió el sonrojo en el rostro de ella y una leve sonrisa antes de apartar su atención de él y charlar con la colega de su lado. Giorgio también sonrió. Dios, aquella mujer tenía el corazón más helado que los propios Alpes en invierno, y que le costaría conseguir que se deshelara.

La escuchó hablar de manera retraída en un primer momento, tal vez porque Gabriella era consciente de que él la miraba con atención. Por ese motivo, pareció balbucear en un par de ocasiones, sonrió e hizo alguna broma con sus colegas allí sentados.

—¿Qué avances puedes darnos para el segundo semestre del año, teniendo en cuenta que la nueva promesa de la ficción romántica para jóvenes ha firmado con tu editorial?

Giorgio percibió la sonrisa pícara de Sandra, pero también de Gabriella ante esa pregunta. La vio revolverse en el asiento, cruzar las manos sobre la mesa y levantar por un breve instante su atención hacia él. Una fracción de segundo en la que Giorgio tuvo la impresión de que los ojos de Gabriella lo contemplaban con calidez y agradecimiento.

—Sí, que nos diga cómo lo ha hecho —señaló Giulio entre risas y un toque irónico mirando a Gabriella.

—Lo que puedo avanzaros es que estamos funcionando a pleno rendimiento. Y que pronto tendremos noticias sobre lo nuevo de Melina —anunció buscando con su mirada a esta entre los asistentes, algo que la mujer no agradeció—. Y que también esperamos daros noticias sobre cuándo verá la luz la novela de Estefanía Lambertti.

—¿No crees que es una apuesta arriesgada, lo de Estefanía? —Sandra entrecerró los ojos concentrando toda su atención en Gabriella. Había un toque de suspicacia en su pregunta.

Gabriella cogió aire y sacudió la cabeza. Giorgio la contempló mantenerse firme ante aquella pregunta que representaba todo un reto.

—Apostar por Estefanía Lambertti es un reto, pero igual que el día que apostamos por otras escritoras. Estamos convencidos de que será

un éxito y, además, esperamos que ella quiera publicar muchas más con nosotros. Estamos muy ilusionados con esta nueva aventura.

—Y ahora dinos cómo has conseguido que firmara contigo. —Giulio volvió a insistir en ese asunto, ya que quería saberlo. Sin duda que estaba algo molesto porque Estefanía se hubiera decantado por *Essenza de Donna*. ¿Lo habría hecho porque su editora era una mujer y le daba más confianza? Eso era lo que se había llegado a cuestionar. ¿Cómo era posible que Giorgio no la hubiera logrado convencer cuando era un reputado caza talentos?

Gabriella sonrió de manera descarada hasta que estalló en una cascada de carcajadas.

—Yo no hice nada. Solo me senté con ella a tomar un café y a exponerle mi oferta. Nada más. —«Y así ha sido», se dijo de inmediato al tiempo que lanzaba una rápida mirada hacia el público para encontrar la atenta y llena de complicidad de Giorgio. «Él ha sido el causante de aquella situación», pensó Gabriella.

—Pues déjame decirte que tienes labia porque te llevaste el gato al agua —señaló un Giulio entre la ironía, la diversión y el cabreo por no haber conseguido a Estefanía.

—Tal vez haya sido eso.

—¿Cómo ves el panorama actual de la novela romántica?

Gabriella frunció los labios y adoptó un gesto pensativo antes de responder.

—Sin duda que favorable a nuestros intereses. Las lectoras demandan ese género en gran medida. Solo tienes que dar una vuelta por las librerías o los grandes centros comerciales para fijarte que el género cuenta con varios estantes llenos de libros. Por no hacer referencia a los *e-books*. Otro dato a tener en cuenta es la gran afluencia de gente que ha acudido a la pasada feria del libro de Bolonia en busca de autoras dentro de este género —recordó Gabriella haciendo memoria de las colas que había creado la presencia de Melina en su *stand*.

Giorgio asintió sin dejar de centrarse en ella. Una mujer de éxito que sabía lo que quería y lo que no.

—Ahora apostáis por el género para lectores más jóvenes al lanzar a Estefanía, os abrís a la *New Adult*, ¿hay algún género más al que no le cerráis las puertas?

—No se lo cerramos a ninguno en particular. Lo único que buscamos es una historia que se ajuste a nuestros parámetros de lectura. Después será el público el que la juzgue con sus ventas y sus opiniones. No tiene que gustarle a todos los lectores, claro está.

—Tenéis a Melina escribiendo histórica y contemporánea; Bettina,

el suspense romántico, y algunas autoras más nadando entre varios géneros…

—Por eso digo que no nos cerramos a ninguno siempre y cuando la historia tenga coherencia.

Sandra se volvió hacia los asistentes en ese momento.

—Chicas, acabáis de escuchar a Gabriella, si alguna tiene un manuscrito oculto en un cajón desde hace años, ahora es el momento para sacarlo, echarle un vistazo y enviarlo. ¿Quién sabe? Podéis ser la siguiente después de Melina y Estefanía.

Giorgio sonrió. Se levantó de su asiento cuando escuchó a Sandra despedirse de Gabriella, agradeciéndole su presencia allí. Se tomaría su tiempo para un café.

Gabriella se fijó en él caminando hacia la puerta del salón y desaparecer tras esta. Por un instante, sintió deseos de levantarse de la mesa e ir tras él. La idea de que se marchara a España no parecía hacerle mucha gracia. Pero, si le había dejado claro que no quería una relación porque la editorial lo era todo para ella, ¿por qué no podía sacárselo de la cabeza? Él le había asegurado que no había nada en Bolonia que lo retuviera. Gabriella desechó sus pensamientos en torno a él y se centró en los comentarios de sus colegas de panel. Giulio exponía en ese momento las próximas publicaciones de la editorial.

—Y eso que acabo de quedarme sin mi más valioso efectivo, cuidado —matizó en un momento de la exposición refiriéndose a Giorgio, artífice de muchos de los éxitos de la editorial.

Gabriella se había informado al respecto de Giorgio y de su relación con *Tempesta* en una primera etapa antes de marcharse a España. Y, luego, con su vuelta a Italia. Ella no podía pasar por alto los aciertos a la hora de seleccionar a aquellos escritores en potencia, que a la postre habían resultado ser un éxito para la editorial de Giulio. Y, de repente, ella y él se habían vuelto a encontrar después de años y él le entregaba a Estefanía Lambertti, a sabiendas de que Giulio también andaba tras ella para que firmara con *Tempesta*. ¿Qué habría sucedido si él no hubiera intervenido de aquella manera tan directa? ¿Habría conseguido a Estefanía para la editorial? «Eso ya no podré saberlo», se dijo centrando su atención en las conversaciones que había en la mesa. Le había echado una mano porque estaba enamorado de ella desde la facultad, y eso era algo que Gabriella no podía sacarse así como así.

Horas más tarde, cuando la jornada de ese día hubo concluido, Gabriella se reunió con Melina para intercambiar sus opiniones al respecto de lo que había sido esa primera jornada.

—¿Por qué narices les has dicho que esperas sacar mi nueva novela

este año? Si no llevo ni la mitad…

—Pues ya puedes irte aplicando a esta de la misma manera que haces con Marco. —Le rebatió formando un arco con sus cejas.

—La que deberías aplicarte con Giorgio eres tú si no quieres dejar escapar ese tren —le advirtió muy en serio.

Gabriella resopló.

—Lo de Giorgio…

—Es algo que deberías aclarar con él. La verdad es que no creo que haya mucho, pero… Tal vez un paseo por Verona y una visita a la casa de Julieta te abran los ojos de una vez.

—No seas ridícula, Melina. ¿La casa de Julieta? ¿Acaso crees esa tradición? Es algo reservado a los turistas que vienen a la ciudad. Y yo he venido a trabajar, por si lo habías olvidado —le recordó con ironía.

Melina se detuvo frente a su amiga, a la que contempló con rabia.

—Siempre es el trabajo. La misma excusa eternamente. Gaby, la editorial va viento en popa. Tienes beneficios. Las novelas que editas tienen éxito, no creo que vaya a cambiar la dinámica porque lo intentes con Giorgio. Es más, creo que podría beneficiarte.

—No me digas.

—Giorgio es muy bueno en su trabajo. *Tempesta* ha cosechado éxitos gracias a él. Tiene un instinto para elegir aquellas historias que triunfarán.

—No te lo discuto.

—Y ahora está sin trabajo después de despedirse de *Tempesta* y ofrecerte a Estefanía. Yo que tú…

—¿Qué? Vamos, dilo. Estás deseándolo. Quieres que le ofrezca un puesto a Giorgio en la editorial —resumió Gabriella cabreada por el comportamiento de Melina, pero más, si cabía, con ella misma porque esa idea ya se le había ocurrido. Y no le había hecho ni pizca de gracia pensar en tenerlo tan cerca.

—Allá tú. Voy a saludar a unas compañeras. Nos vemos.

Gabriella se quedó con la palabra en la boca cuando Melina la dejó plantada en el vestíbulo del hotel. Gabriella sacudió la cabeza, ¿qué demonios le sucedía? ¿Es que todos se habían puesto de acuerdo para tocarle las narices con el asunto de Giorgio o qué? «Ni en la hora que hemos vuelto a vernos», se dijo furiosa, abandonando el *hall* del hotel no fuera a ser que se lo encontrara de nuevo. Necesitaba aire, salir de allí, recomponerse y asentar la infinidad de ideas de trabajo y personales que había invadido su mente a lo largo de ese día.

Caminó como alma que persiguiera el diablo, por la Piazza Bra, con el anfiteatro como vigilante y mudo espectador de su huida. El sol de la tarde comenzaba a ocultarse detrás del monumento, tiñendo el

cielo de tonos anaranjados, rojos y azules. Era el momento en el que el atardecer y la noche comenzaban a fusionarse para dar lugar a una imagen pictórica rica en matices. Gabriella suspiró, detenida en mitad de la plaza. Varios viandantes tuvieron que esquivarla, otros se quedaron mirándola con curiosidad hasta que ella misma reemprendió su lento caminar. No tenía una idea muy clara de hacia dónde se dirigía; solo sabía que necesitaba huir, escapar del hotel y de las continuas alusiones a Giorgio.

Melina se encontró con Giorgio y le confesó que estaba algo confusa con lo de ellos, lo que lo sorprendió.

—Está hecha un lío desde que la besaste.

—¿Qué? ¿Te contó…? —Giorgio estaba tan extrañado que no fue capaz de terminar su pregunta, y más cuando contempló a Melina asentir con una sonrisa bailando en sus labios.

—No estoy segura de lo que piensa al respecto de todo esto que está pasando. Ni tampoco sé si siente algo por ti, pero que dejara que la besaras ya es algo, ¿no crees?

—Llevaba demasiado tiempo aguardando ese momento —le confesó Giorgio con una risa nerviosa.

—Ya, no entiendo cómo has podido aguantar, la verdad.

—Porque, en el fondo, ella no tenía ningún interés en mí. O, al menos, nunca lo demostró.

—Deja que te diga que creo que ambos preferisteis salvaguardar vuestra amistad antes que arriesgaros a dar un paso más. Tú eras su compañero, su amigo y su paño de lágrimas. La verdad, no sé cómo podías soportar que Gaby te fuera con el cuento de sus estrepitosos fracasos sentimentales. —Melina arqueó las cejas y puso los ojos como platos con solo pensar en esas situaciones.

—Ese tema ahora me importa muy poco. En este momento…

—Quieres demostrarle a Gaby que lo tuyo va en serio —asintió una Melina sonriente.

—No tengo la menor idea de qué hacer. Se lo he dicho, pero ella no parece dispuesta a intentarlo. Si no lo consigo en estos días durante el festival de novela, me marcharé y la dejaré para siempre.

—¿Lo dices en serio?, —preguntó Melina con una extraña sensación de temor invadiendo su cuerpo.

—No voy a ir tras ella toda mi vida, Melina. —Giorgio se encogió de hombros antes de proseguir. No había vuelta atrás a ese respecto. Lo había meditado a conciencia y creía que era lo mejor—. No puedo permanecer en la misma ciudad que ella y encontrármela sabiendo lo que siento por Gaby.

—No me lo puedo creer. Si llevas enamorado de ella desde primero

de carrera, por favor. ¿Cómo coño puedes tirar la toalla después de siete años? Mira, yo que tú, saldría en su busca en vez de estar hablando conmigo y compadeciéndote. La he visto salir del hotel y caminar hacia la Piazza Bra. Deberías tratar de encontrarla y aclararlo todo de una maldita vez.

—¿Se ha ido? ¿Por qué?

—Te lo acabo de decir. Ve en su busca. De verdad que lo vuestro me serviría de argumento para una de mis novelas. Lo juro. —Melina sonrió poniendo los ojos en blanco.

—Sin duda. Ah, quiero mi parte si se convierte en un *best seller* —le pidió guiñándole un ojo en confianza.

—Para ello tendrá que haber un final feliz. Así que ya puedes aplicarte.

Melina lo vio alejarse con paso rápido en busca de su amiga. De verdad que no la podía entender. ¡Pero si ella sentía lo mismo que él! ¿Por qué Gabriela era tan reacia al amor?

—¿Ese no era Giorgio? —La voz de Estefanía captó la atención de Melina, quien volvió el rostro hacia la joven escritora.

—El mismo que viste y calza.

—¿Va en busca de Gabriella? —Había un toque de curiosidad que Melina no pasó por alto.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué sabes tú de esos dos?

Estefanía sonrió.

—Solo que él está loco por ella. Decirme que firmara con la editorial de Gabriella en vez de para la que él trabajaba…

—Sí, no me cabe la menor duda. Está loco y en su locura puede que vaya a cometer la mayor estupidez de su vida si al final se marcha de Bolonia.

Gabriella dio la vuelta al Arena para evitar las calles más concurridas y, cuando quiso darse cuenta, sus pasos la llevaron ante la misma casa de Julieta. Se detuvo delante de las puertas todavía abiertas pese a que estaba anocheciendo. Leyó el horario de apertura y cierre como si en verdad estuviera interesada en visitarla. La curiosidad la empujó de manera leve, suave pero firme, y en dos pasos se encontró dentro de la misma casa avanzando hacia el patio desde el que la estatua de Julieta la contemplaba. Gaby sintió una extraña sensación cuando se quedó frente a esta, sacudiendo la cabeza sin poder creer que estuviera allí. No es que no quisiera ir, era que la consideraba una mera atracción para los turistas en Verona. Sonrió y se volvió hacia la pared adornada con toda clase de mensajes, flores y demás ofrendas. El silencio que imperaba en el patio la tranquilizó, ya que apenas si se escuchaba a la gente que restaba por salir. Cerró los

ojos e inspiró hondo un par de ocasiones. Sin pretenderlo, sus pensamientos volvieron a Giorgio y a aquella locura en la que la había sumido la presencia de él. ¿Por qué había tendido que aparecer en ese justo momento? ¿Por qué la había besado y le había confesado lo que sentía por ella? «Ha esperado tantos años para dármelo», pensó mordisqueándose el labio para ahogar su sonrisa. Lo cierto era que le hacía gracia y le parecía cómico en él. Nunca pensó que Giorgio estuviera sintiendo aquello por ella. ¿Por qué no lo había visto? ¿Tan cegada estaba con sus estudios? Pero ¿cómo había podido soportar que ella saliera con otros chicos? ¿Por qué no se había apartado de ella? ¿Por qué narices no la había mandado a paseo?

Gabriella inspiró hondo pensando en aquellos días en la facultad, sin poder llegar a creerlo todavía. Pero ¿qué era el amor sino una especie de locura para la que nadie había encontrado un remedio?

Giorgio la encontró en el único sitio en el que no esperaba hacerlo. Pero allí estaba cual aparición. La observó llevarse el pulgar a los labios con gesto dubitativo, fruncir el ceño y mover su cabeza en señal de rechazo. Giorgio se cruzó de brazos, sin acercarse lo más mínimo. Quiso detener el tiempo para quedarse siempre allí, con ella. Y cuando Gabriella se volvió para marcharse y lo vio, Giorgio supo que, por mucho que le dijera que se marcharía de vuelta a España, no podría hacerlo. No si ella lo miraba de aquella manera. Una mezcla de curiosidad, sorpresa y ternura se mezclaron en aquel par de ojos relucientes.

Gabriella no esperaba encontrárselo allí. Y menos que ella lo considerara tan atractivo. Tal vez fuera el influjo del lugar o que ella estaba demasiado sensible y receptiva a esos sentimientos. Pero fuera lo que fuera, Gabriella sintió un vacío en el estómago semejante a la sensación de adentrarse en el mar con el agua fría. No sabía si caminar hacia él o dejar que él lo hiciera hacia ella. Y como si ambos se pusieran de acuerdo, se encontraron de repente a escasos centímetros, mirándose como dos completos desconocidos. Gabriella se humedeció los labios, nerviosa por encontrarse de nuevo frente a Giorgio. ¿Es que nunca iba a poder comportarse como alguien normal? ¿Alguien al que la presencia de otra persona no le elevara el pulso de manera exagerada, o que de pronto sintiera la necesidad de salir huyendo?

—¿Qué haces aquí? ¿Me has seguido? —Le preguntó entrecerrando sus ojos en un gesto de intimidación que no le valió de mucho cuando él sonrió divertido ante aquella pregunta.

—¿Por qué habría de hacerlo? Tengo derecho a visitar la casa de Julieta como cualquier otro visitante de la ciudad. Y no creo que este

fuera el lugar preciso en el que te encontraría. Soy yo el sorprendido al verte aquí.

—Pues no entiendo por qué. —Le rebatió con un tono jocoso y chispeante para buscar provocarlo.

—Porque a estas horas se suponía que estarías con el resto de colegas editores, o con algunas escritoras. Pero, en cambio, te has escapado al lugar más emblemático de la ciudad. —Le susurró acercándose más a ella, hasta que sintió su respiración agitada y su mirada brillar en demasía.

—También tengo derecho a visitar la ciudad y sus lugares más representativos, como tú dices. —Le lanzó mientras Giorgio asentía—. ¿Vas a solicitar el favor de Julieta?

La pregunta descolocó por un instante a Giorgio. Frunció el ceño y contempló con detenimiento a Gabriella, quien parecía estar esperando una respuesta.

—No, no creo que ella pudiera hacer más de lo que he hecho yo, ¿no crees?

Giorgio estaba demasiado cerca, para gusto de Gabriella, pero, por otra parte, ella no había dado un paso atrás. Ni había hecho la intención de apartarse para dejarlo solo. Aquella confesión por parte de él la sacudió de los pies a la cabeza.

—Yo…

—Tranquila, no voy a insistir. Me has dejado claro dos cosas, Gaby. Que sientes algo por mí, pero no es lo suficientemente fuerte como para dar el siguiente paso. Y no te lo estoy echando en cara. Solo que así es como yo lo veo. No hay nada que pueda hacer para que cambies de opinión. Si dejarle una nota a Julieta valiera de algo, no dudes de que lo haría. Y no una, sino un cuaderno entero. Me besaste en mi apartamento, y eso nadie podrá discutirlo. —La explicación la dejó sin palabras dándose perfecta cuenta de que Giorgio tenía razón.

—Cierto, te besé porque… —Gabriella cerró los ojos sacudiendo la cabeza como si pretendiera desechar aquella locura. Sintió la mano de él deslizarse bajo su mentón para alzarle el rostro y que la mirara.

—Porque sientes algo parecido a lo que yo. Y te sientes tan confusa que no sabes si estás haciendo lo correcto. Pero solo lo sabrás si lo intentas a mi lado.

—Siete años son muchos para darme un beso —bromeó ella con una sonrisa irónica, sintiéndose más relajada por momentos.

—Tal vez, pero mereció la pena, Gaby. —Le susurró sobre sus labios antes de rozarlos de manera lenta y suave y apoderarse de ellos sin ningún reparo.

Gabriella se encontró, de repente, prisionera del abrazo de Giorgio. Sin pensarlo siquiera, correspondió de nuevo a su beso. Emitió un gemido de placer cuando sintió la lengua de él adentrarse en su boca en busca de su compañera.

Giorgio la estrechó con seguridad, con fuerza y con ternura. Quería sentirla lo más cerca posible de él. Que sus respiraciones se confundieran. No se sintió satisfecho después de besarla. Ansiaba más de ella. Enmarcó su rostro entre las manos, apartándole algunos mechones con los pulgares, y sonrió al contemplar el brillo de su mirada.

Gabriella creía estar flotando en ese momento. No era real. No podía ser lo que sentía en ese preciso instante. Contemplar su reflejo en los ojos de Giorgio le provocó un escalofrío que no supo controlar. Deslizó la opresión en su garganta, que le impedía hablar a pesar de que en su mente se repetían una y otra vez las mismas palabras.

—¿Por qué lo has hecho? —Su voz fue un leve susurro.

Giorgio se encogió de hombros.

—¿Es necesario que te repita el motivo?

—Disculpen, pero vamos a cerrar. Si fueran tan amables de ir saliendo… —La voz de uno de los encargados pareció romper el influjo bajo el que Gabriella estaba. No era capaz de reaccionar porque no se esperaba que Giorgio se atreviera a besarla después de que ella le dejara claro que no era posible algo entre ellos.

—Claro. Ya nos íbamos —asintió Giorgio iniciando el camino hacia la puerta.

Gabriella permaneció en el sitio en el que él la había besado. Giorgio volvió su atención hacia ella y se quedó contemplándola, con la urgente necesidad de volver a su lado y repetirlo.

Gabriella no estaba segura de si regresar con él sería lo más acertado después de aquel momento. En un gesto extraño y repentino, ella volvió su atención hacia la estatua de Julieta, como si tal vez estuviera buscando su aprobación. Y luego hacia la infinidad de mensajes que cientos de enamorados habían dejado para ella. Caminó hacia Giorgio escuchando el retumbar de su pecho. Alocadas ideas se agolpaban en su cabeza en ese instante y ella parecía dispuesta a llevarlas a cabo. ¿Y si se dejaba llevar y se olvidaba de todo lo demás tan solo por una noche? ¿Qué había de malo en ello?

—¿Vuelves al hotel? —Le preguntó Giorgio sin ninguna intención de separarse de ella en esa noche que comenzaba a cubrir los tejados de Verona, mientras la iluminación de sus calles parecía indicarles que todavía restaban momentos por vivir.

—No, la verdad es que no lo tenía pensado. ¿Qué sugieres?

Giorgio se sintió descolocado porque lo que no esperaba de Gabriella era precisamente eso; que no quisiera alejarse de él. Entornó la mirada hacia ella con la sensación de haberse perdido algo. ¿Tenía algo que ver el lugar en el que habían estado? No es que él fuera muy creyente en cuanto al espíritu romántico de aquella ciudad y de aquel lugar en cuestión, pero debía admitir que algo le había sucedido a Gabriella.

—Bueno, podemos cenar en alguna *trattoria* y tomarnos algo después. ¿Conoces La sonrisa de Julieta?

—No.

Gabriella sacudió la cabeza con una sonrisa. Dejaría que él la llevara a ese lugar tan afamado en Verona y después dejaría que el destino decidiera por ella.

Capítulo 11

Esa noche, la *trattoria* gozaba de un muy buen ambiente. Sin duda que el festival de literatura romántica había traído a muchos seguidores de ese género a Verona. Y eso repercutía en los negocios como el de Adrian y Chiara, quienes no daban abasto para servir mesas.

Por fortuna, para Giorgio y Gabriella quedaba una mesa en la planta inferior.

—Todos parecen querer sentarse en lo alto del balcón —comentó Gabriella echando un vistazo hacia este.

—El espíritu romántico de Verona, ya sabes.

—Prefiero aquí abajo. No me va mucho eso del balcón de Julieta.

—No lo entiendo.

—¿Qué? —Le preguntó antes de limpiarse con la servilleta. Gabriella había preferido centrarse en su ensalada a la mirada de Giorgio.

—Que no todo lo relacionado con Romeo y Julieta despierte tu interés. Debes de ser una de las pocas mujeres que piensan de esa forma.

—Eso no tiene nada que ver. ¿Y tú? ¿No irás a decirme que eres un ferviente seguidor de los personajes de Shakespeare? —Gabriella entornó la mirada con curiosidad—. Aunque, viéndote esta tarde en la casa de Julieta…

—No lo soy, pero admito que la ciudad tiene su encanto y que ha sabido explotarlo. Nada más.

—Entonces estamos en empate.

—¿Por qué diriges una editorial especializada en literatura para mujeres?

Gabriella se detuvo. Dejó el tenedor sobre el plato y sacudió la cabeza como si no entendiera a qué venía aquella pregunta.

—Para tu información, te aclaro que no solo es para mujeres, como tú dices. —Gabriella empleó un tono irónico con una pizca de enfado por aquella presunción.

—De acuerdo, admito que no es un género solo para las mujeres. Hay hombres que también la leen, pero no lo admiten.

—Eso se ajusta más. *Essenza de Donna* publica literatura romántica, pero no excluye a nadie. ¿Y qué pasa con que me dedique a ello? ¿Insinúas que por este motivo tengo que creer en el amor a pies juntillas? —Gabriella formó un arco de expectación con sus cejas ante la perplejidad de Giorgio—. ¿Qué me dices de ti?

—¿Qué sucede conmigo?

—Te dedicas a buscar talento entre los cientos de aspirantes a escritoras de historias de amor. ¿No es extraño que un hombre se interese por un género destinado a las mujeres?

—Antes me dijiste que es un género que no hace distinciones, luego ¿por qué habría de hacerlas conmigo? Me dedico a ello como podría hacerlo con cualquier otro trabajo. En cuanto a la romántica, lo hago porque es el género más prolífico. Tú mejor que nadie debes saber la cantidad de manuscritos que recibes al cabo de un día. Pero si fueras una editorial que no se centrara en un solo género, verías el porcentaje de unos y otros. Sé lo que digo. —Le dejó muy claro, inclinándose sobre la mesa para acercarse un poco más a ella y fijarse con determinación en su rostro.

—No te lo discuto. Recibimos más de cien manuscritos al mes; casi cinco por día —le explicó con cierto toque de orgullo por que las aspirantes a escritoras eligieran su editorial para ello.

—Eso debe de hacerte sentir orgullosa.

—Sí, por supuesto. La gente ve en nosotros una editorial seria, responsable y que se toma su trabajo muy en serio. Ya me conoces… —Gabriella dejó el resto de su comentario en suspenso a la espera de ver qué decía él.

—Sí, en lo que respecta al trabajo… Te conozco bastante bien. El tiempo ha pasado, pero tú sigues siendo la misma que hace siete años. Pero con un grado de responsabilidad mayor al llevar adelante tu propia empresa.

—¿Tratas de halagarme por algún motivo? —Gabriella elevó una ceja con suspicacia, a lo que Giorgio respondió con una sonrisa socarrona.

—No, tranquila. No estoy tratando de seducirte ni nada por el estilo. No creo que lo necesite después de lo sucedido en la casa de Julieta, ¿no?

Gabriella experimentó una ola de calor ascendiendo desde las plantas de sus pies hasta su rostro, el cual se encendió sin remedio ante ese comentario. Bajó la mirada hacia el plato el tiempo necesario para recomponerse y volver a enfrentarse a él.

—Un beso tampoco significa mucho. No vayas a creer lo que no es. —Su tono y su gesto fueron de clara advertencia hacia él.

—No, no lo haré. Soy consciente de tus propios intereses.

Hubo un momento de silencio en el que ambos se centraron en sus respectivas cenas, como si se tomaran un momento de tregua, que se mantuvo hasta que juntos abandonaron la *trattoria*.

Caminaron por las iluminadas calles aledañas a la Piazza Erbe, donde parecía haber algo más de animación. Juntos contemplaron los diversos monumentos y estilos arquitectónicos, como el Palazzo Maffei de estilo barroco y cuya fachada aparecía decorada con estatuas de los dioses griegos.

—La estatua del león de San Marcos de Venecia —señaló Gabriella levantando su brazo en dirección a la columna de mármol sobre la que aparecía dicha estatua—. ¿Sabías que Verona estuvo bajo dominio de Venecia?

—Desconocía tal hecho. Dime, ¿qué más historias esconde esta plaza? —El toque de curiosidad y de diversión en la voz de Giorgio alentaron el ego de Gabriella, quien descubrió que hacía tiempo que no se divertía como lo estaba haciendo esa noche. ¿Era el preludio de algo que estaba por venir?

—No te burles.

—No lo hago. Ni lo haría. —Le aseguró muy serio, mirándola de la misma forma en la que lo había hecho en la casa de Julieta antes de besarla.

Gabriella pensó que esa escena volvería a repetirse en ese mismo instante y, por ello, se apartó un paso de él. Para evitarla.

—Además de la Casa dei Mercanti, que ahora, como puedes ver, alberga la Banca Populare di Verona, y que fue construida en 1301, en la que destaca su fachada, creo que lo que merece la pena contemplar aquí es la Torre del Gardello, un reloj del año 1370 erigido por la familia Scaliger.

—¿Y qué me dices de la fuente?

Gabriella se acercó con paso lento hasta esta, con una mirada llena de ensoñación que captó la atención de Giorgio. La contempló caminar, como si estuviera flotando, hasta que se detuvo ante la estatua de la Madonna de Verona.

—Como puedes ver, lo que más llama la atención es la estatua.

—¿Cómo es posible que conozcas tanto de Verona y que, al mismo tiempo, rechaces el encanto que hay en sus calles? El romanticismo que se respira en la casa de Julieta o en este mismo lugar. —Giorgio abrió los brazos como si pretendiera abarcar toda la plaza. Miró a Gabriella con un gesto de incredulidad a este respecto—. Sus cafés, su

ambiente colorista, la calma que se respira.

—Que me interese por la historia de una ciudad no significa que yo… —Gabriella se detuvo de manera abrupta en su explicación. No iba a repetirle una y otra vez lo mismo de siempre—. No entiendo qué quieres decir, pero si vas a salir otra vez con lo del amor y tal, te aconsejo que lo dejes. —Había una clara advertencia en el tono de sus palabras.

—Recuerdo cuando me contabas tus sueños, tus anhelos en el futuro —comenzó a decirle Giorgio, y Gabriella abrió los ojos como platos.

—Sin duda que sabías escuchar.

—Admito que me gustaba hacerlo.

Ella lo observó en silencio y se dio cuenta del mal trago que habría pasado cada vez que ella le contaba algo relacionado con los chicos con los que había salido durante los años de facultad. Se acercó hasta él entornando la mirada para no perder detalle de cada unos de sus gestos, de sus miradas y de sus sonrisas hacia ella. Sintió un calor asfixiante y cierto sentimiento de culpa hacia él.

—Vamos al hotel.

Regresaron recordando anécdotas de sus años en la facultad. Rieron en algunas ocasiones y en otras se quedaron callados mientras se miraban de manera fija, escuchando sus respiraciones en la quietud de la noche. Llegaron al *hall* del hotel y subieron hasta el piso donde se alojaba Gabriella. Se habían estado observando durante el corto trayecto desde la planta baja hasta la tercera. Y cuando las puertas del ascensor se abrieron y Gabriella caminó fuera de este, Giorgio permaneció dentro a la espera de despedirse.

—Ha sido una noche… —Sus palabras quedaron ahogadas en su garganta cuando los labios de Gabriella sellaron los de él sin motivo aparente, pero ¿acaso lo necesitaba después de aquella velada tan idílica en Verona?

Las manos de Giorgio la rodearon por la cintura y salió del ascensor sin querer abandonar su boca. Gabriella gimió sintiendo que el deseo que había contenido durante toda la noche se liberaba como una bestia que exigía ser satisfecha. Se apretó contra el cuerpo de Giorgio y lo hizo partícipe de ese anhelo por acabar juntos el día.

Se separó de él el tiempo justo para abrir la puerta de su habitación y arrastrarlo dentro mientras el febril deseo la hacía prisionera. Se produjo un intercambio de besos, caricias, gemidos y respiraciones aceleradas. La piel caliente comenzó a revelarse bajo las capas de tela que quedaron esparcidas sobre la moqueta como pruebas inequívocas del frenético deseo de los dos. Las manos buscaron,

palparon y acariciaron los cuerpos. Las piernas se enredaron en un amasijo bajo las sábanas. Se separaron el tiempo preciso que Giorgio tardó en coger un preservativo y hundirse en el interior de Gabriella. No hicieron falta más preliminares, pues ya se habían producido a lo largo de la noche. En ese instante solo restaba culminarlos.

El éxtasis los envolvió juntos para elevarlos hacia la cresta de la ola y dejarlos caer después de manera lenta. Acompasaron los latidos, las pulsaciones y se miraron como si fuera la primera vez que se veían. Giorgio le apartó el pelo del rostro a Gaby y dejó que sus pulgares lo recorrieran como si lo estuvieran memorizando. Estaba tan bonita que le dolía no poder tenerla. Si era sensato y no se dejaba llevar por el momento, él sabía que Gabriella era de las que no cambiaba de opinión a la ligera. Que hubieran dado el paso de acostarse no significaba que ella fuera a proponerle tener una relación. Él lo sabía. Pero ni iba a preguntárselo porque no quería echar a perder ese momento. Atrajo su rostro hacia el suyo para poder besarla una vez más. Para deleitarse con la suavidad de aquellos labios.

Gabriella creía que el pecho le estallaría. Que si no se controlaba acabaría rendida ante lo que parecía más que evidente. Giorgio y ella estaban más que compenetrados. Se habían encontrado después de varios años y, aunque ella no quería tener ningún compromiso con él, aunque no quería considerarlo como una pareja, todo parecía indicarle que aquellas dos premisas eran reales. Que no podría escapar al destino por mucho que se lo propusiera. Se dejó caer en la cama con la mente confusa. Gabriella cerró los ojos e inspiró lo más profundo que pudo al tiempo que los recuerdos de ellos dos tomaban su mente. ¿Por qué no podía sacárselo de dentro? Solo había sido una noche. Se había divertido con él y acababan de pasar un rato fantástico bajo las sábanas, pero ¿era lo que ella quería? ¿Lo que buscaba? ¡Giorgio estaba enamorado de ella! ¿Qué iba a hacer *ella*? Pensar en lo que sentía por él la sobrecogió, la aterró de tal manera que se incorporó de inmediato en la cama hasta quedar apoyada contra el cabecero. Se cubrió con la sábana y se quedó pensativa, ajena a Giorgio y a que regresaba del aseo. Cuando volvió el rostro para mirarlo, el escalofrío le recorrió la espalda hasta erizarle toda la piel de su cuerpo. En ese momento se preguntó qué haría él.

—¿Quieres que me quede? —Giorgio deslizó el nudo que atenazaba su garganta. No sabía a ciencia cierta qué era lo que Gabriella esperaba de él. Por ese motivo, se lo preguntó. Sabía que ella no buscaba una relación, de manera que tal vez fuera mejor dejarlo ahí, en ese mismo punto.

—Vaya pregunta —ironizó Gabriella sintiéndose extraña.

—No pretendo dar pie a una situación que no deseas, Gaby. Soy consciente de lo que me has estado diciendo desde que nos volvimos a ver. Por ese motivo prefiero saber qué piensas después de esto —le dijo señalando la cama, la habitación—. Ya sabes lo que yo deseo…

Gabriella se humedeció los labios en un gesto pensativo.

—Que nos hayamos acostado no significa que vaya a… —Se detuvo cuando vio el gesto de Giorgio instándola a no seguir. Con el brazo extendido y la palma de su mano abierta, sacudió la cabeza para que no le dijera algo que él ya sabía.

—No hace falta que sigas. —Giorgio se puso los *boxers* y los pantalones. Recogió la camisa y los zapatos ante la atenta mirada de ella. Antes de volverse hacia la puerta, se quedó contemplándola, memorizando aquella imagen suya. Tan sensual, tan provocativa y dulce al mismo tiempo—. Que descanses.

Gabriella no encontró la valentía, las ganas o las fuerzas para replicarle. Lo dejó ir sin mover un solo dedo. Y cuando la puerta de su habitación se cerró, Gabriella tuvo la sensación de que acababan de dejar caer sobre ella un cubo de agua helada. Se estremeció; pero no de la misma manera que minutos antes lo había hecho bajo las caricias y los besos de Giorgio. No. Esa vez era diferente y tenía que ver con un sentimiento de culpa y de pérdida. Sí. Se había acostado con Giorgio porque había sentido la necesidad, o el deseo de hacerlo. Era una mujer libre, adulta y que sabía lo que quería en cada momento, y esa noche le había apetecido hacer lo que acababa de hacer, consciente de que no habría vuelta atrás. Pero ¿por qué se sentía tan culpable? ¿Por qué había accedido a llevarse a Giorgio a su habitación sabiendo lo que este sentía por ella? ¿Por qué coño no lo había detenido a tiempo? Inclinó la cabeza con los ojos cerrados y la sacudió sin terminar de creerse lo que había hecho. Pero ¿y él? ¿Por qué había accedido? ¿Tal vez pensaba que ella se ablandaría y cambiaría sus sentimientos hacia él? Durante años Giorgio había sido su mejor amigo, su compañero de facultad, su paño de lágrimas. Pero nunca lo había visto… como él a ella. Y ahora que el tiempo volvía a juntarlos, Gabriella no sabía si en verdad lo había sentido y no había querido reconocerlo, o estaba tan absorta en otros temas que no se dio cuenta de él.

Giorgio cerró la puerta a su espalda, pero al momento supo que acaba de cerrar algo más que una habitación. Gabriella no iba a darse una oportunidad con él. Se lo había dejado claro. De manera que allí terminaba todo. Inspiró hondo antes de entrar en su propia habitación. Arrojó sobre la cama su camisa sin importarle que una manga quedara colgando por un lateral. Se pasó la mano por el pelo

intentando aclararse. ¿Qué iba a hacer? Por lo pronto, seguir el festival de novela hasta que terminara. No iba a huir en ese preciso instante. No lo había hecho durante los años en los que Gabriella y él fueron compañeros a pesar de que ella no tenía interés en él. Contempló la cama pensando si sería capaz de dormir un poco. Pero la idea no le atraía lo más mínimo. Lo único que le apetecía era estar con ella. Con Gaby. Pero dado que eso no podía ser, no había nada que pudiera sustituirla. Se sentó en la cama con las manos entrelazadas delante de él, la cabeza gacha y la decepción instalada una vez más en su pecho. Lo había intentado, pero, al parecer, Gabriella no estaba destinada para él. Sería mejor irse haciendo a la idea.

El insistente sonido en la puerta logró despertarla. Gabriella se removió entre las sábanas, maldiciendo. Había logrado quedarse dormida hacia poco más de dos horas, después de haber permanecido despierta como una sonámbula por la habitación. Todo lo sucedido con Giorgio la estaba pudiendo. Salió de la cama y se dirigió a la puerta.

—¡Gaby! Son más de las ocho. Tenemos que bajar a las conferencias de la mañana.

Gabriella abrió la puerta y encontró a su amiga en el umbral con gesto de sorpresa, incredulidad e incluso temor por si hubiera interrumpido algo. Se asomó por encima del hombro de Gabriella, pero no consiguió tener una visión nítida de la habitación.

—No hay nadie, de manera que no estires tanto el cuello o te harás una contractura —la avisó Gabriella y dejó la puerta abierta para que Melina entrara si le apetecía.

—No… Bueno… Yo…

—Se marchó después del polvo, para tu información e interés personal. —Le contó con desgana cuando pasó por delante de Melina camino del baño—. Necesito una ducha.

—Alto, alto. ¿Cómo que se fue después de…? ¿Quién? ¿Te has acostado con Giorgio? —Le preguntó fuera de sí, contemplando la imagen de su amiga reflejada en el espejo.

—Acabo de decírtelo. ¿Te importa esperar a que me duche?

Melina resopló.

—Si no me queda otra…

Segundos después Gabriella dejaba que el agua le cayera de plano en el rostro mientras ella trataba de aclararse de una vez. Aunque no creía que sus pensamientos pudieran variar en un par de horas. ¿Y él? ¿Se habría largado del hotel o se quedaría hasta la conclusión del festival? No le reprocharía que se marchara después de lo sucedido esa noche.

Melina escuchó abrirse la puerta del cuarto de baño pasados unos minutos. Gabriella apareció envuelta en una toalla.

—¿Vas a contarme qué ha sucedido en esta habitación? —Melina entornó la mirada hacia su amiga que en ese momento estaba más preocupada por coger ropa y vestirse que en responder al interrogatorio de su amiga.

—En el desayuno. Tengo un hambre que me muero.

Giorgio degustaba su desayuno cuando Giulio lo vio y se dirigió hasta su mesa.

—¿Te importa? —Giorgio le mostró una de las sillas vacías para que se sentara—. No creí que te vería aquí, la verdad. Pensaba que ya te habrías largado. Oye, Giorgio, si es una cuestión de dinero…

—No, no tiene nada que ver con eso. Simplemente quiero darme un tiempo. Eso es todo.

—Sabes que si quieres puedes volver. Estaré encantado de…

—No, Giulio. Déjalo. No volvería a trabajar contigo. —Le aseguró con un rictus serio y mirándolo fijamente a los ojos, algo que sorprendió a Giulio.

—¿Por qué dices eso? Somos amigos desde hace años.

—Cierto, pero hay ciertos aspectos que no me han gustado.

—Por ejemplo…

—Interesarte por Estefanía Lambertti única y exclusivamente para que Gabriella no la tuviera. A eso me refiero. Me da la impresión de que la carrera literaria de esa joven te importa una mierda, Giulio.

—Oh, vamos, amigo. No hay que ponerse así por una escritora que… que ha tenido suerte con su novelita colgada en las redes sociales. Nada más.

—¿Lo ves? Ahí está el motivo por el que me largo de tu editorial. No crees en la gente que trabaja para ti.

—¿Y tú sí?

—Sí. Me tomo mi trabajo como algo serio. Cuando leo un manuscrito, no solo valoro su potencial en el mercado, sino las tendencias del género. ¿Qué buscan las lectoras? ¿Qué piden? ¿Qué necesitan para hacer su lectura más emocionante?

—Por eso te contraté.

—Y por eso dejo *Tempesta*, porque lo que veo no me gusta. Si crees que Estefanía Lambertti no puede llegar a ser un referente en el campo de la literatura *New Adult*, pues genial. Pero no me digas que lo haces para arrebatársela a otros, en este caso, a Gabriella porque ella ya tiene suficiente fama con Melina.

—¿Y qué si es así? ¿Qué más te da? Tú cobras tu parte del pastel y punto.

—No, no es así. Me importan las personas. Y Estefanía es un diamante en bruto por pulir. Es alguien a la que hay que cuidar y guiar para que se convierta en un referente literario, y creo, amigo, que contigo nunca lo hubiera conseguido. —Giorgio apuró su café, se limpió con la servilleta y la arrojó sobre la mesa para levantarse y marcharse. Pero la mano de Giulio lo retuvo al sujetarlo por la muñeca.

—¿Tú sabías que Estefanía había aceptado la oferta de *Essenza de Donna*? —Giulio sostuvo la mirada de Giorgio durante unos segundos en los que este sonrió.

—Fui yo quien le sugirió que aceptara la oferta de Gabriella y no la tuya por lo mismo que acabo de decirte. Buena suerte, Giulio.

Este se quedó perplejo ante la confesión que Giorgio acababa de hacerle. No tenía ni idea de que él hubiera tenido algo que ver en todo aquello.

Cuando Giorgio caminaba hacia la salida del comedor, Melina y Gabriella hacían su entrada. «El momento no puede ser más inoportuno», pensó ella tratando de esbozar una sonrisa cordial, a pesar de que en su interior no estaba para muchas fiestas.

—Hola, buenos días —dijo Melina con toda picardía, lanzando una mirada muy significativa a Giorgio.

—Buenos días, Melina. Gaby —dijo desviando su atención hacia ella, quien permanecía clavada en el sitio sin ser capaz de moverse siquiera.

—Hola, ¿te marchas?

—Sí, he terminado mi desayuno. —Giorgio se quedó contemplándola a la espera de que ella le dijera algo. Que le pidiera que hablaran en privado. Que aclararan lo sucedido la noche pasada o incluso que le confesara que estaba dispuesta a intentarlo con él. Pero Gabriella se limitó a esbozar una sonrisa cordial.

—Nosotras vamos a ello. Tenemos poco tiempo antes de que comiencen las conferencias y quiero estar presente en la que participa Estefanía.

—Sí, lo entiendo. En ese caso… Que os aproveche.

Se despidieron de manera fría, profesional y hasta casi incómoda. Giorgio abandonó el comedor y Gabriella no supo justificar el motivo por el que se le había pasado el hambre.

—Oye, ¿no eras tú la que decía tener un hambre voraz?, —preguntó Melina al tiempo que Gabriella asentía y despejaba su mente de ideas absurdas.

—Sí, venga, vamos.

—Y ya me puedes ir contando lo que me has prometido. —Melina

arqueó las cejas por pura diversión mientras el rostro de su amiga se contraía en una mueca de disgusto.

—Te lo contaré para que me dejes tranquila el resto del día.

—Te recuerdo, por si lo has olvidado, que el año pasado, en el congreso de Florencia, eras *tú* la que no paraba de soltarme el rollo con lo de Marco; de manera que…

Gabriella lanzó una mirada a su amiga sin poder creer que se estuviera tomando la revancha por aquella situación. Pero estaba en su derecho. Melina tenía razón. Ella había tenido que soportar la charla acerca de Marco y de que después de haber sido follamigos durante algún tiempo, él le hubiera confesado que se estaba enamorando de ella.

—¿Qué más quieres que te cuente que no sepas ya?

—Solo quiero saber qué va a suceder a partir de ahora, aunque visto el saludo frío que habéis intercambiado…

—No tengo intención de empezar una relación con Giorgio.

—¿Y por qué te lo has tirado?

—Oye, Marco y tú os pasasteis una temporada dándole gusto al cuerpo día tras día.

—Sí, y tú insistías en que, al final, uno de los dos acabaría pasando al siguiente nivel. En mi caso fue Marco el primero en confesar sus verdaderos sentimientos hacia mí.

—Y cuando lo hizo, tú saliste poco menos que huyendo. Algo que no pensaba que pudiera llegar a suceder, la verdad.

—Bien, no estamos hablando de Marco ni de mí, sino de Giorgio y de ti. Entiendo que verlo te ha vuelto del revés, pero ¿hasta qué punto como para irte a la cama con él? Si tan claro tienes que no quieres nada más con él, bien. ¿Un polvo y hasta la próxima?, —insistió Melina observando a su amiga encoger los hombros sin darle la mayor importancia.

—¿Hay algún inconveniente en ello? Que yo sepa soy una mujer adulta, libre e independiente. Puedo acostarme con quien me dé la gana.

—Me ha quedado muyyyyy claro —ironizó Melina ante el toque algo borde de su amiga.

—Ahora mismo tengo que centrarme en lanzar a Estefanía y que su novela tenga una buena acogida entre los lectores y la crítica. Y luego estás tú, no te olvides.

—Ya me di por aludida en tu exposición. Entonces, ¿qué va a suceder con Giorgio? ¿No te interesa saberlo?

Gabriella resopló ante la insistencia de su amiga por incidir en ese tema.

—Vaya, celebro verte, querida Gabriella. —La voz de Giulio o, más bien, su tono sarcástico captó la atención de ambas chicas.

—Hola, Giulio. Siéntate si quieres, adelante —le dijo Gabriella con el mismo tono irónico que él había empleado al ver que lo había hecho sin pedir permiso siquiera—. ¿Qué quieres? Tenemos que darnos prisa o llegaremos tarde al comienzo de la sesión de esta mañana.

—No te preocupes, seré breve. Alguien me ha contado que aconsejó a Estefanía Lambertti a aceptar tu oferta editorial en vez de la mía. ¿Sabías algo de eso?

Gabriella percibió no solo la ironía más aguda posible en la mirada y el tono de voz de Giulio, sino su cabreo también. Algo de lo que ella no tenía nada que ver. Pero ¿cómo coño se había enterado?

—No tenía ni idea, Giulio.

—Pues ya te lo digo yo. Mi querido amigo, si todavía puedo considerar como tal a Giorgio, tuvo una reunión con la susodicha para aconsejarle qué editorial era la mejor para ella. De manera que ya lo sabes.

Gabriella fingió no saber nada de aquello. Pero Melina se quedó petrificaba, con la taza de café en alto a medio camino de sus labios, observando el desarrollo de los acontecimientos a la espera del siguiente movimiento.

—Y según tú, ¿por qué alguien que trabaja para ti…?

—Trabajaba. Giorgio se despidió y apuesto a que tomó esa decisión después de hablar con Estefanía.

—¿Cómo estás tan seguro? ¿Te lo ha contado él? —Melina intervino en la conversación un vez que hubo asimilado cuál era la situación.

Giulio fijó la atención en ella.

—Da igual quién haya sido. Solo le cuento a tu querida editora cómo han sucedido los acontecimientos. Nada más. Y bueno…, es hora de irse. Os veo luego.

Las dos chicas siguieron con su desayuno sin mediar una sola palabra. Melina estaba con la mosca detrás de la oreja después de escuchar a Giulio decir que Giorgio había sido el artífice de que Estefanía formara parte de *Essenza de Donna*. Por ese mismo motivo se lanzó a preguntar a la única que podía aclarárselo, aun a riesgo de que le diera una mala contestación.

—Oye, ¿es cierto que Giorgio ha tenido que ver algo con lo de Estefanía?

Gabriella se limitó a emitir un sonido gutural que no aclaró en nada las dudas de Melina. Esta volvió a la carga.

—¿Eso es un sí o un no?

—Sí.

—¿En serio tuvo algo que ver?

—Sí.

—Y tú lo sabías cuando Giulio ha venido a contártelo.

—Sí.

—Joder, cuando quieres sabes cómo cortar el rollo —le dijo, de mala leche, Melina al ver que Gabriella no soltaba prenda—. De acuerdo, me ha quedado más que claro que no quieres contarme qué sucedió.

—Me enteré por la propia Estefanía, quien me llamó para reunirse conmigo. Me dijo que Giorgio le había aconsejado que aceptara mi oferta de publicación. —Melina emitió un silbido ante aquella confirmación—. Fui a casa de Giorgio para que me aclarara por qué lo había hecho.

—Ah, eso fue cuando lo besaste —recordó Melina interrumpiendo la narración de su amiga.

—Me besó. Aclaremos las cosas.

—Te besó. Me besó. Nos besamos. ¿Qué más da quién empezó? Un beso es un beso. Aquí o en China.

—Para ti sí lo parece, pero yo te digo que fue él quien… ¡Argggg! Es igual.

—Me estabas contando que fuiste a su casa para que te aclarara lo de Estefanía. ¿Y lo hizo?

—Sí, no lo negó. Es verdad lo que cuenta Giulio. Sabía que acabaría enterándose.

—¿Pero a Giorgio qué más le da si ya no trabaja para *Tempesta*? ¿Por qué crees que lo hizo?

Gabriella se quedó callada ante esa pregunta. Responder que lo había hecho por lo que sentía por ella le parecía absurdo e incluso pretencioso. Por esa razón prefirió callarse y dejar que Melina sacara sus propias conjeturas.

—Será mejor que nos marchemos, no vaya a ser que nos perdamos la intervención de Estefanía —le dijo en su lugar, lanzando una rápida mirada al móvil.

—Sí, qué menos que estar presente cuando le toque el turno de intervenir. La escritora de la discordia entre dos amigos y dos editoriales. Supongo que Estefanía le estará agradecida a Giorgio por su consejo. Tal vez deberías hacer como ella.

—¿Qué?

—Seguir alguno de los consejos que te damos en relación a Giorgio y a ti, por ejemplo.

Gabriella se quedó clavada en el umbral del comedor observando a Melina caminar hacia el ascensor. Los recuerdos de la pasada noche y la pregunta de si estaba haciendo lo correcto volvieron a asaltar su mente sin darle tregua.

Capítulo 12

Giorgio se acomodó al final de la sala para escuchar lo que la joven Estefanía Lambertti tenía que decir. Formaba parte, junto a otras tres escritoras, del panel de jóvenes promesas de las letras italianas. Pero ninguna de estas había obtenido por el momento la fama de Estefanía. Giorgio sonreía ante ese hecho, ¿por qué alguien lograba despuntar de la noche a la mañana? ¿Quién lo sabía? «Nadie tiene la fórmula mágica para convertir su historia en un *best seller*», pensó acomodándose en su asiento al tiempo que Melina y Gabriella pasaban de largo. Por un instante volvió a centrarse en ella pese a que ya no tenía sentido. Había decidido pasar página de una vez por todas y seguir adelante con su vida. Desechó cualquier comentario sobre ella y fijó su atención en Sandra, que en ese momento presentaba a las ponentes.

—Una nueva hornada de jóvenes escritoras está irrumpiendo con fuerza en el panorama literario. Aquí tenéis a cuatro de ellas, y de las que en los próximos meses oiréis hablar mucho y bien.

Giorgio anotó el nombre de las otras tres chicas sentadas junto a Estefanía, por si acaso. No había escuchado mucho acerca de ellas, en parte, porque la obsesión de Giulio había sido obtener a Estefanía Lambertti a toda costa. Pero también porque en las redes sociales se había producido un terremoto con la historia de Estefanía. Sabía que en ese momento estaba en buenas manos junto a Gabriella.

—Estefanía, ¿te esperabas esta acogida de tu novela?

—No. La verdad es que ni la mitad de la repercusión que ha tenido. Empecé a escribirla en una red social como un pasatiempo por ver qué opinaba la gente que la pudiera leer. Y poco a poco me fui animando a seguir escribiendo gracias a sus comentarios, sus inquietudes al respecto de qué sucedería con los protagonistas principales.

—Luego deducimos que tú no tenías en mente escribirla. Porque según nos cuentas, la historia siguió gracias a las lectoras que se adentraban en tu historia.

—Sí, así es. Recibía mensajes para que colgara más y más porque estaban con ganas de saber lo que sucedería.

—Supongo que ello te llevó a escribir más rápido. Lo digo porque tener a las lectoras esperando el siguiente capítulo… —Sandra abrió los ojos como platos y sonrió con toda intención.

—Sí, lo cierto es que pasé por períodos de tiempo en los que tenía que dedicar tiempo a la carrera. Ello suponía dejar la historia algo colgada y retomarla los momentos en que los estudios me dejaban.

—¿Y ahora? Nos ha dicho un pajarito que has firmado con *Essenza de Donna*. Supongo que es una muy buena noticia y que estarás contenta que una editorial como esta se haya fijado en ti.

—Sí, estoy muy contenta de esta noticia. Para mí es un gran paso, la verdad. Espero estar a la altura de ello.

—¿Crees que las lectoras te seguirán ahora más por este hecho?

—No lo sé. Pero espero que lo hagan —le confesó con un gesto titubeante.

—¿Habrá más historias después de este sonado debut?

—Sí, ya hay lectoras que me han pedido que escriba la de alguno de los personajes secundarios.

—¿Piensas hacerles caso? —Sandra entornó la mirada con curiosidad.

—Lo tengo que ver. No quiero escribir algo en lo que no crea. No me voy a dejar llevar por lo que las lectoras sugieran. Tengo que ser *yo* quien lo vea factible.

—¿Y las críticas? ¿Cómo llevas las malas críticas y las reseñas? Este es un tema delicado que no todos saben encajar.

—Bien. Respeto todos los puntos de vista, las opiniones y las reseñas. Son opiniones subjetivas que hace una lectora y que no tienen por qué concordar con mi manera de haber concebido la historia. No las sigo a pies juntillas y en numerosas ocasiones ni las leo.

—¿No te afectan?

—No.

Gabriella asintió en ese momento cuando la escuchó decir aquello. En cuanto a más historias, tendrían que ver la evolución de su primera novela. Aunque estaba convencida de que sería un éxito rotundo a como lo había sido en las redes sociales.

—La chica sabe lo que quiere y por dónde se anda —le comentó Melina a Gabriella, en voz baja.

—Esa sensación me ha dado. Me gusta que no se deje guiar por las lectoras y que escriba la historia en la que ella sola crea. No la que quieran leer estas por muchas ganas que tengan.

—En eso nos parecemos —asintió Melina convencida mientras

Gabriella le lanzaba una mirada de incomprensión—. ¿Por qué me miras así?

—Tú eres más dejada que Estefanía. Tengo que darte algún que otro toque de atención. ¿Te lo recuerdo?

—Vale, vale. Sé que soy algo desastre. Pero mis novelas se venden.

—Gracias a Dios.

—¿Y Giorgio?

Gabriella hizo que no había escuchado la pregunta, ya que no contestó. Y solo cuando sintió el codazo de Melina en su brazo y vio el gesto de espera en su rostro, lo hizo.

—Supongo que andará por ahí.

—Ya, supongo. No me refiero a eso.

—No seas pesada, ¿quieres? Nada ha cambiado ni va a cambiar. Punto final. Quiero escuchar a las otras tres chicas —le dijo haciendo un gesto con la mano hacia el estrado.

Melina apretó los labios y se limitó a asentir sin decir nada más. No insistiría con este tema por más tiempo. Eso sí, controló la reacción de su amiga de reojo. Pero no percibió ningún cambio en el semblante de esta, más centrada en las entrevistas de Sandra a las otras chicas que a sus propias emociones.

Cuando terminó el tiempo de las preguntas a las cuatro invitadas, Giorgio se levantó y abandonó el salón para tomar algo. Había sido una charla interesante y de la que él había extraído algunas conclusiones. Lanzó una mirada hacia Gabriella por ver si salía, pero parecía estar muy atareada charlando con algunas conocidas.

—¿Tomas algo?

La voz de Sandra a su espalda hizo que Giorgio se detuviera y volviera su atención hacia esta. Radiante, fresca y sensual como siempre. ¿Por qué diablos no había podido enamorarse de ella en vez de Gabriella? Se preguntó una vez viéndola ahora mismo frente a él antes de que ella se colgara de su brazo y caminaran juntos hacia la cafetería.

Unos pasos por detrás, Gabriella era testigo sin querer de ese gesto de camaradería entre ellos. No le había hecho mucha gracia que Sandra deslizara su brazo bajo el de Giorgio y que caminara pegada a él. Por ese motivo pareció retrasarse un momento esperando a Estefanía y a Melina para ir a tomarse un café.

Giorgio se mostraba relajado charlando con Sandra sobre el desarrollo del festival, ajeno a Gabriella y a que acababa de entrar en la cafetería.

—¿Qué te parece cómo marchan los paneles de invitados? —Sandra no apartaba su mirada de Giorgio ni tan siquiera cuando cogía

la taza.

—Me gusta lo que estoy escuchando.

—¿Lo dices por quedar bien o de verdad lo ves así?

—Si no me gustara te lo diría. Ya me conoces y sabes cómo soy, Sandra —le dijo refiriéndose a ella con el apelativo.

—Sí. Tienes razón en eso de que te conozco, y sé cuándo hablas en serio. ¿Qué me dices de las jóvenes promesas? ¿Ves a alguna más con posibilidades, aparte de Estefanía, claro está?

Giorgio frunció sus labios a la vez que desviaba su atención hacia Gabriella. Por un breve momento, sus miradas se cruzaron como si ambas se estuvieran buscando después de todo.

Gabriella la apartó cuando sintió el calor en su rostro. Decidió centrarse en sus dos compañeras y dejar estar a Giorgio.

—Confío en Estefanía —comentó Giorgio volviendo su atención a Sandra y a su pregunta—. Estoy seguro de que logrará llegar lejos. Del resto de chicas… —Giorgio frunció los labios tomándose su tiempo—. No puedo decirte mucho.

—Pero ¿apostarías por alguna?

—Supongo que sí. A ver, no he leído nada de ellas.

—Pero supongo que habrás oído hablar de algunas… —Sandra entornó la mirada con curiosidad.

—La que más ha sonado es Estefanía Lambertti. Es a la que todas las lectoras querían conocer en la pasada feria del libro de Bolonia. Las otras han pasado sin pena ni gloria. Es duro decirlo, pero a mí solo me interesaba Estefanía. Y, como a mí, a prácticamente todas las editoriales que publican romántica.

—¿Crees que triunfará en *Essenza de Donna*? Dime la verdad. —Sandra se incorporó un poco más hacia Giorgio demostrando su interés. Pero lo que cualquiera pensaría viendo aquella escena era que ella estaba más interesada en Giorgio que en su respuesta. Sobre todo si la que observaba el desarrollo de esta era Gabriella, quien lanzaba furtivas miradas por encima del hombro de Estefanía hacia la mesa a la que estaba sentado Giorgio. Y en ese instante los nervios y esa extraña punzada de celos la estaban matando.

—Estefanía tiene todo lo que hay que tener para triunfar. Y, además, posee carisma.

—Hablas de ella cómo si la conocieras desde siempre.

—Tan solo hemos mantenido un par de charlas. Nada más. Pero me han servido para formarme mi propia opinión personal sobre ella. Luego veremos si el tiempo me da o quita la razón.

—Dime, ¿cómo es que ella ha terminado en *Essenza de Donna*?

—No sé a qué te refieres. —Giorgio se encogió de hombros.

—Sí, si tanto la conoces de un par de charlas, ¿por qué no has conseguido convencerla para que firmara por *Tempesta*? Digo yo que ahí algo habrás tenido tú que ver.

Giorgio sonrió de manera cínica, pero sin ganas.

—Será que soy un mal negociante. Por cierto, te recuerdo que tú cómo anfitriona del festival tienes que regresar.

—¿Y tú?

—No lo sé. No estoy obligado a ello —le dijo sin perder de vista a Gabriella.

—En ese caso, te dejo. Si quieres cenar… —Sandra dejó su invitación en suspenso a la espera de que él aceptara. Pero se mantuvo callado y se limitó a asentir pensando que no era una buena idea involucrar a otra persona en su situación personal. No emplearía a Sandra para sacarse a Gabriella de la cabeza. No, porque él no sentía nada.

—¿Qué tal lo he hecho? —Estefanía miraba a Gabriella y a Melina buscando su opinión sobre su intervención en el panel de escritoras noveles.

—A mí me ha gustado mucho tu naturalidad —señaló Melina con sinceridad observando de reojo a Gabriella y cómo esta parecía más interesada en Giorgio que en lo demás. ¿Por qué narices no iba hacia él y lo invitaba a sentarse a una mesa y hablar? ¿Acaso tenía algo que decirle? Pues, ¿a qué estaba esperando?—. ¿Verdad, Gaby?

—Sí, sí. Has estado genial —se apresuró a decirle apartando la atención de Giorgio por un segundo. Y cuando la volvió hacia este, él se había marchado. Estaba claro que él no iba a esperarla. Ella había sido muy clara a la hora de hablar sobre ellos y no parecía que fuera a cambiar de opinión.

Giorgio salió de la cafetería y, tras echar un vistazo al programa del festival, decidió que lo mejor sería marcharse. El festival de novela seguía su curso, pero él ya había hecho lo que tenía que hacer. Comprobó su móvil ajeno a Gabriella, que se acercaba a él en ese momento.

—¿Giorgio?

Este levantó la vista de la pantalla de su *smartphone*.

—¿Isabella?, —dijo con gesto turbado. Frunció el ceño sin saber qué más decir, intimidado por aquel par de relucientes ojos.

—No esperaba verte por aquí. —Le aseguró dándole dos besos y sonriendo por haberlo reconocido.

—Bueno… A decir verdad… Es parte de mi trabajo.

—Eres escritor, editor…

—Me dedico a encontrar nuevos talentos que pueden llegar a

convertirse en autores de renombre. Tú sí que tienes que estar en un evento como este. ¿Sigues siendo colaborador como cartera de Julieta? —Giorgio la señaló con su dedo, sonriendo por ese hecho.

—Sí, sigo en ello —le dijo con un leve suspiro ensoñador que arrancó la sonrisa en Giorgio—. Lo cierto es que no podría dejarlo por más que quisiera. Y la verdad es que tener un festival de novela romántica en Verona es todo un acontecimiento por lo que representa para la ciudad.

—Soy consciente de ello.

—¿Estarás muchos días aquí?

—Me marcho mañana.

—Lástima. Me gustaría charlar contigo sobre cómo te van las cosas.

—En ese caso, si tienes tiempo y te apetece tomar algo…

—Sí, claro. ¿Cuándo acabe el festival? Podemos encontrarnos aquí mismo.

—Perfecto. Estaré por aquí. —Le aseguró Giorgio viendo marchar a su amiga. La aparición de Gabriella a su lado hizo que él sonriera—. ¿Qué tal marcha el festival?

La pregunta hizo que Gabriella se detuviera junto a él mientras Melina y Estefanía la dejaban sola en compañía de Giorgio. Por unos segundos, los dos permanecieron en silencio; estudiando los gestos del otro, su mirada, su sonrisa, sus formas. Gabriella tenía la sensación de que el mundo acababa de pararse bajo sus pies y de que se encontraba con Giorgio en otra parte. No escuchaba las voces de la gente a su alrededor ni se percataba de los ligeros roces al pasar cerca de ella. No. Era como si ambos hubieran creado su mundo.

—Bien, marcha bien.

—Estefanía tiene madera para convertirse en un nueva Melina —le dijo haciendo un gesto con sus cejas en dirección a esta.

Gabriella volvió el rostro para encontrarlas rodeadas por admiradoras. Luego, sonrió y volvió su atención a Giorgio. Deslizó el nudo que en ese momento le apretaba la garganta y que le impedía seguir con la conversación. Se aclaró la voz y dijo:

—No quiero otra Melina. Quiero a Estefanía Lambertti. Además, una escribe para adultos y la otra, para lectoras más jóvenes.

—Sí, yo me refería a ser un referente de la literatura romántica para ese público más joven. Del resto de chicas que había en la mesa… —Giorgio apretó los labios al ver como Gabriella abría los ojos y arqueaba sus cejas con expectación. Tal vez deseaba conocer su impresión después de todo, pero no se atrevía a preguntárselo a él de una manera directa—. No estoy seguro de si alguna de ellas logrará

los mismos resultados que Estefanía. Te lo comento por si sientes curiosidad.

—Gracias. Lo cierto es que por ahora tengo suficiente con Estefanía.

—Tendrás bastante trabajo con ambas. —A Giorgio se le hacía muy complicado hablar con ella en ese momento. Y todo se debía a que no sabía qué decirle. Solo sabía que tenía las ganas de besarla una vez más.

—Bueno, a decir verdad, la editorial no vive solo de ellas dos. Y, por otra parte, tendremos que ver el enfoque que le damos a la novela de Estefanía. Tú, que la has leído…

—Antes de que me lo preguntes, te aseguro que es muy buena —la interrumpió al ver el titubeo en ella.

Gabriella asintió recordando algunos de los pasajes de la historia y cómo se había sentido identificada con la protagonista. ¿Y él? ¿También lo habría sentido? ¿Se habría reconocido en aquellas páginas?

—Sí, eso ya me lo has dicho.

—¿No vas a entrar en el salón? El siguiente panel está a punto de comenzar —le recordó con un gesto hacia la puerta.

Gabriella se sentía algo confusa. Quería irse del lado de Giorgio, pero al mismo tiempo su cuerpo parecía estar relajado, sin intención de hacer nada de lo que ella pensaba que debería hacer. Apartarse de Giorgio de una vez porque, cuanto más tiempo pasara a su lado, más se convencía de que le costaría hacerlo. No quería renunciar a su estilo de vida. No lo había hecho con otras parejas que había tenido y no iba a hacerlo en ese momento con Giorgio solo porque se hubieran acostado y él le hubiera confesado que llevaba enamorado de ella desde la facultad. ¿Qué clase de persona sería si se dejara arrastrar por ese romanticismo? Se lo dejaba a Melina y a Estefanía.

—Debería hacerlo antes de que cierren las puertas —dijo volviendo en sí, pero no muy convencida de ello.

—¿Piensas pirarte de igual modo que hacías en la facultad? —Giorgio inclinó su rostro un poco hacia el de ella y sonrió recordando aquellos tiempos.

—No me lo recuerdes. —Le aseguró cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza—. Me sentía fatal cada vez que lo hacía.

—Pues no dabas esa impresión, de verdad.

—Tú tampoco. —Le susurró pensando en lo que él había estado guardando durante todos aquellos años. La melancolía o tal vez la añoranza de aquellos días hizo que Gabriella recuperara el ánimo y, sujetando del brazo a Giorgio, lo contempló con determinación,

sintiendo que su pulso se le aceleraba—. Hagámoslo una vez más. No tenemos ningún compromiso.

Giorgio se quedó mirándola sin saber qué decir. ¿Qué podría hacer si era lo que más ansiaba en ese momento? Marcharse en su compañía olvidando que entre ellos solo podría haber un relación de amistad.

Recorrieron Verona mientras admiraban todos sus rincones y paseaban por sus calles, pero sin dar una sola muestra de lo que ambos sentían. Daba la impresión de que ambos habían firmado una tregua en ese aspecto. Giorgio la respetaba, aunque sabía que se equivocaba porque entre ellos había algo más que una amistad.

Gabriella disfrutó de aquellas horas como nunca antes lo había hecho. Le parecieron cortas a pesar de que había pasado toda la tarde junto a Giorgio. Por momentos sintió la necesidad de tocarlo y de besarlo, pero en el último instante se contuvo para no complicar más las cosas. ¿De qué serviría volver a hacerlo si ella no estaba convencida de que lo de ellos pudiera funcionar? Pero cuando volvieron al hotel para la clausura del festival y Giorgio saludó a Isabella y acordaron que en breve se verían, Gabriella volvió a sentir esa sensación de incertidumbre y de nervios. No quería comprometerse con Giorgio en una relación, pero cuando lo veía charlar, sonreír o rozar a alguna otra mujer, sentía esa comezón apoderarse de ella. El temor a que en el fondo Giorgio conociera a alguien que le creara una ilusión difícil de dejar escapar.

—No quiero entretenerte. —Le aseguró Gabriella haciendo un gesto hacia Isabella.

—Isabella es una buena amiga. No te preocupes. —Giorgio cogió aire antes de proseguir con la conversación porque sabía que aquella podía ser la última vez que ellos dos coincidieran.

—¿Regresas mañana a Bolonia? —La pregunta de Gabriella lo dejó sin capacidad de reacción. Giorgio no sabía cómo afrontar esa incómoda situación. Ya se había despedido de ella hacía muchos años. No quería volver a hacerlo. Pero en el fondo sabía que sería así. Asintió mirándola fijamente.

—Sí. Mañana regreso a Bolonia y retomaré mi carrera de agente.

—Ya. Aquí hay muchas y buenas escritoras —le recordó Gabriella en un intento por no dar por terminada la conversación con él. Pero era consciente de que debía hacerlo. Primero, porque no tenía sentido alargarla más. Se acabaría notando que ella buscaba hacerlo y quedaría en ridículo. Y segundo, porque a Giorgio lo estaban esperando.

—Cierto. No creas que he perdido el tiempo. He tomado notas de aquellas que pueden llegar alto. —Le aseguró palmeándose el bolsillo

de su chaqueta donde guardaba su libreta de notas.

—En fin, te dejo. No quiero entretenerte más y acabo de ver a Melina hacerme una señal. Estamos en contacto. —Gabriella extendió la mano para que él la estrechara, lo cual sorprendió a Giorgio. Sacudió la cabeza y la atrajo hacia él par sentirla una última ocasión.

Gabriella cerró los ojos notando su cuerpo agitarse entre los brazos de Giorgio. Intentó controlar la respiración por un instante mientras los dedos de él le causaban verdaderos estragos cada vez que los movía sobre la tela de su camisa.

—Esto no debería terminar aquí y ahora de esta manera, Gaby. —Le susurró de manera lenta, sabiendo que sus palabras calarían hondo en ella. Se aferró a ella como si no quisiera dejarla marchar una vez más. Al igual que había hecho cuando terminaron la facultad y cada uno emprendió su camino.

—No tiene por qué terminar —le dijo separándose de él—. Podemos vernos por Bolonia.

Giorgio sonrió de mala gana, sacudiendo la cabeza, sin comprenderla.

—Claro. Siempre podemos vernos. Quedar a tomar algo…

—Sí, por supuesto. Cualquier cosa que precises de mí…

—Lo haré. Te llamaré. Lo mismo te digo. —La vio marcharse hacia Melina sin poder creer que estuviera sucediendo. ¿Volver a verse? Ambos sabían que sería complicado que sucediera. Giorgio resopló mientras su amiga Isabella se acercaba de manera sigilosa por detrás.

—¿Mal de amores, mi querido amigo?

Giorgio sonrió. Volvió su atención hacia Laura y sacudió la cabeza.

—De ninguna manera. Creo que he hecho todo lo que he podido. —Le aseguró encogiéndose de hombros.

—No conozco personalmente a Gabriella, pero he oído contar que en su trabajo es muy exigente con los que la rodean.

—Lo sé. Fuimos compañeros en la facultad. Sé cómo es.

—Pero no has conseguido llegarle dentro, ¿no?

—No. Es curioso porque…

—Demos una vuelta y así podrás desahogarte.

—Sí, aunque la verdad es que no me apetece hablar sobre el tema. —Le dejó claro mientras Isabella se encogía de hombros y sonreía.

—Pues no lo hagas.

Abandonaron el hotel y dieron un paseo mientras se ponían al día.

—Cómo te marcha haciendo de cartera de Julieta, ¿eh? —Giorgio prefería charlar de la vida de Isabella a seguir ahondando en su historia con Gabriella.

—Es algo ilusionante.

—Sí, supongo que sí lo es. Dime, ¿recibís muchas cartas?

—Ohhhh, puedes contarlas por millares.

—¿No irás a decirme ahora que te las lees todas y que además las respondes?

—Pues así es. Lleva su tiempo, pero… Dime, ¿cómo te van las cosas? —Isabella entornó la mirada hacia Giorgio esperando que él le confesara la verdad sobre Gabriella y él.

—La verdad, tengo que cambiar el rumbo de mi vida. Dar por terminados algunos capítulos…

—¿Uno de estos tiene que ver con Gabriella? Y que conste que no te obligo a contármelo.

—Lo sé. Tranquila. Sí, uno de ellos es ella. Pero creo que hoy me ha quedado claro que no hay nada que pueda hacer. Así que…

—¿Renuncias a ella?

—No puedo hacer más, Isabella. Nuestros destinos van por caminos diferentes, es lo que te puedo decir. Dime, ¿y tú? ¿Sigues con Fredo?

La sonrisa de Isabella le confirmó que así era.

—Llevamos casados dos años.

—Vaya, veo que Julieta te ha sentado bien. Me alegro por los dos.

—Espero verte de igual manera algún día.

Giorgio sonrió.

—Dime, ¿tu Julieta hace milagros? —Giorgio sonrió irónico ante esa pregunta. Eso era lo que necesitaba para que Gabriella acabara con él.

Gabriella llevaba semanas volcada en la novela de Estefanía. Había pedido a la gente de la editorial que se encargaran de su manuscrito con vistas a publicarlo antes de que finalizara el año. Quería aprovechar el tirón que tenía, antes de que la cosa se enfriara. Desde que regresó del festival de novela no había hecho otra cosa que trabajar, trabajar y trabajar casi sin darse un respiro. Tanto Silvia como Melina sabían cuál era el motivo de su nuevo estado, pero ninguna de las dos quería sacar el tema y llevarse una mala contestación. A Gabriella se la veía apagada en ciertas situaciones, momentos en los que pretendía dar otra imagen de ella. Ella ponía la disculpa del trabajo que restaba por hacer, pero sus amigas y su hermana Lucía sabían que había algo más que ella no quería confesar.

Silvia entró en el despacho de Gabriella.

—Giulio está aquí. Pide verte.

—¿Qué quiere? ¿Te lo ha dicho?, —preguntó levantando la mirada de los papeles que leía en ese momento.

—No.

Gabriella pareció dudar al respecto de si debería dejarlo entrar o

no. Pero antes de que se pronunciara, este ya estaba dentro.

—Buenos días, Gaby. Gracias, Silvia, siempre tan cortés —dijo lanzado una mirada a la ayudante de Gabriella.

—¿Se puede saber a qué viene esta intromisión? Podrías esperar a que te dijera que pasaras, ¿no?

—Sí, bueno, pero he preferido adelantarme antes de que tú me lo pidieras. —Gabriella se quedó con la boca abierta sin poder creer lo que estaba escuchando—. Bueno, verás, seré breve.

—Ya lo creo que lo serás. —Le dejó claro ella frunciendo el ceño con gesto de cabreo por aquella repentina intromisión.

—Se trata de que me supo mal la conversación que tuvimos en Verona durante las jornadas de romántica y quería disculparme.

—Vale, aceptadas. ¿Es eso a lo que has venido?

—Lo cierto es que no logro entender por qué narices Giorgio se comportó así. ¡Joder, trabajaba para mí!, —exclamó un Giulio cabreado, agitando su mano en el aire—. Y va y te entrega en bandeja a la nueva joya de la literatura. ¿No crees que no es justo? —Giulio alzó una ceja con suspicacia.

—No entro a valorar el comportamiento de Giorgio. Yo no he tratado con él, sino con Estefanía —le dijo de pasada, no queriendo volver otra vez al asunto.

—Ya, pero ¿qué cojones le llevó a hacerlo? ¡Nos conocemos desde hace un montón de tiempo!

—¿Has venido a criticar a un exempleado tuyo? Porque si es así, te repito que no tengo nada que ver.

—No, verás. Estaba pensando que, dado que la elección de Estefanía no ha sido del todo… clara, quería comentarte que tal vez deberíamos dejar que fuera ella la que eligiera editorial. No sé si me entiendes.

Gabriella contempló a Giulio sin poder creer lo que le estaba proponiendo.

—Ya lo creo que te entiendo. Pretendes que rescinda mi contrato con Estefanía, y que luego ella escoja libremente. —Le resumió mientras Giulio asentía con una sonrisa—. Ella ya eligió.

—Veo que no piensas soltarla.

—No se trata de soltarla o no, como bien dices. Estefanía Lambertti firmó con esta editorial sin ningún tipo de coacción. Nadie la obligó a hacerlo. Ni siquiera Giorgio.

—Pero estarás de acuerdo conmigo que…

—¿Qué?

—Que él sí tuvo algo que ver en ello.

—¿Por qué no te preguntas qué fue lo que hiciste mal para no

convencerla de que se fuera con *Tempesta* en vez de decir que Giorgio la coaccionó? Que él le sugiera que firmara con nosotros no significa que tuviera que aceptarlo. Estefanía Lambertti es mayor de edad para saber lo que quiere, ¿no te parece? No creo que se deje influir por lo que Giorgio le diga o deje de decir. No obstante, si tan seguro estás de que actuó bajo coacción, podemos llamarla y que te explique por qué nos eligió a nosotros. —Gabriella estaba tan ofuscada que ella misma descolgó el teléfono de su despacho para llamar a Estefanía.

—No. No hace falta. Déjalo. Lo que me mosquea es el motivo que impulsó a Giorgio a hacerlo, pero creo que, después de darle vueltas y más vueltas durante estas semanas, he logrado averiguarlo. —Giulio la apuntó con un dedo como si ella fuera la responsable de su comportamiento—. Estaremos en contacto, querida.

Gabriella permanecía en un estado de *shock*. No podía creer que Giulio se largara de su despacho de la misma manera en que había entrado. Se quedó callada contemplándolo salir por la puerta y como, al momento, Silvia regresó con cara de sorpresa e incredulidad. Contempló a Gabriella, que permanecía con los ojos abiertos como platos mirando al frente y no parecía que se hubiera dado cuenta de su presencia.

—¿Qué quería?

—Hacerme perder el tiempo. Eso es lo que quería —dijo sin variar un ápice su gesto—. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Venía a preguntarte por tu opinión acerca del boceto para la portada de la novela de Estefanía, que te envié por correo electrónico hace dos días. No me has comentado nada.

—¡Ooops! Se me ha pasado. Lo miramos ahora mismo. —Gabriella fijó su atención en la pantalla del ordenador y revisó su correo—. Aquí está —exclamó con gesto de triunfo. Luego emitió un sonido gutural y asintió—. Me gusta. Me gusta mucho lo que has hecho. Has sabido captar la esencia de la historia.

—Es la ventaja de haberlo leído. De ese modo tienes una idea mejor y más precisa de la historia. Y te sirve para reflejarla en la portada.

—Sin duda. Bien, creo que podemos pasárselo a Estefanía a ver qué opina. Si tiene alguna idea al respecto o prefiere que quede como está.

—De acuerdo.

—¿Algo más?

—Sí, verás. Necesitamos a alguien que nos eche una mano con los informes de lectura de los manuscritos que llegan. Esto es, alguien con un punto de vista objetivo, que perciba si una historia es…

—¿Y qué? ¿Qué quieres decirme? ¿Qué blogs colaboran con

nosotros? Echa un vistazo a ellos y dime algo.

—Había pensado en darle un toque a Giorgio, a ver qué le parecía. —Silvia se mordisqueó el labio cuando terminó de pronunciar el nombre.

Gabriella se quedó en silencio durante unos segundos, sin saber muy bien qué decir. Sin duda que aquel comentario acababa de chafarle la mañana. Primero, Giulio iba a recordarle la jugarreta que su querido amigo Giorgio había hecho; y en ese instante Silvia le proponía llamarlo para que le echara una mano con la selección de nuevos autores. Pero ¿qué coño pasaba? ¿Se habían puesto de acuerdo o qué?

—¿Por qué?

—Él tiene experiencia a la hora de…

—De convencer a una escritora para que acepte una oferta. Pero no creo que para leer los manuscritos.

—Pensaba que Giorgio los leía y que, tras emitir un informe, aconsejaba o no hablar con el autor para tantearlo a ver qué opinaba —le comentó Silvia poco dispuesta a dejar escapar a su amiga y editora.

—Tal vez sea así, pero ¿por qué él? ¿No tenemos suficiente gente para que se encargue de emitir informes de lectura o qué? —El tono algo irascible de Gabriella hizo que Silvia entornara la mirada hacia ella con gesto de preocupación.

—¿Te sucede algo?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque te noto algo alterada. ¿Te ha venido la regla o tu estado tiene que ver con que yo haya mencionado a Giorgio? Porque a mí puedes decírmelo de manera clara y sencilla. Solo ha sido una sugerencia, pero ya sabes que…

—Lo sé. Y agradezco tu sugerencia, pero en este caso no me vale porque Giorgio no… —Gabriella se calló de repente cuando pronunció el nombre de él. No quería que Silvia notara que, a pesar del tiempo transcurrido, pensar en él o hablar de él le afectaba. Pero así era. Desde que se habían despedido en Verona, no había vuelto a saber nada de él. Y ya habían transcurrido casi tres semanas. Habían prometido llamarse para verse y charlar, pero de momento ninguno de los dos había tomado la iniciativa. Y Gabriella sabía que no iba a producirse porque él había dado por perdida la guerra por conseguir que ella lo intentara con él. Y ella misma le había cerrado todas las puertas—. Giorgio me comentó que se marcharía de regreso a España. De modo que no creo que le interesara colaborar con nosotros —le dijo sin concederle demasiada importancia a ese hecho.

—Tal vez debiste habérselo propuesto cuando tuviste la ocasión.

Gabriella inspiró mirando a su amiga.

—Tal vez debería haber hecho muchas cosas que no hice. —«Como evitar que me rozara, que me besara, o me mirara sabiendo que, al hacerlo, yo me entregaría de manera incondicional».

Silvia observó a Gabriella dejar la mirada suspendida en el vacío; suponía que su jefa trataba por todos los medios de evitar pensar en él y en aquel fin de semana en Verona.

Capítulo 13

Giorgio creía que la distancia era el olvido, como decía la canción. Pero de igual manera que esta, él no lo concebía porque seguía pensando en Gaby a cada momento. Ni siquiera el tiempo lograba difuminar sus recuerdos. Pero tenía que conseguirlo, ya que ella no iba a cambiar de opinión y él no podía esperarla toda la vida. ¿Cómo haría para dejar de pensar en ella? ¿Acaso se le había pasado por la cabeza que ella se arrojaría a sus brazos una vez que le confesara sus sentimientos? Bueno, en cierto modo… Pero no era lo que él quería. No era lo que había anhelado durante todos aquellos años.

Había vuelto a reunirse con sus amistades en Madrid y a retomar el trabajo. Y, además, seguía informado de los logros de la editorial. Habían planificado el lanzamiento de la novela de Estefanía Lambertti para los días previos a la Navidad. Él había visto la portada en la web de la editorial y en diversas redes sociales. Bien por Gabriella. Tenía lo que había querido desde el primer momento: a Estefanía Lambertti.

—Cuando me dijiste que regresabas a España no te creí, la verdad. Pensaba que te quedarías en Bolonia.

—Sí, bueno. Yo tampoco si te soy sincero. Mi intención era quedarme en Italia, pero las circunstancias…

—Esas circunstancias se llaman Gabriella.

Giorgio arqueó las cejas mirando a su amigo Luis, quien, a su vez, le devolvía la mirada cargada de expectación mientras daba buena cuenta de su bocadillo de calamares en uno de los bares cerca de la Plaza Mayor.

—Vale. Sí. Tienes razón. He regresado con el rabo entre las piernas por culpa de ella —dijo encogiendo los hombros sin saber qué decir.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Quedarte en España para siempre y enterrar a Gaby en tu memoria? ¿O volverás a intentarlo? Por el trabajo no te preocupes. Sabes que puedes colaborar con nosotros. —Luis le dio un buen mordisco a su bocadillo contemplando a Giorgio.

—Ya me he dado cuenta, pero tampoco pretendo abusar de la editorial.

—Nada de eso. Reconocemos que te debemos mucho. Tú descubriste a varios de los autores que ahora tenemos y que gracias a ello salimos adelante. Pero del tema que nos ocupa, ¿qué?

Giorgio apuró su cerveza e hizo un gesto al camarero para que le pusiera otra caña.

—No hay nada que hacer. Le dije lo que sentía por ella y…

—Y te dio calabazas. Y después de conseguir que Estefanía Lambertti firmara con su editorial… ¡Joder!

—Sí. Bueno, eso es lo de menos.

—¿Lo de menos? ¡Coño, todo el mundo editorial habla de ella! Nosotros estamos interesados en traducirla para editarla aquí en España. No te digo más.

—¿En serio?

—Como te lo cuento. Sería interesante para nosotros presentarla. Pero ese tema lo llevan con sumo cuidado los de derechos autor y demás. Volviendo a tu amiga, sigo sin entender que después de acostarse contigo te haya dado la patada. Las mujeres están cambiando, amigo. Bueno, míralo por este lado. Ella se lo pierde. Y aquí en Madrid conozco a alguna que otra a la que dejaste bastante tocada cuando te largaste a Bolonia —le dijo con una sonrisa llena de complicidad.

—Desconocía este hecho.

—Pues ándate con cuidado, Casanova —le advirtió con una sonrisa cínica que Giorgio pasó por alto porque no era lo que él quería en esos momentos.

Gabriella revisaba la documentación en torno al lanzamiento de la novela de Estefanía. Se había levantado una gran expectación en las redes sociales y esperaba que no defraudara. A ello había que añadir el interés de una editorial en España para contar con los derechos para traducirla y publicarla. Sin duda que las noticias no podían ser mejores. Gabriella se recostó contra el respaldo de la silla y asintió. Sí. Sin duda que todo estaba saliendo rodado. Pero no quería dejarse llevar por esas situaciones ventajosas para la editorial, sino que quería tener los pies en el suelo en todo momento. Por eso, lo mejor era seguir trabajando para que las cosas salieran perfectas. Le había costado mucho llegar hasta donde se encontraba en ese momento y debía cuidarse de que nada lo estropeara. Y, además, poco a poco iba dejando atrás sus recuerdos sobre Giorgio.

—Hemos decidido que seas tú el que se encargue de viajar a Bolonia para cerrar los trámites de la traducción de la novela de Estefanía Lambertti.

La noticia dejó a Giorgio sin palabras. Permaneció aturdido unos segundos en los que su mirada quedaba fija en la de Roberto, editor jefe. Inspiró hondo tratando de asimilar esa situación. Se removió inquieto en su asiento, carraspeó y apretó los labios hasta convertirlos en una delgada línea.

—¿Por qué yo? —Ni siquiera supo explicar cómo había logrado hacer esa pregunta.

—Bueno, es bien simple. Has trabajado para *Tempesta* durante algún tiempo, lo que te permite conocer el mercado literario italiano. De hecho, creo que conoces a Gabriella, editora de *Essenza de Donna*, que ostenta los derechos de la novela de Estefanía. Y eres de Bolonia. Así de simple.

«Volver a Bolonia y ver a Gabriella».

Ese pensamiento hizo que Giorgio se removiera en su asiento. Sopesó la situación por unos segundos. ¿Era lo que le convenía? ¿Volver a verla? Llevaba meses apartado de ella, sin saber nada. Solo por las noticias que tenían que ver con la editorial y con el lanzamiento de la novela de Estefanía.

—¿Cuándo debería ir y por cuánto tiempo?

—Tendría que acordarlo con Gabriella, me refiero al día que os reuniríais.

—En ese caso, házmelo saber cuanto antes.

«Necesito tiempo para afrontar este paso».

—Por supuesto. Supongo que estarás al tanto de la presentación de la novela de la joven Estefanía y de las reseñas que hay en prensa. —Roberto le pasó una carpeta en la que podía leerse el nombre de la joven escritora—. Tú fuiste el artífice de que ella aceptara la oferta de esta editorial. ¿Por qué? ¿Viste algo especial en ella?

—Digamos que vi algo que no me gustó en otras personas. Vamos a dejarlo ahí. Si no necesitas algo más…

—¿Por qué no me has dicho que no querías ir?

—¿Por qué se supone que debería negarme a hacerlo? Es parte de mi trabajo aquí.

—Por lo que hubo entre Gabriella y tú. Luis me contó algo, para tenerme sobre aviso cuando te lo planteara.

—Procuro no mezclar lo personal con lo profesional. Gabriella y yo nos conocemos desde la facultad.

—Te avisaré cuando acuerde la reunión con ella.

Giorgio asintió sin mediar palabra. Se alejó de Roberto y decidió largarse hasta el parque del Retiro para dar un paseo que le aclarara un poco. Gabriella volvía a saltar a la primera página de su mente. Bueno, mentiría si dijera que no había pensado en ella, que no había

sentido la tentación de llamarla, de mandarle un correo, que sabía él la infinidad de veces que aquello se le había ocurrido. Pero después de unas primeras semanas algo jodidas por ella, logró centrarse en el trabajo de la editorial y dejar que este le absorbiera el mayor tiempo posible. Por ese motivo había aceptado encargarse de más tareas, además de pasar informes de lectura. Y cuando parecía irse acostumbrando a la idea de no regresar a Bolonia porque en Madrid se encontraba a gusto, el destino parecía querer tocarle las narices. No obstante, tampoco pensaba que fuera a suceder nada del otro mundo. Se reuniría con Gabriella, echarían un vistazo a la documentación para que no faltara nada y, después de saludar a sus amigos, volvería a Madrid. Rápido y sin complicaciones.

Desde que Gabriella tuvo conocimiento de que Giorgio volvía a Bolonia, no dejaba de experimentar la sensación de tener los nervios metidos en el estómago. ¿A qué venía aquello? Hacía meses que él se había marchado a España. Y durante todo ese tiempo, ni una llamada, ni un correo, ni un mensaje. Nada. Tampoco tenía constancia de que él hubiera regresado a Bolonia por algún motivo. Claro que, ¿por qué debería hacerlo? Le había dejado claro que no pretendía aventurarse en una relación con él, luego… Entendía que no mantuviera el contacto con ella. Con todo el asunto de la novela de Estefanía, tampoco le había quedado mucho tiempo para hacerlo ella. Pero sí debía admitir que en alguna que otra ocasión había pensado en él, lo había echado de menos en algún que otro momento. Para que la escuchara, para que le diera su opinión, para que le diera un abrazo… Era en esos momentos de soledad en su despacho o en su piso cuando Gabriella se daba cuenta de que, aunque quería olvidarlo, enterrarlo en el pasado y borrarlo de su recuerdo, no había podido hacerlo. Ni siquiera pudo prohibirse recordar sus besos, sus caricias, sus miradas. Ni lograr que su corazón latiera más despacio cada vez que algún detalle le recordara a él. Y cuando revisó por última vez el texto de la novela de Estefanía antes de publicarlo, pensar en ellos dos como los protagonistas de la historia le hizo soñar con regresar a aquellos días y… ¡Giorgio debía estar loco o haberla querido demasiado para no confesarle sus sentimientos! Para haberla contemplado en silencio durante tanto tiempo sabiendo que ella no sentía nada por él. Pero entonces, después del paso del tiempo, después de haber sentido en sus propios labios ese beso que él se había guardado durante años y esas caricias por todo su cuerpo, Gabriella era consciente de que, sin quererlo y tal vez sin saberlo, ella también lo había querido. Pero ¿qué iba a hacer cuando volviera a verlo? ¿Qué iba a decirle para que no se alejara de ella?

Giorgio preparó todo para el inesperado viaje a Bolonia para solventar las cuestiones de los derechos de autor por la traducción de la novela de Estefanía. Sentía una mezcla extraña en su interior: una parte de él deseaba volver a ver a Gabriella, saber qué tal le marchaban las cosas, aunque más o menos tenía una idea por lo que iba leyendo en la prensa especializada en literatura, las redes sociales y la propia web de la editorial. Pero él quería saber qué tal estaba *ella*, a nivel personal y emocional. Si embargo, había una parte de él que se mostraba algo más reticente a ir. La que después del tiempo que habían pasado separados no quería volver a verla. La que poco a poco se había ido haciendo a la idea de que ella no estaba destinada para él. Y, de repente, el destino le daba un nuevo giro de tuerca.

Llegó a Barajas en compañía de Luis y con el tiempo justo para tomar un último café. Luis no apartaba su atención de Giorgio, a quien percibía algo raro, con una mezcla de preocupación y expectación ante su llegada a Bolonia.

—Hay algo que te preocupa —le dijo captando la atención de Giorgio. Este levantó la mirada de su café—. Vamos, suéltalo de una vez. ¿Es por volver a verla?

—Algo de eso hay, sí.

—¿Qué esperas al verla? Me refiero a cómo crees que te recibirá.

—Supongo que de una manera normal. A ver, entre nosotros hay una buena relación.

—Sí, ya lo creo. Te la tiraste —le recordó con una sonrisa cínica.

—Lo sé. Pero también me dijo que no quería tener ningún compromiso conmigo.

—¿Y si hubiera cambiado de opinión después del tiempo que lleváis sin veros? ¿Te has parado a pensarlo? Imagina que haya recapacitado y que ahora sí quiera intentarlo.

Giorgio iba a responder de manera rápida y automática, pero de repente se detuvo. No había considerado esa posibilidad, y más después del tiempo que habían pasado separados, así que… Sacudió la cabeza desechando esa posibilidad por muy remota que pudiera ser.

—No, no lo creo. ¿Por qué habría de cambiar de opinión? Conozco a Gaby desde la facultad y créeme si te digo que no es de las personas que cambian así como así. Nunca ha considerado las relaciones de pareja como algo que entrará en sus planes.

—Vale, pero ¿y si fuera así?, —insistió Luis poniendo a su colega en un apuro.

Giorgio resopló.

—No lo sé. No tengo ni idea de lo que haría porque no es algo que me espere.

—Pues no lo descartes. Oye, espabila, que tienes que pasar el control de seguridad y ya sabes que, en ocasiones, tardan. Llámame cuando llegues, y si hay algún problema con la documentación, cosa que no creo porque todo está en regla, me cuentas.

—Si todo está en orden, no entiendo por qué tengo que ir. Podría mandarlo por fax o por correo electrónico.

—Tienes razón, pero Roberto quería que fueras en persona, ya que conoces a la editora, y si hubiera cualquier contratiempo sabrás como resolverlo. Te dejo, que también he de regresar a la editorial. Buena suerte, en todos los aspectos —le dijo estrechándole la mano a Giorgio antes de que este se dirigiera al guardia que había situado frente a los lectores del billete.

No pudo apartar de su mente el comentario de Luis acerca de Gabriella y su posible cambio de opinión. ¿Cómo iba a suceder semejante locura? No, ni de coña. Gaby se mantendría en su postura al respecto de ellos. «Lástima», se dijo, «porque ambos sentimos lo mismo».

—¿Está todo listo para la presentación de la novela de Estefanía? —Gabriella estaba algo atacada con ese asunto. Habían apostado fuerte por la joven escritora y quería que las lectoras también respondieran a la llamada.

—Todo está listo. Mañana a las seis de la tarde estará todo dispuesto. Por eso no te preocupes, ¿quieres? Entiendo que lleves días algo alterada por el lanzamiento de la novela, pero…

—Pero ¿qué?, —la cortó Gabriella lanzándole una mirada a Silvia que poco menos y la convierte en una estatua.

—Si lanzaras rayos por tus ojos, ahora mismo me habrías desintegrado, chica. Solo te pido que te calmes, ya que todo está bajo control, ¿me harás ese favor? —Silvia entornó la mirada hacia ella buscando su aprobación. No iba a comentarle nada acerca de la visita de Giorgio para el asunto de los derechos de traducción de la novela de Estefanía.

Gabriella se dejó caer contra el respaldo de su sillón, resoplando. Concentró su atención en un punto en el vacío tratando de centrarse. No estaba así por la presentación de la novela, pero llevaba días con los nervios metidos en el estómago. Desde que supo que Giorgio regresaba.

—Tienes razón. Tengo que tranquilizarme. Bien, si todo lo de la presentación está dispuesto, entonces no hay más que hablar, salvo hacerlo con la interesada —concluyó arrojando con desgana un lapicero sobre la mesa.

—¿Quieres que la llame?

—Sí, estaría bien que lo hicieras y le pidieras que se pasara por aquí hoy mismo. Mañana es la presentación, así que… Estaría bien que comentáramos algunos detalles.

—De acuerdo, la llamo ahora. Por cierto, ¿qué tal lo del tema de los derechos de traducción? —Silvia no pudo morderse la lengua. Sabía que ese tema era algo delicado porque tenía que ver con Giorgio, pero como ayudante de Gabriella necesitaba estar al tanto de ello.

Esta se quedó callada con gesto pensativo. Daba la impresión de que no había escuchado la pregunta. Silvia iba a marcharse al ver la negativa de Gabriella a tocar el tema, cuando esta abrió la boca.

—Todo en orden. Esperando que Giorgio venga, cerremos unas cosas y tenga su copia.

Silvia asintió sin mediar ni una sola palabra. Entrecerró los ojos escrutando el rostro de Gabriella en busca de algún gesto, algún tic nervioso, algo que le indicara que en verdad se encontraba bien; tan bien como quería hacerle ver.

—¿Quieres algo más?, —preguntó Gabriella fijando su mirada en su ayudante.

—No, no. Llamaré a Estefanía. Eso era todo.

Gabriella la vio marcharse y volvió a sumergirse en sus devaneos con Giorgio como protagonista. ¡Siempre Giorgio! «¿Por qué no he conocido a un tío en estos meses que hubiera conseguido sustituirlo en mis pensamientos?», se preguntó mordisqueándose el labio y entrecerrando los ojos. Pero entonces su particular diablilla surgió en su hombro, sonriente y feliz porque se hiciera esa pregunta.

«Porque sigues esperando su regreso. Porque en realidad lo has echado de menos desde el día que se marchó a España. Pero no quieres admitirlo. ¿Y sabes por qué? Porque te enamoraste de Giorgio sin darte cuenta de que lo estabas haciendo».

Una sonrisa bailó en los labios de Gabriella. ¿En verdad era por ese motivo por el que no se había molestado en conocer a nadie? ¿Enamorada de Giorgio? Pero si habían sido compañeros en la facultad durante cinco años y nunca… Gabriella detuvo sus excusas, sus pensamientos en torno a esta idea.

«Nunca te fijaste en él porque estabas volcada en la carrera. Él mismo te lo dijo», le recordó la diablilla.

«Por una vez estoy de acuerdo con ella», fue el angelito en esa ocasión el que surgía de la nada para posarse en su otro hombro y asentir.

—Callaos —exclamó de repente como si estuviera hablando con alguien físico que estuviera en su despacho—. ¿Y tú por qué le das la

razón? Se supone que no puedes hacerlo. Eres la parte de mi conciencia que debería decirme lo contrario —dijo molesta con su particular angelito.

Gabriella tenía sus pensamientos divididos, pero en ambos casos estas parecían confluir hacia el mismo fin. Resopló sin querer preguntarse qué pensaría él de todo eso. ¿Seguiría sintiendo por ella lo que le había confesado en su apartamento la primera vez que la besó? ¿Lo que le aseguró estando en Verona? Gabriella cerró los ojos y recostó la cabeza contra el respaldo del sillón sin saber qué diablos hacer. Si seguía por ese camino iba a volverse loca.

Giorgio dejó su bolsa de viaje encima de su cama. Ya estaba en casa de nuevo. Echó un vistazo alrededor para comprobar que todo estaba tal y como lo había dejado. Luego lanzó una mirada al reloj. ¿Sería buena idea darle un toque a Gabriella para saber cuándo quería que se reunieran? Lo cierto era que una mezcla de necesidad y urgencia se mezclaron apoderándose de él. ¿Pretendía cerrar el asunto de los derechos de traducción y largarse de vuelta a Madrid? Porque si eso era lo que buscaba, entonces la manera de hacerlo era hablar con Gaby lo más pronto posible. Pero si se dejaba llevar por otra parte de él, la que ansiaba verla pero de una manera personal, no profesional, entonces prefería dejar la llamada para el día siguiente. O tal vez acudir a la presentación de la novela de Estefanía Lambertti y, una vez en esta, charlar con Gaby. Sí. Le parecía una idea mejor que llamarla en ese momento. Así tendría tiempo para prepararse antes de verla, ya que no tenía ni idea de cómo reaccionaría ella, ni mucho menos él.

Estefanía se sentía decepcionada. Su ex, Pietro, no había dado señales desde que ella había salido de casa de este. Y de eso hacía ya bastante tiempo. Pero aunque le jodía sentirse así, en parte hasta se lo agradecía porque estaba claro que lo suyo no tenía futuro. No esperaba verlo en la presentación de su novela, eso estaba claro. Así que más le valía sonreír y cambiar el chip. Esa tarde era especial para ella. Muchas lectoras anónimas buscarían su autógrafo impreso en un ejemplar de su novela; se harían fotos, *selfies* y demás con ella. Tenía que dejar de pensar en su ex. No merecía la pena.

Gabriella supervisaba todo para que no hubiera ni un solo fallo. Quería que su apuesta por Estefanía fuera una realidad. Ella creía en la historia que Estefanía había escrito. Tenía fuerza, entusiasmo, pasión, entrega por parte de ella. Lo tenía todo para triunfar. Además, contaba con Melina como madrina para la ocasión. Nada podía fallar.

—¿Estás preparada? —Le preguntó a Estefanía cuando la vio—. Supongo que no estarás nerviosa.

—Bueno, la verdad es que la situación impone respeto.

—No es nada. Imagínatelos a todos desnudos —le aconsejó una Melina eufórica—. A mí me funciona.

—Menudo consejo —resopló Gabriella.

—¿Qué quieres que le diga? Y si tienes un tío buenorro en primera fila, mejor. —Le aseguró guiñándole un ojo.

—Será mejor dejar el tema y prepararnos. Ahí viene Alana, la dueña de la librería.

Giorgio salió con el tiempo justo de casa. No quería llegar a la presentación antes de la hora fijada porque no quería parecer impaciente por ver a Gaby. Y la verdad, le costó un poco no hacerlo. Pero ya estaba cerca y más si se fijaba en la larga cola de adolescentes y chicas algo mayores que hacían cola para entrar en la librería. ¡Joder, daba la vuelta a la calle! Giorgio sonrió y se alegró por la joven autora porque sabía que acabaría triunfando, y más si era Gabriella la que llevaba su novela. Se puso a la cola como uno más ante las miradas de curiosidad de las chicas allí presentes, hasta que le llegó el turno de entrar. Aquella situación le venía de perlas, ya que no pretendía estar en primera fila, sino quedarse al fondo. Desde allí podía contemplar a Gabriella. Cogió aire cuando la divisó de pie detrás de la mesa. «Espectacular» fue la primera palabra que se le vino a la mente. Sería mejor que tratara de calmarse. Ya tendría tiempo de charlar con ella. A su lado reconoció a Estefanía y a Melina.

Gabriella sonrió complacida por la cantidad de jóvenes lectoras que se habían dado cita en la librería. Sin duda que la novela de Estefanía sería todo un éxito. Estaba tan entregada al evento que no se dio cuenta de la presencia de Giorgio hasta que su mirada se detuvo en la gente que se había quedado de pie al fondo de la librería. Fue en ese preciso instante que sintió un sudor frío apoderarse de su cuerpo primero, para convertirse de manera lenta en una ola de calor sofocante que se acentuó en su rostro. Gabriella se concentró entonces en él y se olvidó de por qué estaba allí. Escuchaba de lejos la voz de Melina hablando de la novela de Estefanía. Pero parecía que sus palabras le sonaban lejanas. Gaby deslizó el nudo que la mirada y la sonrisa de Giorgio acababan de provocarle. Y sin darse cuenta correspondió a su sonrisa y dejó que sus labios se curvaran de manera lenta.

Giorgio la vio sonreír con la mirada fija y enigmática. No la apartó de él durante al menos treinta segundos. El tiempo justo en que volvió a intervenir por un breve momento para dar paso a la autora. Y cuando Giorgio esperaba que Gaby se centrara en esta, hizo todo lo contrario y volvió su atención a él.

Gabriella no podía evitar dejar de mirarlo. Trataba de asegurarse

de que seguía allí. Que era real y no fruto de su imaginación. «Los meses pasados lejos de Bolonia y de mí le favorecen», se dijo una Gabriella que tenía la impresión de haber saltado de las páginas de la novela de autora. Estaba nerviosa como una de las adolescentes que llenaban la librería. Sintió las ganas de abandonar la mesa e ir en busca de él. ¿Se marcharía de inmediato o permanecería en Bolonia algunos días? La pregunta atenazó a Gabriella, pero más una de las dos posibles respuestas. ¿Y si se marchaba al día siguiente o uno después? ¿Iba a confesarle cuánto lo había echado de menos? ¿O a tal vez eran las ganas que tenía de verlo? Pero lo más importante de todo era saber si él seguía sintiendo lo mismo por ella porque, de ser así, iba a pedirle que se quedara a su lado.

Cuando llegó el momento de las firmas de ejemplares, Gabriella y Melina se apartaron para dejar sola a la protagonista del día. No obstante, hubo más de una que aprovechó la presencia de Melina para solicitarle una dedicatoria. Eso dejó a Gabriella sola, hasta que su hermana Lucía se acercó a ella.

—No te quejarás, ¿eh? Menudo exitazo, guapa.

—Sí, la verdad es que esto ha sobrepasado nuestras expectativas.

—¿Esperabas que también apareciera quien tú ya sabes? —Lucía le hizo un gesto a su hermana en dirección a Giorgio, quien permanecía en su lugar observándola. Lucía intuía que él no sabría si debía ir hacia su hermana o si, por el contrario, la propia Gaby fuera quien acudiera junto a él.

Gabriella sonrió. Sacudió la cabeza y resopló.

—No tenía ni idea de que aparecería aquí esta tarde, la verdad. Sabía que tenía que venir por el tema de la traducción de la novela de Estefanía —comentó mientras su hermana ponía cara de no entender nada—. Ya te conté que estaba en España trabajando para una editorial y que… Es igual, déjalo.

—Mejor me cuentas qué vas a hacer con él esta noche.

—No voy a…

—Entonces no te afectará que vuelva a marcharse. ¿Por qué no le haces una oferta para que se quede a tu lado? Apuesto a que hay una que él no rechazará ni por todo el oro del mundo. Voy a que Estefanía me firme el libro —le dijo mostrando su ejemplar.

—¿Tú también lo has leído?, —preguntó Gabriella extrañada porque su hermana leyera novelas de adolescentes.

—¿Por quién me tomas? Claro que la he leído. Y me ha encantado. —Lucía le guiñó un ojo y se puso a la cola.

La librería comenzó a vaciarse de manera lenta y ordenada. Gabriella se encontró que no había nadie entre Giorgio y ella, salvo

algunas sillas. Tenía la sensación de que estaban en un duelo, como en las películas del oeste. Mirándose de manera fija a los ojos por ver quién desenfundaba primero. En ese caso se trataba de ver quién daba el primer paso hacia el otro. Pero, para sorpresa de Gaby, fueron ambos los que comenzaron a acortar la distancia que los separaba hasta quedar separados por escasos centímetros.

Giorgio cerró las manos con fuerza para no acariciarle el rostro, para no rozarla siquiera. Pero se moría de ganas de hacerlo. No la recordaba tan preciosa, o bien se trataba de sus ganas por verla las que lo llevaban a pensar en ello.

—No esperaba verte aquí —le dijo ella rompiendo el hielo e intentando dominar su impaciencia por querer saber de él en todo ese tiempo que hacía que no se veían.

—No me lo perdería por nada.

—En cierto modo, todo esto es gracias a ti.

—Ni de coña, Gaby. —Le rebatió sonriendo burlón—. Tú eres la única artífice de esto —la corrigió paseando la mirada por las jóvenes lectoras que iban saliendo por la puerta de la librería con el ejemplar firmado por la autora.

—Pero sí tú no hubieras hablado con Estefanía y le hubieras aconsejado que firmara con nosotros…

—Lo habría hecho de todas maneras porque sabe lo que le conviene.

—Siempre te has preocupado por mí. —Giorgio no pudo evitar sonreír ante aquella afirmación—. Supongo que tendrás prisa por regresar a Madrid. Así que, si quieres, podemos ir a las oficinas de la editorial y terminar con el papeleo de los derechos de autor para la traducción. No quiero hacerte perder el tiempo. Supongo que tendrás cosas que hacer y gente a la que ver.

Giorgio no pudo evitar sonreír divertido al verla hablar de aquella manera tan precipitada.

—¿Por qué me preguntas todo eso? No tengo ninguna prisa, ¿y tú?

—Pero… ¿Cuándo regresas?

—Cuando hayamos resuelto todo aquí.

Gabriella se sobresaltó al notar la determinación con la que él se lo decía, pero por encima de esto, la forma de mirarla, de acercar su rostro al de ella, de sentir su aliento rozar sus propios labios. Sintió el escalofrío recorrer su espalda cuando se fijó en cómo su reflejo aparecía en los ojos de Giorgio, como si de una señal se tratara.

Estefanía, Melina, Lucía y Silvia permanecían expectantes ante la escena que las cuatro contemplaban.

—¿Cuál de vosotras dos se va a hacer eco de esta historia?, —

preguntó Lucía con sorna sin apartar la mirada de la pareja.

—Melina. Yo soy más de escribir historias para adolescentes.

—Por mí no hay problema, pero si Gaby se entera de que lo hago…

—No te hará nada porque sabe lo que se juega —apuntó Lucía sonriendo con toda intención—. Por cierto, creo que este chico te busca, Estefanía. Lo digo porque lleva tu libro en la mano.

Estefanía se volvió para fijarse en este y, sin quererlo, no pudo evitar que una sonrisa flotara en sus labios.

—¡Luca!

—Espero llegar a tiempo y no molestar —le dijo mirando a las otras tres chicas de refilón—. Pero me entretuve y…

«¿Por qué demonios balbucea? Se lo ve nervioso y algo cohibido», pensó Estefanía contemplándolo con una inusitada mezcla de diversión y expectación.

—¿Puedes firmarme un ejemplar? —Luca se lo tendió ante las miradas de curiosidad de todas las demás, incluida Gabriella, quien se había acercado hasta el grupo una vez que terminó de hablar con Giorgio.

—¿Es para ti? —Quiso saber una Estefanía sin salir de su asombro porque su amigo y compañero de clase estuviera allí.

—Sí, claro. Es para mí.

—Espero que te lo leas.

—Ya lo hice cuando lo ibas escribiendo y colgando en las redes sociales. Pensaba que, cuando me decías que querías escribir, lo decías en cachondeo, pero veo que hablabas en serio —le dijo cogiendo el libro en su mano.

—¿Qué te ha parecido? —Estefanía se mostró deseosa por saber su opinión. No había recibido ninguna procedente de un lector masculino, de manera que aquello era toda una novedad.

—Me gusta tu estilo directo, desenfadado. Muy real. Se nota que has disfrutado escribiéndolo. Por cierto, supongo que seguirás haciéndolo, ¿no? Me refiero a que esta no será tu primera y única historia. —Luca entornó sus ojos color café hacia ella, a la vez que formaba una arco de expectación con sus cejas.

—Ah… Sí, sí. Claro. Espero poder encontrar tiempo para seguir escribiendo.

—Me alegra escucharte decir eso. Bueno, yo… no te entretengo más. Supongo que tienes cosas que hacer.

—¿Te gustaría venir a tomar algo con nosotros? Bueno, si no te importa y no tienes nada que hacer. Y si nadie tiene nada qué decir —sugirió Melina paseando su mirada por los allí presentes. Ninguno se

opuso a aquella invitación.

—No tengo nada que hacer y por mí estaría encantado de compartir un rato con dos famosas escritoras —comentó Luca mirando a Melina y a Estefanía para quedarse más de lo normal contemplando a esta última.

—En ese caso, podemos acercarnos a ver a Marco.

—Yo tengo que terminar de rematar unas cosillas con Alana, pero puedo veros allí a todos —se excusó Gabriella.

—Si no te importa, te espero —dijo Giorgio mirándola de manera fija. No iba a dejarla escapar esa noche. Ni hablar. Todos sus pensamientos y conjeturas en torno a Gaby iban a quedar resueltos esa noche.

—Estaaaaa biennnnn, chicos —dijo Melina arrastrando las palabras con toda intención—. Os vemos allí. ¿Cuándo narices se va a decidir tu hermana a agarrar a Giorgio por la pechera, estamparle un beso y decirle lo que siente por él?

Lucía suspiró.

—Le diré que, si no lo hace esta noche, seré yo en persona quien le tire los tejos a Giorgio, chicas.

—Esperadme un momento —pidió Estefanía volviendo hacia Giorgio—. Este es para ti.

Giorgio se sintió conmovido por el detalle. Un ejemplar de la novela dedicado y firmado.

—Gracias.

—A ti. Tenías razón cuando me dijiste que aceptara la oferta de ella —dijo haciendo un gesto hacia Gabriella.

—Ya te lo dije.

—Nos vemos luego.

Se marcharon de la librería mientras Giorgio observaba a Gabriella conversando con Alana.

Luego, a solas en la calle camino del café de Marco, Giorgio no quiso apartarse de ella y dejó que sus cuerpos se rozaran e, incluso, en algún que otro momento, su mano acarició de manera sugerente la de ella. Llegaron a la puerta del local de Marco y fue cuando Gabriella decidió retomar el tema que más le interesaba esa noche.

—Te lo ha regalado Estefanía —dijo haciendo un gesto hacia el ejemplar de la novela.

Giorgio asintió sonriendo.

—Ha sido todo un detalle por su parte. Me encanta la portada. Sin duda que entra por los ojos —le confesó fijándose en la pareja de jóvenes que aparecían en actitud cariñosa.

—Gracias por tu sinceridad. Por cierto, no me has respondido

cuando te pregunté si tenías prisa por cerrar aquí el tema de la traducción. La verdad es que faltan un par de cosas por acordar y ya estaría.

—¿Prefieres seguir hablando de trabajo después del éxito que has tenido con la presentación de la novela de Estefanía? ¿No piensas cambiar nunca? Por favor, Gaby, olvida la editorial por una noche —le pidió deteniéndose delante de ella al tiempo que la gente pasaba por su lado mientras entraba y salía del local.

—Vale, pero solo una última cuestión con respecto a ello.

Giorgio resopló con un gesto de comicidad. No podía con ella.

—De acuerdo. Cuéntamelo antes de entrar —le pidió haciendo un gesto con la cabeza hacia la entrada.

Gabriella se armó de valor para decirle aquello. Lo había estado meditando durante todo el día y creía que era lo más acertado. Giorgio permaneció en silencio sin atreverse a decir una sola palabra, esperando a que ella se pronunciara.

—Me gustaría que trabajaras en la editorial. El puesto podríamos discutirlo después de que aceptaras, claro. Sé que tienes tu puesto en España y que seguramente te irán las cosas de puta madre. —Le aseguró con una sonrisa irónica— porque en todos estos meses que han pasado desde que te marchaste, no has pisado Bolonia salvo hoy.

—¿Por qué?

—¿Cómo dices?

—Digo que por qué me haces esta oferta precisamente ahora. Te ofrecí mi colaboración antes de regresar a Madrid. ¿Qué ha cambiado, Gaby?

Ella se acercó un poco más hasta él, tratando de dominar sus nervios, sus deseos por besarlo, por decirle lo estúpida que había sido por no querer reconocer la verdad con él. Gabriella cerró los ojos unos segundo preparándose para lo que iba a decirle.

—Yo he cambiado. Y sería más acertado decir que tú me has cambiado.

Giorgio no hizo ni un solo gesto, lo cual confundió más a Gabriella. Verlo sin mostrar ninguna emoción le sentó como si acabaran de echarle un cubo de agua helada por encima.

—¿A qué te refieres?

—No soy muy buena confesando lo que siento, ¿eh?, —bromeó intentando pasar el mal trago—. Te he echado de menos. Desde que te marchaste de vuelta a España, yo… no he vuelto a ser la mujer que era.

—¿Y eso te preocupa? Me refiero a si ese cambio que dices que has sufrido es malo para ti.

—Solo si te vuelves a ir. No podría soportarlo.

Giorgio sintió que el corazón se le detenía. ¡Lo había echado de menos! ¡Pretendía que él se quedara con ella! Harto de no poder tocarla como se merecía, Giorgio enmarcó el rostro de ella entra sus manos para contemplarla como nunca lo había hecho.

—¿Me estás pidiendo que me quede aquí contigo?

Gabriella deslizó el nudo que le impedía hablar, de manera que se limitó a asentir esperando que él aceptara hacerlo. De repente, sintió los pulgares de él rozarle las mejillas de manera lenta, tierna. Su boca curvarse en una sonrisa cálida que mitigó sus temores. Nada tendría sentido si él volvía a marcharse. Nada.

—¿Sabes el tiempo que llevaba esperando algo así?

—¿Desde los años de la universidad? —Le preguntó arqueando una ceja con expectación.

Giorgio se inclinó sobre los labios de ella para rozarlos de manera lenta y calculada, lo que elevó la temperatura de ambos. Escuchó el gemido de aceptación del beso, ahogado en su propia boca. Los brazos de Gaby lo rodearon para aferrarse a él como si temiera que pudiera evaporarse de un momento a otro.

—Creo que ya puedes irte olvidando de lo que dijiste en la librería. —Le susurró Melina a Lucía cuando ambas iban a salir del bar a ver si los veían llegar y los divisaron justo frente a la entrada.

—Menos mal, porque, si te digo, la verdad me daba apuro entrarle a Giorgio. Y mira que somos amigos desde hace años y hemos compartido noches de fiesta —señaló Lucía contemplando a su hermana y a Giorgio besarse.

Cuando se separaron, Gabriella tenía la sensación de haberse quitado un peso de encima, de que todos sus miedos se habían evaporado. Al mismo tiempo se sentía feliz porque Giorgio la hubiera besado, lo que confirmaba que seguía sintiendo lo mismo por ella.

—Bueno, ya iba siendo hora, ¿no?, —les dijo Lucía, aplaudiendo, con una sonrisa que le iluminaba todo el rostro—. Te ha costado verlo, ¿eh?, —dijo refiriéndose a su hermana.

—Más vale tarde que nunca. —Le rebatió esta—. No sé, tal vez lo haya sentido desde hacía mucho tiempo, pero no quería creerlo. ¡Joder, es mi mejor amigo y mi compañero en la universidad! Lo consideraba un hermano.

—Pues entonces estás cometiendo incesto —apuntó Melina irónica.

—Oye, ¿y Estefanía y Luca?, —preguntó Gabriella cambiando en tema de conversación. Ya tendrían tiempo de aclararlo todo y de charlar largo y tendido.

Lucía y Melina se miraron y sonrieron de una manera bastante

evidente.

—Dentro —dijo Lucía encogiéndose de hombros—. ¿Qué más te da dónde están o lo que hagan? Tú ya tienes lo que necesitabas. Anda, disfruta.

—Vamos dentro —sugirió sintiéndose el centro de atención de su hermana y de su mejor amiga. Gabriella entrelazó sus dedos con los de Giorgio, un gesto que este no pasó por alto. La contempló, y ella se alzó para besarlo una vez más antes de que él dijera nada.

Estefanía y Luca se reían comentando anécdotas del curso y haciendo planes futuros. Estefanía no sabía cómo, pero la presencia de él había conseguido hacerla olvidarse de la decepciones sufridas con Pietro, su ex. Tal vez pensó que él aparecería en la presentación de su novela y que hablarían y buscarían la manera de arreglar lo suyo. Pero nada de eso había sucedido, lo cual le indicaba a Estefanía que su historia de amor, si podía calificarla como tal, había concluido. Y en ese momento, allí estaba junto a uno de sus compañeros de clase disfrutando de su éxito.

—No dejas de sorprenderme. —Le aseguró ella sonriendo y contemplándolo con los ojos entrecerrados, como si lo estuviera escrutando. Allí estaba él, con sus vaqueros desgastados, sus zapatillas y una camiseta que se ajustaba a su cuerpo y que resaltaba su musculatura. Con aspecto de estar en otra parte. Pero al mismo tiempo con un toque de intriga. Lo cierto era que nunca se había fijado demasiado en él porque solía ir por libre. Habían coincidido en la cafetería, en alguna fiesta, habían intercambiado apuntes y demás. Era un tío agradable por lo que sabía y conocía. Y el detalle de aparecer con su novela en la mano para que ella se la firmara… ¡Sin duda que había sido flipante!

—¿En qué sentido?

—Eres el primer y único tío que ha venido a que le firme la novela.

—¿Y eso es malo? —Luca entornó la mirada sin comprender qué significaba aquello para ella.

Estefanía movió la cabeza de un lado a otro.

—Es perfecto.

—Me gusta la literatura y no le hago ascos a ningún género. ¡Y, además, eres tú!, —le dijo extendiendo los brazos hacia ella mientras la miraba de arriba abajo—. ¡La nueva autora de éxito de la novela italiana, coño!

Algunos de los que estaban a su alrededor giraron la cabeza para mirarla, lo cual provocó que Estefanía se sonrojara, riera a carcajadas y sintiera que su corazón latía desaforado en su pecho. Se acercó a Luca para hacer que callara y, sin pensarlo, se vio atrapada entre sus

brazos mientras seguía riendo y disfrutando del momento.

—Para, para. Me muero de vergüenza. Por favor.

Luca le hizo caso y la soltó. Pero no pudo dejar de contemplarla con una inesperada sensación de cariño. ¡Joder, era bonita, estaba buena y todo eso! Pero no iba a ser tan estúpido de liarse con ella esa noche por mucho que deseara hacerlo. No, no, ¿qué haría dentro de unas semanas cuando empezaran las clases en la facultad? ¿Presentarla como su chica? No. Ni hablar. Además, que él supiera, ella estaba saliendo con un amigo de él. Lo recordaba porque los había visto juntos a la salida de la facultad, cuando él pasaba por ella. Así que por mucho que le apeteciera, ella estaba prohibida. De manera que sería mejor dejarlo estar y dar un paso atrás.

Estefanía lo notó. El chispazo del deseo en la mirada de él, en su manera de acercarse, pero también percibió el paso atrás. Tal vez sabía que tenía novio, pero eso ya no era cierto. Ella lo había dejado con Pietro y podía hacer lo que quisiera.

—Esos dos acabarán juntos. Acuérdate de lo que te digo —le comentó Lucía a Melina observando a Estefanía y a Luca.

—No te lo discuto.

—¿Y tú con Marco? —Le preguntó levantando la mirada hacia este, que permanecía tras la barra junto a su hermana Claudia.

—Vamos tirando.

—Bien.

—¿Y tú, qué? ¿No me cuentas nada? ¿Algún nuevo ligue en tu cama?

—Naaah, ahora voy de chica formal. —Le aseguró adoptando una pose seria.

—No me lo creo.

—Pues allá tú. Mira, otros dos —dijo señalando a Gabriella y a Giorgio.

Los vieron reír, charlar y susurrarse palabras al oído antes de que los perdieran de vista. No se despidieron de nadie, sino que desaparecieron de repente. Buscaron la manera de quedarse a solas para recuperar el tiempo perdido. Tenían mucho que hacer y poco que decirse.

Capítulo 14

La luz de un nuevo día se filtraba a través de la persiana, abriéndose paso entre la oscuridad de la habitación hasta caer sobre el rostro de Gabriella. Esta se removió bajo el amasijo de sábanas y colcha en el que se había convertido la ropa de la cama. La noche anterior había sido algo… alocada. Gabriella se volvió y quedó con la espalda apoyada en la cama y la mirada fija en el techo, al tiempo que una sonrisa flotaba en sus labios. A continuación, se giró de manera lenta para quedarse embobada contemplando a su compañero en aquella travesía apasionada. Giorgio permanecía relajado. Su pecho subía y bajaba fruto de la respiración. Tenía el pelo revuelto y algunos mechones le caían sobre la frente. La barba comenzaba a despuntar en su rostro, lo que le otorgaba un aspecto desenfadado y atractivo a la vez. Gabriella apoyó la cara sobre la palma de su mano y se quedó contemplándolo como si no lo hubiera visto antes. Y lo cierto era que no había tenido ocasión de observar a Giorgio de aquella manera tan íntima y cercana. Dejó que uno de sus dedos trazara el perfil de su rostro con sumo cuidado de no despertarlo. Pero el leve gruñido de complacencia de él le indicó que no permanecía dormido. Pero Gabriella se detuvo un instante a la espera de su reacción.

—Puedes seguir con lo que estabas haciendo —le indicó sin abrir los ojos y sonriendo con ironía.

—Pensé que dormías.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome? —Giorgio la observó de reojo.

—No mucho, la verdad. Acabo de despertarme y sentí ganas de mirar cómo duermes. Estabas relajado.

Giorgio se volvió hacia ella y su mano le apartó el pelo del rostro; le acarició la mejilla hasta que el pulgar se centró en los labios de ella.

—No termino de creerme que esto haya pasado, Gaby.

Ella acunó su mano con la de ella para que no la retirara de su mejilla.

—Tal vez tenías razón y me dejé llevar por mi obsesión con los

estudios, el trabajo. —Gaby sonrió de manera tímida, apartando la mirada de la de él.

—Eso ahora carece de importancia, ¿no crees?

—Todo este tiempo estabas ahí y nunca te vi. Nunca me di cuenta de lo que en verdad sentía por ti.

—¿Vas a confesarme que sentías algo por mí en la facultad? —Le preguntó Giorgio con una sonrisa escéptica, incorporándose hasta quedar apoyado en el cabecero.

—No sabría qué decirte, la verdad. Lo que más me fascina de ti ahora que sé la verdad de por qué estabas conmigo a todas horas, es que me soportaras mientras te contaba mis problemas con los tíos. ¡Joder! De verdad, deberías haberme mandado a paseo de una puñetera vez. —Le aseguró riéndose a carcajadas. Giorgio ni se inmutó.

—No creas que no lo pensé en más de una ocasión. No creas. Pero no pude hacerlo. No tuve fuerzas para ello, o tal vez no quise.

Gabriella se quedó contemplándolo, sintiendo que los latidos de su corazón se intensificaban, que su piel se erizaba y que su vista se empañaba. ¡Joder, se estaba emocionando ante aquella confesión!

—Tú no eres de este mundo. Otro en tu lugar…

—Pero no soy otro, Gaby. Soy *yo*. Por eso he seguido enamorado de ti pese a la distancia, el tiempo y las circunstancias.

—Fue todo un detalle por tu parte lo de Estefanía, pero… —Gabriella sintió el dedo de él sobre sus labios instándola a que se callara.

—Deja el trabajo para más tarde.

—Tenemos que aclarar tu presencia aquí en Bolonia. Supongo que el asunto de la traducción y de… Pero… —La boca de Giorgio se apoderó de la suya sin remisión.

—Es la única manera que conozco para que te calles de una vez. —Le susurró antes de volver a besarla y escuchar las risas ahogadas de Gabriella.

—Bueno, bueno, pues ya está. Por fin te has dado cuenta de que Giorgio estaba destinado para ti. —Le aseguró Melina cogiendo la taza de su expreso para beber.

—Sí, todo está solucionado.

—¿Y de verdad Giorgio va a trabajar para ti? ¿No regresa a España? —Lucía, que se había apuntado a esa minireunión matinal, contemplaba a su hermana con perplejidad, mientras esta asentía sin decir ni pío—. Es curioso que por fin estéis juntos. Reconoce que te ha costado, ¿eh?

—Si tardas un poco más en decidirte, aquí tú hermana le habría

tirado los tejos a Giorgio —confesó Melina mirando a Lucía con cara de sorpresa.

—¿En serio?, —preguntó Gabriella sin salir de su asombro.

—Naaaah, fue un comentario que hice la otra noche —aseguró Lucía restando importancia—. Pero, vamos, no darte cuenta de lo de Giorgio.

—¿A qué te refieres? —Gabriella frunció el ceño y sacudió la cabeza sin entender.

—Estaba claro que sucedería. Solo era cuestión de tiempo. ¡Coño, todos lo sabíamos!

—Sí, todos lo veíamos menos tú. Pensábamos que estabais liados, pero que preferíais llevarlo en secreto para que no os vaciláramos —apuntó Melina.

—Pero me desconcertaste, hermanita, la primera vez que te liaste con otro que no era Giorgio.

Gabriella se sentía abrumada y solo podía expresar con gestos su opinión al respecto.

—Pobre Giorgio, todo el día a tu lado y tú sin darte cuenta.

—Yo creo que en el fondo sí lo sabía, pero no quería reconocerlo. Más bien, no quería aceptar que estaba pillada por su compañero de clase. Esa es la realidad —señaló Lucía guiñando un ojo a su hermana y apurando su café.

—¿Sabéis que las ventas de la novela de Estefanía van por buen camino?, —preguntó cambiando el tema de la conversación a otro que no fuera ella misma.

—Eso está genial. La chica es simpática, divertida y con una mentalidad muy definida. Sabe lo que quiere —apuntó Melina.

—Sí.

—Oye, y del chico de la otra noche, ¿qué? ¿Son pareja? Porque yo los vi muy enrollados… —Lucía movió las cejas arriba y abajo con toda intención.

—¿Por qué narices quieres saberlo? ¿Acaso te interesa?, —preguntó Gabriella, algo descolocada por el interés de su hermana.

—Simple curiosidad.

—Lo único que sé de ella es que está metida de lleno en una nueva historia. Me lo dijo el otro día. No como otras que están sentadas a mi lado. —Gabriella lanzó una mirada significativa a Melina, al mismo tiempo que empleaba un tono de voz bastante concluyente.

—Eso es genial —apuntó Melina obviando la referencia hacia ella.

—Chicas, os dejo. Tengo que ir a currar. Tengo turno de mañana —dijo Lucía levantándose de la silla.

—Cuando puedas quedamos.

—Ahora tienes entretenimiento con Giorgio. No te preocupes —le recordó Lucía.

—A ver cuando te echas un novio, Lucía —le comentó Melina mientras esta esgrimía en alto el dedo anular.

—Paso. Nos vemos, chicas.

—Tu hermana pasa de rollos, ¿no?, —comentó Melina en un susurro.

—Está volcada en su trabajo en el hospital. Y lo de Angelo… le tocó mucho la moral.

—Ya.

—¿Para cuándo tu próxima novela?

—Ehhhh, no tardaré. Descuida, que pronto te la entregaré. Ya casi está…

—Más te vale. Yo también me marcho. Así te dejo tiempo libre para escribir.

—Lo que tú digas. Saluda a Giorgio de mi parte. Oye, lo vuestro va en serio, ¿no?

Gabriella no respondió. Se limitó a sonreír una vez más antes de despedirse de Marco y de Claudia y salir por la puerta del café.

Gabriella observaba con incredulidad a Giorgio, sentada detrás de la mesa de su despacho en la editorial después de haber quedado con él para que se pasara por allí para formalizar su acuerdo.

—No puedes estar hablando en serio.

—¿Por qué no? ¿Qué te hace pensar que estoy bromeado?

—Pero… Tú…

—Si lo prefieres, puedo revocar mi renuncia y… —comenzó explicándole Giorgio con total naturalidad mientras Gabriella ponía los ojos como platos y sacudía la cabeza. No iba a permitirlo. No concebía su vida sin él a su lado.

—Ni se te ocurra. Quedas advertido. —Le aseguró esgrimiendo un dedo ante él como si lo amenazara.

—Si te pones en ese plan…

—Estoy esperando que me respondas a la oferta que te hice el otro día. Por ese motivo te pedí que vinieras a la editorial. Si no piensas regresar a Madrid… —Gabriella entornó la mirada hacia él esperando a que se decidiera y le diera la respuesta que ella quería escuchar.

—¿No te ha quedado claro todavía? —Giorgio se levantó de la silla, rodeó la mesa ante la atenta y curiosa mirada de ella, apoyó las manos sobre los reposabrazos del sillón y se inclinó sobre su rostro. Tanteó sus labios con delicadeza, lentitud y decisión mientras Gabriella cerraba los ojos y gemía—. Lo de Madrid está cerrado con el acuerdo de derechos de autor para la traducción de la novela de

Estefanía. No tengo ningún compromiso con ellos. He llamado a Roberto para decirle que no vuelvo, algo que ya intuía.

—Repítelo. No me ha quedado claro —le urgió rodeando el cuello de Giorgio con sus brazos para atraer su boca hacia la de ella y, de ese modo, sellar el acuerdo.

—Pensaba que eras de las personas que lo captaban todo a la primera —le dijo Giorgio observando como el color de sus ojos parecía cambiar en función de su estado.

—Eso era antes.

—¿Antes de qué?

—De darme cuenta de que me gusta que me repitas las cosas. Y ahora dime, ¿qué hay de comprometerte con *Essenza de Donna*? —Gaby arqueó una ceja con suspicacia y frunció sus labios.

—Lo haré por la editorial, a pesar de que tengo algunas ofertas nada desdeñables, ¿sabes?

—¿Solo con la editorial?, —preguntó Gaby entrecerrando sus ojos sin terminar de creerlo.

—Sí, porque su editora ya lo hizo conmigo hace poco. Tarde, pero lo hizo. —Giorgio sonrió de manera irónica y Gabriella dejó caer la cabeza hacia atrás, riendo a carcajadas antes de que estas fueran sofocadas por los gemidos que los besos de Giorgio le estaban provocando.

Agradecimientos

A Penguin Random House y Ediciones B, por seguir confiando en Laimie Scott.

A Lola Gude, por seguir, incansable, al pie del cañón.

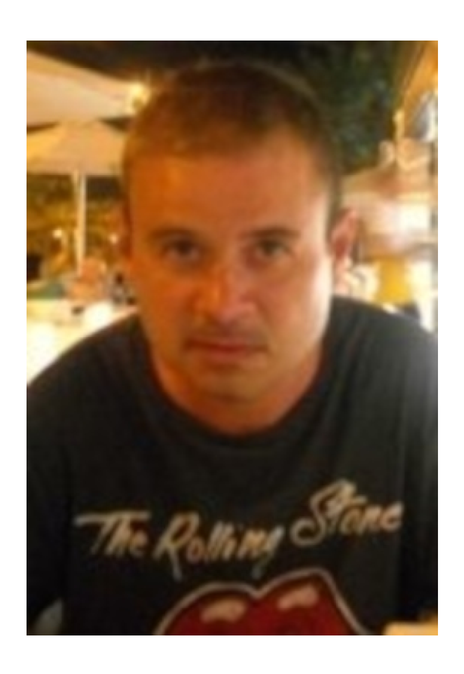
A Maribel, por su dedicación, su sinceridad y consejos. Por estar siempre ahí.

A la correctora, Mimi, porque siempre sabe sacar lo mejor de la historia con sus sugerencias y comentarios. ¡Muchas gracias!

Y por último, pero no menos importante, a ti, lector/@, gracias por haber llegado hasta aquí. Espero que pronto vuelvas a sumergirte entre las páginas de una de mis historias.

GRACIAS

por tu confianza una vez más.



LAIMIE SCOTT, es el seudónimo de Enrique García (Salamanca, 1974). Doctor en Filología inglesa. Autor de novelas románticas (históricas y contemporáneas) y de fantasía juvenil. He participado en varias antologías de relatos. Demonalia, una antología de mil demonios, Te cuento hasta veinte y Cápsulas de amor 2. Antología Romántica (Nueva Editora Digital). Colaborador para revistas de literatura.

Selecta



Sin te quieros

Laimie Scott

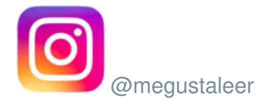
Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer


@megustaleerebooks


@megustaleer


@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Nota de Laimie Scott

Cuando se publicó *Sin enamorarnos* (2016), no tenía muy claro cuándo volvería a encontrarme con esta pandilla de personajes tan dispares y divertidos. El año pasado consideré que era el momento de Gabriela con *Sin compromiso*, que será publicada este mismo año 2018. Pero sucedió que algunos de sus personajes secundarios me pidieron que les escribiera su propia historia. De manera que surgió esta historia, la de Estefanía y Luca, dentro un marco de la universidad, la literatura romántica y el baloncesto. Pero a medida que iba escribiendo, me daba cuenta de que había algún que otro secundario que no podía olvidar. Por ese motivo, Claudia y Dante han ganado protagonismo poco a poco en esta historia y será en torno a ellos que gire la siguiente y última novela de esta serie ambientada en Bolonia.

Capítulo 1

Estefanía Lambertti empujó la puerta de *Il Café della Letteratura* como cada mañana. Desde que había entrado a formar parte de la editorial *Essenza di Donna,* de Gabriela, tenía la sensación pertenecer a una pandilla de amigos. Tanto esta como Melina y Silvia la acogieron como si fueran amigas de toda la vida. Le sorprendió de manera muy grata que una escritora de renombre como Melina Ambrossio fuera una tía enrolladísima y sin nada de pompa, a la que no se le había subido el éxito a la cabeza. Ni iba de diva por la vida. Nada de nada. Es más, Melina le daba consejos siempre que ella se los pedía, cuando las dudas la asaltaban. Lo suyo con Melina era ya una amistad que, en ocasiones, nada tenía que ver con charlar de literatura romántica ni de sus propias novelas, sino que hablaban de sus respectivas vidas. De sus inquietudes y sus sueños.

Luego estaba Marco, la pareja ideal para Melina, dueño del café, y su hermana Claudia, una chica algo alocada que había roto su relación hacía poco porque no había funcionado. Los tres formaban el ideal cuadro de personajes para una novela.

—Buenos días, Estefanía, ¿café y pastas? —le preguntó Marco nada más verla entrar en el local.

—Sí, gracias, Marco. Buenos días.

—Tienes a Melina en su mesa favorita —le indicó al ver a la muchacha recorrer el café con su vista en busca de esta.

Melina ocupaba una de las mesas que había junto a la ventana porque aseguraba que le gustaba que entrara la claridad del día. Pero también porque, de vez en cuando, se quedaba ensimismada contemplando pasar a la gente: parar y charlar; hablar por el móvil e

incluso había visto en más de una ocasión a una pareja demostrarse su cariño, su amor… Melina le hizo un gesto con la mano a Estefanía cuando la vio charlando con su chico y le sonrió.

—Hey, ¿qué pasa? ¿No has dormido bien? —le preguntó nada más fijarse en la mala cara que mostraba Estefanía esa mañana.

Esta resopló mientras se desprendía de su chaqueta y la colgaba sobre el respaldo de la silla. Hizo lo propio con el bolso y se sentó. Se pasó la mano por el pelo para apartarlo de su rostro y dejó escapar un leve suspiro.

—No lo sé. No tengo ni idea de si tengo sueño y el café cargado de Claudia me espabilará. O se trata más bien del estado en el que he caído desde hace días.

—Oye, no tendrá nada que ver con la novela, ¿no? —Melina arqueó una ceja con suspicacia. Comprendía esa situación de apatía porque ella misma la había padecido. Y Estefanía parecía tener esos mismos síntomas.

—¡No! —exclamó mientras parecía despertar por esa cuestión—. La novela va viento en popa. No hay día que no reciba un comentario positivo.

—Me alegra saberlo. Entonces, ¿a qué se debe tu estado de ánimo? ¿La carrera?

Estefanía esperó a que Marco le sirviera el café y un plato de pastas antes de seguir hablando.

—¿Tú quieres algo? —preguntó mientras desviaba la atención a Melina, que parecía ausente en ese momento pensando en lo que podía estarle sucediendo a Estefanía.

—Eh, ¿me dices a mí?

—No veo a otra persona sentada en la mesa. Y a ella acabo de servirle un café. Sí, te digo a ti, dónde quiera que tuvieras la mente —ironizó Marco contemplando a su chica mientras ella le hacía ojitos y sonreía.

—Ahora no. Tal vez más tarde te lo pido o a Claudia. ¡Oye, ahora que me fijo, a mí no me traes pastas con el café! —señaló Melina mientras su mirada iba del plato al rostro de Marco y lo contemplaba con el ceño fruncido y cierto malestar.

—A lo mejor es porque no te las mereces —le susurró, acercándose hasta su cara, y le rozó los labios con un beso tímido que la sonrojó.

—¡Tendrás morro! —ironizó ella mientras observaba a Marco guiñarle un ojo y alejarse de su mesa para servir a otros clientes bajo la atenta mirada de Melina—. Me encanta cómo le sientan esos vaqueros —murmuró para quedarse mordisqueando el labio, suspirar y volver su atención a Estefanía, que la miraba con una mezcla de

diversión y expectación—. ¿Te importa si te robo una pasta?

—Claro que no —sonrió Estefanía al ver el cambio de humor de Melina.

—Este chico mío cuida mejor a las clientas de fuera que a su propia pareja. —Melina puso los ojos en blanco mientras hacía ese comentario—. Por cierto, ¿qué tal con Luca?

Estefanía fijó la mirada en el café que removía de manera lenta y monótona. Pero al escuchar a Melina referirse a su compañero de facultad, la levantó frunciendo el ceño, extrañada por aquella pregunta.

—¿Luca? ¿Qué pasa con él?

—Bueno, te pregunto por él porque el día de la presentación de tu novela… Nos dimos cuenta de que os llevabais bastante bien. —Melina entornó la mirada hacia Estefanía con toda intención mientras esperaba que ella le confesara si había algo más que un buen rollo entre ellos por ser compañeros de clase—. Ya, además, fue el único chico que acudió a que le firmaras un ejemplar —apuntó abriendo los ojos como platos y formando un arco perfecto con sus cejas.

—No hay nada. Si es eso lo que quieres saber. Somos compañeros de clase, nos llevamos bien desde el primer día, pero no somos pareja ni tenemos un rollo. Además, no me apetece iniciar algo después de haberlo dejado con Pietro.

—Vaya, lo siento. ¿Es el chico que comentabas que no le gustaba que escribieras romántica? —Melina entrecerró sus ojos recordando aquel comentario de Estefanía y su rabia e impotencia por ese hecho.

—Sí.

—¿Y por ese motivo habéis dejado lo que teníais? Oye, ya sé que me meto donde no me llaman y, si no quieres contestar, estás en tu derecho, ¿de acuerdo?

—Tranquila. No me parece mal.

—Si te sirve de algo, sé de uno que también aborrecía mis novelas —le confesó entre risitas irónicas que hicieron que Estefanía desviara su atención hacia Marco.

—¿Él? —Estefanía miró a Melina como si no le creyera.

—El mismo que ves sirviendo cafés. Consideraba la novela romántica como un género menor, sin valor y todo eso. Cursiladas de mujercitas aburridas, ya me entiendes. No creía en los finales felices ni en el amor verdadero.

—No me lo puedo creer.

—Pues así es. Y, después de todo eso, para viajar hasta el Congreso de Novela de Florencia y poco menos que declararse —le confesó Melina con un toque de orgullo en su voz—. Allí estaba él, a la cola

para que le firmara mis primeras dos novelas. ¿Qué te parece?

—Nunca lo hubiera imaginado.

—Pues hazlo y piensa que tal vez tu ex pase por lo mismo.

—No creo. Pietro no es de esos que reconocen sus errores.

—Pues, entonces, cierra esa historia para siempre e inicia otra.

—Ya te he dicho que no tengo intención de hacerlo —reiteró Estefanía con desgana mientras sacudía la cabeza.

—No lo descartes. No se trata de que tú busques o no esa historia, sino de que puedes encontrarte inmersa en una en cualquier momento y con la persona más indicada.

—Vale, pero no con Luca —le dejó claro mientras entornaba la mirada hacia Melina y, al mismo tiempo, cortaba el aire con su mano de una manera tajante.

—¿Por qué? A mí me ha caído genial. Y no está nada mal.

—Pero… Con él no. —Estefanía se mostraba rotunda en ese aspecto mientras Melina creía saber por dónde iban los tiros. Aquella situación le sonaba y mucho si pensaba en su amiga Gabriela y en Giorgio.

—Ya entiendo. Os lleváis genial y crees que esa conexión puede romperse en cuanto crucéis la delgada línea que separa la amistad de algo más, ¿no?

—Veo que lo comprendes. Luca y yo nos conocemos desde el primer día de curso en la facultad. Hemos congeniado y no nos hemos separado.

—Se podría decir que habéis encajado por algún motivo, ¿no? —Melina formó un arco con sus cejas, de clara deducción de lo que había sucedido entre ellos.

—Sí, pero nunca lo he considerado como un posible rollo o una pareja. Ni creo que él lo haya hecho tampoco, si te soy sincera. —Estefanía sacudió la cabeza desechando esa idea.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque yo no he pensado en él de esa forma.

—No me refería a ti, sino a él. A que pueda sentir algo hacia ti. ¿Te ha dado muestras de ello? ¿Se ha mostrado interesado en ti como su posible pareja?

—Nunca ha evidenciado sentir por mí algo diferente a la amistad. Fíjate que hemos estado por ahí de fiesta…

—¿Los dos solos? —interrumpió Melina, que a cada minuto parecía estar más interesada en la historia de Estefanía.

—No, con más gente, y lo cierto es que nunca ha intentado enrollarse conmigo. Si es eso a lo que te refieres. Yo creo que no soy su tipo.

—Pero que no las dé no significa que no las sienta. —Melina le guiñó un ojo haciendo partícipe a Estefanía de lo que ella había percibido la noche que estuvieron por ahí después de la presentación de la novela de la joven escritora.

Estefanía frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¿Quién, Luca? No, ya te digo yo que no. Que solo tenemos una buena amistad —le reiteró Estefanía sin querer pararse a pensar en que su mejor amigo de la facultad pudiera sentir algo por ella. No podía ser.

—En fin, tampoco quiero que te comas la cabeza por esta simple apreciación —se apresuró a dejarle claro Melina al ver que el semblante de Estefanía parecía cambiar—. A lo mejor me estoy dejando llevar por mi nueva historia —le confesó entre risas.

—¿Estás escribiendo algo nuevo? —Había un toque de expectación en la entonación de la pregunta de Estefanía.

—Sí, o de lo contrario nuestra querida Gaby no volverá a hablarme. Más le valdría relajarse un poquito ahora que está con Giorgio —le susurró en voz baja, como si temiera que fuera a aparecer de un momento a otro.

Estefanía dejó a un lado ese detalle y prefirió cambiar de tema de conversación.

—Dime, ¿por qué vienes a escribir aquí? ¿No estarías mejor en tu casa? Sin ruido, voces, música…

Melina se mordió el labio con gesto pensativo y sonrió.

—No pienses en ningún momento que vengo por el dueño del café. No —negó con rotundidad.

—Ni mucho menos lo pensaría —asintió Estefanía fingiendo sentirse ofendida por que ella pensara eso.

—Es el ambiente que se respira en este café. Recuerdo el día que entré aquí por primera vez y me quedé eclipsada por la decoración del local con esas estanterías repletas de libros, cuadros de escritores reconocidos, frases que alguno de ellos pronunciaron. Este aroma a café recién hecho que se respira en el ambiente… Algo me atrapó de una manera que no esperaba e hizo que viniera día tras día a escribir. Pensaba que la tranquilidad y atmósfera literaria que se respira por las mañanas me servirían de inspiración.

—¿Y lo hicieron?

Melina asintió con una sonrisa muy significativa.

—Por aquel entonces, me encontraba en una situación parecida a la tuya. Mi ex se había marchado a Milán por trabajo y me lo contó el día antes de irse.

—¿En serio? —Estefanía se quedó con la boca abierta, sin terminar

de creer que él hubiera hecho algo así. Pero cuando contempló a Melina asentir con una mueca irónica pintada en su rostro, a Estefanía no le quedaron dudas—. Y luego me quejo de lo mío.

—Ya, bueno. A las dos nos han dado una buena patada en el trasero.

—Sí, pero tú ya tienes a Marco. —Estefanía le guiñó un ojo y sonrió.

—Sí, es cierto, pero en aquel momento entré en un bajón de escritura que a Gabriela no le hizo ninguna gracia. A pesar de que nos conocemos desde hace muchos años y somos amigas inseparables, ella no deja de ser mi editora. Mi jefa. Y quieras que no, ella manda. De manera que decidí venir aquí a escribir, lo cual me ayudó. ¿Estás de bajón creativo? —Melina arqueó su ceja con suspicacia.

—No, claro que no. Estoy volcada en una nueva historia.

—¿También de universitarios?

—Por ahora sí. Es el género que mejor me define.

—¿Has pensado escribir algo para más adultos?

—No, por ahora no. Además, ya estás tú para ese género en la editorial —le dijo sin poder ocultar su admiración por Melina.

—¿Yo? ¿A qué te refieres? ¿A que no vas a escribir una historia para adultos? ¿A que no puedes, no te gusta o no te atreves?

—A que eres todo un referente en ese género. De manera que me haré el mío propio.

—Agradezco tus palabras, pero eso no significa que, si tú quieres escribir una historia para adultos, no puedas hacerlo. Da igual que ya esté yo.

—Me encuentro más cómoda en la New Adult, la verdad.

—Ese es otro tema. Que tú te veas mejor en un determinado género que otro no te lo discuto.

—¿A ti te ha sucedido algo parecido? —La curiosidad podía a Estefanía, que estaba dispuesta a absorber toda la información posible acerca de su escritora favorita y, en ese momento, compañera de editorial.

—Sí, claro. Yo me encuentro más cómoda en la novela actual que la histórica.

—¿Has intentado escribir alguna?

—¿Histórica? —preguntó Melina confundida por la pregunta. Estefanía asintió—. Sí, claro. Lo intenté.

—¿Y qué sucedió?

Melina frunció los labios en una mueca de disgusto.

—Acabó en la papelera de reciclaje. No, no, la histórica no es lo mío.

—Yo no me lo he planteado. Pasar tiempo investigando, documentándote y todo eso…

—Al hilo de lo que decías de la historia para adultos, yo estaba pensando en escribir una de universitarios.

—¿En serio?

—Sí, pero me he dado cuenta de que siempre me voy a situaciones de adultos más que de jóvenes.

—Yo creo que podrías hacerlo.

—Ya, pero si no me sale… Además, cuando se lo insinué a Gabriela, casi le da un síncope —le confesó entre risas—. En fin, ¿no tienes clase?

—Sí, pero hoy estoy algo descentrada y no sé si sería buena idea acudir.

—No te lo pregunto porque quiera que te vayas ni nada por el estilo. Me lo estoy pasando genial contigo.

—Yo también, gracias. Estoy aprendiendo.

—Me alegra saber que mis desvaríos te sirven de ayuda. No, te lo preguntaba porque creo que alguien te está buscando. —Le hizo un gesto con su mentón hacia el cristal de la cafetería.

Estefanía se giró para encontrarse de golpe y porrazo con Luca, que le devolvía la mirada entre la sorpresa y la fascinación por encontrarla allí. Ella se limitó a sonreír y a quedarse sin capacidad de reacción. Volvió la atención a Melina, quien seguía con la sonrisa pintada en sus labios, bastante significativa después de lo hablado minutos antes sobre Luca. Estefanía sintió un ligero temblor cuando vio a Melina haciendo gesto con la mano a Luca para que entrara en el café.

—¿No es curioso que hayamos estado hablando de él hace un momento y ahora aparezca? El destino es caprichoso en ocasiones —le dijo con toda intención mientras Estefanía articulaba un «no» rotundo y sacudía la cabeza, pero su rostro se encendía como el de una quinceañera.

Luca esperó a que una pareja saliera del café para entrar él. Había sido toda una coincidencia encontrarla allí. Caminó con paso algo dubitativo hacia las dos mujeres que lo miraban con curiosidad. Luca no quería quedarse con la mirada fija en Estefanía para no ser tremendamente descarado, pero ¿cómo podía evitar mirarla cuando era todo un reclamo para su atención?

—Buenos días, Luca —dijo Melina sonriendo con ironía porque el destino parecía estar empezando a jugar su propia partida con aquellos dos chicos. «Sí, señor», se dijo ella convencida de que entre Estefanía y Luca acabaría surgiendo algo que las dos mujeres conocían

muy bien; no en vano ellas escribían historias en torno a ese sentimiento.

—Ah, hola —se limitó a saludar algo cortado sin saber si era la presencia de Melina o la de Estefanía la que más le influía.

—¿Quieres un café?

—La verdad es que he desayunado e iba camino a la facultad cuando os he visto.

—Venga, siéntate. Le pediré a Marco un café. ¿Sí?

—Vale. Sí. Venga, por no hacerte un feo —sonrió él mientras apartaba la silla al lado de Estefanía.

—¿Y tú? ¿Quieres algo más? —preguntó lanzando una mirada a la joven escritora, quien, en ese preciso instante, parecía estar sumida en una especie de burbuja.

—No, gracias. Ya he tomado bastante café por ahora.

Melina se alejó de la mesa con un nuevo guiño hacia Estefanía.

—¿Ibas a clase? —le preguntó esta mientras contemplaba con atención a Luca por primera vez desde que entró en el café. Esa mañana parecía que no se había peinado, ya que llevaba el pelo revuelto, lo que le daba un toque… ¿interesante? Estefanía se quedó inmóvil, sin pestañear siquiera, cuando pensó en él de aquella manera. ¿Desde cuándo consideraba a Luca… interesante? No, no. Se estaba dejando influenciar por la conversación mantenida con Melina al respecto de Luca y ella. Y esas cuestiones del destino y demás. Nada de eso. No iba a dejarse sugestionar por ese asunto. Luca y ella no eran pareja ni sentían la más mínima atracción el uno por el otro.

—Sí. Me dirigía allí cuando, al pasar por aquí, os he visto. Veo que no tienes intención de ir —dedujo con una sonrisa cómplice.

—La verdad es que esta mañana me he levantado con muy pocas ganas de ir a clase.

—En ese caso, ya somos dos.

«¿No está tardando demasiado Melina en regresar a la mesa con el café de Luca?», pensó Estefanía, que no sabía qué demonios le sucedía. Hasta que no había hablado con Melina de Luca, nunca antes se había sentido tan inquieta al lado de él. Ni había tenido pensamientos relacionados con ellos. Ni había vacilado a la hora de mirarlo a la cara como le estaba sucediendo.

—Ya, pero supongo que no pirarás toda la mañana, ¿no? ¿O sí?

—No tenía intención de hacerlo. ¿Y tú?

Estefanía se quedó sin palabras para responderle. No había considerado pirarse toda la mañana y, menos, con él. Pero el hecho de haber pasado por el café y de encontrarse con Melina y, en ese instante, a Luca estaba haciendo que se planteara hacerlo.

—Solo pasé por aquí para saludar a Melina y preguntarle unas cosas sobre literatura. Sé que para aquí todas las mañanas.

—Supongo que andarás metida en otra historia, ¿no?

—La verdad… —Ella pareció dudar, más por estar con la mente puesta en otros asuntos que en la pregunta de él—. Estoy considerándola. Todavía es algo pronto.

—Bien, porque después de la acogida que ha tenido tu primera novela, sería una idea descabellada que renunciaras.

Estefanía se quedó callada meditando esa opinión. Ya se lo había comentado el día de la presentación de su primera novela y se lo había reiterado durante la noche, cuando estuvieron por ahí. Luca pensaba que no debía dejar aparcado su sueño. Ni ella.

Melina llevaba en la barra más de diez minutos dando largas a Claudia para que le pusiera un café.

—¿Se puede saber qué narices pretendes? —le preguntó esta quedándose frente a ella tras la barra.

—Darles tiempo.

—¿Tiempo para qué? Son compañeros de clase. Ya se conocen y no creo que tengan mucho más que decirse, la verdad. ¿Crees que porque los dejes diez minutos a solas va a suceder algo?

—Claudia, todos fuimos testigos del buen rollito que había entre ellos la noche de la presentación de la novela de Estefanía —le recordó Melina agitando dos dedos delante suyo.

—¿Y qué? ¿Pretendes que se vayan a la cama?

—No, no es eso. Bueno, si se van y se lo pasan bien, mejor para ellos. Pero le he dejado caer a Estefanía que tal vez su compañero del alma pudiera convertirse en algo más. Ya sabes, el destino y todo eso.

Claudia resopló al escuchar aquella conjetura por parte de Melina.

—No me puedo creer que estés pensando eso. Anda, toma el café de Luca de una vez por todas y llévaselo. Que va a ser muy descarado —le dijo Claudia moviendo la cabeza sin comprender a qué diablos se debía ese comportamiento de Melina—. ¿Qué pasa que ahora vas uniendo parejas?

—No es para tanto —pronunció cogiendo el café para llevarlo a la mesa donde charlaban Luca y Estefanía.

—¿Qué no es para tanto? —preguntó Marco cuando llegó a la barra en ese momento con la bandeja repleta de tazas y platos.

—Tu chica, que se empeña en que Estefanía y Luca vivan su propia novela.

—¿Cómo?

—Pues eso, que se ha empeñado en que están hechos el uno para el otro. Y como se descuiden, les monta su propia historia de amor —le

refirió Claudia mientras contemplaba con toda naturalidad a su hermano, como si le acabara de decir que iba a llover.

—Pero ¿cómo…? ¿Acaso se cree que son dos personajes que se han escapado de una de sus novelas o qué? —se dijo sacudiendo la cabeza mientras la contemplaba sentarse a la mesa donde estaban los chicos.

—Eso mismo te estoy contando. Anda, dime…

Melina llegó a la mesa con el café de Marco.

—Disculpa que haya tardado, pero Claudia me entretuvo preguntándome por mi próxima novela —mintió Melina para darles una explicación convincente.

—No importa, Estefanía y yo estábamos charlando sobre la suya. Pero veo que tú también andas metida en otra historia, por lo que cuentas.

—Sí, en ello ando. Aunque de una manera algo relajada, la verdad. ¿Gabriela te ha comentado algo acerca de que le entregues una nueva historia? —le preguntó a Estefanía, que, por un momento, parecía algo más inquieta.

—Ahh, no. No me ha comentado nada todavía. Pero, como te contaba, ya estoy trabajando en algo durante el tiempo libre que me queda de las clases en la facultad.

—Claro, tú tienes que compaginar la carrera con las novelas. ¿Qué opinas de nuestra amiga común, Luca? ¿Crees que tiene futuro en el campo de la literatura romántica para jóvenes?

—Ya lo creo. Y se lo he dicho —asintió este de manera contundente, paseando su mirada de la una a la otra.

—Tú te has leído su novela, ¿no?

—Sí, y me ha parecido muy buena. Engancha, tiene tirón, es realista con lo que cuenta.

—Estoy contigo. Leí *Muchos besos y ningún te quiero* con atención y me enganchó desde el primer momento. Tu prosa es ágil, fresca y directa. Sin muchas descripciones ni palabras rebuscadas que otras escritoras buscan con el fin de lucirse o hacer ver que dominan el lenguaje. ¿A quién coño pretenden engañar con esa prosa rebuscada? Ni que fueran académicas de la lengua. Me gusta la sencillez que destila su manera de transmitir emociones.

—Vale ya de adularme. Vais a hacer que me lo crea —dijo Estefanía con una sonrisa mientras el calor se apoderaba de su cuerpo. Prefería mirar a Melina que a Luca en ese momento.

—No se trata de adularte, sino de decirte la verdad, ¿a que tengo razón, Luca?

—Exacto. A mí me gustas. —Melina puso los ojos como platos al escuchar aquella confesión. Miró a Luca como si no le hubiera

entendido bien y luego a Estefanía, que no parecía haberse inmutado porque entendía que él se refería a ella como escritora. Nada más. No había ningún sentido doble, salvo el que pretendía darle la propia Melina.

—Ya sabes. Le gustas. Más te vale no decepcionarlo —le aseguró mirando a Estefanía.

Esta no le hizo caso y lanzó una mirada al reloj colgado en una de las paredes del café. La primera clase se había esfumado. No tendría que correr para entrar en esta. Pero se preguntaba si asistiría a la segunda, o si se quedaría en el café, o tal vez se diera una vuelta por la ciudad. Permanecer allí implicaba seguir escuchando a Melina lanzándole dardos poco menos que envenenados respecto de Luca. Si se iba a la facultad, no estaba convencida del todo de que fuera una buena idea, pero evitaría pensar en la conversación con Melina. Y si se iba por ahí, apostaba a que Luca la acompañaría. No tenía ni idea de qué opción de la tres era la que más le apetecía. Parecía un juego de esos en los que te dan tres opciones y solo una es la buena. No podía evitar pensar en la deducción de Melina sobre si Luca sentiría algo por ella. Tal vez podría irse con él por ahí y charlar, a ver si ella era capaz de sacar algo en claro. Sin duda que se estaba dejando llevar por las tonterías de Melina. Eso era.

—Creo que deberíamos irnos a clase cuando termines tu café —dijo lanzando una mirada a Luca en busca de su aprobación. Esperaba que no se le ocurriera decir que se encontraba a gusto allí y que no tenía intención de ir a la facultad porque entonces le daría algo. Sus miradas se cruzaron buscando la respuesta sin mediar una sola palabra, y, como si con ello lograran entenderse, Luca asintió, apuró su café y se levantó de la silla ante la atenta mirada de Melina.

—Tal vez sea lo mejor. No es bueno empezar la semana pirándose todas las clases —mencionó él con la mirada perdida en el rostro de Estefanía. Sus ojos parecían chispear en ese momento. Le correspondió con una sonrisa que a Luca le pareció entrañable. Con gusto se adueñaría de ella para hacerla suya.

—En ese caso, chicos, volveré a mi particular historia. —Melina dio un toque a su portátil, que descansaba sobre una silla.

—Buena suerte con ella —le deseó Estefanía.

—Y a ti —le dijo lanzando una rápida mirada a Luca con toda intención, con el fin de que ella se diera por aludida.

Estefanía se limitó a sonreír y a poner los ojos en blanco sin terminar de creerle.

—Ya me contarás.

—Tenlo por seguro.

—*Ciao,* Melina!

—*Ciao, ciao!*

Ambos chicos salieron del café bajo la atenta mirada de Melina, que los siguió a través del cristal del café hasta que se perdieron de vista.

—¿Se puede saber qué te traes entre manos con ellos? —La voz de Marco la hizo regresar a la realidad. Le sonrió risueña antes de rozarle los labios.

—Me encanta cuando las personas no se enteran de que en el fondo tienen que estar juntas.

—¿Es el argumento de tu nueva novela o tiene más que ver con Estefanía y Luca? —le preguntó elevando sus cejas con expectación.

—¿Por qué te interesa saberlo?

—Deja de emparejar a las personas —le pidió sonriendo ante aquella nueva locura de Melina.

—Yo no emparejo a nadie. Tan solo me limito a exponer los hechos de lo que he visto. Luego, cada uno es muy libre de hacer lo que más le convenga. Pero insisto en que la historia de ellos dos es como la de Gabriela y Giorgio —le aseguró apretando los labios y asintiendo mientras Marco resoplaba sin acabar de creerle.

—Será mejor que vuelva al trabajo y que tú te pongas a escribir, o será tu querida Gabriela la que venga a cantarte las cuarenta porque no le entregas nada —le recordó mientras se llevaba el plato y la taza del café de Luca.

Luca y Estefanía abandonaron el café en dirección a la Piazza Maggiore. La fontana de Nettuno se alzaba delante de ellos de manera majestuosa, flanqueando la entrada a la plaza. El sol comenzaba a hacer acto de presencia en medio de un cielo despejado. Una vez que la primera hora había pasado, la mañana parecía que iba a ser agradable.

—¿En serio tienes pensado ir a clase?

La pregunta de Luca hizo que Estefanía lo mirara desconcertada. Detuvo sus pasos y, con el ceño fruncido, se enfrentó a su sonrisa divertida, risueña y traviesa. «Esto no puede estar sucediendo», se dijo ella. No. Bajo ningún concepto. Pero entonces, ¿qué hacía contemplando de manera fija la sonrisa de él?

—¿Qué estás pensando? ¿Que tampoco entremos a la segunda hora? —le preguntó sin terminar de creer que él se lo estuviera

sugiriendo. El corazón le dio un pequeño vuelco cuando se fijó en el gesto de su rostro, que parecía estar confirmándole esa suposición. Luca le devolvía la mirada con las cejas arqueadas, como si le estuviera diciendo: «¿Qué hay de malo?»—. No me lo puedo creer. Anda, vamos a clase.

Estefanía deslizó su mano bajo el brazo de él para obligarlo a caminar al lado de ella. No se dio cuenta de que sus cuerpos caminaban pegados, que su mano se aferraba con decisión al brazo de él ni que estaba poco menos que tirando de este para que la acompañara a clase.

—Está bien. Iremos —asintió Luca con cierta resignación.

—Pero… ¿me estás pidiendo que me pire contigo? —Estefanía se detuvo, lo que obligó a Luca a hacer lo mismo y a centrar toda su atención en ella. Estefanía no terminaba de creerlo porque pensaba que era una broma de él.

—¿Por qué no? —Luca se encogió de hombros sin darle la mayor importancia a ese hecho.

—Me lo estás proponiendo en serio.

—Pues claro. Te estoy preguntando si estarías dispuesta a pirarte de clase esta mañana.

—¿Y pasarla juntos? —Estefanía entornó la mirada con recelo ante aquella proposición. Y más si a su mente volvían a acudir los comentarios de Melina al respecto de ellos dos.

—Podemos pasar la mañana paseando por los jardines Margherita.

Estefanía no era consciente de lo que estaba viviendo. ¿Qué diablos le sucedía? ¿Un paseo por los jardines con Luca? Pero…

—Bueno…

—Si no te apetece, siempre podemos ir a clase, claro. Si tienes interés por la literatura americana ahora que eres una escritora de renombre…, pues lo entenderé.

—¿Una escritora de renombre? ¿Me estás vacilando?

—Reconozco que en ocasiones lo he hecho, pero no es este el caso.

—Bien, menos mal. No soy una escritora de renombre. Eso déjaselo a Melina. Ella sí es una escritora con mayúsculas.

—Pues tú no te quejes porque no se me ha olvidado la cola que había el día que presentaste tu novela. Casi daba la vuelta al edificio donde está la librería. ¡Si no cabía un alfiler en esta! Por no mencionar la cantidad de ejemplares que se vendieron.

—No le doy demasiada importancia.

—Pues deberías. ¿Has visto las redes sociales en las últimas semanas? En todas en las que entro hay alguien hablando de ti. O una imagen tuya o de la portada de tu novela. No te digo más. —Luca se

apartó un paso y alzó las manos como si pidiera explicaciones.

—¿En serio?

—Ya te digo. Hay lectoras que ya están hablando de tu nueva historia.

—Pero si ni siquiera la tengo escrita —le rebatió ella algo confundida por todo lo que Luca le contaba. O tal vez se debía, en parte, a la cercanía de ambos.

—Pues yo que tú me pondría a ello. Tus fanes te adoran y esperan más historias tuyas —le dejó claro señalándola con su dedo—. Y ahora vámonos a clase, que no te veo por la labor de quedarte a solas conmigo por los jardines —le pidió con una sonrisa irónica. Lo que daría por quedarse con ella a solas y pasear por estos. Pero tampoco era una cuestión que hubiera que forzar.

Estefanía se había quedado quieta en el sitio meditando aquellos comentarios de Luca. Ni siquiera lo había escuchado decirle que se fueran a clase. Y solo cuando lo vio alejarse, fue consciente de ello y salió en su busca.

—Por cierto, ¿qué te han dicho tus compañeras de piso? Supongo que estarán alucinando contigo, ¿no?

—Sí, a ver, sabían de mi afición a la escritura. Me han visto escribir. Eso no les sorprende, pero sí que mi ascenso haya sido tan meteórico. —Estefanía puso los ojos como platos ante pronunciarse así —. De publicar en las redes sociales mi primera novela a firmar con una de las editoriales más relevantes de Italia. Y luego todo el jaleo en el Congreso de Novela de Verona, la presentación y firma de ejemplares…

—¿Qué sucede? ¿Te ves agobiada?

—No, no es eso. Es que todo está sucediendo muy deprisa para mi gusto. Quiero centrarme en terminar la carrera.

—Para eso te queda poco. Estamos en el último curso.

—Sí, pero no pretendo que la literatura me robe más tiempo del necesario. Ni tampoco quiero que se me suba a la cabeza, ¿entiendes?

Luca se detuvo y se volvió hacia ella. La sujetó por los hombros y se quedó contemplándola a la espera de que las palabras acudieran a su mente primero y luego a su boca. Pero tener a Estefanía tan cerca, mientras ella le devolvía la mirada y con los labios entre abiertos, era una tentación demasiado fuerte. ¡Joder, le gustaba desde primero! Pero ella ni siquiera lo sabía e incluso ni lo sospechaba porque él lo había llevado en secreto. Cierto que había tenido ligues y alguna que otra novia que pensaba que le harían olvidarse de su compañera de facultad. Y cuando sus relaciones terminaban, siempre se preguntaba si esa vez sería la definitiva para intentarlo con ella. Pero siempre

había existido algo que lo retenía. Tal vez, después de todo, su amistad pesara más que sus ganas de besarla. No quería que lo suyo acabara mal. Y luego estaba la situación de ella durante el último año. Ella había estado saliendo con Pietro, con quien se decía que lo había dejado. Cierto que no había vuelto a verla con él; pero eso no significaba que no pudieran volver después de un tiempo. Tal vez lo que sucedía era que se estaban dando tiempo. De manera que él se dedicaría a esperar, por el momento.

Estefanía deslizó el nudo en su garganta cuando Luca se acercó tanto a ella que por un segundo pensó que iba a besarla. ¡Qué estupidez! ¿Cómo coño iba a hacerlo si probablemente le pasara lo mismo que a ella con él? Eran muy buenos compañeros y grandes amigos. No iba a dar ese paso arriesgado por temor a fastidiar su amistad. Además, él pensaba que ella estaba todavía con Pietro. De manera que ya iba siendo hora de que se dejara de cuentos. La charla con Melina le estaba haciendo pasar una mala mañana. Pero, si lo estaba haciendo, era porque en verdad ella había considerado esa posibilidad.

—¿Qué ibas a decirme? —le preguntó, ya que el tenso silencio se había instalado entre ellos.

—Sí, que no tienes que preocuparte por todo ese rollo. Estoy seguro de que terminarás la carrera con un buen expediente y que te consagrarás como una escritora de romántica para adolescentes. Y ahora será mejor que nos demos prisa o en verdad que no entraremos a la segunda clase.

Luca le dio un pequeño empujón para obligarla a seguirlo pese a que ella no parecía hacerle mucho caso. Por un instante, Estefanía quiso tener el valor o la fuerza de voluntad necesaria para decirle que no quería ir a la facultad. Que prefería quedarse con él y saber si Melina tenía razón después todo, o bien eran imaginaciones suyas. Pero el hecho de aceptar ir a clase por su parte y no pirarse con Luca le hacía ver que no era como Melina: alguien que aseguraba creer en el destino de las personas y que afirmaba que Luca y ella podrían compartirlo.

Capítulo 2

Desde que Giorgio había regresado a su vida, Gabriela tenía la sensación de encontrarse más centrada y más asentada en todo lo que hacía. La editorial funcionaba viento en popa con las nuevas publicaciones. Tenía a Melina Ambrossio y, desde hacía poco, a Estefanía Lambertti, dos de las escritoras con más tirón dentro del género romántico, cada una destinada a un público determinado. O eso esperaba que sucediera con la última.

Silvia se acercó al despacho de Gabriela en cuanto la vio caminar hacia este procedente de la entrada. Vería si necesitaba algo y, de paso, le comentaría cómo iban las nuevas publicaciones.

—Buenos días, Gaby —la saludó desde la puerta.

—Hola, Silvia, ¿qué tal? ¿Algo relevante que no sepa ya?

—Las novedades de este mes. Y los índices de ventas. —Silvia le pasó un par de folios para que los viera.

Gabriela se tomó su tiempo para observar ambos documentos y asintió con gesto de estar complacida con los dos.

—Bien, parece ser que Estefanía ha tenido un buen arranque con su novela. Sigue entre los diez más vendidos de literatura para jóvenes.

—Era lo esperado, ¿no?

—Tenía mis dudas al respecto porque, después de que muchas lectoras hubieran seguido su novela por entregas gratis en la red…

—Ya, pero también es cierto que desean tenerla en formato físico y, a ser posible, firmada por la propia Estefanía. No olvides la presentación que tuvimos.

—No, no la he olvidado. Solo Melina ha sido capaz de agotar los

ejemplares en una presentación y tener que ir a por más. Esperemos que pasen unos meses a ver qué tal.

—¿Te ha comentado algo de una segunda novela?

—No, por ahora no. Es pronto, mujer. Dejemos que saboree las mieles del éxito un poco. A la que si tendré que dar un toque será a Melina, para variar —comentó con sarcasmo mientras fruncía los labios.

—Ya sabes cómo es. Le gusta hacerse de rogar, darse importancia.

—Porque sabe que en el fondo no voy a hacerle nada. Eso es lo que me pasa. Soy demasiado blanda con ella —se quejó Gabriela mirando a Silvia fijamente—. Si fuera como debería ser, otro gallo cantaría.

—¿Qué importa si sabes que cada una de sus novelas triunfa? Melina es un seguro.

—Eso es lo malo. Que sabe que tiene éxito y que cada una de sus historias se espera como agua de mayo. Tendré que pasarme por el café a ver en qué anda metida esta vez. No sale de allí ni con agua hirviendo.

—Bueno, es lógico que esté allí. Está Marco, mujer. De todas maneras, ya sabes cómo es y que no vas a conseguir cambiarla. Cada vez que necesitas su nuevo manuscrito, tienes que pedírselo con unos meses de anticipación —le recordó Silvia divertida—. En fin, te dejo eso y, si necesitas algo, dímelo.

—Descuida. —Gabriela se quedó con la mirada fija en el vacío mientras pensaba en Melina y su dejadez para cumplir con la editorial. Tenía que andar detrás de ella para que le entregara un nuevo manuscrito que, posteriormente, volvería a ser un éxito de ventas, como había señalado Silvia—. Manda narices la suerte que tiene.

La llegada de Giorgio hizo que Gabriela apartara de sus pensamientos a Melina. Allí estaba él, vestido de manera casual con una camisa azul cielo y unos vaqueros desgastados. Con su mirada puesta en ella, esa sonrisa cínica tan de él, que elevaba la temperatura de su cuerpo con cada paso que daba hacia ella.

—¿Y bien? ¿Qué tal se presenta la feria este año? ¿Alguien que destaque sobre le resto? Tú eres el encargado de buscar nuevos talentos. Para eso estás aquí —le recordó mientras entornaba su mirada hacia él y lo apuntaba con su dedo.

—Tengo un par de propuestas, pero, antes de pasártelas, prefiero esperar un poco más. De modo que ese es el fin de mi presencia aquí, ¿eh?

—¿A qué estás esperando? —Gabriela pasó por alto el último comentario de él en lo relativo a lo personal y se centró en el trabajo editorial.

—A recibir un par de informes de lectura a ver si coincidimos en los mismos puntos. Después te contaré. ¿Qué tal tú?

—Echando un vistazo a las novedades de este mes, a la ventas, el diseño de nuevas portadas… Lo habitual en estos días.

—Estefanía está teniendo tirón, ¿eh?

—Sí.

—Lo sabía.

—¿Qué? ¿Que su novela se vendería? Eso no es nada nuevo —le aseguró mientras sacudía la mano en el aire y ponía los ojos en blanco.

—Que tenía potencial para llegar arriba. Por cierto, ¿sabes algo de ella?

—No. Por ahora no me ha entregado su nuevo manuscrito. Pero tampoco sucede nada. Su novela lleva poco tiempo a la venta y tampoco vamos a cansar al público lector.

—Pues en las redes sociales ya claman por una continuación de *Muchos besos y ningún te quiero*. Te lo cuento para tu información. Supongo que ella también estará al tanto de esta petición por parte de sus lectoras más fieles.

—Tampoco sabemos si habrá una continuación. O si quiere una nueva historia. Es joven y con ambición. Pero todo a su tiempo.

—Bueno, yo me voy a seguir con los informes de lectura. Ah, por cierto, me llamaron de Madrid. La traducción de la novela de Estefanía va viento en popa.

—De acuerdo. ¿No estarás pensando ir? —Había un toque de alerta en la voz de Gabriela, así como un ligero pálpito en su pecho al pensar que Giorgio pudiera volverse a marchar.

Este sonrió. Rodeó la mesa y se inclinó hacia el rostro de ella, con las manos sobre los reposabrazos de su silla.

—Alguien podría entrar y vernos.

—La puerta está cerrada.

—Silvia entra muchas veces sin llamar.

—¿Acaso no le has dicho que estamos juntos? —Giorgio frunció el ceño.

—Oye, no voy aireando mi vida privada por ahí. Y menos la sentimental.

—No importa. Pero que sepas que no te he esperado todos estos años para salir corriendo ahora —le susurró antes de darle un beso rápido, corto pero sugerente y húmedo, que encendió las alarmas del deseo en Gabriela—. Me marcho.

—No tienes vergüenza —le rebatió sonriendo divertida.

—¿Yo?

—Me besas de esa manera y ahora te vas.

—Podría entrar Silvia.

—Ella ya lo sabe.

—Hace un momento me has comentado que no se lo habías contado a nadie.

—Silvia no es nadie. Es de mi confianza.

—Ya. Con todo y con eso, si nos pillara…, ¿qué pensaría de ti? —Giorgio sonrió de manera irónica, despidiéndose de ella.

Gabriela sacudió la cabeza mientras pensaba en cómo demonios había sido posible que él se enamorara de ella durante la carrera y, a pesar del tiempo, siguiera sintiendo eso por ella. De locos. Sin duda que bien podría ser el argumento de una de las novelas de Melina o, tal vez, de Estefanía, ya puestos. Melina, debería pasarse a verla cuanto antes. No quería que se relajara como tenía por costumbre.

Estefanía recibió un wasap de Pietro que le llamó la atención. Que ella supiera lo habían dejado antes de que firmara con *Essenza de Donna*, que acudiera al Congreso de Novela Romántica de Verona y que se hubiera producido la presentación de su novela. ¿Por qué le pedía que se vieran a esas alturas si llevaba meses sin saber de él? No estaba segura del todo de si debería aceptar su invitación para verse, la verdad. Se preguntaba si todavía sentía algo por él o todo había sido una especie de ilusión, como la magia: una vez que conoces el truco, esta pierde su encanto.

—¿Qué haces?

Estefanía levantó la mirada de la pantalla del móvil para ver a sus dos compañeras de clase, Mónica y Allegra, sentarse junto a ella en las escaleras de la facultad.

—Oh, miraba mis wasaps.

—Seguro que tienes cientos de admiradores que te bombardean las redes sociales y que no te dejan en paz —apuntó Mónica, la chica de pelo corto, moreno y de ojos claros.

—Sí, bueno. Es algo con lo que cuento. Ya lo hacían cuando publicaba mi novela en la red.

—Sí, pero seguro de que ahora más. Oye, por cierto, no te hemos vuelto a ver con tu chico. ¿Qué ha pasado con Pietro? ¿Lo habéis dejado? —preguntó Allegra, la chica que, al igual que su nombre, siempre estaba de buen humor.

Estefanía dejó el móvil antes de responderle a Pietro. Miró a ambas

y asintió de manera lenta.

—Hace algún tiempo.

—¿Y eso? Se os veía bastante bien —apuntó Mónica—. Pensábamos que como estabas liada con tu novela, y él, con la clases en Derecho, pues que no os veíais por falta de tiempo.

—No. La verdad es que fui yo la que cortó la relación.

—Joder —murmuró Allegra—. Lo siento, Estefi.

—Yo no. No quiero estar con alguien que no solo no me apoya en los proyectos que emprendo, sino que, además, los ridiculiza.

—¿Qué ha pasado? —Las dos chicas miraban a Estefanía con inusitado interés al escuchar aquella rotunda aclaración por su parte. La habían notado algo más callada y reservada desde hacía algún tiempo. Pero ambas pensaron que era por todo lo que le estaba sucediendo con su incipiente carrera literaria. Que estaba algo más agobiada o más centrada o algo por el estilo. Y tampoco querían meterse en su vida personal, por muy amigas que fueran.

—Resumiendo, chicas, Pietro considera una pérdida de tiempo que me dedique a escribir. Y más que sean historias de amor para jóvenes.

—Pero si estás en la cresta de ola en cuanto a éxito y popularidad —le recordó Allegra con gesto de sorpresa por escucharla decir eso.

—Pero para él eso no significa nada.

—Por eso no lo vimos en la firma de libros —pensó, en voz alta, Mónica.

—Exacto. Por eso mismo. Y ahora va y me manda un wasap para vernos y hablar —les comentó con un tono que dejaba entrever la ironía de la situación—. ¿De qué narices vamos a hablar? ¿Del tiempo que hace en Bolonia?

—Así que era él con quien estabas chateando en el móvil cuando llegamos —dedujo Allegra, y se quedó pensativa por unos segundos en los que recopilaba toda la información de la situación—. ¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a quedar con él?

—No. ¿Qué sentido tiene vernos ahora después del tiempo que hemos pasado sin hacerlo? Además, cuando puse fin a la relación, él tampoco hizo mucho por intentar arreglarlo.

—Tal vez se haya dado cuenta de su error y pretenda arreglar las cosas —le sugirió Allegra pese a que no lo creía muy posible conociendo el carácter de Pietro. Y qué decir de Estefanía.

—¿Ahora? ¿Por qué ahora?

—Porque se ha dado cuenta de que estás triunfando —comentó Mónica mientras miraba a su amiga y asentía con total seguridad—. A ver, que no he dicho nada raro. Ahora que todo el mundo te conoce en la facultad y en las redes sociales y todo eso, no sería descabellado

pensarlo.

—No sé. Sería bastante interesado por su parte. Además, si ha calificado la escritura de Estefanía como una pérdida de tiempo y algo cursi, ¿por qué habría de cambiar ahora? ¿Por qué querría volver a salir con ella? ¿Con una escritora de literatura romántica? —resumió Allegra dirigiendo su mirada a Mónica sin comprender si esta lo decía en serio.

—De Pietro puedo esperarme cualquier cosa —intervino Estefanía captando la atención de sus dos amigas—. No me sorprendería que fuera algo así para lucirme delante de sus amigos, chicas. Y que después dijera que aborrece esa clase de literatura.

—Si es por eso por lo que quiere verte, sin duda que es un capullo —le refirió Mónica cabreada por ese hecho.

—Tal vez deberías probar suerte —le sugirió Allegra—. De esa manera, podrás saber si va en serio con lo vuestro o si tiene otros intereses. ¿Sigues enamorada de él? ¿O al menos sigues sintiendo algo?

Estefanía se quedó paralizada, sin saber qué responder ante esa pregunta tan inesperada por parte de Allegra. Resopló por un momento, como si le resultara difícil hallar la respuesta, y todo se complicó más cuando vio a Luca acompañado de otra chica. Su mirada se quedó fija en este mientras las palabras de Melina al respecto de ellos dos volvían a sacudirla. ¿Por qué narices le afectaban tanto? ¿Por qué no había logrado olvidarlas? Y no solo eso, sino que, además, ¿por qué se ponía atacada cuando veía a Luca en compañía de otra chica? Que ella supiera, hasta el momento en el que Melina le contó sus sospechas, no se había parado a pensar en lo que le parecía Luca. Pero ese estado de agitación no pasó desapercibido para Mónica y Allegra, que sonrieron con toda intención. Y fue la primera de ellas la que no se cortó un pelo a la hora de indagar más en lo que había entre Luca y Estefanía.

—Oye, Luca estuvo en tu firma de ejemplares, ¿verdad? —le preguntó Mónica con los ojos entrecerrados y fijando la mirada en Estefanía.

—Sí. Le firmé un uno.

—Ya, eso nos quedó claro porque lo vimos —le rebatió Mónica con cierta ironía—. ¿Y qué pasó después?

—Lo invité a tomar algo. Fuimos con el resto de la gente de la editorial a un local bastante animado.

—¿Y no pasó nada ente vosotros? —Allegra observaba el interrogatorio de Mónica. Esta arqueó una ceja con suspicacia, esperando que Estefanía le diera más información.

—No. No pasó nada de lo que estás pensando. —Estefanía sacudió la cabeza esbozando una media sonrisa llena de ironía—. ¿Por qué debería haber sucedido?

«Otras dos que piensan como Melina. Pero ¿por qué le ha dado a la gente por querer ver lo que no hay?».

—Con él es complicado —intervino Allegra captando la atención de las otras dos chicas, que, en ese instante, la miraban con ferviente curiosidad.

—¿Por qué? —fue Estefanía la que se aventuró a preguntar, algo picada en su curiosidad y en su orgullo femenino.

—Pasa de rollos. Va a lo suyo. Clases, amigos, fiestas y poco más. Es muy independiente. No se le conoce pareja, pero nada indica que no la tenga. —Allegra alzó las manos en señal de advertencia.

—Pues a mí me parece un tío majo —señaló Mónica—. ¿Y tú qué opinas? Tú eres de las compañeras de clase que pasa con él más tiempo. A nadie se le escapa este detalle.

Estefanía se quedó con su atención puesta en él mientras se dirigía hacia la entrada de la facultad. No le perdió detalle y esperó a que él se diera cuenta de que ella estaba allí, mirándolo con curiosidad y con interés.

—Vaya radiografía que le estás haciendo —le comentó Mónica a Estefanía cuando la vio contemplar a Luca de aquella manera que llamaba la atención a cualquiera—. ¿Qué pasa, no tuviste bastante la noche que saliste con él o qué?

Estefanía iba a responderle, pero en ese momento Luca se percató de la presencia de ella o, más bien, de su manera de mirarlo. Le sonrió y le guiñó un ojo con toda intención, lo que hizo que ella se sintiera algo incómoda.

—Desde luego que si a mí me miraran de la manera en la que lo has hecho tú, pensaría mal de ti —advirtió Mónica con una sonrisa muy significativa.

—Si Luca te gusta, ya te digo que no es un tío fácil —le repitió Allegra—. Puedes empezar a entrarle con la excusa de que necesitas un personaje masculino como él. Apuesto a que no te pondrá ninguna pega. Y en cuanto a Pietro…

—Creo que Pietro es historia —apuntó Mónica mirando a Estefanía, que estaba algo cortada en ese momento—. Vayamos a clase, que ya es hora. Por cierto, ¿piensas sentarte a su lado?

—Apuesto a que me ha guardado un sitio —les dijo convencida de que así sería. No pudo evitar pensar en lo que Allegra decía de él, que era un chico que pasaba de rollos y de relaciones. No tenía pareja según decía. Pero ¿qué podía importarle a ella? Luca y ella se llevaban

bien. Eso era todo. Además, los comentarios de Allegra sobre él no hacían sino echar por tierra las deducciones de Melina. Una mezcla de sensaciones turbaron a Estefanía camino de la clase, pero que parecieron disiparse cuando el propio Luca le hizo una seña con la mano para que fuera hasta él. Le había guardado un asiento justo a su lado. Se volvió hacia sus dos compañeras con cara de triunfo por lo que acababa de asegurarles.

Aunque Estefanía trató por todos los medios habidos y por haber de centrarse en las clases, tener a Luca a su lado y que las palabras de Melina o de sus dos amigas revolotearan en su cabeza no le hacían más llevadera la mañana. Sentía la curiosidad por lanzarle alguna mirada mientras él tomaba apuntes; se pasaba la mano por el pelo; se recostaba hacia atrás con los brazos cruzados mientras escuchaba con atención las explicaciones. En alguna ocasión, ella movió la pierna y rozó la de él, lo que provocó que Luca la mirara y sonriera. En otro momento, fueron sus codos y permanecieron juntos mientras ambos tomaban apuntes. Sus miradas volvieron a encontrarse y el calor invadió el rostro de Estefanía mientras Luca la contemplaba.

Luca la observaba con atención. Había situaciones en las que parecía nerviosa o cohibida. ¿Qué le sucedía esa mañana? Se apartaba algunos mechones de pelo que le caían sobre el rostro y que le impedían ver los apuntes. En otras ocasiones, mordisqueaba el bolígrafo, apoyaba el brazo en la mesa o resoplaba porque le parecía aburrida la clase. Luca sonreía e intentaba centrase en la clase y en los apuntes. Pero se le hacía harto complicado cuando ella captaba toda su atención y conseguía mantenerlo en vilo.

Lo que Estefanía no esperaba al salir de la facultad era encontrarse de frente con Pietro. Se había olvidado de él durante las horas de clases. Y el hecho de no haberle respondido le hacía pensar que a Pietro le bastaría para saber que Estefanía no tenía ninguna intención de verlo. Pero, al parecer, él no había pensado en ella sino en él. Por eso, estaba allí, apoyado sobre la moto con una pose algo chulesca para el gusto de ella.

Estefanía cerró los ojos por un segundo. Esperaba que, al volver a mirar, él se hubiera esfumado y que hubiera sido fruto del subconsciente. Nada más. Pero, al abrirlos, se dio cuenta de que era real.

—Vaya, parece que han venido a buscarte —le susurró Mónica—.

¿Le respondiste al wasap? —Adoptó un tono de incredulidad porque su compañera lo hubiera hecho después de todo.

Estefanía sacudió la cabeza. Lo había dejado estar después de ver a Luca con la otra chica llegando a la facultad. Y luego había pasado las tres horas de clases sentada a su lado: tomando apuntes, compartiendo confidencias, sonrisas y miradas extrañas, desconocidas para ella, o caricias furtivas e inesperadas. ¿Qué había sucedido esa mañana?

—Creo que vas a tener que solucionarlo lo antes posible —le sugirió Allegra arqueando las cejas.

—Ya. Eso me temo.

Las tres chicas se detuvieron de repente cuando observaron a Luca dirigirse a Pietro para saludarlo. «¿Por qué narices se para a hablar con él?», se preguntó Estefanía sintiendo el vuelco en el estómago al ver como entrechocaban sus manos y sonreían. Sabía que se conocían, pero no que se llevaran tan bien. No tenía ni idea de eso.

—¿Sabías que Luca y Pietro eran amigos? —no pudo evitar preguntar Allegra a Estefanía mientras a esta la tensión se le disparaba a cotas inesperadas al ver a los dos chicos intercambiar confidencias, risas y saludos.

—Sí. Del instituto —murmuró sin perder de vista a los dos chicos.

Cuando Luca vio a Estefanía acercarse a ellos, sintió un revuelo interno. Sí. Allí estaba ella dirigiéndose hacia ellos. Sabía que Pietro y ella habían sido pareja, ¿o todavía lo eran? Por lo que él conocía, Pietro no parecía hacerle mucho caso y creía haber escuchado a amigos que tenían en común que había sido ella la que lo había dejado plantado. Toda esa situación era la que lo retenía a hacerle ver que le atraía. Le parecía una chica a la que merecía la pena conocer y no quería dejar pasar la oportunidad de intentarlo con ella antes de que terminaran el curso y la carrera. Sabía que después cada uno seguiría caminos diferentes y que, tal vez, no volvieran a verse. No quería estarse preguntando día tras día si había hecho lo correcto.

—Hola, Pietro. Luca.

—Bueno, yo mejor me marcho. A ver si quedamos —le dijo a Pietro entrechocando sus manos.

—Esperemos, tío.

—Te veo mañana —le dijo a ella mientras la contemplaba de una manera neutra para que Pietro no percibiera su interés en su… ¿ex? Pero si se enteraba de que pasaba de ella, él estaba seguro de que lo intentaría con Estefanía.

—Un tío majo este Luca. Las que liábamos juntos en el instituto.

Estefanía se quedó contemplándolo mientras se alejaba de ellos. Se sintió descolocada, algo dentro de ella parecía no marchar bien

porque, en ese momento, deseaba irse con él. Pero debería resolver lo de Pietro cuanto antes. No quería más malos entendidos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó adoptando una pose seria y fría para que se diera cuenta de que no lo esperaba ni le había hecho ninguna gracia verlo.

—No has respondido a mi wasap.

—Ya sé que no lo he hecho, ¿y?

Pietro se vio sorprendido por la reacción de ella. Por su frialdad.

—Vaya, pensé que tal vez no te había llegado. Pero después he visto que sí, pero que no lo habías leído y decidí venir a verte.

—Pues ya me has visto, así que me marcho a casa.

—Espera. —Pietro la sujetó del brazo para obligarla a volverse hacia él—. ¿No podemos hablar?

—No creo que tú y yo tengamos algo de lo que hablar. ¿No te quedó claro la última vez que nos vimos? —le preguntó mirándolo con el ceño fruncido sin comprender cómo tenía tanta cara de presentarse allí.

—Me equivoqué. No tenía derecho a decir lo que dije de tus novelas ni de tu afición a la escritura. Pero eso no creo que haya sido motivo para dejarlo, ¿no? Prometo leerme tu novela, Estefi.

—¡Oh, vaya! Ahora lo prometes. ¿No tendrá que ver con el hecho de que todo el mundo habla de mí en las redes sociales, verdad? —Estefanía no pudo reprimirse a la hora de hacerle la pregunta que Allegra se había hecho a sí misma y a ella. Le parecía algo pretenciosa, pero no estaba dispuesta a dejar pasar una a Pietro después de haberse burlado de ella y de su afición a la literatura.

Él se quedó callado. Sorprendido, sin duda, por aquella sugerencia de ella. Lo había pillado con la guardia baja.

Al ver la cara que él ponía, a Estefanía se le revolvió el estómago. Pudo leerlo en su mirada. Pietro era transparente como el agua.

—No hace falta que me respondas. Ya lo has hecho —le dejó claro, furiosa por ese hecho.

—Espera… Yo… No puedes pensar eso de mí.

—Pues lo pienso a juzgar por tu reacción. A ver, Pietro, nunca has mostrado demasiado interés en mis proyectos, y no te estoy hablando de mi posible carrera de escritora, sino en general. No puedo seguir con alguien que no tiene en cuenta mis propósitos de futuro, lo que pienso hacer o no hacer. Que cuando hable no me estés escuchando. Por eso me marché, Pietro. Lo que yo busco y quiero es completamente distinto a lo que vi en ti. No puedes darme lo que yo necesito.

—Eres injusta conmigo.

—¿Soy injusta por buscar mi felicidad? —Estefanía se encaró con él, desafiándolo.

Pietro asintió esbozando una sonrisa irónica.

—Estás muy equivocada. Las historias de tus novelas se quedan entre las páginas. No son creíbles porque no existen. Pero sigue viviendo en tu cuento. Cuando te des cuenta de lo que te digo, también lo harás de lo que has perdido. Y yo no estaré esperándote. —Pietro se montó en su moto, se marchó y la dejó sola.

Estefanía no creía que pudiera sentirse mejor que en ese momento. Y todavía se atrevía a decirle que, cuando fuera a buscarlo, él no la estaría esperando. Por ella, se podía quedar esperándola de por vida porque no iba a ir tras él. «¿Qué no existe el amor verdadero fuera de los libros?», se dijo frunciendo el ceño, cabreada con aquella afirmación. Pero ¿qué iba a saber él?

Estefanía resopló sintiéndose liberada, por fin. Lo que no entendía era por qué él había aparecido si sabía que ella no iba a cambiar de opinión. Después de todo, Allegra iba a tener razón y lo que Pietro buscaba era volver con ella para lucirla ante sus amigos; eso sí, sin creer en ella lo más mínimo.

Luca no se marchó a casa después de dejar a Estefanía junto a Pietro, sino que prefirió perderse en los jardines de Margherita. La verdad era que se había quedado algo tocado al verla junto a él. Por lo que parecía, no habían dejado la relación pese a los comentarios que él había escuchado. Bueno, sería mejor pensar en otra cosa y olvidarse de Estefanía. Ella estaba con Pietro y, aunque le jodía que este pasara muy mucho de ella, como había visto en otras ocasiones, no podía hacer nada. La seguiría apoyando en todo lo que pudiera, dándole consejos cuando se los pidiera o echándole una mano con sus novelas. Eso era lo máximo que podía hacer por el momento. Le gustaría hacer más, pero no creía que fuera lo más adecuado.

El móvil sonó y lo sacó de esos pensamientos. Pensó que sería alguno de sus amigos, pero no. No era ni por asomo uno de ellos, sino la chica que los ocupaba en ese preciso instante. Luca sonrió al contemplar el nombre de Estefanía. La urgencia y la necesidad de saber a qué iba esa llamada hicieron que él deslizara el pulgar por la pantalla y respondiera.

—¿A qué debo tu llamada? —le preguntó con un toque divertido mientras sentía que el pulso parecía ir ganando velocidad.

—Verás, me preguntaba dónde estabas.

—¿Dónde estoy? —repitió él sin salir de su perplejidad—. Pues, en estos momentos, dando un paseo por los jardines Margherita —le respondió escuchando la risita de ella.

—Has decidido dar el paseo sin mí, ¿eh? El otro día me lo propusiste en vez de entrar en clase y me negué.

—Me apetecía despejarme un poco después de las tres horas de clase seguidas. ¿Tú no lo harías?

—Sí. Si me esperas, voy hacia allí y lo damos juntos.

Aquella sugerencia hizo que Luca se detuviera en su paseo. Permaneció en el sitio con la mirada perdida. Sacudió la cabeza como si no hubiera escuchado bien lo que ella le proponía. ¿Qué había sucedido con Pietro? ¿No se había marchado con él a su casa?

—¿Estás segura?

—¿Por qué no habría de estarlo? Claro que, si prefieres seguir dando el paseo solo o esperas a alguien, yo…

—No, no, vale. Me parece genial que quieras venir. No tengo prisa por irme a comer —se apresuró a responderle.

—Entonces te veo en diez minutos.

—Vale, te espero en la entrada —susurró Luca desconcertado por ese cambio de la situación. ¿Qué había sucedido para que ella lo llamara y le dijera que iba a buscarlo a los jardines? Debería tener cuidado porque no quería tener ningún problema con Pietro. Eran amigos, no grandes amigos, pero se conocían desde el instituto, aunque cada uno había seguido su propio camino.

Estefanía se mordisqueó el labio con gesto pensativo. Las palabras de Melina volvían a inundar su mente; una y otra vez cada vez que pensaba en él. ¿Por qué debería ser como ella le había contado? Luca era un tío solitario, solo había que ver que estaba paseando solo por los jardines de la ciudad. Llevaban siendo compañeros de clase cinco años y se daba cuenta de que no lo conocía tan bien como ella creía.

Se dirigió a los jardines de Margherita, cuya belleza le recordó a Estefanía a los jardines ingleses del romanticismo. Largos paseos flanqueados por árboles de diversas clases, que dotaban al jardín de armonía y tranquilidad. Y como colofón, el lago artificial creado con el agua procedente del Savena y que rodeaba un pequeño local donde uno podía tomar un café.

Luca permanecía en la entrada esperando a Estefanía. Si lo había llamado desde la facultad, él calculaba que tenía un buen paseo hasta llegar a los jardines. Sin embargo, cuando la vio aparecer en dirección a él con paso firme y una sonrisa bailando en sus labios, Luca se preguntó si ya lo tenía pensado de ante mano. Es decir, ¿había

considerado llamarlo al dejar a Pietro? ¿Qué diablos había sucedido?

—Pensaba que te habías quedado por los alrededores de la facultad hablando con tus compañeras —le comentó sin poder salir de su asombro cuando la vio llegar a su altura.

—Ah, no, no. Iba camino de casa y no sé por qué me acordé de ti.

Luca abrió la boca para decir algo, pero aquella confesión de ella acababa de dejarlo sin palabras.

—Imaginé que te habías ido con Pietro. ¿Estaba allí para buscarte, no? —Luca pensó que tal vez se metía en un terreno que no le incumbía. Pero si ella no quería darle una explicación, estaba en su completo derecho.

—¿Te importa si damos un paseo? —Estefanía no tenía ganas de hablar de Pietro en ese momento.

—No, claro.

—De ese modo, te compensaré por no haber aceptado la otra mañana.

—No es necesario. Si no te apetece… —Luca frunció los labios y sacudió la cabeza pese a que en su mente estaba deseando que ella le dijera que sí. Que quería quedarse con él.

—¿Por qué crees que he venido hasta aquí? ¿Para saludarte y ahora marcharme? —Estefanía entornó la mirada hacia él sin poder creerlo. Tampoco iba a confesarle que había sentido algo extraño y repentino el acordarse de él una vez que Pietro se marchó y la dejó sola. Lo había visto alejarse de ella solo, excepto con una mirada diferente a la que le había mostrado durante toda la mañana. Por primera vez desde que llegó allí, lo vio sonreír de manera abierta y relajada.

—En ese caso… —Se apartó para dejarle el paso libre y que pasara al interior del parque público.

—¿Por qué vienes aquí a pasear? Y ya sé que es un lugar precioso y perfecto para hacerlo, pero… —se apresuró a aclarar, pero quería saber el motivo por el que él iba allí.

Luca volvió el rostro para contemplarla en silencio por unos segundos. Ambos comenzaban a pasar juntos demasiado tiempo. Y Luca no estaba seguro del todo de que al final pudiera surgir algo más que una amistad de cinco años de clase. Desde que se conocieron en primero de carrera, se habían caído bien, habían congeniado y compartido horas de clases, de biblioteca y de cafetería también. Se habían pirado juntos, habían acordado entre ellos realizar los diversos trabajos que requerían las asignaturas, habían quedado para salir alguna vez con otros compañeros, o se habían encontrado alguna que otra noche loca. En definitiva, su relación parecía ser cada vez más y

más estrecha. Habían coincidido numerosas noches en los bares de moda de la ciudad y, en alguna ocasión, parecía que fueran a dar el paso definitivo. Eso, al menos, le comentaban los amigos de uno y de otra. Pero ¿qué faltaba para terminar el puzle?

—El silencio. Me gusta escuchar el sonido de las ramas mecidas por el viento… El trino de los pájaros… El agua de las fuentes cuando fluye…

—Te doy la razón en todo eso, pero apuesto a que también has traído a tus ligues aquí —le comentó ella sonriendo de manera maliciosa. A esas alturas, ella se daba cuenta de que nunca le había hablado de sus parejas. Era alguien bastante reservado en ese tema. Nunca lo había visto agarrado a un chica o enrollándose por ahí alguna noche. Pero sí las había tenido por lo que había escuchado contar a sus amigos.

Luca arqueó sus cejas en gesto de asombro y expectación por ese comentario.

—Reconozco que es un lugar adecuado para ello. Pero no. No soy tan romántico como el protagonista de tu novela —le aseguró recordando a su personaje masculino y esbozando una sonrisa.

—Por lo general, los tíos sois bastante fríos en ese sentido. No sé… —Estefanía entrecerró los ojos y lo contempló como si intentara saber si él lo sería—. Tal vez podrías ser mi prototipo para la historia que estoy preparando —le aseguró guiñándole un ojo—. ¿Qué opinas?

—Hundiría tu carrera como escritora. Créeme, no tengo nada que pueda interesar a tus lectoras.

—Eso debería decidirlo yo, ¿no crees? —Estefanía se detuvo y dejó que su cuerpo permaneciera muy cerca de Luca. Su mirada sí era en ese momento la que ella conocía de todos los días. En nada se parecía a la que había percibido cuando la vio con Pietro.

—Pues si a estas alturas no lo sabes… Llevamos juntos casi cinco años.

Tal y como lo dijo, Estefanía acusó el golpe en el pecho. Miró a Luca con una mezcla de sorpresa y expectación por si tenía algo más que decirle.

—¿En serio?

—Cinco años de carrera —le aclaró siendo él quien se sentía confuso—. Creo que has tenido muchas ocasiones para saber cómo soy, y la verdad…

Estefanía se acercó un poco más a él sin saber de dónde salían esas ganas de hacerlo. De quedarse contemplándolo en silencio y preguntándose si, después de todo, Luca terminaría siendo como el protagonista de su novela.

—Hay muchas cosas que sé de ti. Pero supongo que no todas.

—De esa manera mantengo el misterio.

—¿Estarías dispuesto a ayudarme si te lo pidiera? Esto es, me dejarías conocerte para plasmarlo en una historia. Adentrarme en tu interior.

Luca se percató de la cercanía de ella, de su rostro, de sus labios entreabiertos en ese momento. La escuchaba respirar, suspirar en la quietud de los jardines a esas horas. No había gente apenas, lo que hacía más especial el paseo, el momento en el que se encontraba. Deseaba deslizar su brazo por la cintura de ella y atraerla para hacer suyos sus labios. Inspiró hondo y sonrió de manera tímida.

—En serio, ¿crees que puedes sacar algo de mí?

—Tu indecisión. Tu timidez. Creo que serías capaz de enamorar a mis lectoras sin proponértelo.

Él sonrió de manera abierta por ese comentario que lo sacudió. ¿Qué diablos estaba sucediendo entre ellos? Porque si de algo estaba seguro era de que la mirada de ella parecía estar reflejando algo más de lo que le decía.

—No. A tus lectoras les gustan los chicos duros, que pasan de la protagonista, que van a lo suyo, que no reconocen lo que sienten por ella… Ese es el arquetipo por el que suspiran tus lectoras, créeme —le aseguró señalándola con su dedo y apartándose de ella como si quemara.

—No estés tan seguro —le dijo contemplándolo alejarse de manera natural y sintiendo cómo ese alejamiento la había dejado algo fría. Por un momento, ella había esperado que la besara al tenerla tan cerca de él. Sintiendo su respiración algo más acelerada que de costumbre, sus labios entre abiertos exhalando un suspiro bastante significativo de lo que ella esperaba—. No obstante, podría ofrecer la clase de chico que ninguna lectora espera. El que pasa desapercibido para todas. El que va a lo suyo y parece que nunca está. Pero que, al mismo tiempo, es el idóneo cuando te fijas en él. Cuando lo vas conociendo de tal manera que te atrapa sin remisión. En el que nadie se fija en una fiesta, pero que está ahí y que, cuando lo haces, en él quedas atrapada.

—Eres buena, ¿lo sabías?

Estefanía se quedó mirándolo como si la estuviera vacilando. Allí estaba ella, con los brazos cruzados bajos sus pechos y con la punta del pie dando toques sobre el suelo, como si se impacientara por algo. Pero, sobre todo, lo que hechizó a Luca fue el gesto de su rostro, con los labios fruncidos en mohín exquisito. Algunos mechones se le vinieron sobre la cara debido al ligero viento que se había levantado.

En un arranque de determinación que no comprendió, se acercó a

ella y extendió su brazo para que su mano le apartara el pelo de la cara de una manera simple y sencilla, pero que pareció dejar claro que algo estaba pasando entre ellos.

Estefanía no movió ni un solo músculo, sino que permaneció en la misma postura y dejó que fuera él quien le apartara el pelo, mirándolo a los ojos en busca de una aclaración a lo que sucedía. Deslizó el nudo que atenazaba su garganta y que le impedía hablar, y se humedeció los labios sin perder de vista la expresión del rostro de él. Sintió como el pulgar de su mano le rozaba la mejilla de manera tímida e imprecisa.

—¿Lo ves? Podrías hacer que una chica se enamorara de ti sin que tú lo pretendieras —le dijo en una especie de susurro.

Luca sonrió.

—Tal vez tengas razón en lo que dices, pero ¿y si ella prefiere al chico duro y malo de la novela?

—En ese caso, deberías preguntárselo o, al menos, hacerle ver si está interesado en ella.

—Si yo fuera como tú dices, ese de que soy capaz de enamorar a una chica sin pretenderlo, a lo mejor ella ya se habría dado cuenta

Estefanía apretó los labios y frunció el ceño.

—¿Y por qué no se lo preguntas? Tal vez ella lo está esperando —le susurró tratando de templar los nervios que acababan de apoderarse de todo su cuerpo. Estaban tan cerca que podía escuchar la respiración de él e, incluso, podría hacer lo mismo con su corazón desbocado. Estefanía no podía pensar en nada más en ese momento porque se sentía extraña.

Imaginó que acabarían besándose y confirmando algo que todos parecían ver menos… ¿ellos dos? ¿O tal vez Luca sí lo supiera?

Luca sonrió para comprobar cuánto le atraía ella, cómo deseaba besarla justo en ese instante y en aquel lugar sin importarle lo más mínimo que alguien pudiera verlos. Pero entonces algo lo retuvo con fuerza. Pensó que, si la besaba, su amistad podría verse afectada hasta el punto de romperse. ¿Y Pietro? ¿Estaba o no con él?

—¿De qué serviría? Ya conozco su respuesta, créeme.

—¿Pero ya lo has hecho? ¿Se lo has preguntado? —Estefanía tenía el corazón en vilo por lo que él pudiera confesarle. Lo obligó a mirarla de manera fija y percibió la ternura y el anhelo por besarla.

—Ella está con otro. De manera que no tiene sentido preguntarle nada.

Estefanía sintió el vuelco en el estómago cuando Luca dijo eso. ¿Se estaba refiriendo a ella? Sintió una ola de frío recorrer su espalda hasta su nuca, que erizó toda su piel a su paso como una corriente

invernal. Intentó controlar su corazón, aunque tenía la impresión de que este se le había parado o, al menos, latía más despacio. No sabía qué esperar en ese momento de él, ni de ella. Claro que si él se refería a ella, no iba a dar un paso al frente para besarla. De todas formas, tampoco habría podido hacerlo. El destino se encargó de responder a sus dudas en forma de niño pequeño sobre una bicicleta, que pareció irse contra ellos y que los obligó a apartarse de su camino.

—Disculpad —les dijo el padre al pasar al lado de ellos con cara de circunstancia. Era consciente de que su pequeño acababa de interrumpir un momento íntimo.

—No pasa nada —se apresuró a decir Luca con una tímida sonrisa al mismo tiempo que se apartaba un poco más de Estefanía. La observó de reojo mientras él fingía seguir con la mirada al padre corriendo en pos de su hijo. Esperaba su reacción. Que dijera algo o que se acercara a él. Pero se quedó en el sitio que estaba—. Creo que deberíamos dar por terminado el paseo e ir a comer algo —le dijo echando un vistazo al reloj—. ¿Tienes hambre?

Ella levantó la mirada, que hasta ese momento había dejado fija en el suelo sin saber qué hacer. Se preguntaba qué había querido decir Luca respecto de que le atraía una chica que tenía pareja. Pero hacerle esa pregunta de manera directa no le parecía que fuera una buena opción. No estaba segura de que fuera ella. Y arriesgarse a decirla podía significar hacer el ridículo.

—Creo que voy a marcharme a comer a casa y así, de paso, echaré un vistazo a la novela. Tengo que ponerme al día con ella o mi editora me llamará al orden —le comentó poniendo los ojos como platos y una sonrisa de circunstancia.

—Claro. No quiero quitarte tiempo de tu trabajo. ¿Ya la has empezado?

Caminaron hacia la salida de manera lenta y sin la confianza del principio. Sus cuerpos ya no se acercaban ni se rozaban con cierta complicidad, sino que habían dejado un espacio entre estos. Tampoco hubo miradas ni gestos o sonrisas. Algo había sucedido que había cambiado la actitud de ambos. ¿Había sido la cercanía entre ellos? ¿La manera de mirarse o tal vez lo que Luca le había confesado?

Estefanía no podía pensar con claridad ni creía que pudiera sentarse delante del teclado a escribir porque estaba convencida de que tanto la mirada de él como sus comentarios ocuparían su mente por entero.

—Yo voy por allí —le dijo ella tratando de separarse de Luca lo más pronto posible. ¿Qué le había sucedido con él?

—En ese caso, te veo mañana en clase.

—Hasta mañana. —La despedida no fue la que ambos tal vez habían esperado. Fue algo fría, informal para la complicidad que existía entre ellos.

Luca la contempló alejarse. Se pasó la mano por el pelo y resopló. Levantó su mirada hacia el cielo despejado de Bolonia preguntándose por qué le había dicho aquello. Pero sin darse cuenta se había metido en una conversación mediante la que ella podría deducir quién era esa chica a la que se había referido. Permaneció con la vista fija en ella hasta que se perdió en la distancia, y él se giró camino de su casa.

Estefanía caminaba como si fuera una turista en la ciudad. Parecía perdida porque cada cierto tiempo se paraba y sacudía la cabeza. Cuando estuvo algo lejos de él, volvió el rostro para ver si seguía allí. Luca la contemplaba en el mismo lugar en el que se habían despedido. Su aspecto de despistado, de pasar de todo, de que la vida no iba con él se quedó grabado en su retina. Sintió un impulso de volver sobre sus pasos y retomar la conversación donde la habían dejado. Pero él no se lo diría. Le daría largas respecto de quién era la misteriosa chica que le atraía. Pero apostaba a que, por su manera de mirarla, de colocarle le pelo y acariciarle la mejilla… No podía estar equivocada. Las cosas del corazón se sabían. Y ella había tenido la confirmación en aquel momento.

Luca acudió como cada tarde al entrenamiento del equipo de baloncesto de la ciudad. Claudio lo había liado para hacerse cargo de uno de los equipos de las categorías inferiores de la Virtus de Bolonia. Y aunque en un principio le pareció una encerrona de su amigo, al final le había cogido el gusto y disfrutaba con los chicos. No en vano él había jugado en dichas categorías hasta hacía un par de años.

Llegó al pabellón con tiempo, ya que, después de lo de Estefanía, había preferido comer algo rápido por ahí, pasar por casa a recoger unos apuntes y salir hacia el PalaDozza.

—Llegas pronto —le dijo Claudio palmeándolo en el hombro—. ¿Has comido?

—Sí, claro. ¿Qué tal los chavales? —preguntó haciendo un gesto a los que en ese momento calentaban.

—Contentos tras la última victoria ante Pessaro.

—Ya. Supongo.

—Oye, tío, ¿qué te pasa? ¿Un mal día en la facultad?

—Déjalo, ¿quieres? Vamos a centrarnos en el partido del sábado.

Nos visita el líder, Fiat Torino.

—Complicado. Pero los chavales están eufóricos por la trayectoria. Ya te dije que tú valías para entrenarlos. Eso, y la apuesta de la directiva dada tu relación con esta. Y luego está tu hermano…

—Menuda encerrona me preparaste —le recordó sonriendo por primera vez desde que se despidió de Estefanía.

—Pero si esto es lo tuyo —le aseguró señalando a los chavales calentando—. Venga, no me lo puedo creer. Tú jugaste en la Virtus. Y eras bueno.

—Sí, sí. Lo que tú digas. Ahora hazme la pelota un poco para tenerme contento. Anda, vamos con los chavales, ¿quieres? Hay que quitarles la presión de jugar contra el líder.

—Esperan ganarlo, te advierto.

—Genial. Pues ganaremos al líder —le aseguró entrechocando su mano con la de su amigo y segundo entrenador, mientras parecía que Estefanía quedaba en un segundo plano por el momento.

Estefanía seguía sentada delante del portátil contemplando la pantalla y, en esta, el folio en blanco de su procesador de textos. Pensaba en cómo habían cambiado las cosas en unas horas. Había roto su relación con Pietro de una manera rotunda y definitiva. Y luego, en un impulso algo alocado, había llamado a Luca para verlo. Había quedado con él y, en unos minutos, todo su mundo se había visto sacudido con sus palabras. Claro que debería corroborarlas antes de decidir qué hacer. Una vez más, los comentarios de Melina volvían a revolotear en su mente. Pero ella no parecía tener ganas de hacerles caso. En vista de que no parecía estar centrada esa tarde para escribir nada, decidió que lo mejor sería salir de casa y tratar de despejarse. Eso si Luca se lo permitía.

Capítulo 3

—Entonces lo has dejado con Pietro —le aseguró Allegra cuando pilló por banda a Estefanía en la cafetería de la facultad.

—¿Vas a hacer que te lo repita otra vez? —le preguntó la aludida de manera monótona, con la mirada entornada hacia su compañera, como si todavía no se creyera que se lo estaba preguntando.

—Es que no termino de creerlo.

—Pues empieza a hacerlo de una vez.

—¿Sin vuelta atrás? —intervino Mónica, que levantaba la mirada de su móvil por primera vez desde que se sentaron a tomar un café.

—Claro. ¿Qué esperáis? ¿Qué se me pase y dentro de unos meses vuelva con él o qué? —les preguntó algo cabreada por esa suposición.

—No sé. Yo solo te pregunto.

—Entonces, ahora vuelves a estar libre. Esto es, dejas el banquillo y vuelves al terreno de juego —le dijo Allegra arqueando las cejas.

—Pero ¿de qué me hablas? —Estefanía no pudo evitar las carcajadas por aquel símil que había hecho su amiga.

—Solo hago una comparativa deportiva con tu actual situación sentimental. Nada más. Por cierto, hablando de deporte, mi sobrino me ha regalado entradas para ir a verlo jugar al baloncesto mañana por la tarde. ¿Cuál de vosotras dos se apunta? ¿O las dos? —Allegra sonrió de manera abierta y arqueó las cejas con expectación.

—¿Baloncesto? ¿Mañana sábado? No. Paso —dijo Mónica al momento—. Esta noche salimos, ¿no? ¡Es viernes, chicas!

—Yo sí voy —le dijo Estefanía con decisión. Le vendría bien distraerse un poco después de todo lo sucedido los últimos días.

—Genial.

—No sabía que tu sobrino jugaba al baloncesto —comentó Estefanía cogiendo su vaso de café para darle un sorbito mientras con su mirada controlaba la puerta de entrada a la cafetería por si veía aparecer a Luca. Llevaba días sin verlo. Desde el mediodía en que ella rompió con Pietro y luego fue hasta los jardines Margherita en su busca. Había llegado tarde a algunas clases y se había quedado sentado en las últimas filas. Y a otras ni siquiera había entrado. «¿Lo estará haciendo a propósito para evitarme?», se preguntó con un toque de preocupación. Y de ser así, ¿por qué razón?

—Está en las categorías inferiores de la Virtus. La verdad es que no he ido nunca a verlo jugar. Y esta vez casi me lo ha rogado el pobre. Dice que viene el líder y que esperan ganarles. Que es un partido muy emocionante.

—Vaya tía que estás hecha. No ir a ver a tu sobrino jugar al baloncesto —le dijo Mónica burlándose de ella.

—¿Qué quieres que haga? Tengo muchas más cosas que hacer que ir a ver a mi sobrino.

—No te preocupes. Este sábado iremos tú yo —la tranquilizó Estefanía.

—Si tienes que hacer algo, me refiero a tu novela…

—Mi novela marcha a buen ritmo.

—Por cierto, ¿por qué miras tanto hacia la puerta de entrada de la cafetería? —preguntó Mónica, que parecía no prestar atención a lo que hacía Estefanía.

—Oh, por nada.

—Es por Luca, ¿no? Lleva raro unos días —señaló Allegra con el ceño fruncido, mirando a Estefanía por si ella sabía algo.

—Vaya, no soy la única que se lo ha notado —dijo Estefanía más tranquila consigo misma, ya que había pensado que eran imaginaciones suyas.

—Sí, llega tarde a las clases y se sienta al final —comentó Mónica dirigiendo su atención también hacia Estefanía—. Y a otras ni ha aparecido.

—¿Por qué me estáis mirando? ¿Acaso pensáis que yo sé algo al respecto?

—Tú eres con quien mejor se lleva o, al menos, con quien más tiempo pasa de nosotras tres. Hace días que no os vemos juntos —le dijo Mónica con los ojos entrecerrados, como si sospechara que Estefanía le estaba ocultando algún chisme de Luca y ella—. ¿Ha sucedido algo que no sabemos?

Había un toque en la voz de Mónica que a Estefanía no le gustó. O sería mejor decir que despertó sus sospechas. Un toque irónico y

suspicaz. ¿No los habrían visto en los jardines de Margherita? O alguien les había ido con el cuento, ¿no?

—Pues si ha sucedido algo, deja que te diga que soy la primera en enterarme.

—Supongo que tendrá la cabeza en otra parte —concluyó Allegra viendo que la conversación podría enrarecerse—. Siento decirlo, chicas, pero hay que volver a clase.

Estefanía lanzó un vistazo al móvil.

—Bueno, no hay que ponerse así. Es la última clase de la semana —recordó Mónica con una sonrisa que iluminaba su rostro.

Estefanía apuró su café y echó un último vistazo a su móvil mientras sus compañeras se levantaban de la mesa. Volvió el rostro hacia su bolso y, con este en la mano, se levantó para irse, cuando chocó con alguien que parecía estar esperando para ocupar esa misma mesa.

—Disculpa —dijo sin prestar atención a la persona. El pelo se le había revuelto y le ocultaba su rostro. Se lo apartó y se fijó con quién había chocado.

—Disculpada —le dijo Luca con una media sonrisa tímida que encendió el rostro de ella sin remisión.

—Ah…, vaya… Eres tú —logró articular cuando logró controlarse. Se pasó la mano por el pelo para colocárselo en su sitio y, de ese modo, poder contemplar a Luca como se merecía—. Hace días que no sé nada de ti.

Luca se encogió de hombros ante ese comentario. Sabía de sobra a qué se refería. A que él no le había dicho de tomar un café en las horas libres ni había pasado por *Il Café della Letteratura* a ver si estaba allí con Melina como hacía algunas mañanas. Que se sentaba en las últimas filas del aula y, en cuanto el profesor daba la clase por terminada, él la abandonaba como si lo persiguiera el diablo. Que no quedaban para marcharse a casa. A todas esas cosas que habían compartido durante tanto tiempo y que desde el día que se vieron en los jardines, él había dejado de hacer. ¡Joder!, ¿cómo pretendía que siguiera a su lado cuando estaba colgado por ella?

Durante algún tiempo lo había llevado bien porque no se había producido un acercamiento que delatara sus sentimientos hacia ella. Pero, el día en los jardines, había estado a punto de besarla. De confesarle que le gustaba, que tal vez se estuviera enamorando de ella. Que no había conocido antes esa sensación que ella creaba en él. Por todo eso, había intentado alejarse, aunque lo mejor sería que lo hiciera por una temporada.

—Te he visto sentarte al fondo de la clase alguno días, pese a que

te he estado guardando el sitio —le recriminó en cierto modo para que se diera cuenta de que ella seguía pensando en él, y seguía comportándose de igual manera, aunque él hubiera cambiado. Y ella sabía el motivo—. Por no mencionar los días que no has aparecido. Pero es algo que no me compete, claro.

Luca bajó la mirada al suelo y sonrió.

—Las escritoras tenéis un sentido muy bueno de la percepción. No perdéis detalle. Por cierto, ¿qué tal va tu novela?

—De momento, he escrito poco.

—¿No estás inspirada? —la pregunta llevaba un toque irónico que a Estefanía pareció ofenderle.

—No es eso. Es que me debato entre el chico duro o el que enamora a la chica sin darse cuenta —le rebatió con el mismo tono que había empleado él.

—Ya, claro. Apuesta por el duro, el que va en moto. El otro no tiene mucho interés.

—Depende de si al final logra enamorarme. Te dejo, tengo la última clase de la semana. Si no nos vemos por ahí, que pases un buen fin de semana. —Estefanía se sintió algo molesta por la actitud que había demostrado con ella. Le dolió en cierto modo. Por ese motivo, prefirió seguir a sus compañeras a clase en vez de quedarse con él.

—Sí. Lo mismo te digo.

Luca se apartó para dejarla pasar, pero el leve roce de sus cuerpos le recordó otro lugar y otro momento con ella. Por una fracción de segundo, ambos se quedaron mirándose de una manera bastante significativa, pero sin decir una sola palabra más.

—Dime una cosa, a ti Estefanía te pone, ¿no? —La pregunta de su amigo Pierluigi arrancó una carcajada a Luca—. Sí, no me mires de esa manera, de «yo no sé nada. No sé de qué cojones me hablas», ¿quieres?

—¿En serio te estaba mirando así?

—Sí. Y sabes que tengo razón. Así que que ya estás largando por esa boca.

—¿Sabes que mañana jugamos contra el Fiat Torino? Los chavales están emocionados porque se ven con posibilidades de ganar al líder.

Pierluigi contemplaba a Luca con la boca abierta y un gesto de no saber a qué venía aquello.

—¿De qué cojones me estás hablando? Te pregunto por Estefanía y tú me sales con que tu equipo mañana juega contra el Fiat Torino.

—Por si te animas a venir.

—Ya. Vamos, que no me vas a contar nada de Estefanía.

—No hay nada que contar. O, mejor dicho, no sé qué esperas que

te cuente.

—Pues que si tienes intención de ir a por ella, por ejemplo.

—¿A por ella? Ella está con Pietro, por si lo has olvidado.

Pierluigi sonrió primero y luego soltó una sonora carcajada que captó la atención de algún que otro estudiante en la cafetería. Miró a Luca sin comprender su respuesta.

—¿Con Pietro? —ironizó Pierluigi—. Pietro está con Estela. Estefanía lo mandó a paseo el otro día cuando vino a verla. Lo suyo terminó hace seis meses. Debió ir a verla para intentarlo por última vez y, al ver que ella no cedía, Pietro se largó. Tu querida compañera está más libre que los taxis. De manera que, si tienes el más mínimo interés en ella, ya estás tardando en parar y subir a ese taxi —le dijo sacudiendo la cabeza sin creer que él no lo supiera.

Luca se quedó en silencio cuando escuchó a Pierluigi contarle lo de Estefanía. ¿En serio Pietro y ella habían roto su relación? Dejó la mirada fija en la mesa, preguntándose si el hecho de que él le confesara que… ¿Se había marchado el otro día dejándolo solo porque pensó que él se refería a ella? ¿Por qué no le contó que lo había dejado con Pietro? Tal vez, después de todo, hubiera un momento para ellos dos. Miró a Pierluigi con una sonrisa bastante significativa.

—¿A qué viene esa sonrisa? No sabías lo de Estefanía y Pietro, presumo. Y ahora, después de pensarlo, acabas de darte cuenta de que tienes tus posibilidades, ¿no? Vamos, que estás en la misma situación que tu equipo frente al líder mañana. Si lo vences, serás poco menos que un héroe para el club. Y si pierdes, no pasa nada, estás haciendo una buena temporada. Pues aplícatelo a Estefanía. Ella es como Fiat Torino. Vencerlo es todo un reto. Y si pierdes, no pasará nada.

—Pensaba que no te interesaba el baloncesto —le comentó Luca sonriendo ante la verborrea de su compañero Pierluigi.

—Yo hablaba de Estefanía. Te estaba haciendo una comparación entre tu equipo y tú; y el Fiat Torino y Estefanía. Buena suerte, tío.

Luca no dijo más. Permaneció pensativo dándole vueltas en la cabeza a toda aquella información. Eso cambiaba todo de repente. Absolutamente todo.

—¿Y por qué debería interesarme Estefanía?

—Venga, que todos por aquí intuimos que ambos estáis… tonteando como quinceañeros. Que os va el rollo ese de buenos compañeros y tal. Pero en realidad estáis esperando la ocasión para lanzaros —le apuntó mientras lo señalaba con un dedo para dar mayor constancia a su deducción.

Luca no prestó más atención a Pierluigi, sino que se centró en su café pese a que en su cabeza bullía la noticia de que Estefanía

estuviera libre. ¿De verdad era buena idea ir tras ella?

El pabellón presentaba un aspecto fabuloso cuando Allegra y Estefanía se sentaron en la grada para presenciar el partido. Pese a ser un partido de chicos de dieciséis años, la gente parecía más que interesada en este.

—Mira, mi sobrino es el que entra a canasta ahora —le señaló Allegra mientras los chicos hacia una ronda de entradas a canasta para calentar.

Estefanía se fijó en él y en el resto de chicos que calentaban. Sin querer, su mirada recorrió el parque del pabellón y el banquillo del equipo local. Sintió el vuelco en el pecho cuando creyó distinguir a Luca. No, no podía ser él. Era demasiada casualidad, ¿no? Era alto, ancho de hombros, con un físico de alguien que había jugado al baloncesto, tal vez. Ese detalle se le había pasado por alto en todo el tiempo que hacía que lo conocía. No había caído en que pudiera hacer o haber practicado deporte. De repente, se giró y Estefanía tuvo la impresión de que se le cortaba la respiración. ¡Era él!

—¿Qué miras con tanto interés? —La pregunta de Allegra le sonó lejana, como si no se la estuvieran haciendo a ella en particular, como si la conversación tuviera lugar detrás de ella. Y cuando notó que alguien le tocaba el codo, ella reaccionó.

—¿Qué?

—Te preguntaba por qué estabas tan fija mirando a no sé dónde, la verdad.

—Al banquillo del equipo local —le comentó con naturalidad.

Allegra entrecerró los ojos para fijarlos en los dos chicos que permanecían de pie controlando la rueda de calentamiento mientras los animaban con palmas y gritos de aliento. De manera lenta, Allegra abrió los ojos hasta que cualquiera pensaría que se le iban a salir de las cuencas. Por no mencionar su boca, en la que su labio inferior parecía que fuera a caerse de un momento a otro.

—¿Es Luca? —preguntó con el brazo extendido hacia él.

—Sí. ¿Sabías que entrenaba al equipo de tu sobrino?

—No. Ya te dije que esta es la primera vez que vengo. De lo contrario, te lo habría dicho, ¿no crees?

Estefanía no dijo nada porque en ese instante la presencia de Luca captaba toda su atención. Y se preguntaba si no eran demasiadas casualidades. Melina le había comentado que había percibido que

entre ellos dos había química. El hecho de que casi la besara en los jardines cuando apareció un crío en una bici para separarlos. Y en ese instante, que ella decidiera ir a un partido de baloncesto del sobrino de Allegra y que Luca fuera su entrenador. Debería recapacitar seriamente qué estaba sucediendo. ¿Una coincidencia? Trató de centrar su atención en el partido y no en la figura del entrenador.

Luca se dio la vuelta para ver a la gente que había acudido a ver el partido. Parecía que al final iba a haber una buena entrada.

—¿Nervioso?

—No más de lo que puedo estar en otro partido cualquiera.

—Ha venido gente…

—Sí, algo más de la que viene habitualmente. —Luca se giró de nuevo hacia la grada, pero, en esa ocasión, algo o alguien captó su atención. ¿Estefanía? No pudo evitar hacerse esa pregunta cuando la reconoció sentada al lado de Allegra. Sacudió la cabeza sin terminar de creer que ella estuviera allí. ¿Le gustaba el baloncesto? Por un segundo o tal vez dos, su mirada se quedó suspendida en la de ella. La vio sonreír de manera tímida y luego saludarlo con la mano.

Luca estaba tan absorto en la visión de Estefanía que no se había dado cuenta de que los árbitros habían marcado los tres últimos minutos. Ni que Claudio seguía aplaudiendo y animando a los chavales. Estos terminaron el calentamiento y se dirigían al banquillo para recibir las últimas instrucciones.

—Luca —le avisó Claudio al ver que este seguía mirando hacia la grada sin darse cuenta de que el partido iba a comenzar.

—¿Sí? —seguía algo aturdido por Estefanía. Debía centrarse en el partido. Miró a los chavales y les dio sus últimas órdenes—. Bien, tíos, pensad que ellos se juegan mucho. Nos respetan porque aquí no nos ha ganado nadie, eso impone y acojona. Salimos en individual teniendo especial cuidado con sus bloqueos. Presionamos después de canasta para que les cueste subir el balón. No los dejamos pensar. Venga, va —les dijo poniendo su mano al frente para que todos las juntaran—. Uno, dos, tres. ¡Virtus!

Los cinco chicos que saldrían de inicio saludaron uno a uno a sus compañeros en el banquillo y, por último, a los dos entrenadores antes de salir a pista. Luca resopló. Permaneció de pie aplaudiendo primero y después cruzó los brazos para centrarse en el partido. No quería mirar detrás de él. No podía distraerse en ningún momento. Debería tener la atención en el parqué donde iba a comenzar el partido.

—¿Crees que están acojonados? —la pregunta de Claudio provocó una sonrisa irónica en Luca.

—¿Qué querías que les dijera? ¿Qué son mejores que nosotros? Eso

ya lo sé, pero no se lo puedes decir a ellos —dijo haciendo un gesto con el mentón hacia el centro de la pista donde se producía el salto inicial.

Estefanía fijó su atención en Luca. Permanecía de pie con los brazos cruzados contemplando el desarrollo del partido. Él ya sabía que ella estaba allí. Su forma de mirarla, entre la sorpresa y la expectación, le había provocado una ligera ola de calor. Trató de centrarse el encuentro, aunque sin duda que su mirada quedaba una y otra vez atrapada en la figura de Luca. En cada uno de sus movimientos y de sus gestos.

El partido no comenzó tan bien como Luca esperaba, ya que al final del primer cuarto iban por debajo. Se agachó ante los chavales que permanecían sentados en el banco mientras lo miraban y escuchaban darles explicaciones. Luca no cogió la pizarra. No se trataba de la teoría porque esa ya la sabían. Se trataba de que estaban jugando atemorizados, nerviosos, con demasiado respeto al rival.

—Chicos, ¿qué estamos haciendo mal? —les preguntó paseando la mirada por todos ellos, pero ninguno pareció saber qué responder a la pregunta—. No estamos siendo nosotros. Y mientras no lo seamos, ellos seguirán arriba en el marcador. Fuera miedos, nervios y demás. Han pasado diez minutos que nos han servido para tomar contacto con el rival, pues en los diez siguientes quiero que juguemos. Pero que lo hagamos de verdad. Somos mejores que ellos.

—Pero ellos van primeros —le recordó uno de sus chavales, contrariado por esa afirmación.

—¡Bah! Han tenido suerte en los últimos partidos ganando de uno a Roma y a Milán. Pero os diré que tienen miedo a este partido. Mucho, porque saben de lo que somos capaces. Así que salid ahí y hacerlo. —Luca les guiñó un ojo en complicidad y puso la mano al frente para que todos lo secundaran.

Claudio asintió. El mensaje de Luca parecía haber calado en los chicos; nada más tenía que ver la manera en la que les había cambiado el gesto del rostro. Se acercó a Luca para comentarle algo.

—Sabes cómo levantarles el ánimo a los chavales. ¿Nos tienen miedo? —Claudio arqueó la ceja lanzando una mirada de incredulidad a Luca.

—Hay que motivarlos para que vuelvan a la pista y jueguen. Sé que son capaces de ganar este partido.

—No has corregido ninguna jugada. Ni de ataque ni de defensa — le comentó algo contrariado por ese hecho.

—Lo que había que corregir lo he corregido. La mentalidad —le dijo palmeándolo en el hombro antes de volver a centrarse en el

desarrollo del juego desde la banda, sin sentarse. Intentó no lanzar una mirada hacia la grada donde estaba Estefanía y, aunque al final lo hizo, esa vez sus miradas no se encontraron. Volvió su atención al juego, donde corrigió aquellos aspectos que necesitaban mejoría, alentando a los chavales, protestando ciertas jugadas o dialogando con los árbitros. Sus charlas en los tiempos muertos y en el vestuario durante el descanso parecieron surtir efecto en sus jugadores. Estos afrontaron el segundo tiempo con otro ánimo. Y así llegar a un final apretado que podía decidirse para cualquiera de los dos equipos.

—Pide un tiempo. Necesitamos tener la última —le sugirió Claudio al ver el marcador tan ajustado con dos puntos arriba para el Fiat Torino.

—No —dijo Luca muy seguro de su decisión.

—¡¿No?! Pero…

—Eso es lo que esperan que hagamos. Un tiempo y ensayar una jugada.

—Pero hay que pensar en una jugada final.

—No.

—¿Te la vas a jugar sin más? Si anotan, estamos… jodidos —susurró para que los chavales no lo escucharan. Pero tampoco creía que pudieran hacerlo, ya que estaban animando a su compañeros para que defendieran a tope el ataque del equipo contrario.

En la grada, Estefanía no podía aguantar sentada ante la emoción que estaba viviendo. Allegra y ella permanecían de pie silbando a tope para descentrar a los jugadores de Torino y que no anotaran. Estefanía no recordaba haber vivido tanta emoción. ¡Y todo por un partido de baloncesto de chicos de dieciséis años! Estalló en un grito eufórico con los brazos en alto cuando el árbitro señaló pasos al pívot de Torino en su ataque a canasta.

Luca estaba tranquilo. No tenía la más mínima intención de pedir un tiempo muerto para plantear una jugada. No quería dar pistas al entrenador contrario. Sabía que, si lo pedía, le daría opciones para plantear su defensa. Por eso no lo hizo: para quitarle la capacidad de reaccionar ante su canasta.

—Angello. Marcello —gritó Luca colocando sus manos a modo de altavoz. Y cuando los chicos captaron su atención, Luca solo les dijo una palabra—: Estefi.

Angello captó la indicación del banquillo e hizo un par de señas a dos de sus compañeros para que le bloquearan el tiro. Claudio tenía el corazón en un puño, al igual que los espectadores que habían acudido esa tarde al pabellón. Estefanía tenía las manos cerradas en puños y apretadas contra su cuerpo mientras aguantaba toda la tensión del

momento.

Luca se concentró en la última jugada del partido. Él sabía que no le quedaría tiempo material a Torino para hacer un ataque. Solo podía hacer una falta buscando los dos tiros de su jugador y jugársela a que este fallara alguno o que los convirtiera. Los segundos pasaron rápidos, Angello buscó un doble bloqueo en el exterior, pasó el balón a un compañero que inició la entrada a canasta, pero no entró a esta, sino que dobló el pase al exterior para encontrar a Angello y que este se jugara el triple. Luca no se movió ni pestañeó al ver salir el balón de las manos del chico y volar hacia el aro.

Estefanía se mordía el labio aguantando la tensión de ese segundo. De ese balón que trazaba su camino hacia el aro para terminar acariciando la red de una manera limpia justo en el momento en el que la sirena de final de partido sonaba y se mezclaba con el griterío que se producía en la grada. Una especie de estampida que desencadenó la locura de todos los chavales en el banquillo. Incluso Claudio cogió por detrás a Luca y lo levantó del suelo, preso de un estado de emoción y agitación nunca antes conocido. Todo era felicidad, gritos, voces y aplausos. Luca se mantuvo ajeno a todo ello mientras corría a saludar al técnico rival.

—Buen partido y gran tiro —le dijo este con un apretón de manos.

—Sí, lo mismo digo.

Luca sonrió contento. Se volvió hacia la grada buscando a Estefanía y a Allegra, que aplaudían desde sus asientos. Pero lo que más le impactó fue contemplar el gesto de alegría en ella. Tenía el rostro encendido por la emoción vivida, supuso. Su mirada brillaba de satisfacción, tal vez. Resoplaba como si acabara de soltar toda la tensión por la última jugada. Y cuando se posó en él, Luca solo pudo sonreírle con una leve inclinación de la cabeza.

—¿Puedes explicarme qué coño es Estefi? —le preguntó un Claudio, exultante, mientras rodeaba a su amigo por los hombros.

Luca sonrió con sorna.

—Una jugada.

—Ya, eso me ha quedado claro. Pero ¿cuándo coño la has entrenado?

—Llevamos algunos días con ella. Solo por si el partido se ponía igualado.

—Ya. Un doble bloqueo en el exterior para hacer pensar al rival en un triple o una entrada. Y después cortar la zona como si fueras a entrar y doblar el pase a la línea de tres.

—Nuestros tiradores quedan libres porque la defensa rival se cierra para tapar la entrada a canasta de nuestro jugador. Simple —le

resumió palmeándolo en el hombro.

—Simple. Ya. —Claudio entornó la mirada con ironía—. ¿Y si Angello hubiera fallado el triple?

—Pero no lo ha hecho. Es nuestro mejor tirador de tres, ya lo sabes.

—Sí, eso es verdad. La jugada es para él. Estefi, ¿no? —preguntó Claudio contemplando a Luca con curiosidad.

—¿Qué le pasa al nombre?

—Nada. Me gusta. Un nombre ganador.

Luca asintió sin decir nada más. Se fue a felicitar a sus jugadores una vez que estos se hubieron saludado con los del Fiat Torino.

—Os lo dije. Tenían miedo porque en nuestro pabellón nadie nos gana. Enhorabuena, chicos. Sois unos tíos grandes. Venga, al centro. —Luca colocó la mano para que los chavales lo secundaran—. Uno, dos, tres. ¡Virtus!

Casi una hora después, Luca charlaba de manera relajada y distendida con los directivos del equipo, que mostraban su felicidad por la victoria lograda. Algunos padres y amigos lo felicitaron por una nueva victoria.

—Me marcho —le dijo Claudio cuando se quedaron a solas—. Además, creo que te buscan. —Hizo una señal hacia las dos chicas que aguardaban para acercarse a él.

—Compañeras de la facultad.

—Ya, ¿y cuál de ella es la que da el nombre a la jugada ganadora? —le preguntó bajando la voz para que ellas no lo escucharan, al tiempo que revisaba las estadísticas del partido.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Tal vez para felicitarla a ella también por haberte inspirado la jugada.

—Anda, ven, que te las presente —le dijo con sarcasmo.

Allegra y Estefanía los vieron acercarse a ellas. Estefanía no podía evitar quedarse mirando a Luca, que le devolvía la mirada de una manera intensa. Una sonrisa bailó en los labios de él.

—Chicas, ¿qué os ha parecido?

—Increíble. Espectacular. No me puedo creer que hayan ganado después del comienzo que tuvieron —comentó Allegra todavía emocionada por el partido y la victoria—. ¡Y que mi sobrino haya sido el que ha metido la última canasta…, ufff!

—Desconocía que Angello fuera tu sobrino.

—Fue él quien me dio las entradas para que viniéramos a verlo.

—Pues espero que os haya merecido la pena —dijo mirando a las dos—. Por cierto, este es Claudio, mi ayudante. Estas dos encantadoras

chicas son compañeras mías en la facultad de Periodismo. Allegra y Estefanía.

—Encantado. —Claudio saludó a ambas. Lanzó una mirada de curiosidad a su compañero Luca y sonrió con ironía. Ya lo pillaría a solas para que le aclarara lo del nombrecito de la jugada. Claro que, viendo a la chica, entendía que Luca le hubiera puesto su nombre o, más bien, una apócope.

—Bueno, no sé si estáis esperando a tu sobrino o qué —intervino Luca deseando marcharse.

—Sí, mi hermano anda por ahí esperándolo.

—Yo tengo que irme —anunció Claudio—. Ha sido un placer, y a ver si volvéis al siguiente partido. A lo mejor sois un talismán.

—La verdad es que, si va a darme un infarto, tengo que pensarlo —comentó Estefanía abriendo los ojos al máximo.

—Sí, la verdad es que hoy ha sido un partido para corazones sanos. Pero no siempre sucede así. Otros días ha sido más relajado. Repito, ha sido un placer. *Ciao!*

—Sí, yo también me marcho. Voy a buscar a mi hermano y a mi sobrino. Nos vemos el lunes —dijo mirando a Luca—. Llámame y quedamos si te apetece —terminó hacia Estefanía.

—No lo sé. Tengo que avanzar la novela. Ya hablamos. —Estefanía contempló a Allegra alejarse de ellos para dejarlos a solas.

Se quedaron en silencio, mirándose como dos completos desconocidos.

—Desconocía que fueras entrenador de baloncesto. Nunca te escuché comentarlo. —Comenzó la conversación por el tema del día, sin duda.

—No es algo extraordinario —le refirió Luca restando importancia a ese hecho.

—No, pero entrenar a chavales de dieciséis años es algo que no me esperaba de ti.

—Es una cuestión que me propuso Claudio en su día. Quería que fuera su ayudante, nada más.

—Pero tú eres el que dirige al equipo, ¿no?

—Exacto. Claudio me convenció para meterme en esto y, poco a poco, me ha ido situando al frente. Es muy listo.

—¿Has jugado al baloncesto?

Luca tardó un momento en responderle porque la gente se detenía a saludarlo.

—¿Vamos saliendo? Te lo digo porque en breve van a cerrar el pabellón. Hoy no juega aquí el primer equipo. —Le indicó la salida lateral por la que, en ocasiones, accedía él. Sin darse cuenta, le colocó

la mano en la espalda, como si la condujera hasta la salida. Se había acercado de más a ella; más de lo que había pensando—. ¿Qué me decías?

—Te preguntaba si habías jugado al baloncesto. Lo digo por tus conocimientos y, ahora que me fijo…, por tu físico. —Ella lo había considerado alto. Luca debería rondar el metro ochenta y mucho.

—Sí. Estuve en las categorías inferiores de la Virtus. Como estos chavales —le indicó a algunos que salían del vestuario y entrechocaban la mano con él al verlo.

—¿Por qué lo dejaste? —De repente, la curiosidad le picaba a Estefanía. Creía que todavía podía seguir haciéndolo.

—En parte, por los estudios, pero también por una lesión en la rodilla. La forcé demasiado y me recomendaron tomármelo con más calma. De manera que lo dejé cuando mi nombre sonaba para subir al primer equipo.

—¡Qué fastidio!, ¿no?

—Sí, lo fue en un principio. Pero luego te acostumbras. Entreno a los chavales para mantener el contacto con el baloncesto —le comentó mientras se encogía de hombros—. Oye, ¿tienes algo que hacer? ¿Te apetece tomar un café u otra cosa? Es lo menos que puedo ofrecerte, ya que has venido. Y compensarte por el sufrimiento que hemos generado a la grada.

Estefanía levantó la mirada para quedarse contemplándolo de manera fija y llena de curiosidad. La verdad era que le apetecía, y mucho, pasar la tarde con él y seguir conversando. Quería saber más cosas de él y creía que era el momento idóneo para hacerlo. Había algo en el ambiente que la incitaba a aceptar.

—Pues sí. Es lo menos que puedes hacer por haberme hecho pasar una tarde de infarto, como bien señalas —le dijo con una sonrisa al mismo tiempo que lo palmeaba en el brazo.

—Estás bien del corazón, ¿no? Lo pregunto porque sin duda que el final ha sido de infarto.

—Sí, no te preocupes. Lo estoy.

«Creo que físicamente lo estoy. Pero a nivel sentimental creo que empiezo a sentirme diferente».

—En ese caso, puedes volver el próximo sábado. Prometo que será más distendido.

—Te tomo la palabra.

—Por cierto, ¿qué tal marcha tu novela? No querría quitarte tiempo, ya lo sabes —le advirtió con la mirada fija en ella sin ser consciente de la calidez que le transmitía.

—No, ya me has escuchado antes con Allegra. Va viento en popa.

Puedo relajarme una tarde entera, créeme.

—En ese caso, no tengo nada que decir.

—¿Y tú? ¿No tienes nada mejor que hacer? —Ella entornó la mirada con curiosidad hacia él.

—¿Bromeas? ¿Qué hay mejor que pasar la tarde contigo? Venga. Dime si sabes de algo —Extendió su brazo con la palma de la mano hacia arriba esperando su explicación. Las palabras de Pierluigi en la cafetería de la facultad el día antes revolotearon en su mente. Ella había roto con Pietro, por tanto, él podía hacerle ver que le gustaba. Que estaría dispuesto a intentarlo, aunque, por otro lado, era consciente de la situación de ella. No creía que se fuera a lanzar a otra relación después del fiasco anterior. Por eso, él mantendría la calma.

—No lo sé.

—Exacto. —Estefanía frunció el ceño sin saber a qué se refería—. No lo sabes porque no lo hay —le dijo acercándose a ella para quedarse fijo en su mirada por unos segundos. No quería que ella saliera huyendo como el día de los jardines. No. Ella le gustaba y quería hacer las cosas bien.

Ella sintió el pálpito en el pecho ante su cercanía. Quiso alejarse, pero su voluntad para hacerlo parecía haber desaparecido en ese mismo instante. Se quedó quieta a la expectativa de lo que pudiera suceder.

—Vayamos a algún sitio —mencionó Luca cuando experimentó el deseo de enmarcar el rostro de ella en su manos y besarla de una vez por todas.

Estefanía soltó el aire que había retenido al ser consciente de la situación. Pensó en lo ocurrido en los jardines cuando esa misma escena se vio interrumpida por el niño montado en la bicicleta. En ese momento, no había ninguno cerca, se dijo. Todo podía suceder.

Minutos después, los dos estaban sentados uno frente al otro con una mesa de por medio que parecía ser una especie de barrera.

—He visto que los chavales te obedecen y que se entregan a tope por el equipo —le comentó recordando como todos ellos habían entrechocado sus manos con Luca; como algunos lo habían abrazado eufóricos tras el partido—. Como te decía en el pabellón, no te hacía entrenando a un equipo de baloncesto, la verdad.

—¿Por qué? —Luca la miró con intensidad por ese comentario.

—Pasas desapercibido por la facultad. En ocasiones, vas a tu rollo. Eres algo independiente.

—¿Y?

—Llevamos siendo compañeros desde primero de carrera y, a veces, tengo la impresión de que, pese al tiempo compartido, no lo sé

todo de ti.

Luca sonrió.

—Es cierto que en ocasiones ando a lo mío y me olvido un poco de los demás. Pero no se trata de nada en particular. No es porque no me apetezca estar con gente, con los compañeros o contigo.

—Como estos últimos días, que apenas hemos cruzado dos palabras —le confesó con toda intención y con la mirada entornada—. Si hasta Allegra y Mónica se han dado cuenta de ello —le refirió asombrada por que él se lo tomara como algo tan normal.

—Era por el partido —le dijo Luca de manera rápida, temiendo que ella siguiera por ese camino. No tenía intención de confesarle que esos días había estado dándole vueltas a lo sucedido en los jardines, a su inminente deseo por besarla, por confesarle que ella le gustaba desde el primer día que la vio aparecer en el aula y se sentó a su lado. Que no había encontrado a otra chica que fuera capaz de captar su atención tanto como lo hacía ella—. Estaba bastante metido en el juego. Quería ganarlo a toda costa y la verdad es que me he centrado en este más que en otros asuntos. Siento haber estado un poco apartado de todo.

—Menos mal que habéis ganado. —Ella abrió los ojos como platos e hizo una mueca de expectación.

—Es algo con lo cuento. Supongo que a ti te sucederá algo parecido con tus novelas. Esperas que gusten a las lectoras.

—Sí. Podría hacerse una comparativa.

—A ti te lleva tiempo preparar la novela. Supongo que te documentas y te informas al máximo posible para ofrecer una historia verídica, salvo la parte de ficción que dejas a la imaginación. Pues un partido para mí es lo mismo.

—¿Te documentas? ¿Estudias al rival? —le preguntó sacudiendo la cabeza sin poder creer que él se lo tomara tan en serio.

—Así es.

—Pensaba que, al ser una liga de chicos…

—¿No preparaba los partidos? ¿No veía algún encuentro de nuestros rivales? —le preguntó arqueando sus cejas.

Ella se limitó a asentir.

—Pensaba que era algo así como un pasatiempo.

—No cuando entrenas en las categorías de la Virtus de Bolonia. Es el primer equipo de la ciudad. Una entidad ganadora. Todavía recuerdo ir a los partidos de la Euroliga y verlos enfrentarse a equipos como el Madrid, el CSKA de Moscú…, ganar dos copas de Europa, ligas, copas de Italia. Siempre ha estado entre los grandes de Europa. Cada partido es importante.

—¿Pretendes entrenar al primer equipo? —le preguntó llena de curiosidad ante esa posibilidad.

—Eso es apuntar muy alto. ¿Y tú?

—¿Yo? No, claro —le dijo mientras sacudía la cabeza y ponía cara de incomprensión.

—No me refiero al baloncesto, sino a tus novelas. ¿Pretendes alcanzar el número uno de ventas? Aunque, por lo que he visto, no te falta mucho.

—¿Lo dices en serio? —Ella lo miró con el ceño fruncido, sin creerle.

—No me digas que no estás al tanto de las listas de ventas. —Ella sacudió la cabeza con total naturalidad, como si ello no fuera con ella —. En ese caso, debes de ser de las pocas que lo hacen.

—No es importante para mí. No significa nada. Un día estás arriba, en lo más alto, y al siguiente, en mitad de la lista de ventas. No me dice nada. —Estefanía se encogió de hombros, como si eso no le importara.

—En ese caso, te felicito. Porque hoy en día son muchas escritoras las que se desviven consultando las listas de ventas en las diferentes plataformas digitales en la que está su novela. O las redes sociales en busca de las críticas a estas. ¿Qué tal las llevas? ¿Te molestan cuando alguien dice que no le ha gustado tu novela?

Estefanía frunció los labios en un mohín que Luca parecía dispuesto a borrarle.

—Soy consciente de que no le gusto a todos.

—A mí sí —se anticipó Luca antes de que ella se lo preguntara.

—Me consta.

—¿Por qué?

—Fuiste a la presentación, te firmé el ejemplar, lo has leído y no me has puesto ni un «pero» a la historia. Luego deduzco que algo te ha gustado —le aclaró de manera simple mientras sonreía y se perdía en la mirada de él, fija e intrigante, pero llena de calidez al mismo tiempo.

—Compré tu libro para leerlo.

—¿Porque somos compañeros o porque te gusta ese género? —lo interrumpió ella apuntando con su dedo hacia él.

—Admito que lo compré porque eras tú —le confesó, lo que provocó una sonrisa irónica en ella—. Lo leí y me gustó. Y que también espero el siguiente con curiosidad por saber de qué irá.

—Vale, sé que tengo que ponerme las pilas. No hace falta que me lo recuerdes —bromeó ella con una media sonrisa llena de encanto.

—¿Para cuándo tienes pensando acabarlo? Antes me has dicho que

vas a buen ritmo.

Estefanía no pudo evitar volver a reírse. Se apartó el pelo de la cara y apoyó los brazos sobre la mesa, como si cogiera impulso para acercarse más a él.

—¿Esto que es? ¿Un tercer grado acerca de mi faceta de escritora?

—Solo trato de conocer a la autora que hay bajo mi compañera de clase —le refirió, cruzando los brazos y echándose hacia atrás en la silla cuando percibió que ella se acercaba de manera peligrosa a él.

—¿Y tú? ¿Cuándo entrenas al equipo?

—Por lo general, un par de tardes. Nada más. Puedes preguntarme lo que quieras. No voy a decirte que me estás sometiendo a un tercer grado ni nada parecido, ¿eh?

—Supongo que entre la carrera y el baloncesto no tendrás mucho tiempo para salir por ahí. —No pretendía hacerle la pregunta de manera directa. Ni tampoco, de buenas a primeras, si salía con alguien porque resultaría algo violento por su parte. Claro que él podría negarse a responderle, aunque, si creía conocerlo, no lo haría. No era un borde ni un descarado. Cuando algo no le interesaba, pasaba de ello de manera directa, sin malas contestaciones como Pietro. No podía evitar compararlo para darse cuenta de cuán diferentes eran.

—¿La verdad? No mucho. Pero tampoco soy un monje o algo parecido.

—No, no lo creo. Apuesto a que eres todo un reclamo para las chicas.

—Psssss, no te creas. Aunque, si te soy sincero, alguna hermana mayor de los chavales que entreno… —Luca bajó el tono de su voz y la mirada con toda intención, y contempló a Estefanía quedarse con la boca abierta de sorpresa.

—¿Hablas en serio o me lo estás contando para vacilarme? —Ella elevó una ceja con suspicacia, pues bien podría tratarse de una mentira.

—Es cierto. Pero paso. No quiero rollos de ese estilo.

—Ya, imagino que luego puede afectarte.

—No me interesa que una chica quiera salir conmigo porque entrene a su hermano pequeño y sea conocido por dirigir un equipo de baloncesto. ¿No sé si me entiendes?

—Lo entiendo. No te preocupes.

—No pretendo que me etiqueten. Que digan cosas como: «Salgo con el entrenador de las categorías inferiores de la Virtus». Ya me sucedió cuando jugaba. Y tenía la impresión de que las chicas se acercaban a mí por ser un jugador.

—Vaya. No sabía nada —murmuró ella pensando que era más que

seguro que no tuviera una pareja, según se podía desprender de sus palabras.

—Imagino que a ti te sucederá algo parecido. Me refiero a que ahora te saldrán muchas amigas. Y algún que otro admirador. —Luca levantó los dedos en alto e hizo el signo de las comillas.

—Dices bien. Pero no me interesan. Solo confío en las amigas de siempre. Y admiradores… —Se quedó parada unos segundos en los que pensaba en él como tal, pero lo dejó pasar—. No. No me han salido. Y amigas…

—Allegra y Mónica —refirió él asintiendo.

—Nos conocemos desde antes de la carrera.

—Eso es bueno. ¡Qué casualidad que las tres estudiéis lo mismo! ¿Quieres hacer algo más o prefieres irte a casa? De verdad que no pretendo interferir en tu trabajo de escritora. Además, no sería justo que, por un lado, te esté pidiendo una segunda novela y, por el otro, te esté robando el tiempo para hacerlo.

—Nada de eso. No me quitas tiempo. ¿Olvidas que mi protagonista masculino será un tío que pasa desapercibido? ¿Alguien del que te puedes enamorar sin darte cuenta? ¿Alguien como tú? —Sonrió para relajar la tensión que aquella revelación podía provocar.

—Veo que no lo has olvidado.

—No. Y por eso quiero volver a los jardines de Margherita. El otro día no me gustó la manera de despedirnos.

Luca se quedó mirándola de forma intrigante. Si volvía con ella a estos, nada ni nadie le aseguraría de que no la besara. Y más sabiendo que ya no estaba con Pietro. Ni de la tarde que estaba compartiendo.

Salieron del café en dirección a los jardines Margherita. La tarde era apacible, la temperatura permitía estar al aire libre. Luca no tenía ni idea de lo que podía esperar de ella. No sabía si debería entrar en el tema de Pietro después de lo que Pierluigi le había contado. Parecería que él estaba esperando la ocasión para lanzarse sobre ella, y no era esa la imagen que quería dar. Si tenía que suceder algo entre ellos, dejaría que la cosa fluyera; no las forzaría.

Estefanía caminaba relajada al lado de él. Estaba disfrutando con su compañía más, si cabía, de lo que ella había esperado en un principio. Y ello se había debido al hecho de que pensaba que él iba a lo suyo, que no se mostraría tan afable e interesado en ella. A ver, una cosa era el día a día en la facultad, donde apenas si intercambiaban unas palabras con la gente en clase, en la cafetería, en la biblioteca o al marcharse. Y otra muy distinta conocer a esos mismos compañeros fuera de la facultad, como estaba sucediendo en ese momento. Por el momento, lo que iba descubriendo de Luca le gustaba, porque su

carácter no distaba mucho del que veía día tras día. Una traviesa sonrisa bailó en sus labios pensando en ello. No tenía la sensación de que la ruptura con Pietro la estuviera afectando demasiado. No. Tal vez, después de todo, le haría incluso bien.

Capítulo 4

Los jardines estaban bastante concurridos a esas horas. Sin duda que el hecho de que todavía fuera de día y que la temperatura hubiera subido echaban a la gente a la calle.

—¿No has pensando en una escena para tu novela aquí en los jardines? —le preguntó Luca metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Ahora que lo dices… Tal vez pueda ser una buena idea.

—Te lo digo porque parece que te guste pasear por ellos.

—Mira quién habló —ironizó ella acercándose más a él, de una manera casual, inconsciente, peligrosa para ambos.

—A mí ya sabes que me encantan estos jardines y que vengo bastante para buscar cierta tranquilidad.

—Estoy segura de que vienes a preparar los partidos.

Luca sonrió.

—Pues, mira, sí. En más de una ocasión, he venido para estudiar al rival. Claudio puede dar fe de ello.

—Te lo tomas muy en serio, por lo que me has contado y por lo que percibo.

—Sí. Me gusta darlo todo cuando me implico en algún proyecto. Pero también soy consciente de que ese todo implica muchas veces llevarme algunas decepciones.

—Lo entiendo.

—¿Te ha pasado con tus historias?

—En alguna ocasión.

—¿De dónde sacaste la inspiración para escribir *Muchos besos y ningún te quiero*? —Luca entrecerró los ojos y la contempló con

curiosidad—. ¿Hay algo personal en la historia?

Estefanía rio.

—A ti te lo voy a contar. Para que luego lo asocies a la protagonista.

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. En serio, ¿de dónde te vino la idea?

Ella desvió la mirada para dejarla suspendida en el vacío por unos momentos.

—De lo que percibo a mi alrededor.

—¿En serio?

—Sí, soy muy observadora. Es esencial para alguien que escribe.

Luca asintió sonriendo con sarcasmo.

—Es bueno saberlo. Tendré que andar con cuidado respecto de lo que hago y digo. No vaya a encontrarme retratado en tu próxima novela.

—¿Qué quieres decir? ¿Vas a dejar de comportarte de la manera en la que lo haces para que no te estudie? Si ya te he dicho que estoy retratando a alguien que se asemeja a ti.

—¿Al final vas a decantarte por un tío soso? —Luca elevó sus cejas sin poder creer que ella fuera a hacerlo.

—¿Un tío soso? Pues no tienes nada de ello por lo que estoy descubriendo hoy, la verdad.

—En serio, yo no creo que… —Luca se calló de repente porque ella se había girado hacia él para acercarse mucho más, tanto que percibía su perfume invadiéndolo, impregnando su ropa.

—¿Qué? —Estefanía se quedó quieta y lo miró de manera fija y llena de expectación, sintiendo que su interior se agitaba de manera incontrolada. Que su corazón latía acelerado en su pecho como si fuera a quebrarle las costillas en cualquier momento.

—Que debas fijarte en mí para definir tu personaje. Sigo pensando que el prototipo de chico duro va mejor.

—Tal vez para una parte de mis lectoras, no te lo discuto. Pero hay otra parte que prefiere un chico más cercano, más normal. Sin moto, ni andares chulescos, ni nada que te puedas estar imaginando.

—Pero en tu primera novela…

—Por eso quiero cambiar. Y por eso el título.

—¿Por qué? ¿Porque el protagonista no era nada romántico? Ya me di cuenta de ello nada más apareció. No era muy dado a interesarse por su chica. Por suerte, ella se dio cuenta y cambió.

—Sí. No era nada atento con ella.

«No me miraba de la misma manera en la que lo haces tú conmigo», pensó ella porque decírselo sería demasiado directo,

aunque en ese momento podría ser idóneo.

—¿Y Pietro? —Luca soltó la pregunta que le quemaba. Quería estar completamente seguro del rumbo que iba a tomar. Porque no quería tener que salirse de este a las primeras de cambio.

—Lo hemos dejado —le confesó con una sonrisa irónica, desviando la mirada hacia otra parte. Sabía que ellos eran amigos y que Luca pudiera estar pensando que se estaba metiendo donde no le convenía.

—Vaya.

—No había química entre nosotros.

—No sé qué decir. —Se sentía algo torpe en ese momento pese a que segundos antes había deseado besarla sin pensar en nada más. Pero cuando ella se lo había asegurado, se sentía extraño.

—El chico duro no era lo que parecía. ¿Lo ves? —Había un toque de desilusión en su voz. Mantuvo la mirada apartada del rostro de Luca. Pero entonces sintió la mano de él deslizarse bajo su mentón para obligarlo a mirarlo.

—¿Qué veo? —Luca le mantuvo la mirada durante unos segundos en los que pensó que nada tenía sentido y que no valía la pena encontrárselo—. A mi compañera de clase decepcionada con una relación. Bueno, apuesto a que hay más chicos que estarán más que dispuestos a hacerte feliz. —Luca no pudo evitarlo y le pasó la mano por encima del hombro para atraerla contra él en un gesto de cariño, ternura y de algo más en lo que no quiso pensar.

Estefanía no se opuso a que él la estrechara contra su pecho. Era la primera vez que lo hacía de aquella manera. Entre ellos había una excelente relación de amigos y de compañeros, y gestos como aquel no le sorprendía a ninguno. Pero cuando ella alzó la mirada hacia el rostro de Luca, algo cambió.

Este inspiró hondo mientras su mano le apartaba a Estefanía el pelo del rostro y dejaba que el pulgar le acariciara la mejilla de manera pausada, sin ninguna prisa, mientras él comprendía que se estaba fundiendo en su mirada. Sonrió de manera tímida sin poder imaginar que esa situación se estuviera produciendo.

—¿Por qué sonríes? —la pregunta de ella fue una especie de susurro que solo ellos dos escucharon.

—Porque es la primera vez que te tengo entre mis brazos de esta manera tan íntima y reveladora.

—¿Te molesta? —Se humedeció los labios sin apartar la mirada de él, como si esperara a que la besara, y si él no lo hacía, sería ella la que se arriesgaría.

—No. ¿A ti? —Estefanía sacudió la cabeza—. Entonces te aviso que voy a besarte, Estefi, porque llevo deseando hacerlo mucho tiempo. Y

si no te largas corriendo ahora mismo, entenderé que quieres que lo haga. —Luca la soltó para que ella decidiera. Levantó los brazos mientras esperaba que no solo no se marchara, sino que volviera hacia él para que la besara. La contempló sonreír, mordisquearse el labio inferior y mirarlo de aquella manera que él no sabía cómo entender, pero que, a juzgar por cómo se aguantaba la risa…, le daba mala espina.

—En mi vida he conocido a un tío como tú —le aseguró sin poder aguantar la risa mientras la emoción de aquel gesto de él inundaba su pecho.

—Estoy seguro. La he jodido, ¿verdad? —Entornó la mirada hacia ella y la vio acercarse para ponerse de puntillas y enmarcar su rostro y poder besarlo.

Luca la sostuvo rodeándola por la cintura durante el tiempo que duró el beso, suave, lento, cálido y tierno, mientras escuchaba el gemido ahogado de Estefanía en su propia boca. La estrechó más contra él, como si pretendiera fundirse con ella. Sin importarle que la gente que pasaba se los quedara mirando, hicieran comentarios o se rieran. ¿Qué le importaba a él en ese momento?

Ella gimió una segunda vez cuando él la apretó contra su cuerpo para sentir su calor y su deseo por ella. Se perdió en aquel beso tan especial, tan espontáneo e inesperado.

Se separaron para quedarse mirando.

—¿Desde cuándo has querido besarme? —fue lo primero que quiso saber Estefanía. Lo miraba con los ojos abiertos como platos, los labios entreabiertos para respirar, pero también como gesto de sorpresa.

—¿Vas a usarlo en tu nueva novela? —Luca arqueó una ceja con suspicacia.

—No. Este beso es mío. No pienso compartirlo con las lectoras. Ni por asomo.

—La verdad es que no sé cuándo comenzó esta locura —le dijo observando la cara que ponía ella. Su mirada se había vuelto más brillante, la sonrisa parecía estar dispuesta a quedarse en su boca por más tiempo.

—Me gusta lo de locura.

—Sí, vale. No sé… Tal vez el verte cada día, el tenerte cerca, compartiendo tantas horas, el buen rollo que siempre hemos tenido. No lo sé. Solo sé que algo en ti me llamó la atención el primer día que entraste en el aula de la facultad y te sentaste a mi lado.

—Pues sí que ha pasado tiempo, pero ¿durante estos años has sentido esa necesidad de besarme y no lo has hecho? —Contempló a Luca asentir sin decir nada. Le produjo una sensación agradable, un

calor que se expandió por todo su pecho—. ¿Por qué me has soltado antes? Cuando me aseguraste que ibas a besarme.

—Porque tenía que darte la opción de elegir. No era plan decirte que podías marcharte y rechazarme, y, al mismo tiempo, retenerte.

—No la has jodido. No te preocupes.

—Ya, pues no sabes lo que mal que me lo has hecho pasar —le aseguró apuntándola con un dedo.

—Bueno, no ha sido para tanto. Has tenido suerte. Porque yo también quería besarte. Me pareces tan…

—¿Soso?

—Entrañable y tan atento conmigo. Cuando te hablo de mi personaje para mi novela, te veo a ti por la forma que tienes de ser. Porque sin duda que eres capaz de enamorar a una chica por cómo eres.

—Ya, ya. Sigues pensando lo mismo.

—Sí. Y ahora más que nunca. —Se acercó a él para besarlo una vez más. Cerró los ojos y dejó que el beso la inundara de un cosquilleo desconocido hasta ese momento.

—Eres única, Estefi. ¿Y ahora? ¿Qué vamos a hacer? Me refiero a nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que si te va a molestar que nos vean juntos. Que sepan que somos pareja.

—¿Es lo que quieres? —Estefanía sintió que el corazón se le detenía al escucharlo hablar así de ellos. ¿Pareja?

—No tengo por costumbre confundir a las chicas. Si te he besado y te he dicho lo que te he dicho, es porque me gustas. Y me gustaría que nos conociéramos fuera de las clases. Pero entiendo que a lo mejor tú prefieres dejarlo en un segundo plano. La gente de la facultad te conoce ahora mucho más por el éxito de tu novela. Y todo el *marketing* mediático que has generado. ¿Y Allegra y Mónica?

—Sí, lo cierto es que la editorial se ha volcado conmigo y con la novela. No esperaba esa repercusión mediática, la verdad. Ni en las redes sociales. No creo que la gente note algo diferente, porque siempre nos ha visto juntos por la facultad.

—¿Y si me apetece besarte?

—Como bien dices, hay mucha gente que ahora se fija más en mí después de la novela. No me gustaría que me pillaran besándome contigo y subieran una foto a las redes sociales, ya sabes cómo funciona esto. Espero que no te importe que te pida que no me demuestres tu cariño delante de la gente en la facultad. No me apetece lo más mínimo que nos estén mirando a todas horas. A Mónica,

Allegra y demás prefiero contárselo yo cuando vea el mejor momento.

—No te preocupes. No me importa. Esperaré a que estemos a solas. Eso sí, no voy a quitarte tiempo para escribir.

—Lamento escucharte decir eso porque eres parte indispensable en esta historia.

Luca asintió.

—¿Qué te apetece hacer?

—Seguir disfrutando del paseo. Creo que lo teníamos pendiente. —Estefanía se acercó a él para que la cobijara bajo su brazo—. Oye, es una ventaja que seas alto y hayas jugado al baloncesto, aunque para besarte tenga que ponerme de puntillas.

—En ese caso. —Luca se inclinó sobre ella para rozarle los labios—. Solucionado.

Luca se perdió en el sabor de los besos de ella. Pensó que aquello era perfecto, y no quería cavilar en nada más allá de aquella tarde. El móvil de ella comenzó a vibrar y a sonar en el interior del bolso de Estefanía.

—Puedo hacerme una idea de quién es. Allegra. Querrá saber si quedamos.

Luca se apartó unos pasos de ella para dejarle cierta intimidad. No pretendía enterarse de la conversación de ellas dos. Pero cuando Estefanía se percató de ese hecho, cogió de la mano a Luca para que se acercara mientras sacudía la cabeza.

—Dime, Allegra.

—¿Dónde estás?

—Dando una vuelta.

—¿Con Luca?

Estefanía sonrió al mismo tiempo que lanzaba una mirada a este.

—Sí.

—Uhhhhh. Vas a quedarte con él o te apuntas a salir por ahí. Mónica acaba de llamarme. Ella y Paola ya se han puesto de acuerdo.

—Sí, claro. Dime una hora y un sitio.

—¿Vas a decirle a Luca que se apunte?

Estefanía dudó sobre qué respuesta darle a su amiga. Contempló a Luca, que permanecía a su lado como ella le había pedido. ¿Le apetecería ir con cuatro chicas? Apostaba a que no.

—No. ¿Por qué habría de hacerlo?

—No lo sé, chica. Es que como andas con él por ahí. A lo mejor te apetecía que viniera.

—No. No creo que sea buena idea.

—Vale, pues quedamos en casa de Paola para tomarnos algo y después vemos a dónde vamos.

—De acuerdo. Allí te veo.

—Aprovecha el tiempo.

Estefanía sonrió con el comentario de Allegra. Guardó el móvil en el bolso y se volvió a centrar en Luca.

—Era Allegra. Las chicas han quedado en casa de Paola. Me ha preguntado por ti.

—¿Por mí? —Luca se mostró sorprendido por ese hecho.

—Creo que en el fondo intuye lo que pasa entre nosotros. Por eso, nos dejó solos al final del partido.

—¿Vas a contárselo?

—Ya te he dicho que se los diré en su momento, aunque temo que intuyen algo. Me conocen muy bien. —Estefanía sonrió imaginando la cara que pondrían cuando lo supieran.

—Como tú lo veas. Yo no voy a interferir en ello.

—Pero eres parte interesada en esto.

—Sí, ya lo sé. Además, tiene su toque de morbo —le dijo observando que ella fruncía el ceño sin comprender qué decía—. Saber que solo tú y yo conocemos lo que tenemos. —Se inclinó para rozarle la nariz con sus labios.

—Vaya. —Ella inspiró hondo—. ¿Vas a salir?

—Imagino. Le daré un toque a Pierluigi a ver qué opina. Supongo que quedaremos para tomar algo. A lo mejor nos vemos por ahí.

—Sí. A lo mejor.

Se sentía extraña en esa situación. Algo cortada con todo aquello. Con Pietro no le había importado que la vieran, pero, claro, ella no se había convertido en un referente de la novela para adolescentes. No tenía tantos seguidores en las redes sociales ni la gente la paraba por los pasillos de la facultad para hacerse un *selfie* o una foto con ella y que les dedicara su novela. Era increíble lo rápido que había pasado de ser una más en la facultad a que casi todo el mundo la conociera. La señalara, la saludara…

Luca se despidió de ella y caminó de regreso a casa. En todo momento se preguntaba si había hecho lo correcto. ¿Qué sentido tenía a esas alturas cuestionarse lo sucedido entre Estefanía y él? Lo había deseado desde hacía tiempo y, cuando lo había logrado, se sentía bien por él y por ella. No hizo falta que llamara a su amigo porque, al igual que Allegra había hecho con Estefanía, Pierluigi lo hizo con él.

—¿Quéeeeeee pasa, monstruo? Que me han comentado que habéis hecho morder el polvo al líder.

—Eso parece.

—En la última posesión y en el último segundo. Sí, señor. Esas son las que joden. Que te hagan una canasta y que no tengas tiempo para

reaccionar. Bueno, ¿qué? Habrá que salir a celebrarlo, ¿no?

—¿Has quedado con los demás?

—*Si, Francesco y Simone se apuntan.*

—Perfecto.

—*A eso de las nueve donde siempre.*

—Claro. Allí estaré.

—*Oye, ¿algún avance en lo que tú y yo sabemos?*

Luca pareció dudar. Se quedó callado porque la pregunta lo había pillado desprevenido.

—No, no. Ninguno. He estado centrado en el partido y nada más.

—*Vale. Luego hablamos.*

—Sí, hablamos. —Luca cortó la comunicación. ¿De qué se suponía que iba a hablarle Pierluigi? ¿De Estefanía? Sonrió pensando en su amigo y compañero. Tendría que hilar muy fino para que no se le escapara nada que pudiera comprometerla, ni a él tampoco. Le parecía bien que lo llevaran en secreto por ahora. No quería presionarla ni obligarla a aceptar algo en lo que ella no estaría a gusto. De manera que lo llevarían así. Además, ¿qué más le daba a él? Lo que le importaba era que estaban juntos.

Estefanía llegó a casa de su amiga Paola y se encontró con Mónica y Allegra. Nada más ver a Estefanía, ambas se miraron entre sí con cierta complicidad. Ese detalle no pasó desapercibido para ella, que se temió alguna sorpresa.

—Ven aquí y siéntate, que te tienes que confesar —le dijo Mónica dando palmaditas sobre la almohada del sillón.

—¿Y qué se supone que tengo que confesar? —le preguntó, frunciendo el ceño y sonriendo, para seguirle la broma a su amiga.

—¿Con quién has pasado la tarde? Y no nos mientas, que nos ha dicho un pajarito con quién te quedaste cuando terminó el partido de baloncesto —le aclaró lanzando una mirada bastante reveladora.

Estefanía trató de controlar sus nervios para que ninguna de sus amigas notara nada raro. Como, por ejemplo, que todavía tenía el recuerdo de la boca de Luca en sus propios labios, apoderándose de ellos con delicadeza, y que no podía evitar acordarse de él y su imagen con las manos en alto mirándola con impaciencia que le había provocado el vuelco en el estómago. Llevaba gustándole desde hacía tiempo, pero se lo había negado porque no creía que entre ellos pudiera surgir algo. Esperaba que lo que empezaba ese día no echara a

perder su amistad.

—Si ya lo sabéis… ¿Qué esperáis que os diga? —Estefanía las miró entre la sorpresa y los nervios que todavía recorrían su cuerpo al recordar el beso con Luca, sus palabras, sus emociones.

—Si ha pasado algo que deberíamos saber —le indicó Mónica entornando la mirada con toda intención hacia Estefanía.

—Hemos estado tomando un café, charlando de baloncesto y de literatura. Eso es lo que ha sucedido. —Por el momento, controlaba los nervios.

—¿Ninguna de las dos sabíais que él era entrenador de las categorías inferiores de la Virtus? —fue Paola la que hizo la pregunta, interesada por la respuesta, porque no le cuadraba que fueran compañeros en la facultad y ellas no lo supieran.

—Ni idea —dijo Estefanía sacudiendo la cabeza.

—¿Quién podía pensarlo? —preguntó Allegra encogiendo los hombros—. Él tampoco ha comentado nunca nada al respecto, ¿verdad, chicas?

—No —respondieron ambas al unísono.

—Tampoco es cuestión de ir preguntándole por su vida personal. Que seamos compañeros de clase no implica que tengamos que sabernos toda la vida —comentó Estefanía—. Él tampoco sabía que yo escribía.

—Por cierto, ¿cómo marcha tu nuevo manuscrito? —preguntó Paola para dejar el tema de Luca aparcado, cosa que Estefanía le agradeció.

—Marcha —resopló tratando de no pensar en que llevaba unos días sin escribir apenas. Justo desde el día en el que quedó con Luca en los jardines. Esperaba que, en ese momento, en el que las cosas habían quedado claras entre ellos, ella pudiera retomar la novela. No quería quedar mal ante Gabriela, la editora.

—No pareces muy convencida de ello —señaló Allegra.

—No es eso, es que no he conseguido centrarme por ahora. Nada más. Pero sé que en cuanto me siente delante del portátil unas horas, la historia fluirá sola.

—Vaya cambio ha dado tu vida, chica —le recordó Paola—. Antes, nadie te conocía y, ahora, después de estar en la feria del libro de Bolonia, la presentación y la firma de libros y demás…

—Bueno, que tampoco es para tanto, ¿eh? Parece que fuera una estrella de cine.

—Pero admite que algo sí ha cambiado —apuntó Mónica—. Los tíos se fijan más en ti. Les pone eso de salir con una escritora.

—¿En serio? —preguntó, irónica, Estefanía—. Pues ahora que lo

dices… No me había dado cuenta de ello. Ninguno me ha parado en los pasillos y me ha tirado los tejos.

—Eso es porque casi siempre vas con Luca. Pero te puedo asegurar que más de uno te ha hecho una radiografía… —Allegra movió las cejas arriba y abajo con rapidez.

—Ni idea.

—¿Y Pietro? No pensarás volver con él, ¿no? —preguntó una Paola algo alarmada ante esa posibilidad.

—¿Cómo va a volver si él ya le ha buscado sustituta? —comentó Allegra indignada por ese hecho—. No ha tardado mucho, la verdad.

Estefanía se mordisqueó el labio ante el último comentario de su amiga. Lo cierto era que ella tampoco es que se hubiera tomado un tiempo de calma y relax.

—Estoy segura de que el otro día fue a la facultad a hacerse ver. Pero ya sabía que no ibas a aceptar —apuntó Mónica—. De todas formas, Pietro no te pegaba como pareja.

—Desconocía que tú supieras qué chico me va. Y, ya puestas en el tema, ¿cuál me quedaría bien, eh? —Estefanía entrecerró sus ojos, mirando a su amiga, y trató por todos los medios que las pulsaciones no se le dispararan todavía más. Ni que el corazón le latiera más deprisa porque estaba convencida de que sería lo único que se escucharía en la habitación.

—Pues un tío como Luca —le dijo de forma desinteresada.

—Luca pasa de todo. No lo he visto nunca con una chica —apuntó Allegra.

—Si tiene que repartir el tiempo entre la facultad y el baloncesto, dudo de que tenga tiempo para una relación —señaló Estefanía de manera tranquila, intentando echar balones fuera.

—Eso es cierto. No creo que tenga tiempo para fijarse en alguna —concluyó Paola—. Y es una pena porque vuestro compañero está muy bien, ¿eh? —les guiñó un ojo a las tres para dejar claro que así era—. ¿Cómo surgió lo del baloncesto? ¿Te ha contado si ha jugado?

Estefanía volvió a sentirse el centro de las miradas de sus tres amigas. Apretó los labios y se limitó a asentir.

—Al parecer, jugó unos años en las categorías inferiores de la Virtus.

—Pero ya no lo hace, ¿no? —se interesó Allegra entornando la mirada hacia Estefanía.

—No. Según me ha contado, lo dejó por un problema en la rodilla y prefirió no forzarla.

—¿Y lo de entrenar? Porque supongo que también te lo habrá comentado. —Paola parecía bastante interesada en el asunto, pero no

sabía si porque en realidad le interesara el baloncesto en sí mismo o por la relación tan estrecha que podría surgir entre Luca y Estefanía. Dependería del grado de amistad que hubiera entre ellos.

—Fue su amigo en el equipo, Claudio, el que se lo pidió. Al principio, le sugirió que fuera su ayudante, pero con el tiempo le ha ido cediendo protagonismo.

—Hasta ser él quien dirige a los chavales —señaló Allegra—. Mi sobrino está encantado con Luca. Dice que, aparte de saber mucho sobre baloncesto, es un tío enrollado.

—Eso hay que preguntárselo, aquí, a la señorita —sugirió Mónica moviendo sus cejas con celeridad.

—¿Lo qué?

—Si es un tío enrollado.

Estefanía frunció los labios y puso cara de no saber muy bien qué debía decir.

—Pssss. Pues como en clase. Un tío majo.

—¿Ha intentado algo contigo? —la pregunta de Mónica la dejó helada. Estefanía abrió los ojos hasta su máxima expresión y sacudió la cabeza esperando que no se le notara que sí lo había hecho.

—¿Por qué debería hacerlo? ¿Me estás preguntando si me ha tirado los tejos o algo así? —Estefanía puso cara de estar completamente sorprendida por aquella conclusión de su amiga.

—¿Quién sabe? A lo mejor le gustas.

—¿Por qué debería? —Estefanía se defendía como gato panza arriba ante aquel interrogatorio.

—Porque siempre está tonteando contigo en clase. Por eso lo dice Mónica —apuntó Allegra con un tono algo cansino—. Siempre estás con lo mismo. Si a Luca le gustara Estefi, o se le insinuara, o, poniéndonos en el caso muy extremo, se liara con ella… Nos lo contarías, ¿verdad?

Estefanía recibió el golpetazo de aquella pregunta en pleno rostro. Se quedó callada sin saber cómo reaccionar porque la verdad era que no esperaba que Allegra fuera tan directa en ese momento.

—¿Os estáis oyendo, chicas? Me estáis diciendo que Luca podría estar interesado en mí. Pues yo no he notado nada —les dijo tratando de zanjar el asunto de una vez por todas—. Y ahora podríamos dejar de hablar de Luca. Parece que la conversación gira en torno a él. —Estefanía se mostró un poco molesta por ese hecho, ya que tenía la sensación de que al final acabarían por descubrir que, hacía poco menos de una hora, Luca y ella se habían estado besando en los jardines de Margherita—. ¿Qué vamos a hacer esta noche? ¿Dónde vamos a ir? —preguntó mirando a sus tres amigas en un intento por

cambiar el rumbo de la conversación.

Luca trataba de apartar de la mente a Estefanía porque creía que era lo que más le convenía en ese momento. Había quedado con sus colegas para salir y tomar algo como cada sábado. Le habría gustado quedarse más de tiempo junto a ella, pero sus amigas la habían llamado para salir de la misma manera que a él los suyos. Allí estaban Pierluigi, Simone y Francesco tomando algo mientras reían y hablaban de sus dos temas favoritos: el fútbol y las chicas.

—Que sepáis que aquí el amigo ha estado esta tarde con Estefanía —comentó Pierluigi señalando a Luca con el pulgar y poniendo cara de interesante.

—¿Esa no es una compañera vuestra en la facultad? —preguntó Simone mirando a ambos y señalándolos al mismo tiempo.

—Sí. Va a clase con nosotros —asintió Pierluigi—. Pero aquí el amigo ha estado toda la tarde con ella —reiteró guiñándole un ojo a Luca en complicidad por lo que ello significaba.

—De toda la tarde, nada. Han sido un par de horas apenas. El tiempo justo para tomarnos un café después del partido. Nada más.

—¿Y qué tal con ella? —preguntó otro de los amigos, Francesco.

—Bien.

—Oye, ahora que todos parecen conocerla después de haber publicado una novela, ¿qué tal? ¿No se le habrá subido a la cabeza?

—No. Sigue siendo la misma. Aquí está este que puede decírtelo —le dijo palmeando a Pierluigi en la espalda.

—Yo la verdad es que tampoco es que pase demasiado tiempo con ella en la facultad. Pero sí me parece una tía agradable.

—Pero ¿a ti te interesa? Lo pregunto de buen rollo —le aclaró Simone levantado las manos—. Y como lo dejó con Pietro, pues, oye, a lo mejor ahora te interesa tener algo con ella.

—Estefanía y yo nos llevamos bien. No me planteo tener algo con ella, la verdad. —Luca no iba a confesarles que estaban juntos, pero que preferían que por el momento nadie lo supiera. De ese modo evitarían los comentarios de la gente—. Somos compañeros, no me arriesgaría a joder nuestra amistad por un rollo.

—Pero no sabes si la jugada te saldría bien. A lo mejor congeniáis y quién sabe… —le sugirió Simone encogiéndose de hombros—. Nada ni nadie puede decírtelo.

—Sí, pero él se pone en la situación más jodida —apuntó Pierluigi

—. En parte tiene razón. Imagina que se enrollaran y al final acabaran mal. Y, después, verse todos los días en clase…

—No tienen por qué verse si no quieren —comentó Francesco—. En mi clase hay gente que apenas conozco. Con la que he intercambiado un par de saludos. Nada más.

—¿Y qué me dices de verse por ahí? —Pierluigi hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta del local que se abría para dejar pasar a Estefanía y a sus amigas.

Cuando Luca la vio, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no quedarse embobado mirándola. Pero la tentación de hacerlo era más fuerte, ya que no esperaba su repentina aparición ni que ella le dirigiera una mirada cargada de sorpresa antes de bajarla para no delatarse. ¿Cómo haría para cumplir su palabra si ella aparecía tan atractiva como en ese momento?

—¿Qué me decías, amigo? —Pierluigi palmeó a Luca en el hombro —. Vaya, si también están Mónica, Paola y Allegra. ¡Chicas!

—No sabía que tuvieras interés en alguna de ellas —comentó Simone al ver a Pierluigi con la mano en alto llamando a las cuatro.

—Es por este —indicó señalando a Luca, mientras Simone y Francesco no comprendían a qué se refería—. Le gusta Estefanía.

—Ah, es que como has dicho que no pretendías tener nada con ella… —le reconoció Francesco sonriendo.

—No es cierto lo que dice este. Somos compañeros de clase…

—Que tomáis demasiados cafés juntos. Y que os piráis de vez en cuanto a vete tú a saber dónde. Oye, que no pasa nada porque te guste ella —le dijo haciendo un gesto con el mentón hacia Estefanía.

—¿Quieres salir con una escritora romántica? No sé si te veo yo, ¿eh? —le aseguró Simone mirando a Luca con los ojos entrecerrados.

—¿Quién está hablando de salir con ella? —Luca quería dar por zanjada la conversación—. Estefanía es mi compañera de clase. Punto. No tengo más que deciros.

—Ya, y por eso estaba esta tarde en el pabellón viéndote —le aseguró Pierluigi, quien no parecía dispuesto a dejar que Luca se escapara.

—No ha ido a verme a mí —rectificó Luca, quien ya no sabía qué decir para que lo dejaran tranquilo.

—Entonces, ¿le interesa el baloncesto? —Arqueó sus cejas con expectación por la respuesta de su amigo.

—Según me comentó, fue Allegra quien la invitó. Me enteré que su sobrino juega en el equipo. No ha ido a verme a mí porque ella misma me confesó que desconocía que yo entreno las categorías inferiores de la Virtus de Bolonia —les dejó claro con total normalidad, queriendo

ser sincero con ellos—. Si lo piensas un poco, no creo que ella esté buscando una nueva relación si lo ha dejado con Pietro no hace mucho.

—En eso tienes razón —señaló Francesco—. Las chicas no son como nosotros, que nos soltamos de una rama y nos cogemos a otra.

—Desconocía tu complejo de simio —ironizó Pierluigi.

—Piénsalo detenidamente. Nos gusta tener siempre una a nuestro lado —aclaró.

—¿Y tú por qué no tienes una entonces?

Francesco frunció los labios.

—Porque no he encontrado una que me haga perder la cabeza.

—¿En serio? —preguntó Simone.

—Sí. ¿Por qué os voy a decir algo que no es cierto?

—Pues ya estás perdiendo el tiempo, amigo —le indicó Pierluigi pasando su brazo por encima de los hombros de Francesco para que dirigiera su mirada hacia las cuatro chicas.

—¿En serio? —Francesco arqueó una ceja con suspicacia ante el gesto de su amigo.

—¿Quién sabe? A lo mejor la chica de la que hablas está entre ellas. Eso sí, no te fijes en Estefanía porque es del amigo Luca.

Este resopló y sacudió la cabeza sin poder creer que Pierluigi fuera tan insistente. Debería contárselo a Estefanía, cuando estuvieran a solas, para que estuviera prevenida.

Las cuatro chicas reían mientras conversaban entre ellas. De vez en cuando alguna de estas miraba a los cuatro chicos. Estefanía aprovechaba cualquier descuido, cualquier cambio de postura o alguno de los comentarios de sus amigas respecto de ellos para mirar a Luca. En alguna que otra ocasión, sus miradas se cruzaron y ambos se limitaron a sonreír.

—¿Qué te traes entre manos con nuestro entrenador? —la pregunta de Paola pilló desprevenida a Estefanía.

—¿Cómo dices? —Su reacción arrancó las carcajadas de sus amigas —. ¿Qué pasa? ¿A qué vienen esas risas?

—Por la reacción que has tenido —le dijo Allegra.

—Pues no entiendo, la verdad.

—Te preguntaba qué te traes entre manos con el entrenador — insistió Paola curvando sus labios en una sonrisa.

—Nada. ¿Por qué lo dices?

—Porque deberías haberte visto hace un momento. No le quitabas ojo —le aclaró Mónica con un guiño.

—Pues no sé qué queréis que os diga. —Estefanía se encogió de hombros con naturalidad—. Ya os he contado antes que nos llevamos

bien.

—Sí, sí.

—Dejadla, no creo que le hayan quedado ganas de empezar una relación nueva después de lo de Pietro —recordó Mónica.

—Lo vuestro se veía que no iba a durar —le aseguró Paola—. No pegabais. Admítelo.

—Eso no importa ahora, chicas. El pasado, pasado queda. Tengo que seguir adelante y mirar al futuro.

—¿Y en este no se avecina ninguna relación? —le preguntó Mónica moviendo sus cejas con celeridad.

—No, que yo sepa. Si tuviera una bola de cristal en la que ver mi futuro próximo, te lo diría. Ahora solo me interesa graduarme y seguir con mi carrera de escritora.

—Seguro que esa te da más alegrías que un chico —apostó Allegra.

—Por ahora no puedo quejarme, la verdad. El tiempo lo dirá.

—¿Qué vais a hacer cuando terminéis la facultad? —Paola fue la que hizo la pregunta—. Yo fijo que seguir especializándome. Me estoy planteando hacer un doctorado.

—¿Pretendes quedarte en la universidad dando clases? —Allegra frunció el ceño.

—Sí. Por ahora es mi primera opción.

—Yo seguramente marche fuera de Italia —anunció Allegra muy segura—. Un año en otro país me vendrá bien mientras me sigo formando. ¿Y tú? —lanzó la pregunta a Mónica, quien parecía estar pensando la respuesta.

—De momento, tengo que graduarme. Después veré qué opciones tengo. No lo tengo muy claro.

—Imagino que tú seguirás con tu carrera de escritora —le dijo Paola a Estefanía, que permanecía absorta escuchándolas—. ¿Piensas compaginarla con el periodismo?

—Sin duda. Seguiré escribiendo porque me gusta y no pienso dejarlo. Y, por otro lado, es posible que empiece a buscar trabajo. Puedo compaginar ambas cosas.

—Seguro que en algún momento te tocará elegir por una de las dos —apreció Paola.

—No si me organizo bien.

—La cuestión es que muchas veces, por más que quieres…

—Llegado el caso, elegiré lo que más me convenga.

—Por cierto, ¿vas a estar en la feria del libro este año? El pasado copaste las portadas de casi todos los blogs y web de literatura —le recordó Allegra.

—No lo sé. No he recibido ninguna invitación por parte de la

editora. Es lo que te puedo decir.

—Supongo que tampoco sabes nada de si vas a estar en Florencia con motivo del décimo aniversario de su asociación de novela romántica.

—He leído algo en las redes sociales y me han preguntado si estaré allí, pero no he respondido. Todo eso lo tengo algo aparcado, la verdad.

—Pues deberías ponerte al día si quieres seguir adelante con tu carrera de escritora —le aconsejó Mónica.

Estefanía se limitó a sonreír. Había tantas cosas por hacer. Tantas las que ocupaban su mente, como, por ejemplo, Luca, quien en ese momento le sonreía.

—Perdonadme un momento. Voy a saludarlo —dijo haciendo referencia a este ante la atenta mirada de sus amigas.

Cuando él la vio caminar hacia ellos, intentó por todos los medios que no se le notara que, hacía unas pocas horas, ambos se habían estado besando. Y cuando la observó dirigirse a él, comprendió que le encantaría enmarcar su rostro entre sus manos y perderse en el beso que le gustaría darle y que ella no le negaría.

—No esperaba verte esta noche —le aseguró él inclinándose un poco sobre ella para darle dos besos de cortesía, lo que le permitió recibir una oleada de su perfume fresco y dulce. Sus ojos cambiaban de color en función de la manera en la que le cayera la luz. Tenía una expresión risueña mientras lo contemplaba.

—Yo tampoco, si te soy sincera. ¿Qué tal estás?

—Creo que mi estado emocional acaba de subir enteros desde que te has acercado. ¿Y tú?

Estefanía apretó los labios y asintió mientras dejaba que el comentario de él se filtrara en su mente y después se esparciera por todo su cuerpo para acelerar sus pulsaciones. Sintió el calor abriéndose paso hasta acentuarse de manera evidente en su rostro.

—Bien.

Ninguno de los dos se había dado cuenta de que al final los dos grupos habían terminado por acercarse y saludarse, y en ese mismo instante charlaban de manera distendida. Esa situación les permitía a los dos mantenerse juntos, mirarse e incluso rozarse de manera casual y normal sin que ninguno de los demás pudiera sospechar nada.

—Espero que no hayas cambiado de opinión.

—¿Cambiar de opinión? ¿A qué te refieres? —le preguntó ella levantando la mirada hacia él y frunciendo el ceño—. ¿Tal vez al hecho de que estamos juntos?

—Ese mismo.

—¿Por qué habría de hacerlo? No, no he cambiado. Pero debemos tener cuidado. —Ella elevó sus cejas en señal de advertencia hacia los demás, que parecían no prestarles atención en ese momento.

—Ya. Tranquila.

—¿Y si nos vamos a otro lugar? —sugirió Francesco paseando su mirada por los demás.

—Sí, podríamos seguir en otro sitio —asintió Mónica buscando la mirada de Estefanía. Esta hizo un gesto de no saber qué decir. Estaba a gusto con Luca y los demás. Y seguir por ahí en grupo les permitiría seguir estándolo.

—Está bien. Vámonos. Eh, míster, cuídala, ¿quieres? —le comentó Pierluigi mirando a la vez a Luca y a Estefanía.

—De acuerdo, lo que tú digas. Anda, tira —le dijo haciéndole un gesto con la mano para que caminara hacia la salida.

Estefanía se detuvo de repente y se volvió hacia Luca con la mirada entornada.

—¿Por qué te ha dicho eso?

—Porque piensa que tengo interés en tirarte los tejos —mencionó con naturalidad mientras observaba como ella se quedaba con la boca abierta hasta que sintió la mano de él bajo esta para cerrársela—. Anda, tira tú también.

Ella caminó unos pasos delante de él, pero se volvió de repente porque no le había quedado claro del todo.

—¿Cómo que piensa que yo te gusto? ¿Desde cuándo?

—Cosas de ese majadero. No tengo ni idea.

—¿No lo dirá en serio? —Estefanía volvió a entornar la mirada hacia él, con el corazón latiéndole a mil.

Luca se encogió de hombros. Luego la agarró de la mano y tiró de ella para conducirla tras una columna desde la que no podían verlos porque estaban casi en la calle.

—Tan en serio como esto. —Luca la sujetó por la cintura y la besó de manera rápida, fugaz, por la urgencia del momento. Pero ese leve roce le bastó para que ella gimiera complacida—. Y ahora vámonos o empezarán a sospechar de por qué nos hemos quedado rezagados.

Estefanía se humedeció los labios como si pretendiera retener el beso. La delicadeza, la ternura con la que él la había besado. Sintió el calor volver a invadirla y no pudo evitar sonreír por lo que acababa de suceder.

Una vez en la calle, los demás los estaban esperando y algunos les lanzaron miradas bastante elocuentes.

—Vamos, chicos, dejad los arrumacos para más tarde —dijo Paola con una sonrisa bastante significativa. Si aquellos dos nos estaban

juntos, poco les faltaría para estarlo. Y no se trataba de que el resto lo intuyera y les diera un último empujón. Se trataba de ellos dos solitos.

Allegra se acercó a Estefanía aguantándose la risa.

—Deberías decirle a Luca que, cuando te bese, se limpie los labios. ¡Ah!, y tú retócate el pintalabios.

Estefanía se quedó cortada por esa apreciación de su amiga. Ahora sí que no tenía escapatoria. Ya no hacía falta que se lo contara porque acababan de pillarlos.

—Joder, vaya pillada —murmuró.

—Tranquila. Es algo que se veía venir. No diré nada. —Allegra le guiñó un ojo en complicidad con su amiga.

—Sí, míster. Entiendo que estás eufórico porque tus chicos han ganado al líder, pero no nos hagas esperar —le pidió Pierluigi con una mirada cargada de intención.

—Olvídame por un rato esta noche, ¿quieres?

—No puedo hacerlo mientras estés con Estefi. Entiéndelo, dais mucho juego, joder —le dijo asintiendo con toda intención.

Estefanía decidió apartarse un poco de Luca para que lo dejaran tranquilo. Ella no pretendía que lo estuvieran machacando toda la noche. Así que se agarró del brazo de Allegra y caminó junto a ella. Pero antes tuvo un momento para decirle algo a Luca:

—Me encantan tus imprevistos. Pero, para otra vez, límpiate los labios después de besarme. —Lo contempló por un momento y se preguntó si aquella especie de locura tendría continuidad.

Luca se quedó parado en mitad de la calle mientras la observaba caminar junto a Allegra. Esta se volvió hacia él y se pasó el pulgar por los labios en un gesto bastante significativo. Y sonrió de buen rollo. Luca solo pudo sacudir la cabeza y dejar que la sonrisa se apoderara de su rostro. Pero cambió el semblante de inmediato, antes de que su querido Pierluigi le saltara con alguna de las suyas.

Capítulo 5

—Si nos vamos solos, todos sospecharán de que al final hemos acabado enrollándonos —le aseguró Luca a Estefanía en un momento de la noche. Se encontraban en otro local de moda mientras tomaban algo. El grupo estaba disperso y, gracias a la gente que había, ellos dos habían logrado distanciarse un poco de ellos.

—Soy consciente de ese comentario. Por ahora solo Allegra sabe que estamos juntos. Pero estoy molida y aquí ninguna de las tres parece tener ganas de dejar la fiesta. Ni qué decir de Pierluigi y compañía —le aseguró lanzando una mirada a este, que se movía como pez en el agua entre la gente.

—Tienes razón. Tal vez, si no decimos nada y nos vamos deslizando entre la gente sin que nos vean… —la sugerencia de él le provocó a ella una sonrisa seductora y dulce al mismo tiempo que Luca deseó hacer suya de una vez por todas.

—Vale. Yo no les digo nada a estas tres y me dirijo poco a poco hacia la salida. El problema lo vas a tener tú porque, por tu altura, llamas un poco la atención —le aseguró apretando sus labios y abriendo sus ojos como platos.

—Ya, bueno. En ese caso, no puedo hacer mucho, la verdad. Podrías aprovechar ahora que… —Luca no pudo terminar de decir lo que pensaba porque Mónica tiraba de Estefanía.

—Te la robo un minuto —le dijo esgrimiendo un dedo ante él antes de que la marabunta de gente se las tragara.

Luca se quedó sin saber qué hacer. Lo mejor sería salir fuera aprovechando ese momento de confusión. Le enviaría un wasap a Estefanía para advertirle dónde se encontraba.

Mónica poco menos que se llevó a la fuerza a su amiga hasta los baños, alejándola de todos los demás.

—¿Se puede saber qué narices te sucede? ¿A qué ha venido esa manera de agarrarme y arrastrarme hasta aquí? Casi me arrancas el brazo —le refirió Estefanía mirando a su amiga sin entenderla.

—Vale, lo siento, disculpa. En un minuto estás con tu chico —le dijo de manera atropellada, lo que cogió a Estefania con la guardia baja y no le rebatió el último comentario—. Se trata de Francesco.

—¿Qué te sucede con él?

—Lleva casi toda la noche a mi lado.

—¿Y?

—Pues eso. Que no se me despega.

—¿Por qué no pruebas a alejarte tú de él?

—Porque tampoco puedo… Ni quiero —Mónica bajó el tono de su voz, desvió la mirada de la de su amiga y resopló.

—¿Me estás insinuando que te sientes atraída por él? ¿Es eso?

—Es mono, ¿no crees? —Mónica puso cara de estar algo descolocada con todo lo que estaba sucediendo.

—¿Por qué me lo preguntas a mí? Se supone que tú eres la que debe decidirlo.

—Porque eres con quien más confianza tengo. Además, escribes historias de amor para gente de nuestra edad. Digo yo que de esto entiendes.

—Vale… ¿Qué coño tiene que ver que escriba historias de amor para aconsejarte sobre lo que debes hacer con Francesco? —Estefanía no salía de su asombro. ¿En serio le estaba preguntando su opinión basándose en el hecho de que escribía historias que tenían que ver con gente como ellas? Sacudió la cabeza tratando de ordenar sus pensamientos—. A ver… Si Francesco te gusta…

—No sé. Me parece muy atento conmigo. Se ha interesado por mí. Ya sabes, si tengo pareja, qué tal la carrera, mis gustos, qué hago en mi tiempo libre…

—Pues…, si ves que congeniáis…, podéis quedar e iros conociendo y ver si en realidad tenéis cosas en común. No tengo ni idea, Mónica, yo solo trato el amor en la ficción. Además, mira cómo he acabado yo. Terminé mi relación hace algunos meses.

—Sí, pero tienes a Luca —le dijo guiñándole un ojo.

Estefanía se quedó callada al escuchar a Mónica decirle aquello. Y cuando le guiñó el ojo en señal de complicidad, no le dio opción a pensar que ella también lo sabía.

—Mira, si crees que con Francesco puede irte bien, adelante. Pero no me vuelvas a decir que me pides consejo por que he escrito una

novela de jóvenes universitarios. Lo que cuenta es lo que tú sientas y experimentes cuando estás con él. Nada más. Lo mío es ficción para entretener, no para decirle a una chica lo que tiene que hacer si se encuentra en una situación parecida.

Mónica se quedó callada recapacitando sobre lo que su amiga le acababa de decir.

—Soy consciente de que debo ser yo la que considere si entre Francesco y yo puede llegar a surgir algo. Vale, gracias —le dijo abrazándola—. Te devuelvo junto a Luca para que sigáis hablando de lo que estuvieseis hablando.

Estefanía asintió sin decir nada más. La verdad era que no entendía el comportamiento de su amiga. Suspiró camino de regreso al sitio donde se encontraban los demás, pero no vio a Luca, y eso que era algo sencillo ubicarlo. Frunció el ceño contrariada porque él no le había dicho que se fuera a marchar sin ella. Paseó la mirada a su alrededor en un nuevo intento por localizarlo. No quería preguntar a sus amigos para que no se le notara su interés en él. Bastante había tenido con que sus dos amigas lo supieran esa noche. De repente, su móvil vibró en su bolso. Lo sacó y leyó los dos mensajes de él.

> Luca:
> Estoy fuera.
> Si no puedes escaparte, entraré y te cogeré en brazos para sacarte.

Ella no pudo evitar sonreír ante la ocurrencia de él. Prefería escabullirse a que él entrara y la sacara como decía. No pensó en despedirse de los demás, sino que se confundió entre las personas que había en el local hasta alcanzar la salida. Lo encontró de espaldas y con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros. Lo tocó en el codo para hacerle saber que estaba allí.

Luca se volvió de repente para encontrarse con el rostro de Estefanía, en el que sus ojos brillaban en demasía y su boca se curvaba en una deliciosa sonrisa.

—He visto tus wasaps de milagro. Será mejor que nos marchemos, no vaya a salir alguno de estos a fumarse un cigarro o a tomar el aire y nos pille —le sugirió temiendo que Mónica u otro de sus amigos lo hiciera.

—Sí, casi mejor o la próxima vez Mónica te arrancará el brazo. Créeme.

—Lo cierto es que ha faltado poco. —Se situó al lado de él manteniendo cierta distancia entre ellos. Pero esta se fue acortando a

medida que se alejaban del local Después, su paso se volvió lento y daba la impresión de que ninguno de ellos tuviera prisa por llegar a sus casas—. Cuando he regresado del baño junto a Mónica y no te he visto, he pensado que te habías ido.

—¿Y dejarte sola? No. No lo haría. —La miró con extrañeza por ese comentario.

—¿Habrías entrado a buscarme tal como decías en el mensaje? ¿En plan Kevin Costner en *El guardaespaldas*?

—Bueno, he sido un pelín exagerado. No, claro. Daríamos mucho que hablar. A nadie le quedarían ya dudas de lo nuestro. Allegra lo sabe, ¿no?

Estefanía asintió.

—E intuyo que Mónica también.

—Llamaríamos la atención, sin duda. —Cuando estuvieron lo suficiente lejos del local donde habían quedado sus amigos, ella se situó frente a él. Lo sujetó por la camisa y lo obligó a inclinarse sobre su boca y hacerla suya. Ronroneó como una gatita en busca de calor, de atenciones, de cariño mientras se perdía en la dulzura del beso—. Te lo debía.

Luca la miró entre la extrañeza de su comentario y la calidez que le había dejado su beso.

—Antes lo hiciste tú. Cuando nos íbamos del bar en el que coincidimos —le recordó mientras él sonreía.

—Así que era eso. En ese caso, estamos empatados. Pero me gusta ganar. Siempre. —La rodeó por la cintura para atraerla hacia él y besarla una vez más. De manera lenta, tierna, mordisqueándole el labio inferior en repetidas ocasiones hasta que consiguió dibujar una sonrisa perfecta.

—Ya me he dado cuenta esta tarde de que te gusta ganar.

—Que no te quepa duda.

—Tomaré nota para mi próxima novela —le aseguró arrancando las carcajadas en él.

—Sigues con lo mismo.

—No creas que se me ha olvidado. Y a cada minuto que paso contigo conociéndote un poco más, me reafirmo en lo que te dije en un primer momento. Eres capaz de enamorar a una chica sin pretenderlo. Con gestos normales y hechos puntuales.

Luca asintió y convirtió su boca en una fina línea. «¿Seré capaz de hacerlo con ella? ¿Podré conseguir que se enamore de mí?», se preguntó mientras seguían caminando.

—¿Qué vas a hacer mañana? Y que conste que no pretendo agobiarte.

—Mañana no me queda otra que ponerme con la novela. Llevo algunos días sin tocarla y no quiero ir dejándola atrás. Me conozco y sé que, en ocasiones, soy algo perezosa.

—¿Quién?, ¿tú? —Él la contempló con un gesto de sorpresa en el rostro—. No es la impresión que das.

—¿En serio? Será que no te fijas demasiado en mí —ironizó ella esgrimiendo un dedo delante de él a modo de advertencia.

—Otra cosa no, pero fijarme en ti… —Luca entornó la mirada hacia ella con ironía—. Llevo haciéndolo mucho tiempo.

—¿Por qué nunca me lo has comentado? —Estefanía adoptó una postura seria. Quería saber por qué nunca le había dicho nada sobre lo que sentía por ella.

—¿Estás de coña? ¿Qué se suponía que tenía que decirte o hacerte ver? ¡Estabas con Pietro! No podía hacer nada. —Su voz sonaba desperada, angustiada al recordar la cantidad de ocasiones que se le pasó por la cabeza lo que en ese momento ella le decía—. Y eso me mataba. Cada vez que nos pirábamos a tomar un café y me mirabas de esa manera que me dejaba sin respiración…

Lo vio desviar su atención de ella y sacudir la cabeza en un gesto que mostraba la impotencia que había sentido. Ella se acercó hasta él y deslizó su mano bajo el mentón de él para obligarlo a mirarla.

—¿En serio? —Sentía que el corazón no le cabía en el pecho al escucharle aquella confesión. Sí, sabía que él la miraba, la escuchaba, alentaba sus proyectos como ningún otro, aguantaba sus chaparrones cuando ella estaba mal; sin decir nada, si pedirle nada a cambio. Solo estaba allí. A su lado. Todo el tiempo.

—La de veces que deseé besarte. Colocarte esos mechones rebeldes que te caen sobre la cara cuando estás centrada tomando apuntes, calentarte las manos cuando las escondes bajo las mangas de los jerseys y las chaquetas. Verte mordisquear el bolígrafo… No sé. Infinidad de situaciones que he vivido a tu lado. Ocasiones en las que no podía hacer nada porque no eras una parte de mí —le aclaró mirándola con una calidez y una ternura que le salían de dentro—. Oye… No voy a dejar de decirte chorradas a menos que me beses.

Ella seguía sintiendo la caricia de sus palabras y como estas le erizaban la piel, le aceleraban el puso.

—No son chorradas. Son las cosas más reales y sinceras que me han dicho —le susurró tan cerca de sus labios que sentía su respiración, sus latidos, su deseo por que ella lo besara. Y lo hizo. Se alzó lo justo para fundirse en ese beso que tanto la situación requería —. Y no te beso porque las considere como tales, sino porque me apetecía hacerlo.

Cerró los ojos cuando él la rodeó por la cintura y la condujo hasta él.

—Pues eso, si mañana tienes tiempo y te apetece tomar un café… Lo dejo a tu elección.

—Lo cierto es que es toda una tentación.

—Pues déjate tentar si es lo que quieres.

Estefanía sonrió comedida. Sin duda que él era una tentación, pero tampoco estaba dispuesta a correr riesgos innecesarios. Quería mantener los pies en el suelo con él. No quería pasar por lo mismo que con Pietro. No quería entregarse desde el primer momento. Escuchar promesas que no se acababan cumpliendo. Ni «te quieros» carentes de sentido. Pensar en todo ello hacía que se resistiera a verlo al día siguiente, aunque las ganas de hacerlo la tentaran como si fuera el mismísimo Diablo.

—De verdad, tengo que avanzar la novela. Quiero tomármelo en serio. Y luego tengo algunas lecturas atrasadas de la carrera. Entiende que últimamente no estoy demasiado centrada en ella.

—Me parece perfecto. No quiero quitarte tiempo de tus cosas. Sería lo último que haría.

—No me lo quitas. Estar contigo no es perderlo. Es tiempo aprovechado. Siempre. —Lo besó una vez más mientras le pasaba la mano por el rostro.

Luca se quedó quieto al tiempo que la contemplaba sonreír de manera tímida.

—Te dejo en casa.

La acompañó hasta el portal sin poder creer que aquello estuviera sucediendo en realidad. ¿Cómo hacía para dominar el deseo que ella despertaba en él? Esas ganas irremediables de perderse en sus curvas. La deseaba, eso era evidente. Pero no iba a precipitarse de una manera que lo echara todo a perder. Por ese motivo, se despidió de ella deseando verla pronto.

Estefanía se quedó en el portal contemplando como él se alejaba sin perderla de vista. Por un segundo sintió la urgente necesidad de llamarlo. De pedirle que regresara a ella. Que subiera al piso que compartía con otras dos chicas. Y que el destino decidiera por ellos dos. Pero en el último instante volvió a recordarse lo que hacía un rato había pensado. Por ese motivo, subió al piso y se encerró en su habitación. No tenía ni idea de si sus dos compañeras estaban acostadas o habían salido y todavía no habían llegado. Tampoco iba a indagar en ello. Ya se enteraría por la mañana.

De repente, sintió la necesidad de escribir algo que acababa de venirle a la mente. No sabía si ese arranque de inspiración se debía a

los momentos compartidos con Luca esa noche o, más bien, eran las ganas que tenía de retomar su historia, pero se sentó frente al portátil y dejó que sus dedos se movieran de una manera ágil y diestra sobre las teclas. Se centró en lo que estaba escribiendo y, de manera lenta, sus labios se curvaron en una sonrisa. Sí, no le cabía la menor duda de que Luca podría enamorarla sin pretenderlo.

Luca deambulaba sin rumbo fijo por las calles de una Bolonia que dormía, a excepción de aquellos lugares en los que la fiesta seguía y se prolongaría hasta altas horas. Pero él ya tenía suficiente por esa noche. No era capaz de dejar de sonreír por más que lo intentaba. Pensar en Estefanía y en su ternura lo hacían sentirse diferente. Tenía la impresión de que se había quitado un peso de encima y que a partir de ese momento las cosas rodarían de una manera más ligera. Sí. Estefanía le gustaba. Y mucho. Tanto como para hacer que ella se enamorara de él. Y él estaba dispuesto a arriesgarlo todo por que fuera así.

Estefanía madrugó para aprovechar el domingo, como le había asegurado a Luca. No quería decirle una cosa y luego hacer otra. Si no le apeteciera verlo, se lo habría dicho de manera directa. Así que. pese a haber dormido más bien poco porque se había sentido inspirada al llegar al piso y se puso a escribir, se había levantado como si nada. Escuchó ruido en la cocina, lo que le dio a entender que alguna de sus compañeras de piso ya estaba trasteando con el desayuno. Salió de la habitación y se dejó arrastrar por el intenso aroma del café recién hecho.

—Buenos días —dijo al ver a Micaela vertiendo café en su taza. Su compañera de piso levantó la mirada hacia ella y sonrió. Micaela era de Verona y estaba en Bolonia estudiando medicina. Era una chica simpática, muy estudiosa, con ese aire de intelectual que le otorgaban las gafas de pasta en color negro que llevaba.

—Buenos días —respondió la chica con una sonrisa.

—Has madrugado, ¿no?

—Anoche no salí y me fui pronto a la cama. Así que esta mañana me he levantado temprano para estudiar. ¿Y tú?

—Llegué de madrugada, pero me entró la urgencia de escribir y me quedé despierta un poco más. ¿Lo has hecho tú? —preguntó cogiendo la cafetera y mirando a su compañera, quien se limitó a asentir—. En ese caso, me basta con un chorrito.

—Me gusta el café muy cargado, ya sabes.

—Por eso mismo te consulto. Si fuera Federica la que lo hubiera hecho, tendría que echarme media taza como mínimo. Deja el café aguado.

—¿Qué tal anoche? —le preguntó Micaela sentada con un pie apoyado sobre el asiento de la silla y la taza de café sujeta entre sus manos.

Estefanía no pudo esconder la sonrisa que le producían los recuerdos de la pasada noche junto a Luca.

—Buenos días, chicas —dijo Federica al aparecer en la cocina con su camiseta de tirantes, que dejaba al descubierto un piercing en su ombligo, y el pantalón del pijama algo más caído y que mostraba la goma de su ropa interior. Se frotaba los ojos como si todavía no se hubiera despertado del todo—. Esta mañana necesito un chute de cafeína.

—Pues sírvete. Lo ha hecho Micaela —le anunció Estefanía pasándole la cafetera.

—Uuuuhhhh, entonces seguro que me pongo como una moto. ¿Qué tal la noche, chicas?

—Yo no salí, ya lo sabes. Y cuando has aparecido, le estaba preguntando a Estefi qué tal. Y a juzgar por la carita que ha puesto… —Micaela movió sus cejas arriba y abajo con rapidez, lo que hizo ver a Federica que su compañera había pasado una buena noche.

—¿Qué cara he puesto? —le preguntó esta con una sonrisa abierta y los ojos como platos.

—Te has reído por lo bajito y te has puesto colorada. ¿Ha habido tema o no con algún chico? —Micaela comenzó a pellizcar su cruasán y a llevarse a la boca pedacitos mientras esperaba la respuesta de Estefanía.

—¿En serio? ¿Te has liado con algún tío? —le pregunta en esa ocasión fue de parte de Federica, que miraba a Estefanía con sorpresa.

—¿Por qué pensáis que ha sido así? —Estefanía entrecerró los ojos y paseó su mirada por sus dos compañeras de piso.

—Luego ha sucedido —reiteró Micaela.

—¿Por qué estás tan segura? —Estefanía cogió las tostadas y se sentó a la mesa para desayunar.

—Porque eres como un libro abierto —le dejó claro Federica justo antes de tomar un sorbo de café. Puso mala cara y entrecerró los ojos —. ¡Joder, Mica! ¡Esta mañana lo has cargado de narices!

—Pues échale más leche —le sugirió esta encogiendo sus hombros sin darle importancia—. Bueno, ¿con quién has estado la noche pasada?

—He estados en pandilla. Nos encontramos a algunos compañeros de la facultad.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? Yo no te pregunto con quién te enrollas.

—Ya, claro. Porque yo os lo cuento de manera abierta.

—En serio, ¿te has liado con alguien la pasada noche? —Federica miró con inusitada expectación a Estefanía, mientras vertía leche sobre su café.

Estefanía chasqueó la lengua primero y se mordisqueó el labio inferior con gesto dubitativo. Después de haberlo intentado mantener en secreto, Allegra los había pillado. Y seguro que se lo había contado a Mónica, o esta también lo intuía. De manera que no pasaría nada por contárselo a sus compañeras de piso.

—Con Luca.

Durante unos segundos, el silencio reinó en la cocina donde las tres chicas se miraban entre ellas. O, más bien, Estefanía se convertía en el centro de las miradas de sus compañeras de alojamiento.

—¡¿Con tu compañero de clase?! —Micaela fue la primera en decir algo. El nombre del chico la había cogido desprevenida en un primer momento, pero tras pensarlo de manera detenida, había dado con él.

—¡No me jodas! ¿Te has liado con él? —Federica tenía los ojos abiertos como platos y miraba a Estefanía sin terminar de creerlo.

—¿Pero no se suponía que no querías saber nada de los tíos? —le recordó Micaela sacudiendo la cabeza con la mirada fija en Estefanía.

—Sí, vale. Sé lo que dije cuando terminé con Pietro. —Estefanía extendió los brazos al frente con las palmas de las manos hacia sus dos compañeras.

—Desconocíamos que Luca te gustara —señaló Federica.

—Siempre nos hemos llevado bien.

—No estamos hablando de caerse bien, así que no te vayas por las ramas, ¿quieres? —la cortó Micaela—. Estamos hablando de una atracción entre vosotros dos. Ya sabemos que os caéis bien y todo eso. Se trata de sexo. Os habéis liado. De ahí a la cama hay un único y corto paso.

—¿Vas a tirártelo? —Federica arqueó las cejas y boqueó como un pez.

—Alto, chicas. Que me haya besado con él no significa que vayamos a irnos a la cama ya.

—Un beso es un beso. Y todo el mundo sabe lo que significa —apuntó Micaela, que parecía no querer soltar a su compañera. Era la primera vez que la veía con esa expresión de incertidumbre hacia lo desconocido y una pequeña chispa de ilusión en su mirada.

—Estoy con ella —asintió Federica apuntando con su dedo a Micaela.

—Vale, de acuerdo.

—Oye, ¿Luca te gusta? —preguntó Micaela contemplando a Estefanía con los ojos entrecerrados.

—¡Vaya pregunta! —ironizó Federica con un gesto de incredulidad antes de reírse.

—Lo digo en serio. Quiero saber si Estefi se ha enrollado con Luca porque estaba de fiesta y se ha dejado llevar, o si en verdad lo ha hecho porque siente algo por él. Algo más que una buena amistad de compañeros de facultad —aclaró Micaela un poco molesta por que Federica hubiera puesto en duda su cuestión.

—¿Y bien? —Federica volvió su atención hacia la persona en cuestión, a la espera de que les confesara qué había entre ellos.

Estefanía se quedó con la mirada perdida en el vacío mientras asimilaba la respuesta. Confesarle a sus dos compañeras de piso que Luca le gustaba más allá de un simple beso o una mera noche sería dar un paso más hacia una relación a la que ella no pretendía dar mucha publicidad.

—No está mal.

—¿Te has planteado tener algo con él? Me refiero a lo que sucede en tu novela —precisó Micaela con la atención fija en Estefanía.

—Eso es algo que el tiempo dirá.

—Eso te ha quedado muy bonito para tus novelas, pero aquí estamos entre amigas. Llevamos compartiendo piso desde primero de carrera. Hemos reído, llorado, pataleado… Nos hemos corrido buenas fiestas…

—Ya te digo yo si nos las hemos corrido —matizó Federica con picardía.

Sus dos compañeras la miraron con naturalidad porque así era ella. No les caía de sorpresa que soltara algo así en sus comentarios.

—Pues eso, nos merecemos que nos digas lo que piensas de lo sucedido. A ver, yo no dejo que me coman la boca si no pretendo tener algo con el chico en cuestión. No como Federica, que le da más o menos igual.

—Alto. Que a mí no me besa cualquiera. Que quede claro —señaló la aludida.

—Solo digo que por ahora no pienso en nada con Luca. Además, lo de Pietro me salió rana.

—Pero no tiene por qué salir siempre así —le rebatió Micaela con rapidez—. Lo tuyo con Luca puede funcionar.

—No lo sé. Por el momento, seguiremos como hasta ahora:

compañeros de clase.

—Con derecho a roce.

—¿Por qué no os hacéis follamigos? —sugirió Federica—. Sin sentimientos de ningún tipo. Nada de palabras tiernas, ni arrumacos, ni…

—Ni «te quieros» —matizó Estefanía con total convicción.

—Ahora se lleva mucho lo de quedar para darle gusto al cuerpo.

—Pero en el caso de ella no valdría —matizó Micaela con una mueca de desaprobación.

—¿Por qué motivo? No veo qué es lo que puede fallar —apuntó Federica apurando su café.

—Estos dos son compañeros de clase, comparten muchas horas al día. Incluso las que tienen libres o las que se piran a tomar cafés. Acabaría convirtiéndose en una relación tradicional. No les vale el sexo como excusa para verse.

—Pues dejar de sentaros juntos, de piraros y demás —apuntó Federica mirando a Estefanía con una sonrisa.

—No es sencillo después del tiempo que llevamos comportándonos de esa manera en la facultad —resumió Estefanía.

—Por cierto, ¿qué opina él? Porque si te ha besado es por algo, aparte de que le gustes y quiera llevarte a la cama como todos los tíos en cuanto ven que les das pie —matizó Micaela con los labios fruncidos.

—Sí, eso. ¿Qué te ha dicho? —preguntó una más que interesada Federica.

Estefanía frunció los labios, movió la cabeza y encogió los hombros sin saber qué decir.

—No ha dicho nada. A ver, antes de que me insistáis, os diré que no hemos quedado en nada.

—¿Habéis quedado? —Micaela entornó su mirada con toda intención hacia Estefanía.

—Tengo que escribir y avanzar lecturas de la carrera. Hoy no vamos a vernos.

—Es mejor. De ese modo podrás canalizar lo que sucedió anoche y mañana afrontarlo con otra perspectiva —señaló Micaela—. Y no te rayes, ¿quieres? Si te gusta, ve por él. No todos los tíos son tan capullos como tu ex.

—Luca estuvo en la presentación de tu novela, ¿no? —Estefanía asintió ante la pregunta de Federica—. Eso ya es algo. Me refiero a que tiene interés en lo que haces.

—Sí, me ha comentado que se la leyó y me anima a que siga escribiendo —les comentó de pasada, sin darle demasiada

importancia.

Las dos compañeras de piso de ella se miraron y sus gestos las delataron. Ambas asintieron antes de fijar su atención en Estefanía.

—Le gustas —le dijeron a coro mientras el rostro de Estefanía enrojecía.

Claro que le gustaba. Lo había sentido en cada una de sus miradas, en la manera de sujetarla por la cintura, en cada una de sus caricias y en sus besos, por supuesto.

—¿Por qué no dejamos de hablar de mí y lo hacemos de vosotras? ¿Sí?

—No, porque tu vida es mucho más emocionante que las nuestras. No tenemos una carrera literaria en ciernes —señaló Federica encogiendo sus hombros.

—Ni tampoco un romance con un compañero de clase —añadió Micaela moviendo sus cejas con celeridad.

—Está bien. Dejémoslo por ahora. —Estefanía agitó la mano delante de ellas y recogió sus restos del desayuno para fregarlos.

—Deberías ponerte a escribir.

—Si ello significa que vais a dejarme tranquila… —ironizó ella con una sonrisa.

—Ni de coña —apuntó Federica en modo serio, con los ojos entrecerrados, como si fuera a fulminarla con la mirada.

—Iba a recoger todo si os estabais calladitas, pero… —Estefanía se volvió con las manos en alto y los labios apretados.

—Eso es chantaje —apuntó Micaela señalándola con su dedo, como si la acusara.

—Vale. Vosotras mismas.

—De acuerdo, aparcamos el tema personal. Pero tienes que contarnos de qué va tu nueva historia —señaló Micaela convencida de que ese tema no le molestaría.

Estefanía no pudo evitar sonreír ante aquella sugerencia.

—De acuerdo. No tengo inconveniente.

—Pues empieza a soltar por esa boquita mientras nosotras recogemos —le sugirió Federica con un guiño cómplice.

Luca cogió el balón que escupió el aro a un tiro de sus compañeros de la Virtus. Había decidido acudir al pabellón esa mañana, ya que sabía que la plantilla entrenaba. Cuando lo vieron aparecer, todos lo saludaron y lo felicitaron por la victoria del día anterior ante el líder,

Fiat Torino. Después de unos minutos de charla, algunos de los jugadores, los nacionales que se quedaban algo más de tiempo, lo invitaron a unirse para jugar un partidillo. No había perdido su visión de juego pese al tiempo que hacía que no jugaba en serio. Y hacerlo con algunos de los integrantes de la actual plantilla de la Virtus, entre los que estaba su hermano Dante, eran palabras mayores.

—Buen rebote, compañero —le indicó Expósito aplaudiendo la jugada.

—No lo alabes más de lo que ya lo habéis hecho antes o terminará por creérselo —señaló su hermano entre bromas.

Luca hizo caso omiso de los comentarios y siguió jugando para acabar encestando una bandeja ante la mirada de varios jugadores. Pasó por delante de su hermano y lo palmeó en el rostro. Luca necesitaba distraerse y no pensar en Estefanía. Si se quedaba en casa, acabaría por llamarla o pasar a verla por el piso que compartía con otras dos chicas. Y aunque lo deseaba, le había prometido que no iba a hacerlo. Primero, porque no pretendía quitarle tiempo de sus cosas y, segundo, porque quería tomárselo con calma. No quería que saliera mal, ya que era consciente de que la amistad estaba en juego. Y era algo que no quería perder.

Siguió jugando un rato más hasta que entre todos decidieron marchar al vestuario a darse una ducha, cambiarse e irse a sus casas. Esa jornada habían jugado el miércoles, lo que significó un merecido descanso todo el fin de semana.

—A pesar del tiempo que hace que lo dejaste, te mantienes en forma —le comentó Expósito frente a Luca—. ¿Por qué no has vuelto como jugador? ¿Prefieres el cargo de entrenador de las categorías inferiores? Recuerdo que tu nombre sonaba para subir al primer equipo.

—No quiero tener problemas con la rodilla. Y sí, me gusta entrenar a los chicos.

—No tiene por qué ser así.

—Pero prefiero jugar de vez en cuando, como hoy. El ritmo de competición es alto, exigente y requiere dedicación. Ya lo sabes.

—Piénsalo. Podrías hablar con el entrenador a ver si puede hacerte un hueco en la plantilla —le sugirió entrechocando su mano con la de Luca—. Nos vemos. —Hizo lo propio con Dante antes de salir del vestuario.

—¿Alguna vez has pensado en volver a la competición? Eres muy bueno.

—Ya, gracias por la parte que me toca —bromeó Luca con un codazo a su hermano.

—No te lo digo por que seas mi hermano, sino porque cuando jugabas en las categorías inferiores podrías haber seguido y conseguir dar el salto al primer equipo. Ya te lo ha dicho Expósito.

—Sí, pero las lesiones…

—Olvida las puñeteras lesiones. Que te sucediera en una ocasión no significa que vaya a pasarte cada vez que juegas.

—Prefiero seguir viniendo a echar unas canastas en plan relajado, como esta mañana.

Dante se quedó callado contemplando a su hermano.

—Y ahora dime la verdad de por qué has venido.

—¿Por qué he venido? No entiendo tu pregunta —le aclaró mientras Dante agitaba un dedo delante de él.

—A ti te pasa algo. Te conozco. Soy tu hermano y sé que algo te preocupa. Nada más he tenido que fijarme en la intensidad que le has metido al choque. No has dado un solo balón por perdido ni te has arrugado en los rebotes. ¿Qué te sucede?

Luca soltó el aire acumulado ante la atenta mirada de su hermano Dante.

—¿Y si nos tomamos algo en un sitio que conozco?

—¿Tan seria es la cosa? —Dante abrió los ojos al máximo al ver el gesto de preocupación de su hermano pequeño.

—Es por Estefanía.

Dante abrió la boca, como si fuera a decir algo, pero prefirió omitir cualquier comentario por el momento. O mucho se equivocaba, o su hermano pequeño padecía mal de amores. Y nada menos que con su mejor amiga y compañera de la facultad, lo cual complicaba las cosas mucho más.

—Está bien. Vayamos a tomarnos algo y me cuentas qué te sucede con Estefanía.

Luca asintió. Necesitaba contárselo a alguien para que le diera su opinión. No podía contar con Pierluigi y los demás porque eran unos bocazas. Les faltaría tiempo para ir con el cuento por ahí. A los cinco minutos toda la facultad sabría que Estefanía y él estaban liados. No. No pretendía eso. Así que había acudido a su hermano. Él no se iría de la lengua con nadie.

Il Café della Letteratura estaba poco concurrido a esas horas. Dante se quedó clavado en la entrada eclipsado por la decoración: estanterías repletas de libros, cuadros de reconocidos escritores de la literatura italiana y universal. Un ambiente cálido, entrañable, con un toque bohemio. Y luego estaba el aroma a café recién hecho que lo envolvió en cuanto pasó diez segundos en aquel lugar. Dante frunció sus labios y asintió complacido mientras su hermano Luca caminaba

hacia una mesa.

Claudia no pudo evitar quedarse mirando al tío de dos metros de estatura, como mínimo según sus cálculos, y que en ese mismo momento recorría el café con su mirada. «¿Un jugador de baloncesto?», se preguntó al fijarse en su vestimenta deportiva y la bolsa de deporte que llevaba colgada del hombro. Su pelo estaba mojado, el mentón sin afeitar y su mirada era cristalina, como si uno se asomara a un espejo. Lo vio dirigirse a la mesa donde esperaba el otro, que a Claudia le resultó conocido de haberlo visto por allí. Entrecerró sus ojos y se mordisqueó el labio.

—Apuesto a que no conocías este sitio —le refirió Luca al ver el gesto de fascinación de su hermano.

—No. Pero deduzco que tú sí, ¿no? —le preguntó al tiempo que dejaba la bolsa en el suelo, pero sin tomar asiento todavía.

—Lo conozco desde hace poco. Me lo enseñó Estefanía.

—Ya, claro —asintió Dante chasqueando la lengua y esbozando una sonrisa irónica. Se volvió sin mirar, para chocar con la chica que en ese momento esperaba a servirles—. Perdona. No te había visto —se disculpó sujetándola con una mano con facilidad para que no tropezara y se hiciera daño.

—Pues yo a ti sí —le aseguró Claudia sintiendo una subida de temperatura debido a la sacudida que había experimentado.

—Supongo. Suele pasarme. —Dante sonrió—. Oye, este local es una pasada. Original, acogedor; todo un descubrimiento.

—Estoy segura de que no lo conocías.

—No. Ha sido mi hermano quien me ha sugerido venir a tomar un café aquí.

—A ti te he visto alguna que otra vez por aquí. Te conozco de algo, pero no consigo…

—Soy compañero de clase de Estefanía Lambertti. Me habrás visto venir con ella.

—¡Eso! La escritora. La amiga de Melina. Sabía que te había visto antes. Bien, ¿qué os traigo?

—Yo quiero un buen desayuno —apuntó Dante sin apartar la mirada de la chica. Era simpática, llamativa, con el pelo caoba recogido en alto con un lapicero, y algunos mechones que escapaban de este. Mirada llena de curiosidad y un gesto risueño en el rostro. Y si dejaba que su vista siguiera recorriendo su cuerpo… era atractiva con sus curvas marcadas bajo la ropa.

—Supongo. Para llenar ese cuerpo —ironizó Claudia mientras lo contemplaba y sus cejas formaban un arco de clara expectación.

—Ya, bueno. Acabamos de entrenar y el ejercicio da hambre.

—¿Quieres un desayuno completo? ¿Café, zumo, tostadas, huevos revueltos y demás?

—Lo que creas que necesita mi cuerpo —le dijo dibujando una media sonrisa que llamó la atención de Luca.

—Que sean dos —apuntó este.

—Bien. —Claudia se alejó de ellos, aunque, por muy extraño que le pareciera, tenía la sensación de que la estaban observando mientras se dirigía a la barra.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —la pregunta de Luca cogió a Dante desprevenido. No esperaba nada parecido. Contempló a su hermano con el ceño fruncido y una expresión de desconocimiento.

—No sé de qué me hablas. ¿Qué he hecho según tú? —Dante entrelazó sus manos y las dejó sobre la mesa. Entornó su mirada hacia su hermano a la espera de que se lo explicara.

—Flirtear con Claudia.

—¿Claudia?

—Sí, se llama Claudia y es la hermana del dueño, que, por cierto, es el tío que está detrás de la barra preparando nuestros desayunos.

—Veo que estás puesto en la vida social de este café —le dijo con una sonrisa—. En serio, ¿crees que estaba flirteando con… Claudia? —Dante lanzó una mirada hacia la barra para verla apoyada sobre esta mientras esperaba los cafés.

—Es la impresión que me ha dado.

Dante se echó hacia atrás para apoyarse contra el respaldo de la silla, cruzar los brazos y mirar a su hermano con gesto divertido.

—Más te vale contarme qué es lo que te sucede a con tu compañera. Es el motivo por el que estamos aquí, ¿verdad?

—Vale, solo era una apreciación.

Claudia se volvió con la bandeja en la mano camino de la mesa en la que se encontraban Luca y Dante.

—Bueno, chicos. Vamos a ver —les dijo aligerando el peso ante la atenta mirada de Dante.

«¿Qué ha creído percibir mi hermano? ¿Que esta mujer me gusta? ¿Que estuve flirteando con ella? *Per favore!* ¿Qué demonios le sucede a Luca?», se preguntó mientras agradecía a Claudia su atención.

—Que os aproveche.

—Sin duda que lo hará con la pinta que tiene —asintió Dante lanzando una última mirada de agradecimiento a Claudia, quien asintió con una sonrisa.

Claudia regresó a la barra tras la que su hermano miraba de manera fija a los dos nuevos clientes.

—¿Qué tal con Luca y con Dante? —la pregunta de Marco no le

causó ningún efecto a Claudia.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Dante? ¿Lo conoces?

—Es un jugador de la Virtus de Bolonia.

—Pues es el hermano de Luca.

—Vaya, lo desconocía.

—Creía que ya no te interesaba el baloncesto —le comentó Claudia a la vez que guardaba la libreta en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Que haya dejado de ir a ver los partidos no significa que no siga el desarrollo de la liga por el periódico.

—Vaya, has vuelto a las andadas, ¿eh? —ironizó Claudia con una sonrisa traviesa mientras elevaba su ceja derecha con expectación por lo que tuviera que decir su hermano.

—Oye, no pienses que porque Melina y yo estemos juntos voy a dedicarme a leer sus novelas a todas horas. Que, por cierto, no ha sacado nada nuevo. Claro que eso lo sabrás tú casi mejor que yo porque eres una incondicional de estas. Lo de leer más novelas románticas te lo dejo a ti, que eres la soñadora.

Claudia sonrió por lo bajo con ironía.

—Sí, sí. Soñadora. Y un cuerno —le aseguró guiñándole un ojo en complicidad porque sabía que se refería a su última relación, que no acabó nada bien, y en ese momento estaba sola.

Luca daba buena cuenta de su desayuno mientras le comentaba los pormenores de su recién iniciada relación con Estefanía.

—Entonces, ¿te has liado con ella? —Dante no parecía terminar de salir de su asombro inicial—. Juraría haberte escuchado repetir mil veces que lo tuyo con Estefanía era solo una buena amistad y buen rollo en la facultad.

—Sí. Eso es cierto. Pero…

—Pero te has dado cuenta de que pasar tantas horas con la misma persona un día tras otro también acaba por crear un roce y un cariño que no esperas. Y una atracción, claro. Está bien, dime, ¿estáis saliendo entonces?

Luca cogió la taza para beber un poco de café que le ayudara a digerir el desayuno o, tal vez, el nudo que le impedía hablar.

—Algo así —respondió observando la cara de incertidumbre de su hermano ante esa respuesta; un gesto lógico, por otra parte, si se atenía a lo que habían acordado—. A ver, estamos juntos, pero…

—Siempre hay un «pero» cuando se trata de las relaciones con mujeres —le aseguró Dante asintiendo convencido de ello—. Te lo digo por experiencia.

—En un principio, queremos pasar desapercibidos. Que la gente no lo note, ¿me entiendes?

—Sí. Queréis llevarlo de tapado. Está bien, pero ya sabes que por mucho que intentéis ocultarlo, la gente sospechará. Y no es tonta. Acabarán por saberlo. De todas maneras, ¿qué problema hay en ello? —Dante frunció el ceño y encogió los hombros.

—Ella no quiere que la agobien más después de lo de su novela. Deberías ver a la gente de primero cómo la para por los pasillos de la facultad para que les firme su novela, hacerse *selfies*, fotos o para charlar con ella —comentó mientras observaba a su hermano asentir —. Y ahora imagina que se enteran de que ella y yo estamos saliendo. Y la verdad… A mí tampoco me importa que no pueda cogerla de la mano o besarla en la facultad.

—Suenas bien cuando te refieres a Estefanía. Se nota que te gusta. Lo percibo en tu forma de hablar de ella y en tu manera de sonreír. —Dante asintió convencido de que así era. De que lo que su hermano comenzaba a sentir por Estefanía era algo más que darse un revolcón con ella—. Y tienes razón en todo lo que dices. Puedo hacerme una idea de lo que puede llegar a ser un día para ella. Pero con eso ya contaría, ¿no?

—Sí, claro. Ya lo sabía. Y le gusta y todo eso, pero por ese mismo motivo no queremos añadir un elemento más a su ya agitada vida a diario. Eso sin hablarte de las redes sociales.

—Deberéis tener mucho cuidado si no queréis que la gente se entere, ya te lo digo.

—No me gustaría que Pietro lo supiera.

—¿Por qué?

—Nos conocemos desde el instituto y ella su ex.

—¿Y qué problema hay? ¿Temes perder la amistad de Pietro? —La perplejidad se dibujó en el rostro de Dante ante aquella conclusión de su hermano.

—Supongo que no le hará nada de gracia si se entera.

—Estefanía es su ex y punto. No creo que pase nada por que ella rehaga su vida sentimental. No se acaba el mundo por terminar una relación. ¿No estarás pensando que le has quitado la chica? Porque deja que te diga que no es el caso, de manera que déjate en paz de gilipolleces, ¿quieres?

—En eso tienes razón. Ellos lo dejaron…

—Pues ya está. Disfruta de Estefanía. ¿Vas a quedar con ella esta tarde?

—No.

—¿Y eso? —Dante se echó hacia atrás, como si la negativa de su hermano lo hubiera golpeado.

—Ella necesitaba ponerse a escribir un nuevo manuscrito para la

editorial. Y, además, tenemos lecturas pendientes. Prefiero tomarme el día libre con ella y recapacitar.

—¿Sobre qué? ¿No irás a echarte atrás? Te lo pregunto porque, una vez que uno está en frío, le da por pensar de todo. Primero nos acostamos con una tía que nos gusta y al día siguiente empezamos a darle vueltas a lo que hemos hecho. A buscar explicaciones a lo sucedido e incluso excusas. ¡Pero, joder, no lo hacemos cuando estamos metidos en faena! De manera que por eso te lo digo. —Dante apuntó a su hermano con un dedo, como si lo acusara de ser culpable de ese tipo de situaciones.

—Eres muy explícito, hermano.

—Me gusta dejar las cosas claras.

—¿A ti te ha sucedido algo así? Por la manera en la que lo cuentas…

Dante sonrió en un primero momento, pero su rictus cambió en el mismo instante en el que recapacitó sobre esas palabras que acababa de decirle a su hermano. Bajó la mirada hacia la mesa y dejó que su mano jugueteara con el tenedor.

Luca contempló a su hermano en silencio. No estaba muy al tanto de los escarceos amorosos o sexuales de Dante, pero intuía que algo así parecía haberle sucedido por cómo se lo había contado; parecía estar algo molesto con esa actitud de la gente. Y por la manera en la que en ese instante se había quedado mirando el vacío. Debía estar centrado en algo que le había sucedido y que debía de ser importante porque ni siquiera se percató de la presencia de Claudia hasta que esta habló.

—¿Qué tal todo, chicos?

—Todo genial. Ya te lo dije cuando lo trajiste —le respondió Dante mientras centraba la atención en ella. Por un momento, las palabras de su hermano acerca de si estaba flirteando volvieron a golpearlo.

—Estaba fantástico, la verdad —corroboró Luca mientras no se le iba de la cabeza la imagen de su hermano justo antes de que Claudia llegara.

—¿Queréis algo más? —Claudia se inclinó sobre la mesa para recogerlo todo y, sin querer, volvió su atención hacia Dante, al que le sonrió sin conocer el motivo. Una simple cordialidad con los clientes para que se sintieran satisfechos y regresaran. Estaba segura de que Luca lo haría con Estefanía. Dudaba de si el hermano de este lo haría.

—Yo he quedado tan lleno que, la verdad…, tendría que volver al pabellón a hacer unos tiros a canasta —bromeó Dante pasando su manos por el estómago.

—Pero sería desperdiciar el desayuno. Me refiero a que es mejor

aprovecharlo y no quemarlo tan pronto —le aclaró ella con una sonrisa. Claudia dejó la bandeja sobre la mesa y se quedó con la mirada suspendida en Dante—. Mi hermano dice que juegas en la Virtus.

—Sí.

—Te ha reconocido nada más verte. Antes iba al pabellón a veros jugar. Ahora, con el café, es más complicado —le aclaró suspirando por la cantidad de horas que se pasaban allí metidos.

—Vaya. Pero estamos en desventaja porque tú sabes cómo me llamó, pero yo no —le aseguró dando un toque con su pie a su hermano por debajo de la mesa para que se callara.

—Claudia.

—Encantado, Claudia. —Dante le tendió la mano para poco menos que atrapar la de ella. Pequeña, suave y cálida.

—Mucho gusto —asintió ella experimentando una sensación extraña cuando su mano desapareció en la de él—. Bueno, si no queréis nada más…

—Sí, la cuenta —le dijo sin quitarle ojo a ella, que se apresuró a coger la bandeja cargada de loza y a alejarse con un inesperado revoloteo en su pecho.

—Y luego dirás que yo veo cosas —comentó Luca con toda intención mientras señalaba a su hermano—. ¿Se puede saber qué te sucede? Antes de que ella apareciera, me estabas hablando de tenerlo muy claro a la hora de meterte en una relación. Y al segundo estás mirando a Claudia como si fueras a comértela de un solo bocado.

—Precisamente, no me la comería, como tú señalas.

—Tengo la impresión de que me ocultas algo, pero no insistiré.

—¿Ocultarte algo? Te recuerdo que el único que pretende ocultar su relación con una chica eres tú. —Claudia regresó con la cuenta que Dante cogió en la mano para ver cuánto era—. Espera, no te marches todavía.

Claudia tuvo la impresión de que el tono de él se acercaba a un ruego. Experimentó una sacudida en las piernas que achacó a que necesitaba sentarse un momento. Lo vio sacar la cartera y entregarle un billete de veinte euros. Claudia asintió y se marchó ajena a las miradas entre los dos hermanos.

—¿Nos vamos? —preguntó Luca haciendo el ademán de levantarse de la silla, pero la negación de su hermano lo detuvo. ¿Qué pretendía ahora?

Claudia regresó con la vuelta que dejó sobre la mesa.

—No hacía falta que la trajeras —le aseguró Dante sacudiendo la cabeza con una sonrisa que calentó el interior de Claudia—.

Quédatelo, por el buen momento que he pasado en este café.

—Gracias. —Claudia apretó los labios y contempló a Dante levantarse de la silla, lo que a ella la hizo sentir más pequeña, vulnerable bajo su atenta mirada y su presencia. Dante se giró con cuidado esa vez. No quería ir atropellándola cada vez que ella se acercaba.

—Ha sido un placer, de verdad —le aseguró lanzando una mirada al local una vez más antes de volverse a quedar atento a ella. Le parecía raro, pero hacía tiempo que no miraba a una mujer de esa manera.

En ese momento, Marco salió de detrás de la barra en dirección a ellos.

—Disculpa, Dante, ¿te importa si te saco una foto?

—No, claro.

—¿Puedes sacarnos una? —le pidió a Claudia mientras él se colocaba al lado de Dante.

—Es un placer tenerte por aquí —le dijo Marco estrechándole la mano—. Espero que entréis en el *play-off* al final.

—Sí, eso esperamos todos. Pero nos costará porque el año está siendo bastante duro. La competitividad ha subido bastante esta temporada. No sé.

—Solía ir a veros antes de abrir el café. Ahora me queda menos tiempo para hacerlo, como comprenderás.

—Tengo que decir que el sitio es espectacular. Enhorabuena. Y la atención, de primera. —Volvió su atención hacia Claudia, quien permanecía allí junto a su hermano mientras este charlaba con Dante —. Ah, ¿quieres ponerte tú también? ¿Te gusta el baloncesto? —le preguntó a ella cuando se dio cuenta de que se quedaba mirándolo desconcertada o cortada por la timidez.

—Sí, vamos, Clau. Hazte una foto con Dante. Así podrás presumir que conoces a uno de los jugadores de la Virtus —la animó Marco.

Mientras Luca los enfocaba, pensaba que con esa imagen podría vacilar a su hermano.

—No pasa nada. Da igual. La verdad es que no soy muy aficionada al deporte.

Claudia sintió un escalofrío cuando el brazo de Dante se deslizó por encima de sus hombros, cuando sus cuerpos se acercaron y la calidez la invadió. ¡Por favor, ¿qué le sucedía?! ¿Estaba temblando o qué? Se separó de él como si le hubiera dado un calambre y lo miró desconcertada.

—Espero que volváis —les dijo Marco a ambos, ajeno a la mirada de su hermana a Dante y de la sonrisa cordial de este a ella.

—Yo sí —asintió Luca—. Él no lo sé.

—Seguro que encuentro un momento para hacerlo. —Dante reaccionó sin dejar de contemplar a Claudia por un momento, y luego volvió a estrechar la mano de Marco.

«Seguro que sí», pensó Luca mientras miraba a su hermano caminar hacia la puerta.

—*Ciao,* Marco. Un placer, Claudia.

—*Ciao*.

—Nos vemos. —Luca salió detrás de su hermano, al que no dejó respirar antes de que le respondiera a la pregunta—. ¿Te ha gustado?

Dante caminó unos pasos antes de meter bajo su brazo a Luca y, con la mano abierta del otro, despeinarlo.

—Sí, el lugar está muy bien.

—No me refería al café, sino a Claudia —matizó Luca mientras su hermano reía casi sin ganas por ese comentario—. Por la manera en la que te has dirigido a ella. Por cómo la has mirado, ya te lo dije antes.

Dante siguió caminando con las manos en los bolsillos del pantalón de deporte, echó la cabeza hacia atrás y exhaló un suspiro.

—¿De qué sirve que te diga si me gusta Claudia?

—A mí, de nada. Es a ti a quien parece interesarte, ¿no? ¿Vas a volver a pasarte por aquí para verla? Sí, has dicho que encontrarás el momento para hacerlo.

Dante fijó la mirada en la acera y sonrió.

—¿Quién sabe? A lo mejor me da por pasarme a tomar algo, o no. No lo sé. Me ha gustado en un primer momento, pero eso no quiere decir nada. Además, habíamos quedado para hablar de ti y de tus líos con tu compañera.

—Sí, pero reconoce que tu comportamiento con Claudia… —Luca formó un arco con sus cejas y abrió los ojos al máximo para dar a entender que había sido toda una sorpresa—. Por cierto, te he hecho una foto con ella. ¿Te la paso por wasap?

—¿Cómo que me has hecho…?

—Ahí te llega —dijo escuchando el pitido del mensaje del móvil de Dante—. Para que te acuerdes de ella.

—Más te vale que me dejes a mí en paz y te centres en Estefanía. Y piensa lo de volver a jugar.

—No lo sé. Tengo demasiadas cosas en las que pensar. No te aseguro nada. Como tú con Claudia, ¿no?

—Sí. A lo mejor un día acabamos conociéndonos mejor y quién sabe… —dijo sin poder evitar sacar el móvil y contemplar la foto con una tímida sonrisa.

Luca percibió un toque de posibilidad en la voz de su hermano.

Todo parecía indicar que no tiraría la toalla en lo referente a Claudia.

Claudia se sintió algo descolocada una vez que Dante y Luca se marcharon del café. Siguió con su trabajo, pero algo en su interior no iba de la misma manera que antes de que ellos llegaran. Una especie de mecanismo interno.

—¿Te pasa algo? —La voz de Marco pareció sacarla de su ensoñación.

—No, ¿por qué lo dices?

—Te veo algo parada. Tómate un descanso ahora que parece que hay menos gente.

Claudia asintió con la mirada perdida en el vacío y la mente en blanco.

—Por cierto, deberías verte al lado de Dante. —Marco le enseñó el móvil en el que ella aparecía frente a él minutos antes de despedirse.

—¿Por qué me pediste que me pusiera a su lado? —le preguntó sin poder creer que su hermano hubiera hecho algo así.

—Mira.

Claudia cogió el móvil de su hermano para verse al lado de aquel tío tan… Prefirió cerrar su mente ante cualquier adjetivo. No tenía intención de pensar en él bajo ningún concepto. De ninguna manera. Pero algo le decía que no sería la primera ni la última vez que se encontrarían. Y por extraño que le pareciera, algo dentro de ella parecía hacerle cosquillas ante esa posibilidad.

Capítulo 6

Como le había dicho su hermano Dante, tratar de que ningún compañero pudiera sospechar de que Estefanía y él estaban juntos iba a ser complicado. Pero más lo sería mantenerse alejado. No quedarse con la mirada fija en ella durante las clases, los descansos en la cafetería o el hecho de marcharse juntos al salir de la facultad. Todas esas situaciones eran algo incómodas para Luca porque lo que más deseaba era cogerla de la mano, quedarse contemplándola sin que nadie pudiera pensar que estaban juntos, o ya no digamos besarla en algún rincón apartado de la facultad. La cuestión era que Estefanía siempre estaba rodeada de compañeras y admiradoras cuando en la facultad se la conocía como la escritora estrella de la New Adult. Los únicos momentos que podían estar juntos era cuando ella iba a verlo los sábados y el equipo jugaba en casa. Luego se quedaban a solas y se perdían en los jardines de Margherita o en algún otro lugar alejado del centro. Luca no estaba seguro de cuánto tiempo podría mantener aquella situación. En parte, le parecía bien porque de ese modo ninguno de sus amigos pensaría mal de ellos. No le haría gracia escuchar comentarios como que él le había quitado la chica a su colega Pietro. O que ella había roto con este para empezar con él.

Por esos motivos, Luca se mantenía en un segundo plano, como hasta antes de que todo les explotara en las manos.

—¿Para cuándo tu próxima novela? —le preguntaba una chica en ese instante en el que salían de la facultad.

—Estoy trabajando en ella. No te puedo decir el tiempo que me llevará, la verdad.

—¿Querrías hacer una entrevista para mi blog? —Luca percibió el

nerviosismo en la chica, la expectación por que Estefanía aceptara.

—Claro. Puedes escribirme a mi dirección de correo y ya concretamos.

—Genial. Esta misma tarde te la paso.

—De acuerdo.

—Y gracias.

—A ti, por interesarte en mi obra —le dijo con una amplia sonrisa de agradecimiento.

—Acabas de hacer un poco más feliz a esa chica al aceptar su entrevista —le dijo Allegra con un guiño.

—No creo que sea como dices. Estoy encantada de acceder a esa entrevista. Me debo a mis lectoras.

—Las cuales te estamos pidiendo una segunda historia —le recriminó Mónica.

—La estoy escribiendo, chicas. Tened paciencia. Tampoco me queda tanto tiempo como pensáis. Tengo que terminar la carrera.

—E ir al baloncesto los sábados que el equipo de Luca juega en Bolonia —le recordó Allegra.

—Si voy es porque tú me das una invitación, que a su vez te ha dado tu sobrino.

—Ahora resultará que vienes conmigo por compromiso —le dijo fingiendo sentirse herida por aquella aclaración—. Esta bien, pues este sábado no cuento contigo.

—¡Serás capulla! Llevo yendo contigo tres sábados seguidos y ahora me sales con estas. No me importa, sacaré una entrada.

—Uuhhhhh, te has picado.

—Desconocía que te gustara el baloncesto —apuntó Mónica.

—Ya… Yo también lo he pensado, pero nunca había ido. Es emocionante.

—En serio, confiesa que no lo haces por ver al entrenador y quedarte a solas con él cuando finaliza el partido. —Le hizo un gesto con la cabeza hacia Luca. Estefanía volvió su atención hacia donde él estaba, junto a Pierluigi y a un par de chicas. Ella sonrió de manera tímida e intentó controlar la sensación de vacío en el estómago por verlo. Por un momento, sintió también una ligera punzada de celos cuando percibió que una de las chicas con las que estaba hablando se colgaba de su brazo y se pegaba a él. No tenía por qué pensar mal, pero no le hacía gracia.

—Ah… ¿Por qué lo piensas? A él no le faltan admiradoras —le aseguró con toda la templanza que logró reunir en ese momento. Sabía que el hecho de no hacer pública su relación podía conllevar situaciones como aquella. Estefanía era consciente de que Luca era un

chico que atraía a las compañeras. Solo que, tal vez, ella no lo había considerado como en ese momento. Antes, ella no había sentido demasiado interés por él.

—Sí, bueno. La tiene a manos llenas. ¿Te molesta?

Estefanía se limitó a sacudir la cabeza ante la pregunta de Allegra. No habían hablado de una manera abierta y directa sobre lo que había entre ellos dos desde la noche en la que los pillaron. Esto era algo que Estefanía agradecía a sus dos compañeras. Y estas respetaban su silencio.

—La verdad… No. Él tiene una parte de su vida que pertenece al baloncesto, igual que yo la tengo para la escritura.

Estefanía se mordió el labio inferior debido a los nervios que le había provocado aquella cuestión. ¿Por qué se ponía de esa forma? Estaba segura de que Luca era un tío legal con respecto a su relación con ella. No tenía de qué preocuparse porque las compañeras o las hermanas de los chicos a los que entrenaba se acercaran a él.

El sonido del motor de una moto captó la atención de parte de los allí presentes. Estefanía reconoció a Pietro abrirse camino para aparcar justo al lado de Luca. Por un instante, se le pasó por la cabeza que fuera a por ella, pero ni creía que fuera posible si estaba con otra. Pero, luego, cuando se detuvo a saludar a Luca, pensó en lo peor.

—¿Y este qué quiere? —preguntó Mónica señalando a Pietro con mala cara.

—Pues, por lo visto, charlar con Luca —respondió Allegra—. ¿Qué, nos vamos?

Estefanía no sabía qué decirle. Quería esperar a Luca para saber de qué estaba hablando con Pietro. Pero, por otro lado, resultaría muy evidente que tenía interés en Luca; o tal vez Pietro pensara lo que no era. Y por ese día ya había tenido suficiente vacilación por parte de Allegra con el tema del baloncesto.

—Sí, vamos yendo —dijo antes de lanzar una última mirada hacia Luca. Quedaría con él para ver qué quería Pietro.

Luca no lo vio llegar hasta que Pietro aparcó la moto cerca de donde estaban Pierluigi y él junto con otras chicas. Por un instante, se le pasó por la cabeza que se hubiera enterado por medio de alguien de que Estefanía y él estaban juntos. Que alguien los había visto besarse la otra noche cuando salieron del local, solos. Tensó su cuerpo a la espera de lo que Pietro quería.

«No le debes nada. No le has quitado la chica». Las palabras de Dante lo golpeaban una y otra vez en la mente. Su hermano tenía toda la razón. Estefanía era libre para reiniciar su vida.

—¿Qué tal?

—Aquí, esperando a marcharnos. ¿Y tú?

—Dando una vuelta. Por cierto, hay que darte la enhorabuena por tus victorias con el equipo de chavales de la Virtus.

—Gracias. Lo cierto es que se lo curran de lo lindo.

—Y que tienes una nueva seguidora, ¿no? —El tono irónico que empleó Pietro alertó a Luca. Si no se equivocaba, sabía a quién se refería.

—Es posible que la gente se esté animando a acudir más.

—Me refiero a una que no solo no va a ver el partido, sino que, además, te espera después, cuando finalizan. —La ironía seguía estando presente en la voz de Pietro.

—Te repito que va mucha gente…

—Sabes muy bien a quién me estoy refiriendo, tío. Así que no te hagas el tonto conmigo, que no te pega. —Pietro se encaró con él como si fuera a enfrentarse a este. Solo que la diferencia de altura y corpulencia jugaban a favor de Luca—. ¿Estás saliendo con Estefanía?

Luca le mantuvo la mirada. Cogió aire y trató de relajarse antes de proseguir la conversación. De manera que alguien ya le había ido con el cuento a Pietro de que Estefanía lo esperaba al final de los partidos. Tal vez había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. Pero si pensaba en ella y en lo que le había pedido…

—¿Por qué debería estar saliendo con ella? ¿Porque me espera al final del partido para hablar?

—Y porque os vais juntos después.

—No creo que haya inconveniente en ello. Somos compañeros de la facultad.

—Ya. En serio, ¿te la estás tirando? —Pietro entrecerró los ojos sin apartar su mirada de Luca.

—Eso es algo que no te incumbe. De ser así, ella es libre de hacer lo que le venga en gana, ¿no? —Luca decidió plantarle cara al que hasta hacía poco había considerado un colega, no un amigo del alma, pero sí alguien con quien había pasado buenos momentos. Pero estaba seguro de que no volvería a cruzar una palabra con él después de ver cómo había tratado a Estefanía

—De manera que te has liado con ella sabiendo que estaba conmigo.

—No, no estoy con ella. Pero te repito que, aunque así fuera, ¿a ti qué más te da? Tú no estás con ella o, al menos, esa es la impresión que me da cuando paseas en moto a otras. ¿Cómo puedes decir eso cuando ni siquiera le prestabas atención? Ni fuiste a la presentación de su novela.

—¿Vas a decirme ahora lo que tenía que hacer?

—No, no voy a hacerlo. Tú sabrás por qué te dejó. Y ahora, si me disculpas, tengo que irme.

—De manera que a ella le pones, ¿no? Por eso va a verte a los partidos y se queda contigo después. Le pondrán los tíos como tú.

—Déjalo ya, Pietro —le advirtió volviendo el rostro hacia él en señal de advertencia.

—Vamos, Luca. Pasa de él. ¿No ves que busca provocarte? —le aseguró Pierluigi tirando del brazo de este para llevárselo lejos de Pietro—. No te busques complicaciones innecesarias. Piensa en Estefanía. No le haces ningún favor partiéndole la cara a este idiota. En el fondo, es lo que busca porque le jode que ella esté contigo.

Luca se quedó contemplando a Pierluigi con curiosidad. Sacudió la cabeza por un instante mientras intentaba comprender qué había querido decir.

—¿Cómo… cómo has dicho? —Luca lo sujetó por los brazos, entornó la mirada y fijó toda su atención en su compañero al tiempo que bajaba la voz.

—¿Que Estefanía y tú estáis juntos? —le preguntó sonriendo—. ¿Crees que no nos enteramos de cómo desaparecisteis la otra noche? Todos nos dimos cuenta. Sin decir nada a ninguno para no levantar sospechas. Pero precisamente el hecho de no querer levantarlas nos hizo sospechar. Venga, hombre, ¿cómo es que ella va de repente al baloncesto y te espera para que os larguéis juntos por ahí? Por no hablarte de las miradas que os lanzáis en clase.

Luca se había quedado clavado en el sitio, ajeno a Pietro, que parecía haberse calmado. Aunque, en realidad, lo que había sucedido era que se había largado de allí. Si era cierto lo que Pierluigi le estaba contando, esto era, que todos sabían que Estefanía y él estaban juntos…, ¿qué necesidad había de ocultarlo por más tiempo? ¿Lo sabría ella? Él, por su parte, no lo confirmaría. Seguiría echando balones fuera.

—Imaginaciones vuestras. Nos fuimos porque estaba cansada y me preguntó si me importaría acompañarla. No os dijimos nada porque el lugar estaba lleno y se hacía complicado veros. Nada más. No pasó nada. Y ahora, vamos, que tengo que comer y pasarme a entrenar.

Pierluigi sonrió como un cínico sin terminar de creerse la historia. «¿Qué no ha pasado nada entre ellos?», se preguntó. ¿Quién iba a creerlo?

Estefanía escuchó el sonido de la moto a su espalda y no hizo falta que se volviera para saber de quién se trataba. Pietro la adelantó, aparcó delante de ella y saltó de esta para cortarle el paso.

—Acabo de enterarme de algo que no vas a creerte —le dijo con un toque irónico que encendió las alarmas en el interior de Estefanía.

—¿Qué quieres ahora? —le preguntó con un tono monótono mientras resoplaba.

—Te estás tirando a Luca. Eso es lo que acabo de saber.

—¿Qué? —Ella tuvo la impresión de que acababan de echarle un cubo de agua helada por encima. En un primer instante, pareció no reaccionar, pero después reunió todo su aplomo para encararse con Pietro—. ¿De dónde te has sacado semejante gilipollez?

—Del tío que consideraba mi amigo. De Luca. No lo ha negado en ningún momento.

—Pues debe de haberlo soñado porque yo sí que puedo decirte que no me he acostado con él.

—De manera que rompiste conmigo para irte con él. —La mirada de rabia de Pietro y el tono sarcástico que estaba empleando no afectaron a Estefanía, quien lo conocía muy bien.

—No, no te equivoques, Pietro. Rompí contigo porque no vi ningún tipo de compromiso en la relación por tu parte. Te burlaste de mí cuando te dije que escribía y ni siquiera apareciste en la presentación y firma de mi primera novela con la editorial. Ni tampoco pasaste por la feria del libro de Bolonia. ¿Qué querías que hiciera? ¿Seguir viendo cómo la relación se iba consumiendo sin hacer nada? —le espetó en su cara mientras ella sentía la sangre hervirle en sus venas. No podía parar. No cuando él había abierto la caja de los truenos. Si él quería acusarla de algo, que fuera de haber sido ella la que tomó la decisión de dejar la relación y no de algo que no era cierto—. De todas maneras, no entiendo a qué viene tu interés por mí a estas alturas. ¿Qué sucede? ¿Te has dado cuenta de lo que tenías o te fastidia que yo pueda estar saliendo con Luca? Dime la verdad.

Pietro se quedó callado y, hasta cierto punto, intimidado cuando la vio enfrentarse a él y decirle las verdades. Tenía razón. Él había pasado mucho de ella. De sus sueños de convertirse en una escritora como la tal Melina, a la que admiraba. La había dejado sola en su presentación y posterior firma de ejemplares. Y durante la pasada feria del libro en la ciudad no había ido a saludarla ninguno de los días que estuvo presente. Sí. Debía reconocer que él solo había provocado esa situación. Y aunque en ese momento se mostrara dolido y confundido, en realidad ella tenía toda la razón. Le jodía saber que ella podía estar saliendo con Luca, que, por cierto, sabía que cuidaría de ella mejor de

lo que lo había hecho él. Y eso le dolía. Pero ya era tarde para volver atrás.

—De acuerdo. No te molestaré más —le dijo, inspirando, antes de volver sobre sus pasos hacia la moto. Se subió a esta y se marchó para dejar a Estefanía frente al piso donde vivía.

Ella lo vio alejarse entre el tráfico y suspiró aliviada. Pero ¿qué narices se creía? ¿Que podía controlarla? ¿Le había comentado Luca lo suyo? Cogió su móvil para llamarlo, pero se dio cuenta de que tenía un mensaje de Gabriela, su editora. Quería verla en su despacho al día siguiente. Estefanía resopló y relajó los hombros. Llevaba días retrasada con el manuscrito. Parecía que le estaba costando, y todo se debía a que no dejaba de pensar en Luca y en la manera de verse sin que nadie sospechara de ellos. Pero, al parecer, la gente parecía saberlo o, al menos, sospecharlo. Ese asunto debería tratarlo con Luca, pero primero respondería a Gabriela mientras entraba en casa y comía.

Luca estaba hecho un lío. Después de la inesperada visita de Pietro y sus reproches de que Estefanía fuera a verlo al baloncesto y estuviera saliendo con él más de lo normal, eso era, como si fueran pareja, le añadía la confesión de Pierluigi acerca de que los demás lo sabían. Sin duda que de lo que Estefanía y él pensaban a lo que en realidad sucedía iba un mundo. Si pretendían mantenerlo en secreto, lo de ellos era conocido antes siquiera de convertirse en tal. La llamaría después de comer para contarle cuál era la situación. Todo parecía complicarse. «¿Cuándo y cómo nos han visto salir juntos del bar en el que estuvimos la noche del sábado pasado?», se preguntó en un intento por hacer memoria. Se habían cuidado mucho de irse cuando más gente había en el local, y ninguno de sus compañeros y amigos parecía haberse dado cuenta de ese hecho. Además, él la estuvo esperando fuera a que saliera porque Mónica… De repente, Luca se quedó parado. ¡Ella! Seguro que había comentado al resto que había dejado a Estefanía con él. Tal vez después la buscaran y, al no encontrarla en el bar, ni a él tampoco, todos lo dedujeron: que Estefanía y él se habían largado solos sin un simple adiós o hasta mañana.

Marcó el número de móvil cuando acabó de comer, pero la línea estaba ocupada o fuera de cobertura. Luca se quedó mirando la pantalla y decidió enviarle un wasap. Esperaba que lo viera y le dijera

algo.

Estefanía escuchó el pitido de que alguien la estaba llamando, pero en ese momento no podía atenderlo porque estaba hablando con Gabriela. Esta le preguntaba cómo iba su nuevo manuscrito. Al final, la editora había preferido llamarla y de ese modo Estefanía ya no tendría que pasarse por la editorial. Cosa que ella agradeció.

—Como te comentaba, espero que no haya inconveniente en que lo tengas para lanzarlo antes del verano —le decía con un tono de voz sereno, pero que dejaba entrever su temor a que esto no fuera del todo posible.

—Sí, sí. No hay problema.

—Bien, me alegra escucharte decir eso. ¿Seguirás en la línea de la primera novela?

—Sí, había pensando seguir en el ambiente universitario.

—Vale. Me gustaría que me enviaras lo antes posible la sinopsis y el título.

—Sí, por supuesto. Bueno, el título no lo tengo muy claro todavía… —Estefanía se mordió el labio pensando en este. Por el momento, no había decidido ninguno. Tenía clara la trama de la novela, pero no así el título.

—No pasa nada. Podemos darle uno provisional y luego ver si se ajusta a la historia. No te preocupes. Vale, pues quedamos en que me lo envíes. Yo doy orden para que te preparen el contrato, Estefanía.

—Genial. Sí. Hoy mismo te envío lo que me has pedido.

—Bien. Cuando quieras. ¿Tienes alguna pregunta?

—No.

—Te dejo, que voy a seguir planificando la programación de publicaciones de este año. Cualquier duda, escríbeme un correo y te responderé lo antes posible. Ah, y olvida la cita de mañana. Me corría prisa saber qué tal llevabas el nuevo manuscrito, por eso te llamé. Ciao!

—Ciao, ciao! —Estefanía se despidió con la sensación de agobio. Más le valía ponerse las pilas con la novela desde ya. Todo lo de Luca la había abstraído un poco. Y entonces venía Pietro a tocarle las narices con que ellos estaban juntos. Tenía que tomárselo en serio o Gabriela no volvería a confiar en ella. Se quedó con la mirada fija en la pantalla del móvil y vio el icono del WhatsApp. Pulsó para ver quién le había escrito y se sintió algo confundida con el mensaje de Luca.

Luca:
¿Podemos vernos? Hay algo que quiero comentarte.

Estefanía resopló. Se pasó la mano por el pelo y cerró los ojos. Suponía lo que Luca iba a decirle. La visita de Pietro y la manera en cómo este se había enterado de que ellos estaban juntos. Lo dejó en un segundo plano cuando volvió a pensar en Gabriela, en el nuevo manuscrito y en su carrera literaria que estaba comenzando a despegar. Tenía que centrarse de una vez por todas.

«Un café rápido en media hora. ¿Dónde siempre?», le escribió ella con velocidad.

Aguardó impaciente la respuesta porque quería saber cuanto antes si tenía que ponerse con la novela en ese mismo instante o cuando regresara de hablar con Luca. Claro que eso no le restaba tiempo para ir pensando en el título y en perfilar la sinopsis. El sonido de la entrada de un mensaje despejó sus dudas.

Luca:
De acuerdo. Estoy cerca del café.

Estefanía asintió y dejó lo que tenía que hacer para dirigirse para dirigirse a *Il Café della Letteratura*. Esperaba solucionar las dos cuestiones en esa tarde.

Luca saludó a Claudia cuando esta pasó a su lado, y tuvo la impresión de que ella lanzaba una mirada detrás de él. ¿Esperaba ver a su hermano? No pudo evitar hacerse esa pregunta al ver ese gesto tan espontáneo por parte de ella, pero que parecía haberla delatado y se percató de cómo Claudia de inmediato se centraba en otro cliente. Luca se sentó a esperar a Estefanía mientras intentaba por todos los medios no pensar en el rifirrafe con Pietro. Ni mucho menos en lo que le había confesado Pierluigi. ¡Coño, Estefanía y él tratando de que no se enteraran de que estaban juntos y poco menos que eran la comidilla del grupo de amigos! Pensando en eso, ¿le habrían comentado algo a Estefanía, Mónica y Allegra? Pronto saldría de dudas porque la vio entrar en el café. Se quedó con la mirada fija en ella mientras caminaba hacia él. Pero por la expresión que mostraba su rostro, no parecía estar de buen humor.

—Hola —su saludo fue escueto, directo y algo frío. Se quitó la chaqueta y dejó el móvil sobre la mesita. En todo momento pareció rehuir la mirada de Luca, lo cual lo alarmó.

—Hola. ¿Qué te pasa?

Estefanía resopló, se apartó el pelo del rostro y esperó a que

Claudia acudiera a tomar nota.

—Hola, chicos. ¿Qué os traigo?

—Un capuchino —pidió ella sonriendo por primera vez desde que entró en el café.

—Para mí otro —asintió Luca, que se centró en Estefanía en cuanto se quedaron a solas—. A ver, ¿qué te pasa? Porque la cara que has puesto al entrar aquí no es de las más agradables que te he visto. Y solo has sonreído cuando Claudia ha aparecido.

Estefanía entrecerró los ojos y fijó su mirada en Luca. Empezaría por lo más urgente: ellos.

—¿Le has contado a Pietro que estamos saliendo? —La pregunta salió por su boca como si fuera el disparo de un cañón. Sin avisar ni irse adentrando en el tema poco a poco. No. «Es mejor zanjarlo lo antes posible», se dijo mientras consideraba que había sonado algo borde.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque justo cuando llegaba a casa ha aparecido él y me ha echado en cara que esté acostándome contigo. Por eso te lo pregunto —le explicó abriendo los ojos como platos mientras su tono alcanzaba los matices justos de estar cabreada.

Para suerte de Luca, Claudia apareció con los capuchinos. Fue como en un combate de boxeo, cuando tocan la campana y los contrincantes pueden coger aire. Así se sintió él después del primer golpe de Estefanía.

—Si necesitáis algo más, decídmelo, chicos. Por cierto, ¿qué tal tu nueva novela? —Claudia se quedó contemplando a Estefanía.

—Va bien. Algo lenta para mi gusto, pero marcha.

—Me alegro porque estoy deseando que la tengas escrita para que se publique. Bueno, os dejo. —Les guiñó un ojo en complicidad y se marchó.

—¿En serio la llevas bien? —quiso saber Luca entornando la mirada hacia Estefanía, quien se había centrado en echarle azúcar a su capuchino. Levantó la mirada de la taza por un segundo y sacudió la cabeza.

—No, no la llevo bien. Gabriela acaba de llamarme para que le pase el título y la sinopsis. Y, además, quiere sacarla a la venta antes del verano —le explicó, ofuscada por ese contratiempo. Relajó los hombros y resopló mientras se recostaba contra el respaldo de la silla, con la mirada perdida en la taza.

—¿Y? Acabas de decirle a Claudia que la llevas bien.

—Mentira. Hace días que no la toco.

—¿Me estás diciendo que no vas a tenerla para la fecha que te ha

marcado tu editora? —Luca hizo la pregunta con un tono cauto, midiendo las palabras y las reacciones de Estefanía.

—¿Cómo coño no voy a tenerla? Es sí o sí, Luca. Pues claro que la tendré. ¿Cómo se te ha ocurrido pensar eso? —le preguntó, cabreada con todo lo que le estaba sucediendo ese día. Pietro, Gabriela, ¿y qué más faltaba?

—Vale, entonces, ¿por qué te pones histérica? No lo entiendo.

Estefanía se quedó callada mientras contemplaba a Luca con cara de perplejidad. Dejó de remover el capuchino y colocó la cuchara en el plato.

—Porque tengo la impresión de que no llego a todo. El último año de la carrera, pensar en las prácticas o en un trabajo, la novela… —le respondió con cierta frustración.

—No digas eso. No es cierto. Claro que puedes conseguirlo y, si necesitas algo…

—No sé. —Ella sacudió la cabeza y bajó la mirada con cierta confusión—. ¿Le has comentado a Pietro que estamos saliendo, entonces, o no?

Luca se quedó paralizado durante unos segundos. Había perdido el hilo de la primera cuestión que ella le había planteado. No sabía si lo que le había dicho a este podría interpretarse como tal, pero en vista de que Pietro le había ido a ella con ese cuento…

—No. No se lo he dicho. ¿Piensas que yo…? —Luca se quedó con la boca abierta sin creer que ella pensara eso de él.

—Entonces, ¿por qué narices me lo ha soltado?

—Tal vez nos haya visto, o alguno de sus amigos. No lo sé.

—Te lo estaba preguntando cuando ha aparecido en la facultad, ¿verdad? Se paró a hablar contigo *sobre nosotros* según me ha contado. —Ella arqueó una ceja con suspicacia porque intuía que ese había sido el tema de conversación entre ellos dos. El motivo por el que Pietro había aparecido en la facultad ese día.

—Me estaba felicitando por la victoria del sábado pasado.

—Bien. Pero ya te he dicho lo que me ha comentado después de hablar contigo —insistió presa de la impaciencia que demostraba su carácter, el tono de sus preguntas, sus gestos.

Luca cogió aire antes de responder.

—Sí, me preguntó por ti. Por mí. Quería saber si estábamos juntos.

—¿Y se lo dijiste?

—¡Pues claro que no se lo dije! Es más, le pregunté qué le importaba con quién estabas tú.

Estefanía parpadeó en repetidas ocasiones al escuchar las explicaciones de él.

—¿Le dijiste eso?

—Sí. Pero no afirmé que tú y yo estuviéramos juntos. En ningún momento.

—Ya, pero tampoco lo negaste.

—No se lo dije. ¿Qué querías que hiciera? Conseguí que se largara sin tener nada claro. ¿Qué más podía decir o hacer? —Luca se encogió de hombros, con la expresión en su rostro de estar aturdido con todo aquello.

—Lo hiciste de una manera indirecta al preguntarle qué le importaba a él con quién salía. Eso hiciste. Por eso me vino con el cuento de si me acostaba contigo —le resumió ella soltando el aire retenido como señal de frustración.

—¿Y qué tiene que ver? Si hasta Pierluigi y los demás lo saben —le soltó sin pensar en nada más que en hacerle ver la realidad.

Estefanía se quedó clavada, con los ojos abiertos como platos. El labio inferior pareció que fuera a desafiar a la gravedad porque lo dejó suspendido ante el gesto de incredulidad.

—¿También lo saben?

—Deben intuirlo o saberlo. Me contó que, la noche que nos fuimos juntos, todos lo comentaron. Que nos habíamos esfumado pretendiendo que ninguno de ellos nos viera hacerlo. ¿No te han comentado nada Mónica o Allegra? —Luca frunció el ceño mientras sacudía la cabeza.

—No de una manera abierta. Saben que estamos juntos desde la noche en que salimos. Pero respetan que no les dé más detalles. Supongo que, al final, lo sabrán todos.

—No podemos evitarlo, Estefanía. Me pediste que tuviéramos cuidado para que nadie se enterara, pero ya ves… —Luca agitó la mano delante suyo sin saber qué decirle—. Y que conste que he hecho todo lo posible por no besarte, por no tocarte o cogerte la mano delante de ellos a pesar de las ganas que me daban.

Estefanía permaneció en silencio mientras escuchaba la explicación de Luca. Todos, al parecer, lo sabían.

—Ya lo veo —le dijo resignada ante lo inevitable.

—¿Qué hay de malo en ello? Entiendo que no quieras que la gente te agobie y demás, pero… Me he mantenido al margen todo lo que he podido. Ni te he invitado a salir porque no pretendía robarte tiempo para tu novela, ya lo sabes.

—Y yo no lo he sabido aprovechar, la verdad —resopló ella dejando paso a una sonrisa que relajó a Luca por primera vez desde que ella llegó.

—Sabes que puedes contar conmigo en todo momento. Que si

necesitas más tiempo para ti… —le costaba seguir hablando porque lo que pretendía decirle no quería ni imaginarlo—. Para escribir. Te dije en su momento que no pretendía robarte tiempo, y lo reitero, Estefi. —Luca deslizó su mano por la mesa buscando a su compañera de viaje. La de ella estaba fría, pero a él no le importó. Y menos cuando los dedos de ella atraparon los suyos para retenerlo.

—La cuestión no es que me robes tiempo de escribir, sino que el tiempo que me dejas libre porque tú estás en el baloncesto —Estefanía cogió aire antes de continuar— yo lo aproveche para volcarme en la novela. De eso se trata, Luca.

La mirada de ella se volvió cálida, dulce y tierna por un instante. Su sonrisa iluminó el café y Luca pensó en lo perfecto que era ese momento. Durante unos segundos ninguno dijo nada. Solo se contemplaron y dejaron que sus dedos juguetearan sobre la mesa. Que se acariciaran de manera pausada, perezosa, como si no tuvieran la intención de separarse. El pulgar de Luc trazó círculos y figuras sobre el dorso de la mano femenina, lo que consiguió que ella sonriera de nuevo.

—Me encantaría hacer mía tu sonrisa.

—No tengo inconveniente —le susurró mientras era ella la que se acercaba más a él, pues deseaba que él cumpliera su deseo.

Luca se cambió de asiento para quedarse a su lado. Se inclinó de manera lenta, segura y decidida sobre los labios de ella y los rozó con delicadeza. Sintió que ella le apretaba la mano en el mismo instante en el que él se adueñaba de su boca, de su sonrisa y de algo más.

Estefanía no quería ponerle nombre a aquello que empezaba a sentir por su compañero. A veces pensaba que hacerlo, lo desmitificaba, hacía que perdiera valor. Por eso, no pensaría en darle nombre a lo que Luca creaba en ella. Para ella.

La calidez del beso los envolvió. Crearon un pequeño espacio para ellos dos solos, ajenos al resto de las cosas que se sucedían en el café.

Luca la contempló sonreír y sonrojarse de una manera que no esperaba en ella. Y le gustó esa muestra de ternura.

—Antes, cuando has llegado, me has dado la impresión de estar algo agobiada con todo.

—Sí, es la verdad. De repente, todo parece venirse encima de mí. Las clases, la novela, Pietro, tú…

—Bueno, por lo de Pietro no tienes que preocuparte. Ha sido más bien una tontería, una pataleta sin sentido por su parte. No le des más importancia.

—Es curioso que venga a pedirme cuentas de si estoy contigo cuando él mismo poco menos que pasaba de mí y de mis logros.

—Tal vez verte con otro le haya hecho darse cuenta de lo sucedido.

—Un poco tarde, la verdad.

Aquella convicción por parte de ella pareció tranquilizar a Luca. Si era sincero, no creía que ella fuera a regresar con Pietro, pero uno nunca podía fiarse. No sería la primera vez que una chica lo dejaba plantado por otro, o para volver con una expareja. Algo así le había sucedido a su hermano Dante. Pero no tenía toda la información necesaria por parte de este.

Ella se dio cuenta de la manera en la que había mudado el semblante de su rostro. Entrecerró sus ojos dirigiendo su mirada hacia él.

—Tu expresión ha cambiado cuando he dicho que es tarde para que Pietro pueda intentarlo conmigo.

Luca resopló.

—No es la primera vez que me relegan al banquillo por otro —le advirtió con las cejas arqueadas.

—Me ha gustado el símil deportivo que has empleado. Pero por lo que a mí respecta, no voy a hacerlo. Por cierto, hablando del baloncesto, ¿qué tal marchan las cosas? Supongo que este fin de semana jugarás fuera y no podré ir a verte.

—Sí, lo haremos cerca de Bolonia. Pero por la tarde estaré de regreso y podemos vernos si te apetece.

—Me apetece —le susurró mientras se sentía algo más traviesa y juguetona en ese entonces en el que todos parecían saber que ellos estaban juntos. No tenía sentido negar lo evidente cuando la cercanía de Luca le aceleraba el pulso de aquella manera.

—Lo tendré en cuenta.

—Y no pienso esconderme ni salir huyendo, aunque veamos a nuestros compañeros o amigos —le dejó claro con la mirada entornada hacia él.

—Por mí no tengo problema. —Volvió a besarla una vez más y se dio cuenta de que Melina acababa de llegar al café—. Pues creo que, aparte de Claudia, ahora es Melina la que ya lo sabe —le susurró en sus propios labios y la vio caminar hacia una mesa, con la sonrisa pintada en el rostro.

Estefanía bajó la mirada, apretó los labios y, por último, saludó a su querida y admirada Melina Ambrossio. Esta se acercó hasta ellos.

—Desconocía que te gustara tanto este sitio —le comentó a Estefanía cuando llegó a su altura.

—Sí, la verdad es que este café se está convirtiendo en mi particular refugio.

—Hola, Luca, ¿qué tal?

—Nunca mejor.

—Ya te digo —ironizó Melina arrastrando las palabras con toda intención mientras su mirada iba del rostro de uno al otro.

—¿Vienes a escribir? —preguntó Estefanía con interés y porque no quería que ella se quedara clavada allí y que los contemplara.

Melina puso los ojos en blanco.

—*Per favore!* No. Merezco un descanso. Llevo todo el santo día tecleando sin parar. Tengo agujetas en los dedos. Pero, claro, si no entrego pronto un borrador de manuscrito a Gaby, es capaz de encerrarme en su despacho y no dejarme salir hasta que no termine. He venido a darme una vuelta y a tomarme algo. ¿Y tú? ¿Cómo lo llevas?

—Algo retrasado para lo que yo pensaba.

—No te agobies —le confesó restando importancia a ese hecho—. Nos pasa a todas.

—Ya lo sé, pero Gabriela ya me ha preguntado qué tal lo llevo. Quiere tener el manuscrito para junio —le dijo a la vez que ponía los ojos como platos—. Y tengo que enviarle una sinopsis y un título, aunque sea provisional.

—Sí, a mí también me presiona con las fechas. Pero tampoco es para tanto. Lo que quiero decirte es que todavía no se ha comido a ningún escritor que yo sepa. Gaby es una tía maja cuando la llevas tratando un tiempo. No desesperes. Y si necesitas algo, ya sabes dónde me siento —le dijo señalando la mesa del rincón—. No os robo más de vuestro tiempo. Me ha gustado veros, chicos. —Les dio un apretón en el brazo a ambos mientras les guiñaba un ojo en complicidad y se marchaba a pedir a Marco.

—Ya has escuchado a Melina. Tu editora no se ha comido a ninguno de los escritores de la editorial.

—Hasta ahora.

—Venga, te acompaño a casa y te pones a escribirle la sinopsis para enviársela. De ese modo no te sentirás tan culpable. Y yo pasaré por el pabellón para tratar un tema con el entrenador.

—¿El entrenador? ¿Te refieres al del equipo profesional?

—Sí. Mi hermano me ha propuesto que vuelva al equipo.

—Y lo estás considerando. —Estefanía entornó la mirada con cautela hacia él.

—Sí. Un momento, voy a pagar —le dijo con intención de ir hacia la barra detrás de la que estaba Claudia, la misma chica que parecía interesarle a su hermano Dante.

—No, espera. Deja que te invite.

—Oh, ¿eres de esas que no dejan pagar a un hombre?

—Claro que no. ¿Por quién me tomas? Pero reconozco que he sido yo la que tenía ganas de verte para aclarar todo esto.

—Bueno, pues ya está aclarado. Y creo que no eras la única que tenía ganas —le susurró camino de la barra.

—Cóbrame —le pidió a Marco mientras le daba un billete de diez euros.

—¿Qué tal, chicos? ¿Todo bien?

—Tomando un café y despejándonos un poco de las clases antes de seguir con ello —le comentó Luca.

—Eso está bien. ¿Tenéis clase por las tardes en la facultad?

—Oh, no. Luca se refiere a que hay que poner codos. Ya sabes… —Estefanía frunció los labios y puso los ojos en blanco de una manera singular y esclarecedora.

—Entiendo. Que os sea ameno.

Este le dio el vuelto y se quedó contemplando a Luca por unos segundos.

—Oye, ¿en serio Dante es tu hermano?

—Así es. Mi hermano mayor.

—Dale recuerdos cuando lo veas. Y que estaré encantado de recibirlo a él y los que quieran venir del equipo.

—Se lo diré. Descuida.

Claudia se mordisqueó el labio con un claro gesto pensativo cuando escuchó a Marco preguntarle a Luca por Dante. Ella no había querido hacerlo para no parecer muy directa. Ni tampoco tenía intención de que pensara lo que no era, claro. Pero admitía que le gustaría volver a verlo por allí.

Luca se quedó callado mientras miraba a Claudia, como si esperara que ella le dijera algo acerca de Dante. Y ella debió notarlo porque se sintió vulnerable y algo cohibida.

—Dale recuerdos, sí —dijo tras unos segundos de silencio antes de poner en la bandeja el pedido de unos clientes del café.

—De tu parte —asintió Luca al tiempo que procuraba que la sonrisa no fuera tan descarada.

Hasta Estefanía se percató de aquel gesto y, nada más poner los dos pies en la calle, no se demoró en preguntarle.

—¿A qué ha venido ese gesto por tu parte? ¿Y por qué te ha dado recuerdos Claudia para tu hermano? Me he perdido algo, ¿no? —Estefanía no pudo evitar que una sonrisa traviesa bailara en sus labios mientras esperaba con inusitado interés lo que Luca tuviera que contarle.

—Bueno, reconozco que has percibido algo. Y que creo que no vas

mal encaminada.

—¿Qué le sucede a Claudia con tu hermano? —Estefanía entornó su mirada con toda intención hacia él; en su mente bullían miles de posibles situaciones.

Luca sonrió antes de estallar en carcajadas.

—¿Quién lo sabe? El tiempo nos lo dirá. Incluso puede que el destino. Anda, deja que te lleve a casa. —La rodeó por los hombros y la atrajo hacia él para sentirla cerca, tan cerca como le fuera posible. La besó en el pelo y, luego, en los labios cuando ella elevó la mirada hacia él.

Estefanía no pudo evitar preguntarse qué le depararía a ella el destino junto a su compañero de clase, del que poco a poco se estaba empezando a enamorar.

Capítulo 7

—Sube al piso conmigo —la propuesta de ella dejó a Luca paralizado y sin capacidad de respiración. Por suerte, estaba sentado en uno de los salientes del portal donde vivía ella. La contempló entre la expectación y la incredulidad por lo que acababa de proponerle.

—¿Estás segura?

—Si no lo estuviera, no te lo pediría. —Lo sujetó de la camisa y tiró de esta para acercarlo a su boca y volver a besarlo. Ronroneó como una gata y lo miró con las cejas arqueadas.

—Me encantaría. De verdad.

—En ese caso… —Lo obligó a bajarse del saliente y, agarrándolo de la mano, lo arrastró escaleras arriba, hacia el portal.

Luca la contemplaba sin poder creerse que aquello le estuviera sucediendo, pero no dijo nada más. Tan solo dejó que ella lo guiará en aquella situación.

Estefanía entró en el ascensor y pulsó el botón del piso con una mano mientras con la otra se aferraba a Luca. Él la llevó hasta un rincón y la besó de manera tierna, perezosa, recorriendo sus labios de una forma que parecía que los estuviera memorizando. Escuchó el gemido de ella ahogado en su propia boca justo cuando el ascensor se detuvo. Estefanía empujó la puerta y, en la oscuridad del rellano, siguió besando a Luca mientras el deseo comenzaba a reptar por sus piernas. No quería separarse de él debido al agradable cosquilleo que sentía por todo su cuerpo a medida que él la besaba en el cuello, al tiempo que comenzaba a acariciarle los pechos por encima de la camisa. Ella se separó para abrir la puerta del piso y entrar con Luca pegado a ella.

Él volvía a tener las manos sobre ella y la empujaba contra la pared de la entrada entre risas y gemidos. De repente, Luca se detuvo y la contempló con inusitada curiosidad.

—¿No estarán tus compañeras?

—¿Te preocupa? No tengo intención de compartirte —le aseguró con gesto pícaro y determinante mientras se mordía el labio de manera traviesa. Lo cogió de la mano y lo llevó a su habitación, donde, tras cerrar la puerta, lo siguió besando.

Luca le sacó la camisa por fuera de los vaqueros para que sus dedos recorrieran la piel suave, caliente y erizada de ella. Las urgencias por liberar el deseo y la pasión los condujeron a quitar las barreras que separaban sus cuerpos. La contempló vestida tan solo con la ropa interior, que deseaba quitarle cuanto antes.

Estefanía sentía el pulso acelerarse por momentos, más y más, bajo los besos y las caricias de él. Luca la condujo a la cama sobre la que la tumbó en un primer momento. Se situó a su lado y enmarcó su rostro para profundizar el beso y ahogarse él mismo en su boca. Su erección presionaba con determinación entre los muslos de ella mientras sus manos abrían el cierre del sujetador y liberaba sus pechos. La atrajo contra él para sentirlos sobre el suyo propio sin dejar de besarla. Hasta que sintió las manos de ella introduciéndose dentro sus *boxer* con determinación. Con rapidez, ambos se desprendieron de las últimas piezas antes de quedar desnudos por completo. Lo sucedido después fue una vorágine de besos, caricias, gemidos, suspiros y alientos entremezclados mientras Luca se fundía en ella una y otra vez.

Se detuvieron el tiempo justo para coger un condón. Después, ambos fueron conscientes de lo que compartían y sentían. Las bocas se sellaron repetidas veces, como si mantenerse alejada la una de la otra fuera un error. Las yemas de los dedos rozaron cada centímetro de piel desnuda, buscando la manera de encontrarse y unirse en el momento en el que todo explotó. Las respiraciones agitadas, los gemidos de pasión y deseo, los corazones latiendo a punto de estallar, dejaron paso a una calma y un sosiego que ambos encontraron en la mirada del otro. Hubo un momento en el que se rieron sin conocer el motivo. Una risa producida, tal vez, por la sacudida del orgasmo que hizo que sus cuerpos temblaran sin poder controlarlos.

Luca la besó despacio, de manera perezosa mientras salía de ella y se quitaba el preservativo.

Estefanía tenía la mirada fija en el techo, el rostro encendido al tiempo que su respiración parecía ir volviendo a ser tranquila. Contempló a Luca con una sonrisa risueña mientras le tendía los brazos para que fuera hacia ella y volviera a besarla.

—Ummmm.

—Me encanta la imagen que tengo de tu rostro en este momento. —Le pasó la mano por el pelo para apartárselo—. Te brilla la mirada, estás colorada, los labios entre abiertos…

—Se supone que la escritora soy yo.

—Bueno, pues ya tienes material —ironizó él sin dejar de contemplarla.

Ella sonrió ante esa propuesta y sacudió la cabeza.

—¿Vas a quedarte a dormir conmigo?

Luca resopló ante esa pregunta.

—No sé… Si es lo que quieres…

—¿Y tú?

—No me importaría. Pero entiende que no pretendo causarte líos con tus compañeras de piso si mañana me ven.

—No me importa. No te preocupes —le aseguró con total normalidad y convicción.

—¿Crees que entramos los dos en esta cama? —le preguntó echando un vistazo a esta.

—Hace un momento lo hemos hecho —le recordó, con picardía, ella.

—Cierto. En ese caso… —Levantó la ropa de la cama y se deslizó dentro, al lado de ella—. Desprendes calor, ¿eh?

—Ya, pues tú te has quedado frío —protestó ella con el ceño fruncido mientras se agitaba bajo los brazos de él.

Luca la besó en el pelo, en el cuello, en la espalda… La abrazó para retenerla contra él mientras sentía su pequeño cuerpo acoplarse al suyo a la perfección.

—¿Crees que podrás dormir conmigo a tu lado? Soy algo grande para esta cama.

—Ya lo creo. —Lo empujó para obligarlo a quedarse con la espalda pegada al colchón a la vez que ella se volvía y dejaba su brazo sobre su pecho, apoyaba la cabeza sobre su hombro y la pierna sobre la de él—. Solucionado.

Luca sonrió mientras la atraía y sentía la caricia del pelo de ella sobre su rostro. Aquella era lo mejor que le podía estar sucediendo; no le cabía la menor duda.

—Siempre tienes solución para todo, ¿eh?

—Eso procuro. —Estefanía cerró los ojos, su respiración se volvió más pausada y el sueño la invadió por completo. Quedarse dormida abrazada a Luca era algo que no había considerado en ningún momento. Y tal vez el hecho de no haberlo hecho le daba un toque más íntimo, más tierno y romántico. De haberlo pensado, no habría

surgido, estaba convencida. Sin duda que prefería que el hecho de acostarse con él hubiera sido algo que no había planeado. Había surgido y había sucedido.

Luca permaneció despierto algo más de tiempo que Estefanía, a la que sintió quedarse dormida de manera plácida. La contempló durante un largo rato sin hacerse preguntas sobre lo que había sucedido. Ni mucho menos lo que sucedería a partir de ese día. Quería seguir a su lado en todo momento. Verla triunfar con sus novelas. Disfrutar de su compañía todo el tiempo posible. Nada más por el momento.

La melodía del móvil despertó a Estefanía. Emitió un gruñido de protesta al escuchar a Inna. Alargó su brazo fuera de la sábana para cogerlo y apagarlo. Resopló mientras volvía a dejarlo sobre la mesilla. Tenía los ojos cerrados y no parecía tener la más mínima intención de abrirlos por el momento. Se acurrucó de nuevo aprovechando el calor que todavía restaba en las sábanas. Sin embargo, algo la alarmó. Y era que echaba en falta el cuerpo de Luca en la cama. Entonces abrió los ojos y vio que su lado estaba vacío. No era demasiado el espacio que quedaba, pero sí le quedaba claro que él había dormido allí. Se incorporó de manera lenta y perezosa mientras paseaba su mirada por la habitación. La ropa de él todavía estaba allí, de manera que… seguía en el piso. Pero ¿dónde se había metido? No se le habría ocurrido salir desnudo al pasillo con el consabido riesgo de que alguna de sus compañeras lo pillara. Estefanía se mordió el labio en un gesto de picardía porque ello pudiera suceder. Pero al momento decidió salir de la cama y ver dónde estaba.

Luca salió de la ducha y se colocó una toalla a la cintura mientras con otra se secaba la cara. No había querido molestar a Estefanía, ya que ella permanecía dormida. Había preferido salir de la cama a hurtadillas en busca del baño para darse una ducha. El piso estaba en completo silencio y no parecía que hubiera nadie más aparte de ellos dos. Recogería todo y se marcharía si ella seguía dormida. Desayunaría en *Il Café della Letteratura* como otras mañanas. A ella la vería después en la facultad.

De repente, la puerta del baño se abrió, pero, para sorpresa de Luca, no se trataba de Estefanía, sino de otra chica. Se había olvidado cerrar con el pestillo. Tal vez pensó que estaba en su propia casa.

—¡Coño! —fue lo primero que se le vino a la mente a la chica mientras sus ojos parecían como si fueran a salírsele de las cuencas y

abría la boca.

—Lo siento —dijo Luca sin saber dónde meterse. Se aferró a la toalla que le cubría de cintura para abajo, no fuera a ser que se aflojara en ese preciso momento. Trató de no fijarse en la chica, pero no pudo pasar por alto que estaba en braguitas y con una camiseta que dejaba poco a la imaginación.

—Yo no… —murmuró la chica consciente del cuerpo masculino que tenía delante de ella. Recompuso el gesto tras la primera impresión que había tenido y se recreó en la visión del chico cubierto tan solo con una toalla a la cintura.

—Micaela, ¿qué haces…? —la pregunta de Estefanía quedó ahogada en su cascada de carcajadas cuando se dio cuenta de la escena.

—¿Por qué te ríes? ¿Eres tú la responsable de que haya un tío en el baño… cubierto por una toalla? —le preguntó obviando un calificativo para describir a Luca.

Estefanía apartó a su compañera de piso y extendió el brazo con la mano abierta para que Luca la tomara.

—¿Se puede saber qué…? —la voz de Federica se cortó de la misma manera que minutos antes le había sucedido a Micaela nada más ver a Luca—. ¿Has traído tú a este tío al piso? —La mirada inquisidora de Federica y su tono, a camino entre la ironía y la sorpresa, encendieron el rostro de Estefanía.

—Vale, chicas, este es Luca, mi compañero de clase. Luca, estas dos locas son Micaela y Federica, mis compañeras de piso. Ahora que ya he hecho las presentaciones, Luca y yo nos vamos.

—Un momento —la detuvo Micaela contemplando a Estefanía con curiosidad—. Si ha venido contigo, eso quiere decir que…

—Que ha pasado la noche en mi habitación. Fin de las explicaciones. Chicas, tenemos que irnos a clase.

Ambas se miraron entre sí.

—Encantado —dijo Luca pasando al lado de ambas, algo cortado por la situación.

—Nosotras también —asintió Federica, y tiró de la toalla cuando él pasó delante de ella para dejarlo con el trasero al aire. Ella hizo un mohín con sus labios ante la visión.

Luca entró en la habitación de Estefanía mientras escuchaba las risas de las otras dos chicas. Cuando Estefanía se fijó en él, Luca estaba desnudo por completo.

—¿Y tu toalla?

—Una de tus colegas se ha quedado con ella —le dijo haciendo una señal hacia la puerta—. No tenía ni idea de que podía

encontrarme con ellas, la verdad. Cuando me levanté, todo estaba en calma.

—¿Por qué no me has despertado?

—Estabas relajada, descansando. No me sabía bien hacerlo. Por eso me levanté despacio a darme una ducha.

—Menuda has liado —sonrió ella.

—Lo siento, no… —su explicación quedó ahogada por el beso urgente de ella. Lo rodeó por el cuello y lo obligó a inclinarse sobre su boca entre gemidos y sonidos de sorpresa. Estaba desnudo ante ella, pero eso no pareció importarle, sino todo lo contrario, ya que poco menos que lo arrastró a la cama para tumbarlo y, después, sentarse sobre él sin dejar de besarlo.

Luca se vio invadido por aquel ímpetu, aquella mezcla de locura y deseo por parte de Estefanía. No pudo detenerse, al contrario. Se dejó hacer mientras ella lo llevaba al culmen del placer. Solo fue consciente del chasquido que hizo el envoltorio del profiláctico cuando ella lo abrió. De cómo ella lo deslizaba por su miembro y, segundos después, como ella se sentaba sobre él.

—¡Joder! —solo pudo exclamar cuando la tuvo encima con una mirada cargada de deseo. Sus movimientos, lentos en un principio, fueron ganando ritmo al mismo tiempo que los besos y las caricias se volvían más acusadas, más necesarias. Luca se incorporó para sumergirse en los pechos de ella, que se exhibían firmes ante su rostro. Ninguno de los dos se contuvo en sus gemidos, sus respiraciones agitadas y en sus muestras de pasión y hasta de lujuria, no eran conscientes de que no estaban solos. Y cuando el orgasmo los retuvo por unos segundos, Luca se adueñó de los gemidos de ella. La besó con efusividad primero, para después mordisquearle el labio, succionarlo y besarlo con delicadeza. Le apartó el pelo de la cara, enmarcó su rostro y no pudo evitar sonreír.

—Eres algo malvada.

—¿No me digas? —ironizó ella mientras mostraba su sorpresa por ese comentario de él.

—Te has aprovechado de mi situación.

—¿Y? ¿Tienes algún reparo en ello?

—Solo espero que no lo incluyas en tu novela.

Estefanía no pudo evitar la risa.

—¿Se te ha pasado por la cabeza semejante idea?

—Después de decirme que ibas a pensar en mí para tu protagonista masculino…

Estefanía volvió a sonreír antes de besarlo de manera rápida y sugerente.

—Creo que sería bueno que te volvieras a duchar.

Se apartó de él y se cubrió con un albornoz para salir de la habitación hacia el cuarto de baño con el corazón a mil. No quería que aquello que Luca y ella compartían se estropeara por nada. No.

Cuando ella apareció en la cocina después de haberse aseado y vestido, Federica y Micaela la miraron con curiosidad. Ambas entornaron sus respectivas miradas hacia ella. Luca había decidido que la vería después en la facultad. Bastante alboroto había causado ya en el piso de ellas como para, además, sentarse a desayunar con las tres. No pretendía que Estefanía pasara un mal trago con sus compañeras, puesto que él estaba convencido de que la iban a vacilar a base de bien después del espectáculo que habían dado.

Estefanía se preparó un café cargado y picó algo de comer.

—¿Y el tío buenorro que tenías escondido en tu habitación? ¿Ya se ha marchado? —la pregunta vino de parte de Micaela, quien contemplaba a Estefanía con intriga mientras apoyada el rostro en la palma de su mano y el codo en el mesa.

—Sí.

—¿Quién es?

—Ya os lo he dicho cuando lo pillasteis en el cuarto de baño. —Estefanía sacudió la cabeza y miró a Micaela sin comprender a qué iba esa pregunta.

—Ya. Tu compañero de clase.

—Y de cama —apuntó Federica—. Se os escuchaba todo.

—¿Cómo que…? —preguntó Estefanía sin saber de qué hablaba Federica.

—Cuando te lo has llevado a la habitación después de pillarlo en el baño —precisó Micaela—. Supongo que te has quedado a gusto. —Movió las cejas con celeridad.

—¿Habéis escuchado…?

Federica chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—No. No nos hemos puesto a escuchar pegadas a la puerta de tu habitación. No somos de esa clase de personas —le aclaró entre risas.

—No hacía falta, la verdad. Se os oía con claridad en toda la casa —le dijo Federica asintiendo y con cara de diversión—. No pasa nada. Para eso están los compañeros de clases. Para echarnos una mano.

—O un polvo, ya puestas —apuntó Micaela con naturalidad.

—De manera que…

—Nos hemos enterado de todo, sí. Pero tranquila. Lo que sucede en este piso…

—Se queda en el piso —concluyó Federica guiñándole un ojo a Estefanía.

—Vale. Me ha quedado claro. Para otra vez intentaré bajar el volumen.

—Y ahora, dinos, ¿vais en serio o se ha tratado de un par de revolcones, eh? —Micaela apretó los labios y asintió mirando a su amiga.

—Por ahora, estamos juntos. No sé lo que puede dar de sí.

—Pues con un tío con ese cuerpo… Y que te haga gritar de esa manera —precisó Federica mientras se levantaba de la mesa para ponerse otro café.

—Ha jugado al baloncesto en las categorías inferiores de la Virtus.

—Entonces, ahora entiendo lo de su forma física —asintió Micaela.

—Supongo que no reflejarás en tu nueva historia vuestros cuerpo a cuerpo —dedujo Federica mientras entornaba la mirada hacia su amiga.

—¿Por qué clase de persona me tomáis? —le preguntó Estefanía mientras le devolvía la miraba a su compañera con cara de no terminar de creer que ella también se lo hubiera sugerido.

—No sé, chica. Dicen que los escritores se basan en parte de sus vivencias para recrear escenas.

—Pero no voy a describir cuando me acuesto con un tío, Fedy —protestó ella.

—Tendría morbo cuando leyéramos tu novela —apuntó la chica riéndose ante esa situación.

—En este caso no nos hace falta después de la acústica que tiene este piso —bromeó Micaela.

—Está bien, chicas. Tengo clase. ¿Vosotras no?

—Sí, pero merecía la pena pirarse a primera para saber qué había sucedido en esa habitación de la lujuria —bromeó Micaela abriendo los ojos como platos.

—¿Os habéis pirado para saber qué estaba haciendo?

—Sí, pero no para que nos dieras descuentos de lo que hacías. Eso nos ha quedado claro. Sino para saber quién era el chico y qué relación tienes con él. Ahora ya podemos irnos todas —sugirió Federica mirando a su dos compañeras de piso.

—Si no lo oigo no lo creo. —Estefanía sacudió la cabeza.

—Pues a nosotras no tienes que darnos más explicaciones sobre lo que hemos escuchado hace un rato —le reiteró Micaela moviendo sus cejas arriba y abajo con celeridad.

—Me ha quedado claro. Nos vemos esta noche.

—¿Vas a traer a Luca? —preguntó Federica—. Lo digo por comprar tapones para los oídos.

Estefanía puso los ojos en blanco al escucharla referirse otra vez a

lo mismo. Procuraría que la próxima vez que se acostara con Luca, no fueran tan explícitos. Y en ese preciso instante más le valía marcharse a clase si no quería perdérsela.

—¿Te han vacilado mucho tus compañeras? —Luc le hizo la pregunta a Estefanía cuando ambos quedaron para tomar algo durante la hora libre que tenían a media mañana.

Estefanía levantó la mirada de su taza de café y dejó que sus labios se curvaran en una lenta y significativa sonrisa.

—¿Tú que crees?

—Puedo hacerme una idea.

—Pero no ha sido sobre tu presencia en el baño. No, nada de eso —comenzó relatando ante la cara de perplejidad que ponía él—. Ha sido después, cuando nos hemos encerrado en la habitación.

—Ya. Puedo hacerme una idea de lo que imaginan que ha sucedido —le aseguró él disimulando la sonrisa.

—No tienes ni idea de lo que me han contado.

—Ah, ¿no?

—Se han enterado de todo. Al parecer, hemos sido demasiado explícitos.

Luca la contempló entre el asombro y la diversión. No pretendía reírse, pero debía reconocer que le estaba costando.

—Puedo hacerme una idea aproximada.

—Lo que deberíamos hacer la próxima vez es ser menos… efusivos. Creo que esa palabra se ajusta a lo sucedido —asintió ella guiñando un ojo a Luca.

—No te prometo nada.

—Me temía que dijeras algo así. ¿Vas a volver a clase?

Luca entrecerró sus ojos y la miró intrigado.

—¿Me estás proponiendo que nos piremos?

—Te estoy proponiendo pasar juntos la mañana, ya que esta tarde tengo que ponerme a teclear sin descanso si quiero cumplir el plazo de entrega.

—Sí, yo tengo entrenamiento con los chicos.

—En ese caso, y viendo que ambos tenemos cosas que hacer…

—No hace falta que me insistas demasiado para pasar la mañana contigo.

—Genial —le susurró acercándose a su boca para rozarla de manera lenta e imperceptible.

Se perdieron en el beso, en la mirada y el las tibias caricias de sus manos. No hubo preguntas ni más comentarios. Se marcharon sin decir nada a nadie. Volvieron a los jardines de Margherita para dejar que el sol de la mañana los calentara. Luca se sentó en el césped con la espalda contra un árbol mientras Estefanía se tumbaba con la cabeza apoyada en las piernas de él. Dejó que le acariciara el pelo, que su boca tomara posesión de la de ella y la hiciera creer que estaba dentro de una de sus propias novelas. Ese pensamiento expandió su pecho porque estas siempre terminaban bien para los dos protagonistas.

—¿Qué harás cuando te gradúes? —le preguntó ella buscando la manera de establecer una conversación que la hiciera olvidarse por un momento de lo que sentía.

—Quiero dedicarme al periodismo deportivo.

—Es normal. Ya que entrenas en las categorías inferiores de la Virtus.

—Sí. No estaría mal hacer las crónicas de los partidos que jueguen aquí. Hacer un seguimiento del equipo.

—Suena interesante, porque si es lo que más deseas… —Ella volvió el rostro de lado para buscar la mirada de él.

—Ya. Por intentarlo que no quede. ¿Y tú? ¿Qué planes tienes?

—Dedicarme a las noticias locales.

—Interesante. ¿Y la literatura? Podrías buscar algo relacionado con esta en alguna revista. Con tu fama…

Estefanía no pudo evitar reírse a carcajadas cuando lo escuchó referirse a ella con el término «fama».

—¿Mi fama? Parece que estás hablando de una estrella de cine.

—¿Por qué? Tienes que reconocer que eres famosa. La gente te para en los pasillos de la facultad para pedirte autógrafos, hacerse fotos o incluso te piden entrevistas para su blogs y páginas web. Si esto no es ser famosa… —Luca la contempló con las cejas arqueadas y una expresión de no saber qué más decir al respecto.

—Soy conocida. No famosa. Solo he publicado una novela. Por favor, Luca —le refirió sonriendo feliz por que él la considerara tan importante. Por qué él tuviera esa visión de ella.

—Una novela que casi se agota el día de su presentación. Pero si la cola de chicas para hacerse con un ejemplar daba la vuelta al edificio —le recordó poniendo los ojos como platos—. Si tuviste que tener agujetas en la mano de tanta firma.

—Eres un exagerado. Que lo sepas. —Estefanía lo sujetó de la camiseta y lo atrajo a su rostro para mirarlo de manera fija un instante en el que pensó que el mundo acababa de pararse en su mirada—. Me

encanta que pienses eso de mí. Que sea tan importante para ti. —Lo atrajo a sus labios y lo besó con delicadeza y cariño, el mismo que empezaba a convertirse en algo más sentimental, más intenso, pero de lo que ella, por el momento, no quería saber nada por temor a que desapareciera si lo expresaba con palabras.

Luca terminó el entrenamiento con los chicos del equipo de la Virtus y, mientras estos recogían y se iban a las duchas, los jugadores del equipo sénior hacían su aparición sobre la pista. Entre ellos estaba Dante, quien se acercó a él para saludarlo.

—¿Qué tal el entrenamiento?

—Bien.

—¿Te marchas ya? ¿Por qué no te quedas un rato? Podrías hacer unos tiros o incluso jugar un rato.

—No sé. Quiero irme a casa para avanzar algunas cosas…

—Venga, quédate un poco. En lo que calentamos. Luego te piras.

Luca resopló ante la insistencia de su hermano. Sabía que no lo convencería de lo contrario.

—Está bien. Solo unos tiros.

—Se lo diré a Zanotti. Que te quedas un rato con nosotros —le dijo yendo a hablar con el entrenador.

El resto de integrantes de la plantilla comenzó a saludarlo y a pasarle el balón para que calentara. Luca no sabía si hacía lo correcto. A una parte de él le gustaría regresar al baloncesto profesional, pero era consciente de que no podía volver a las categorías inferiores por su edad. Solo se podía jugar hasta los dieciocho y él ya iba a cumplir veintidós. De manera que ese camino estaba cerrado a cal y canto. Y, por otro lado, no tenía ganas de resentirse de su rodilla. Aunque le gustaría regresar, no lo veía factible en ese momento.

Estefanía se había prometido no salir de casa en toda la tarde para poder avanzar en la escritura de su novela. No quería que los plazos de entrega se le pasaran porque sería dar una mala imagen a Gabriela, quien había apostado por ella desde el principio. Y aunque tuvo varios bajones de concentración en los que se debatió entre llamar a Luca o no, al final logró pasar unas cuántas horas delante del portátil

tecleando sin parar, como si estuviera poseída. Además, tenía que responder a la entrevista que una chica de la facultad le había hecho llegar por correo. De manera que se había puesto a resolverlo todo desde que llegó al piso. Y solo descansó y salió de la habitación para comer algo y saludar a Micaela y Federica.

—¿No has quedado con tu chico?

Estefanía se detuvo al escuchar la pregunta de Micaela. Sacudió la cabeza.

—Tenía entrenamiento. Y yo, que escribir.

—¿No va a venir a darte un beso de buenas noches y a taparte con las sábanas? —ironizó Federica moviendo sus cejas de manera rápida.

—Déjala. ¿No la has escuchado? Luca tiene que guardar las energías, mujer —bromeó Micaela.

—En serio no voy a verlo hoy, así que quedaos tranquilas, que no meteré escándalo.

—Y yo que me estaba preparando para una buena dosis de gemidos… —bromeó Federica mirando a su amiga y sonriendo.

—¿Qué tal lo llevas?

—¿A qué te refieres? ¿A Luca? —preguntó sorprendida.

—Lo de Luca nos hacemos una idea que va por buen camino —sonrió Micaela—. Me refería a la novela.

—Sí, claro, la novela, pero ya puestas puedes contarnos algo más sobre cómo te va con Luca. Las dos somos conscientes de que llevas poco tiempo intimando con él —aclaró Federica lanzando una mirada a Micaela.

—La verdad es que necesitaba quedarme en casa para darle un empujón. No quiero que me pille el toro a la hora de entregarla.

—Bueno, no creo que llegue ese caso conociéndote —apuntó Micaela mientras Federica se limitaba a asentir sin abrir la boca.

—Ya, pero no puedo fiarme.

—¿Oye, a qué jugaba Luca? No recuerdo que nos lo hayas dicho. Aunque por la estatura y su condición física, seguro de que al baloncesto.

—Baloncesto. Pero ya no juega, ahora se dedica a entrenar a las categorías inferiores de la Virtus.

—¡*Wow*! Eso está genial. ¿Has dicho que jugaba? —preguntó Federica incorporándose en el sofá y centrando su atención en su amiga.

—Jugó hace un par de años, pero lo dejó porque tenía molestias en la rodilla.

—¡Uffff, qué putada! —exclamó Federica frunciendo sus labios en una mueca de fastidio.

—Por eso mismo se dedica a entrenar, ¿no? Para matar el gusanillo —comentó Micaela

—Supongo. Tampoco es que hayamos hablado demasiado sobre ello.

—¿No lo sabías? —Micaela entrecerró los ojos y sacudió la cabeza sin creer que fuera cierto.

—No. Nunca pensé que se dedicara a ello en su tiempo libre. No hasta que Allegra me pidió que la acompañara un sábado a ver jugar a su sobrino.

—Y entonces… ¡Zas! Te lo encontraste —comentó Federica dando una palmada para ser más explícita.

—Sí, y me chocó porque no esperaba encontrármelo.

—Supongo que él pensaría lo mismo de ti cuando se enteró que escribías novelas New Adult, ¿no? Aunque ahora que me acuerdo, él estaba en la librería el día que tú firmabas ejemplares —le dijo Federica con los ojos entrecerrados mientras hacía memoria de ese día.

—Sí, apareció casi al final para que le firmara el suyo.

—Se la habrá leído, ¿no? —Federica elevó una ceja con suspicacia al hacer la pregunta.

—Claro —respondió, con total naturalidad, Estefanía y con un deje de sentirse ofendida por que le preguntaran eso.

—Luca tiene pinta de ser más sensato que el cabeza hueca de tu ex.

—Al menos me apoya en lo que hago. Y me anima.

—Eso es importante —apuntó Micaela—. Si cuentas con él, todo te será más fácil.

—Sí.

—Y en lo sentimental. A ver, no pretendemos ser unas cotillas metomentodo —le dejó claro Micaela desde un principio—. Solo lo digo porque no nos gustaría verte hecha polvo como con tu ex.

—Ya lo sé. No espero que con Luca me vaya a ir mal. Bueno, una nunca lo sabe, pero… Quiero ir poco a poco, chicas.

—Pues ya ha pasado por tu cama —apuntó Federica con sorna.

—Sí, pero eso es solo sexo. No hay nada más. Es una atracción que existe.

—Te refieres a que estás escaldada por lo que te ha sucedido con tu ex —apuntó Micaela mientras la señalaba con el dedo—. Y es comprensible. No quieres expresar tus emociones por ahora por si vuelve a salirte rana la cosa.

—No pretendo decirle lo que siento hasta no estar convencida de que los dos lo sentimos.

—Eso está bien. Divertiros sin ataduras sentimentales. Compartir

situaciones, vivencias, pero dejando los sentimientos a un lado —generalizó Federica mientras cruzaba las piernas en el sofá y se sentaba sobre estas.

—Sí, nada de «que te echo de menos», «te quieros» y cosas por el estilo, ¿no?

—Exacto. Nada de «te quieros» y expresiones de ese tipo que luego están vacías de contenido —resumió la propia Estefanía.

—Ya, pero siendo escritora de literatura romántica…, ¿no crees que no te pega? Lo digo porque pensar de esa manera y luego expresar esas mismas emociones en la ficción… No sé. No termino de verlo… —comentó Micaela mientras entrecerraba los ojos para mirarla.

—Ya, bueno. Eso no quiere decir nada. Mi vida privada no tiene que ser idéntica a la ficción —aclaró Estefanía—. Una cosa es lo que yo sienta en mi vida personal. Y otra muy distinta lo que yo transmita cuando escribo.

—Eso es cierto. Además, me parece bien que te mantengas a la expectativa con Luca. Imagina que él no llega a enamorarse de ti.

—Por eso mismo lo digo.

—Genial. Pero ten en cuenta que una cosa es lo que dices y otra lo que sientes —le advirtió Micaela—. Y, en ocasiones, estas no van de la mano. No sé si me entiendes.

Estefanía entrecerró los ojos y se mordió el labio en un gesto pensativo. Sí. La entendía. Sabía a qué se refería. No sería nada sencillo controlar las emociones en determinados momentos. Separar la razón del corazón era algo que pocos lograban.

Luca y Dante abandonaron el pabellón después de que ambos hubieran terminado su entrenamiento. Al final, Luca había participado a recomendación de su hermano y del visto bueno del entrenador Zanotti. Este le había comentado a Luca que si estaba dispuesto a jugar, contaría con él si en alguna ocasión necesitaba algún jugador para completar el equipo de cara a un partido. No estaba obligado ni nada por el estilo, ya que Zanotti sabía que el propio Luca también entrenaba en las categorías inferiores. Pero la proposición estaba sobre la mesa.

—¿Qué opinas de la oferta del míster? —Dante caminaba junto a su hermano y lo contemplaba con interés mientras esperaba su respuesta.

—No lo sé. Reconozco que me halaga que piense en mí para

completar la plantilla en caso de necesitar algún jugador. Pero al mismo tiempo pienso que entre la carrera, seguir siendo entrenador del equipo juvenil y demás…

—No te olvides de tu chica —le recordó Dante con una sonrisa bastante significativa.

Luca se quedó callado al pensar en Estefanía. Si aceptaba entrenar con el equipo sénior y asistir a algún encuentro, eso supondría quitarse de tiempo de estar con ella. Tal vez no fuera demasiado o para tanto después de todo. Además, a Estefanía podía venirle bien para avanzar su novela.

—Estefanía no es un problema, Dante.

—Pero supongo que irás en serio.

Luca frunció el ceño ante esa conclusión tan clara por parte de Dante. Estefanía le gustaba, le atraía sexualmente. Y aunque no podía dejar de pensar en ella y en que le gustaría que sintiera algo por él, aparte de la atracción existente… No estaba seguro.

—Ahora mismo no te lo puedo asegurar. A ver —continuó antes de que su hermano dijera nada—, me refiero a que no estoy seguro de lo que puede llegar a suceder.

—Ni tú ni nadie. Oye, ¿te apetece tomar algo o prefieres irte a casa?

Luca se detuvo. Entornó la mirada hacia Dante y agitó un dedo delante de él.

—Tú quieres ir a ver a Claudia.

—¿La camarera del café al que me llevaste? ¿La chica de la foto? —Dante se hizo el sorprendido ante la deducción de su hermano. Lo cierto era que no había pensado en ella hasta que encontró por azar tu fotografía en el móvil.

—Sí. Esa misma. Vamos, admite que te hizo tilín el otro día cuando la viste —se burló Luca al ver a su hermano algo confuso ante esa evidencia.

Dante sonrió preso del inesperado pánico que le acababa de entrar al pensar en lo que su hermano le estaba asegurando.

—¿De qué coño vas?

—No finjas que no lo sabes. Anda, vamos a verla.

—Vale. Lo que tú digas. Luego dirás que soy yo el que tiene interés en ir a ese café —le advirtió Dante con una mezcla de ironía y seriedad fingida.

—Sí. Ahora resulta que soy yo el que quiere ir. No me importa. Oye, si ella te interesa… Pues ya sabes…

—Que una chica me llame la atención no quiere decir que vaya a intentar ligármela, chaval —le dijo empujando de manera cariñosa a

su hermano para que entrara en el café.

El ambiente estaba animado. Las mesas y sillas habían desaparecido y dejaban más espacio para la gente. Dante volvió a quedarse parado al entrar y ver el cambio que había experimentado el café. Frunció los labios y asintió mientras miraba a su hermano como si buscara una aclaración.

—Ya sé lo que vas a decirme. El café cambia por la noche.

—Podrías habérmelo dicho. Más que nada por las pintas que tenemos —Dante hizo referencia a su ropa deportiva, que no parecía pegar en un sitio como aquel—. Pensaba que seguiría siendo un lugar tranquilo para poder charlar.

—Está bien, si prefieres, podemos irnos a otro sitio —sugirió Luca mientras emprendía el camino hacia la puerta. Sin embargo, sintió que la mano de su hermano lo sujetaba.

—No. Es igual —dijo mientras sacudía la cabeza y parecía no darle importancia después de todo. Y menos cuando divisó a Claudia tras la barra.

Ella despachaba a dos clientes cuando lo vio surgir de la nada. Por su altura y envergadura, era sencillo verlo. Y, sin explicación alguna, se sintió algo nerviosa y torpe porque estuvo a punto de dejar caer un vaso. No esperaba volver a verlo por allí y, mucho menos, que su aparición le afectara de aquella manera. Pero así era. Y, o se controlaba desde ya, o iba a quedarse en evidencia ante su hermano, quien la había vacilado con la foto que se había hecho con Dante.

Luca y Dante se acercaron a la barra sin demasiados problemas. En parte, no había mucha gente apoyada en esta porque, una vez que tenían sus bebidas, se alejaran. Y, por otra parte, la estatura de Dante hacía que los demás se apartaran a su paso y se quedaran contemplándolo con curiosidad.

Marco también se percató de la presencia de los hermanos y acudió a saludarlos.

—Hola, chicos. ¿Qué tal os va?

—La verdad, agotados después de casi dos horas de entrenamiento —comentó Luca al ver que su hermano se había quedado no solo callado, sino que, además, no parecía estar prestando atención a Marco, sino a su hermana.

—¿Acabáis de salir de entrenar?

—Sí. Yo empecé con los chavales que dirijo y luego aquí, el figura, me propuso unirme al equipo sénior. Lo que iba a ser un ratito se ha convertido en casi dos horas.

—¡Joder! ¿Qué os pongo?

—Agua —dijo Luca con naturalidad.

—¿Y tú? —preguntó lanzando una mirada curiosa a Dante, quien no parecía perder de vista a Claudia.

—Lo mismo. Entiende que no podemos andar tomando cervezas —le dijo con una sonrisa significativa.

—De acuerdo —asintió Marco y los dejó a los dos solos.

—Podrías dejar de mirarla de esa forma tan descarada, ¿no crees? Lo digo porque se te nota mucho. —Luca palmeó el hombro de Dante con todo sentido.

Este miró a su hermano sin entenderle o sin querer hacerlo más bien. Lo cierto era que se había quedado contemplándola como un quinceañero que ve por primera vez una chica que le gusta. Por suerte para él, Marco llegó con las botellas de agua y Dante dejó su explicación en suspenso por unos minutos.

—Si Claudia te interesa, puedes preguntarle a Marco si… —La mirada de Dante cortó de golpe la sugerencia de Luca—. Vale, vale. Ya me callo.

—De verdad. Si tuviera algún interés en ella —dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia Claudia en el otro extremo de la barra—, ya se lo habría hecho saber.

—De acuerdo. No volveré a insistir con el tema.

Dante asintió.

—Entiende que mi vida es un pequeño caos. Entrenamientos, partidos, viajes y demás. Y ella está aquí casi todo el día. ¿Cuándo coño vamos a vernos? Piensa un poco, hermanito —le pidió apuntándolo con un dedo.

—Ya. Eso que dices es cierto, pero…

—Pero no hay posibilidad. En ese caso, prefiero dejarlo estar y punto. Ella es muy mona y todo lo que tú quieras…, pero no es suficiente para plantearme muchas cosas.

—Por eso mismo tengo mis reservas respecto de Estefanía. No pretendo que sea una relación…

—¿De veros poco? —Dante formó un arco con sus cejas.

—Sí. Eso es.

—Pero vais juntos a clase.

—Sí, pero en la facultad estamos en clase. De acuerdo que podemos aprovechar las horas libres para estar a solas, pero no siempre es así.

—Vuestros compañeros.

—Exacto. Y si ahora me diera por aceptar volver al equipo…

—Crees que la verás menos. Te entiendo. Eso mismo te estoy diciendo que me pasa a mí.

—Sí.

—Debes elegir entre lo que quieres hacer y lo que deseas hacer. Si quieres volver a jugar, ya tienes el visto bueno del entrenador. Pero si lo que deseas es pasar más tiempo con tu chica…

—Ya.

—Ahora que lo pienso, y estamos tú y yo aquí, a solas, confesándonos… ¿Por qué narices te liaste con ella?

—Porque me ha gustado desde que la conocí el primer día.

—Pues sí que has tardado en decidirte, chaval. —Dante apoyó su mano en el hombro de su hermano.

—Es algo que no se dio. Ella estaba con Pietro.

—¿Ese gilipollas de amigo tuyo? —Dante bebió de la botella mientras mantenía la atención en su hermano por ver qué respondía.

—El mismo.

—Dime, ¿qué tal se lo ha tomado? Que estés con su ex.

—Puedes hacerte una idea. El otro día apareció por la facultad para comentarme que Estefanía iba a ver mis partidos y que luego se quedaba para esperarme e irnos juntos.

—Ni caso. Si te encuentras a gusto con Estefanía, no seas idiota y aprovecha la ocasión. El tiempo dirá si lo vuestro puede llegar a funcionar. Y, además, para volver al equipo siempre tienes tiempo. La puerta seguirá abierta para cuando te decidas. —Dante apuró el trago de agua y sacó un billete para pagar. Hizo una señal a Claudia y esta acudió—. Cóbrame. —La contempló de cerca mientras ella se quedaba parada mirando lo que habían pedido.

—Dos botellas de agua. Sois chicos sanos —les dijo con una sonrisa que a Dante le gustó.

—Deportistas.

Ella no se giró para marcharse, sino que lo hizo caminando de espaldas hacia la caja con una mirada de curiosidad y una sonrisa risueña. Los dos chicos la vieron mordisquearse el labio y sacudir la cabeza por un momento.

—¿Por qué se te ha quedado mirando de esa manera? —le preguntó Luca, lo que sembró de dudas la mente de su hermano.

—¿De qué manera? —Dante parecía sorprendido por aquella apreciación, pero más se quedó cuando ella regresó con el cambio. Le sonrió una vez más mientras apoyaba las manos sobre la barra y lo miraba de manera fija. Dante quería seguir disfrutando de su cercanía, quería retenerla allí un poco más—. Desconocía que el café cambiara tanto por la noche.

—Sí. Lo decidimos en su momento. Café relajado por la mañana y al mediodía. Luego cerramos y descansamos unas horas antes de volver a abrirlo para convertirlo en un lugar más animado.

—Ya veo. Por cierto, quedaste muy bien en la foto —le refirió sacando el móvil para enseñársela.

Claudia sintió una sensación de frío en el estómago, como si acabara de meterse en el mar. Su piel se erizó. Desconocía que él también tuviera esa fotografía de ellos dos.

—Oh.

—Imagino que tú también la tienes.

—Eh… Sí. Marco me la pasó. He quedado horrorosa.

—No, yo creo que no —le dijo pasando su mirada de la fotografía en su móvil al rostro de ella—. Aunque admito que al natural estás mejor.

El comentario de Dante la dejó paralizada. Por suerte, estaba apoyada contra la barra. De ese modo, Dante no se percataría del ligero temblor de piernas que acababa de entrarle sin previo aviso. Por no mencionar el calor que empezaba a experimentar en todo su cuerpo y que amenazaba con hacer enrojecer su rostro.

—En fin. Vamos a ver si llegamos a casa, que va siendo hora. Encantado de volver a verte —le dijo mientras sonreía y sentía la necesidad de largarse de allí cuanto antes.

—Lo mismo digo, chicos.

—*Ciao!* —dijo Luca antes de volverse hacia Dante, quien ya enfilaba hacia la puerta, como si tuviera prisa por marcharse de allí. Y él creía intuir lo que le había sucedido.

Dante abandonó el café como si alguien lo persiguiera, o como si se marchara sin pagar. No dijo nada ni desvió la mirada hacia atrás a ver si su hermano lo seguía. Nada.

—Espera —le dijo Luca al ver a su hermano marcharse como si le hubiera entrado la prisa de repente. Llegó a su altura y lo detuvo agarrándolo del brazo.

Dante se volvió y resopló.

—No ha sido buena idea venir aquí —le soltó de repente, para sorpresa de Luca.

—¿Por qué dices eso? ¿Por Claudia? —Luca contempló el rostro serio de su hermano. No entendía a qué iba aquel cambio de humor y de parecer—. Acabas de decirme que no tienes ningún interés en ella.

—Y no lo quiero tener. ¿Vale?

—¿Qué significa eso de que no lo quieres tener, eh? Y por ese motivo le sueltas ese cumplido. —Luca sujetó a su hermano y entornó la mirada hacia él con preocupación. ¿Qué había sucedido?

—Lo que he dicho. No quiero tener ningún interés en Claudia. No volveré por aquí. De ese modo…

—¡Vamos, no me jodas! Claudia te gusta. ¿Verdad? —le preguntó

enfrentándose a la mirada de Dante—. ¿Verdad? Dime.

Dante resopló ante la insistencia de su hermano pequeño.

—¿Y qué si me gusta? ¿Qué problema hay? Con no volver por el café me basta para no pensar en ella.

—¿Así? ¿Sin más? No lo conseguirás.

—Parece que sabes mucho de este tema.

—Solo te aviso de lo que te va a suceder. Y ahora, vámonos a casa. Se hace tarde y mañana tengo clase.

—¿No vas a quedar con tu chica?

—No. Luego la llamo. Es mejor que le deje espacio para que se centre en sus cosas. Créeme. Además, creo que tú me necesitas ahora mismo más que ella —le aseguró sabiendo de lo que hablaba. Le había prometido a Estefanía que no le quitaría tiempo de su escritura. De ese modo, podría avanzar la novela sin que él interfiriera. Les vendría bien a los dos mantener sus propios espacios mientras lo suyo se iba afianzando. El que no lo tendría nada fácil sería Dante. Pero eso, no le competía a él, sino a su hermano.

—¿Yo? ¿Por qué crees que te necesito?

—Por lo que acabo de ver y escuchar hace cinco minutos ahí dentro —le recordó señalando con el brazo hacia el café que quedaba detrás de ellos.

Dante sacudió la cabeza sin darle más importancia al tema del que tenía. No iba a pensar en Claudia ni a pasar por el café. Nada de eso.

Claudia había conseguido olvidar el comentario de Dante respecto de la fotografía de ellos dos y que él todavía guardaba en su móvil. «¿Por qué narices la tiene?», se preguntó con gesto pensativo mientras recogía los vasos vacíos de la barra. Dejó escapar un gemido de sorpresa y decidió olvidarse de todo para centrarse en el trabajo. Pero, para su propio fastidio, la tarde noche estaba muy tranquila y apenas si había jaleo, lo cual la hacía pensar en Dante, en sus miradas, en sus sonrisas y en sus comentarios hacia ella. Claro que si, además, pensaba en cómo se comportaba cuando él lo hacía, la cosa empeoraba para ella. Sin duda.

Capítulo 8

Estefanía se pasó por el café temprano. Quería ver si Melina estaría a esas horas y, de paso, darle algunos consejos acerca de la novela. Llevaba días algo atascada en su composición y creía saber cuál era el motivo. Ella no creía en la falta de inspiración de la que había escuchado hablar a otros escritores. Ni tampoco pensaba que fuera una cosa relacionada con la propia creación de la novela, porque tenía las cosas muy claras con respecto a su argumento. Ella más bien pensaba que era cosa de la relación que había iniciado con Luca. Y que le hacía pensar en esta. Y menos mal que últimamente coincidían en la facultad y poco más. Si quería pasar algo de tiempo con él, tenía que ir al pabellón para verlo entrenar a su equipo. Después se marchaban juntos y, en ocasiones, acababan en casa de ella. Estefanía pensaba que estaba bien el tiempo que compartían. Les servía a ambos para seguir con sus respectivas vidas y que de ese modo la relación se fuera asentando poco a poco. En ocasiones, ella recordaba la cantidad de tiempo que había compartido con su ex, Pietro, y que le había restado de hacer otras cosas. Se metió en aquella relación a tope y al final tuvieron que dejarlo; o mejor decir que había sido ella la que había puesto punto final. Por ese motivo, prefería tomarse las cosas con calma y ver la relación con Luca desde una perspectiva distinta a la que tuvo con su ex.

Empujó la puerta de *Il Café della Letteratura* y vio a Melina sentada frente a su portátil. Tecleaba sin parar, como si estuviera poseída. Tenía el ceño fruncido en claro síntoma de concentración. Melina no se dio cuenta de su presencia hasta que ella se acercó a la mesa y se quedó de pie frente a ella esperando que terminara de escribir.

Melina apartó la atención de la pantalla del ordenador para fijarla en el rostro de Estefanía.

—Hola, ¿cómo tan temprano por aquí? —le preguntó con una sonrisa nada más verla y le indicó con la mano que se sentara—. Siéntate y tómate un café conmigo.

A Melina la sobrecogió, en cierto modo, la expresión de su rostro. «¿Habrá dormido bien? ¿Tendrá algún contratiempo con su novela?», se preguntó mientras terminaba de teclear, guardaba el documento y bajaba la tapa del portátil. Se quedó contemplando a Estefanía con toda intención para que le contara qué la traía por allí.

—Estaba centrada en terminar una escena de mi próxima novela. Perdona que no te haya hecho mucho caso. Por cierto, hace días que no pasas por aquí. —La contempló con los ojos entrecerrados, como si pretendiera encontrar la respuesta a ello en el rostro de Estefanía.

—Sí, la verdad es que he salido pitando de casa a clase y viceversa. Soy consciente de que, si paso a tomar un café por aquí, no me quedarán muchas ganas de entrar en clase. Y no me puedo permitir el lujo de andarme pirando todas las mañanas. El profesor Estilo y ortografía comenzaría a sospechar de mí —le refirió con un tono de culpabilidad por ese hecho y una sonrisa irónica.

—Sí. Terminaría por pensar que no vas a su clase porque es un coñazo. Te entiendo. A mí también me pasaba. No te sientas culpable —le aseguró sacudiendo la mano delante de ella para restarle importancia a ese hecho.

—Buenos días, Estefanía, ¿qué quieres? —Marco acudió nada más que esta se hubo sentado a la mesa con Melina.

—Un café cargado que me despierte de una maldita vez —le pidió sin abandonar la ironía.

—De acuerdo. Ahora mismo.

—¿Va todo bien con la novela? —Melina entornó su mirada hacia la joven escritora.

Estefanía no pudo evitar resoplar.

—La verdad es que no.

—Si quieres contármelo y ver si te puedo echar una mano…

—Llevo días que no sé qué narices estoy haciendo —comenzó explicándole con cierto mal humor—. La verdad es que parecía que me había entonado y todo iba genial, pero de repente me encuentro algo apática. No sé por dónde continuar. Gracias, Marco —dijo cuando este le llevó el café y unas galletas.

—Por eso no tienes que preocuparte —le dijo Melina restando importancia a ese hecho—. A mí me sucede muchas veces. Fíjate que en una ocasión dejé la escritura aparcada durante casi un año.

—¿Un año? —Estefanía abrió los ojos como platos cuando escuchó a Melina referirle semejante comentario. Y más cuando esta se limitó a asentir—. ¿Y qué te dijo Gabriela?

—Me llamó a filas —ironizó Melina con una sonrisa de las suyas, de esas que parecía tomárselo todo a guasa—. Me pidió que pasara por su despacho. Sabía que iba a ponerme las pilas.

—Yo no quiero que sea mi caso. Estoy comenzando en el mundo de la escritura y no querría pasar por algo así. Ni retrasar mi novela más de lo permitido.

—A ver, ¿cuál es el problema?

—Ya te he dicho que estaba algo atascada.

—Sí, pero ¿qué ha cambiado en tu vida? ¿Luca? —Melina formó un arco con sus cejas en señal de expectación.

Estefanía se mordió el labio con gesto pensativo. Se encogió de hombros y miró a Melina sin saber si él era el responsable.

—Luca no me quita tiempo de escribir porque él lo aprovecha para entrenar al equipo juvenil de la Virtus. E incluso, a veces, creo que nos vemos más bien poco. Que me gustaría pasar juntos más tiempo.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque no quiero comprometerme demasiado en la relación. Ya tuve un desengaño bastante fuerte con mi ex. No quiero que me pase otra vez.

—Ya. —Melina chasqueó la lengua y asintió—. Pero no siempre tiene que suceder lo mismo. Además, Luca te respeta, te cuida… Me explico. Lo poco que lo conozco y que os he visto juntos, no me da la impresión de que sea un capullo. ¿Sí?

—Sí. En eso estoy de acuerdo.

—Bien, pues entonces ya tienes una diferencia con respecto a tu ex. Es un buen comienzo. ¿Crees que eso está afectando a tu escritura?

—No lo sé. La cuestión es que no logro centrarme del todo, y Gabriela me dijo que pretendía sacar la novela para verano. Quiere aprovechar las vacaciones académicas para lanzarla.

—Y que los lectores se pasen el tiempo en la piscina o en la playa leyéndola. Sí, es un buen momento para ello.

—Yo también supongo que será por ese motivo.

—Tal vez deberías escribir en un lugar apartado de todo. Alejarte un poco y aclararte.

Estefanía entornó la mirada hacia Melina sin saber si lo decía en serio.

—Pero no puedo dejar las clases.

—Ya lo sé. Pero me refiero a que deberías hacer como yo. Coge tu portátil y elige un lugar neutral para escribir.

—¿Te refieres a que haga algo parecido a lo que haces tú aquí? ¿Por ese motivo comenzaste a escribir en este café?

—Exacto. Estaba bloqueada como tú. No tenía las mínimas ganas de ponerme a escribir una nueva historia. Hasta que…

—¿Hasta que entraste en este café? —concluyó Estefanía mientras Melina se limitaba a asentir con total convicción.

—Ya te he contado que atravesaba una mala racha. Escribir en casa no me resultaba nada fácil después de una relación fallida. De manera que, cuando encontré este lugar… —dijo pasando la mirada por el café, por sus estanterías con libros, sus cuadros de famosos escritores clásicos y algunos más modernos, su aroma a café recién hecho cuando uno entraba—, encontré la inspiración que necesitaba y, poco a poco, volví a ser la que era. Tal vez podrías venir algún día y probar suerte. A lo mejor descubres que este lugar puede ser tan inspirador para ti como lo fue para mí. —Melina le guiñó un ojo en complicidad.

Estefanía permaneció callada durante unos segundos en los que meditaba la propuesta de Melina. Tal vez, después de todo, tuviera razón y todo volvería a ser como antes, con tan solo ir hasta allí y dejarse rodear por el ambiente.

—Puede que tengas razón.

—¿Estás preocupada porque no vas a llegar a tiempo para entregarle el manuscrito a Gabriela?

—La verdad es que no quiero fallarle. Ella ha depositado su confianza en mí como escritora de New Adult.

—Y no lo harás. No te preocupes. Tal vez tú misma te estés presionando demasiado, y no hace falta que lo hagas. La verdad.

—¿Sientes la presión de escribir? ¿De sacar una historia nueva?

Melina sonrió.

—Veo que te surgen dudas.

—La verdad es que sí.

—Pero no te comas la cabeza. La presión por escribir, por entregar un nuevo manuscrito, por que todo esté perfecto… Todo eso me sucedió con mi primera novela y, tal vez, con la segunda.

—¿Me estás diciendo que ya no sientes nada de eso?

—Claro que sí. Pero ahora sé cómo controlarlo. Antes me costaba. Me agobiaba como tú.

—Yo estoy muerta de miedo con esta segunda novela que estoy escribiendo.

—Las dudas te asaltan. ¿Gustará? ¿Tendré la misma aceptación que la primera? ¿No será demasiado esto o aquello? Bienvenida al club de *Las escritoras histéricas* —ironizó Melina con una carcajada—.

Tienes los mismos síntomas que yo cuando empecé en esto. Tranquila, se te pasará.

—Eso espero. La verdad es que, cuando estaba escribiendo mi primera novela, no me sentí así. Escribía relajada porque no pensaba que fuera a tener esta repercusión.

—Eso es normal. Antes escribías para ti, como *hobby* o para que te leyeran en las redes sociales. Y te dieran opiniones.

—Ya, y ahora lo hago para una editorial.

—No tendría que haber diferencias.

—No. Pero a mí sí me lo parece.

—Te entiendo. Pero no te agobies y disfruta de este momento. Por cierto, alguien viene a buscarte. —Melina hizo un gesto con el mentón hacia la puerta del café.

Estefanía volvió la mirada para ver a Luca entrar y caminar hacia ellas. Sintió el vacío en el estómago, como si el café no le hubiera caído bien después de todo. Los últimos días casi no habían coincidido fuera de las clases por diferentes motivos. Y ella se sentía en parte rara. De acuerdo que no quería adentrarse demasiado en aquella relación por miedo a volver a experimentar una decepción; pero eso no la eximía de querer verlo, de pretender estar con Luca.

—Sabía que, si quería verte, debía venir aquí —le dijo cuando se detuvo delante de ella—. Hola, Melina.

—¿Cómo estás, Luca? Me han dicho que entrenas a un equipo de juveniles de la Virtus.

—Sí. La verdad es que llevo unos días que no paro, ya que tenemos el próximo partido a la vuelta de la esquina.

—Estoy convencida de que ganaréis. Bueno, yo… —Melina hizo ademán de levantarse, pero Estefanía sacudió la cabeza.

—Nos vamos a clase, ¿verdad? —preguntó esta incorporándose de la silla para quedar junto a él.

—Sí, claro. Por eso estoy aquí.

—Bueno, chicos, pues que la mañana no os resulte muy aburrida —les deseó Melina con una sonrisa cómplice—. Y recuerda que todas hemos pasado por lo mismo —le dijo a Estefanía mientras le guiñaba un ojo.

Luca miró a las dos mujeres sin comprender qué era lo que se traían entre ellas. Claro que tampoco iba a preguntarle a Estefanía porque no era curioso. Y ella podría decirle que se metiera en sus propios asuntos. Saludó a Claudia con la mano cuando esta lo vio. Recordó la última vez que estuvo allí con Dante. Y la conversación posterior de ellos dos. No entendía por qué su hermano era tan reacio a querer conocer a Claudia. O, al menos, saber si ella tenía a alguien.

Habían pasado unos cuantos días y su hermano no había mencionado ir hasta allí a tomar algo. «¿Será por no ver a Claudia?», se preguntó Luca sin terminar de creer que su hermano se estuviera comportando de esa manera.

—No te esperaba.

—Supongo que porque no te había dicho nada. ¿Qué tal? —Luca se volvió hacia ella de repente y la rodeó por la cintura para atraerla hacia él. La sintió agitarse entre sus brazos. La miró de manera fija mientras ella sonreía.

—Estaba bien hasta que has llegado tú —le confesó mientras veía a Luca arquear las cejas sin comprender el significado de aquellas palabras—. Ahora mejor. —Se alzó de puntillas para rozar sus labios y emitir un sonido gutural de complacencia por el beso.

—Menos mal que lo has aclarado. De lo contrario, habría pensado que mi llegada había sido inoportuna.

—¿No irás a decirme que habías pensado que me sentía peor desde que apareciste?

—Pssss.

—Mira que eres idiota. —Lo golpeó en el brazo mientras e mordía el labio y lo miraba con un enfado fingido.

—¿Qué tal llevas la novela? ¿Has avanzado bastante en los últimos días?

Estefanía resopló, apretó los labios y sacudió la cabeza.

—No tanto como esperaba, la verdad.

—A lo mejor te estás exigiendo demasiado.

—No, claro que no. Solo es que no consigo centrarme.

Luca se detuvo frente a ella, con las manos sobre sus hombros, y entornó la mirada preguntándose si era por él.

—¿Por qué? ¿Hay algo que te preocupa? ¿Tiene que ver con nosotros? Sabes que tienes todo mi apoyo y que si hay algo que pueda hacer…

—Ya lo sé. Sé que puedo contar contigo para lo que sea.

—Me alegra saber que piensas de esa manera.

—Melina me estaba dando consejos acerca de cómo enfrentarme a estas situaciones. Y se lo agradezco mucho porque a veces no sé qué hacer. Creo que antes era más sencillo.

—¿Antes? ¿A qué te refieres?

—A cuando escribía sin presión de fechas de entrega, sin pensar en si la novela sería del agrado del público, las ventas, los seguidores… Todo eso que ahora mismo me rodea.

—¿Te sientes presionada?

—Soy idiota porque yo misma me la creo; la presión. Y no lo

entiendo, la verdad.

—Bueno, solo pretendes ser la mejor —le aseguró rodeándola por los hombros para atraerla hacia él y besarla en el pelo—. Es bueno que te sientas de esa manera.

Estefanía levantó la mirada hacia Luca sin terminar de creer que estuviera diciéndolo en serio.

—¿Por qué dices eso?

—Porque eso me demuestra que buscas prosperar y ser mejor como escritora. Que eres ambiciosa y no te conformas con lo que has conseguido.

—Pues yo no lo veo así. Yo lo que veo es que se me va la pinza pensando en todo ello.

—¿No irás a echarte atrás en tu proyecto de estrella de la novela New Adult? —le preguntó deteniendo sus pasos para mirarla con determinación.

—¿En serio me ves como una estrella de la novela para jóvenes? —Estefanía arqueó una ceja con suspicacia—. A ti sí que se te va la pinza.

—Ahora mismo te veo como mi compañera en todos los sentidos. Como la persona que me arrastra cada mañana a la facultad solo por verla, por estar con ella, por besarla y perder la noción del tiempo con cada una de sus sonrisas —le dijo inclinándose para apoderarse de la que bailaba en sus labios en ese momento.

Estefanía cerró los ojos y dejó que él la besara una vez más sin importarle lo más mínimo que se encontraran en mitad de la acera y que la gente se quedara contemplándolos.

—Sabes cómo levantarme el ánimo. ¿Y tú qué tal? Solo hemos hablado de mí y de mi paranoia.

—No me importa que hablamos de ti si con ello te ayudo. Yo estoy bien.

—¿Qué tal los entrenamientos?

—Bien. La semana se ha pasado rápido.

—¿Y mañana? ¿Juegas aquí? Podría ir a verte.

—Creo que no va a ser posible porque jugamos fuera. En Florencia.

—Eso significa que no vas a estar —resumió Estefanía con un toque de anhelo por estar juntos.

—Al menos por la mañana y parte de la tarde.

—No importa. Me deja tiempo para escribir.

—Te diría que vinieras si quieres, pero, como bien dices, tienes que escribir. Claro que si te apetece…

—Estaría bien. Pero entre la carrera y la novela no creo que deba hacerlo.

—Podemos vernos cuando llegue.

—Sí. Podemos quedar después. Y ahora más nos valdría darnos prisa o no entrenaremos en clase. Y no me he levantado para pirarme otra vez. —Le dio un beso rápido y reemprendió su camino hacia la facultad con un sentimiento de decepción.

La mañana no estaba saliendo bien. Primero, la conversación con Melina y sus miedos y dudas acerca de la novela. Y en ese momento, Luca, al que no vería el sábado hasta por la tarde cuando regresara de Florencia. No entendía muy bien por qué se sentía como si acabarán de echarle un cubo de agua por la cabeza. Seguía pensando en ir poco a poco con Luca, pero algo dentro de ella no parecía estar de acuerdo con esa premisa.

***

Gabriela revisaba las fechas de publicación de las próximas novelas.

—Quedan por fijar las de Melina y Estefanía —le indicó Silvia.

—Ya veo. Bueno, tampoco me quita el sueño porque tendremos sus obras para las fechas acordadas. La que más me preocupa es Melina porque ya nos conocemos y sabemos de qué pie cojeamos —ironizó Gabriela mientras pensaba en su amiga y en que no tenía ni idea de por dónde le iba a salir esa vez—. Hay que reconocer que Melina es una persona con suerte o, mejor dicho, una escritora. Cada novela que saca es un éxito. Y eso que ella pasa de todo.

—Esa suerte nos viene genial —señaló Silvia.

—Sí, sí. Pero es que me la conozco. Tendré que darle un toque a ver en qué anda metida.

—¿Y Estefanía Lambertti?

—No, no. Ella no me preocupa. Es más responsable que Melina. No habrá problema con la fecha de entrega. ¿Qué tal marchan las ventas de su primera novela? —Gabriela se recostó contra el respaldo del sillón mientras se disponía a escuchar a Silvia y sus cifras.

—Le pedí a los de contabilidad que me hicieran un avance de las ventas. De igual manera, a Lorena le pedí que me hiciera un informe sobre las redes sociales —le comentó Silvia a la vez que le entregaba a Gabriela dos folios.

Esta arqueó las cejas en señal de sorpresa y no varió su expresión ni un ápice mientras su mirada pasaba de un informe a otro.

—No está mal para ser el primer trimestre. La verdad.

—De seguir a este ritmo…

—Tú y yo sabemos que cuesta mucho mantener este ritmo de ventas, Silvia —la cortó y dejó los informes sobre la mesa—. Pero no

está mal para un comienzo. Espero que las ventas suban algo más.

—Con una segunda novela en el mercado, la gente se animará más.

—De momento, son buenas cifras. Y las opiniones respecto de su novela no son malas, pero tampoco son perfectas. Somos conscientes de que la New Adult no le gusta a todas nuestras lectoras.

—Pero el motivo de firmar con Estefanía no era otro que captar a ese público que hay entre dieciséis y veintipocos, ¿no?

—Es curioso que seas tú la que llegue a esa conclusión, de verdad.

—¿Por qué? —Silvia encogió los hombros y miró a Gabriela sin entenderla.

—Porque, como señalas, queremos captar al público lector en esa franja de edad. Pero tú los veintipocos los dejaste atrás hace tiempo y te has leído la novela de Estefanía. Lo mismo que hemos hecho Melina y yo. Bueno, en mi caso, más por motivos profesionales que lúdicos, todo sea dicho —aclaró, como si quisiera distanciarse de su amiga y secretaria a la hora de escoger el motivo para leer una novela de ese tipo.

—Sí. La he leído y me ha gustado su manera de escribir. Y también te digo que estoy deseando tener en mis manos su nueva historia.

—Yo también —asintió Gabriela con determinación ante la mirada risueña de su secretaria—. ¿Por qué me estás mirando así? Con esa cara de pérfida.

—Por la manera en la que has dicho que quieres tener la novela de Estefanía. Nada más. En fin, si no tienes nada más que contarme, sigo con las próximas publicaciones.

—Vale. Sigue con ello.

Gabriela permaneció recostada contra el respaldo de su sillón mientras pensaba en las dos escritoras más relevantes de la editorial. Esperaba con ansia noticias de ambas, que le dijeran que ya tenían su nueva obra. No quería lanzar tarde la novela de Estefanía; justo unos días antes de las vacaciones de verano para que las lectoras acudieran a comprar su ejemplar. Estefanía para el verano, mientras a Melina la dejaría para el otoño. Creía que podía ser una buena fórmula. Y así le daba más tiempo a esta, ya que se temía que anduviera con retraso.

***

Luca regresaba de Florencia en el autobús del equipo, más tarde de lo esperado. El partido se había retrasado casi una hora, lo que había condicionado todo lo demás. Por suerte, su equipo había ganado al Ponte Vecchio de Florencia: esa sí era una buena noticia. Si seguían por ese camino, no descartarían disputarse el título al Fiat Turín, al que habían vencido la anterior semana. Los chavales estaban eufóricos

por ese nuevo triunfo y cantaban en el autobús mientras él se sentía dichoso. Su hermano se había hecho eco de la nueva victoria del equipo y le había enviado un WhatsApp de felicitación. Él, por su parte, había hecho lo mismo con Estefanía, pero ella no lo había leído. No quería molestarla con una llamada. Suponía que estaría centrada en la novela y no quería cortarle el rollo. De manera que esperaría a que ella le respondiera.

Estefanía permanecía absorta en la pantalla de su portátil. Se había propuesto darle un empujón considerable a la novela. No quería dejar pasar más tiempo, no fuera a ser que la editora la requiriera y ella tuviera que ponerle cualquier excusa para no cumplir el plazo. Por ese motivo, se había encerrado en su habitación sin querer saber nada de sus dos compañeras de piso, a las que ya les había dejado claro que no iba a salir.

Cuando el autocar del equipo llegó al pabellón, algunos padres y familiares esperaban a los chicos. Luca cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el cabecero del asiento, deseando que ella estuviera esperándolo. Había estado revisando el WhatsApp en repetidas ocasiones, pero Estefanía no había leído el mensaje. Bajó del autocar sabiendo que ella no estaría, pero quienes sé estaban eran sus compañeros de facultad y amigos, Pierluigi, Francesco y Simone.

—¡Ese entrenador que va a conseguir el título para los chavales! —corearon los tres amigos mientras caminaban hacia Luca.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó él mirando a sus tres amigos con extrañeza.

—Esperarte para celebrar tu nueva victoria. ¿Por qué si no habríamos venido? —preguntó Pierluigi.

—Vamos, anda. Vayamos a tomarnos algo y así nos cuentas tu nueva victoria —sugirió Francesco.

Luca pareció dudar un segundo. Echó un último vistazo al móvil por si Estefanía había respondido. Pero una vez más se encontró con la misma respuesta. Decidió guardarlo y olvidarse del asunto. Debía estar muy ocupada con su novela.

—Está bien. Vayamos —les dijo a los tres amigos.

Estefanía detuvo sus dedos cuando comenzó a sentir el dolor en la espalda y como este se extendía hacia sus cervicales. Movió el cuello en repetidas ocasiones y se levantó de la silla estirando sus brazos. Notaba que estaba entumecida por el tiempo que llevaba sentada frente a su portátil tecleando sin parar. No tenía ni idea de la hora que era ni de si sus dos compañeras de piso seguían en este o habían salido. Resopló mientras seguía estirando su cuerpo y lanzó un último vistazo a la pantalla del portátil para comprobar el número de páginas que había escrito. Asintió con los labios fruncidos. No parecía estar muy contenta después de todo, o, al menos, eso indicaba la expresión de su rostro. Pero era mejor que nada. De manera que guardó el documento y cogió el móvil mientras salía de la habitación camino de la cocina. Necesitaba comer algo o desfallecería.

La casa parecía estar desierta, ya que no se escuchaba ningún ruido. Sin embargo, cuando se asomó al salón, se encontró con Micaela, que leía en el sofá. Al verla, esta se sorprendió hasta el punto de que estuvo a punto de dejar caer el libro. Y Estefanía, que tampoco esperaba encontrarse a ninguna de sus compañeras de piso, apunto estuvo de soltar el móvil.

—¡Coño! ¿Quién iba a esperar que aparecieras? —le soltó Micaela contemplándola con los ojos como platos mientras el libro se le escapaba de las manos.

—Lo mismo digo. Pensaba que estaría sola en el piso —le aseguró Estefanía. Sentía su corazón latir desaforado en el interior de su pecho. Se sentó frente a Micaela mientras el pulso acelerado iba remitiendo—. ¿Por qué no has salido? —le preguntó con una mirada de desconcierto por ese hecho. Micaela no era precisamente de las que se quedaban en casa un sábado por la noche.

—No tenía muchas ganas, la verdad. Siempre vamos a los mismos sitios, vemos a las mismas personas, todo tan repetitivo… Estoy algo cansada de ello —le refirió resoplando—. ¿Y tú? Aparte de estar encerrada en tu habitación, ¿no piensas salir tampoco?

Estefanía entreabrió los labios como si fuera a decir algo, pero sacudió la cabeza.

—La verdad es que se me ha ido la noción del tiempo y desconozco qué hora es.

—Las diez.

—¡¿Tan tarde?!

—Depende para qué. Para algunos, la noche empieza ahora. Oye, si no vas a salir, podemos quedarnos aquí, cenar y pasarla de manera relajada. Tú lo necesitas más que yo —le señaló mientras observaba los ojos rojos de Estefanía debido a las horas que llevaba frente al

portátil—. ¿Has avanzado tanto cómo esperabas?

Estefanía asintió, en un primer momento, sin decir nada.

—Sí. No puedo quejarme, aunque podría haber hecho más —le comentó mientras echaba un vistazo al móvil y veía el icono del mensaje de WhatsApp.

—Tú siempre te quejas de lo mismo.

—¿De qué? —Estefanía la miró con curiosidad.

—De que podías haber hecho algo más. De eso.

Emitió un gemido de aprobación mientras deslizaba su dedo por la pantalla del móvil y leía el mensaje de Luca. ¡Luca! Se había olvidado de él por completo al estar volcada en la novela. Recordó que le había dicho que le escribiría cuando llegara de Florencia. Frunció el ceño y resopló ante la expectante mirada de Micaela.

—¿A qué viene esa cara?

—A que Luca me ha escrito hace dos horas para quedar y yo no lo he visto.

—Si tienes ganas de salir, escríbele, o llámalo y queda con él —le sugirió Micaela con tota naturalidad—. No me importa quedarme sola.

—Es igual. A estas horas ya estará en casa o con sus amigos por ahí. No tiene importancia. Además, no creo que sea una buena compañía para estar por ahí, la verdad. Necesito una ducha y comer algo.

—¿Hacemos una ensalada y una pizza? Es algo rápido. De ese modo, mientras te duchas, la metemos al horno.

—Sí, genial.

—¿Qué tal con Luca?

—Bien —Estefanía pareció responder sin mucho interés, algo que achacó al cansancio que tenía.

—Escueta respuesta. ¿No tienes ganas de hablar en general porque estás cansada, o no quieres hacerlo de Luca y de ti? Y que conste que si me meto donde no me llaman puedes decírmelo con total seguridad. —Micaela entornó su mirada y extendió el brazo hacia su amiga con la palma de su mano hacia ella.

Estefanía se apoyó en la encimera y miró a su compañera mientras se mordía el labio en sentido de no saber qué decir.

—Pues no se cómo definirlo porque esta semana pasada apenas si nos hemos visto por causa de nuestras respectivas obligaciones fuera de las clases. Él, con el baloncesto y yo, con mi novela —le confesó con cierto malestar—. Tan solo hemos tenido un momento a solas la otra mañana que se pasó por el café, donde sabía que me encontraría. Nada más.

—Soy yo o te noto algo así como… A ver cómo lo digo…

¿decepcionada por no haber pasado más tiempo con él? —Micaela arqueó las cejas y abrió los ojos como platos con toda la atención puesta en su compañera.

Estefanía pareció meditar la respuesta porque durante un buen rato permaneció callada. ¿O se trataba de que no encontraba la respuesta acertada?

—No lo sé. Lo cierto es que me gustaría pasar más rato con él, pero eso implicaría quitarlo de otras actividades. Y… —Estefanía se mordió la lengua, lo que produjo un gesto de incomprensión en Micaela, la cual permanecía con el alma en vilo por saber qué le sucedía a su compañera de piso—. Me prometí que no me tomaría la relación muy en serio. Que iría paso a paso conociendo a Luca para ver qué tal nos iba. Sin precipitarme para no sufrir otro descalabro sentimental —le confesó mientras se encogía de hombros.

—Una nunca sabe lo que puede dar una relación. De todas maneras, no te agobies si no pasáis juntos más tiempo. De lo que se trata es de pasarlo bien, ya me entiendes. —Micaela le guiñó un ojo en complicidad con sus palabras—. Y tú tienes dos carreras en la actualidad: periodismo en la facultad y escritora de romances para jóvenes.

—Sí. Tienes razón. No es cuestión de agobiarse. Debo centrarme en mis dos carreras sin renunciar a divertirme con Luca, claro —sonrió de manera pícara.

—A eso me refiero. A divertirte con los pies en el suelo.

—Ya, pero, en ocasiones, los pies quieren echar a volar sin que tú lo evites. Oye, por cierto, siempre estamos hablando de Luca y de mí. ¿Qué pasa con vosotras dos? En tu caso, ¿no tienes ningún ligue o qué?

Micaela frunció los labios con un gesto carente de importancia respecto de ese tema.

—A ver, que no voy para monja, ¿eh? —le aseguró mirando a Estefanía como si esta pensara que lo era—. Lo que pasa es que no hay ningún tío en mi clase que me ponga. Así de claro. Además, prefiero divertirme a tope estos años. Acabamos la carrera dentro de unos meses y después cada una seguirá un camino distinto y tal. Me quedan años hasta que encuentre pareja —le aseguró encogiendo sus hombros al tiempo que se metía una porción de queso en la boca.

—Sí. Es un buen plan.

—Tampoco voy a liarme con el primero que pille. No estoy tan necesitada.

Estefanía puso cara de que no necesitaba que Micaela le diera explicaciones. Acabaron de preparar la pizza entre las dos y Estefanía

se volvió hacia la puerta de la cocina.

—Voy a darme una ducha mientras la metes al horno.

Micaela la vio salir de la cocina en dirección al cuarto de baño. Sacudió la cabeza en repetidas ocasiones sin acabar de creerse que su compañera pudiera pensar que podía pasar de Luca. ¡Pero si ya se lo había traído al piso! ¡A su habitación! ¡A su cama! ¿Esperaba que la creyera cuando le aseguraba que iba a tomárselo con calma?

Luca parecía haberse olvidado de Estefanía, ya que no había vuelto a hacerle caso a su móvil. Entendía que ella tenía otro «yo» que era la escritora y que por lo tanto tenía que dedicarle horas y horas. No se lo echaría en cara porque él ya lo sabía cuando la besó y le confesó que le gustaba. Y hasta agradecía que ella le hubiera sugerido que se lo tomaran con calma, sin promesas de amor eterno, ni te quieros, ni nada por el estilo. No iba a liarse la manta a la cabeza y enrollarse con otra, eso también lo tenía claro, pero no se comería la cabeza por ella. En ese momento, disfrutaba de la noche en compañía de sus amigos, los cuales habían querido ir al café de Marco y Claudia. Y era esta la que captaba casi la totalidad de las atenciones de sus amigos.

—¿Tú conoces a la camarera? Lo pregunto porque te he escuchado comentar que sueles venir por aquí con Estefanía —le comentó Pierluigi mientras contemplaba a su amigo con interés por su respuesta.

—Sí. Bueno, conocerla, conocerla… A ver, he intercambiado un par de saludos con ella. No vayas a pensar que nos conocemos de toda la vida. Que te veo venir.

—¿Tanto como para presentárnosla? —apuntó Simone mientras elevaba sus cejas con esperanza de que Luca accediera a ello.

—¿Qué pretendéis? De entrada nos saca unos años, lo que indica que no va a fijarse en ninguno de nosotros.

—A ver, solo para charlar con ella —apuntó Pierluigi encogiendo sus hombros sin dar motivos de algo más—. No sabes si le intereso. A lo mejor, después de conocerme… Además, a mí me van mayores.

—Allá tú, pero no creo que ahora sea un buen momento. Está a tope de curro —matizó Luca, quien no estaba dispuesto a presentarles a Claudia bajo ningún concepto. Conocía a Pierluigi y sabía que era capaz de cualquier cosa; hasta de decirle alguna burrada a ella.

—¿Sabes si sale con alguien?

—Ya te he dicho que no la conozco hasta ese punto. No tengo ni

puñetera idea de su vida privada. Pero ¿a ti que te ha dado? —Lo miró con el ceño fruncido y los hombros encogidos sin saber de qué iba su amigo.

—Es igual. Si tú no nos la presentas, ya lo haré yo luego. Lo cierto es que la tía está de buen ver. —Pierluigi se apoyó en la barra con los brazos y entrecerró los ojos mientras su atención se centraba en Claudia y en sus vaqueros prietos a sus muslos y a su trasero. Su camiseta de manga corta ceñida a su cuerpo marcaba el volumen de sus pechos, su cintura estrecha… Lo que no contaba él era que en ese momento ella se girara y lo pillara mirándola.

—No es una buena idea lo que vas a hacer —murmuró Luca antes de que su amigo siguiera con sus intenciones.

Claudia se dio cuenta de que uno de los amigos de Luca la estaba contemplando de manera fija. Intuía lo que había captado su atención y sonrió con ironía. Bien, se divertiría con él. Se acercó hasta él por si quería algo.

—¿Necesitas algo? —le preguntó apoyando las manos en la barra mientras entrecerraba sus ojos y lo contemplaba con curiosidad.

—Eh… No… No…

—Pues entonces deja de mirarme de esa manera, ¿quieres? Tengo mucho curro —le soltó con un toque irónico que cortó a Pierluigi y enmudeció a sus amigos.

—No… Yo… No te estaba mirando… —Pierluigi gesticuló con la mano sin atreverse a referirse a esa parte de la anatomía de Claudia.

—¿En serio? —Claudia se apoyó en la barra con los brazos cruzados y juntando sus pechos. Cuando se lo proponía, era tremenda. No soportaba que los tíos la miraran como un polvo fácil. Pero sabía que todos se cortaban cuando ella les seguía el juego, como al amigo de Luca—. Vale, pues la próxima vez que quieras algo, pídemelo.

Claudia sacudió la cabeza y sonrió con picardía antes de marcharse a la otra punta de la barra.

—Pedazo de corte que te ha dado, amigo. Te dije que no era un buen momento y que no creo que le llame la atención un tío como tú —le repitió Luca para después apretar los labios y asentir.

—Vale, vale. Lo he captado —asintió Pierluigi derrotado.

—Por cierto, ¿qué tal con Estefanía? —Simone miró a Luca mientras le hacía la pregunta.

—¿Por qué me lo quieres saberlo?

—Por saber qué tal con ella, joder. ¿Ya te la has tirado?

Luca se convirtió en el centro de atención de sus tres amigos, los cuales parecían que fueran a matarlo por las miradas que le dedicaban.

—¿Qué más os da?

—Hombre…, pues qué quieres que te diga, pero tiene su cosa —comentó Francesco.

—Zumbarte a tu compañera de clase… Tiene morbo porque yo la veo todos los días —le aseguró Pierluigi.

—Si deciros que me la he tirado significa que me vais a dejar de tocar las pelotas con este tema toda la noche… —Luca cogió aire antes de decirlo. No estaba seguro de si era lo correcto con aquellos tres elementos que tenía por amigos. Pero no quería que le dieran la paliza toda la noche con Estefanía. Además, no creía que sucediera nada por decirlo. Al fin y al cabo, ya era de dominio poco menos que público que estaban juntos, ¿no?—. Sí. Me quedé a dormir en su piso la otra noche.

—¿No jodas? —preguntó Simone abriendo sus ojos como si fueran a salirse de las órbitas y su labio inferior parecía que fuera a caerse al suelo de un momento a otro.

—Te lo acaba de decir, ¿o es que estás sordo? —comentó Francesco—. Pero ¿es una relación de follamigos o vais en serio?

—Este va tan en serio como yo —aseguró Pierluigi con una sonrisa bastante significativa de lo que pensaba de Luca y de Estefanía.

—Eh, no tengo ni idea. No sé qué coño sucederá —le dijo con sinceridad, ya que no estaba seguro de lo que daría de sí la cosa.

—Ya. Pero a ti ella te gusta. —Simone entornó la mirada hacia Luca, deseoso por saber más.

—Vaya pregunta que haces. ¿Tú te tirarías a una tía que no te pone? —le preguntó Francesco.

—No, joder. Por muy desesperado que estuviera —aclaró Pierluigi —. A lo mejor tú sí, ¿eh?

—Pues eso mismo. Aplícate esa pregunta a ti mismo.

—A ver, tíos. Estefanía está muy buena. Pero no os puedo decir qué es lo que va a suceder. Que nos hayamos acostado no significa nada.

—Eso de que no significa naaaddddaaaa —Pierluigi arrastró la última palabra—. Hombre, ¿al menos te lo habrás pasado bien? Pero me refiero que a lo mejor para ti no ha significado gran cosa, pero para ella… —Pierluigi arqueó sus cejas con toda intención, queriendo hacerle ver a su amigo que tuviera cuidado.

«Pero si es ella la que no quiere ir deprisa. Solo tengo que ver esta noche. No ha respondido a mi mensaje, luego entiendo que para ella no es muy importante vernos».

—Va, este solo se está divirtiendo con ella. Es mejor así, que os veáis poco. De ese modo, ella no se acabará enamorando de ti —

señaló Francesco muy seguro de ello.

—La verdad es que no tengo ni idea de lo que sucederá. Además, me han ofrecido volver a jugar al baloncesto. —Luca quería desviar el tema de la conversación a toda costa. No quería pasarse la noche hablando de Estefanía y de lo que él había hecho con ella.

—¿En serio? ¿Y qué vas a hacer? Lo dejaste hace un par de años por la rodilla —le recordó Pierluigi.

—Todavía no lo tengo claro. El otro día estuve entrenando con el primer equipo. Dante se empeñó en que lo hiciera.

—¿Y qué tal te viste?

—No demasiado mal para el tiempo que hace que no juego, la verdad.

—Joder, pues si vuelves al equipo, entrenas a las categorías inferiores y la facultad, dinos cómo vas a hacer para estar con Estefanía —comentó Simone mientras miraba a su amigo y sacudía la cabeza sin acabar de entender la situación en la que se iba a meter Luca.

Este se limitó a poner una expresión de no tener ni idea de cómo lo haría. Pero por el momento no iba a pensarlo. Ya lo haría si al final aceptaba volver a jugar al baloncesto.

—A ver, tampoco voy a jugar todos los partidos ni ir convocado. Puedo acordar con la directiva y el entrenador que me llame si necesita gente para completar la convocatoria. Además, no estoy a punto para jugar a nivel profesional. Esto es algo que me han propuesto, pero todavía no tengo claro qué haré.

—Acabarás jugando, tío. El baloncesto siempre ha sido lo tuyo —le recordó Francesco entrechocando su mano con la de Luca.

—Sí, estoy de acuerdo con él —asintió Pierluigi—. Aunque hay que tener en cuenta que tiran más dos tetas que dos carretas. No os confiéis. Y ahora, ¿podemos irnos a otro lado? Ya que no tengo nada que hacer con la camarera…

Luca asintió con una media sonrisa. Claudia no era una mujer para ninguno de ellos cuatro. Tal vez su hermano pudiera estar interesado en ella, pero por el momento prefería quedarse en el banquillo. Claro que con la actitud que había tenido con Pierluigi, si él fuera su hermano Dante, se lo pensaría antes de acercarse a ella.

Capítulo 9

Algo parecía estar cambiando en la relación de Luca y Estefanía. El lunes por la mañana Luca no pasó por *Il Café della Letteratura* como hacía otras mañanas sino que había acudido a la facultad a primera hora. El domingo no había recibido ninguna llamada por parte de Estefanía, ni tampoco un mensaje. Él por su parte tampoco lo había hecho más pendiente de no molestarla y dejarla escribir. Pero consideraba que su falta de comunicación podría estar afectándoles. Había esperado a que ella lo llamara o charlara con él a través de WhatsApp, pero ni siquiera lo hizo.

Por un momento llegó a pensar si ella se estaría arrepintiendo de lo sucedido. Si una vez que se habían acostado había perdido todo el interés en su relación. En un momento de la tarde Luca desechó estas posibilidades y decidió salir a correr por Bolonia, por el parque Margherita para ver qué tal estaba a nivel físico. Y también porque necesitaba distraerse y abstraerse de cualquier pensamiento negativo al respecto. Si se quedaba en casa le daría vueltas a la situación. Ya lo aclararían cuando se vieran en la facultad.

Estefanía se quedó dormida esa mañana y no apareció a primera hora. La noche anterior había estado tecleando sin parar hasta que el sueño la venció. Aparcó la historia de Michele y Sofía por unas horas. Era tal su grado de cansancio que ni si quiera escuchó la melodía del móvil. Dejó que sonara hasta que pareció rendirse y se silenció. Ni si quiera sus compañeras de piso acudieron a su habitación a despertarla, sino que la dejaron dormir. Lanzó una mirada a su móvil para recopilar los mensajes y los correos que habían llegado durante el domingo y esa mañana de lunes. Como era de esperar, Allegra y

Mónica la habían bombardeo a base de bien. Que dónde estaba. Que si pensaba aparecer por clase. Que qué hacía. Sonrió y puso los ojos en blanco mientras releía los mensajes y les respondía que ya iba camino de la facultad. Que no era para tanto llegar a segunda hora un lunes por la mañana después del intenso fin de semana que había pasado pegada al portátil. Le sorprendió no encontrar ningún mensaje de Luca preguntándole por lo mismo. Esa apreciación le apretó el estómago de una forma inesperada. No es que esperara que él se desviviera por ella, pero preguntarle al menos por qué no había ido a primera hora… Claro que ella tampoco le había respondido a su mensaje del sábado ni tampoco el domingo. Ni lo había llamado para verse. La novela le había robado todo el fin de semana.

Llegó a la facultad justo cuando la primera clase concluía y la gente abandonaba el aula entre conversaciones. Algunos sacaban un café o un refresco en las máquinas expendedoras e, incluso, los que decidían salir a la calle a fumar. En mitad de ese gentío vio aparecer a Luca; cómo no hacerlo cuando destacaba de la media de alumnos. Sus miradas se encontraron por un segundo, lo que hizo que ambos se detuvieran a escasos pasos el uno del otro.

—Oye, te veo luego, ¿vale? —Pierluigi palmeó a Luca en el brazo y miró a Estefanía—. Vaya, ¿te has pirado la primera clase?

—Sí. Me quedé dormida.

—La bella durmiente —dijo con toda intención mientras miraba a Luca de manera fija. De haber llegado juntos, Pierluigi podría hacerse una idea del motivo de llegar tarde. Pero no había sido ese el caso—. Bueno, os dejo.

Durante unos segundos, los dos se mantuvieron en silencio, ajenos a las carreras, las voces y los empujones de los que pasaban por su lado. Luca apretó los labios y asintió en repetidas ocasiones.

—¿Te has quedado dormida?

—Sí. La verdad es que ni siquiera he escuchado el despertador del móvil.

—No te preocupes. No te has perdido nada interesante ahí dentro —le comentó mientras señalaba con el pulgar a su espalda, a la entrada al aula.

—Menos mal. Me sentía fatal.

—¡Naaaahhh! No es para tanto.

—¿No vas a volver? —El sentimiento de temor a que esa fuera la realidad le apretó el pecho a Estefanía.

—Eh, no. He quedado con mi hermano. —Estefanía no dijo nada. Se limitó a asentir—. ¿Qué tal llevas la novela?

—Bastante avanzada, la verdad. No esperaba aprovechar el tiempo

de esa manera.

—Genial. Te dije que no te preocuparas. Que cumplirías el plazo de entrega. —Luca lanzó una rápida mirada al reloj.

—Te estoy entreteniendo. Has quedado y a mí me conviene entrar o, de lo contrario, no lo haré en todo el día.

—Sí. Es peligroso no entrar en clase las dos primeras horas. Corres el riesgo de no hacerlo en toda la mañana —le advirtió con gesto serio mientras agitaba el dedo índice delante de ella.

—Lo sé. Bueno, luego te veo.

—Sí. Supongo. Deberías entrar ahora —le dijo señalando el aula a la que regresaban sus compañeros.

Luca la contempló alejarse de él y desaparecer. Ni una sola referencia a su mensaje del sábado. Ni una sola pregunta a lo que había hecho. A por qué razón no se habían visto. Luca sacudió la cabeza y decidió dejar el asunto a un lado e ir en busca de su hermano. Pero no hizo falta porque lo vio surgir por encima de las cabezas de los demás alumnos. E incluso alguno levantó la mirada hacia él, tal vez sorprendido por ver a alguien de su tamaño por allí. Pero todavía fue más sorprendente quizás para algunos cuando él entrechocó la mano con la suya.

—¿Todo bien? —preguntó Dante. No había querido hacerse ver mientras charlaba con Estefanía. Había preferido mantenerse en la puerta de la facultad, desde la que lo había observado.

—Sí, claro.

—La chica con la que hablabas hace unos minutos…

—Estefanía. Era ella.

—¿Qué tal?

—Pues no sabría qué decirte —comenzó exponiendo Luca mientras la mirada de Dante se llenaba de incomprensión—. No nos hemos visto en todo el fin de semana. Pero eso ya lo sabes. Ni hemos comentado nada respecto de por qué ha sido así.

Dante abrió los ojos un poco más hasta que sus cejas formaron un arco que denotaba su lógica sorpresa por esa información.

—¿En serio? Bueno, bien pensado, creo que el pasillo de la facultad no es el lugar para aclararlo.

—Ya, pero me jode que no diga nada. Le envié un mensaje cuando veníamos de Florencia para ver si le apetecía que nos viéramos.

—¿Y te dijo que no? Por eso te largaste con tus colegas.

—Ni siquiera me respondió —le aseguró mostrando su teléfono—. Lo leyó en algún momento, pero no contestó. Tal vez lo hizo tarde y consideró que ya no tenía sentido hacerlo.

—¿No te ha dado ninguna explicación?

—No. Yo… solo he confirmado el hecho de que se había quedado dormida a primera hora. Y luego le he preguntado por su novela y… ahí hemos terminado la conversación. Tenía que entrar en clase y yo he quedado contigo.

—¿Y qué te ha dicho? Sobre la novela. —Dante parecía mostrar un interés desmedido en el tema.

—Que el fin de semana le ha cundido bastante. E imagino que la novela ha sido la responsable de que esta mañana no se haya presentado a primera hora.

—Ya. Bueno, tú sabías que ella tiene que escribir, ¿no? Me refiero a que tendrá que sacar tiempo para hacerlo, puesto que por las mañanas está en clases.

—Claro que lo sabía. Pero me ha jodido que no me respondiera al mensaje, aunque solo fuera para decirme que no podía quedar o que no le apetecía porque estaba cansada —le confesó un Luca algo cabreado por la manera en la que se habían desarrollado los hechos.

Dante comenzó a esbozar una tímida e imperceptible sonrisa que se hizo más acusada a medida que se fijaba en la expresión del rostro de su hermano. Y por último rompió a reír para desesperación de Luca.

—¿De qué coño te ríes? —le preguntó Luca algo molesto por la actitud de su hermano.

—Del cabreo que tienes porque ella no te llamó. De eso. Deberías verte, hermanito. No es para tanto, coño.

Luca frunció el ceño y sacudió la cabeza mientras trataba de olvidarse del comentario de su hermano. Prefirió cambiar de tema y hablar de baloncesto.

—¿Y bien, qué querías contarme? Porque has venido a verme por algo.

—Relájate y deja a Estefanía un momento mientras te cuento.

—Sí, vale —asintió algo más relajado—. ¿Un café?

—Va, venga. Tú invitas.

Llegaron a la cafetería de la facultad envueltos en la consabida expectación que levantaba Dante. Pero más que la gente se enterara que era le hermano de Luca. Se quedaron en la barra mientras les servían los cafés.

—Seré directo para no hacerte perder el tiempo.

—Tranquilo, no lo haces. Y luego tengo libre.

—Bien. Zanotti quiere verte esta tarde en el entrenamiento.

—Vaya —murmuró Luca, quien no veía el momento de quedar con Estefanía.

—¿Sucede algo? ¿Hay algún inconveniente?

—No, solo que me ha sorprendido.

—Si el otro día te preguntó si estabas dispuesto a jugar en el equipo, es por algo.

—Sí, es cierto.

—¿Sigues queriendo volver? —Dante entornó la mirada hacia su hermano. Quería estar convencido del todo de que el hecho de que estuviera entrenando con el primer equipo de la Virtus fuera porque tenía interés en jugar.

Luca apretó los labios y asintió mientras echaba el azúcar al café y lo removía. Si pensaba en Estefanía, tal vez le costara decidirse. Pero, por otra parte, entre ellos no parecía que existiera una relación con todas sus consecuencias. Una relación algo seria a la vista de lo sucedido el pasado fin de semana. Así que Luca entendía que, de momento, se estaban divirtiendo. Habían acordado no expresar sus sentimientos. Luego, hasta que ese momento llegara, si lo hacía, Luca seguiría con su vida, y en ese instante se le abrían las puertas del primer equipo de la Virtus de Bolonia.

—Sí, pasaré por el pabellón a charlar con Zanotti. ¿Dónde jugáis el próximo partido?

—En Milán.

—¿Contra Emporio Armani? Partido duro.

—Ya, bueno. Todos los son en nuestra situación. Estamos lejos de clasificarnos para el *play-off*, la verdad.

—Ten en cuenta que el equipo es nuevo y bastante joven.

—Los años de gloria de este equipo empiezan a quedar lejanos a cuando se alzó con el campeonato de liga y la Euroliga —le recordó Dante como si los echara de menos.

—Me estás hablando de cuando yo era un crío y admiraba a jugadores como Danilovic, Morandotti, Binelli, por citar a algunos de los que defendieron la camiseta de este equipo. Y qué decir de su entrenador Ettore Messina —refirió aludiendo a este con un gesto de asombro—. Ganó dos copas de Europa con la Virtus. Por no mencionar su palmarés y su trayectoria actual en los San Antonio Spurs de la NBA.

—Ya lo sé.

—El actual equipo se está haciendo. Entrar en el *play-off* sería todo un éxito, créeme. Pero, bueno, eso ya lo sabes.

—Sí. Es el objetivo para este año. Estar entre los ocho mejores de la liga.

—Ya verás como al final lo lográis.

—Entonces, ¿estás convencido de ello? ¿De decirle a Zanotti que puede contar contigo? —Le dio un toque en el brazo para animarlo, ya

que veía a Luca algo decaído por el tema de Estefanía.

—Sí. Cuenta conmigo.

Dante apuró su café y miró el reloj de la cafetería.

—Bueno, como no quiero que te pires otra clase, más te vale pagar y largarnos. ¿Te veo esta tarde entonces? A las seis.

—Sí, claro. Pasaré por el pabellón. Además, hoy no tengo entrenamiento con los chicos —le aseguró, dejó una moneda de dos euros en el mostrador y caminó junto a su hermano hacia la salida.

—Entonces te veo allí.

—Por cierto, el sábado estuvimos donde Claudia —Luca lo soltó un poco a modo de revancha por las carcajadas que Dante se había echado al hablar de Estefanía. Su hermano se quedó clavado en el sitio cuando él le mencionó a la camarera.

—¿El sábado? —preguntó, extrañado, Dante mientras entornaba la mirada hacia su hermano.

—Cuando regresamos de Florencia.

—¿Te refieres a después del partido? —Dante parecía algo aturdido.

—Sí. Quedé con mis amigos y dio la casualidad de que acabamos allí. —Dante frunció los labios y miró a su hermano sin darle mayor importancia de la que tenía para él—. ¿Sabías que Pierluigi quiso entrarle a Claudia?

—¿Pierluigi? —repitió Dante entre la ironía y la diversión sin llegar a creerlo.

—Como te lo cuento. Nada más verla se quedó hipnotizado. Es más, Claudia lo puso en su sitio cuando lo pilló mirándole el culo.

—¡Joder! Tu amigo no se corta un pelo, ¿eh?

—Ya te digo. Pero no te preocupes.

—¿Por qué debería preocuparme? —Dante no lograba entender el significado de aquella afirmación.

—Ya te digo que lo puso en su sitio. Oye, si ella te interesa, deberás tener cuidado. Es una mujer de armas tomar.

—Es lógico cuando se trabaja detrás de la barra. Apuesto a que tiene que escuchar comentarios de todo tipo. Y a los tíos como tu colega tiene que ponerlos en su sitio.

—Te lo comento por si acaso sigues interesado en ella.

Dante sonrió con ironía. Se acercó a su hermano y le dio una palmada en el hombro.

—Tú mira a ver qué coño haces con Estefanía. —Dante le guiñó un ojo en sentido de complicidad antes de despedirse de él—. Nos vemos esta tarde.

—Allí estaré.

Luca consultó el reloj. Todavía le quedaba tiempo antes de la siguiente clase. Resopló y sacudió la cabeza mientras pensaba en lo que iba a hacer: regresar al baloncesto activo después de haberlo dejado hacía unos años por problemas en las rodillas. Lo bueno era que él no sería una pieza clave en el equipo, sino que iría para completar el *roster*[1] de cara a los siguientes partidos. No debería agobiarse con ese tema.

Estefanía lanzaba constantes miradas a su móvil para controlar el tiempo. Deseaba que terminara la clase para salir del aula y ver a Luca, si este no se había pirado. Lo había notado algo frío con ella cuando se encontraron en el pasillo camino del aula. Tal vez le había sentado mal que no le respondiera al mensaje, pero también tenía que entender que tenía que entregar una novela en un plazo determinado. Ya puestos, ¿por qué no la había llamado el domingo? Podían haber quedado.

El profesor consultó la hora en su reloj, el cual dejaba con parsimonia sobre la mesa antes de comenzar la clase. Frunció el ceño y asintió como si estuviera sorprendido porque la clase había terminado.

—Esta bien, lo dejamos aquí por hoy. Seguiremos con el tema la próxima vez.

Estefanía recogió a gran velocidad sus apuntes, los metió en la carpeta y se levantó antes si quiera de que sus compañeras dijeran una sola palabra. Tanto Mónica como Allegra la vieron salir poco menos que disparada hacia la puerta.

—¿Y a esta qué le ha dado ahora para salir de clase de esa manera? —preguntó Allegra mientras miraba a Mónica como si tuviera la respuesta a la pregunta. Pero su compañera se limitó a encogerse de hombros y a fruncir los labios con indiferencia.

Estefanía abandonó el aula con celeridad en busca de Luca. Esperaba que este regresara y no se pirara la siguiente clase. De lo contrario, lo llamaría para quedar y hablar. Pero no hizo falta porque lo vio aparecer en el pasillo y caminar hacia ella.

Luca avanzó con paso decidido a buscar a Estefanía. Necesitaba verla de una vez por todas después de que el fin de semana pasado no se hubieran visto. Y esa mañana llevaban camino de no hacerlo, porque el breve encuentro que habían tenido no contaba.

—¿Entras o te vienes a tomar un café? —le preguntó nada más

verlo llegar hasta ella.

—¿Sabes que tienes mucho peligro?

—Vale, si lo dices por pirarnos la clase, no he dicho nada —le rebatió algo confusa por su respuesta. «¿Qué le sucede? ¿No tiene ganas de quedarse a solas conmigo? ¿De charlar, de besarme, de cogerme de la mano?», se preguntó Estefanía contemplando el gesto de Luca con los ojos entrecerrados.

Él le regaló una media sonrisa.

—Lo digo porque me es complicado resistirme a tus invitaciones. Sabes cómo tentarme para que caiga.

—¿Y? —Ella abrió los ojos como platos mientras esperaba a que él se decidiera de una vez.

—Que acepto tu invitación. ¿Cómo podría rechazarla viniendo de ti?

—Pues, la verdad, he llegado a pensar que pasabas del tema —le rebatió algo molesta por su comportamiento.

Luca volvió a regalarle un sonrisa que Estefanía no sabía cómo calificarla, pero lo cierto era que no estaba segura de si le transmitía calma o todo lo contrario. ¿Cómo podía ser así? Parecía que le diera todo igual. Con razón le habían dicho que Luca iba por libre y que hacía más bien lo que le apetecía.

—¿A la cafetería de la facultad o prefieres salir de esta zona?

—¿Qué pasa, que no piensas volver a clase? —Estefanía se sintió confusa por su sugerencia.

—¿Y si así fuera? —le preguntó él mientras entornaba la mirada hacia ella con inusitada curiosidad.

—Por mí bien. La verdad es que la mañana está siendo un completo coñazo.

—Lo imagino. ¿Nos vamos?

Caminó al lado de él sin saber qué le esperaba de esa cita en mitad de la mañana, la verdad. Encontraba a Luca algo raro y no sabía a qué atenerse.

Abandonaron la facultad y los alrededores para dirigirse al centro neurálgico de la ciudad. Caminaban uno al lado del otro sin decirse nada. Sus manos se rozaban de manera casual y sus dedos se enredaban de tal forma que parecieran buscarse. Sus cuerpos se encontraban debido al vaivén de su paseo sin que ellos parecieran darse cuenta de esto porque estaban perdidos en sus respectivos pensamientos.

—Bueno, ¿qué tal marcha la novela? —le preguntó Luca rompiendo el hielo. El silencio se había vuelto algo incómodo en ese preciso momento.

—Creo que he avanzado más de lo que pensaba. La verdad es que una vez que me pongo, soy capaz de meterme en el mundo que estoy creando y olvidarme por completo en el que vivo yo.

—Lo entiendo.

Estefanía se detuvo antes de entrar en el café.

—Siento no haberte respondido al mensaje cuando lo enviaste el sábado por la tarde.

Luca se quedó contemplándola sin decir nada. Se limitó a observarla.

—No pasa nada. Tranquila. Me di cuenta de que estarías muy liada con tu novela y que no lo habrías visto.

—Ya, pero…

—Quedamos en que no iba a quitarte tiempo de tu escritura, ¿recuerdas? —Luca inclinó la cabeza en dirección a la de Estefanía. Sentía las ganas de besarla, aunque fuera un leve roce de sus labios. Sin embargo, lo evitó.

—Me supo mal no decirte nada. Pero este fin de semana prometo quedar contigo y aprovechar el tiempo a tope.

Luca asintió. Tendría que contarle que ese fin de semana le sería complicado si aceptaba ir a Milán a jugar contra el equipo de allí. La dejó pasar al interior del café y la siguió hasta una mesa. No sabía cómo iba a reaccionar ella, claro que tal vez se lo agradeciera porque de ese modo ella tendría tiempo para seguir con su novela.

El café contaba con unas escaleras que conducían a un piso superior. La decoración era bastante moderna y no tenía nada que ver con el de Marco, en el que se respiraba tranquilidad, una especie de calidez, que te invadía nada más entrar.

—¿Quieres ver si hay sitio arriba? —preguntó Luca haciendo un gesto con su mano hacia este.

—Vale.

—Disculpa, ¿servís arriba o me llevo yo los cafés?

—Puedes subir. Hay una pequeña barra. Allí os sirven —le explicó el camarero.

—Gracias. —Luca posó su mano en la espalda de ella para indicarle que subiera, y se situó detrás.

Estefanía contuvo la respiración cuando sintió la proximidad de Luca. Su mano sobre su espalda de una manera sugerente y tímida al mismo tiempo. Llegaron a lo alto de la escalera para encontrarse con un saloncito moderno y muy bien decorado, con una barra tras la que había una chica.

—Hola. Sentaros que ahora os atiendo.

Luca dejó que fuera Estefanía la que eligiera el sitio. Apenas había

un par de mesas ocupadas.

—¿Habías venido alguna vez? —le preguntó ella mientras se quitaba la chaqueta y se sentaba. Paseó la mirada por el local.

—No.

—¿Qué os apetece, chicos? —la camarera apareció ante ellos como si hubiera surgido de la nada.

—Capuchino —dijo Estefanía mientras desviaba la atención hacia la chica.

—Yo otro.

Luca se acomodó con los brazos cruzados y la espalda apoyada contra la silla.

—Antes me comentabas que habías aprovechado el tiempo este fin de semana para darle un empujón a tu novela.

Estefanía entornó la mirada hacia Luca y sonrió. Le debía una disculpa por no haberle respondido ni llamado en los dos días. Y aunque lo había hecho justo antes de entrar en el café y él parecía no haberle concedido demasiada importancia, ella creía que se la debía.

—La verdad es que aproveché el tiempo. Más incluso de lo que yo esperaba, si te soy sincera. Y me supo mal haber pasado de ti, de verdad.

—Ya te he dicho antes que no pasa nada. Entiendo que estuvieras ocupada con tu trabajo. De manera que deja de disculparte cada dos por tres. No tienes que hacerlo. No es necesario.

La camarera apareció con sus respectivos capuchinos y un plato de galletas de té.

—Aquí tenéis, chicos. Para que cojáis fuerzas.

—Gracias —dijeron los dos al unísono.

—Prometo que este fin de semana no te daré plantón. —Estefanía arqueó las cejas en señal de expectación por lo que Luca le dijera.

Pero la respuesta de él no era lo que esperaba con tanta ansia.

—Este fin de semana no podremos quedar.

Estefanía permaneció en silencio mientras trataba de asimilar aquellas palabras. ¿No quería verla? Le guardaba rencor porque ella le había dado plantón y entonces él se la devolvía. Tuvo la repentina sensación de que lo que había entre ellos no estaba apuntalado del todo y de que en cualquier momento podría venirse abajo.

—Vale. No pasa nada. En ese caso, aprovecharé para darle otro empujón a la novela. Saldré con mis compañeras de piso o con Allegra y Mónica —le aseguró, decepcionada por ese hecho.

Luca observó la expresión del rostro de ella y cómo sus expectativas para pasar juntos el fin de semana se evaporaban. Su tono le sonaba a decepción y cabreo.

—He aceptado regresar al baloncesto profesional y este fin de semana jugamos en Milán —le aclaró antes de que ella se montara su propia historia.

—Pero… eso es fantástico, ¿no? —exclamó ella mientras trataba de organizar sus pensamientos al mismo tiempo que se recuperaba del *shock* inicial provocado por el comentario de Luca.

—Te diría que puedes venir si quieres…

—No, no es una buena idea. A ver, me gusta el baloncesto y puedo irte a ver cuando juegues aquí, en Bolonia. Pero viajar… —Ella abrió los ojos como platos y esbozó una sonrisa de circunstancia.

—Lo entiendo.

—¿Cómo te ha dado por volver a jugar? Me comentaste que lo habías dejado hacía un par de años por tu rodilla.

Luca asintió mientras ella lo miraba con los ojos entrecerrados y sacudía la cabeza sin comprenderlo.

—Sí. Bueno, he aceptado la propuesta del entrenador. Pero si te soy sincero, no creo que dispute ningún minuto.

—Entonces, ¿por qué vas? —Sí que lo entendía menos.

—Para completar la plantilla. Mi hermano me lo comentó la otra tarde que yo estaba entrenando a los chavales. Me sugirió quedarme con el primer equipo. Esta mañana vino a comentarme que el entrenador quería proponerme viajar con ellos a Milán.

—Suena bien, ¿no?

—Ya veremos. —Luca encogió los hombros.

—¿Seguirás entrenando al equipo juvenil también? —Estefanía cogió la taza entre sus manos y observó la expresión de él por encima de esta.

—Sí. Al menos hasta que termine la temporada.

—¿Y después? —Ella arqueó una ceja con suspicacia. No sabía si aquellas preguntas eran porque le interesaba saber cosas de él o, más bien, porque quería estar prevenida hacia dónde iba lo de ambos. Si él iba a entregarse en cuerpo y alma al baloncesto y ella, a la escritura… La verdad era que no les iba a quedar demasiado tiempo para verse.

—No lo sé. Por ahora no pienso en ir más allá del poco tiempo que resta de competición.

—Sí, claro. Pero ¿y la temporada siguiente? —Estefanía contuvo la respiración ante la respuesta de él. Luca le gustaba, se lo pasaba bien con él y no tenía nada que ver con la relación de su ex. No tenía claro si podría llegar a enamorarse o seguir siendo amigos con ciertas licencias. Pero quería saber a qué atenerse antes de que fuera demasiado tarde.

Luca apretó los labios hasta convertirlos en una delgada línea y

asintió. Comprendía a qué iba aquel inusitado interés de ella. Se estaba haciendo las mismas preguntas que lo asaltaban a él. ¿Qué iba a suceder con ellos dentro de unos meses? ¿Seguirían como hasta el momento?

—Sé lo que te estás preguntando porque yo también lo he hecho.

La sinceridad y la determinación de Luca la sorprendieron. Por un instante, no dijo nada porque estaba pensando en ello. «¿Eso significa que él cree que lo nuestro tiene una oportunidad de seguir adelante?», se preguntó mientras se humedecía los labios y el pulso ganaba velocidad.

—Es lógico que lo haga.

—Te entiendo. Piensas en cómo vamos a hacer para seguir viéndonos fuera de la facultad. De acuerdo, soy consciente de que mi tiempo libre se verá reducido si, además de entrenar en las categorías inferiores, juego en el primer equipo.

—Eso mismo me estoy preguntando. Porque yo también tengo que centrarme en mi carrera de escritora.

—Lo sé. Pero serán solo un par de meses. Ya te he dicho que la competición está cerca de acabar. Y siempre nos quedarán las horas libres entre clases. No voy a viajar todos los fines de semana, con lo que podemos vernos cuando esté aquí y tú hayas terminado tu novela. —Luca le acarició la mano de una manera imperceptible, pero que pareció tranquilizar los nervios de Estefanía. La miró con intensidad mientras le cogía la mano y entrelazaba sus dedos con los de ella para apretarlos con fuerza.

—¿Estás dispuesto a apostar por lo nuestro?

Luca frunció los labios en una mueca que desconcertó a Estefanía.

—No tengo nada mejor que hacer.

—¡Serás capullo! —intentó soltarse, pero él la había sujetado con determinación. Y cuando lo escuchó reírse, pensó que se burlaba de ella. No le dio tiempo a reaccionar porque de repente las manos de Luca le sujetaban el rostro y su boca reclama la de ella con un beso esclarecedor de cualquier duda al respecto. Ella se dejó llevar por la intensidad y la fogosidad de aquel beso que no sabía cómo, pero acababa de calentarle el corazón. Los labios de él se movían despacio, saboreando los de ella, humedeciéndolos sin ninguna intención de parar. Estefanía cubrió las manos de él con las suyas por un momento.

—Tal vez merezca que me llames capullo. Pero a este capullo le importas, lo creas o no. —Luca le guiñó un ojo en sentido de complicidad con ella. Se cuidó mucho de no decirle nada que pudiera confundirla. Nada de sentimientos ni revelaciones que luego podrían pasar factura. Se gustaban y se divertían juntos, al margen de los

sentimientos que cada uno pudiera tener por el otro.

—¿Cuándo te marchas a Milán? —la pregunta fue un leve susurro por parte de ella. Dejó entrever que le importaba, que le fastidiaba no verlo, «¿qué lo echaré de menos?», se cuestionó. Era pronto para andar pensando en esa clase de sentimientos. Que luego conocía lo que podía suceder. Por ese motivo, los apartó de su cabeza. Además, se suponía que ella no pensaba en lo que podía sentir por Luca. Lo había dejado claro desde el primer día.

—No lo sé. Tengo que pasar esta tarde por el pabellón para cerciorarme de todos los detalles. Te lo diré en cuanto lo sepa. Y ahora, cuéntame de qué va tu novela.

Estefanía resopló en un principio.

—Lo siento, pero tendrás que esperar a que esté terminada.

—Tranquila, no voy a robarte la idea ni se la voy a pasar a otra escritora.

—Lo sé, pero prefiero dejarlo ahí. Podría decirte una cosa y después escribir otra.

—De acuerdo. ¿Has sabido algo de tu editora?

—No. No ha vuelto a contactarme. Mejor.

—¿Temes que te adelante la fecha de entrega?

—Uffff, prefiero que no lo haga. Voy bien, ya te digo, pero necesito tiempo para que la historia se asiente.

—Si vas a dedicarte a escribir, ya puedes irte poniendo las pilas. Las lectoras están esperando tu próxima novela para comprarla nada más salir a la venta y devorarla en una noche —le sugirió, sonriendo, mientras Estefanía le devolvía la mirada con los ojos entrecerrados. Había cruzado los brazos sobre sus pechos en una pose relajada, observando con atención cada uno de los gestos de él.

—Ya… Soy consciente de ello. No te preocupes.

—¿Y eso te agobia? ¿El reconocimiento por parte del público?

—No sé. Hay momentos en los que me cuestiono todo. En los que me digo a mí misma que preferiría seguir siendo una escritora anónima en las redes sociales.

—Sí, pero estoy convencido de que tarde o temprano acabarías dando el salto a las editoriales. Irían a por ti, como te sucedió en la feria de Bolonia. Vamos, no me puedo creer que reacciones de esta manera. Se supone que escribir te gusta, ¿no?

—Así es. Pero sin presión.

—Pues entonces sigue haciéndolo, porque espero con ansia tu nueva historia. Esa en la que te has basado en mí para tu protagonista masculino —le recordó entre risas.

—No me he basado en ti.

—Pues no es eso lo que me decías cuando estabas empezando a escribirla.

—Solo dije que eres capaz de ligarte a una chica sin pretenderlo. A *eso* me refería. Y que esos rasgos me gustaban para mi protagonista. Pero de ahí a que seas tú… —Estefanía puso los ojos en blanco y sus cejas se elevaron de manera sugerente.

—¿Es así cómo he conseguido ligar contigo? ¿Sin pretenderlo en ningún momento? —Luca se acercó más a Estefanía para que su rostro quedara separado por el de ella por escasos centímetros. Podía sentir su respiración pausada, contemplar su propio reflejo en la mirada de ella o ver cómo se humedecía los labios y por último esbozaba una sonrisa reflejo de lo que sentía en ese preciso instante.

—Así lo creo. —Sintió la leve caricia de los labios de él en los suyos una vez más. No lograba contener ese remolino de sensaciones que se iniciaban en su estómago para después expandirse por todo su cuerpo y amenazar seriamente a su lado izquierdo—. ¿Y yo? ¿Por qué te fijaste en mí?

Luca esbozó una sonrisa ante aquella pregunta.

—Me atraen los imposibles. Y tú estabas fuera de mi alcance.

—Pero has seguido con ello. —Estefanía frunció el ceño, desconcertada.

—Que me atraigan los imposibles no significa que no pueda intentar convertirlos en posibles. —Le acarició la mejilla con el pulgar mientras se perdía en su mirada y la escuchaba suspirar. Aquella relación comenzaba a transitar por caminos difíciles. Caminos que en un principio no se había planteado, más por seguir la petición de ella de no mostrar los sentimientos ni hacer promesas baldías que porque en verdad lo hubiera pensado. ¿Y si sentía la necesidad de decirle lo que sentía por ella?—. De todas maneras, acordamos que no habría nada de expresar emociones con palabras ni sentimientos.

Estefanía permaneció callada ante ese recordatorio por parte de él.

—Sí. Nada de «te quiero», «te echo de menos» y expresiones de ese tipo. Me ponen mal, la verdad.

—Exacto. Pero ¿por qué?

—No quiero ser prisionera de mis palabras si no las siento —le aseguró con una media sonrisa irónica. Luca se limitó a asentir sin añadir nada más—. Ni que la persona que esté conmigo me las diga por compromiso, sin que de verdad las sienta.

—Respetaré tu opinión por ahora.

—¿Qué quieres decir que lo harás por ahora? —Estefanía experimentó una subida de temperatura en todo su cuerpo, del mismo modo que sus pulsaciones se disparaban.

—Lo que he dicho. Por ahora.

—¿Me estás diciendo que, si llegaras a sentir algo fuerte por mí, me lo dirías?

—Si lo que siento por ti es verdadero, lo haré. Si tengo la sensación de que me faltas, de que quiero estar contigo más tiempo, que quiero que hagamos cosas juntos… —Luca cogió aire antes de proseguir. La miró a lo ojos con determinación mientras ella lo correspondía con el ceño fruncido—. Créeme que lo haré.

Estefanía entreabrió sus labios para responder, pero él se estaba levantando y le tendía la mano para marcharse. Aquellas palabras la dejaron algo tocada porque sin duda que él no le iba a decir algo parecido. Caminó fuera del café sin decir nada porque de verdad que creía que lo mejor era dejar el tema en ese punto, pero sin duda que esa última parte de la conversación le daría mucho que pensar.

Regresaron a la facultad charlando sobre las clases, que se habían pirado y las que le restaban todavía. Los dos parecían tener claro que su relación no se vería afectada por no verse tanto como quisieran. Y no lo haría porque, después de todo, ninguno de los dos creía estar enamorándose del otro.

Luca llegó al pabellón con tiempo suficiente para charlar con Zanotti. Este lo hacía, a su vez, con su ayudante, quien al ver a Luca sonrió y le estrechó la mano.

—El entrenador de moda. El chico que va a convertir al juvenil de la Virtus en el próximo campeón —le aseguró con el brazo extendido.

—Bueno, en eso estamos. Reconozco que los chavales se lo están currando para llegar lo más arriba posible.

—Pero reconoce que tenéis el campeonato a tiro. —Zanotti arqueó sus cejas.

—Sí, lo cierto es que ahora parece más cerca después de ganar al líder. Pero no podemos confiarnos, ya sabes cómo funciona esto.

—Tienes toda la razón. Ahí estamos nosotros intentando por todos los medios entrar en los ocho equipos que luchen por el título.

—Se puede lograr, todavía restan jornadas. No está todo perdido.

—Eres optimista. Eso me gusta.

—Dante me ha comentado que querías hablar conmigo.

—Sí. Visto el buen papel que tuviste la otra tarde en el entrenamiento y ya que tenemos un par de fichas libres debido a las lesiones, le pregunté a tu hermano si estabas interesado en ocupar una

de estas.

—Hace tiempo que no juego a este nivel. —Había un toque de advertencia en las palabras de Luca.

—Lo sé. No te preocupes por eso. Solo quiero saber si estás interesado. Del resto nos ocuparemos después, o, en este caso, será Carlo quien lo haga —le aseguró haciendo referencia al médico del equipo—. Que revise tu rodilla por si hubiera algo que pudiera perjudicarte. Y en tramitar el alta de tu ficha no tardaríamos más que unos minutos.

—Suena muy tentador.

—Lo sé. Por eso te hago la oferta, Luca. Te he visto jugar en todas y cada una de las categorías e incluso tu nombre sonaba para dar el salto al primer equipo.

—Me llegaron esas noticias cuando tuve la lesión. Y estos años apartado del baloncesto profesional…

—Ya, pero la calidad no se olvida, Luca. Además, tampoco hace tanto que dejaste la competición profesional, ¿no? Recuerdo que jugabas con el equipo sub 20 la última vez que te vi en activo.

—Sí.

—En cuanto a tu estado físico, no tienes que preocuparte, pasarás una revisión. ¿Has vuelto a resentirte de tus rodillas? —Zanotti arqueó las cejas a la espera de que Luca se lo confirmara.

—No. De eso ya ha pasado tiempo.

—Pues, en ese caso…, tienes mi visto bueno y el de la directiva para unirte al equipo en este final de temporada. ¿Qué me dices?

Luca permaneció pensativo durante unos segundos. El nombre de Estefanía se deslizó en su mente. Lo había hablado con ella y no le parecía mal que aceptara jugar, pese a que ello supondría tener menos opciones para verse, algo que ya habían hablado esa misma mañana. Estarían juntos en la facultad, en las horas libres o en las que se piraran. Luca era consciente de que su tiempo para estar con ella se vería acortado con los entrenamientos, los partidos y los viajes, pero… le apetecía volver a jugar. Y lo suyo con Estefanía no estaba del todo claro, aunque él mismo apostaba a ganador. A que tendría un final feliz, como el de las novelas de ella, de eso estaba seguro. Y volver al baloncesto en activo era una oportunidad única que tenía que coger.

—De acuerdo. Cuenta conmigo —respondió un Luca convencido del paso que estaba dando.

—Sabía que aceptarías. Te pongo al día en todo en cinco minutos —le dijo Zanotti mientras palmeaba a Luca en el brazo y su rostro parecía iluminarse.

Luca asintió consciente de que solo sería un mes. Solo restaban

cuatro partidos para concluir la fase regular y la Virtus no tenía su plaza en el *play-off* por el título. Se la iba a jugar en ese mes. Tampoco era demasiado tiempo el que le llevaría ni creía que ello le afectara con relación a Estefanía.

Estefanía regresó al piso nada más dejar a Luca en el pabellón. No iba a pasar a buscarlo después del entrenamiento, sino que prefería ponerse a escribir un par de horas, pese a que no tenía demasiadas ganas. Y estas la condujeron al sofá del salón, a sentarse de manera relaja con el ceño fruncido mientras trataba de no pensar en que su relación con Luca no parecía ir como ella esperaba.

—¿Qué te pasa? —La voz de Micaela la sacó de sus pensamientos e hizo que se incorporara en el sofá—. Tienes el ceño fruncido, como si estuvieras bien enfadada o pensativa en algo que no te gusta.

Micaela llevaba en la mano su particular tazón de cereales con la imagen de *Catwoman* impresa en este. Lo dejó sobre la mesita auxiliar junto a la cuchara y se quedó contemplando a su compañera de piso.

—¿A mí? No, nada, nada. —Estefanía sacudió la cabeza desechando cualquier pensamiento negativo.

—¿No escribes?

—Bueno, lo cierto es que debería estar tecleando, pero no me siento inspirada. Sí, eso es.

—Por ese motivo fruncías el ceño —dedujo Micaela mientras cogía la cuchara y la sumergía en la leche con cereales antes de llevársela a la boca. Vio a Estefanía asentir sin mucha convicción, lo cual le indicó que no estaba así solo por la novela—. ¿Y Luca? ¿No sales con él? ¿No viene a dormir?

Estefanía esbozó una sonrisa irónica al escuchar la última pregunta.

—Nuestra relación no incluye que tenga que dormir aquí cada dos por tres.

—Pues la mañana que lo pillamos en el cuarto de baño… —Micaela chasqueó la lengua al recordar esa escena.

—Fue algo excepcional. Ya te lo he dicho. —Estefanía quiso quitarle importancia a ese hecho.

—Vale. Pero ¿estáis juntos? Eso no es un hecho aislado como lo de dormir. —Micaela volvió a llevarse la cuchara a la boca sin apartar su atención de Estefanía.

—Sí.

—Pensaba que lo habíais dejado. Por tu manera de referirte a él.

—No. Seguimos saliendo.

—Estás parca en explicaciones. Si te molesta que te pregunte por…

—¡No! No me molesta. Solo es que tengo la sensación de que acabaremos por dejarlo.

Micaela miró a su compañera con la boca abierta y la cuchara a medio camino de esta. De manera lenta, la volvió a sumergir en la leche y se quedó contemplando a Estefanía como si acabara de insultarla.

—¿Cómo que acabaréis por dejarlo? A ver, a ver, ¿me he perdido algún capítulo? —Micaela sacudió la cabeza con un gesto incomprensión.

—Él ha vuelto a jugar al baloncesto.

—Lo desconocía.

—Me lo ha comentado esta mañana.

—¿Y a ti no te hace gracia? —Micaela entornó su mirada hacia Estefanía, con el poso de la duda en esta.

—Sí, claro que me gusta. No voy a decirle que no haga esto o aquello solo por estar conmigo.

—Entonces…

Estefanía se mordisqueó el labio mientras observaba el gesto de impaciencia en su compañera de piso con las cejas elevadas y los ojos abiertos como si fueran a salírsele de las cuencas.

—Si él se dedica a entrenar al equipo de categoría inferior, y luego con el sénior y viaja, y yo me dedico horas enteras volcada en mi próxima novela y en la carrera… ¿Cuándo coño vamos a vernos? —Estefanía pareció estallar por fin mientras miraba a Micaela a la espera de su opinión.

—Tendréis que buscar los momentos que ambos tengáis libres. A ver, en la facultad tenéis algunas horas a la semana. Y, mujer, siempre podréis piraros alguna que otra, ¿no? Y cuando él acabe el entrenamiento y tú descanses de escribir. —Micaela arqueó su ceja con expectación.

—Sí, claro. Pero creo que…

—Que te estás agobiando sin necesidad de hacerlo —la cortó Micaela convencida de sus palabras—. Acabáis de iniciar una relación, ¿a qué tanta prisa por estar con él? De acuerdo que tu chico está cañón y todo eso, pero ¿no eras tú la que nos decía que no querías que lo tíos expresaran sus emociones? ¿Que no querías que te dijeran lo que sentían y demás? ¿Que no querías comprometerte de lleno con uno? Todavía recuerdo lo jodidamente mal que lo pasaste con lo de Pietro porque este al final te había decepcionado. Que no mostraba

ningún interés por tu trabajo como escritora y todo eso. Y ahora llega Luca, que te apoya en todo, te deja tiempo para escribir sin agobiarte y demás, ¿y tú te preguntas cuándo vais a veros?

La exposición de su compañera dejó a Estefanía sin aparente capacidad de reacción porque en el fondo tenía parte de razón.

—Sí, vale. Sé lo que dije en su día. Es cierto que necesito tiempo para centrarme en mi nuevo manuscrito. Necesito mi espacio.

—Pues lo tienes si Luca ha decidido volver a jugar al baloncesto. ¿No te das cuenta de que, al dejarte tiempo para ti, él necesita buscar una distracción? A ver, lo que quiero decirte es que a él seguro que le encanta estar contigo todo el tiempo posible, pero… también es consciente de que tienes que tener tu espacio propio para hacer lo que te venga en gana. Escribir, salir por ahí, emborracharte, llegar a casa cuando el sol te dé los buenos días… No sé, tienes veintidós años. Tendrás que disfrutar de todo.

—Lo cual conllevará vernos menos —resumió Estefanía crispada por tener que darle la razón a su compañera. No había caído en la explicación acerca del tiempo que le quedaba a Luca si la dejaba a ella escribir.

—¿Te estás pillando por él? —Micaela le hizo la pregunta con rotundidad mientras apuntaba a Estefanía con la cuchara.

—¿Quién se ha enamorado de quién? —preguntó Federica al aparecer por la puerta del salón y pasear su mirada por sus dos compañeras de piso.

—¿Quién va a ser? —la pregunta retórica de Micaela hizo sonreír a Federica, quien de inmediato centró toda su atención en Estefanía. La señaló con el dedo mientras boqueaba como un pez.

—A ver, chicas —interrumpió la aludida. Alzó las manos y trató que el calor que sentía por todo su cuerpo no se centrara en su rostro. La rotunda afirmación de Micaela respecto de lo que podía estar sintiendo por Luca había provocado un remolino de sensaciones en su cuerpo—. No me estoy pillando por Luca.

—Eso lo decimos siempre que nos está sucediendo —la corrigió Micaela—. Entonces, ¿por qué narices te preocupa tanto que os vayáis a ver menos ahora que él ha vuelto al baloncesto? A ver, hay algo que no me cuadra.

—Te estás haciendo un lío —señaló Federica mientras miraba a Estefanía y esta fruncía los labios en una mueca de desacuerdo total con ella. Luego pasó su mirada a Micaela a la espera de que le aclarara qué era lo que sucedía. Pero tampoco había que ser muy inteligente para saber de qué iba aquella conversación. «¿Estefanía se ha enamorado de Luca?», se preguntó mientras entrecerraba los ojos y

dirigía su mirada hacia esta.

—Solo es una apreciación que tengo —se excusó Estefanía acorralada ante la evidencia de su comportamiento—. No estoy enamorada de Luca.

—Entonces esta conversación no tiene sentido. Si no sientes algo por él salvo una buena relación de amistad y compañerismo, no tienes por qué ponerte así solo porque no vayáis a veros. O veros menos, aclaro. —Micaela sonrió divertida porque aquella situación era de lo más surrealista. Estefanía se estaba pillando por Luca y por ese motivo le preocupaba que la falta de tiempo para estar juntos fuera a ensombrecer la relación.

—Vale, chicas, ¿a ver si lo he entendido? Tú —dijo señalando a Estefanía—, Luca va a jugar al baloncesto.

—Ha aceptado la invitación que le ha hecho el entrenador de la Virtus para volver a jugar —matizó Estefanía.

—Vale. Eso implica que vais a pasar menos tiempo juntos. Pero también es verdad que mientras él entrena y juega, tú puedes centrarte en tu nuevo manuscrito —resumió a la vez que el rostro de Micaela expresaba su afirmación—. ¿Qué problema tienes? Es genial para ti.

—Tiene miedo a que se vayan a distanciar —acotó Micaela poniendo sus ojos en blanco y señalando a Estefanía con la cuchara—. Y yo le aseguro que esa inseguridad que muestra es porque en el fondo Luca le importa. Y más de lo que ella imagina. ¡Se está enamorando de él!

—Te lo trajiste a la cama, Estefi —le recordó Federica mientras se apoyaba en el marco de la puerta del salón con los brazos cruzados y asentía.

—Sí, es cierto. Me acosté con él. Pero eso no quiere decir nada. Solo fue sexo. Un calentón. Me apetecía hacerlo con él. No hay que darle más vueltas, chicas —les refirió tratando de convencerse ella misma de que así era. Que solo había sido algo esporádico.

—Y estás adentrándote en el siguiente nivel —dijo Federica con total convicción de que así era—. Esto es, pasar del sexo a los sentimientos. ¿Qué hay de malo en ello?

Estefanía resopló y bajó la mirada a sus manos entrelazadas.

—No quiero sentir algo parecido a lo que sentía por Pietro para después acabar rota en pedacitos.

—No todos los tíos son unos capullos como tu ex —se apresuró a decir Micaela al ver que el ánimo de Estefanía parecía decaer un poco.

—Tú misma nos contaste que le habías comentado a Luca que nada de expresiones como: «Te echo de menos». Ni nada de «te quieros».

Por lo tanto… —Micaela se encogió de hombros mientras miraba a su amiga.

—Creo que deberías saber, como escritora de romances que eres —matizó Federica, lo que arrancó la sonrisa a Estefanía—, que la mente y el corazón van por caminos distintos durante todo el viaje. Además, esto mismo aparece reflejado en tu novela.

Estefanía se limitó a asentir ante esa nueva evidencia. No podía decir que sus compañeras de piso no tuvieran razón porque no era así.

—Luca es un buen tío, por lo poco que lo conozco —mencionó Micaela—. Pero puedo asegurarlo por cómo hablas de él.

—Y por cómo te hace gritar. —Federica le guiño un ojo en complicidad.

—Vale, vale. Está bien. Soy un poco paranoica.

—Deberías aplicar tu novela a tu vida personal. Creo que te darías cuenta de lo que estás diciendo —le aseguró Micaela mientras cogía el tazón de leche—. ¡Coño, se ha quedado helado!

Se levantó del sofá y caminó hacia la cocina para calentarlo.

—No te agobies. Yo no lo haría con un tío como él, que, además de estar buenorro, está coladito por ti —le aseguró Federica con un guiño—. Voy a prepararme algo para cenar. ¿Te traigo algo?

—No, gracias.

Estefanía se quedó sentada en el sofá mientras sus dos compañeras desaparecían en la cocina. Tal vez tuvieran razón y, después de todo, su comportamiento se debía a que lo que sentía por Luca estaba cambiando de manera rápida e inesperada. ¿En serio se estaba enamorando de él? Recordó lo que le había comentado en un par de ocasiones haciendo alusión al protagonista de su novela: podía enamorar a una chica sin pretenderlo. Sin darse cuenta. Y lo que le confesó esa misma mañana sobre que si llegara a sentir algo intenso por ella se lo confesaría… Estefanía creía que él lo haría. Pero ¿y ella? ¿Rechazaría algo que le haría bien por temor a que le hicieran daño una vez más?

Capítulo 10

Luca estaba algo distraído, ya que había fallado un par de canastas sencillas, de esas que te quedas solo bajo el aro. Se enfureció consigo mismo por esos errores. Porque no era lógico en él. Resopló y trató de tranquilizarse mientras Dante lo palmeaba en la espalda.

—No pasa nada por haber errado. Estás ansioso por demostrar tu valía y no hace falta. Créeme. De manera que relájate y sigue jugando.

Luca tomó nota de ese consejo de su hermano, pero le era complicado hacerlo si pensaba en Estefanía. Y la verdad era que no entendía a qué iba pensar en ella durante el entrenamiento. Debería centrarse en el juego y no cometer errores como los dos últimos. No le bastaba que su hermano, el resto de compañeros o el propio Zanotti lo animaran. Volvió a meterse de lleno en el partido que estaban jugando a media cancha bajo la supervisión del cuerpo técnico. La cosa cambió minutos después cuando puso toda su atención en el juego y enlazó un par de canastas y varias asistencias que arrancaron aplausos.

—¿Lo ves? —apreció Dante mientras se situaba a su lado.

Cuando terminaron de entrenar, Zanotti lo llamó.

—Deberías dejar la presión en el vestuario. Sales a la pista atenazado, Luca. Tu rodilla está en perfecto estado según el médico, si tienes miedo a una nueva lesión.

—Lo sé. Las sensaciones son buenas en esta. Creo que se trata de que hace mucho que no juego a este nivel y quiero hacerlo bien —se excusó él.

—Ya. Pues deja que te diga que, cuando te has soltado la presión, has vuelto a ser el jugador que maravillaba en las categorías inferiores. No tienes que demostrar nada, Luca.

Luca sonrió ante ese comentario por parte de Zanotti.

—Creo que ha sido cuestión de quitarme los nervios, como dices.

—Eso es. Antes de que se me olvide, el sábado por la mañana nos vamos a jugar a Milán —les comentó a los dos hermanos—. Habrá que madrugar porque el partido es a las doce. De manera que ya sabéis. Sed buenos esta noche. —Zanotti sonrió con picardía.

—Lo seremos. Descuida —aseguró Dante—. Cuidaré de mi hermano para que esté aquí a la hora.

—Os veo mañana. Y recuerda, Luca, deja la presión en casa. No tienes que demostrar nada —le reiteró Zanotti mientras lo señalaba.

—De acuerdo.

Luca asintió camino de la salida en compañía de su hermano.

—¿En qué piensas? ¿En el partido de mañana?

—¿Eh? Un poco. Hace tiempo que no juego a nivel profesional. Por mucho que me diga a mí mismo que no estoy nervioso y que tal vez ni si quiera juegue… —Luca hizo una pausa para coger aire y mirar a su hermano—. Es inevitable sentir un hormigueo por todo el cuerpo.

—Lo harás bien si te sueltas de la presión que te pones. Ya has escuchado a Zanotti. ¿Por qué coño lo haces? Has tenido unos minutos en los que volví a ver mi hermano pequeño jugando como sabe hacer. Sé el jugador que eras. ¿Vale?

—Sí.

—Y ahora dime, ¿se lo has contado a Estefanía? —Había un toque de interés irónico en la pregunta de Dante que Luca pasó por alto.

—Sí, se lo conté.

—¿Y qué opina?

Luca frunció los labios y encogió los hombros como si no supiera qué decir en realidad.

—Le parece bien, aunque esto supone pasar juntos menos tiempo.

—Sí, en eso tienes razón. Ella te importa, ¿verdad? Me refiero a que vas en serio.

—Sí —la afirmación fue un leve susurro que sorprendió al propio Luca.

—¿Y ella? ¿Qué opina de esta situación?

—Le preocupa que no tengamos tiempo suficiente para vernos.

—Entiendo.

—Ya. Pero tampoco es una relación en toda regla. Me refiero a que somos compañeros de clase que nos hemos acostado.

—Pero todo cambia cuando vez a tu compañera sin ropa —le aseguró como si se burlara de él.

—¿En serio? ¿Cuándo te has liado tú con una compañera? —le preguntó Luca sin poder salir de su asombro por esa afirmación tan

rotunda de su hermano.

—En la facultad, vi a unas pocas sin ropa. Y la cosa cambió. —Sonrió Dante con picardía.

—Vale, no necesito detalles. ¿Cuánto hace que no tienes una pareja?

—¿A qué cojones viene esa pregunta? Estamos hablando de Estefanía y de ti —Dante miró a su hermano con el ceño fruncido.

—Es curiosidad.

—Pues para tu curiosidad te diré que no recuerdo. Te advierto que tampoco he hecho mucho por buscar una. Pero ¿por qué debería hacerlo? Estoy bien como estoy. Ahora mismo no necesito una mujer en mi vida —lo dijo con tanta rotundidad que Luca sonrió porque no había visto a su hermano decirlo así. Siempre había tenido sus ligues, sus relaciones esporádicas e incluso alguna que le había durado más de lo normal, para ser él—. Espero que no me vengas otra vez con lo de Claudia.

—¿Claudia? ¿No me digas que recuerdas su nombre? —ironizó Luca.

—¿Qué pasa por que lo haga? Anda, vamos a casa. Hay que descansar para el partido de mañana.

—Voy a pasar a ver a Estefanía.

Dante se detuvo y miró a su hermano como si fuera culpable de algo. Luego sonrió y sacudió la cabeza.

—Procura ahorrar fuerzas. Avísame si te quedas a dormir.

Luca encogió los hombros sin entender ese comentario.

—Espera. Le envío un WhatsApp a ver qué opina de que pase a verla por el piso. A lo mejor está liada con la novela y prefiere seguir. Si me quedo a dormir, iré desde allí al pabellón.

Dante sonrió sin poder creer que su hermano actuara y hablara de esa manera. Estaba bien pillado por Estefanía.

—Como quieras.

Estefanía no esperaba el mensaje de Luca diciéndole que tenía ganas de verla y que, si tenía un rato libre de su escritura, pasaría a verla. El pitido de su móvil había captado su atención. Siempre lo colocaba en la mesa, al lado del portátil, para escuchar los tonos de aviso de WhatsApp o del correo. No pudo evitar sonreír al comprobar el mensaje de Luca. A ella le faltó tiempo y le sobraron dedos para teclear la respuesta.

Luca asintió cuando recibió el mensaje de confirmación por parte de ella.

—Creo que voy a pirarme —le anunció a su hermano mientras este echaba un vistazo al portátil.

—¿Así, sin más?

—Bueno, llevaré la bolsa de deporte con la equipación. Si me quedo a dormir, no tendrás que preocuparte —le aseguró cogiendo otra vez la bolsa. Zanotti había agilizado todos los trámites con la directiva para que Luca pudiera tener todo en regla para jugar en Milán.

—De manera que piensas quedarte a dormir… —Dante sonó burlón mientras arqueaba una ceja.

—Solo si ella me invita. —Luca levantó las manos en señal de redición.

—Claro, claro… Tú procura no gastar todas tus energías con ella. Mañana tienes partido —se burló Dante mientras lo señalaba con un dedo para recordarle la situación.

—Lo sé. Si no vengo esta noche, te veo mañana. O tal vez pase por aquí. Ya veré.

—Lo que tú quieras, siempre y cuando estés a las ocho en el pabellón. Y diviértete —le dijo con una sonrisa bastante significativa antes de que su hermano saliera por la puerta.

—Sí. Vale. Tú también.

—Ya. No veas… —murmuró Dante mientras se quedaba parado en el pasillo con las manos en las caderas y observaba a su hermano largarse a dormir a casa de su chica—. Joder…

Luca sujetaba la bolsa de deporte con tanta fuerza que los dibujos de la correa iban a quedarse impresos en la palma de su mano. Esperaba a que alguna de las tres chicas que vivían en el piso le abriera la puerta y lo dejara entrar. Fue Estefanía la que lo hizo, lo que aumentó en él las ganas de cogerla y besarla.

—Hola. Pasa.

Luca le rozó los labios con los suyos sin poder esperar más tiempo. La bolsa de deporte se deslizó por su hombro e hizo un ruido sordo al contactar con el suelo. Los brazos de ella lo rodearon por el cuello para prolongar el beso un poco más, sin importarle que sus compañeras los estuvieran viendo.

—Vaya recibimiento —le dijo él apretando los labios mientras

asentía.

—No te esperaba, la verdad.

—Bueno, terminé de entrenar y pensé pasar a verte si no te importaba.

—¿Importarme? No, claro que no. Anda, vamos. —Lo condujo al salón, en un primer momento, para sentarse en el sofá.

Micaela y Federica estaban en sus respectivas habitaciones, pero por poco tiempo porque, en cuanto escucharon el timbre de la puerta, las dos salieron a ver quién era. Ambas se quedaron en el umbral y saludaron a Luca

—Hola, chicas —dijo este con la mano mientras intentaba ocultar la sonrisa que le había provocado la aparición de las dos compañeras de piso de Estefanía.

—Hola, Luca —respondieron al unísono mientras sonreían con toda intención a Estefanía.

—Solo queríamos saber quién llamaba a estas horas —continuó Federica tras unos segundos de silencio.

—Pues ya veis quién es —les contestó Estefanía con ironía. Esperaba que cada una se volviera a su habitación y los dejaran a solas.

—Sí, ya nos vamos —dijo Micaela.

—Venga, os dejamos solos, chicos. Sed malos —les pidió Federica con una sonrisa bastante significativa.

Luca y Estefanía intercambiaron miradas y sonrieron.

—Tus compañeras no se cortan un pelo, ¿eh?

—Están como una cabra. Pasa de ellas. Pero dime, ¿cómo te ha dado por pasarte? ¿Acabas de salir del entrenamiento? ¿No tienes partido mañana?

—Eh, he pasado porque tenía ganas de verte. Y sí a tus otras dos preguntas.

—Entonces supongo que te quedarás poco —dedujo ella con la mirada entornada hacia él. Sentía la curiosidad lógica de saber si había pasado para saludarla o también para quedarse a dormir.

—Depende. —Luca se acercó más a ella, le retiró el pelo de la cara y dejó que sus dedos le rozaran la mejilla. Escuchó un leve suspiro a medida que se iba inclinando sobre la boca de ella y la hacía suya sin más demora.

Estefanía estiró sus brazos para rodearlo por el cuello y atraerlo hacia ella mientras escuchaba su propio gemido de aprobación. Inspiró hondo y se dejó llevar por la necesidad de ese momento. «Por fin a solas», pensó mientras entreabría los labios para ir poco a poco convirtiendo el beso en algo más pasional y urgente.

Luca la atrajo hacia él y se dejó caer contra el respaldo del sofá para poder besarla mejor. Sentía la necesidad de tener un momento a solas para ellos dos, en el que pudiera dar rienda suelta a sus deseos. El beso se convirtió en un juego de caricias furtivas; de manos que comenzaban a moverse con experta velocidad y precisión buscando la piel bajo las telas para después acariciarla. Luca la besó en el cuello y lo recorrió en dirección a la clavícula y el hombro que surgían bajo la camiseta, algo dada de sí.

—Espera. —Estefanía se incorporó y, cogiendo a Luca de la mano, lo llevó hasta su habitación. Le pidió silencio, aunque no tenía sentido hacerlo, ya que imaginaba que sus dos compañeras de piso ya sabrían lo que iba a suceder.

Entraron en la habitación de ella y, mientras Estefanía cerraba la puerta, Luca se situó detrás. Sus manos se introdujeron debajo de la camiseta e iniciaron el ascenso hacia los pechos de ella. Los cubrió, los acarició por encima de la tela del sujetador hasta que las metió dentro y los palpó. Jugueteó con los pezones mientras no dejaba de besarla y apretarla contra su erección.

Rodaron en la cama a la vez que las prendas de ropa caían en cualquier parte. Sus cuerpos se encontraron bajo las sábanas. La piel se reveló, los gemidos aumentaron al mismo tiempo que los besos recorrían partes del cuerpo del otro. Estefanía se sentó sobre él y deslizó su miembro en su interior una vez colocado el profiláctico. No quería esperar demasiado tiempo. Se movió de manera lenta y sugerente, erguida delante de él como una diosa.

Luca atrapó sus pechos en sus manos, las deslizó por sus caderas, por su cintura para ascender hasta la nuca y hundirse en su pelo. La instó a inclinarse hacia él para poder besarla, para hacer suyos sus gemidos, sus suspiros. No podía decirle lo que le hacía sentir, y menos en ese momento, de manera que la besó con efusividad, como si no hubiera un nuevo día. Como si aquella noche fuera la última que iban a compartir.

Ella cerró los ojos al sentir la sacudida en todo su cuerpo. Se aferró a Luca mientras el calor la invadía por completo. Lo besó para ahogar los gemidos que le estaba provocando cuando sintió que estallaba a la vez que él y que juntos parecían relajarse. Segundos después, ella se acomodó en su cuerpo, con la cabeza apoyada sobre su pecho mientras escuchaba los latidos de su corazón y como iban perdiendo fuerza a medida que la tensión desaparecía. La respiración se volvió más lenta y los jadeos dejaron paso a leves suspiros y entrecortadas risas.

Luca le acarició el pelo con delicadeza. Luego la dejó resbalar por

la espalda hasta sus glúteos. Le pasó los dedos de manera lenta, como si le diera pereza hacerlo, pero sin darse cuenta de que esa leve caricia le estaba provocando a Estefanía una sensación desconocida. Una mezcla de calma y deseo fugaz. La contempló de manera fija cuando ella apoyó el mentón sobre el pecho de él. Tenía una expresión risueña, relajada, divertida. Una infinidad de pensamientos se le vinieron a la mente mientras la contemplaba. El pulgar le acarició los labios que ella se humedecía en ese instante.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella recuperando la voz después de haber dejado escapar suspiros y gemidos por entre sus labios.

—En lo bien que me encuentro contigo.

A ella le brillaron los ojos. Se le dilataron las pupilas, como si de una gata se tratara, cuando lo escuchó decir eso. Sus labios se curvaron a medida que la sonrisa bailaba en estos. Sintió deseos de incorporarse y besarlo como si fuera la primera vez. Pero algo en su mente la retuvo, pensar que podía estar enamorándose de él. No estaba segura de querer entregarle el corazón. No todavía. La relación anterior la había dejado marcada y en ese momento andaba con pies de plomo.

—¿Y tú? —Luca le pasó los dedos por algunos mechones, los enredó para sentir su suavidad. Dejó la mirada fija en estos mientras esperaba que ella le respondiera. Quería saber qué pensaba, qué sentía, deseaba o nada de eso. Pero que le dijera algo.

—Estoy bien. Admito que también me encuentro a gusto contigo.

Luca asintió mientras la atraía hacia él y la besada cogiendo su rostro entre sus manos. Le pasó los pulgares por las mejillas y sonrió como un crío la mañana de Navidad cuando descubre los regalos.

—Me alegra saberlo, de verdad. En ocasiones, me pregunto si estás bien conmigo; si necesitas más de mí. Te dije que no te robaría más tiempo del preciso para que tú pudieras dedicarte a escribir, pero no sé si es suficiente para ti. Si tal vez prefieras que pase a verte más a menudo.

Estefanía sacudió la cabeza.

—No hace falta que te comas la cabeza de esa manera. Ya lo hemos hablado.

—¿Por qué? Entonces, ¿en quién voy a pensar? ¿Por quién voy a preocuparme?

Estefanía dibujó una media sonrisa mientras sentía su rostro arder.

—Me alegra que me digas esto y que te preocupes por mí como dices. Pero no hace falta. De verdad. Estoy bien contigo, ya te lo he dicho.

Luca apretó los labios y asintió con un gesto de falta de

comprensión. No entendía qué diablos le sucedía a ella. La besó en el pelo, la abrazó con efusividad y se perdió en el brillo de su mirada por unos momentos en los que tuvo la sensación de que el corazón se le detendría de un momento a otro contemplándola. Se estaba enamorando de ella sin remisión. Lo sabía. Pero ¿y ella? ¿Seguía pensando de la misma manera que cuando comenzaron aquel viaje sin destino aparente? Recordó la conversación de hacía un par de días, cuando él le aseguró que, si sentía algo fuerte por ella, se lo diría sin importarle lo que ella pensara o le dijera. Si llegaba a sentir que la quería, se lo diría.

Estefanía sintió un escalofrío recorrerle la espalda, erizarle la piel mientras su pulso se le aceleraba debido a la manera en la que Luca la contemplaba. Deslizó el nudo en su garganta al tiempo que se incorporaba. ¿Qué pasaba por la mente de él en ese instante? ¿A qué iba aquella manera de mirarla? ¿Tendría que ver con lo que le había confesado la otra mañana? No se le ocurriría decirle que la quería o que la echaba de menos…

—Oye, deberías dormir. Recuerda que mañana tienes partido —le dijo desviando la atención de la conversación a otro tema por temor a que él le dijera algo que no tenía que decir en ese instante. Estefanía se levantó de la cama y se vistió bajo la atenta mirada de él.

Luca se apoyó en los codos mientras no apartaba la mirada de ella. Había salido poco menos que huyendo en cuanto la cosa se había puesto un poco seria. Como si ella esperara que él le dijera algo que no entraba en sus planes. Él quería saber qué sentía, que quería y qué esperaba de lo que compartían. Pero ella había reaccionado como si fuera un gata que escapa del agua, dándole la espalda mientras se ponía una camiseta y el pantalón. Luca se incorporó de la cama y la imitó. No dijo nada más.

—Es mejor que me marche. Mañana temprano partimos a Milán —mencionó en un susurro—. Si me quedo a dormir, no creo que pueda hacerlo contigo a mi lado.

Luca ironizó con ese comentario. Mejor decirle algo así para justificar su repentina marcha que no la verdad. Que se había enamorado de ella, pero que, al mismo tiempo, le daba pavor confesárselo porque temía que ella pudiera salir huyendo de su lado. Por eso prefería callarse la verdad.

Estefanía experimentó el calor que ese comentario había provocado. Pero segundos después fue el frío y la decepción la que la sobrecogieron porque él había dicho que tal vez se quedaba a dormir. Y entonces… lo vio quedarse parado delante de ella y mirarla como si esperara que le dijera algo más. Al ver que no era así, Luca se volvió

hacia la puerta y la abrió para salir al pasillo. Caminó despacio hacia el salón procurando no meter ruido por si las compañeras de piso estaban durmiendo. Recogió la bolsa del salón y, tras colgársela al hombro, se volvió hacia Estefanía.

—Suerte mañana. —Ella se alzó sobre los dedos de sus pies descalzos y lo besó. Un roce tímido.

—Gracias. —Luca se despidió sin decirle nada más. El hecho de que ella no le hubiera dado importancia que él pensara en ella y se preocupara por su bienestar con él lo habían confundido. En ese momento, pensó que lo mejor era largarse de vuelta a casa de su hermano e intentar dormir un poco, aunque después del mal sabor de boca que se llevaba, creía que sería complicado.

Estefanía cerró la puerta detrás de él y permaneció con la frente apoyada contra esta. Cerró los ojos y se preguntó por qué era tan estúpida al no confesarle lo que le hacía sentir. Lo bien que se encontraba con él. Las ganas de verlo, de abrazarlo, de besarlo o simplemente de entrelazar sus dedos con los suyos. Perderse en su mirada cuando él se quedaba con esta fija en ella. Besarlo. Decirle que se estaba enamorando de él, si no lo estaba ya del todo. Se había prometido no hacerlo, pero no parecía estar cumpliéndolo. Resopló y se volvió para encontrarse a sus dos compañeras contemplándola con cara de sorpresa.

—¿Se ha ido? —se aventuró a preguntar Micaela mientras elevaba las cejas con expresión de sorpresa.

—Sí… Mañana tiene partido en Milán —le respondió antes de morderse el labio y esbozar una sonrisa llena de melancolía.

—Pensaba que se quedaría esta noche —apuntó Federica intrigada porque él se hubiera marchado, pero más todavía por la expresión del rostro de Estefanía.

—Tiene que madrugar. De todas maneras…, es mejor que no se haya quedado. —Estefanía caminó de regreso a su habitación sin darle demasiada importancia a lo sucedido.

—¿Para quién? —preguntó Micaela cuando Estefanía se dirigía a ellas.

Esta frunció el ceño mientras la miraba y sentía que su pecho se agitaba en demasía.

—¿Cómo que para quién? ¿A qué te refieres?

—Pregunto que para cuál de los dos es bueno que Luca no se haya quedado. ¿Ha sido él quién ha sugerido marcharse? —Micaela entrecerró sus ojos mientras no los apartaba de Estefanía, ni pretendía hacerlo hasta que no tuviera la respuesta.

—Ah… Para ambos. —Emprendió el camino hacia su habitación

cuando Micaela la retuvo sujetándola por el brazo. Levantó la mirada hacia su compañera de piso y le hizo un gesto de no saber qué quería.

—Has sido tú, ¿no? Tú eres la que no ha querido que él se quedara —dedujo Micaela mientras seguía escrutando el rostro de su compañera.

—¿Qué importancia tiene para vosotras que se haya marchado? —Estefanía comenzaba a ponerse más nerviosa de lo que ya estaba desde que Luca se marchó. Desde que sintió el palpito revelador en su lado izquierdo.

—¿Qué te pasa con Luca? Ese tío bebe los vientos por ti y tú lo echas a la calle —le recalcó Federica—. No me puedo creer que escribas sobre el amor entre gente de nuestra edad, y tú, cuando lo encuentras, pareces pasar de este.

Estefanía sonrió.

—¿Quién dice que he encontrado el amor? —le preguntó. La miró enrabietada por ese comentario y porque sabía que era cierto.

—Nosotras. Estás enamorada de Luca. Te has pensado que esto de que él venga y te eche un polvo no acaba afectando a los sentimientos. ¿Cuánto tiempo puedes aguantarlo sin decirle lo que sientes? ¿O acaso piensas romper la relación antes de confesarle la verdad? —Federica parecía molesta por el comportamiento de su compañera—. Y que conste que no te estoy juzgando, solo te comento la realidad que veo.

—Fedy tiene razón. Deberías aclararte.

—Ahora mismo lo que necesito es dormir, chicas. Mañana lo veré de otra manera. Estoy bien con Luca. Me gusta, me hace reír, es un tío genial, todo lo que queráis.

—Algún «pero» tendrá, ¿no? —la interrumpió Fedy con la mirada entornada hacia Estefanía.

—Sí, claro. Pero es lo de menos ahora. —Estefanía resopló, cansada de la misma conversación—. Necesito descansar. Y vosotras deberíais hacer lo mismo o largaros por ahí. ¡Es viernes por la noche, joder!

—Si te vienes con nosotras —dijo Micaela de manera tajante.

—Eso es. Salgamos por ahí. Necesitas quitarte esa expresión de la cara. Es más, si Luca no te importa tanto como aseguras, no tendrás inconveniente en salir por ahí y que te entre algún tío, ¿no? —concluyó Federica con una sonrisa cargada de chispa y malicia.

—Exacto. No pasa nada porque salgamos a divertirnos. Todavía es pronto —aseguró Micaela—. De manera que ya puedes ir arreglándote.

Entre las dos compañeras la llevaron a la habitación para que se cambiara. Estefanía no podía dar crédito a lo que estaba pasando esa

noche. Primero, lo de Luca y en ese instante sus compañeras de piso que pretendían salir de fiesta con ella.

Federica se apartó con Micaela a la habitación de esta, ya que quedaba más lejos de la de Estefanía.

—¿Qué pretendes saliendo con ella por ahí? ¿Acaso esperas que ligue? —Micaela no lo veía claro del todo.

—Lo que quiero es que se dé cuenta de una vez que está enamorada de Luca. Nada más.

—¿Y si algún tío se muestra interesado en ella?

—Quédate tranquila. Estoy segura de la reacción de Estefi. Vamos, está colada por Luca, las dos lo sabemos.

—Las tres —puntualizó Micaela esgrimiendo tres dedos—. No lo entiendo, ¿por qué no le dice lo que siente por él?

—Tiene miedo a que vuelvan a decepcionarla. El miedo es libre.

—Sí, pero Luca no es de esa clase de tíos a los que les va a dejar tiradas a las chicas.

—Lo será si ella no espabila y se decide —aseguró Federica mientras abría los ojos como platos y formaba un arco con sus cejas.

Luca abrió la puerta de casa y lo primero que vio fue a su hermano sentado en el sofá viendo la televisión. Dante lo miró como si acabara de ver entrar a un extraño. Se fijó en la expresión de su rostro y de inmediato comprendió que había sucedido algo que no le había dejado un buen sabor de boca a Luca.

—¿Qué coño haces aquí? Te hacía durmiendo en casa de tu chica —le dijo mientras se incorporaba del sofá y extendía los brazos a los costados con las palmas hacia arriba, como si pidiera una aclaración.

Luca dejó la bolsa de deporte en el sillón individual y resopló mientras se sentaba.

—Ya ves.

—Pero ¿has estado con ella? —Dante arqueó una ceja con expectación por la respuesta que pudiera darle su hermano.

—Sí —respondió—. Fui a verla, nos acostamos y me he venido.

Dante abrió sus ojos como platos al escuchar a su hermano relatar lo que había hecho con esa naturalidad y ciertos toques de frialdad y cabreo.

—A ver, a ver, que yo me aclare. —Dante sacudió la cabeza sin terminar de creer esa historia—. Has ido a su piso, has echado un polvo y te has vuelto. Así. Sin más.

—¿Qué más hay que decir? —Luca frunció sus labios y encogió los hombros sin darle mayor importancia.

—No sé… Me dejas de piedra, tío.

—Pues fíjate cómo narices me he quedado yo.

—¿Tú? ¿Por qué? ¿No has sido tú el que se ha venido? Entiendo que has obtenido lo que ibas a buscar. —Luca asintió emitiendo un sonido gutural—. Entonces, hay algo que no entiendo.

—Quería quedarme a dormir con ella.

—Pero estás aquí.

—Sí, estoy aquí porque en el último momento decidí no hacerlo.

—¿Qué te lo ha impedido? ¿Te ha pedido ella que te vinieras? ¿Te has cansado de ella? Me refiero a… no sé.

—No, no me he cansado de ella. Ni me ha pedido que me marchara. —Luca saltó poco menos del sofá, como si tuviera un resorte en el trasero—. Lo que sucede es que he considerado que no merecía la pena hacerlo. No cuando pienso que ella no está muy por la labor de comprometerse en esta relación.

Dante sacudió la cabeza sin comprender las explicaciones de su hermano.

—¿Cómo que ella no quiere comprometerse? ¿Qué quieres decir? ¿Tú sí? ¿Y a qué coño te refieres con comprometerse? —Dante miró a su hermano con los ojos como platos y una expresión de incredulidad en el rostro.

—Acordamos tomárnoslo con calma. Irnos conociendo y todo eso —comenzó a explicar Luca ante la más que intrigante mirada de su hermano—. Pero, a veces, tengo la sensación de que estamos perdiendo el tiempo. Esta noche, quería quedarme con ella a dormir. Abrazarla y despertarme a su lado.

—Eso es demasiado comprometedor. Si yo fuera tú, saldría de su cama como un gato que escapa del agua, créeme —ironizó Dante con una sonrisa—. Es más, en alguna que otra ocasión me he visto en esa situación.

Luca sonrió con desgana.

—Su actitud. Su falta de interés en aclarar qué está sucediendo entre nosotros. Le pregunto qué necesita, qué espera de lo nuestro. Y ella… rehúye el tema, —Luca agitó su brazo en el aire para dejarlo caer inerte a su costado—. Dice que no hace falta que me preocupe por ella.

—Te has pillado por ella —fue la conclusión de Dante.

—Es posible que sienta algo más que una mera atracción sexual por Estefi. No voy a negarlo. Pero lo que no entiendo es que ella no me cuente nada. Solo que está bien conmigo. Se suponía que ese

comportamiento es más propio de nosotros, ¿no?

—Dale tiempo. No te agobies por una chica.

—No, no tengo intención de hacerlo, créeme, y claro que voy a darle más tiempo —le dijo con total seguridad mientras señalaba a su hermano con un dedo.

—Pues ahora sería mejor que nos fuéramos a la cama. Hay que madrugar. Debes estar descansado y centrado.

—Por eso no te preocupes. No dejaré que lo de esta noche me afecte mañana en el juego.

Dante vio a su hermano dirigirse a su habitación y desaparecer en esta. Se quedó en el salón unos minutos más mientras pensaba en lo que Luca le había contado. Sacudió la cabeza y se pasó la mano por el rostro como si tratara de aclarar sus ideas. «Por suerte, yo no tengo esos problemas», se dijo con una sonrisa cínica en el rostro. Ni pretendía tenerlos.

Luca y Dante llegaron al pabellón con tiempo para subirse al autobús del equipo y partir rumbo a Milán. Durante el camino, Luca no había vuelto a referirse a lo sucedido con Estefanía la noche anterior; prefería dejarlo a un lado y centrarse en su vuelta a las canchas. Agradecía que su hermano tampoco hubiera hecho referencia a ello. Se había limitado a charlar de manera distendida de baloncesto. De la situación del equipo luchando por entrar en los *play-off*. Del rival, el Emporio Armani Milán, que no se había clasificado para los cruces de la Euroliga al perder el último día ante el Real Madrid.

—¿Crees que la eliminación en Euroliga le pasará factura? —Luca miró a su hermano que caminaba a su lado con la cabeza gacha, la mirada fija en el suelo y el ceño fruncido.

—Nunca se sabe. Puede afectarles de manera negativa, o tal vez sea un revulsivo.

—Qué estén más motivados, te refieres.

—Sí, que quieran demostrar que no estar entre el Top 8 de la Euroliga no ha sido un fracaso.

—Vamos a pagar los platos rotos, ¿no? —bromeó Luca haciendo un símil.

—Algo así. Intentarán demostrar que lo del jueves contra el Madrid fue un tropiezo.

—Nos la jugamos. Si hoy no ganamos, lo tendremos complicado para entrar en el *play-off*.

—Sí. Pero no podemos dejar que eso nos meta más presión de la que ya tenemos. Oye, ya sé que no quieres hablar del tema y no te voy a preguntar más por este, pero sí me gustaría saber qué tal te encuentras. —Dante contempló a su hermano con preocupación por lo que pudiera estar pensando, por su estado anímico. De acuerdo que él volvía al equipo para completar el roster, pero Zanotti podía echar mano de él en cualquier momento durante el partido. Podría jugarse la última posesión, el último tiro a canasta o los dos últimos tiros libres… Infinidad de situaciones que se daban a lo largo de un encuentro.

Luca inspiró antes de responder.

—Nunca he estado mejor. —Sonrió mientras posaba su mano en el hombro de Dante.

Zanotti los saludó con una sonrisa, en especial, a Luca.

—¿Preparado para tu vuelta a las canchas?

—Sí.

—¿Nervioso?

Luca sonrió ante esa pregunta. No respondió porque la expresión de su rostro lo decía todo.

—Bien, subamos al autocar y marchemos a Milán.

Luca asintió. Subió, se sentó en una de las primeras filas y ocupó el asiento junto a la ventanilla.

—Si no te importa, voy a ir escuchando música —le dijo a su hermano.

—No te molestaré.

Luca se acomodó en el asiento y se dispuso a abstraerse de todo lo sucedido mientras pensaba solo en el partido.

Estefanía tecleaba con velocidad. Se había levantado temprano, aunque sería más apropiado decir que apenas si había podido pegar ojo. La marcha de Luca, la posterior charla con sus compañeras de piso, salir por ahí a tomar algo y regresar a las tantas no habían contribuido a relajarse y a dormir.

Las tres llegaron a casa cuando comenzaba a amanecer y ella, tras prepararse un expreso, había sentido la necesidad de escribir en vez de irse a dormir. No creía que acostarse le ayudara mucho. Por ese motivo, prefería permanecer despierta y aprovechar ese momento de lucidez creativa. Pensaba en Luca cada vez que tenía que referirse al protagonista de su novela. Ello le hacía vacilar a la hora de escribir

porque pensaba en cómo reconstruir al personaje. ¿Le diría a la protagonista lo que sentía por ella? Tal vez, después de todo, pensar en las cualidades de Luca para su personaje masculino no había sido una idea acertada. Se quedó parada, con los codos apoyados en la mesa y las manos entrelazadas. Su mirada se quedó fija y perdida por encima de la pantalla de su portátil mientras su mente la traicionaba rememorando lo sucedido horas antes con Luca. ¿Por qué le interesaba saber qué tal estaba con él? ¿A qué habían ido sus preguntas sobre qué era lo que esperaba, deseaba y demás? Su preocupación por ella… Se encontraba bien. A gusto con él. No buscaba complicarse demasiado la vida porque no creía que ningún chico lo mereciera. Eso lo dejaba para los protagonistas de sus novelas, a quienes podía moldear a su antojo. Pero en la realidad… Sacudió la cabeza e intentó regresar a la escritura. Miró el reloj de su móvil. A esas horas él estaría camino de Milán para jugar el partido. Le había deseado suerte, aunque de una manera más bien fría y por compromiso, cuando él estaba en la puerta del piso a punto de despedirse. Lo cierto era que tenía la duda de que él la llamara o le enviara un mensaje cuando regresara, para verse. No sabía por qué, pero lo intuía. Y el temor a que sucediera paralizaba sus manos a la hora de escribir. Tal vez habría sido más conveniente confesarle lo que sentía cuando estaba con él. Debería hacer más caso a sus propios sentimientos que a lo que las locas de sus compañeras de piso le dijeran; y eso que ellas lo hacían con toda la buena intención del mundo. Como lo de sacarla de casa esa noche para que se divirtiera. Casi había sido una carga, más que una diversión para todas. Pensó en un primer momento que sería una buena idea. Salir con ellas y distraerse. Y aunque la noche se había ido animando poco a poco, algo dentro de ella pareció volverse a enchufar cuando un grupo de chicos se les acercaron. Pensó en Luca de manera irremediable y entonces todo pareció cambiar. Las luces, la música, el ambiente. Y se dio cuenta de que estaba sonriendo al pensar en él y comprendió lo estúpida que era al intentar engañarse a sí misma. Se había pillado por su compañero de clase y nada ni nadie podrían negarlo. Ni levantar murallas para evitar que él ocupara su corazón. Ya era tarde para eso. Y su teoría de tener algo con él sin sentir, sin expresar sus sentimientos y sus emociones con palabras había saltado por lo aires.

Estefanía sacudió la cabeza, dejando a un lado lo sucedido la noche pasada, y regresó a ese momento. Volvió al teclado de manera lenta pero segura. De igual forma que ella estaba segura de lo que quería de Luca: a él.

Luca no se desprendió de sus auriculares ni siquiera cuando llegó al Mediolanum Fórum de Milán. Quería estar centrado y abstraerse de todo lo que no fuera el partido. Sintió la mano de su hermano en su hombro transmitiéndole confianza y seguridad.

Cuando saltó a calentar, las gradas del pabellón mostraban un buen ambiente que iría creciendo a medida que la hora del partido se acercaba. Luca estaba algo nervioso, no podía negarlo. Pero confiaba en que sus nervios fueran desapareciendo cuando empezara el partido. Se había prohibido pensar en ella durante esas dos horas, como mínimo. Una vez subido en el autobús del equipo de vuelta a Bolonia ya vería qué hacía.

Estefanía escuchó a sus dos compañeras trastear en el baño y en la cocina. Guardó el documento y bajó la pantalla del portátil para ir a ver qué le contaban. Encontró a Federica sentada a la mesa de la cocina con una taza de café y algo para desayunar, pese a la hora que era.

—Pensaba que os quedaríais en la cama todo el día —le dijo cogiendo la cafetera para servirse el segundo de la mañana para ella.

—¿No te parece poco la una del medio día? —inquirió Federica con un toque de ironía en su voz algo ronca debido al tabaco y al alcohol. Miró a Estefanía con una ceja arqueada—. Casi tendríamos que estar preparando la comida y, en cambio, estamos tomando café. ¿Cuántos llevas?

—Este es el segundo. Tomé el primero cuando llegué y me puse a escribir. Sentía la urgente necesidad de hacerlo.

—Entonces, ¿no te has acostado? —Contempló a Estefanía sacudir la cabeza—. ¿Ni tan siquiera una cabezadita?

—Nada de nada. Ya te digo que me puse un expreso, algo de picar y a teclear.

—¡Joder! Pues ya son ganas —resopló mientras levantaba la mirada hacia Micaela, quien aparecía en la cocina en ese instante—. ¿Sabes que aquí Nora Roberts no se ha acostado y encima se ha puesto a escribir?

Micaela lanzó una mirada llena de sorpresa a Estefanía.

—¿En serio? Pues ya te vale.

—Vamos, chicas, estaba desvelada cuando hemos llegado, así que qué mejor momento para ponerme a escribir, ¿eh?

—No, no, si nos parece genial, ¿verdad? —comentó Federica

lanzando una mirada a Micaela.

—Anoche parecías animada, hasta que aparecieron aquellos chicos —comentó Micaela mientras se sentaba a la mesa con un café y algo de comer.

Estefanía se limitó a encogerse de hombros ante esa apreciación.

—Sí, es verdad. Sobre todo cuando uno de ellos se te acercó. ¿Tenía interés en ti o qué? —preguntó Federica contemplando a su amiga con expectación.

—No lo sé. Solo se mostró simpático.

—Bueno, tampoco ibas a hacer nada con él porque ya tienes pareja —matizó Micaela mojando un bollo en el café y dándole un mordisco después, sin perder de vista la expresión del rostro de Estefanía.

—Sí, claro —señaló Federica mientras asentía y centraba su atención en su amiga y en lo que tuviera que decirles.

—Ya. Por eso mismo no hice nada.

—Oye, ¿qué tal le irá a Luca en el partido? Era esta mañana, ¿verdad? —le recordó Micaela con el gesto soñoliento por haber dormido muy poco.

—Eh, sí. Era esta mañana cuando jugaban en Milán.

—Seguro que esta tarde te llama para veros.

—No lo sé.

—Pues lo llamas tú. ¿No quieres quedar con él o qué? —Micaela pareció algo molesta por la desidia que mostraba Estefanía. Como si no le importara lo más mínimo lo que sucediera con él.

—Por la manera que anoche os despedisteis… —Federica se mordisqueó el labio con gesto pensativo al recordar lo sucedido.

—No nos despedimos mal.

—Ya, pero nosotras esperábamos que se quedara a dormir contigo, ya que vino. —Federica arqueó sus cejas y abrió los ojos como platos, lo que hizo ver a Estefanía la sorpresa que les había producido que se marchara.

—Ya os dije que tenía que descansar.

—¿Quieres decir que de haberse quedado no lo habrías dejado hacerlo? —Había un toque socarrón en la pregunta de Micaela y un leve ronroneo de complicidad mientras contemplaba a Estefanía sonrojarse.

Esta abrió la boca para rebatir el comentario, pero era tan evidente su reacción ante la deducción de su compañera de piso que prefirió cerrarla de golpe. Y callarse.

—Quien calla, otorga —le señaló Federica con naturalidad.

—Vale, de acuerdo. No sé qué demonios habría sucedido de haberse quedado. Solo le comenté que esta mañana tenía partido y

que sería mejor para él irse a descansar. Ya está —les aclaró mientras intentaba serenarse y no pensar en Luca.

—De acuerdo, entonces lo habéis aplazado hasta esta tarde-noche cuando os veáis. Te aconsejo que duermas un poco o serás tú la que no pegue ojo —le aseguró Micaela con una media sonrisa burlona.

—Eso si no está cansado del partido —apuntó Federica—. Aunque viendo la forma física que tiene, no le dará importancia al cansancio cuando esté contigo.

Estefanía se limitó a poner los ojos en blanco y resoplar sin decir nada más. Se levantó de la silla y regresó a su habitación mientras sus dos compañeras se miraban entre sí sin comprender qué le sucedía.

Estefanía no quería confesárselo a las dos, pero ya había tenido el presentimiento de que esa tarde no se produciría dicho encuentro.

Luca veía el partido desde el banquillo. Zanotti no lo había necesitado todavía, lo cual le agradecía, no estaba seguro de hacer un buen papel tal y como iba el partido. Perdían de cinco al borde del descanso. Su hermano era sustituido en ese momento. Chocó su mano con la de él y escondió su rostro en la toalla para limpiarse el sudor. Echó un trago de agua y resopló.

—Será difícil ganar —le comentó a Dante, quien apretaba los labios y asentía.

—Ya lo sabíamos antes de empezar.

—Eh, Luca. Vamos. —Zanotti acudió a él y lo animó con la mano a que se preparara para jugar.

Se levantó del banquillo ante la llamada del entrenador. Ni siquiera le dio tiempo a pensar en lo nervioso que estaba.

—Escucha, quiero que te pegues a Gentile y no lo dejes ni respirar. Presiónalo desde el saque. No lo dejes pensar si consigue el balón. Hay que recuperar la posesión lo antes posible. Venga. —Le dio un par de palmadas en la espalda y lo vio salir a la cancha para disputar los últimos minutos del segundo cuarto.

Dante aplaudió para darle ánimos. Esperaba que lo de su chica no le afectara en su dirección del juego.

Luca se pegó a Gentile, como le había pedido el entrenador, para evitar que este controlara el tiempo del partido. La máxima figura del equipo, base de la selección italiana. Un jugador al que admiraba. No estaba mal para olvidarse de Estefanía. Intentó presionarlo, pero salió del bloqueo con facilidad. Luca lo siguió e intentó que no pensara a la

hora de distribuir el balón. Lo vio pedirlo segundos después de haber hecho un pase, pero su compañero prefirió arriesgar el tiro y errar. Luca recibió el balón para cruzar la mitad de la pista mientras Gentile lo controlaba a escasa distancia, no lo presionaba demasiado, sino que le dejaba pasar el balón, cortar por debajo del aro. Luca hizo ese movimiento para quedarse solo después del bloqueo de su compañero, recibió el balón y se la jugó, pero el tiro no entró. Se lamentó de la ocasión fallada y se pegó de nuevo al base del Emporio Armani Milán. Sudaba, resoplaba y tenía el pulso acelerado. Acusaba la falta de ritmo que te da la competición, pero le estaba sentando genial para dejar a un lado todo lo que no tuviera que ver con ese partido. Levantó la mirada al marcador. Faltaban dos minutos para el descanso. Aguantaría el tipo hasta el final.

Estefanía volvió a sumergirse en la novela durante otro rato. Sin embargo, no pudo evitar echar un vistazo a cómo marchaba el partido de la Virtus en Milán. Lo buscó en Internet y se lamentó porque las noticias no fueran buenas para los intereses de Luca. Al descanso, la Virtus perdía de cinco. Revisó las estadísticas de esa primera parte y vio que Luca había disputado al menos cinco minutos. Había lanzado tres veces a canasta y anotado una. Se alegró por él. Y minimizó la página de la Liga de baloncesto para seguir centrada en su novela. Aunque no podía dejar de experimentar cierta comezón por saber cómo acabaría el encuentro.

La vuelta del vestuario no le sentó nada bien a la Virtus, que vio como el rival se escapaba con facilidad en el marcador. Luca tenía la impresión de que habían vuelto a la cancha bastante relajados, lo que había aprovechado muy bien Milán. De nada parecían servir las indicaciones de Zanotti ni los cambios ni los tiempos muertos. El tercer cuarto pasó como una exhalación. Entraban en la recta final del partido con cinco puntos abajo después de todo.

—Vuelve a pista —le indicó el entrenador en un intento por encontrar un revulsivo que diera la vuelta al marcador.

Luca inspiró mientras esperaba a que el juego se detuviera para que él pudiera entrar a la cancha. Confiaba en que su aportación fuera

algo mejor que la que había hecho en el segundo cuarto. Se secó el sudor de sus manos en el pantalón y fijó su mirada en el hombre que subía el balón para iniciar una nueva jugada. Poco a poco, se fue sintiendo mejor y dejó a Estefanía fuera de su mente, lo cual le sentó de maravilla porque, en un par de ataques dirigidos por él, el equipo se metió de lleno en el partido gracias a varias canastas suyas.

Milán se vio obligado a pedir tiempo cuando vio como su ventaja se veía reducida hasta que ambos conjuntos entraron en los últimos minutos del partido con un marcador ajustado. Luca observaba a Zanotti dar instrucciones a los jugadores. Modificaba sus posiciones, les pedía más intensidad y que se comunicaran entre ellos. Estaban solo dos puntos abajo. Podían ganar en la pista del Milán y dar un golpe casi definitivo para estar en el *play-off*.

Luca estaba nervioso. Movía los pies de manera continua mientras mantenía la atención puesta en la pista. Había sido relegado al banquillo hacía escasos segundos y en ese instante miraba a su hermano sin pestañear. Dante acababa de situarse en la línea de tiros libres. Disponía de dos tiros que podían empatar el encuentro y meter el partido en una especie de mini cuarto. El primero estaba dentro. Dante parecía estar concentrado. Sabía que aguantaba la presión como ningún otro. Elevó el brazo y dejó que el balón resbalara por la palma de su mano para salir en arco hacia el aro. El balón entró limpio, acariciando la red. Habían empatado, lo que obligaba a Milán a pedir un tiempo muerto.

Luca se levantó para saludar al quinteto que regresaba de la pista. Escuchó a Zanotti dar las instrucciones oportunas para disputar los tres minutos que restaban y que para ellos eran vitales. Volvieron a la pista mientras Luca lo hacía a su asiento. Se sentía pletórico por haber regresado a las canchas. Si ya lo había estaba como entrenador de las categorías inferiores, jugar en el primer equipo era lo máximo que podía alcanzar.

—¿Esperabas un regreso así? —le comentó su compañero sentado a su derecha.

—No. No esperaba que me propusieran volver. Y menos que fuera a venir aquí hoy. Por suerte se ha solucionado todo con rapidez. Sin duda que este es el encuentro idóneo para regresar a la competición.

Luca volvió a fijarse en el partido. Volvía a ponerse cuesta arriba de nuevo. Milán se despegaba gracias a Gentile y cada vez les restaba menos tiempo. Luca se impacientaba porque veía que las posibilidades de ganar comenzaban a esfumarse y más cuando su propio hermano Dante fallaba una canasta fácil. Se llevó las manos a la cara, como si no quisiera ver más.

El ambiente en la grada se volvió más hostil contra ellos. El público apretaba, lo que convertía los ataques de la Virtus en un algo heroico o suicida, como el triple de Renzo, que se salió del aro cuando estaba casi dentro. Luca resopló y se echó hacia atrás en el banco. No había nada que hacer. Y así quedó constancia con una nueva canasta del Milán. Su vuelta al baloncesto profesional no iba a ser recordada por una victoria. Luca se lamentó, sacudió la cabeza y se dijo que no estaba atravesando una buena racha.

Estefanía permanecía centrada en el texto que releía en la pantalla de su portátil. Se había olvidado del partido de Luca por completo. Y cuando quiso hacerlo, este había concluido con la derrota de la Virtus. Se sintió algo desolada por ese hecho y cerró la ventana de Internet. Regresó a su trabajo para continuar el capítulo en el que llevaba trabajando todo el día. Cuando se sintió satisfecha por cómo había quedado, resopló, estiró los brazos y se quedó contemplando la pantalla con la mirada perdida. En un par de días que se había puesto en serio había avanzado más que en semanas anteriores. Debería seguir con ese buen ritmo para poder entregarle la novela a Gabriela antes incluso de que se la pidiera. Bajó la pantalla del portátil y salió de la habitación para relajarse un poco. Esa tarde aprovecharía para estudiar. No podía dejar de lado la carrera. Estaba a punto de graduarse en Periodismo, de manera que, si pretendía pasar un verano relajado, más le valdría ponerse las pilas o, de lo contrario, le tocaría estudiar y no preparar su tercera novela. ¿Y Luca? ¿Qué haría él en verano?

Capítulo 11

De regreso en el autobús, Luca se lamentaba de la mala suerte que habían tenido. Perder entraba dentro de las posibilidades, pero hacerlo de la manera en que lo habían hecho jodía más. Después de lograr empatar el partido, parecía que les hubiera entrado el miedo a ganarlo. Habían peleado durante treinta y cinco minutos para igualar el choque y, cuando lo habían conseguido, Luca había tenido la impresión de que el objetivo se había cumplido, olvidándose de ganar. Eso lo había aprovechado muy bien el Emporio Armani Milán para volver a distanciarse en el marcador y llevarse el partido.

—Alegra esa cara. No todo está perdido —le dijo Dante sentado a su lado.

—Lo hemos tenido a tiro.

—Sí, lo sabemos. Pero esto es deporte y ya sabes: unas veces ganas y otras pierdes. ¿Cómo te has encontrado tú? Te he visto bien los minutos que has disputado. Sobre todo en el último cuarto.

Luca asintió. Seguía pensando en que podían haber ganado.

—Bien, bien. Marcar a un jugador como Gentile, al cual admiras, no es nada fácil.

—Sí. Es un gran jugador. Bueno, ahora toca descansar y esperar a ver qué hacen los demás. Tal vez, después de todo, esta derrota no sea tan mala si Cantú y Cremona pierden. O, al menos, uno de los dos.

—Sí. Esperemos que la suerte que nos ha faltado en este partido nos acompañe en la de nuestros rivales.

Luca desvió la mirada hacia la ventanilla mientras el autocar iniciaba el viaje de regreso a Bolonia. Tenía una sensación agridulce por el debut y la derrota. Confiaba en que el próximo encuentro fuera

diferente.

—Las opciones se agotan.

Dante volvió la mirada hacia su hermano una vez más.

—No te lo tomes de esa manera. Es solo un juego. Por cierto, ¿qué vas a hacer hoy? ¿Vas a llamar a Estefanía para salir?

Luca inspiró mientras contaba hasta diez. Se quedó con la mirada fija en la pantalla de su móvil deslizando el pulgar por esta. Frunció los labios y movió la cabeza.

—No. No voy a llamarla. No me apetece.

—Espero que la derrota no influya en tu estado de ánimo hasta ese punto.

—No. Tranquilo, no es para tanto. Solo estoy algo jodido porque esperaba celebrar mi regreso a la competición con una victoria. Nada más.

—De acuerdo. Vayamos por partes, ¿piensas volver a la competición? Me refiero a si estás dispuesto a aceptar una posible oferta para jugar el año que viene. Ahora son solo unos partidos, ya los sabes. Pero ¿quién sabe? A lo mejor te ofrecen un contrato por una temporada entera.

—Es algo que no me planteo en ningún momento. Lo de ahora es algo excepcional debido a las lesiones de varios jugadores de la actual plantilla.

—Cierto, pero si llegara el caso… —Dante siguió centrado en su hermano mientras este parecía estar pensándolo.

—Tal vez, con la carrera terminada en junio —comentó mientras se encogía de hombros—. No me importaría compaginar el jugar y, al mismo tiempo, dedicarme al periodismo.

—Siempre podrías mirar si el jefe de prensa de la Virtus necesita una ayuda.

—No lo había pensado, pero ahora que me lo comentas…

—Vale. Vamos al segundo asunto. —Dante apretó los labios, emitió un quejido y observó a Luca con atención. No parecía molesto, de momento.

—No voy a quedar con ella. Ya sé de qué trata tu segundo asunto. De manera que voy a ahorrarte el discurso y las preguntas.

—Estás cabreado.

—Un poco.

—Mira, no soy quién para darte consejos ni decirte lo que yo haría, porque ya me conoces y sabes que soy un completo desastre con las relaciones…

—Lo sé. Sé que ninguna te ha durado más de una semana.

—Bueno…, alguna me ha durado algo más —se justificó Dante

tratando de no parecer tan desastre.

—Todo un logro tratándose de ti, la verdad.

—Sí, vale, bien… Esto… No estamos hablando de mí ahora ni de mis relaciones, sino de ti.

—Ya te he dicho que no voy a llamarla.

—¿Por qué? ¿Por lo de anoche?

—Si no sabe lo que quiere ni lo que busca conmigo, entonces tal vez estemos perdiendo el tiempo. Y sabes que no me gusta que me lo hagan perder; ni tampoco hacérselo perder a la otra persona.

—Desconocía que tu compañera te gustara tanto, la verdad.

—Y yo.

—¿Pensabas que era un rollo? ¿Un calentón?

—No sé lo que pensaba. No, sabes que no soy de esa clase de tíos. No soy como tú —le aclaró mientras lo contemplaba de manera fija y sonreía.

—Por eso, no soy el más idóneo para darte consejos. Tal vez deberíais aclararlo.

—No insistas.

—¿Tanto te ha jodido? Y perdona la expresión, pero es que no se me ocurre otra.

Luca se quedó con la mirada en la carretera que lo conducía de regreso a Bolonia.

—Esperaba que ella se sincerara conmigo. Que me dijera cómo se siente cuando estamos a solas, sin compañeros de clase ni amigos a nuestro alrededor. Entiendo que está dolida por su anterior relación y que anda con los pies de plomo, pero… Creo que le he demostrado que me importa. Mucho más de lo que yo mismo creía. Deberías haberla visto la otra mañana cuando le sugerí que, llegado el momento, me importaría más bien poco decirle que la quiero. Auque ella saliera corriendo. Entiendo que a ella se lo hayan dicho y luego no haya sido verdad, que la persona no lo sentía. Entiendo que no se fíe de las relaciones y todo eso. Pero yo no soy así.

—Te has enamorado de ella.

—Sí, es cierto. Y no me aterra decirlo. Me he enamorado de ella pese a que en un primer momento acordamos que no sucedería. Que nos lo tomaríamos con calma, sin necesidad de expresar emociones.

—En plan follamigos. Sin ataduras ni nada por el estilo.

—Algo así. Pero creo que el tiempo que pasamos juntos está llevando la relación a otra dimensión. Siento la necesidad de decirle cómo me siento con ella. Pero me callo porque temo que si se lo digo ella salga poco menos que huyendo. —Luca sonrió de forma irónica.

—Ya. Tal vez debes dejar que pase el tiempo a ver cómo reacciona

ella. A lo mejor se da cuenta de lo que le falta y se lo piensa. O te dice cómo se siente, si te echa de menos, ya te digo que no soy el más indicado en relaciones de pareja.

—Por ese motivo no quieres saber nada de Claudia —Luca le soltó el comentario como un disparo a bocajarro. Un golpe de efecto que su hermano Dante no se esperaba—. Yo te he contado cómo me encuentro. Así que, ya puestos…

—Cabrito —murmuró Dante con un toque irónico. Se pasó la mano por el rostro, donde notó la barba que comenzaba a despuntar. Resopló y miró a Luca con los labios apretados—. Es posible. Ya me conoces. Acabo de decirte cómo soy. Y aunque no conozco personalmente a Claudia, excepto por haber ido en un par de ocasiones al café de su hermano…, y habernos hecho una foto y tal…, creo que es una tía que no se merecería un desplante como el mío.

—Entiendo. Podrías follártela, pero no llamarla para quedar con ella después.

—Algo así. Pero como ni si quiera me lo he planteado…

—¿Que no te has planteado llevártela a la cama? ¿Tú la has visto bien?

Dante sonrió con chulería. No iba a confesarle a su hermano que todavía guardaba en su móvil la foto que se habían hecho en el café. Y que, de vez en cuando, le echaba un vistazo picado por la curiosidad.

—La he visto, sí. ¿Olvidas que la tuve debajo de mi brazo mientras su hermano y tú nos hacíais una foto? Es una mujer interesante desde el punto de vista sexual, no te lo discuto.

—¿Todavía la tienes? —Luca preguntó con la ironía propia que representaba ese hecho. Y cuando vio a Dante asentir con normalidad, no pudo evitar sonreír de manera cínica y burlona—. A ver si te va a gustar en serio. Ya te digo que está sola.

Dante miró de reojo a su hermano y sacudió la cabeza en señal de incredulidad.

—¿Se puede saber a qué viene ese interés tuyo en que me fije en Claudia? Ya lo he hecho. Está muy bien, me la llevaría a la cama y punto. Pero no voy a hacerlo porque no sabría qué hacer con ella. Ahora mismo no me interesa ninguna relación. Además, piensa por un solo momento la clase de trato que tendríamos. Ya te dije que ella se pasa la vida entera en ese café, y yo tengo que entrenar y jugar. ¿Cuándo tendríamos tiempo de estar a solas para mantener una relación que pudiera asentarse con el tiempo? —Dante sacudió la cabeza sin terminar de creerlo.

—¿Te plantearías una relación con ella si tuvieras una posibilidad? Podrías pasar a recogerla por el café cuando terminara.

—¿Yo? —Dante abrió los ojos como platos y pareció sentirse ofendido por la pregunta de su hermano.

—Acabas de decirlo. Que no tendríais tiempo para mantener y afianzar una.

Dante puso los ojos en blanco y sacudió la mano delante de su hermano para restarle importancia.

—Olvídalo, ¿quieres? Ponte a escuchar música. Te vendrá bien.

—Lo que pretendes es que te deje en paz. No hay problema, he pillado la indirecta. O, en este caso, la directa. —Luca cogió los auriculares y se los colocó para tratar de abstraerse y, de ese modo, dejar de hablar de relaciones, mujeres y demás. Sí, sería lo mejor. Centrarse en la música.

Dante sonrió y sacudió la cabeza sin terminar de dar crédito a las majaderías de de su hermano. ¿Claudia y él? ¿De dónde coño sacaba esa gilipollez? Ya le había dicho lo que ella le parecía y lo que haría con ella y lo que no. De manera que no entendía el interés de Luca. Sacudió la cabeza y echó un vistazo a su móvil para leer los correos y los mensajes, así como ver los resultados de otros partidos que ya se habían jugado. Pero al deslizar el pulgar por la pantalla de su móvil, este pareció jugársela, ya que al quitar el protector lo primero que saltó fue nada más y nada menos que la foto de él con Claudia. ¿Cómo cojones había sucedido? Al final tendría que borrarla para que dejara de martirizarlo. Pero justo cuando su dedo iba a pulsar el icono de la papelera, se quedó contemplando el rostro de Claudia sin parpadear y sin creerlo; sonrió. Inspiró hondo un momento y deslizó la fotografía de regreso al álbum de imágenes. ¿A cuento de qué iba a hacerlo?

Estefanía se pasó el día centrada en su novela y en preparar cosas para la facultad: tenía que hacer varias lecturas y entregar un par de trabajos para la evaluación final. Consultó el móvil en varias ocasiones por si tenía algún mensaje de Luca. Pero cada vez que lo hacía obtenía el mismo resultado: nada. Se quedó pensativa durante unos minutos. ¿Habría llegado de Milán o se había quedado allí con el equipo? Tampoco sabía cómo funcionaba el mundo del baloncesto profesional, lo cual la llevó a pensar en esa posibilidad. ¿Se le había olvidado mandarle un mensaje para verse?

Dejó el móvil a un lado y prosiguió con los apuntes de la facultad. Había dejado aparcada la novela hasta el día siguiente. Tenía que repartir el tiempo entre la facultad y la editorial. Lo primero era

graduarse en Periodismo. Luego vendría la literatura. Sacó de su mente a Luca y se centró en lo que tenía delante de ella.

Luca no la llamó ni le envió un mensaje para quedar. Estaba cansado por el partido y los viajes de ida y vuelta a Milán. Y para alguien como él, que llevaba tiempo alejado del baloncesto profesional, aquel sábado había tenido bastante. Por otro lado, el equipo juvenil tenía partido el domingo por la tarde en Bolonia, lo que significaba que acudiría al encuentro. Eso le dejó la mañana para ponerse al día en cuanto a la carrera.

—¿A qué hora tienes partido? —le preguntó Dante cuando lo vio entregado a los apuntes.

—A las seis. Estoy aprovechando a estudiar un rato. ¿Vas a venir?

—La verdad es que no tengo pensado hacer nada. Sí, iré contigo. —Dante se quedó callado mientras dudaba entre preguntarle por Estefanía o dejarlo estar y que su hermano hiciera lo que más le convenía. Pero dado que se había quedado en casa la tarde anterior y llevaba allí toda la mañana del domingo, entendía que no se había puesto en contacto con ella.

Luca siguió trazando esquemas y notas, ajeno a la mirada de Dante.

—*¿Quieres venir al partido? Tengo entradas* —la pregunta de Allegra dejó a Estefanía muda. No esperaba esa llamada por su parte.

—La verdad… no lo sé. Estoy estudiando.

—*Venga, va. Los días que hemos ido día nos lo pasamos bien. Anímate. ¿No te lo ha comentado Luca?*

Estefanía se mordisqueó el labio. Lo cierto era que tenía que estudiar y no estaba segura de si partir la tarde en ese momento le beneficiaba. El tono de sorpresa de Allegra al preguntarle por Luca hizo que ella hiciera un gesto irónico.

—No, no lo he visto desde el viernes.

—*Ah.* —Allegra hizo una exclamación de sorpresa—. *Bueno, tú verás.*

Estefanía pensó que su amiga no pretendía ahondar más en el tema, no fuera a ser que metiera la pata. Ya se enteraría si había

sucedido algo entre ellos el lunes cuando estuvieran en clase. Apoyó su frente sobre la palma de su mano con los ojos cerrados. ¿Y si él no quería verla? No la había llamado ni enviado un mensaje desde que el viernes por la noche salió por la puerta del piso. A lo mejor ya no estaba interesado en ella, lo cual le dolía después de haber creído que él era diferente a los demás. Pero todo le estaba haciendo parecer lo contrario.

—*Bueno. Como veo que no te decides, te dejo, que se me hace tarde.*

—Espera. Vale. Paso a buscarte camino del pabellón —le dijo Estefanía de repente, como si hubiera sentido un fogonazo que la había hecho cambiar de opinión.

—*Vale. Te espero. Pero date prisa.*

—Sí. Descuida. —Deslizó el dedo por la pantalla para colgar y se dio varios toquecitos con el móvil en los labios. Pensó que era lo mejor que podía hacer. No iba a comportarse como una cría. Acompañaría a Allegra al partido y, si coincidía con Luca, lo saludaría.

Luca no había podido evitar levantar su mirada hacia las gradas cuando entró en el pabellón. Una especie de aguijonazo le había obligado a hacerlo. ¿Buscaba a Estefanía o era tan solo una visión panorámica de la gente que había acudido al partido esa tarde?

—Hoy tienes un rival asequible. El Reyer Venezia no está entre los equipos más fuertes de la competición —le informó Claudio cuando lo vio y fue a saludarlo—. Por cierto, vi por Internet el partido que jugasteis en Milán. Mala suerte. Ese demonio de Gentile. —Claudio chasqueó la lengua con una mezcla de decepción y cabreo.

—Ya. Me tocó bailar con la más fea.

—Salir y cubrirlo en el partido que regresas… ¿Cómo te encontraste?

—Bien para el tiempo que hacía que lo dejé.

—¿Vas a seguir? Queda poco para que termine la fase regular y no estamos en *play-off*.

—Lo sé. Pero ahora no toca hablar de mí como jugador de la Virtus, sino de estos chavales —le dijo con un gesto hacia el grupo que calentaba.

—He visto que has venido con Dante…

—Sí, quería verme en mi otra faceta.

—Pedazo de partido que se marcó tu hermano. Pero es una putada que no sirviera de nada.

—Ya lo conoces.

—Oye, ¿has visto a Estefanía? ¿También hoy va a venir? A lo mejor nos da suerte —bromeó Claudio dando un golpe en el hombro a Luca.

—No lo sé. No me ha dicho nada.

—Bueno, seguro que viene. Después del espectáculo del otro día… —Claudio arqueó sus cejas y movió la mano en un gesto típico de él cuando preveía que algo bueno iba a suceder.

Luca asintió, cruzó los brazos y fijó toda su atención en el calentamiento de ambos equipos, ajeno a si Estefanía y Allegra aparecían ese día también.

Nada más llegar a lo alto de la grada, Estefanía buscó a Luca con su mirada. Estaba de pie junto al banquillo mirando a sus chavales entrar a canasta. Una sensación parecida a cuando se adentraba en el agua fría le recorrió el cuerpo hasta aposentarse en su estómago. Inspiró hondo mientras bajaba las escaleras detrás de Allegra en busca de dos asientos libres. Por suerte, no había mucha gente esa tarde y tenían sitio de sobra para elegir.

—¿Te parece bien quedarnos por aquí? —le preguntó su amiga mientras ella seguía bajando las escaleras con la mirada fija en Luca.

—Donde tú quieras.

—¿Qué te pasa? Estás muy rara.

—Nada. Es más cansancio de estar escribiendo primero y luego estudiando un poco. No puedo dejar de lado este último año de carrera.

—¿En serio no te ha dicho nada? —le preguntó Allegra; su mirada iba de Luca a Estefanía con cara de póquer.

—No. Se le habrá pasado, mujer. Ayer estuvo en Milán con el primer equipo. Imagino que llegó cansado y se le olvidó decírmelo —le comentó como excusa para que Allegra la dejara tranquila.

Esta asintió sin decir nada más. Se limitó a mirarla con una sensación rara. «¿Habrá sucedido algo entre ellos dos?», se preguntó mientras volvía su atención a la pista donde el partido iba a comenzar.

Estefanía pareció tranquilizarse una vez que dio comienzo el encuentro. Pero esa vez estuvo más pendiente de Luca que del juego. Y aunque intentaba responder las preguntas de Allegra, y comentar las jugadas de su sobrino y del resto de compañeros, Estefanía no parecía estar muy por labor. En algún momento llegó a preguntarse si había hecho lo correcto al ir a ver el partido. Si no habría sido mejor quedarse en casa y ver a Luca en la facultad.

Él daba instrucciones a sus jugadores para que buscaran mejores posiciones de tiro en ataque; o para que estuvieran más centrados en

defensa. Presentía que su equipo estaba algo relajado porque desde el principio se habían despegado en el marcador. Pero esa relajación podía costarles cara. Por ese motivo, los alentaba a seguir y seguir atacando y anotando.

—¿No crees que nos hemos ido muy rápido en el marcador? —la pregunta de Claudio hizo que Luca asintiera y, por primera vez desde que había dado comienzo el partido, volviera su atención hacia un punto que no fuera la cancha. Era como si el hecho de saber que Estefanía podía estar viendo el partido desde la grada lo obligara a no apartar su atención del partido.

—Por eso estoy todo el rato encima de ellos pidiendo más intensidad defensiva. Temo que nos relajemos en exceso y luego nos toque forzar para ganar el partido.

Claudio asintió convencido de que Luca sabía lo que hacía. Volvió a su asiento en el banco y siguió el partido con atención, pero con un ojo puesto en su amigo. Lo encontraba raro y no sabía si la derrota del primer equipo en Milán lo había afectado.

El partido transcurrió sin demasiados sobresaltos y se llegó al final con una victoria clara del equipo de Luca. Este acudió a saludar al entrenador rival y se quedó junto a Claudio recogiendo el acta del partido para echarle un vistazo.

—No ha estado mal después de todo. Tuvimos un pequeño bajón en el tercer cuarto, pero al final ganamos de quince —le explicaba Claudio sin levantar la mirada del acta.

—Ha estado bien. Temía que, después de ganar a Turín, nos relajáramos y pensáramos que ya estaba todo hecho.

—Sí. Hoy era uno de esos partidos con trampa. Por suerte, lo hemos sacado adelante. La liga se está acabando y tenemos a tiro el subcampeonato, como poco.

—Sí, pero hay que ir a por el título. Podemos hacerlo.

—Estoy de acuerdo. Oye, ¿estás bien? Te lo pregunto porque te noto algo parado, taciturno, e incluso parco en palabras en algunos momentos. No sé si tu debut ayer con la Virtus en Milán y posterior derrota te ha afectado.

Luca levantó la mirada del acta del partido y sacudió la cabeza.

—No. Era algo que me temía. Milán tiene muy buen equipo, ya lo sabes. Has estado jugando la presente Euroliga —le recordó mientras elevaba sus cejas en señal de expectación.

—Confiemos en que al final el equipo entre en el *play-off*. ¿Cómo ves estar entre los ocho mejores de la liga, Dante? —preguntó Claudio de repente al hermano de Luca, que aparecía en ese momento.

Este había bajado de la grada al parqué y, antes de poner los dos

pies en este, los chicos y algún que otro aficionado le pidieron autógrafos o se quisieron hacer fotos con él.

—Creo que podremos entrar —le aseguró Dante mirando a Claudio mientras le firmaba a un chaval en una libreta. Y luego a otro.

—¿A ti no te piden autógrafos?

—No.

—Pues tu hermano los está dejando de sobra —señaló Claudio con el mentón hacia Dante.

—Deja que atienda a sus fans. —Cuando Dante terminó de firmar y de hacerse fotos y *selfies*, se marchó con Luca y Claudio a la zona mixta donde algún directivo de la Virtus charlaba con la gente. Este, al ver a los dos hermanos, les hizo una señal para que esperaran un momento.

Luca pareció estar buscando a alguien, ya que aprovechó ese momento para pasear su mirada por el lugar. Ese gesto no pasó desapercibido para Dante, quien se lo hizo saber con una sonrisa algo irónica.

—¿Buscas a alguien en particular?

Luca miró a su hermano con el ceño fruncido. Lo había pillado, pero no iba a darle esa satisfacción.

—No. Solo estoy esperando a charlar con Giulio.

—Pensaba que la buscabas a ella —le hizo saber mirando por encima del hombro de su hermano, lo que obligó a Luca a volverse para encontrarse con Allegra y con Estefanía. Saludó a ambas con la mano, pero no se acercó hasta ellas. Ese gesto chocó a Dante—. ¿Qué haces? ¿No vas a saludarlas?

—Ya lo he hecho.

—Sí, levantando la mano como si le reconocieras al árbitro que has hecho falta personal. ¡No me jodas…!

—¿A qué viene ese interés tuyo? —le preguntó con el ceño fruncido sin comprender qué demonios pretendía—. ¿Qué quieres que haga?

—A que tienes a tu chica ahí, esperando que vayas a saludarla. A eso.

Luca apretó los labios y bajó su mirada hacia el suelo, pero sin cambiar su gesto de preocupación. Para suerte suya, Giulio se acercó a ellos.

—¿Qué tal, chicos? Enhorabuena por la victoria de hoy y el debut de ayer.

—Gracias. Aunque lo de ayer… —Luca chasqueó la lengua en señal de decepción.

—Bueno, entraba dentro de las posibilidades. No hay que darle

más vueltas. ¿Cómo te encontraste en tu regreso a la cancha?

—Bastante bien, la verdad. Lástima que en frente estuviera Gentile.

—Sí, un pedazo de jugador. Por algo es el base de la selección —le recordó palmeándolo en el hombro—. Buen partido, Dante.

—Gracias. Pero mis puntos no nos dieron la victoria.

—Todavía restan un par de jornadas para estar entre los ocho mejores. Así que no desesperéis. Os dejo, no quiero entreteneros más —le dijo estrechando la mano a los dos jugadores antes de marcharse.

Luca volvió el rostro hacia el lugar donde estaban Allegra y Estefanía, pero ambas habían desaparecido. Suponía que se habían cansado de esperar. Pero él no podía hacer nada si uno de los directivos del equipo les pedía a su hermano y él que esperaran para charlar con él.

—Se ha marchado —comentó Dante cuando se dio cuenta del lugar hacia el que su hermano se había quedado mirando de manera fija.

—No importa. No podía dejar a Giulio plantado por ir a saludarla.

—Seguro que no anda muy lejos —le aseguró Dante haciendo un gesto con su cabeza para que se marcharan de allí.

—Sí. Vamos —asintió Luca esperando que su hermano lo dejara tranquilo con respecto a Estefanía.

Las dos chicas se habían marchado en cuanto vieron que Luca y su hermano estaban charlando con un desconocido. Habían saludado al sobrino de Allegra y en ese momento abandonaban el pabellón. Estefanía se repetía que no había sido buena idea acudir al partido. Presentía que Luca no tenía intención de verla cuando no le había enviado un mensaje o la había llamado con ese propósito. Y luego su saludo frío con la mano en vez de acudir junto a ellas y saludarlas como debería haber hecho. Todo parecía ir de mal en peor. ¿Qué estaba sucediendo entre ellos?

—¿Por qué no has querido esperar a que Luca terminara de hablar con ese hombre?

Estefanía sacudió la cabeza y miró a su amiga sin saber por qué debía darle una explicación.

—Porque tengo prisa por volver a casa y seguir estudiando. Además, ni siquiera sabemos cuánto tiempo va a pasarse hablando ni qué planes tiene —le aclaró en un intento por mostrarse tranquila pese a que en su interior ella sentía una mezcla de sensaciones encontradas. Rabia e impotencia junto con una mezcla de desilusión.

—Pero podías haberlo esperado.

—¿Qué más da si mañana nos vemos en clase? —le preguntó emprendiendo el camino de nuevo en su intento por alejarse del pabellón a toda prisa no fuera a ser que él saliera y la viera. Ya no

tenía importancia que lo hiciera. Estaba algo dolida porque Luca parecía haber perdido interés en ella, en lo que tenían, desde el viernes por la noche. Y ella creía conocer el motivo, pero…

—Sí, claro. Bueno, como veo que tienes prisa, no te digo nada sobre tomarnos algo.

—Prefiero regresar al piso.

—Está bien. Te veo mañana.

—Sí, nos vemos en clase. —Estefanía se despidió de Allegra y se dirigió a casa antes de que se volviera sobre sus pasos y buscara a Luca. ¿Qué iba a decirle? ¿A preguntarle? ¿Por qué no le había enviado un WhatsApp o la había llamado para quedar? No tenía que hacerlo si él no quería. Lo vería en clase al día siguiente y ya hablarían sobre eso. Pero lo que tenía que hacer, por el momento, era centrarse en otros asuntos.

Luca y Dante abandonaron el pabellón, pero cuando salieron a la calle, no había ni rastro de Estefanía ni de Allegra. Dante percibió cierta decepción en el rostro de su hermano, que hasta hacía cinco minutos había mostrado otra expresión muy distinta. Lo vio inclinar la cabeza hacia delante y apretar las mandíbulas en señal de cabreo.

—¿Quieres venir a tomarte algo con algunos chicos del equipo?

—No, prefiero largarme a casa. Estoy molido.

—No estás acostumbrado a viajar, jugar, volver a viajar y, además, dirigir un partido de las categorías inferiores en un mismo fin de semana —sonrió Dante con la mano en la espalda de su hermano.

—Eso mismo.

—Bien, en ese caso… Vete a casa y túmbate en el sofá. Yo no creo que tarde mucho.

—Descuida. Pero no te lleves a casa a ningún ligue —le pidió apuntándolo con un dedo mientras lo miraba de manera fija, a lo que Dante no pudo evitar reírse.

—¿Te crees que yo las tengo a pares o qué? Ni que tuviera que quitármelas de encima cada vez que salgo por ahí. Anda, lárgate a casa de una vez.

—Nos vemos luego. —Luca se despidió de su hermano e hizo el intento de irse a casa, como le había dicho, sin embargo, prefirió dar una vuelta para tratar de despejarse. Estaba molido y necesitaba descansar. Lo de tirarse en el sofá era una idea más que buena, pero podría esperar unas horas. En un gesto inesperado, cogió su móvil

para comprobar si tenía alguna llamada o algún WhatsApp. ¿Tal vez esperaba que Estefanía hubiera dejado algún mensaje? Miró la pantalla del teléfono con una mezcla de rabia y decepción. ¿Por qué no lo había esperado a que terminara de hablar con Giulio? ¿Qué cojones estaba sucediendo entre ellos? Todo parecía estar yendo mal desde la otra noche, cuando él salió del piso de ella después de ir a verla, acostarse y mirarla de manera fija mientras le preguntaba cómo se sentía, qué deseaba de él, de su relación. ¿Por qué no había sido sincera con él? Si no creía en la relación, necesitaba que se lo dijera porque él no estaba dispuesto a perder el tiempo con ella a pesar de haberse enamorado.

Estefanía entró en el piso y dio poco menos que un portazo debido al mal humor que se le había puesto. Sus dos compañeras se quedaron con la boca abierta cuando apareció en el salón. Micaela y Federica estaban tumbadas en el sofá viendo la televisión: ¿qué podían hacer un domingo por la tarde a esas horas?

—Hola —saludó Estefania a ambas, meditando si quedarse con ellas o largarse a su habitación.

—Hola —se atrevió a decir Micaela desviando su atención de la película que veía junto a Federica—. No tienes buena cara. ¿Ha perdido el equipo de tu chico?

Estefanía se limitó a sacudir la cabeza.

—Vale.

—Entonces, el cabreo que traes… —Micaela se quedó a la expectativa de lo que Estefanía pudiera decirles. Entornó la mirada hacia ella mientras Federica se mostraba expectante ante aquella escena. Creía recordar que era la segunda vez que veía a Estefanía de esa manera. La primera fue por motivo del gilipollas de su ex. Pero eso ya era agua más que pasada.

—He ido al partido para ver a Luca y…

—¿Y no lo has visto? —la interrumpió Micaela sin poder esperar que Estefanía prosiguiera con su narración, lo que le valió una mirada de advertencia por parte de Federica para que no la interrumpiera, no fuera a ser que se cabreara mucho más y la pagara con ellas dos.

—Cuando terminó el partido, Allegra y yo fuimos a buscarlo y él se limitó a saludarme con la mano tal que así —les escenificó Estefanía, que con solo recordar la escena sentía que le hervía la sangre.

—¿No se acercó a vosotras? —preguntó Federica sorprendida por

ese gesto.

—¿Por qué te piensas que me he venido y no he querido saber nada de él? —Estefanía estaba cabreada, dolida y decepcionada al mismo tiempo.

—¡Ops!

—¿No te ha dicho nada? —fue Micaela la que preguntó y se mostró igual de sorprendida que Federica.

—No.

—Qué raro.

—Estuvo hablando con varias personas, pero ni si quiera me pidió que lo esperara, sino que pasó de mí, chicas —les expuso de una manera clara y contundente.

—No tendrá un buen día, mujer. Estará cansado. No olvides que ayer se marchó a Milán y que, después de jugar, regresó, y hoy le tocaba estar de entrenador del equipo juvenil —le recordó Micaela tratando de apaciguar a su amiga—. Tampoco te pongas así por que no te haya dirigido la palabra. Me refiero a que se le habrá pasado. Nada más.

—Sí, seguro que es eso —acotó Federica sin querer añadir nada.

—Ya verás como mañana, cuando os veáis en la facultad, te da una explicación.

—Sí, y seguro que te compensa. —Federica movió sus cejas con celeridad arriba y abajo, con picardía.

—Tal vez tengáis razón después de todo y me esté dejando llevar sin sentido. Pero es raro en él, ya os lo digo. ¿Por qué no me ha llamado para ver si me apetecía ir al partido? ¿O cuando vio que me había marchado? Era tan sencillo como eso.

—¿Por qué no lo has hecho tú? Ya puestos, os daba igual que fuera el uno o el otro —sugirió Micaela encogiendo sus hombros mientras Estefanía acusaba el golpe tan directo que había supuesto ese razonamiento.

—Tal vez no te ha llamado porque esté jodido por lo que sucedió el viernes —razonó Federica, convirtiéndose de repente en el centro de atención de sus dos compañeras de piso—. A ver, ¿qué he dicho ahora?

—¿Insinúas que está así porque no se quedó a dormir? —le preguntó una Estefanía que no terminaba de creerlo.

—A ver, ¿por qué no? Tal vez él espera más de ti. Lo que trato de decirte es que deberías dejar de comerte el coco con él y con eso de una relación sin expresar los sentimientos, sin confesarle que lo echas de menos, o que lo quieres. O como lo llames tú. Decirle lo que sientes no te va a sentar mal. Ya te lo hemos dicho, pero si lo has olvidado, te

lo repetimos —le dijo Micaela.

—A lo mejor está dolido por algo que le dijiste.

—O que no —señaló Micaela formando un arco con sus cejas.

Estefanía ahogó la risa ante aquella posibilidad.

—No me lo puedo creer, chicas. De verdad. Me piro a escribir. Tengo un correo de Gabriela desde el viernes en el que me pide cosas de mi próxima novela.

Estefanía se refugió en su habitación sin querer saber nada más de Luca por el momento. Él no podía estar así porque ella no le dijera nada el pasado viernes acerca de lo que sentía por él; o de lo que quería. Resopló mientras levantaba la tapa del portátil y tecleaba la contraseña para desbloquearlo. Se pasó las manos por la cara sin querer creer que Luca pudiera estar dolido o decepcionado con ella porque no lo dijera nada de sus sentimientos hacia él. Pero si no lo había hecho, había sido por temor a equivocarse una vez más. Se había asustado cuando contempló su propio reflejo en la mirada de Luca. Cuando las caricias de él le erizaron la piel de aquella manera tan descarada, cuando con un beso era capaz de hacerla gemir de deseo, de pasión. Pensaba que ese sentimiento quedaba para la literatura o el cine. Que esa clase de chicos solo podían existir en su imaginación y que ella los proyectaba a su propio mundo de ficción. Sonreía cada vez que recordaba las veces que le había dicho que él podría enamorar a una chica sin pretenderlo, sin pensarlo. Y entonces ella tenía que afirmar que así había sido. Tenía que darse la razón a ella misma.

Capítulo 12

Luca se había involucrado al cien por cien en el baloncesto. Por un lado, su labor como entrenador del equipo juvenil de la Virtus, jugándose el título de campeón en su liga; y por otro, el competir con el primer equipo. Los entrenamientos apenas si le dejaban tiempo para atender la carrera. En cuanto a Estefanía, se veían en la facultad a ratos, pero la comunicación había perdido algo de chispa. La relación se había enfriado y casi se trataban incluso menos que cuando eran simples compañeros. Las diferentes obligaciones de uno y otro fuera de la facultad parecían pesar más que su relación. Eso o que él ya no parecía tener mucho interés en ella. En ocasiones, se preguntaba por qué motivos había días que ni siquiera la esperaba al terminar las clases. Era él quien salía de clase antes siquiera de que el profesor hubiera finalizado.

Luca resopló, dejó a Estefanía a un lado y se centró en botar el balón antes de efectuar el tiro libre mientras sus compañeros de equipo aguardaban un posible rebote.

Estefanía respiró hondo, con la satisfacción reflejada en su rostro, cuando envió el correo a Gabriela con su nuevo manuscrito y los datos que ella necesitaba. Tocaba, pues, cruzar los dedos y confiar en que le gustara. Se sentía como si acabara de quitarse un gran peso de encima. Pero al mismo tiempo estaba algo perdida, ya que no sabía con exactitud qué hacer. Se había pasado la última semana sin apenas salir

del piso. Iba de este a la facultad y viceversa. Ni quisiera había vuelto a pasar por *Il Café della Letteratura* para saludar a Melina. El tiempo que había permanecido volcada en la confección del manuscrito le había permitido alejarse de todas sus inquietudes, entre las que destacaba la situación que estaba atravesando con Luca. La manera en la que se habían ido distanciando poco a poco sin que ninguno pareciera tener interés en evitarlo. Eso era lo que más le dolía. Que ninguno hubiera dicho nada. Ambos parecían haber dado por supuesto que aquello no daba para más. Que era conveniente dejar que su relación se diluyera, como un azucarillo en el café, mientras ambos eran meros espectadores. ¿Y entonces? ¿En qué situación se encontraban? Ninguno había roto de palabra la relación, luego, ¿seguían siendo pareja? ¿En qué sentido? Se preguntaba todo ello con la mirada fija en la pantalla de su portátil. El sonido de la entrada de un nuevo correo pareció sacarla de sus pensamientos. Era de Gabriela. Lo abrió para leerlo. Solo le daba las gracias por la novela y que lo antes posible le daría su opinión al respecto.

Estefanía asintió sin más. Ese campo estaba cerrado por el momento. Pero ¿y Luca?

Luca había concluido el entrenamiento. Estaba agotado, empapado en sudor y con la mente despejada. Se quedó en el centro de la zona con las manos en las caderas y la mirada fija en el parqué del pabellón. Se había tomado un momento de descanso para que su respiración recuperara su ritmo habitual. Dante se acercó hasta él.

—¿Cansado? No sé si te queda algo dentro del cuerpo por dar porque te has vaciado en el último tramo del entrenamiento. Deja algo para el sábado, lo vamos a necesitar si pretendemos estar en el *play-off*.

Luca resopló.

—Tranquilo. Todavía me queda.

—¿Te encuentras bien? Hace tiempo que no hablamos.

—Estoy bien. En cosa de un mes me habré graduado en periodismo, habrán terminado las dos competiciones. Espero lograr el campeonato con el equipo juvenil. Y en cuanto al sénior, confío que estemos disputando los partidos por el título.

—Yo también. ¿Y Estefanía? No te has referido a ella.

Luca miró a su hermano de reojo mientras recogía el balón del parqué para depositarlo en el carrito con los demás. Se encogió de

hombros sin saber qué decir o qué esperaba su hermano que le dijera.

—Supongo que bien.

—¿Lo has dejado con ella? —había un toque de incredulidad y preocupación en la pregunta de Dante, que Luca percibió.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Qué coño te sucede? Se suponía que era la tía que te gustaba desde el primer día de la facultad. ¿Qué ha cambiado en este tiempo? No la he vuelto a ver en los partidos del juvenil y esperaba que el otro día viniera a verte jugar.

—Nos hemos ido distanciando.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—Sin darnos cuenta. Yo metido a tope en el baloncesto. Y ella, con su novela. Así de simple.

—No puedes estar diciéndomelo en serio, tío. —Dante sacudió la cabeza en un gesto de incredulidad.

—Pues es lo que hay.

—¿Y ya está? ¿Piensas dejarlo estar así? ¿Sin aclararlo? Se suponía que ibas a compaginarlo todo. ¿Qué cojones harás cuando la liga acabe y te gradúes? Tendrás todo el tiempo para estar con ella.

—Buscaré trabajo al tiempo que me especializo en periodismo deportivo.

Dante lo miró con la boca abierta, como si fuera a decir algo, pero, al final, pareció pensarlo mejor porque no lo hizo. Sacudió la cabeza sin entenderlo y caminó hacia el vestuario.

—Necesito una ducha —fueron sus últimas palabras antes de darle la espalda a su hermano.

Luca permaneció un momento más en el mismo sitio. Contempló a Dante largarse hacia los vestuarios. ¿Por qué demonios no quedaba con Estefanía y aclaraba ese distanciamiento que se había instalado entre ellos? Una situación que ambos parecían haber aceptado como parte de su relación. Ni siquiera quedaban para tomarse un café en las horas libres. Ni él había vuelto a pasar a primera hora de la mañana por *Il Café della Letteratura* a ver si la encontraba allí. ¿Por qué pensaba que ella no lo necesitaba? Desde aquel viernes en el que él acudió a su piso, todo había ido cuesta abajo. ¿Tanto le importaba que ella no le hubiera dicho lo que sentía por él? ¿Lo que quería de él? Tal vez hubiera llegado el momento de decirle la verdad de lo que sentía por ella. ¡A la mierda sus promesas de no expresar su sentimientos! ¡A la mierda su deseo de que no le dijera que la quería! No podía respetarlo por más tiempo porque se había enamorado de ella y la quería. Tanto que el no tenerla era una especie de tortura que alargaba su agonía, pero sin llegar a acabar con él.

Estefanía tenía el visto bueno de Gabriela para su nuevo manuscrito. «Por fin una buena noticia», pensó mientras leía el correo de su editora. Habría que revisarlo con calma y retocar algunas cosillas, pero en general le había gustado. Estefanía respiró aliviada ante esa nueva perspectiva literaria. Había tenido el temor a que las expectativas creadas con su primera novela no se cumplieran en esta nueva entrega.

—¿Qué te pasa? ¿A qué viene esa cara de felicidad? —le preguntó Allegra cuando se percató de la expresión del rostro de Estefanía. Estaban en el descanso de una clase cuando esta consultó su buzón de correo.

—Gabriela da el visto bueno a mi nuevo manuscrito —le confesó exultante.

—¡Sí! Eso es genial. ¿Cuándo podré leerla? —le preguntó Allegra con gesto impaciente mientras miraba a su amiga con el alma en vilo.

—Tendrás que esperar un tiempo, impaciente.

—Vale, pero dile a tu editora que se dé prisa en lanzarla a la venta, que tengo que leerla.

—No seas pesada —intervino Mónica llamando la atención de Allegra—. Ya te dijo que saldría justo para el verano. De ese modo habremos terminado la carrera y podremos tumbarnos a leerla en la piscina.

—Bueno, para el verano falta poco —dijo Allegra con emoción.

Luca apareció en ese momento en el que las chicas se mostraban eufóricas por la noticia de la nueva publicación de Estefanía. Por un momento, se callaron y se miraron entre ellas.

Estefanía desvió su atención hacia él cuando lo vio sentarse en la misma fila en la que estaban ellas. En un gesto inesperado, Estefanía retiró su bolso del asiento al lado de ella para que Luca se sentara. No había dejado de guardarle el sitio pese a que entre ellos casi no había relación.

Él fijó la mirada en el bolso y luego en el rostro de Estefanía. Por un segundo, ambos se quedaron con la mirada fija el uno en el otro. Luca esbozó una tímida sonrisa por ese gesto de ella.

—No hace falta que…

—Te llevo guardando el sitio durante días. Y, coño, para una vez que apareces y estás dispuesto a sentarte con nosotras —le explicó sin dejar de contemplarlo. Le dolía esa separación que llevaban tiempo manteniendo sin que ninguno de los dos explicara al otro el motivo. De acuerdo que las circunstancias parecían haberse puesto en contra de ellos, pero tampoco se había sentado a aclararlo.

—Te lo agradezco. —Luca colocó la carpeta sobre la mesa y luego

se volvió hacia ella.

Durante unos segundos, los dos se miraron de manera fija, como si ambos esperaran a que el otro rompiera ese silencio tan incómodo. Luca estaba más que dispuesto a hablar con ella para saber qué estaba pasando entre ellos. Y Estefanía no quería que su situación con Luca ensombreciera su felicidad por la nueva novela. ¡Quería compartir su alegría con él! No quería perderlo.

—Tenemos que hablar —los dos parecieron coincidir en ese tema, ya que ambos hablaron al mismo tiempo antes de sonreír en un claro gesto de complicidad.

—Sí. Tal vez deberíamos aclarar algunas cosas —sugirió él—. Pero no aquí y ahora.

—¿En el café? ¿A media tarde? —preguntó ella con la mirada entornada hacia él. Sabía que estaría pensando lo mismo. En *Il Café della Letteratura,* donde su historia había cogido fuerza. Estefanía llegó a pensar que no habían vuelto a coincidir en este. Y tal vez, regresando allí, lo suyo tuviera solución.

Luca asintió con una tímida sonrisa. La mirada de Estefanía le produjo una sensación de calma y de ternura que estuvieron a punto de hacer que se acercara a ella y la besara. Sin embargo, se contuvo porque no era el lugar ni el momento para hacerlo. Y ni siquiera estaba convencido de que ella lo aceptara después del tiempo que habían permanecido separados sin apenas dirigirse la palabra.

Se sentó a su lado, pero consciente de que la explicación del profesor Umberto acababa de perder todo el interés posible. Mantuvo la mirada fija en la mesa mientras jugueteaba con el bolígrafo entre sus dedos. Inspiró e intentó mantener la cordura, pero tenerla a ella su lado lo hacía complicado. Solo esperaba que las horas pasaran rápido y que se encontraran para aclarar qué había sucedido. ¿Por qué habían permitido que las obligaciones los separaran? ¿Por qué se habían dejado llevar por esa espiral de desencuentros sin que ninguno de los dos se detuviera un solo minuto y pensara en lo que estaba sucediendo? Se habían conducido por una situación cómoda que había estado a un paso de romper la relación, porque ambos estaban seguros de que todavía se podía encauzar.

El tiempo pasó lento para ambos. Ninguno de los dos veía la hora de quedar en el café. Y, por fin, cuando esta llegó, Luca apareció por el café para encontrar Estefanía esperándolo sentada en una mesa junto a la ventana. Había elegido el lugar para poder verlo llegar. Cuando apareció por la plaza camino de su cita, el corazón se había acelerado como no recordaba. Pensó que ya nada podía ser como antes, pero estaba equivocada. Y cuando él se detuvo frente a ella y la

contempló desde la calle, a través del cristal, ella sintió el deseo de levantarse de la silla y salir para rodearlo por el cuello y besarlo. Pero justo entonces él entró en el café y Claudia apareció como si fuera una especie de señal del destino. Claudia contempló a Luca con el ceño fruncido porque se le hacía raro verlo allí después del tiempo que llevaba sin aparecer.

—Hola. ¡Hacía tiempo que no te veía por aquí!

—Cierto. Las clases se acercan al final del curso y hay que apretar. Y luego estoy metido hasta el fondo con el baloncesto, como ya puedes imaginar —le comentó con una sonrisa cuando pensó en su hermano Dante.

—Sí. Mi hermano comentaba el otro día que os la jugáis este fin de semana contra Pesaro —acotó mientras lo acompañaba a la mesa en la que estaba Estefanía.

—Así es.

—Seguro que ganáis y os metéis en *play-off* —le dijo convencida—. Por cierto, ¿cómo llevas la novela? —preguntó mirando a Estefanía en cuanto llegó a su altura.

—Ah, ya está en manos de mi editora.

—Bien. Ya tengo para leer en verano. Luego esperaré lo nuevo de Melina. ¿Qué os pongo?

—¿Capuchino? —Estefanía asintió con una sonrisa cuando Luca se lo preguntó mirándola con curiosidad, pero también con la certeza que da el conocer los gustos de una amiga, de una pareja, pensó ella —. Dos.

—En seguida vuelvo, chicos.

Se quedaron contemplándose en silencio, como dos jugadores de ajedrez que estudian los siguientes movimientos.

—De manera que ya has entregado la novela. —Luca rompió el incómodo silencio, aunque, por otra parte, no le hubiera importado seguirla contemplando sin decir nada.

—Sí. De eso estábamos hablando esta mañana cuando apareciste por clase.

—Me alegro por esa noticia. Supongo que estarás contenta, ¿no?

Estefanía permaneció en silencio el tiempo justo que necesitó Claudia para servirles los capuchinos.

—En parte.

—¿Solo en parte? —preguntó Luca intrigado por esa respuesta. La miró con el ceño fruncido y se olvidó de su capuchino por unos minutos.

Estefanía esbozó una sonrisa irónica.

—Sí. Estoy contenta y satisfecha por haber terminado mi nuevo

manuscrito y haberlo enviado a la editorial. Y porque Gabriela me haya dado su aprobación. Pero por otra parte estoy jodida porque durante todo ese tiempo que he pasado escribiendo no te he visto. Por eso no puedo estar contenta del todo. ¿Lo entiendes?

—Te dije en su momento que no te quitaría tiempo para que tú escribieras.

—Sí, es cierto. Pero en ocasiones he tenido la sensación de que se lo estabas quitando a lo nuestro y que nuestra amistad se estaba deteriorando.

Luca cogió aire.

—Sí. Esa misma sensación he tenido yo.

—¿Y por qué no me lo has dicho en algún momento?

—Porque no quería interferir en tu sueño. Porque sé lo importante que es para ti la escritura.

—Pero no tanto como nuestra amistad, ¿no?

Luca se quedó callado cuando la escuchó referirse a ellos como amigos. Era la segunda vez que lo mencionaba.

—Tal vez nos hemos distanciado sin saberlo, sin pretenderlo. Yo, con el baloncesto. Acepté jugar en la Virtus porque de ese modo tenía algo que hacer el tiempo que no estábamos juntos.

—¿Por ese motivo aceptaste jugar? —Estefanía se quedó con la boca abierta porque esa explicación también se la habían dado sus dos compañeras de piso.

—Sí. Tenía que hacer algo para no acudir todas las tardes al piso donde vives y robarte horas de tus cosas. Creo que en momentos he pensado más en ti que en nosotros. No te llamaba o enviaba un mensaje porque no sabía si te molestaría.

—¿Molestarme? ¿Cómo ibas a hacerlo? Te habría agradecido que en más de una ocasión lo hubieras hecho porque de ese modo no me habría pegado las palizas de escritura que me he dado —le confesó sonriendo—. Pensaba que no tenías interés en vernos, la verdad. Por ese motivo me refugié en las clases y en la novela. Y luego, Allegra y yo fuimos a verte al partido de su sobrino y, salvo un frío saludo con la mano…, no hubo más.

—Estaba pendiente de Giulio, uno de los directivos del equipo. Me habría sabido mal no hablar con él. Y cuando acabé, te habías marchado.

—Sí, porque percibí cierta indiferencia en tu mirada. Como que te daba igual que estuviera allí.

—No es cierto.

—Pues es la impresión que me diste.

—Lo lamento si pensaste eso de mí. No pretendía hacerte sentir

mal. De hecho, cuando mi hermano y yo abandonamos el pabellón, te busqué.

—Podrías haberme dicho que te esperara.

—Sí. Vuelvo a darte la razón, algo que, por otra parte, comienza a ser algo normal y habitual —le aseguró formando un arco con sus cejas mientras ella sonreía con picardía.

—¿Hay algo que te preocupe? —Estefanía lo miró de manera fija, esperando que le dijera qué sentía por ella, que quería de ella.

—¿Ahora mismo? —Estefanía asintió—. Solo tú.

Estefanía acusó el golpe de aquella confesión. Experimentó una inesperada subida de temperatura que encendió su rostro de manera irremediable.

—Yo estoy bien…

—Mentira. Acabas de confesarme que una parte de ti no lo estaba porque temía que nuestra amistad se terminara. —Luca arqueó sus cejas y abrió los ojos al máximo para hacerle ver la verdad.

—Vale, lo estaba antes de estar aquí sentada frente a ti manteniendo esta conversación. Pero ahora estoy mejor, la verdad.

—Es bueno saberlo.

El móvil de Luca sonó en ese momento y tanto este como Estefanía se quedaron callados. Luca lo sacó de su bolsillo para verlo.

—Es mi hermano.

—Si tienes que hacer algo…

—Pregunta si iré a entrenar esta tarde.

—Oye, yo no pretendo… —La mano de Luca la instó a callarse, su mirada y su cabeza negando.

—Ya está —le dijo después de teclear la respuesta.

—¿Tienes tiempo de sobra para ir? Ya he escuchado a Claudia, os la jugáis este fin de semana. —Contempló a Luca mientras este dejaba el móvil sobre la mesa y sonreía divertido por las urgencias de ella en que se marchara, en sentirse culpable si él no acudía a entrenar—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras y te ríes? No me estás haciendo ni puñetero caso, ¿verdad?

—Claro que te lo estoy haciendo.

—¿Y por ese motivo te estás riendo en mi cara?

Luca se acercó más a ella. La miró a los ojos y algo dentro de él pareció volver al orden de semanas atrás. Contempló su reflejo en la mirada de ella y suspiró más tranquilo.

—Ahora mismo tengo un partido más importante que jugar y quiero ganarlo a toda costa —le aseguró mientras ella fruncía el ceño sin entender sus palabras—. Tú.

Estefanía sacudió la cabeza mientras entreabría los labios para

respirar porque aquella confesión de él acababa de robarle el aliento. Sintió el pulgar de Luca rozarle la mejilla mientras su interior iba sintiendo el calor de esa caricia, de su mirada sincera.

—Soy un rival fácil —le dijo sin saber qué hacer cuando él se acercaba más hacia su rostro.

—No, nada de eso. Estoy seguro de que me vas a poner las cosas muy difíciles, la verdad. —Estefanía se humedeció los labios y deslizó el nudo que atenazaba su garganta. Sonrió de manera tímida mientras la mano de Luca cubría su mejilla por entero y ella apoyaba su rostro para que él lo acunara en la palma—. Hay algo que quiero decirte y que no sé cómo te lo tomarás.

Ella abrió los ojos más y lo miró con preocupación. Sintió que el corazón ralentizaba sus latidos de repente.

—¿Qué…? ¿A qué te refieres?

Luca sonrió al verla algo nerviosa. No tenía ni idea de cómo se lo tomaría, pero tenía que sacárselo de dentro. Confesarle lo que sentía por ella de una maldita vez y que el destino decidiera.

—Este tiempo que he estado algo más alejado de ti ha sido en parte porque me di cuenta de que lo que prometimos en un principio carecía de sentido con cada día que pasaba a tu lado. Y cuando te miraba y veía mi reflejo en tu mirada, como en este preciso instante, me daba cuenta de lo que sentía por ti en verdad. —Luca se humedeció los labios y bajó la mirada un momento antes de proseguir —. Ya no me valía lo que acordamos de no expresar sentimientos. Maldita sea, me enamoré de ti, Estefi, y lo que más me dolía era no poder decirte que…

Estefanía creyó que el corazón se le detenía en el preciso instante en el que él iba a confesarle lo que sentía por ella. En un acto reflejo, lo besó, ahogando las dos palabras que Luca iba a pronunciar. Cerró los ojos sintiendo como su corazón volvía a latir. Que su mundo volvía a ponerse en movimiento. Enmarcó el rostro de él y lo contempló con una sonrisa que iluminó su rostro.

—No hace falta que me lo digas. No cuando lo leo en tu mirada. Y lo siento en tus besos.

—Pero es la verdad, Estefi. Me he estado volviendo loco porque lo que siento por ti es real y quería hacértelo ver.

—¿Qué son dos palabras comparadas con tu presencia aquí y ahora?

—Te ha salido la vena romántica, ¿eh? —le aseguró guiñándole un ojo en complicidad—. Estoy deseando leer tu nueva historia para ver hasta qué punto el protagonista se parece a mí.

Estefanía no pudo aguantar la risa ante ese comentario.

—¿Por qué sigues empeñado en ello?

—Porque tú me lo dijiste. Que harías un protagonista basado en mí.

—No en ti, sino en tus cualidades —le reiteró abriendo los ojos al máximo mientras su dedo se posaba en el pecho de él para recalcar la explicación.

—¿Y qué diferencia hay según tú?

—Que a ti no te comparto con mis lectoras. —Se acercó a él para borrarle la sonrisa que su explicación acababa de provocar en él.

***

El pabellón despidió a los jugadores con una fuerte y cerrada ovación. Reconocían el esfuerzo, la lucha y la entrega hasta el último segundo. Se había ganado a Pesaro, pero no había bastado con eso. Los resultados en otras canchas no habían acompañado y la Virtus se quedaba fuera de los ocho primeros puestos de la clasificación que daba el billete para luchar por título.

Luca abandonaba el pabellón junto a Estefanía, Allegra, Mónica, Micaela y Federica. Las chicas habían querido estar presentes en el último partido de la liga para animar a Luca y acompañar a Estefanía.

—No ha podido ser —comentó Luca algo decepcionado por no haber logrado la clasificación para el *play-off*.

—Ha estado complicado durante toda la liga. Era algo con lo que teníamos que convivir. No podemos llegar al último partido esperando que otros equipos fallen y de ese modo nosotros meternos en la lucha por el título —explicó Dante algo cabreado y decepcionado por ello—. Ahora toca descansar, y ya tendremos tiempo de pensar en la nueva temporada.

—Sí, pero antes tendrás que ponerte las pilas con el campus —le recordó su hermano.

—¿Un campus? ¿Tu hermano dirige uno en verano? —preguntó Estefanía sorprendida porque aquellos dos hermanos eran toda una caja de sorpresas.

—Así es. Este es el tercer año que lo dirige. Los chavales entrenan al baloncesto, aparte de convivir y aprender valores educativos —le indicó Luca mirando a Dante.

—Eso es genial, ¿no?

—Chicos, dejemos el baloncesto por ahora y vayamos a tomar algo —sugirió con cara de cansancio.

—¿Os venís? —les preguntó Estefanía a las chicas.

—Sí, ¿por qué no? —sugirió Micaela mirando a las demás, que se limitaron a asentir.

—Pues andando —sugirió Luca, que había agarrado de la mano a Estefanía para no separarse de ella.

***

Cuando Claudia vio llegar a Luca, se quedó contemplándolo a la espera de ver si detrás de él aparecía, como no podía ser de otra manera, su hermano. Y allí llegaba acompañado por dos chicas bastante jóvenes. Claudia frunció el ceño un instante mientras sentía una ligera comezón en su pecho. Inspiró hondo tratando de calmarse por esa repentina subida de la temperatura que acababa de experimentar. ¿A qué venía esa reacción? No tenía una edad para andar con tonterías en cuanto a los tíos. ¿Qué más le daba a ella si Dante aparecía con dos chicas?

Luca y Estefanía se acercaron a la barra a pedir.

—Hola, chicos —saludó Marco cuando se acercaron—. Oye, siento que no os hayáis metido en el *play-off*.

—Bueno, eso ya está olvidado. Ahora toca pensar en otras cosas, como, por ejemplo, divertirnos un poco —le aseguró Dante.

—Supongo que hoy no querrás agua —le comentó Marco con la mirada entornada hacia él con curiosidad.

Dante frunció el ceño y sonrió mientras sacudía la cabeza. Solo había una persona que podía haberle comentado que había pedido agua cuando estuvo allí. La buscó con la mirada y la encontró en el otro extremo de la barra colocándose un mechón detrás de la oreja. Se fijo en ella con atención sin proponérselo. La camiseta se le había subido un poco y revelaba su abdomen liso, firme por encima de la cinturilla de sus vaqueros desgastados.

Marco sonrió cuando siguió con su propia mirada la de Dante.

—Bueno, ¿qué quieres tomar?

—Cerveza bien fría —le refirió volviendo su atención a él—. El resto que se las apañen ellos —dijo señalando a los demás mientras él volvía a centrarse en Claudia y pensaba en la manera en la que la había contemplado. Si su hermano llegaba a enterarse, lo vacilaría con razón. Le había dicho que no quería tener nada con Claudia porque no quería fastidiarla.

Cogió su jarra, dio un buen trago y se volvió para quedar apoyado de espaldas en la barra. Creía que de esa manera no se fijaría en ella. Pero lo cierto era que, al parecer, buscaba cualquier excusa para girar la cabeza y contemplarla; hasta que ella se quedó clavada en el sitio devolviéndosela.

Claudia sintió un incesante hormigueo en su estómago cuando la mirada fija de Dante se detuvo en ella. El revoloteo se intensificó al él

sonreírle. Claudia asintió y lo imitó antes de seguir con el trabajo. Sería mejor que se centrara en servir a los clientes y dejara de mirar a Dante. Pero era llamativa su presencia en el local, y más cuando era la primera vez que lo veía sin ropa deportiva, sino con camisa y vaqueros.

Estefanía sonrió con picardía, se mordisqueó el labio y asintió antes de volverse hacia Luca.

—Oye, dime una cosa, ¿a tu hermano le interesa Claudia?

Luca entrecerró sus ojos y miró a Estefanía como si ella supiera algo.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada en particular, salvo por un detalle que he visto. Y que viene a confirmar lo que sospechaba desde el día que, estando aquí, Claudia te dio recuerdos para él y tú te reíste.

Luca sonrió.

—¿Y piensas que por ese motivo tiene interés? Casi deberías preguntarle a ella si tiene algún interés en mi hermano —le dijo haciendo un gesto con el mentón hacia la barra donde estaba Claudia —. Lo único que sé de mi hermano es que ahora mismo no está con nadie. Que le guste Claudia o no… —Luca apretó los labios y se encogió de hombros.

—Venga ya, tú sabes algo.

—Mira, podrías sacar una historia de esto.

—¿Dante y Claudia? —le preguntó con una ceja arqueada con suspicacia ante esa posibilidad.

—Solo el tiempo lo dirá. Y ahora cuéntame tú, ¿cómo marcha la publicación de tu nueva historia?

—Bien. Gabriela me ha confirmado la fecha de lanzamiento. Es lo único que puedo avanzarte.

—¿Título? ¿Portada? ¿Argumento? No sé nada respecto de tu nueva historia —le explicó desconcertado por ese hecho. Se encogió de hombros y lanzó una mirada de súplica a Estefanía.

—Por ahora no puedo decirte nada. Lo siento. Tendrás que esperar a la presentación y a tener tu propio ejemplar —le aseguró disfrutando de la pequeña venganza que estaba disfrutando. Se acercó a él y tiró de su camisa para que se inclinara y la besara.

Las amigas de Estefanía los vitorearon mientras ella se sonrojaba y reía, pero no le importaba porque había encontrado en Luca a su pareja ideal.

Dante aplaudía mientras los observaba y, sin poder evitarlo, buscó a Claudia con su mirada. La muchacha seguía sirviendo, lo cual le permitió a Dante poder observarla en silencio, sin que ella se diera

cuenta. Tuvo la impresión de que le robaba cierta intimidad, pero no le importó.

—Tal vez deberías preguntarle si quiere que la esperes. —La voz de Marco sobresaltó a Dante hasta el punto que su jarra de cerveza bailó en la mano. Se volvió y se encontró con la mirada de Marco y una expresión de estar seguro de lo que le decía.

—Yo… No… Yo no… No es lo que piensas.

—¿Necesitas un empujón? Puedo hablar con ella —le aseguró señalando a su hermana con la mano.

—No. Ni se te ocurra.

—Bien. En ese caso, te lo dejo todo a ti —le dijo Marco guiñándole un ojo mientras trataba de aguantar la risa. Marco no podía dar crédito a lo que había contemplado esa noche. Parecía Melina emparejando a las personas. Si ella le había dicho que Estefanía y Luca acabarían juntos, esperaba a que supiera que a Dante… Marco sacudió la cabeza.

«No. No. Nada de contárselo a Melina. Buena la haría».

Dante inclinó la cabeza con la mirada fija en el suelo. ¿Había notado Marco que le atraía su hermana? ¿Cómo… cómo era eso posible? ¡Si aquella era la tercera vez que iba al café! Bah, se estaba dejando llevar por los comentarios de su hermano respecto de ellos dos. Nada más. Y en ese instante, para rematarla, los del propio Marco.

El grupo se fue disgregando a medida que la noche daba sus primeros pasos hacia la madrugada. Dante fue de los primeros en recogerse. Estaba cansado y su ánimo, algo tocado. Luego decidió que lo mejor sería retirarse.

—Oye, no tengas prisa por llegar —le advirtió a Luca.

—No creo que esta noche la pase en tu casa, Dante —le comentó, con total certeza, Estefanía, que sonreía de manera pícara.

Luca la contempló entre la sorpresa y la satisfacción mientras Dante abría la boca para decir algo.

—Eh… Entiendo. En ese caso, nos vemos mañana. Pasadlo bien, chicos —les dijo ante de emprender el camino en solitario.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —le preguntó Luca con un gesto de picardía.

—No solo vas a acompañarme, sino que vas a subir al piso, vamos a ir a mi habitación y nos va a salir de esta hasta mañana, como muy pronto —le susurró en los propios labios de Luca mientras le pasaba los brazos alrededor del cuello y lo instaba a que se inclinara.

—Me parece estupendo. —Luca la besó despacio, sujetándola por la cintura mientras el deseo por tenerla desnuda a su lado aumentaba

—. ¿Quieres que nos marchemos ya?

—Creía que querías seguir por ahí un poco más.

—No cuando me tientas de esa manera. —Estefanía sonrió con picardía, se mordisqueó el labio y agarró a Luca de la mano para tirar de este y conducirlo al piso.

—Tenemos que recuperar el tiempo perdido.

Epílogo

Un mes después

La gente se agolpaba en la librería donde, una vez más, Estefanía presentaba su nueva historia. Pero, a diferencia de la primera vez, en esta, la cola era todavía más larga. Se habían congregado cientos de seguidoras de la joven escritora.

Estefanía permanecía en el interior de la librería junto a Gabriela, Melina y Silvia. Todas se mostraban entusiasmadas con ese nuevo lanzamiento que prometía batir todas las marcas de ventas en el género New Adult.

—No puedes quejarte con la expectación que tu nueva historia ha levantado —comentaba Gabriela exultante porque sin duda alguna que Estefanía había sido una gran apuesta.

—Tenía mis reservas al respecto —dijo esta sin salir de su asombro.

—¿En serio? No entiendo el motivo —comentó Melina que, una vez más, introduciría la nueva historia de Estefanía.

—Temía que, después del éxito de mi primera novela, esta…, bueno, no sé… si estaría a la altura. Si la gente reaccionaría de igual manera que la otra vez.

—La reacción ha sido mucho mayor, sin duda. —Gabriela asintió con una amplia sonrisa—. Creo que deberíamos irnos preparando. Avisaré a Alana.

—Oye, ¿dónde está tu chico? —la pregunta vino de Melina, quien recorría los rostros de la gente que entraba en la librería.

—No te preocupes, que lo verás aparecer —sonrió Estefanía dada la envergadura de este.

Luca y Dante llamaban la atención. No solo por ser hombres, sino porque sobresalían por encima de la altura media del resto de asistentes.

—¿Vas a comprarte el libro? —le preguntó Luca a su hermano.

—Lo haré porque sé que a su chica le hará ilusión. Y así le damos a ganar un poco más. —Dante le guiñó un ojo.

—¿Y piensas leerlo?

—Tal vez lo haga —le respondió mientras contemplaba a su hermano reírse—. ¿Por qué coño te ríes? ¿Qué pasa? ¿No me ves capaz de hacerlo?

—No sé… Mira, por ahí viene Claudia —le señaló, lo que obligó a Dante a volverse con más interés del que él mismo esperaba. La contempló avanzar hacia ellos.

—Hola, chicos.

—¿Qué haces aquí? ¿No tienes que trabajar? —le preguntó Dante fijando su mirada en el rostro de ella, donde lo primero que llamaba la atención eran sus gafas de espejo. Tenía el pelo recogido, lo que dejaba su rostro al descubierto, sus labios entre abiertos y ese toque *sexy,* con sus Converse, sus vaqueros desgastados y una camiseta de manga larga.

—Es la hora de cerrar. Marco estará dentro con Melina.

Dante asintió mientras que sus manos se movían con celeridad hacia las gafas de Claudia y se la colocaba sobre el pelo para permitirle ver su mirada. Ella no hizo ademán de evitar el gesto de él. E incluso se sintió agradecida, cómoda y halagada.

—Me pone negro la gente que me mira a través de las gafas de sol, porque no sé si lo está haciendo o está mirando a otra parte. Además, no me hace gracia ver mi cara en los cristales.

Claudia hizo un mohín con los labios y asintió.

—Es bueno saberlo. ¿Vas a comprar la novela de Estefanía? —Había un toque irónico en la pregunta de ella que no pasó desapercibido ni para Dante ni para Luca.

—¿Tú también? —Dante se cruzó de brazos y arqueó una ceja con suspicacia.

—Vale, imagino que ya te lo han preguntado —ironizó ella entre risas.

—No le preguntes si se la va a leer o se mosqueará —le dijo Luca en voz baja.

Dante pasó por alto aquel comentario mientras la cola se movía a gran velocidad y entraban en la librería. Luca se alejó de su hermano

y de Claudia con toda intención.

—Deberíamos quedarnos por aquí —sugirió ella cuando vio como la librería se había llenado en cuestión de cinco minutos.

—Como quieras. —Dante se situó al lado de ella y dejó que sus cuerpos se rozaran de manera tímida e imperceptible.

—Tú no tienes problema con tu altura.

Dante bajó la mirada hacia ella y sonrió.

—Podría cogerte para que vieras a la autora, pero no creo que quieras. Ni que tampoco sea decoroso estando tu hermano allí. —Dante sonrió arqueando las cejas.

—Pues no —lo cortó ella sintiendo el calor que aquel comentario le había provocado—. Pero no porque Marco esté aquí, sino porque no me apetece que me cojas.

Dante le lanzó una última mirada al tiempo que disimulaba la sonrisa que la presencia de ella, sus comentarios o vete tú a saber qué, le habían provocado. Decidió centrarse en el evento y dejar a Claudia de lado. Pero cuando volvió su atención hacia otro punto de la librería y vio a Marco, su comentario de la noche en la que habían terminado la liga vino a su mente de manera irremediable. ¿Acaso este pretendía que él se interesara por su hermana de una manera sentimental o sexual? ¿Por qué? ¿Porque lo había pillado contemplándola? Si tuviera que considerar como posibles parejas a todas las chicas que había mirado como a Claudia, entonces no tendría días en todo el año para hacerles casos. ¡Venga, eso era ridículo! Sacudió la cabeza y siguió prestando atención a las palabras de Estefanía respecto de su novela.

Claudia quería centrarse en la presentación de la novela, pero con él al lado… No podía evitar lanzar alguna que otra mirada furtiva a Dante. Allí, a su lado. Apoyado con los brazos cruzados y una mirada de interés. Era atractivo, no podía negarlo, pero…

Luca se había colocado lo más cerca posible de la mesa donde Estefanía, Melina y Gabriela explicaban a la concurrida audiencia los motivos de la creación de esa nueva historia. No podía evitar sentirse orgullosa de ella. De lo que había conseguido. No dejaba de contemplarla y pensar que había estado a punto de perderla. Por suerte, ambos habían reaccionado a tiempo y, en ese instante en el que las competiciones de baloncesto habían llegado a su final, tendrían todo el tiempo para ellos. Luca quería descansar y relajarse después de tener un último mes a tope. Se había graduado en Periodismo, la Virtus no se había metido entre los ocho mejores y su equipo juvenil había quedado subcampeón finalmente. Y aunque ya había tenido conversaciones con la directiva del equipo para hablar de

ambos temas, por el momento prefería dejarlo en espera. Quería centrarse en su relación personal con Estefanía.

La cola para firmar ejemplares parecía no tener fin. Luca permanecía en segundo plano esperando a que todas las lectoras pasaran por la mesa de firmas, se hicieran fotos y demás, antes de ir él. Recordó que la vez anterior se había presentado cuando el evento tocaba a su fin. Vio a su hermano y a Claudia acercarse para que les firmara.

Estefanía sonrió al verlos poco menos que juntos. Y lo mismo debió pensar Melina, que se aproximó a Luca.

—¿Tu hermano y Claudia…? —Entornó la mirada hacia él esperando que se lo aclarara.

—No, no lo creo. Pero, vamos, puedes preguntárselo a ellos. O tal vez a Marco.

Melina chasqueó la lengua y asintió.

—¿Qué tienes que preguntarme? —El aludido apareció por detrás de Melina.

—Oh, nada.

—Venga, que lo estás deseando. ¿Qué sucede? —ironizó Marco con la mirada entornada hacia Melina.

—Nada, solo comentaba que Claudia y Dante parecen llevarse bien.

Marco resopló primero, para después echarse a reír y captar la atención de Melina y de Luca.

—Vale, ya sé que es una gilipollez, pero no hace falta que te pongas así.

—No, no me malinterpretes. Por una vez tengo que estar de acuerdo contigo porque yo también me he dado cuenta de ello. Por eso. —Marco se encogió de hombros ante las miradas de incredulidad de Luca y de la propia Melina.

Estefanía le firmó el libro a Dante.

—Prometo leerlo y darte mi opinión —le aseguró mientras lo agitaba delante de ella.

—Lo esperaré con muchas ganas.

—A mí seguro que me dura un día. Esta misma noche lo empezaré —le aseguró Claudia con la mirada iluminada por la emoción de tener la nueva historia de Estefanía en sus manos.

—No hace falta que te des tanta prisa. Disfrútalo un poco —le comentó Estefanía sonriendo.

—No te preocupes. Lo voy a disfrutar de todas maneras —le aseguró recogiendo su ejemplar firmado.

Estefanía los vio alejarse juntos, con una sonrisa bastante

significativa. Se mordisqueó el labio, entrecerró los ojos y le dio vueltas en su cabeza. ¿Y si después de todo acababan juntos? Pero la cercanía de Luca hizo que dejara la respuesta para mejor momento.

Luca le entregó el libro con una mirada de curiosidad.

—Ya tienes el ejemplar. Ya puedes ver la portada, el título y la sinopsis —le refirió recordando el día en que él insistió en saber algo respecto de su nueva historia.

—No me ha quedado otra que esperar a este día. ¿Salgo yo? —Luca bajó el tono de su voz hasta casi un susurro mientras Estefanía sonreía con ironía.

—Tendrás que leerlo —le dijo cerrando el libro y devolviéndoselo.

—*¿Dónde el corazón te lleve?* —leyó él título—. Y dime, ¿hacia dónde te lleva el tuyo?

—A encontrarse con el tuyo.

Luca no esperó más tiempo ni le importó si los miraban o cuchicheaban sobre ellos. Dio la vuelta a la mesa y levantó a Estefanía de la silla para rodearla por la cintura y besarla. Ella se quedó paralizada ante aquel arranque de determinación por parte de Luca. Correspondió al beso sin importarle nada. salvo el momento en el que se encontraba.

Y cuando se separaron, se dieron cuenta de que eran el centro de atención de las pocas personas que todavía restaban en la librería.

—Habrá que ir a celebrarlo a algún sitio, ¿no? —sugirió Melina en su intento porque los allí presentes desviaran la atención de la pareja.

—Chicos, estáis todos invitados a una ronda —dijo Marco captando la atención de todos.

—Sin duda que has tenido una genial idea —sugirió Gabriela a Melina—. Dejemos a nuestra escritora que disfrute del momento. Y por cierto, ¿para cuándo tendremos un evento en el que tú seas la protagonista? —Gabriela frunció los labios mirando a Melina con una clara señal de advertencia.

—Pronto. Ya la tengo casi terminada. Además, me aseguraste que hasta otoño no tenías pensado sacarla a la venta —le recordó con una sonrisa triunfante—. Y para eso queda tiempo para que yo la termine. Por cierto, ¿y Giorgio? ¿No ha venido? No lo he visto. —Melina cambió el tema de conversación al verse, en cierto modo, presionada por su amiga.

—Giorgio está bien. He quedado en llamarlo ahora para vernos. De manera que no me cambies el tema. Otoño.

—Que sí. Anda, vamos a tomarnos algo donde Marco. Además, hoy no toca hablar de mí, sino de Estefanía.

—Ella ahora mismo no puede hablar. —Gabriela sonrió de manera

irónica mirando a esta en compañía de Luca.

La tarde noche estuvo animada. Todos se reunieron en *Il Café della Letteratura* para tomar algo, echarse unas risas y hablar del presente y del futuro.

—No tengo decidido si volveré a jugar la próxima temporada. O si entrenaré a las categorías inferiores —le aseguraba Luca a Estefanía cuando esta le preguntaba por lo que haría tras el verano—. Dependerá un poco del trabajo. No quería meterme en demasiados proyectos para no quitarme tiempo de estar contigo, la verdad.

—No te preocupes. Ya sabemos lo que tenemos que hacer. Además, el baloncesto es algo que te gusta, y lo digo en serio. De modo que no lo dejes.

—Ya veré. Ahora no es el momento ni el lugar para pensar en ello. Ahora es tiempo de divertirnos y pasarlo bien.

Dante parecía mantenerse en un segundo plano con respecto a Claudia. No pretendía ser descarado mirándola. E incluso iba siendo hora de dejar de pensar en ella y de acudir menos a ese café.

Claudia servía detrás de la barra en ese momento en el que parecía que todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo para pedir. Agradecía ese trajín porque la mantenía ocupada, sin pararse a pensar en el tío grande que había en el local y que destacaba por encima de la altura media. Sacudía la cabeza mientras tiraba una cerveza, pero sin quitarle el ojo de encima. Estaba loca, seguía mirándolo y dejando que su cuerpo reaccionara de aquella manera. Ese hormigueo incesante que la recorría de pies a cabeza. Esos nervios que la asaltaban cuando lo tenía cerca, como horas antes en la librería. Ese ligero temblor que había sentido cuando le apartó las gafas de la cara para ponérselas sobre el pelo y poderla contemplar de una manera más directa. ¿Qué coño le sucedía con Dante? Porque aquella sensación no era de esa tarde, sino que llevaba días. Desde el mismo en el que se hicieron una foto. Era como si algo de ella hubiera quedado atrapado en aquella imagen.

La noche fue avanzando y la gente comenzó a despedirse. Gabriela con Giorgio. Las amigas y compañeras de Estefanía. Solo Melina y Dante permanecían allí. La primera porque siempre esperaba a Marco para irse juntos. Pero Dante… ¿Qué narices hacía allí todavía? Este consultó su reloj y resopló al ver la hora que era. Apuró su cerveza y levantó la mano para despedirse.

—Chicos, chicas. Este señor se marcha a casa. Ha sido un placer.

—¿Te marchas? —le preguntó Marco.

—Sí. El día ha sido largo y quiero pillar la cama.

—Claudia, ¿por qué no aprovechas que Dante se marcha y te vas con él? Ya me encargo yo de cerrar, además está Melina —comentó señalándola con la mano—. ¿Te importa, Dante?

Este apretó los labios y lanzó una rápida mirada a Claudia por ver qué decía. Tal vez esperaba que protestara de manera enérgica, pero no lo hizo.

—No hace falta. De verdad.

—No tengo inconveniente en acompañarte.

Claudia se mordió el labio con gesto de preocupación o de nervios. No sabía precisar la sensación que la invadía en ese instante. Y más si contemplaba el gesto de Dante, al cual no parecía importarle lo más mínimo hacerlo.

—¿Ves? Vete a casa —la instó Marco animando a su hermano a que se largara de una vez.

Claudia inspiró y soltó el aire.

—De acuerdo. Vámonos —le dijo a Dante mientras ella cogía su chaqueta, el bolso y a continuación salía de detrás de la barra.

Dante la observó caminar hasta él, pero detenerse a una distancia más bien prudencial. Ya había estado bastante cerca durante la presentación de la novela.

—Gracias, Dante —le dijo Marco con sinceridad, aunque con un toque de ironía. Le estrechó la mano y se la apretó como si le estuviera haciendo algún tipo de señal—. Ven por aquí cuando gustes.

—Sí, claro —asintió Dante contemplando al hermano de Claudia con los ojos entrecerrados. ¿Qué pretendía? ¿Qué su hermana se arrojara a sus brazos? Estaba como una puta cabra si pensaba que iba a suceder.

—Nos vemos mañana —dijo Claudia a Melina y a su hermano.

—Sí, hasta mañana, chicos —le correspondió ella contemplando a la pareja camino de la salida. Melina entrecerró sus ojos como si estuviera calibrando lo que podía suceder entre ellos dos. Ni siquiera se percató de que Marco se había situado junto a ella.

—A ver, ¿qué opina la reina de la novela romántica italiana? ¿Hay trama o no con esos dos?

Melina volvió el rostro hacia Marco con la mirada chispeando de emoción.

—¿Dante y Claudia? —Elevó sus cejas hasta formar un arco bastante significativo respecto de lo que pensaba de esa posible y futura relación—. Y luego dices que yo me meto en la vida de las

personas intentando emparejarlas. —Sonrió sin poder creer que Marco estuviera pensando en emparejar a su hermana con Dante.

Marco se limitó a encogerse de hombros.

—Yo no he hecho nada.

—¡Noooooooo! Un poco más le dices a Dante que acueste a Claudia y le lea un cuento. —Melina puso los ojos en blanco y siguió riendo sin creer lo que estaba viendo—. El tiempo dirá si estos dos forman una pareja o solo se quedan como amigos. Y ahora vamos a terminar de recoger y marcharnos a casa.

—No hay nada que recoger. Ya está todo —le aseguró sonriendo por la jugarreta que acababa de gastarle a su hermana.

Melina abrió la boca para rebatirlo, sacudió la cabeza y se dio la vuelta camino de la salida.

—Eres increíble.

Dante y Claudia caminaban guardando las distancias, como si el hecho de acercarse demasiado pudiera suponer algún contratiempo. Claudia se sentía algo cohibida, o intimidada, por ir al lado de un tío de más de dos metros y con aquella corpulencia; por favor, parecía su hermana pequeña. ¿En qué momento tuvo su hermano la brillante ocurrencia de pedirle a Dante que la acompañara?

—Oye, de verdad no tienes que acompañarme. No hagas caso a mi hermano —le comentó cuando llevaban un trecho de camino recorrido.

—No pasa nada. No tengo prisa por llegar a casa.

—Pero ¿y Luca?

Dante sonrió mientras la contemplaba.

—Mi hermano está muy bien acompañado esta noche. Dormirá en el piso de Estefanía.

—Ah.

—Por eso te comento que no tengo ni pizca de prisa por meterme en la cama.

—¿Qué harás ahora que ha terminado la temporada?

Dante frunció los labios.

—En breve, tengo que ponerme a preparar el campus de baloncesto que tengo. Eso me mantendrá ocupado parte del verano. Luego, pasaré tiempo relajado y otro preparándome para cuando empiece la pretemporada. Tú me imagino que estarás en el café.

—Salvo cuando cerremos una semana por vacaciones.

—Supongo que aprovecharás para marcharte a otro sitio.

—No creas. Suelo quedarme aquí y hacer cosas que no tengo tiempo de hacer a diario, como salir a correr. —Aquella confesión alertó a Dante, que la miró con los ojos abiertos como platos.

—Vaya. Eres deportista.

—Salgo a correr, pero no pienses que lo hago para luego correr maratones ni nada por el estilo.

Dante asintió. Le estaba costando imaginarse que tendría que dejarla en su casa mientras él se marchaba a la suya. No podía estar pensando en semejante ocurrencia. No. Pero cuando ella se detuvo delante del portal, Dante supo al momento que había llegado ese preciso instante que había pensado.

—Vale, pues yo vivo aquí. Te agradezco que hayas venido, aunque repito que no había hecho falta.

—No importa. Para mí ha sido un paseo agradable.

Claudia buscó las llaves en el bolso mientras se volvía y le daba la espalda a Dante. Este asintió dispuesto a alejarse en cuanto ella desapareciera en el interior del portal. Claudia se volvió para despedirse de él justo cuando Dante comenzaba a alejarse.

—Ya nos vemos —le dijo él levantando la mano.

—Sí, claro. Pásate por el café cuando quieras.

—Lo haré. Descuida.

Claudia sonrió y se mordisqueó el labio, pensativa acerca de la locura que estaba cruzando su mente en ese mismo instante en el que contemplaba a Dante alejarse unos pasos. Pero entonces lo observó detenerse, sacudir la cabeza y volverla hacia ella una última vez. La miró de manera fija mientras ella le devolvía la mirada y se mordisqueaba el labio.

La luz de la mañana se filtraba por la persiana y le deba de lleno en el rostro. Intentó no abrir sus ojos y dormir un rato más. Se removió en la cama, pero se dio cuenta de que casi estaba fuera de esta. Frunció el ceño contrariado por ese hecho. No recordaba que él tuviera problemas de espacio. Pero cuando notó que sus pies sobresalían por uno de los extremos, se empezó a tomar en serio el tema del colchón. No le quedó más remedio que abrir los ojos de manera lenta para ser consciente de lo que sucedía. Por un momento, se sintió bastante confuso porque las paredes de su habitación no estaban pintadas de verde pistacho. Ni tampoco recordaba tener esa línea de muebles tan

moderna y minimalista. Parpadeó en repetidas ocasiones hasta que a punto estuvo de dar en el suelo debido a que estaba durmiendo en el borde de la cama. Preocupado por todas aquellas señales, cogió aire y abrió los ojos para echar un vistazo a la habitación. Definitivamente, no estaba en su casa. Entonces… Cerró los ojos y resopló. Se movió despacio hacia el otro lado con el temor de saber lo que iba a encontrarse.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! —murmuró cuando, al volverse, se encontró con una cabellera de color oscuro sobre la almohada, un tatuaje celta sobre el omóplato derecho y un cuerpo de infarto cuando levantó las sábanas. El trasero respingón, los muslos prietos de piel suave que él había acariciado la noche antes cuando acabaron en la cama. Pero ¿cómo…? Dante se llevó la mano a la cara para despejarse del todo. Luego, con sumo cuidado, apartó la sábana y la colcha y salió del calor que todavía conservaba la cama. Recogió su ropa y vio los envoltorios de los profilácticos en el suelo—. ¡No me jodas…! —Volvió el rostro hacia ella, que dormía profundamente y a la que no pretendía despertar bajo ningún concepto. Tenía que largarse de aquella habitación y aquella casa antes de que ella abriera los ojos. Aunque en ese momento en el que la contemplaba en silencio, en la quietud de la mañana y la recordaba besándolo la noche anterior… Dante bufó, se pasó la mano por el pelo y terminó de vestirse para largarse de allí.

Aquello era una locura. Una jodida locura. Se suponía que no tenía que estar allí. Pero ¿qué narices había sucedido para haber acabado en la cama con ella? Se volvió hacia la puerta y se dispuso a abrirla cuando algo lo retuvo.

—¿Acostumbras a marcharte sin desayunar al menos?

Dante cerró los ojos, apretó los labios y se giró de manera lenta para encontrarse con la mujer más sensual y bonita que había visto recién levantada. Y podía dar fe de haber visto a más de una. Pero ella… Tenía algo diferente.

Claudia estaba despierta. Lo había dejado hacer para ver qué postura tomaba después de la noche pasada. Sentada con las rodillas abrazadas, miraba a Dante con una sonrisa cínica y una ceja elevada con suspicacia. No creía que al final pudiera suceder, pero así había sido. Así que…

—No si me lo pides de esa manera —le dejó claro Dante, y se quedó frente a ella con una sonrisa que decía mucho, mucho más de lo que él esperaba.

—Me alegro. Supongo que comerás bastante, lo digo por ese cuerpo —ironizó haciendo un gesto con el mentón hacia él.

Dante sonrió desarmado ante aquella mujer. ¿Qué cojones iba a hacer con ella?

Claudia seguía contemplándolo mientras en su mente se formulaban infinidad de preguntas respecto de lo sucedido. No sabía si quería obtener la respuesta a todas ellas en ese mismo instante o si prefería dejarlas sin responder. Y de todas ellas solo una le intrigaba. Y a la que quería darle una rápida respuesta: ¿qué pensaba Dante de todo aquello? Porque ella no había pretendido que acabaran en la cama, pero ¿y él? ¿Y qué pretendía hacer desde ese momento porque ella lo tenía claro?

Agradecimientos

Dar las gracias a la editorial Penguin Random House Grupo Editorial por dar cabida a la nueva historia de Laimie Scott.

Por supuesto, a Lola Gude por la paciencia, el tesón, la constancia… Creo que no terminaría nunca de agradecerle el trabajo. De manera que, aunque ya lo sabe, lo repito: ¡Lola, eres una crack!

A la correctora, Mimi, indispensable para que la trama gane enteros y sea más atractiva a el/la lector/a. ¡Gracias!

A mi lectora cero particular, que otra cosa no, pero lo que es leerse mis manuscritos no para. Siempre a mi lado. Gracias, Maribel.

Y como es habitual, agradecerte a ti, lector/a por estar ahí detrás participando de las aventuras y desventuras de mis personajes. Y sí, te digo que sigas confiando en Lamie y en sus historias siempre desde la legalidad, por favor.

Laimie Scott

Estefanía cree que un te quiero carece de valor cuando se dice. Pero ¿y si es ella quien siente la necesidad de decirlo?

Después de su éxito en las redes sociales con su primera novela, Muchos besos y ningún te quiero, Estefanía Lambertti, ha firmado por Essenza de Donna. El éxito está siendo rotundo tras su presentación. Estefanía ha pasado mucho de los chicos desde su última aventura y cree que el verdadero amor solo existe en las historias que ella crea. Pero no puede evitar sentirse a gusto con Luca, un compañero de la facultad. Lo que no sabe es que él está enamorado de ella y que esa cercanía entre ellos está forjando algo más que una amistad.

Y aunque ninguno de los dos quiere que esta se vea afectada por lo que está surgiendo, ¿cómo conseguirán mantener una relación en la que ambos no dicen lo que sienten? Luca se da cuenta de que hay algo dentro de él que necesita sacar, pero hacerlo podría significar perderla.

El tiempo que pasan juntos se acorta poniendo en peligro su relación. Ambos tendrán que exponer sus emociones para salvar lo que desean. Sin embargo, ambos sienten que están perdiendo al otro…, solo entonces Estefanía verá que un «te quiero» sí tiene valor.

Laimie Scott cursó estudios de Filología Inglesa en la Universidad de Salamanca para posteriormente doctorarse en el campo de la novela histórica y la obra del escritor escocés Sir Walter Scott. Comenzó su carrera literaria publicando diversos relatos en revistas y blogs hasta que se lanzó a escribir novela romántica, género en el que lleva ya unos años publicando. En el campo de la investigación literaria colabora con varias revistas y participa en diversos eventos académicos relacionados con su especialidad.

Edición en formato digital: octubre de 2018

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN: 978-84-17540-72-2
Composición digital: leerendigital.com www.megustaleer.com
Penguin Random House Grupo Editorial

NOTAS

[1] *Roster* es el término que se emplea en deporte para hacer referencia a la plantilla de un equipo. (N. del A.)